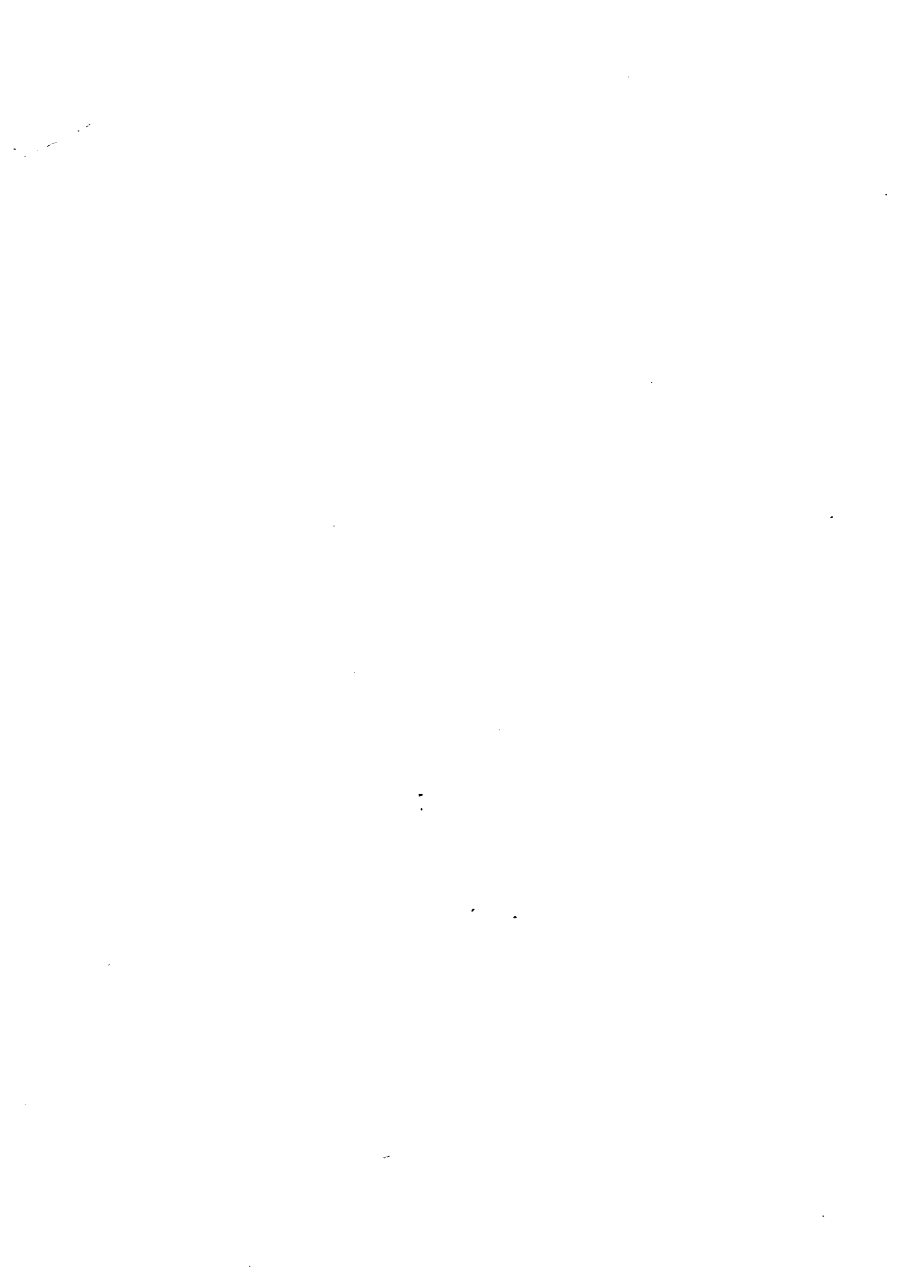

HISTORIA DE LA GUERRA EN LA EDAD MEDIA
Maurice Keen (ed.)
Antonio Machado Libros
PAPELES DEL TIEMPO
ACCESO ABIERTO

La guerra ha ejercido una importante influencia sobre la civilización y las estructuras sociales de la Europa medieval. Tiene, por tanto, una significación alta, tanto para aquellos interesados en la Edad Media por sí misma como para aquellos interesados en la guerra en sí y su lugar en el desarrollo humano.

La obra está dividida en dos partes, la primera cronológica, la segunda temática. En la primera parte, una serie de capítulos exploran el impacto de la guerra y de los combates a lo largo del tiempo, desde el período carolingio hasta el final de la Guerra de los Cien Años. A esto le sucede, en la segunda parte, una serie de estudios específicos sobre la guerra y su forma de realizarla: castillos y asedios, caballos de guerra y armaduras, mercenarios, la guerra en el mar y la suerte de los civiles durante el tiempo de guerra.

ISBN 970-777-110-0

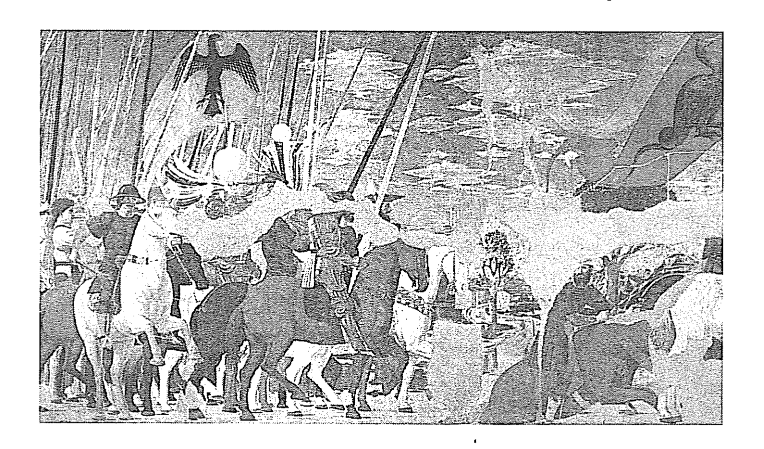




Historia de la guerra en la Edad Media

Maurice Keen (ed.)

Traducción de
Asunción Rodríguez Guzmán



PAPELES DEL TIEMPO
Número 4

Mapas realizados por Juan Pando de Cea

Visor Fotocomposición, S. L.
Impreso en España - Printed in Spain
Top Printer Plus
Móstoles (Madrid)
Depósito legal: M-44.250-2005

ESPAÑA
© A. Machado Libros, S. A., 2005
C/ Labradores, s/n
Pol. Ind. Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (MADRID)
editorial@machadolibros.com
ISBN: 84-7774-239-1

AMÉRICA
© Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Eugenio Sue, 59
Colonia Chapultepec Polanco
Miguel Hidalgo, Código Postal 11560
México D.F.
Tel. 52799000 - Fax 5279 9006
info@oceano.com.mx
ISBN: 970-777-110-0

Índice

Prefacio del editor

La guerra ha ejercido una importante influencia sobre la civilización y las estructuras sociales de la Europa medieval. Tiene, por tanto, una significación alta, tanto para aquellos interesados en la Edad Media por sí misma como para aquellos interesados en la guerra en sí y su lugar en el desarrollo humano. Las doce personas que hemos colaborado en la redacción de esta obra hemos intentado tener en cuenta estos dos grupos de lectores. De igual forma hemos querido incluir la riqueza de parte del material a nuestra disposición para ilustrar de forma visual la importancia de la actividad bélica para la vida y las mentes del medievo. Planos de castillos que, aún hoy, siguen en pie; diversos objetos de la época y restos arqueológicos; tumbas y bronces de guerreros portando sus armaduras; láminas de manuscritos ilustrados que muestran batallas y campañas militares. Nuestra obra no ha sido concebida ni pensada sólo como una historia sino como una historia ilustrada.

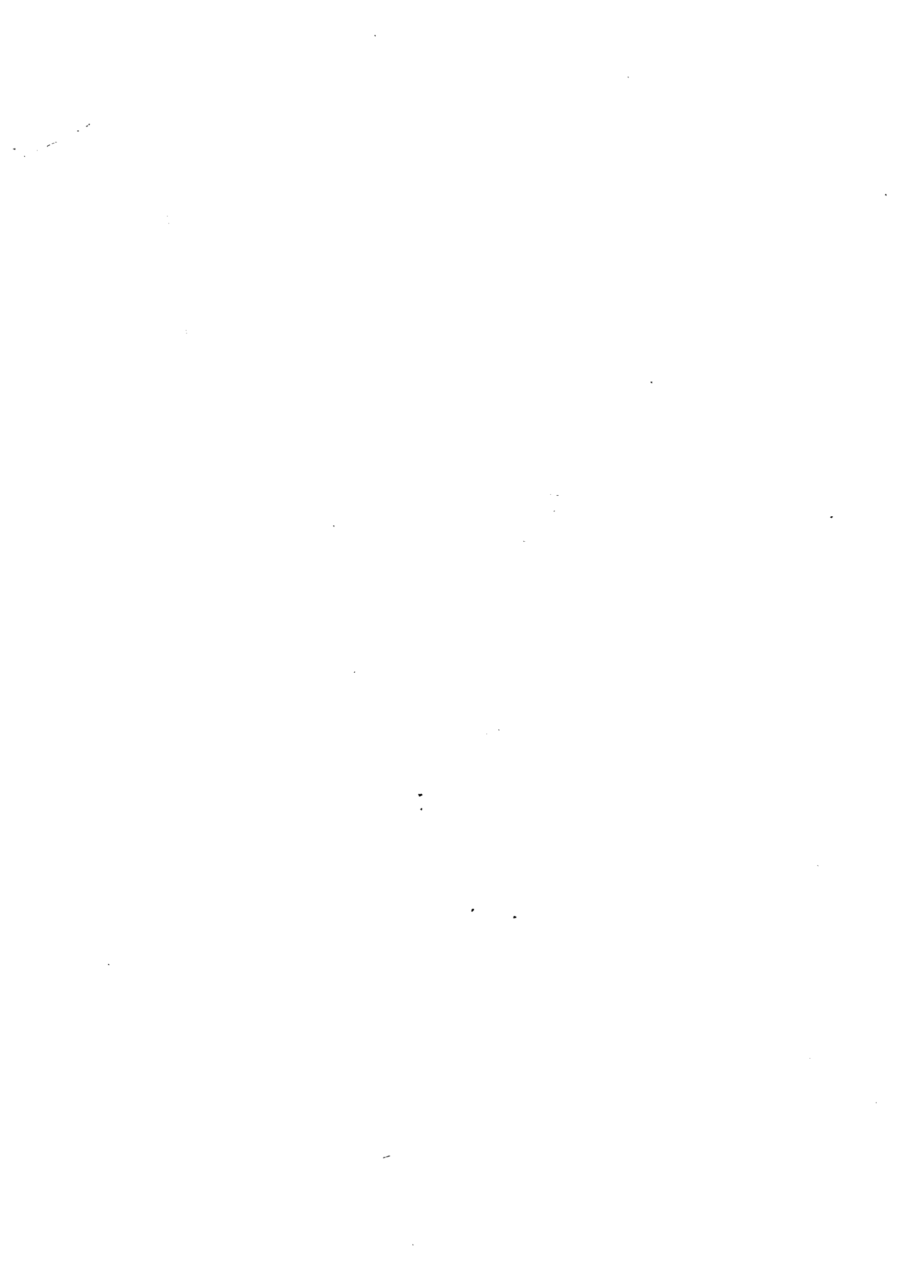
La obra está dividida en dos partes, la primera cronológica, la segunda temática. En la primera parte, una serie de capítulos exploran el impacto de la guerra y de los combates a lo largo del tiempo, desde el período carolingio hasta el final de la Guerra de las Cien Años. A esto le sucede, en la segunda parte, una serie de estudios específicos sobre la guerra y su forma de realizarla: castillos y asedios; caballos de guerra y armaduras; mercenarios; la guerra en el mar y la suerte de los civiles durante el tiempo de guerra.

Durante el proceso de realización de este libro, se ha incurrido en gran número de motivos de gratitud, que deben ser reconocidos debidamente. Nos sentimos en deuda con los sucesivos editores de la Oxford University Press que han supervisado nuestro trabajo: Tony Morris, Anne Gelling, Anna Illingworth y Dorothy McLean. De igual manera mostra-

mos nuestra gratitud a Sandra Assersohn por su ayuda, sabia y paciente, en la búsqueda de las ilustraciones adecuadas, así como, a Frank Peter, autor del índice. Además, cada uno de nosotros tiene una deuda con los amigos y colegas que leyeron el borrador de nuestras aportaciones y proporcionaron sus consejos y críticas. Mi propia deuda como editor se sitúa sobre todo en relación con mis compañeros y colaboradores, que han trabajado con amabilidad y diligencia desde la idea original del libro hasta su conclusión. Todos esperamos que los resultados puedan probar justificada la generosidad de todos aquellos que han hecho tanto para ayudarnos.

Maurice Keen

Lista de mapas



Lista de autores

Christopher Allmand	Profesor emérito de Historia Medieval, Univesidad de Liverpool.
Andrew Ayton	Profesor titular de Historia, Universidad de Hull.
Howard B. Clarke	Profesor de Historia Medieval, University College. Dublin.
Peter Edbury	Catedrático de Historia, Universidad de Gales, Cardiff.
Felipe Fernández-Armest	Miembro de la Facultad de Historia Moderna, Oxford.
John Gillingham	Profesor emérito de Historia, London School of Economics.
Norman Housley	Profesor de Historia, Universidad de Leicester.
Richard L. C. Jones	Investigador, Sociedad Arqueológica de Sussex.
Maurice Keen	Profesor de Historia Medieval, miembro de la junta de gobierno, Balliol College. Oxford.
Michael Mallet	Profesor de Historia, Universidad de Warwick.
Timothy Reuter	Profesor de Historia Medieval, Universidad de Southampton.
Clifford J. Rogers	Profesor adjunto de Historia, United States Military Academy, West Point.



Capítulo I

Introducción: la guerra y la Edad Media

Maurice Keen

La tradición filosófica de lo que denominamos mundo occidental tuvo su origen en la Grecia Antigua, y su tradición jurídica, en la Roma Clásica. El cristianismo, la religión de Occidente, creció a fin de llegar en un momento posterior a la categoría de religión universal bajo la dominación imperial romana. Sin embargo, el mapa político de Europa, el corazón de la civilización occidental, tiene escasa relación con el mundo clásico helenístico y romano. Sus rasgos principales no se formaron en la época clásica sino durante los tiempos medievales, en gran parte en el curso de la actividad bélica. Esta guerra, brutal, caótica y, en ocasiones, con un cierto carácter universal, es importante no sólo por su papel en la definición de las fronteras y las regiones del futuro en Europa. La lucha durante el medioevo, en el transcurso de la defensa regional contra las incursiones de pueblos no cristianos carentes de un pasado o conexión con el antiguo mundo romano, así como durante las guerras de expansión hacia territorios ocupados por otros pueblos, cristianos o no, y durante la absorción de estas gentes, desempeñó un papel fundamental en la salvaguarda para el futuro Occidente de su herencia cultural. De igual manera, fue esta lucha la que impulsó un desarrollo en las tecnologías que el mundo antiguo no había conocido.

Dado que la noción de gobiernos soberanos con derecho exclusivo para hacer la guerra era algo ausente en la práctica al comienzo de la Edad Media, y sólo se desarrolló de forma lenta en su transcurso, las guerras medievales eran de todo tipo y dimensión. Para Honoré Bouvet, haciendo referencia a la guerra a finales del siglo XIV, el espectro bélico era tan am-

plio que estableció en un extremo la guerra a escala cósmica: «Pregunto dónde se produjo por primera vez la guerra, pues yo os revelo que fue en el cielo, cuando el Señor expulsó a los ángeles perversos» –y en el otro extremo situó el enfrentamiento de dos individuos en duelo judicial–. En el centro de ambos extremos situó, junto a su maestro, Juan de Legnano, una serie de niveles de guerras humanas, clasificadas de acuerdo con la autoridad necesaria para su desarrollo y las circunstancias bajo las cuales la participación en las mismas resultaba legítima. Para el historiador, es fácil pensar en otras posibilidades de clasificación diferentes a las que ofreció Bouvet o sus contemporáneos: en realidad, la mayor dificultad estriba en que existen demasiadas posibilidades entre las que escoger.

La Edad Media fue testigo de grandes guerras defensivas, como, por ejemplo, la serie de guerras encaminadas a resistir la invasión de vikingos y magiares en los siglos IX y X o, más tarde, la de los turcos otomanos en Europa del este. Hubo también guerras de expansión, como la conquista normanda de Inglaterra y del sur de Italia, y la conquista germana de los antiguos territorios eslavos al este del Elba. Por supuesto, existieron también las cruzadas. Bajo este encabezamiento deben ser incluidas, no sólo las cruzadas hacia Palestina, sino también las guerras de reconquista en España contra los moros y los intentos de conquista de antiguos territorios bizantinos en Grecia, los Balcanes y Asia Menor. Ciertamente, las cruzadas ofrecen un buen ejemplo de las dificultades de una clasificación ordenada. En el curso de la larga lucha con el emperador por el poder supremo en la cristiandad, los papas procedían con frecuencia a otorgar la categoría de cruzados (con sus privilegios formales e indulgencias) a aquellos que estuvieran dispuestos a servirles en contra de sus rivales imperiales, así como a aquellos dispuestos a luchar contra otros excomulgados, herejes o cismáticos dentro del hogar común cristiano. Es por ello que las guerras de las cruzadas se pueden amalgamar con facilidad en el conjunto de la historia de las principales confrontaciones internas en Europa, que tanto influyeron para dar forma a su futuro mapa político.

Cuando se contemplan estos enfrentamientos, el tipo de clasificación adoptada por Bouvet, centrada en la autoridad requerida para hacer la guerra legal y según la legitimidad de la participación, nos resulta de gran utilidad. Si lo observamos desde esta óptica, podemos situar en un extremo lo que he denominado las grandes confrontaciones, es decir, las guerras llevadas a cabo bajo la autoridad de los papas, los reyes y los príncipes. Entre estos grandes enfrentamientos, fueron notables las luchas entre

los papas y los emperadores en el período comprendido entre 1077 y 1122 (las Guerras de las Investiduras) y las del período Hohenstaufen (entre 1164 y 1250), así como la serie de guerras que conocemos como la Guerra de las Vísperas Sicilianas y sus subsiguientes ramificaciones (1282-1302 y siguientes) y, por supuesto, la gran Guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia (1337-1453). En el otro extremo de la escala se situarían un sinfín de pequeños enfrentamientos, que, en muchas ocasiones, no eran más que luchas entre familias, reinos o señores feudales, pero que no por ello eran menos devastadoras para el bienestar del pueblo que las grandes confrontaciones. En el centro de estos extremos, nos encontramos con unos conflictos bélicos cuyos protagonistas se situaban en todos los niveles de poder, ya fuesen condes, duques o príncipes en lucha por la tierra o por una herencia, y en diferentes niveles de autoridad, destacando las alianzas entre barones contra reyes (como en Inglaterra en tiempos del rey Juan o en la época de Simón de Monfort y, más tarde, en la Guerra de las Rosas), o alianzas entre ciudades contra sus señores (como la Liga de Lombardía contra el emperador Federico I), o las interminables rebeliones de los barones contra los señores feudales a los que acusaban de oprimirles y quebrantar sus derechos. El recurso a la violencia, en cualquier nivel de autoridad, era muy habitual en la Edad Media.

La dificultad de este tipo de clasificación estriba en que resulta muy difícil mantener las categorías por separado. Bajo las condiciones políticas del medioevo, las grandes luchas y las pequeñas rivalidades se entrelazaban con mucha facilidad, sin ser absorbidas, en la mayoría de los casos, las unas por las otras. Esto era consecuencia de las condiciones subyacentes y de las limitaciones de incluso las más efectivas y autoritarias estructuras de poder del medioevo. Entre el período de Carlomagno y la Edad Media tardía, casi ningún gobierno real, principesco o papal, disponía de los recursos en dinero, mano de obra y abastecimientos necesarios para sostener por sí mismo hostilidades continuadas y a gran escala durante un período prolongado de tiempo. La solución al problema era obvia, encontrar aliados cuyos intereses pudiesen inducir a la unión fuese cual fuese la causa del conflicto bajo su propia cuenta y riesgo y para su propio beneficio. La lucha de las Guerras de las Investiduras entre los papas y los emperadores alemanes salianos, Enrique IV y Enrique V, tuvieron la capacidad casi infinita de atraer a otras partes y sus respectivos conflictos hacia su órbita. Así, ocurrió con los sajones y rebeldes principescos contra el reinado saliano, o los aventureros normandos en el sur de Italia en busca de una su-

prema aprobación para sus conquistas, o los patarenos anticlericales enfrentados a la autoridad episcopal. La historia posterior de los Hohenstaufen en las rivalidades entre el papado y los emperadores ilustra el mismo asunto de manera diferente pero comparable. Las simpatías a favor de güelfos y gibelinos, de tanta importancia en la historia de las guerras en Italia durante los siglos XIII y XIV, denotan quiénes eran aliados de la Iglesia y del papa (güelfos) y quiénes del emperador (gibelinos). De hecho, desde el principio hubo etiquetas colectivas para señores o gobiernos de ciudades rivales o para las facciones rivales dentro de una misma familia, estando cada parte interesada en atraer a su favor a los rivales de sus propios enemigos. Incluso después de solventada la lucha principal contra el imperio, a finales del siglo XIII, los partidarios de uno y otro bando, los güelfos y gibelinos, continuaban agrupándose entre sí y luchando unos contra otros bajo las antiguas denominaciones. De manera constante, las guerras han tendido a expandirse desde su epicentro hacia afuera, así como desde fuera hacia dentro. Esto hacía difícil delimitar y controlar su escala, impacto y duración y, por supuesto, definir su «nivel» en términos de categorías.

La guerra, de este modo, se convierte en el centro de la historia política de la Edad Media siendo también central para su historia cultural. Ciertamente, se puede argumentar que la cultura bélica secular de la Edad Media constituye uno de los pilares definitorios de su civilización, junto con la ideología cristiana. De ahí que, en ocasiones, la Edad Media se conozca como la Era de la Fe, la Era de la Caballería o la Era Feudal.

En su famosa tríada, el autor del siglo XIII de *Chanson des Saisnes* (la «Canción de las Guerras Sajonas») declaró que había tres «asuntos» sobre los cuales todo hombre debía tener algún conocimiento: el asunto de Gran Bretaña, el asunto de Francia y el asunto de Roma la Grande. El asunto de Gran Bretaña implicaba conocer las historias del rey Arturo y las aventuras de los caballeros en batallas y torneos. El asunto de Francia significaba conocer las historias de Carlomagno y sus paladines, así como su papel en las guerras contra los sarracenos y las luchas mortíferas de la nobleza carolingia. El asunto de Roma la Grande era conocer la historia de Roma y Grecia, de las guerras de Alejandro y César y, en mayor profundidad, la Guerra de Troya. Estos tres asuntos se convirtieron en el tema central de la creación literaria de la aristocracia secular a partir del siglo XII. De manera inevitable, las canciones y los romances giraban en torno a la guerra,

las batallas, los torneos y los combates individuales (en las versiones medievales de las historias clásicas, los héroes antiguos aparecen como caballeros portando armaduras propias del medioevo, con fuertes caballos de guerra y blasones heráldicos en sus escudos). La literatura se convirtió así en una poderosa influencia que sirvió para que la aristocracia secular afianzase y auspiciase un sistema de valores marciales cuya belicosidad no puede ser subestimada. Junto con el coraje, la lealtad y la generosidad, un soldado debía poder demostrar que poseía una gran fuerza física, gran destreza con las armas, un ímpetu feroz en el combate y, además, ser un buen jinete. Este sistema de valores es lo que conocemos como Código de Caballería, siendo estas virtudes y habilidades militares los rasgos definitorios de su culto de honor.

Junto con la tríada antes mencionada del autor de *Chanson des Saisnes*, podemos establecer otra tríada, la tradicional división medieval de la sociedad cristiana en tres órdenes o estados. Estos eran, en primer lugar, el clero, cuya ocupación era la oración y el ministerio pastoral para cubrir las necesidades espirituales de la sociedad; en segundo lugar, los guerreros, cuyo cometido implicaba usar la espada para hacer justicia, proteger a los más débiles, a la iglesia y a la patria; y, en tercer lugar, los trabajadores del campo, cuya labor permitía atender las necesidades materiales tanto propias como las de los otros dos estados en una posición más elevada dentro de la sociedad. Este concepto de sociedad, en términos de tres estados funcionalmente relacionados, fue acuñado por primera vez por el Rey Alfredo en su traducción de Boecio, y logró tener con el tiempo una amplia aceptación hasta llegar a convertirse casi en una obviedad; como decía el poeta Gower en el siglo XIV, «sabed que habrá tres clases de hombre». Era, por supuesto, una formulación ideal que nunca reflejó con precisión la realidad de la vida y de los distintos estamentos sociales. Sin embargo, la justificación concreta que ofrecía para la llamada de los guerreros como una vocación cristiana con una función social vital ejerció una profunda influencia en el hablar de la Edad Media. Además, sostenía la propia imagen de la aristocracia secular como un estado marcial hereditario y otorgaba una firme base ideológica para sus peticiones de categoría y privilegios.

Es natural y apropiado asociar esta triple visión de la sociedad y del papel de los guerreros en ella con lo que los historiadores denominan feudalismo. Cierto es que el modelo militar del feudalismo, ampliamente utilizado para explicar las relaciones en el escalafón superior de la sociedad medieval en términos de una estructura jerárquica de contratos, basada en

la donación de tierras por los señores a sus súbditos a cambio de servicios militares, es ahora observada con escepticismo por muchos historiadores. No obstante, no es menos cierto que, en las relaciones entre un gran (o, incluso, no tan grande) señor y sus subordinados, ya fuesen sus guardaespaldas o sus lacayos, o sus arrendatarios o sus parientes, o bien, como en la Inglaterra medieval tardía, sus servidores más directos, el servicio militar a lo largo de la Edad Media se presentaba como una manera especialmente valorada y digna de prestar servicio. Las denominemos o no feudales, las nociones de señorío y clientelismo, en las que el servicio militar era algo central, penetraron en los conceptos medievales de las relaciones sociales entre la aristocracia, los terratenientes y, hasta cierto punto, en los demás niveles sociales.

La aceptación, al menos hasta cierta medida, del derecho de la aristocracia a recurrir a la violencia militar era el reverso natural de esta percepción de las obligaciones. Es lo que hay detrás del tono de confianza moral con la que los nobles resistían con tenacidad (como, por ejemplo, en Francia en tiempos de Luis IX) los intentos de doblegar su derecho señorial y consuetudinario de perseguir sus pretensiones a través de guerras privadas y a su propio riesgo (lo que, en ocasiones, conocemos como la guerra «feudal») a pesar de las consecuencias sociales adversas que, obviamente, podían derivarse de este privilegio. La dignidad asociada a la categoría funcional del guerrero podía servir como recordatorio de sus deberes éticos y sociales pero también podía fomentar más guerras.

Tanto el feudalismo como el código de caballería –o algo muy parecido– eran característicos de la civilización medieval en su *long durée*. Existen variaciones en los distintos modos de manifestarse a lo largo del tiempo y de región en región, pero siempre están ahí presentes. Una de las razones de esta situación fue el lento avance del proceso tecnológico de la guerra a lo largo del medioevo. Hubo algún desarrollo, y muy destacable, como el uso extendido de la piedra en las fortificaciones (sobre todo en la construcción de castillos), y aparecieron nuevas técnicas para la manufactura de armaduras, tanto para los guerreros como para los caballos, así como nuevas técnicas en el diseño de arcos y ballestas. Sin embargo, no hubo un desarrollo que alterase radical y de forma inmediata lo que John Keegan denominó el «rostro de la batalla» –hasta la llegada de la artillería de pólvora y las nuevas técnicas en el diseño de los barcos y en los sistemas de navegación, al final del período medieval–. La percepción cultural

del guerrero aristócrata, del código de conducta y de la categoría social apropiados para la vocación militar no cambiaron de forma brusca y significativa, en gran parte, debido a que las condiciones del contexto marcial de la batalla, frente al que se esperaba la respuesta del guerrero se alteraron sólo de forma muy lenta.

Una segunda razón para la longevidad de su ideal caballeresco y de los factores feudales (o parecidos) resulta más compleja, y requiere una consideración especial. En el siglo XII hubo un cambio sustancial que afectó no a la forma de hacer la guerra, sino a la burocracia y a las técnicas de la administración. El crecimiento exponencial en los archivos gubernamentales de todo tipo, es testigo de este impacto. Este cambio abrió nuevas posibilidades para la supervisión por parte de los gobiernos centrales, incluso a nivel local, siempre y cuando el «centro» no estuviese muy alejado geográficamente. Los centros administrativos permanentes, como París y Westminster, adquirieron una nueva importancia. Los gobiernos de los príncipes, ayudados por la labor profesional de sus servidores eclesiásticos, obtuvieron una nueva capacidad para supervisar los procesos legales y los conflictos locales de interés y, sobre todo, para recaudar impuestos a gran escala (y para tomar prestado, ofreciendo ingresos anticipados como garantía). Esto debió tener un importante efecto en la capacidad de esos gobernantes para planear, organizar y dirigir operaciones militares a gran escala como, sin duda, así fue. A pesar de ello, en el contexto de la guerra dicho efecto era en muchos aspectos secundario especialmente una vez que el escenario cambiaba de la mesa donde se planeaba al campo de operaciones. El impacto en la actitud bélica tradicional y en el comportamiento bajo condiciones beligerantes era, en consecuencia, menos intenso de lo que se hubiera podido esperar, y sólo se hizo aparente tras un lapso considerable de tiempo, pudiéndose argumentar que esto no sucedió hasta bien entrado el siglo XV.

El efecto más positivo e inmediato del nuevo potencial administrativo del gobierno fue que soberanos como los reyes de Francia e Inglaterra de los siglos XIII, XIV y XV se encontraron que podían reunir ejércitos más grandes, de una base de reclutamiento mayor que la de sus más inmediatos predecesores, así como alimentar mejores y mayores ambiciones territoriales y dinásticas en caso de triunfo en la guerra. También encontraron posible a través de publicidad escrita, la predicación organizada y otras técnicas de dirección de escena, proyectarse al exterior en busca de una respuesta colectiva más consciente y patriótica de sus súbditos frente a sus

guerras, y de esta manera justificar las demandas recaudatorias más urgentes. Estos fueron algunos de los factores más importantes que, a finales de la Edad Media, estaban acelerando de forma visible la definición sobre el mapa de las futuras estructuras de poder en Europa.

Aunque mejorados y profesionalizados, los servicios administrativos tenían sus límites. La guerra es y siempre ha sido un negocio con un coste muy elevado. Durante mucho tiempo –concretamente hasta el final de la Edad Media– los nuevos recursos fiscales y monetarios a los que ahora podían acceder los soberanos, aunque suficientes para pagar el servicio militar durante las campañas, no lo eran para mantener fuerzas permanentes como tampoco lo eran para entrenarlas. Podían, por supuesto, contratar mercenarios, cuyos capitanes venían provistos de fuerzas preparadas con técnica militar para el combate. En este caso, la demanda facilitaba la oferta de mercenarios, pero éstos representaban un gasto muy elevado e implicaban otros problemas como qué hacer con ellos una vez que la campaña hubiese concluido. Para levantar ejércitos, los soberanos de la Edad Media tardía todavía tenían que confiar, como lo habían hecho sus predecesores, en los subordinados con más recursos, con la riqueza suficiente para equiparse a sí mismos y a sus seguidores, y con un carisma social establecido y un nexo de conexiones entre parientes, vasallos, arrendatarios y sirvientes, que les convertían en elementos ideales para llevar a cabo el reclutamiento. Estos señores, no entrenados en sentido formal, junto con sus seguidores y como sus antepasados, eran hombres educados bajo una rígida disciplina militar en el manejo del caballo, en la caza, en los torneos, y como ciudadanos poseían un sentido de obligación social con fuertes resonancias marciales. En el campo de batalla, el servicio de estos hombres y de sus seguidores era el equivalente a un ejército profesional. Sin embargo, lo que garantizaba su disponibilidad, incluso cuando se les prometía una paga al final de la campaña, no era tanto recibir «el dinero del rey» como su tradicional mentalidad en cuánto a su posición en la sociedad y sus obligaciones funcionales. Bajo estas circunstancias, los soberanos tenían un interés en cultivar y no en castigar el aspecto tradicional de las obligaciones y en presentarse como compañero y generoso patrón de sus marciales súbditos aristocráticos, atendiendo sus sensibilidades y manteniendo sus privilegios. De lo contrario, se arriesgaban a perder el control sobre su máquina de guerra. No resulta nada extraordinario, pues, que sólo de manera lenta y parcial la nueva capacidad administrativa del gobierno empezase a tener un efecto significativo en la manera feudal y caballeresca de

vivir, y en la actitud mental que les acompañaba, formada y forjada en tiempos anteriores.

Así, durante mucho tiempo parecía necesario, desde el punto de vista del soberano, aceptar el precio que venía unido a estas circunstancias y cuyas alternativas se contemplaban de forma difusa, si se llegaban a percibir. Ese precio era el riesgo constante de que las energías y los recursos militares de los súbditos más distinguidos continuasen siendo canalizados con facilidad hacia otras causas, hacia las cruzadas, hacia enfrentamientos con otros poderosos, en aventuras territoriales de carácter privado, y hacia la rebelión. Esta es la principal razón por la que la Edad Media, en su parte final, esté dominada por las guerras en tantos niveles.

Pero el tiempo pasa. Las lecciones de la experiencia fueron asimiladas y se agudizó la percepción del surgimiento de nuevas potencialidades. A final de la Edad Media, los soberanos disponían de mayores recursos y sabían cómo ejercer su capacidad de gobierno y administración. Síntoma de esto era el arduo pero bien dirigido esfuerzo por controlar el derecho de los nobles a hacer la guerra por su cuenta. Otra consecuencia (en parte buscando el primer objetivo) fue que estos soberanos (algunos de forma especial, como los reyes de Francia y España) establecieran fuerzas militares de carácter permanente y remuneradas. Cronológicamente, la aparición de los ejércitos nacionales permanentes y profesionalizados coincide con un momento de avances tecnológicos, en artillería y navegación, que comienzan a tener un impacto significativo –cuando muchos historiadores establecen el final de la era de los caballeros medievales–. Hacia el año 1500, los cambios en la situación que, desde un punto de vista militar, definían los rasgos del período medieval empiezan a acelerarse. Es por ello que este libro termina en ese momento.

El hecho de que la destreza en la guerra y la ética del guerrero estén tan unidas a la historia secular de la Edad Media, en sus aspectos político, social y cultural, ha dado forma al planteamiento de este libro, que está divido en dos partes. El objetivo de los autores de la Parte I ha sido el de mostrar, paso a paso, y una época tras otra, parte de la experiencia social de la guerra y del impacto sobre los recursos y la resistencia humana. Los autores de los primeros cuatro capítulos de la Parte II han pretendido ilustrar por temas los avances más importantes en el desarrollo del arte de la guerra: fortificaciones y técnicas de conquista de fortalezas; el papel de los guerreros a caballo y su equipamiento; y el uso de fuerzas mercenarias. El

penúltimo capítulo examina la aparición de un acercamiento sistematizado a los no combatientes y, el último, analiza algunos de los factores que cambiaron el aspecto exterior de la batalla a finales del medioevo.

Por límites de espacio, no hemos podido otorgar una atención separada a muchos otros temas y cuestiones como hubiera sido nuestro deseo. Nos hubiera gustado haber incluido capítulos separados para temas tan importantes como las opciones medievales sobre la guerra justa, o sobre las relaciones feudales y el cambio en las percepciones de su significado militar, o la actividad caballeresca y los torneos, o sobre los derechos de pillaje y rescate, o sobre la recaudación de impuestos por motivos de guerra. Hemos hecho lo mejor que hemos podido para incorporar estos y otros temas en el marco de los diferentes capítulos, pero de manera inevitable hemos tenido que quedarnos cortos en asuntos que reconocemos como muy importantes.

Una omisión impuesta por motivos de espacio es la ausencia de un tratamiento a fondo de la guerra en el área de Bizancio. Hacer justicia a este aspecto hubiera supuesto situar en contexto una serie de grandes guerras acaecidas en los Balcanes, Asia Menor, Siria y aún más lejos, que no tienen una conexión directa con las guerras discutidas en este volumen. Además, hubiera significado describir una estructura de organización militar radicalmente diferente al mundo de la Europa occidental de esa época –una estructura que por otra parte y por fuerza de las circunstancias ha sido alterada a lo largo del tiempo hasta resultar hoy irreconocible–. El relato de esa historia deberá esperar hasta que se publique próximamente la Historia Ilustrada sobre Bizancio de Oxford.

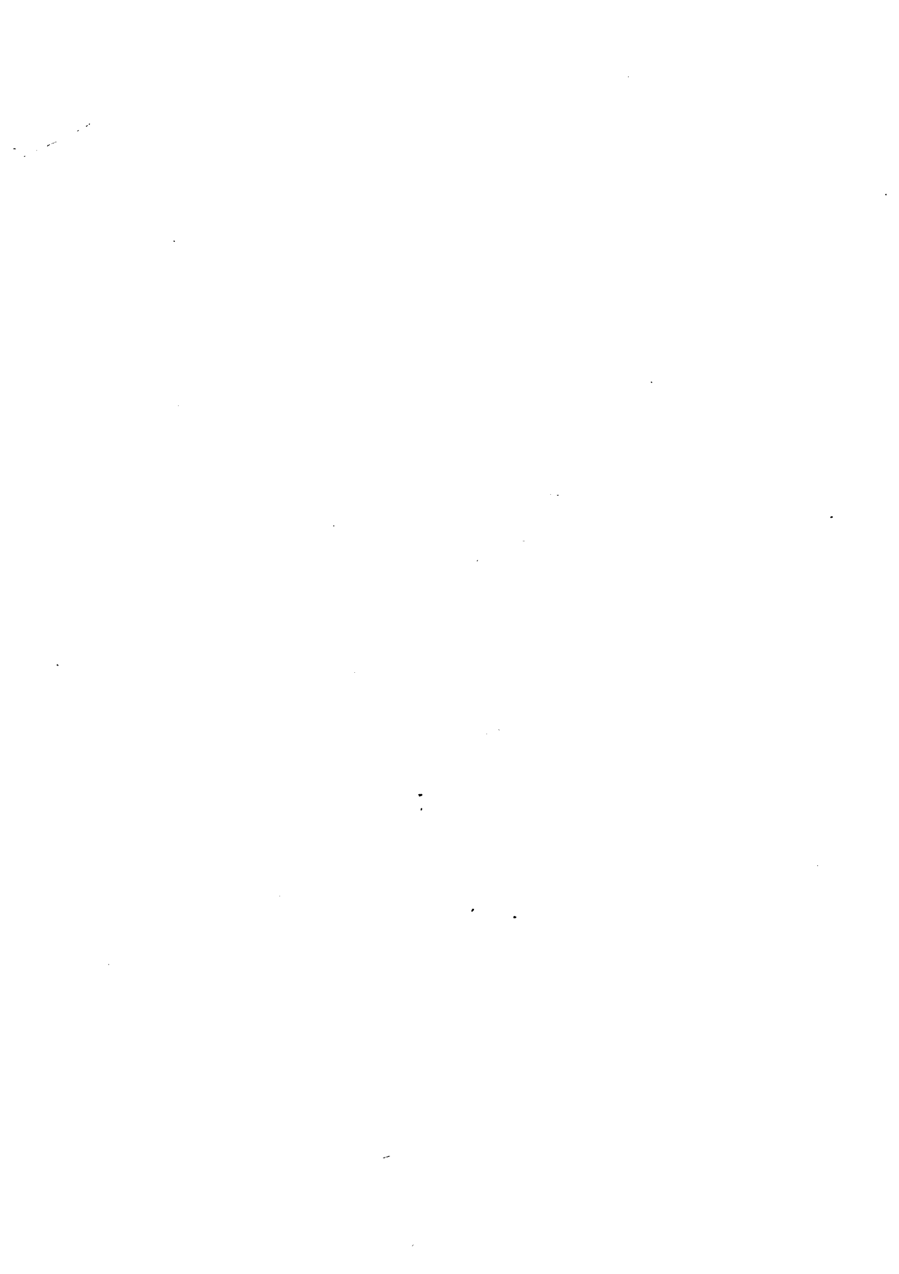
No obstante, sí es necesario hacer un comentario más extenso y general en este punto. La historia del Imperio Bizantino representa en cierta manera lo opuesto a lo pretendido por este libro. Al principio del período estudiado en esta obra, el Imperio Bizantino era una fuerza territorial muy importante al servicio del cual había una burocracia sofisticada y un eficaz sistema de recaudación de impuestos. Su ejército era una máquina militar muy poderosa, con una estructura de mando establecida a nivel provincial, lista para ser movilizada en campañas de gran escala. En sus «Preceptos» el gran emperador y soldado del siglo XII, Nicéforo Focas fue capaz de delinear los principios militares de reclutamiento y entrenamiento, detallar las armas y el equipo necesarios tanto para la caballería como para la infantería, el tiro de jabalina y el tiro de arco, y discutir con

aplomo sobre las tácticas y la estrategia. A pesar de todo, el siglo XI sería testigo de la erosión de la autoridad imperial a través de la creciente independencia de los terratenientes semi-feudales de las provincias y de la pérdida de control del área remota de Anatolia como resultado de las incursiones de los seljuzidas y, a su término, por causa de una nueva amenaza desarrollándose desde Occidente. En el siglo XII, las relaciones con los cruzados de Occidente se fueron deteriorando de manera continua, y en el año 1204 el ejército de la Cuarta Cruzada atacó y tomó Constantinopla. A pesar de recobrar la capital en 1261, a partir de este momento el Imperio Bizantino lo es sólo en nombre. Fracasaron en la recuperación de Grecia, y los últimos bastiones que mantenían en Asia Menor pronto fueron perdidos ante los otomanos. Al final, en Constantinopla seguía existiendo una administración burocrática pero ya no existía una base de reclutamiento para el ejército. Mucho antes de que las monarquías emergentes en Occidente empezasen a mostrar los primeros signos de su capacidad para doblegar con eficacia las aspiraciones de independencia marcial de la aristocracia, Bizancio había perdido el control sobre sus provincias a favor de los nobles regionales y, en los Balcanes, a favor de los invasores eslavos, búlgaros y serbios. Al final todos fueron sometidos por los turcos a los que, en un momento posterior, consiguieron detener al borde del Danubio.

Para ambas historias contrastadas, Occidente y Oriente, el mundo latino y el griego, la guerra y sus consecuencias proporcionan un tema de unión esencial. Es ahora el momento de entrar con más detalle en la historia de Occidente, principal preocupación de este libro, empezando en tiempos de Carlomagno, cuyo imperio franco del siglo VIII sólo podía equipararse quizás al bizantino en la misma época en que ambos eran en esencia potencias militares.

PARTE I

Fases de la guerra medieval



Capítulo II

La guerra carolingia y otoniana

Timothy Reuter

La guerra fue quizá la preocupación dominante de las élites políticas en los siglos VIII, IX y X. Ciertos órdenes sociales del medievo han sido descritos como verdaderas «sociedades organizadas *para* la guerra»; otras, como las sociedades carolingia y otoniana, estaban fundamentalmente organizadas *por* la guerra. La reunión de la comunidad política con frecuencia recibía el nombre de «el ejército» incluso cuando no ejercía como tal a pesar de ser ésta la principal razón de su existencia. Las fuerzas coercitivas eran desplegadas en repetidas ocasiones, y con considerable éxito, contra los pueblos fronterizos subordinados. También se organizaban, aunque con menor éxito, para luchar contra pueblos invasores como los vikingos en las costas del Atlántico y del mar del Norte, a principios del siglo IX; o contra los musulmanes en la costa mediterránea desde los últimos años del siglo VIII; o los magiares en el valle del Danubio a finales del siglo IX. Y, por supuesto, estas fuerzas militares eran desplegadas contra los rivales dentro del mismo mundo franco, tanto por los gobernantes como por los grandes señores. Su despliegue requería una inversión sustancial en organización (tributos y otras formas de recaudación, transporte, estructuras de mando), recursos materiales (comida, agua, equipamiento), y soldados (reclutados y «voluntarios»). Además, se hacía patente la necesidad de invertir en construcciones defensicas. El éxito en la guerra traía consigo prestigio, autoridad y poder más allá de los inmediatos resultados de la contienda misma; el fracaso, de manera parecida, implicaba el riesgo de una crisis en la legitimidad y estabilidad de la autoridad política.

El significado de la guerra se hace obvio tan pronto examinamos el curso de la historia del mundo franco tardío y su período siguiente. El siglo VIII fue testigo del éxito militar de los francos bajo el liderazgo de la que se convertiría en la familia carolingia, actuando primero como mayordomos de palacio bajo el gobierno nominal de los últimos miembros de la dinastía merovingia y a partir del año 751 como reyes, para convertirse, finalmente, en emperadores tras la coronación de Carlomagno con connotaciones romanas respecto al título y poder recibido por el Papa en el año 800. Observando el pasado a partir del siglo IX, los propios carolingios ven el comienzo de su propio éxito en la batalla de Trety en el año 687, cuando Pipino II y los francos del este vencieron a los francos del oeste. Mucha de la actividad militar hasta la muerte de Carlos Martel en el año 741 estaba dedicada a la consolidación interna: se eliminaban los «tiranos» dentro del reinado, como explicó Einhard, biógrafo de Carlomagno. Pero hubo otras campañas, como las encaminadas a restablecer la autoridad sobre los en otro tiempo dependientes pueblos de Alamania y Baviera, o la gran guerra de conquista que llevó el control franco a través de Borgoña y el valle del Ródano hasta la costa del Mediterráneo. Hubo también victorias sobre las fuerzas islámicas invasoras, en los años 732 y siguientes, y en el 737, que acabaron con la posible expansión de los musulmanes más allá de los Pirineos.

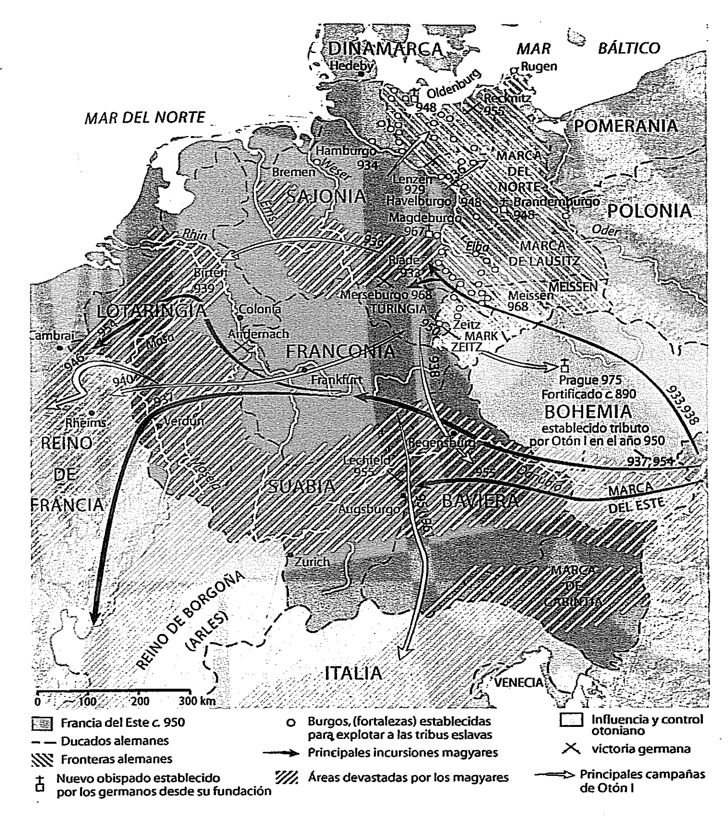
Las dos generaciones que siguieron fueron testigos del sometimiento definitivo de Alamania y Baviera, y del sur de Francia, de la conquista del reino lombardo de Italia en una campaña relámpago en el año 774, así como de la conquista y cristianización de los sajones en una serie de campañas entre los años 772 y 785, 792-3 y 798-803. En la década de 790, la mayor potencia rival para la hegemonía franca en la Europa continental, el imperio balcánico de los ávaros, fue destruido en unas pocas y breves campañas, y toda la riqueza acumulada por ellos en más de dos siglos de saqueos y recaudación de tributos fue transportada hasta Francia, donde Carlomagno la distribuyó entre las iglesias y su entorno militar.

A principios del siglo IX, los francos y sus gobernantes se habían quedado sin oponentes contra los que hacer una guerra rentable. La máxima extensión del dominio franco a finales del siglo VI y principios del siglo VII había sido restablecida y asentada sobre una base bien diferente. Las periferias celta y eslava, a lo largo de las fronteras bretonas y del este de Francia, ofrecían sólo remotas oportunidades. Ni los daneses hacia el norte de Sajonia, ni las bases extranjeras del Imperio Bizantino y los principados

lombardos hacia el sur de Italia central, ni los emergentes poderes musulmanes en España eran objetivos atractivos: la riqueza estaba ahí, pero no para apoderarse de ella fácilmente. Los francos nunca hicieron campaña en la península danesa, ni tampoco, a partir de la primera década del siglo IX, contra el Imperio Bizantino en Italia. Las conquistas territoriales de los francos en lo que se convertiría en Cataluña se hicieron, tras las campañas de Luis el Pío en el año 801-2 y 810, por fuerzas locales más que por los propios reyes francos.



Mapa 1. Las guerras de Carlomagno (770-814).



Mapa 2. La guerra en las tierras orientales de los francos.

Sin embargo, el aparato militar construido a lo largo del proceso de expansión del siglo VIII necesitaba ser mantenido. De manera creciente, la elite franca se volvió contra sí misma. A partir del año 830 y hasta el final del siglo, gran parte de las campañas emprendidas por las fuerzas francas tenían como objetivo eliminar otras fuerzas rivales dentro del imperio. A principios de la década de 830 y 840, la sucesión de Luis el Pío, hijo y sucesor de Carlomagno, dio lugar a dos extensas guerras civiles. Estas gue-

rras civiles culminaron en el Tratado de Verdún (843) y la división del imperio franco en tres partes: Carlos el Calvo, el hijo menor de Luis, se convirtió en rey de la parte occidental del reino (germen de la futura Francia); Luis se convirtió en rey de los francos del este (la parte oriental, identificada luego en el reino de Germania), y Lotario, el mayor de los hermanos, en gobernante de un corredor de tierras que se extendía entre los dos reinos hasta llegar a Italia, conocido posteriormente como «reino medio». Siguieron más divisiones y otras disputas. Así, destacan los intentos en los años 857-8, 876 y 879-80 de los gobernantes del Este y el Oeste de hacerse con el control del reinado del rival; o la serie de campañas, entre el año 861 y 880, para decidir la distribución del reino medio; o las luchas, entre 888 y 895-8, para establecer la naturaleza y extensión del ejercicio de la hegemonía de Arnulfo, rey de la parte oriental del antiguo imperio, sobre los reinos francos restantes.

De manera creciente, los francos y sus gobernantes también se encontraban amenazados por otras fuerzas militares. Es probable que las noticias de su éxito y la riqueza que habían acumulado fueran muy atractivos para otros pueblos. Se han registrado ataques de piratas musulmanes en la costa mediterránea del Imperio Franco desde finales del siglo VIII, haciéndose más frecuentes a partir de mediados del siglo IX, en especial, en el sur de la costa francesa y de Italia. Por las mismas fechas, poco después de su primera aparición constatada en las islas británicas, empezaron las incursiones de los vikingos a lo largo del Canal y de las costas del Atlántico, incrementándose de forma drástica a partir de la década de 840; con breves remisiones en los 870 y los 890. Y, finalmente, dos décadas después, los francos del este empiezan a sufrir las incursiones de los magiares, una confederación de guerreros a caballo originarios de las estepas rusas con una capacidad formidable para el despliegue rápido y efectivo de arqueros y de la caballería, así como para la destrucción de áreas extensas y para la rápida reorganización de sus fuerzas cuando encontraban resistencia.

Los patrones establecidos al final del siglo IX –la guerra motivada por invasores externos o rivales internos– continuaron siendo válidos a lo largo del siglo X en la parte oeste y sur del imperio carolingio, Francia occidental e Italia. Las incursiones al oeste de Francia declinaron, sin interrumpirse por completo nunca. En contraste, la guerra contra los rivales internos se incrementó, y como anticipo al mundo de la alta Edad Media, pasaron de ser guerras entre reyes a convertirse en guerras entre príncipes y poderosos súbditos, descendiendo así de nivel. En Italia, las

guerras al estilo carolingio por los distintos dominios reales continuaron hasta mediados de la década de 960, pero las *razzias* agresivas de los musulmanes a lo largo de la costa y en el Sur fueron un problema que duraría aún mucho más tiempo.

En Francia oriental, sin embargo, los eventos se sucedieron de manera bien distinta. Bajo el liderazgo de los Luidolfing, duques en la frontera de Sajonia, el imperio fue rediseñado y forjado de nuevo en la primera mitad del siglo X. De alguna manera, este nuevo esquema recuerda a aquel llevado a cabo por los primeros líderes carolingios en Francia dos siglos antes, y aquí también culminó con una coronación, la de Otón I en el año 962. El éxito carolingio contra los invasores islámicos es comparable al éxito otoniano contra los jinetes magiares en Riade (933) y en Lechfeld (955), al sur de Augsburgo. Pero también hubo diferencias significativas. El imperialismo carolingio había provocado grandes alteraciones en el patrón de la propiedad agrícola y del poder en las tierras de los francos. La reconstrucción del poder de los Luidolfing, seguidores de Otón, fue un asunto más pacífico; hubo unas cuantas batallas y campañas militares, pero fueron pocos los señores que perdieron su poder. La hegemonía otoniana en el siglo X descansaba en el reconocimiento por la comunidad política del éxito militar, no en la transformación de dicha comunidad.

A pesar de los éxitos de los otonianos más allá de sus fronteras, como hicieron los carolingios en su apogeo, las campañas de expansión en la frontera oriental fueron por lo general asuntos más locales. Carlomagno había sido capaz de reunir grandes ejércitos de todos los rincones de su reino para luchar contra los sajones, e incluso en la era del declive carolingio, Carlos III y Arnulfo todavía pudieron involucrarse en campañas contra los vikingos con fuerzas reclutadas de las diferentes regiones. En contraste, las campañas militares en la costa este en el siglo X y principios del XI eran a mucho menor escala. De manera muy ocasional, como en algunas de las campañas contra los magiares (destacando aquellas que llevaron a las derrotas de los magiares en Riade y en Lechfeld), o en algunas de las campañas en la frontera noreste bajo Otón III y Enrique II, los gobernantes reunían fuerzas de casi todo o de gran parte de su reino; sin embargo, muchas expediciones eran de carácter local, esto es, eran asuntos entre sajones. Incluso no siempre los propios dirigentes participaban de manera activa. Ejércitos a gran escala fueron reunidos para reafirmar la hegemonía dentro del antiguo mundo de los francos, para la invasión otoniana de Francia occidental en el año 946 y 978, y con ocasión de las expediciones italianas a partir de 950.

Resulta fácil ofrecer un relato abreviado sobre la importancia de la guerra en este período, pero tan pronto pretendemos ir más allá encontramos que existe un gran vacío en nuestro conocimiento y comprensión del asunto. Quizá lo más impactante sea el vacío referente al conocimiento sobre la realización práctica de la guerra. El tema de la guerra abunda en los relatos de la época. Las principales crónicas semioficiales, como las de los continuadores de Fredegardo en el siglo VIII, las de los autores de los *Anales Reales Francos* y sus continuadores en el siglo IX, así como muchos otros relatos privados, como los llamados *Anales de Xanten y Anales de San Vaast*, ponen mucho interés en narrar las distintas campañas militares. Los grandes narradores del siglo X y principios del XI dedican muchas de sus páginas a la guerra. Así, Regino de Prüm, reflexiona, desde su exilio lotaringio a comienzos del siglo X, acerca de la decadencia carolingia a partir de la batalla de Fontenoy; Widukindo de Corvey, traza el curso de la ascendencia de los sajones hasta el poder imperial; a Liudprando de Cremona, partidario de Otón I, le debemos gran parte de nuestro conocimiento de las guerras en Italia entre finales del siglo IX y mediados del siglo X; Flodoardo y Richer de Reims, nos ofrecen su visión de la guerra de los francos en el siglo X, el primero mediante una narrativa seca y sin adornos, el segundo mediante una prosa de un brillo digno de Salustio; Thietmar de Merseburg; obispo sajón con gran experiencia en distintas campañas militares también quiso legarnos su particular visión sobre la guerra en su tiempo.

Pero «el rostro de la batalla», según la frase memorable de John Keegan, se nos escapa, por lo general, cuando leemos estas obras. Más aún, las escasas narraciones de testigos de la época no son de mucha ayuda. El 25 de junio del año 841 los seguidores de Luis y Carlos, líderes en las partes oriental y occidental del imperio franco, se enfrentaron en la batalla de Fontenoy a los sucesores de Lotario, emperador y gobernante de Italia, acción que hubo de traer el desenlace de la crisis en la sucesión creada por la muerte de Luis el Pío en el año 840. Uno de los participantes, Nitardo, descendiente de Carlomagno como el resto de los líderes, nos ha dejado su descripción de la batalla:

> Tras el fracaso de las negociaciones, Carlos y Luis se levantaron al alba y ocuparon una colina cercana al campo de Lotario; allí esperaron su llegada a la segunda hora de luz diurna, de acuerdo con el juramento que habían prestado sus representantes, acompañados por casi un tercio de sus fuerzas. Cuando ambas partes estuvieron presentes, emprendieron una

> dura batalla junto a la corriente de los burgundios. Luis y Lotario lucharon duramente en un lugar llamado Brittas, donde Lotario, viéndose vencido, ofreció su rendición. La parte del ejército que Carlos había conducido al lugar conocido en la lengua común como *Fagit* se dio a la fuga; la parte que se había dirigido contra Adelardo, y a la cual presté un auxilio no pequeño con la ayuda de Dios, también luchó duramente; ambos bandos parecía tener, en ocasiones, las de ganar, pero al final todos los que estaban del lado de Lotario huyeron.

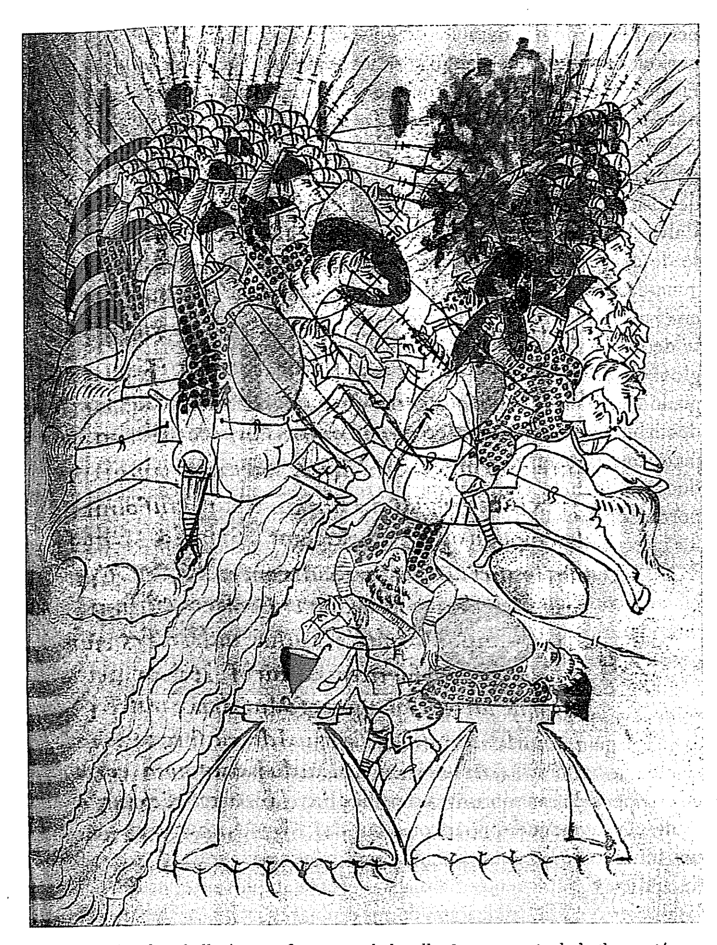
Lo más sorprendente de este relato es su brevedad. Nitardo, que habría de morir en combate no mucho después de escribir estas palabras, era un guerrero experimentado pero no consideraba la práctica real de la guerra como algo que necesitase de una descripción prolongada. El extracto que se acaba de traducir ocupa menos de un octavo del capítulo que dedica Nitardo a la descripción de la campaña de Fontenoy. Gran parte de este capítulo está dedicado a mostrar como Lotardo retrasó la batalla mediante la dilación de las negociaciones hasta que su aliado Pipino consiguió el tiempo suficiente para unir sus fuerzas a las suyas.

La guerra pudo haber sido la preocupación dominante de las elites al comienzo de la Edad Media, pero ni aquellos que la practicaban, como Nitardo, ni aquellos que simplemente escribían sobre ella (a menudo con cierta distancia de espacio o tiempo, o de ambos) sentían, por lo general, la necesidad de explicar su significado ni de expresar las hipótesis o asunciones con que se aproximaban a ella. Era un oficio de carácter práctico y no teórico. Pero no sólo se nos escapa la experiencia directa de la guerra, sino que, además, tampoco nos han llegado de forma explícita pruebas del origen de las estrategias y las tácticas empleadas. De manera ocasional, conseguimos un comentario que demuestra que podían reflexionar, y que así lo hacían, sobre la práctica de la guerra. Un relato, en la versión revisada de *Los Anales Reales Francos,* sobre la batalla entre francos y sajones en 782, critica a los francos por avanzar al galope como si estuviesen persiguiendo a un enemigo derrotado en vez de hacerlo en línea y a un paso prudente. Regino de Prüm, por su parte, describe una batalla contra los normandos en Bretaña en el año 890, en la cual el duque Vidicheil, viéndose ganador, ignoró el principio básico de no empujar demasiado lejos a un enemigo derrotado, dando lugar a que sus enemigos lo aniquilasen cuando se recuperaron y contraatacaron.

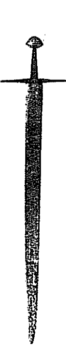
Pero la oportunidad de conocer momentos de reflexión explícita es poco frecuente. Tratados militares como los que han sobrevivido del Im-

perio Bizantino de los siglos IX y X están ausentes de Occidente en este período. Los tratados clásicos de la Antigüedad, a cargo de Vegetius y de Frontinus eran conocidos y copiados al comienzo del medioevo. Habranus Maurus, obispo de Maguncia a mediados del siglo IX, realizó una versión revisada del tratado de Vegetius incluyendo comentarios dirigidos a adaptar la obra militar a las guerras de los francos; y el obispo Frechulf de Lisieux confeccionó una copia para la biblioteca privada de Carlos el Calvo. Pero el interés detrás de esta deferencia era más, quizá, un intento de conservar el pasado más que poner en marcha su contenido: ninguna de las dos obras circuló de manera amplia en forma de manuscrito en el período carolingio. La literatura de la antigüedad servía como fuente de frases y vocabulario más que de ideas para los escritores de los siglos IX y X. Así, el relato de Tito Livio sobre la historia de Roma fue plagiado a voluntad por los autores de los *Anales Reales de los Francos* para describir las campañas de su época. Esta ausencia de reflexión directa provoca dos peligros opuestos para el historiador. El primero es el de deducir de manera errónea que no registraban sus ideas sobre la guerra porque no tenían ideas claras al respecto, lo que nos da la noción de que los ejércitos carolingios y otonianos eran una muchedumbre indisciplinada. El segundo peligro es asumir que podemos rellenar las lagunas o silencios, completando su pensamiento y guiándonos con los principios intemporales anunciados por los grandes teóricos militares modernos desde Clausewitz en adelante, lo que nos hace considerar las campañas carolingias y otonianas como un simple ejemplo de los muchos encontrados en los manuales de las escuelas de estado mayor.

Las lagunas en nuestro conocimiento no se limitan a la actuación consciente que hay detrás de la acción. Aunque los restos materiales de la guerra en este período han sobrevivido en un número considerable, no siempre son fáciles de datar e interpretar con seguridad. Algunos manuscritos ilustrados nos muestran a los guerreros y su armamento; sin embargo, sabiendo que los artistas con frecuencia trabajaban según ejemplos anteriores y siguiendo las directrices y las tradiciones de sus propias escuelas, su trabajo no puede ser siempre tomado como descriptivo de la situación real de su tiempo. Es cierto que han sobrevivido armas y armaduras, principalmente cascos y espadas, pero dado que los objetos de mayor calidad (aquellos con más probabilidades de sobrevivir en un estado reconocible) podían ser utilizados y reutilizados durante mucho tiempo desde su fabricación, pocas veces llegan a nosotros en el contexto arqueológico que nos permitiría interpretarlos



Fuerzas rivales de caballería se enfrentan en la batalla. La estrategia de la ilustración no está clara: no se entiende si las fuerzas de la derecha han sido penetradas por sus oponentes o si están dando la vuelta y huyendo. Todos los guerreros utilizan lanzas (blandidas por encima de la cabeza, dado que no tienen estribos y no pueden sujetarlas bajo el brazo), aunque un asedio dibujado por el mismo artista (ver pág. 48) muestra a los jinetes portando espadas largas.



Junto con las protecciones de cota de malla (ver pág. 40), fueron espadas largas como ésta, costosas y hechas de acero trabajado en capas, las que dieron a las fuerzas francas su ventaja tecnológica. Estas espadas, que con frecuencia llevaban una inscripción sobre la hoja (posiblemente del fabricante y no del propietario, como en este caso), han sobrevivido en pequeño número, a partir de los siglos IX y X, en los tesoros de pequeñas iglesias y, en un número mayor, han llegado a nosotros como hallazgos casuales.

con una mayor seguridad. Sin embargo, sí podemos conocer el armamento y armaduras más utilizados a lo largo de todo el período (la espada larga, el hacha corta y el arco, el casco y la loriga, una armadura de cuero con revestimento metálico en forma de escamas) sin poder asegurar con mucha certidumbre en qué medida estaba extendido su uso. Por otra parte, también sabemos que disponer de una tecnología militar superior era vital. Los gobernantes carolingios, en particular, prohibieron la exportación de las lorigas al tiempo que procuraron que los miembros de sus ejércitos tuviesen cubiertas sus necesidades de equipamiento –que, por lo menos, portasen un arco y no un simple palo de madera–. Los plebeyos «no armados», a los que los vikingos en ocasiones atacaban y mataban durante el siglo IX, han sido descritos de forma errónea por los historiadores como no experimentados en la guerra, pero parece probable que sencillamente no estuviesen equipados como los soldados. Hacia el año 990 a un príncipe eslavo se le aconsejó que no se arriesgara al combate contra una fuerza sajona invasora porque «aunque es pequeña, está compuesta de excelentes guerreros y todos ellos cubiertos de hierro».

No ha sobrevivido mucho. Así, poco sabemos de la apariencia de los barcos o de la maquinaria de asedio de los francos, pero sabemos que ambos existieron y, sin duda, su expansión en el siglo IX se debe en gran parte a su capacidad para transportar material pesado largas distancias y desplegarlo contra sus rivales de forma eficaz. El ejemplo más espectacular de ingeniería militar es el intento frustrado de Carlomagno en el año 793 de unir el río Maine y el Danubio mediante un canal, y cuyos restos todavía hoy son visibles. Algunos lugares fortificados han llegado hasta nosotros en un buen



Una buena ilustración de un guerrero franco montado en su caballo en un salterio de comienzos del siglo IX. La armadura defensiva hacía de los guerreros el equivalente en los siglos IX y X de un tanque moderno: un escudo con relieve, un casco, posiblemente algún tipo de protección para las piernas, y una brunia o loriga, es decir, una chaqueta de cuero con revestimento metálico colocado en forma de «escamas de pescado» para su protección contra flechas y otras armas punzantes.

estado de conservación, pero también nos presentan ciertas dificultades en su estudio. Con frecuencia, surge la disparidad entre lo que conocemos a través de fuentes escritas y lo que puede ser observado sobre el terreno y datado con cierta seguridad dentro del período objeto de estudio. Más aún, la supervivencia (o por lo menos la supervivencia identificada) es más frecuente en algunas áreas que en otras. Así, por ejemplo, un buen número de fortificaciones inglesas *(burhs)* sobrevive de forma identificable desde los tiempos de las campañas de Alfredo y sus descendientes contra los denominados «hombres del norte», pero los restos arqueológicos en el continente europeo son mucho menos satisfactorios. Así, a pesar de que sabemos que a partir de la década de 860 los puentes fortificados eran muy importantes para hacer frente a las incursiones de los vikingos en la parte occidental del imperio, son pocos los restos sobre el terreno que demuestran este hecho. Al rey Enrique I del imperio oriental se le atribuye la construcción de fortalezas a gran escala, en las que vivían grupos de soldados-colonos respon-

sables de su mantenimiento y defensa como parte de la estrategia de terminar con la amenaza de los ataques de los magiares en el período 924-933. A pesar de que nos recuerden a los *burhs* de los sajones occidentales, no existe equivalente de Wallingford en el este de Sajonia o en ninguna otra parte del imperio oriental, como no existe el lugar donde todos coincidan que estaba situada una de las fortificaciones de Enrique.

Por tanto, no es fácil visualizar la guerra en este período a partir de descripciones escritas o de restos materiales. Sí existen, por el contrario, un menor número de pruebas acerca de la organización de los francos y, en particular, de la época carolingia. Gobernantes como Carlomagno, no sólo procuraron la conservación por escrito de los códigos de leyes «tribales», sino que además –de forma destacada en el período comprendido entre el año 780 y el 830 y, a partir de esta fecha, en la parte occidental de las tierras de los francos e Italia, hasta casi el final del siglo IX–, publicaron las llamadas «capitulares», mezcla de admoniciones, instrucciones y regulaciones, en muchas de las cuales se hacía referencia a asuntos como la obligación militar o la regulación de la exportación de armas. De estas instrucciones, de referencias encontradas en otras fuentes, del tipo de aranceles (especialmente el *heribannum* o «impuesto para el ejército») servicios obligatorios (provisión de carros y otros transportes; trabajos para la construcción de puentes y fortalezas) y de los impuestos sobre la población, podemos hacernos una idea de la guerra carolingia en la época de su apogeo. Las campañas se preparaban en asambleas, con frecuencia a finales de la primavera o a principios de verano, donde los gobernantes buscaban el consenso y el apoyo necesarios para llevarlas a la práctica. Los carolingios podían ir a la guerra en cualquier época del año pero la época predilecta era de agosto a octubre, tras la recolección y antes del comienzo del invierno. Las campañas comenzaban con la reunión de grandes ejércitos que en un momento posterior se dividían por las dificultades que entrañaba alimentar a estos cuerpos de tropas más que por consideraciones de tipo estratégico. Los ejércitos eran desplegados despacio y a fondo en campañas cortas y su objetivo era hacerse con las posesiones y los recursos económicos del oponente, no pretendían destrozarle en la batalla. Estos ejércitos, sin embargo, eran vulnerables a los ataques de la guerrilla (como en Roncesvalles en 778, donde la retaguardia franca fue aniquilada en una emboscada a cargo de los vascos), al mal tiempo y a las enfermedades que afectaban a los caballos o al ganado imprescindibles para el transporte. Además, eran poco flexibles: ante oponentes capaces de avanzar con movimientos más rápidos (como los magia-



Los arqueros desempeñaron un papel importante en las guerras de los francos; si bien, a diferencia de los magiares, los arqueros francos luchaban por lo general a pie. Las referencias escritas sugieren que los arqueros tenían una categoría menor a los guerreros a caballo, pero este salterio del siglo IX muestra la misma armadura de cuerpo que portaban los guerreros montados, junto con una capa y fíbula que muestra una categoría social elevada.

res y sarracenos) o sobre terrenos hostiles (como los vikingos) encontraban gran dificultad en hacerles frente de forma eficaz.

A finales del siglo IX, este tipo de guerra no era habitual (excepto en partes de la frontera oriental del reino), y en el período Otoniano, el dibujo se hace menos claro. Las capitulares y otras formas de legislación y regulación desaparecieron en este período en las diferentes regiones del antiguo imperio de los francos. Los impuestos como el *heribannum* continuaban existiendo en nombre, pero posiblemente ya no tenían ninguna conexión con el reclutamiento y sustento de los ejércitos. Así, las pruebas documentales que de forma ocasional han sobrevivido hasta nuestros días han tenido mayor peso del que debería adjudicárseles. Así, por ejemplo, gran parte de la discusión acerca de la guerra en el período otoniano se ha centrado en la *indiculus loricatorum* («lista de guerreros armados»), un documento que elabora la lista de los contingentes militares que debían ser aportados por la parte oriental de Francia para hacer campaña en Italia.

Ciertas pruebas internas muestran que esta lista debió ser confeccionada en conexión a la campaña italiana de Otón II en 980-3, pero no resulta del todo claro si hace referencia al contingente inicial reunido para la expedición o, por el contrario, se refiere a refuerzos añadidos en un momento posterior. Gran parte de la información sobre la guerra en el siglo X nos ha llegado en forma de detalles incidentales contenidos en relatos escritos.

No obstante, no debemos caer en el pesimismo. A pesar de la dificultad de ofrecer una respuesta a muchas de las preguntas tradicionales sobre historia militar existen suficientes pruebas para hacer frente a las más importantes: cómo se alzaban los ejércitos y a qué fines servía la guerra. ¿Cómo se reunían los ejércitos? No es fácil responder a esta pregunta, y las numerosas (y variadas) soluciones que se han ofrecido a lo largo de un siglo y medio de estudio profesional de la Historia Medieval, en muchos aspectos, nublan el lienzo más que presentarlo de forma adecuada. En lugar de llevar al lector a través de una larga relación de historiografía, parece de más ayuda comenzar por abordar la variedad y las diferentes categorías de actividad bélica para el período estudiado, dado que las condiciones necesarias para la defensa frente a las incursiones de pueblos extranjeros no son las mismas que para los ejércitos que se reunían para luchar contra enemigos internos o para aquellos destinados a hacer campaña militar más allá de las fronteras. Desde el punto de vista de un gobernante en este período, podemos identificar cuatro categorías principales de hombres de combate: los guardaespaldas y otros soldados, miembros de la hueste; señores poderosos (que a su vez podían atraer a otros hombres de poder que, con toda seguridad, tenían sus propios guardaespaldas y soldados de la hueste); los ejércitos reclutados obligatoriamente; y las fuerzas auxiliares de fuera del reino.

Al igual que los últimos soberanos anglosajones, los gobernantes carolingios y otonianos, indudablemente, disponían de una hueste personal que podía servir, según la necesidad, como un ejército de respuesta rápida, una *scara* (escuadrón o tropa; compárese con el término alemán moderno *Schar*). Estos guerreros son menos destacados en las fuentes de la época que los soldados profesionales anglosajones *(housecarls)* de la Inglaterra del siglo XI pero, sin duda, estaban ahí: los gobernantes carolingios les ofrecían regalos de forma regular y no fueron menos importantes en el siglo X. Los guardaespaldas de Otón I frustraron un atentado a su vida en las celebraciones de la Pascua en el año 941, y fue también un guardaespaldas eslavo quien salvó la vida de Otón II tras el desastroso desenlace de la batalla de Cotrone contra los musulmanes sicilianos. Reflejo de lo que ocurría en el

resto de Europa a lo largo de este período, existía, sin duda, una tendencia a emplear a extranjeros para estos fines. Los *housecarls* de los gobernantes anglosajones, la guardia varangiana de los gobernantes bizantinos en el siglo XI (compuesta principalmente de francos y escandinavos) o las tropas de elite de los califas de Córdoba en el siglo X (fundamentalmente eslavos llevados como esclavos desde la frontera oriental del imperio franco) son ejemplos de esta forma de defensa personal. Los miembros con suerte de estas tropas podían retirarse de las tareas militares para vivir una vida de modesta riqueza gracias a la propiedad de tierras de labor.

Los guardaespaldas personales de los gobernantes posiblemente se diferenciaban de aquellos de los señores poderosos surgidos de los ejércitos carolingio y otoniano, en su tamaño pero no en su composición, a pesar de que éstos, es de suponer, tendrían la tendencia natural de buscar soldados entre sus propios seguidores, quizá también entre proscritos y esclavos, y en menor medida, entre los extranjeros. Cuando se hace referencia a súbditos de hombres poderosos podemos incluir a oficiales seculares, como condes o duques, y eclesiásticos como obispos y abades de las abadías reales (a pesar de que a los prelados se les prohibía luchar en persona, sí se esperaba de ellos que liderasen contingentes de tropas). Además, el término poderoso o magnate incluye a nobles acaudalados sin cargo secular o eclesiástico. Estos hombres, sin duda, ejercían el liderazgo en los ejércitos como muestra el relato de Nitardo sobre Fontenoy y las referencias que encontramos sobre las bajas en otras batallas. El papel de estos nobles en la cohesión de los ejércitos no puede ser sobrevalorado, pero, como veremos más adelante, su contribución numérica y la de sus seguidores es más difícil de evaluar.

La referencia a tropas reclutadas es más frecuente en la primera mitad de nuestro período (hasta mediados del siglo IX) que en la segunda mitad. Existía una clara obligación para todo hombre libre de presentarse y luchar en caso de invasión enemiga. Más aún, muchos historiadores sostienen que en el mundo franco todo hombre libre tenía además la obligación de luchar en las campañas militares más allá de sus fronteras. No podemos asegurar de manera definitiva que no existiese dicha obligación, pero no parece probable por muchas razones. En primer lugar, porque las campañas, en especial a lo largo del siglo VIII y, con posterioridad, a mediados del siglo X, eran un acontecimiento anual y, por otro lado, porque resulta difícil ver cómo podía ser una obligación general, salvo que hubiese existido algún tipo de mecanismo de selección. En el supuesto de que no fuese

así, los pequeños propietarios se hubieran arruinado tras poco menos de una generación de campañas anuales. Resulta indudable que, si dicha obligación existió, tuvo que haber un mecanismo de selección dado que las estimaciones más recientes sobre el total de la población del imperio franco y la proporción de hombres libres con edad de portar armas sugieren que, en caso de un llamamiento a formar un ejército, éste estaría compuesto de 100.000 hombres, una cifra del todo demasiado elevada. Tenemos conocimiento de la existencia de ciertos mecanismos de selección en los primeros años del siglo IX; sin embargo, esto se da en un período en el que la guerra se había convertido mayoritariamente en una guerra defensiva. En segundo lugar, es difícil entender cómo «hombres libres corrientes» podían alcanzar la habilidad de la lucha profesional que es lo que se esperaba de los soldados cuando eran movilizados a gran escala. Por tanto, resulta evidente que aún en el siglo VIII la guerra era más una cuestión de calidad (se esperaba de los soldados que fuesen profesionales del asedio y que estuviesen bien equipados) que de cantidad.

Las fuerzas auxiliares contribuían de manera significativa a muchas de las campañas carolingias y otonianas. Los pueblos de la periferia del imperio eran subyugados y sometidos a tributos –como los frisios, los sajones, los carintios y los bávaros– y actuaban como fuerzas de apoyo en los ejércitos francos, como sus equivalentes habían hecho en los ejércitos del Imperio Romano y con las mismas características generales. Se trataba de tropas irregulares, ligeramente armadas y con gran capacidad de movimiento. En la batalla de Lechfeld, los magiares y las fuerzas del imperio oriental disponían de eslavos entre sus filas. Así, Enrique II luchó contra los duques cristianos de Polonia con ayuda del pagano eslavo Liutizi, marchando bajo el mismo estandarte para escándalo de los eclesiásticos sajones como Bruno de Querfurt y Thietmar de Merseburgo. En general, aunque esta manera de reunir tropas parece perder importancia a lo largo de nuestro período, sobrevivió en la periferia europea por mucho más tiempo, hasta 1063, fecha en la que los galeses prometieron servir a Eduardo el Confesor «por tierra y por mar».

Otra forma diferente de reunir fuerzas de apoyo era el empleo de mercenarios u hombres que, por lo general, ejercían de invasores de otros pueblos (la palabra mercenario se utiliza aquí de manera vaga al no tener muchos datos sobre las formas de pago). De entre las primeras apariciones de los magiares en las fuentes occidentales destaca su intervención en la campaña de Arnulfo, en el año 892, contra los moravos, o su empleo

como mercenarios en numerosas ocasiones en el marco de la compleja actividad política y militar del reino italiano a principios del siglo X. Mucho antes, los francos resentidos se habían aliado con bandas vikingas como hiciera el hijo de Carlos el Calvo, Pipino, en la década de 860, o Hugo de Lotaringia con el líder de los guerreros del Norte, Gotfriedo, en el año 883-5.

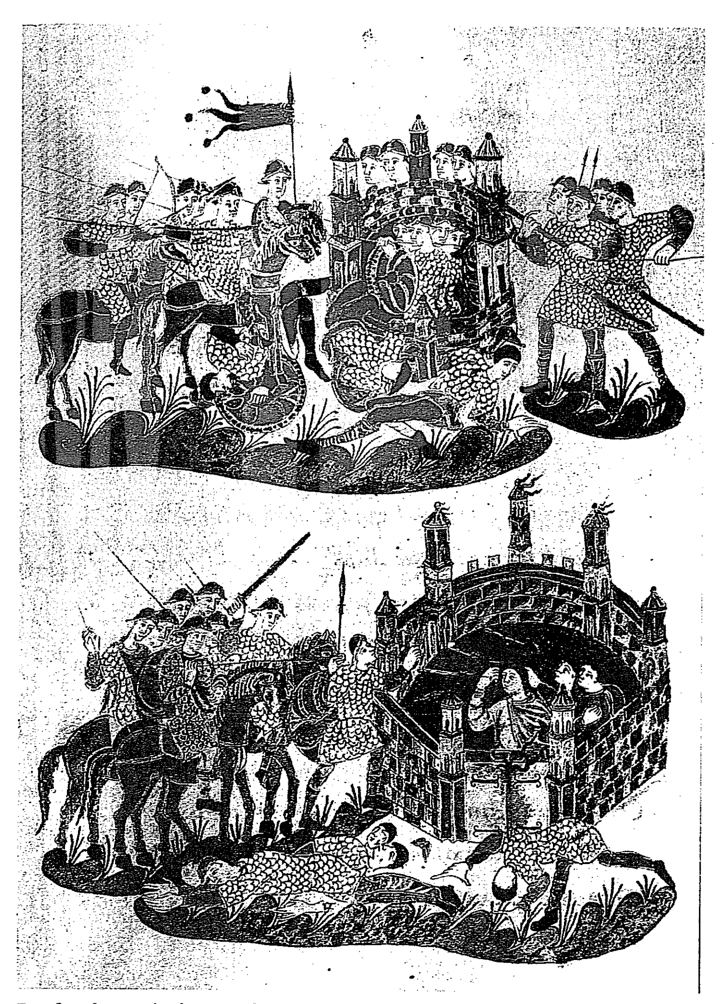
El propio Gotfriedo es ejemplo de un tercer tipo de soldado de apoyo. Se trata de la figura del invasor devastador al que se le ofrecen tierras y un puesto de frontera con la esperanza de que proporcione una defensa efectiva contra otros invasores. La mayor parte de los ejemplos de este tipo de mercenario lo forman líderes vikingos. Así, el propio Gotfriedo, Heroldo y Rorico, recibieron comandos fronterizos en Frisia de Luis el Pío y Lotario I, y, por supuesto, es de destacar el más conocido de todos ellos, Rollo, cuya invasión del norte de Francia a principios del siglo X fue legitimada por Carlos el Simple, en Saint-Claire-Sur-Epte en el año 911, y cuyos descendientes (aunque mantuvieron durante mucho tiempo las alianzas y los vínculos escandinavos) crearon el ducado de Normandía gracias a su feudo fronterizo. Al igual que el uso de pueblos sometidos como soldados, ésta fue una técnica que cayó en desuso a lo largo del siglo X, a pesar de su empleo por los primeros duques de Polonia en la frontera sajona.

Resulta más sencillo analizar de forma cualitativa, y no cuantitativa, los diferentes componentes de las fuerzas militares. Las fuentes escritas, por lo general, nos indican que hubo ejércitos pero no nos aclaran cómo fueron reunidos o cuál era su composición. En algunas ocasiones (por lo general en el reino francoalemán oriental) se hace mención a los componentes étnicos de los ejércitos («un ejército de francos y sajones», o «de bávaros y los eslavos»), pero este dato nos proporciona información de cómo se organizaban los ejércitos una vez reunidos pero no de cómo se reunían en primer lugar. A pesar de todo, muchos historiadores sostienen que hay indicios para pensar que buena parte de los ejércitos carolingios y otonianos estaban compuestos de soldados pertenecientes a la segunda categoría antes analizada, es decir, de magnates y sus seguidores. En muchos casos se ha afirmado que estos hombres servían a los gobernantes (y, a su vez, a ellos les servían sus propios seguidores) como consecuencia de una obligación legal surgida de una doble relación: los súbditos se convertían en soldados de los poderosos, y éstos les recompensaban con tierras que podían ocupar mientras les sirviesen con lealtad. En una palabra, los carolingios y otonianos eran sociedades «feudales». Sin embargo, ofrecer

dicha imagen del mundo de los francos es simplificar mucho un cuadro muy complejo. No es del todo evidente que estos poderosos sirviesen (y fuesen servidos en contrapartida) por imperativo legal surgido de una sola relación. Indudablemente no esclarece la cuestión concebir estas obligaciones en términos de las expectativas legales de las partes. La habilidad de los gobernantes (ya fueran reyes o, a nivel regional, duques y condes) para ordenar obligaciones militares, resultaba ser más una cuestión de carisma, reputación militar y de expectativas de recompensa que de obtener lo que las partes reclamaban como debido. En cualquier caso, de un gran número de campañas militares sucedidas a lo largo de este período, desconocemos qué pueblos formaban esos ejércitos y en qué proporción.

Tampoco es fácil responder a la cuestión de qué tamaño tenían o podían llegar a tener los ejércitos independientemente de su composición. De forma mayoritaria, se reconoce que las cifras que ofrecen fuentes narrativas de la época no son fiables. Sospechosamente, con frecuencia, se nos ofrecen cifras redondas como múltiplos de 600 (30.000 ó 6.000 hombres) que con seguridad no deben ser entendidas de forma literal sino como significativo de un tamaño considerable. Puede que estas cifras sean más fiables como mera orientación de la fuerza de estas tropas, pero incluso así son datos inciertos. A pesar de los resultados dispares, una alternativa al análisis sin pruebas factibles es trabajar con una estimación del posible número de tropas que podían ser reunidas. Mientras el especialista francés en el medievo, Ferdinand Lot, sugirió un tamaño máximo de 5.000 hombres para los ejércitos del período carolingio, el alemán Karl-Ferdinand Werner argumentó, una generación después, que se podía estimar un máximo de 15.000-20.000 hombres a partir de una reserva de, al menos, el doble de tamaño. Así, independientemente de la conclusión que saquemos de estas cifras lo cierto es que nos proporcionan un teórico máximo en lugar de una media probable del tamaño real de estos ejércitos.

Una posible pista se nos ofrece en el número de bajas registradas en las batallas. Existe una lista de aquellos que murieron en Sajonia, en una batalla contra una tropa de hombres procedentes del norte en el año 880. Esta lista nos da una relación de dos duques, dos obispos y dieciocho vasallos reales. No se nos dice, sin embargo, si el ejército fue aniquilado (a pesar de que resulta evidente que se trató de una aplastante derrota), pero de estas cifras es difícil suponer que la fuerza total del ejército sajón excediese de unos cientos de hombres. Las bajas en la batalla de Firenzola en



Esta fina ilustración de un asedio ofrece una idea de la actuación de una tropa de soldados a caballo del imperio franco, destacando el uso de lanzas, de una larga espada del tipo Ingelri (ver más arriba) y, siendo esto inusual, de un arco. El jefe de la tropa lleva un penacho como signo distintivo y como punto de referencia para el resto de la tropa.

Italia en el año 921 una vez más, fueron sólo unos cincuenta hombres. Incluso en la batalla de Fontenoy (841), donde había mucho en juego y las partes emplearon toda su fuerza, no parece que se hubiese producido un número de bajas excesivas, a pesar de que el desastre perduró en las mentes de los francos durante generaciones al ser, como la describió Regino de Prüm, la batalla en la que tantos guerreros irremplazables murieron, y el momento a partir del cual el poder de los francos empezó a declinar.

Parece lo más probable que los ejércitos no superasen los 2.000 hombres, cifra indicada de forma incidental por el *indiculus loricatorum*, pero existe la posibilidad de que las grandes campañas, con ejércitos divididos, pudieran haber sido conducidas por fuerzas aun mayores. Un ejército de estas dimensiones era, desde luego, mucho más grande si incluimos los sirvientes y especialistas que le acompañaban. Aun si tenemos en cuenta la existencia de caminos reales con haciendas, también pertenecientes a la realeza, que podían facilitar el aprovisionamiento de los ejércitos en ruta, es difícil creer que ejércitos de más de 2.000 ó 3.000 hombres pudiesen sobrevivir durante mucho tiempo antes de provocar una hambruna en los pueblos cercanos y sufrirla ellos mismos, no al menos hasta que fuesen acompañados por carromatos con alimento para los hombres y pienso para los animales, y por vacas y ovejas marchando a su ritmo. La carencia de provisiones y alimentos pronto hubiera provocado el consenso de parar la operación. Debe tenerse en cuenta que durante este período ni siquiera las grandes ciudades del norte de Europa superaban una población de 15.000-20.000 habitantes, siendo la mayoría de las ciudades mucho menores; sin embargo, todas las localidades estables y previsibles necesitaban de una infraestructura desarrollada para sobrevivir.

Es aún más difícil concretar el tamaño de la caballería y la infantería en los ejércitos carolingios y otonianos que determinar su tamaño global. Sabemos que existían pequeños grupos del ejército o escuadrones *(scarae)* que podían moverse a gran velocidad y que, posiblemente, montaban a caballo, como también sabemos que los francos otorgaban mucha importancia a esta habilidad con los equinos dado el tiempo que empleaban los jóvenes aristócratas en aprender su técnica. En el período de la batalla de Dyle en el año 891, donde Arnulfo derrotó a unas fuerzas vikingas al ordenar a sus hombres avanzar de forma lenta y a pie, parece ser que las fuerzas francas no estaban habituadas a una lucha diferente a la lucha a caballo. Sin embargo, aquí se dieron circunstancias especiales en el terreno y en las construcciones existentes, habiendo importantes razones para



Asedio. Libro de los Macabeos. Los manuscritos de carácter bíblico proporcionan la mayor parte de las escasas descripciones de la guerra en los siglos IX y X. Los manuscritos ilustrados del Libro de los Macabeos son escasos, pero fue una fuente importante de imaginación literaria para aquellos que escribieron acerca de la guerra. El asedio aquí representado muestra a los atacantes haciendo uso de la caballería y los arqueros, pero no hay máquinas de asedio.

pensar que el papel de la caballería en este período, en especial el de la caballería pesada, ha sido sobrestimado. Este tipo de fuerzas no encontraban su lugar ni en la guerra de saqueos ni en las devastadoras campañas militares en las fronteras. La lucha a caballo estaba reservada para momentos concretos y escasos de la batalla, siendo, posiblemente, un asunto tanto de estatus social y prestigio como de necesidad militar.

Por lo general, los historiadores se han concentrado más en el cómo que en el por qué de la guerra en este período, posiblemente, más por haber dado por hecho su práctica que por haber preferido abstenerse de indagar ante la falta de pruebas directas como se ha mencionado al principio de este capítulo. No obstante, las razones de la guerra no son evidentes en sí mismas, incluso cuando la invasión era una amenaza. No había que enfrentarse a los invasores, se les podía comprar (y así se hacía) y, aunque los hombres del Norte no se sentían muy obligados por este tipo de pagos, los magiares, al menos hasta lo que sabemos, se atenían de forma estricta a los términos del precio de la tregua. En cualquier caso, aunque la Historia de la parte occidental de Francia, a finales del siglo IX, y de su parte oriental, a principios del siglo X, pueda sugerir lo contrario, como hemos visto, gran parte de la guerra en este período no estaba dirigida contra amenazas externas. Las campañas militares tenían como objetivo, por lo general, rivales asentados en las zonas fronterizas o rivales surgidos en el interior del reino, el principado o la región.

En apariencia, existirían dos razones principales para conducir a un ejército hacia la guerra: adquirir riquezas y transformar la autoridad reclamada en poder real. Ambas son compatibles y pueden ser buscadas al mismo tiempo, pero han de ser examinadas por separado. La persecución de riqueza era inherente a un mundo donde la guerra todavía no suponía el enorme gasto que supondría para todos los gobiernos europeos a partir del siglo XII y, además, ofrecía oportunidades de enriquecimiento personal rápido que no podían encontrarse de otra manera, sin duda no en las actividades más pacíficas de gobierno o de gestión de propiedades agrícolas. Hacer la guerra era equivalente a dedicarse al saqueo. Amenazar con hacer la guerra era forzar a los oponentes a someterse al saqueo para hacer frente al pago de tributos (o *«danegeld»*) o de rescates cuando las elites carolingias y otonianas se constituían como beneficiarias de estas tácticas. Si se trataba de oponentes con pocos recursos, se les tomaba como esclavos. Se ha especulado de forma verosímil que el resurgir del imperialismo al estilo carolingio bajo los gobernantes francos del

Este, Enrique I y Otón I, fue estimulado por los beneficios del tráfico de esclavos con la España islámica. La propia palabra «esclavo», que comienza a desplazar al clásico *servus* alrededor de este período, se derivada de eslavo. En caso extremo, por lo menos, los guerreros en campaña podían ganarse su propia subsistencia en vez de estar en casa inactivos y consumiendo sus propios recursos.

Junto con la adquisición de riqueza material estaba el uso de la fuerza para imponer a otros una autoridad. Las fuentes narrativas carolingias y otonianas a menudo insinúan que las campañas contra los pueblos fronterizos, ya fueran eslavos, bretones o de la región del Benevento, eran respuestas a la desobediencia o irreverencia que no necesitaba mayor aclaración. Con seguridad, asuntos como la retención de pago de tributos o las expediciones fronterizas parecían justificar este tipo de ataques, pero, en ocasiones, se tiene la impresión de que los actos «irreverentes» que provocaban la respuesta de carolingios y otonianos eran mucho más ambiguos que todo esto. La poderosa naturaleza de la guerra «oficial» era apropiada para obtener resultados a través de la disciplina. Los ejércitos franco y sajón se enfrentaron a oponentes de capacidad militar inferior retándoles a arriesgar la batalla al tiempo que destrozaban sus infraestructuras de forma parecida a la actuación de las fuerzas del imperio británico (el Raj) en la frontera noroeste y en Afganistán. El reconocimiento de la autoridad se mostraba no sólo en el pago de tributos u otras formas simbólicas de sumisión, sino también en la lucha. Los pueblos sometidos, como hemos visto, desempeñaron un papel muy importante en la guerra a lo largo de los siglos IX y X.

Dentro de la comunidad política los métodos usados podían estar ligeramente atemperados pero sólo ligeramente. Enrique I consolidó su posición en la parte oriental del antiguo imperio franco mediante la conclusión de acuerdos de «amistad» con el resto de los duques del reino; sin embargo, sólo la aplicación de la fuerza militar hacía aceptables estos acuerdos. Sus contemporáneos en la zona occidental raramente fueron capaces de reunir la suficiente fuerza como para dar convicción a las demandas de aquellos pueblos que creían sometidos a su autoridad, de ahí la narrativa de indecisión política y confusión ofrecida por Flodoardo. Cuando lo que estaba en juego era a quién le correspondía ejercer la autoridad, las reglas del juego cambiaban. Arrasar una región podía suponer perder su apoyo. Lo más importante era dar la impresión de tener un poder militar abrumador, de tal manera que el apoyo al oponente se desvanecía, como hizo Bernardo de Ita-

lia en el año 817 contra Luis el Pío, y Carlos el Calvo, en el año 858, contra Luis el Alemán (aunque no por mucho tiempo). En el caso de que esto no se consiguiese a través de una muestra de poder o induciendo a la traición o bien seduciendo a los aliados de los rivales, entonces, la batalla era la solución más probable y podía resultar ser muy sangrienta. Este período fue testigo de una serie de derrotas demoledoras para las tropas francas a manos de invasores, en especial vikingos y magiares; sin embargo, la lista de batallas donde se produjo el mayor número de bajas, por lo menos antes del año 950, estaba formada de enfrentamientos surgidos en el curso de disputas entre reinos, desde las batallas de la década de 830 y, con posterioridad, Fontenoy (841), Andernach (876), Firenzuola (921), Soissons (923), Birten y Andernach (939).

La victoria sobre oponentes internos consolidaba el poder y la autoridad, pero el éxito en el exterior afianzaba la reputación como nada lo hacía en este período, incluso a los santos se les describía con metáforas militares como si luchasen contra las fuerzas del mal (práctica ya conocida en otras épocas, pero es en este período donde se generaliza). Así, la leyenda de Carlomagno el guerrero no se creó en los romances de la alta Edad Media sino que ya estaba creada en el siglo IX. Las espadas llevaban inscripciones mágicas que proclamaban el declive a partir de su muerte y las anécdotas le describían con virtudes de guerrero incluso después de que el poder, la fama y la opulencia le hubiesen ablandado, como hubiese sido de esperar. Más tarde, en el siglo IX, las acciones de destacados líderes militares como Roberto el Fuerte, antepasado de los que se convertirían en los reyes capetos, o el líder del imperio oriental, Enrique, eran celebradas por los narradores de la época, sus muertes eran causa de gran luto y su fama se transmitía a sus descendientes. Algunos líderes no pertenecientes a casas reales a principios del siglo X –como Arnulfo de Baviera, Otón de Sajonia y Alan de Bretaña– se acercaron a la creación de reinos gracias al poder y la fuerza del éxito militar. Las victorias de Enrique I y Otón I sobre los magiares dieron lugar a la creación de la dinastía de los otonianos y la justificación para la coronación imperial de Otón. Los gobernantes con éxito militar eran los líderes del pueblo de Dios, eran, por usar una imagen con frecuencia invocada en los siglos IX y X, los nuevos Macabeos*.

* Líderes de la resistencia judía frente a los seljucidas, siglo II antes de Cristo.

Comparaciones como estas nos llevan, una vez más, a las posturas tomadas ante la guerra. Si su práctica no estaba por completo dirigida por verdaderos soldados y comandantes, aunque no resulte necesariamente incoherente, su moralidad y justificación estaban de manera expresa defendidas por eclesiásticos, aunque aquí los resultados no fueran coherentes. Era labor de clérigos representar como macabeos a los soldados de éxito al tiempo que urgían a los reyes en sus coronaciones a que defendiesen a la Iglesia y a los desamparados, no sólo contra los paganos sino también contra los «malos cristianos». Sin embargo, eran también los clérigos los que insistían en que ellos no debían participar en la guerra (a pesar de que muchos así lo hacían, como demuestra la larga lista de obispos y abades, de los siglos IX y X, muertos o heridos en el campo de batalla). Sus consejos a los laicos estaban divididos. Por una parte, continuaban predicando que matar en la guerra era pecado y por lo cual se debía cumplir penitencia. No se trataba de una mera norma teórica surgida de la legislación de la Iglesia y de las recopilaciones de material legal acumuladas por los juristas canónicos, sino que sabemos que el castigo por las muertes causadas en la batalla era una realidad, como ocurrió tras las batallas de Fontenoy (841) y Soissons (923). Por otra parte, los clérigos abogaban porque la capacidad de portar armas fuese una condición tanto de la Iglesia como de la sociedad civil, por lo menos para los miembros masculinos de la elite política. Se esperaba de aquellos a los que se les había impuesto un castigo o pena por un pecado grave que renunciaran al *cingulum militare,* el cinturón del soldado, por el tiempo que durase la sanción (que en teoría podía ser de por vida). Además, el siglo IX vio el comienzo de lo que se convertiría en la justificación eclesiástica de la guerra con todas las de la ley, ya que la ayuda de Dios y los santos era invocada contra los enemigos paganos de los gobernantes cristianos y sus seguidores en forma de misas y bendiciones. Más aún, se esperaba que aquellos penitentes que habían renunciado a su cinturón de soldado tomasen las armas contra las incursiones paganas.

La paradoja de exaltar a los soldados por su defensa de la cristiandad y de la Iglesia, al tiempo que se les juzgaba como asesinos, sobrevivió el período tratado en este capítulo; no obstante, una actitud de moralidad más coherente ante la guerra estaba lentamente surgiendo en los siglos IX y X. Una manera de llegar a esta nueva moral fue reconceptualizar la sociedad en tres clases de hombres: «aquellos que rezaban, aquellos que luchaban y aquellos que trabajaban (la tierras)». Donde quiera que se encuentre, no

se trata de una simple división, ya que implica que cada uno de los grupos tiene su propio y legítimo campo de actuación y que cada grupo necesita de los otros dos para cumplir su específica función. A esta división se hace alusión, en primer lugar, en las obras de los intelectuales carolingios de la escuela de Auxerre a mediados del siglo IX y, con posterioridad, fue articulada por el rey Alfredo de Wessex al final del mismo siglo para ser empleada con mayor frecuencia a partir del siglo X por los pensadores clericales en Francia e Inglaterra. Se trata más de un modelo para pensar que de un pensamiento impuesto dado que podía ser utilizado para legitimar la autoridad real así como el ejercicio de las armas; pero, como imagen de la sociedad cristiana, es evidente que tenía implicaciones para todos los combatientes. El proceso por el cual se transforma el ritual de conferir las armas a los jóvenes varones cuando llegaban a la madurez (en origen un asunto secular) en el ritual religioso de convertirse en caballero, tiene una cronología todavía hoy muy discutida. Sin embargo, parece claro que a principios del siglo XI los elementos introducidos por la Iglesia eran, sin duda, más explícitos que lo que habían sido durante el siglo IX, estando para entonces articulados por completo.

Sigue siendo otra paradoja que este desarrollo tuviese lugar en un período en el que la guerra cada vez estaba menos dirigida contra pueblos fuera de las fronteras, y cada vez más contra miembros de la misma comunidad universal, la cristiandad. El período entre los siglos VIII y X en la parte occidental de la Europa continental fue testigo de una evolución lenta alejándose de las estructuras imperiales a gran escala sustentada por el ejercicio masivo del poder militar. Para el año 1000, dichos «estados» y el tipo de guerra que les había acompañado, empezaban a resultar arcaicos, por lo menos en el territorio del antiguo imperio franco: el poder de los gobernantes ingleses sobre las periferias celtas y, sin duda, los más frágiles y breves imperios de Boleslas Chrobry de Polonia, y de reyes escandinavos como Canuto y Olaf, mostraron que estas situaciones todavía eran posible en la periferia europea en el siglo XI. No obstante, el futuro le pertenecería a formas más costosas e intensas de hacer la guerra, fundadas en fortalezas de piedra y en ejércitos en los que cada miembro, y no sólo los líderes como antaño, disponían de armaduras y armas para protegerse. Por lo menos en un primer momento, esta nueva forma de hacer la guerra tenía, además, menos probabilidades de tener como resultado un número elevado de bajas, como prueban los escasos enfrentamientos en la Europa posfranca, entre el año 950 y 1050. Las antiguas formas de hacer

la guerra todavía podían encontrarse en conflictos de expansión, pero cuando esto ocurría (como en España, el sur de Italia, Oriente Próximo y en las periferias celta y eslava) era una expansión territorial en lugar de tributaria. En cualquier caso, el principal impulso de la guerra en la Europa de la alta edad media se encontraba en los conflictos contra pueblos vecinos o en conflictos surgidos dentro de los propios reinos. La guerra era endémica, como nunca lo había sido, pero comenzó a caracterizarse por unos costes cada vez más altos y por unos rendimientos que, en pocas ocasiones, podían cubrir esos costes. Ante esta situación, se hizo patente la necesidad de que los gobernantes estableciesen unos impuestos más pesados para el pueblo y poder así afrontar lo que ya se vislumbraba en el horizonte.

Capítulo III

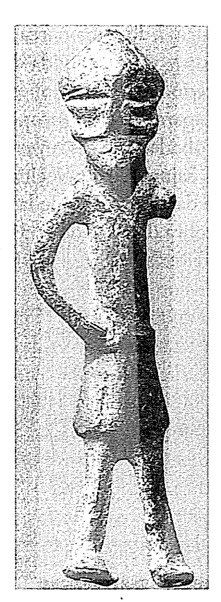
Los vikingos

H. B. Clarke

Los vikingos son casi tan esquivos para nosotros hoy en día como lo fueron para sus contemporáneos. Les seguimos a través de testimonios históricos bajo nuestro propio riesgo. Existe un desequilibrio fundamental entre las fuentes escandinavas y las que no lo son –y hablando en términos amplios, entre lo que fue enterrado en la tierra y lo que se dejó por escrito. El arte de hacer la guerra, por lo general, se presenta y se entiende desde la perspectiva de quienes la practican. Los valores vikingos se representan, con frecuencia de manera enigmática, en la poesía escáldica y las inscripciones rúnicas. Pocos emplazamientos defensivos han sido identificados en tierras escandinavas o fuera de ellas, algunos de connotaciones urbanas. Las fuentes escandinavas más elocuentes nos hablan, sin voz, a través de los restos de sus muertos en forma de esqueletos humanos y de animales domésticos, o de armas, barcos y otros elementos. Sin embargo, el grueso de los testimonios escritos proviene de los adversarios de los vikingos, que, naturalmente, les eran hostiles y resultaban poco objetivos. Así, daneses y noruegos destacan en anales y crónicas escritas por clérigos y monjes ingleses, francos e irlandeses. Los suecos son mencionados de forma ocasional por observadores árabes y griegos. Es poco probable que estos escritores pudieron ser testigos directos de las batallas y asedios que describían. Sin embargo, es posible que conociesen a colaboradores y vikingos capturados. Asser, el clérigo galés y obispo de Sherborne, afirma en su biografía del rey Alfredo que le mostraron el árbol espinoso alrededor del cual daneses e ingleses se habían enfrentado en Ashdown en el año 870, y el fuerte de Countisbury donde una fuerza vi-

kinga sufrió una gran oposición en el año 878. La abundancia de testimonios escritos por no escandinavos ha otorgado a los vikingos un carácter distante, no de este mundo, que al mismo tiempo, es parte de su persistente atractivo. Esta cualidad distante y misteriosa ha sido reforzada por la excesiva confianza depositada en textos muy posteriores, principalmente crónicas y sagas, tanto de origen escandinavo como de otros pueblos.

El término «vikingo» (del noruego antiguo, *víkingr)* siempre ha sido problemático. En sus orígenes debía hacer referencia a los habitantes de Víken –el distrito costero alrededor de Oslofjord y Skagerrak en el sur de Noruega y, en tal caso, los vikingos pudieron haber comerciado a través del mar del Norte mucho antes del año 790 antes de Cristo. Pero con el transcurso del tiempo, el término vino a significar «pirata de mar», siendo éste su uso normal en todas las lenguas. Como la mayoría de los guerreros medievales, los vikingos eran luchadores por vocación más que por profesión, en cuanto que no constituían ejércitos permanentes. A pesar de todo, es evidente que poseían un *esprit de corps* de una naturaleza muy desarrollada cuya mayor prueba no emana del campo de batalla sino de la esfera religiosa. En el siglo IX y en la primera mitad del siglo X, las fuentes de Europa occidental describen a los vikingos como gentiles, no creyentes o paganos, es decir, como no cristianos. El paganismo escandinavo de la era vikinga merece ser tratado con rigor y seriedad. Durante las guerras sajonas, los vecinos germánicos de los daneses habían demostrado un apego valiente a su paganismo frente a la brutal agresión carolingia y es posible que muchos escandinavos hubiesen adoptado una actitud similar. El sistema de religión politeísta ofrecía a los guerreros, y a aquellos que componían en su honor versos escáldicos, un dios, especializado y de gran categoría, como era el dios Odín. Resulta probable que, en su nombre, se realizasen sacrificios de animales todas las primaveras para obtener la victoria en el campo de batalla. El Valhalla *(Valholl),* paraíso para los camaradas caídos, podía actuar como estímulo para el valor en la lucha. El bienestar psicológico derivado de este concepto es imposible de medir, pero podemos asumir de forma razonable que su poder era igual, al menos, que el del concepto de Cielo y Paraíso de la cristiandad. De la misma manera que el culto a Thor, controlador de las fuerzas de la naturaleza, puede representar en parte la inclinación a la aventura imprudente mostrada por los vikingos como navegantes, el culto a Odín puede servir de explicación a su igualmente célebre reputación como luchadores audaces.



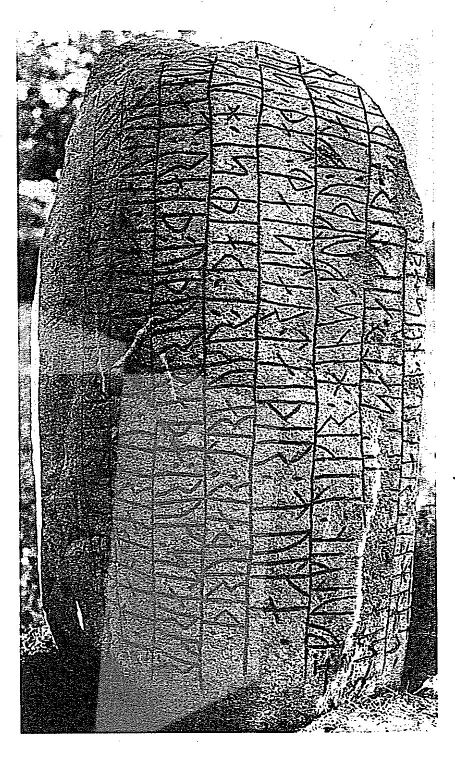
Odín, aquí representado por una figurilla en bronce de Libny, en Skane (en otro tiempo Dinamarca, ahora Suecia) era el dios escandinavo de la guerra y de un grupo selecto de guerreros muertos que eran atendidos por las valkirias. Ciego de un ojo, los atributos de Odín eran complejos y laberínticos. Astuto, demoníaco, sin piedad y violento, nos acerca a la mentalidad de los vikingos.

La jerarquía de dioses paganos tenía su contrapartida en sus seguidores y creadores humanos. En su apogeo existían hombres a los que llamaban, o a los que les gustaba llamarse, reyes *(cunnunc)*. De esta forma, en la tierra de origen y en las tierras de las víctimas, la norma era la existencia de múltiples relaciones de pertenencia a una misma familia. Esta costumbre, combinada con el extendido reconocimiento de las demandas de los hijos nacidos fuera del matrimonio, dio como resultado una inestabilidad política tanto dentro como fuera de las fronteras. Los reyes eran líderes de guerra, con frecuencia jóvenes que morían jóvenes, como los cinco muertos en *Brunanburh* (lugar todavía no identificado de Inglaterra) en el año 937. Algunos líderes escandinavos eran exiliados reales. Un claro ejemplo

es Gudurm, sobrino de Horic I de Dinamarca, quien de acuerdo con los *Anales de Fulda* fue expulsado y vivió una vida de pirata. Otro ejemplo, su contemporáneo, Rorico, vivió entre los sajones hasta que reunió un ejército de daneses y embarcó para hacer su propia carrera como pirata. En este contexto no debemos olvidar que los reyes francos del imperio oriental, ya fueran carolingios o sajones, eran vecinos de los reyes daneses separados sólo por la «marca danesa» al sur de la frontera defensiva conocida como la Danevirke (la «obra danesa» de fortificación). De esta manera, los enviados por el rey Sigfrido buscaron la paz para las disputas fronterizas entre daneses y sajones con el objetivo de que los comerciantes pudiesen traficar sin riesgo. Al encontrarse en el mismo nivel social, los reyes escandinavos podían buscar alianzas a través del matrimonio con sus equivalentes occidentales, como fue el caso de la alianza entre Godofredo y la carolingia Gisela en el año 883. Además, los vikingos forjaban alianzas militares con sus rivales cristianos siempre que conviniese a ambas partes como en el año 862 cuando la unión de reyes escandinavos saqueó Meath, en alianza con Aed Finnliath, rey del norteño Uí Néil.

En la Escandinavia de principios de la Edad Media, como en el resto de Europa, las familias reales surgían de un medio aristocrático mucho más amplio donde los señores de la guerra sin categoría real eran numerosos. Uno de los primeros comandantes vikingos conocidos, Soxulfr, es descrito en los *Anales de Ulster* como un *toisech,* jefe, «líder», en el momento de su muerte en el año 837. En antiguo noruego hubiera sido un *jarl,* el antecedente de la palabra inglesa «earl»; en castellano, conde. En ocasiones, los reyes escandinavos y los jarls actuaban de forma alternativa en unión o en rivalidad, como en el año 893 cuando los reyes vikingos de Dublín repartieron su lealtad entre el hijo de un antiguo rey y un *jarl.* En los grandes ejércitos vikingos existían varios jefes por cada rey, como demuestra el testimonio de la *Crónica Anglosajona* sobre la lucha en Wessex en el invierno de 870-1, donde murieron nueve *jarls* daneses y un rey. En un escalafón inferior a los jarls encontramos en las fuentes anglosajonas unos líderes menores llamados *holds (holdas*, en inglés antiguo). Esta jerarquía militar se observa en la lista de bajas aristocráticas en la batalla de Tetenhall, en el año 910, que incluye dos reyes, dos *jarls* y, al menos, cinco *holds.* Todos ellos son nombrados por los analistas ingleses ya que el pueblo tendía a ser conocedor de los principales líderes de guerra. En un momento posterior, en la conquista eduardiana del este de Inglaterra, un *jarl* superviviente y un número no determinado de *holds* se

sometieron al rey sajón occidental. No había nada de incongruente en «buscarle como señor y protector», lo cual constituía un motivo de satisfacción. En consecuencia, los ejércitos escandinavos que actuaban en el extranjero estaban por lo general bajo comando real o aristocrático y, por tanto, no debemos pensar en los vikingos como una indisciplinada multitud ruidosa. Por el contrario, buscaban tanto la fama como la fortuna y



Piedra con inscripciones rúnicas erigida hacia el año 1000 en memoria del jefe vikingo Sibbe, en Karlevi, en la isla sueca de Öland. Estos monumentos eran públicos y buscaban ser un recuerdo permanente en honor de la reputación de un guerrero. La inscripción incluye un auténtico poema en verso escáldico compuesto en una métrica elaborada, siendo a su vez una forma sutil de halago.



Lápida encontrada en Lindisfarne, Northumbria. Ilustra un grupo de guerreros vikingos en acción. El monasterio de la isla fue atacado en el verano del año 793, probablemente por saqueadores provinientes del este de Noruega. El tema de esta lápida es el Día del Juicio y los guerreros con las espadas y hachas levantadas simbolizan al castigo divino –una típica reacción de principios del medievo de los juicios y tribulaciones terrenales.

hubiesen deseado que sus hazañas se hubiesen conmemorado en versos escáldicos y en inscripciones rúnicas.

Debido a que sólo contamos con las descripciones de sus adversarios, el tamaño de los ejércitos vikingos ha sido ampliamente debatido. Es de presumir que los reyes comandaban fuerzas mayores a las que estaban bajo órdenes de los *jarls,* y que los ejércitos daneses que fueron a buscar la conquista de Inglaterra al final de la Era Vikinga eran muy diferentes a las partidas de saqueo noruegas de épocas anteriores. Por ello, es habitual y sabio hacer un acercamiento prudente a la credibilidad de las cifras mostradas en los anales y crónicas occidentales.

Los analistas irlandeses se muestran notablemente cautos en sus estimaciones sobre las bajas en las filas escandinavas. Cuando en el año 837 los hombres de Brega, al norte de Dublín, «destrozaron» una banda de sa-

queadores, se registraron unos ciento veinte vikingos muertos. En 917, en Munster, únicamente cerca de cien hombres causaron baja entre ambos bandos, a pesar del hecho de que la lucha se prolongó durante varias horas. La principal excepción a esta cautela surge en el año 848, donde en cuatro batallas diferentes acaecidas en Irlanda, se estima que murieron 240, 500, 700 y 1.200 vikingos, hechos que fueron debidamente anotados en los *Anales de San Bertin*. Las fuentes contemporáneas irlandesas nos hablan de conflictos menores que los de sus equivalentes francos e ingleses, quizá debido a que era relativamente frecuente para los irlandeses luchar codo con codo con aliados escandinavos. El folleto de propaganda de época posterior a la era vikinga, *Cogad Gaedel re Gallaib* (La Guerra de los Irlandeses contra los Extranjeros), está fuera de sintonía a este respecto. Lo más probable es que los ejércitos vikingos estuvieran compuestos por cientos de hombres en lugar de miles, siendo descrita una «gran fuerza» (*sluagh mór,* en irlandés antiguo) de vikingos derrotados junto con sus aliados del Sur, Uí Nelly y Leinster, en el año 868, de manera realista como «de 300 o más hombres». Ejércitos mucho más pequeños pudieron haber extendido con facilidad el terror entre la población civil, ocasionando destrucción y miseria. El argumento que defiende que los ejércitos vikingos eran en esencia pequeños no niega esta realidad fundamental.

En la segunda mitad del siglo IX un «gran ejército» danés ponía en jaque a Inglaterra y Francia, dos países ricos con posibilidades para el enriquecimiento monetario y político. Esta fuerza, *micel here* en inglés antiguo y *magnus exercitus* en latín, era una clara excepción. Liderada por varios reyes y *jarls,* no llegó de golpe sino a intervalos empezando en Anglia del Este, en el año 865. El gran ejército tuvo éxito en Northumbria y en Anglia oriental, pero no en Wessex, reforzándose en la primavera de 871 y, en un momento posterior, en el año 878, tras otra derrota ante los sajones del Oeste. Un año más tarde, este nuevo gran ejército cruzó hasta Francia, siendo su desigual fortuna resumida por la *Crónica Anglosajona.* Se trata del mismo ejército que llevó a cabo el prolongado pero no victorioso asedio a la ciudad de París, en 885-6, y que, tras una derrota en el año 891, volvió a Inglaterra como el «gran ejército» danés mencionado con anterioridad. No se trataba, de ninguna manera, de una única fuerza conexionada al haberse dividido en dos partes, en el año 874, en Inglaterra y, en el año 884, en Francia. Finalmente, en el verano de 896, en Bridgnorth, en el río Severn, el gran ejército se dispersó hacia el este de Anglia, Northumbria y la región francesa del Sena. No hay posibilidad alguna de

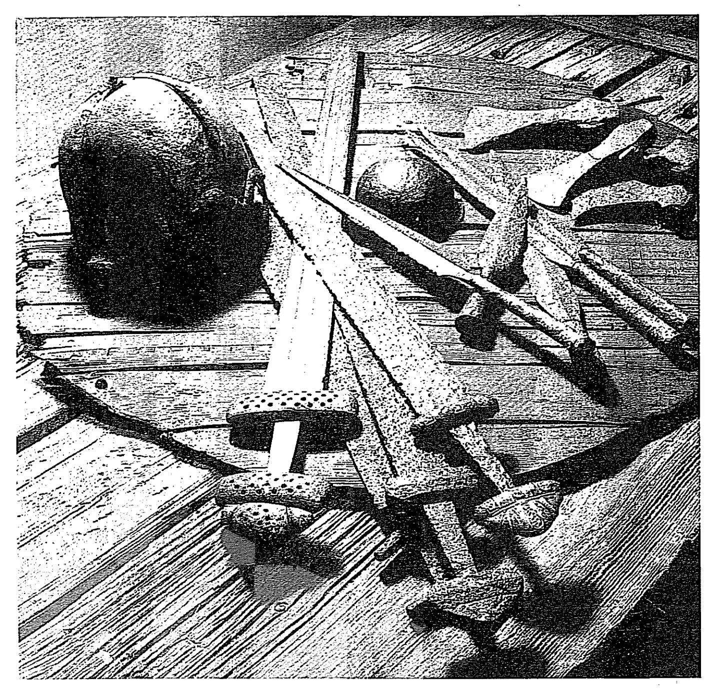
verificar el tamaño de este ejército en ninguna de sus etapas. Lo mismo se puede decir de los grandes ejércitos posteriores que fueron conducidos hasta Inglaterra desde Escandinavia a principios del siglo XI por, entre otros, el rey Sven Forkbeard (Barba Partida). Sin embargo, el más espectacular de todos los grandes ejércitos fue liderado en 1066 por un simple duque, Guillermo de Normandía, descendiente del escandinavo Rollo, y por algunos condes, como demuestran sus retratos en los tapices de Bayeux. En esta representación, la flota tiene toda la apariencia de ser vikinga, hasta el extremo de transportar sus propios caballos a través del canal de La Mancha, como ya lo había hecho un predecesor danés en el año 892. En lugar de un reino en Inglaterra, el objetivo era el reino de Inglaterra y, por supuesto, la derrota de la oposición anglodanesa fue un episodio célebre.

Debido a la falta de pruebas, la cuestión de cómo eran reclutados y cómo se organizaban los ejércitos vikingos es muy difícil de aclarar. Existe un peligro al hacer una lectura retrospectiva de los acuerdos institucionales más formalizados de la alta Edad Media escandinava. En el norte de Europa la formación estatal era aun débil y, en cierta manera, se encontraba frenada por las rivalidades dinásticas que provocaban la ocupación de tierras fuera de los reinos. De la propia era vikinga el mejor ejemplo de formación estatal efectiva asume la forma de cinco lugares administrativos situados en territorio danés: Aggersborg y Fyrkat en Jutlandia; Nonnebakken en Fyn, Trelleborg en Sjaelland y otro en Trelleborg en Skane. Estos centros, construidos con precisión militar, aunque no sólo por motivos militares, pueden representar un renacer de la fortuna política de los daneses bajo los reyes Jelling. A pesar de ello, no existe ninguna justificación para creer que los métodos de reclutamiento militar eran más avanzados en la Escandinavia de la era vikinga tardía. Los guerreros eran reclutados principalmente por medios informales y personalizados. Se unían y luchaban por la causa de aquellos líderes cuyas proezas militares podían garantizarles ganancias materiales y políticas. Los ataques a los monasterios podían proporcionar un beneficio en forma de provisiones y botín, mientras que las campañas largas motivadas por aspiraciones políticas creaban problemas graves de logística, siendo el primero mantener un adecuado y constante suministro de alimentos. En el año 1006 las fuerzas danesas suministraron comida «a lo largo y ancho de Inglaterra», mientras que en 1013, tanto Sven Forkbeard como Thorkell el Alto, tuvieron que pedir alimentos para afrontar el invierno que se acercaba. En el campo de batalla, las distintas facciones de los vikingos estaban representadas, en la

práctica y de manera simbólica, en los estandartes de sus líderes. En el año 865, el conde Roberto de Angers mandó asesinar a 500 vikingos y envió sus armas y estandartes al rey Carlos el Calvo y, trece años más tarde, los sajones occidentales capturaron el estandarte de Ubbe, un cuervo, símbolo del culto al dios de la guerra Odín.

Desde un punto de vista arqueológico, el período vikingo en Escandinavia constituye parte del final de la Edad de Hierro, por tanto, no podemos presuponer la existencia de niveles superiores de organización política y social diferentes a los que en verdad debía haber. El paganismo de esta cultura prehistórica nos ha dejado valiosas fuentes de conocimiento en forma de miles de armas enterradas junto a los cuerpos de varones. Además, las piedras conmemorativas de Gotlantic nos proporcionan indicaciones muy interesantes a pesar de su crudeza como imágenes. No hay duda de que el arma por excelencia era la espada. Las espadas vikingas eran empleadas como herramienta para desgarrar, al igual que los machetes, tal y como muestran los huesos mutilados encontrados en algunas tumbas. Sus hojas de doble filo, de entre 70 y 80 centímetros de largo, eran ligeras y flexibles. El manejo de la espada requería una gran habilidad para evitar ataques del enemigo o para herir o causar la muerte. Las armas de mayor calidad se forjaban siguiendo un modelo a partir de un manojo de varas de hierro a las que daban forma a martillazos y eran acabadas con bordes de acero cortante, resultando de una dureza extraordinaria. A pesar de la prohibición impuesta por los reyes francos, las hojas eran importadas a Escandinavia desde la Renania, algunas de ellas con la inscripción Ulfberht –quien es de presumir se trató de un artesano muy habilidoso con una reputación equivalente a la de Antonio Stradivari en un contexto por completo distinto. Es posible que las hojas importadas se terminasen en los talleres escandinavos, como sugieren los extensos depósitos de chatarra en gran parte del campo de Hedeby (Haithabu, en alemán) al sur de Jutlandia. El mensaje de paz ofrecido por mensajeros daneses a Luis el Alemán, en el año 873, resulta un tanto irónico: una espada con la empuñadura de oro. Las empuñaduras de las espadas, tal y como las clasificó Jan Petersen en 1920, todavía forman la base de un complicado sistema de datación al que los estudiosos se han aferrado de forma tan tenaz como los noruegos de Dublín se aferraron a la espada de Carlus, un trofeo de guerra del que se escuchó hablar por última vez en 1029.

Existían dos principales tipos de lanzas –una más ligera para lanzar a modo de jabalina al comienzo de la batalla y otra más pesada para, en un



Una muestra del equipamiento defensivo y ofensivo encontrado en Noruega, destaca el casco de Gjermundbu. La espada, la lanza corta y el hacha eran las armas ofensivas habituales, mientras que el casco de metal y el escudo redondo se utilizaban para la protección del cuerpo. A diferencia de los otros artículos mostrados aquí, los cascos metálicos son un hallazgo raro y pueden haber sido propiedad de reyes y jefes de clan.

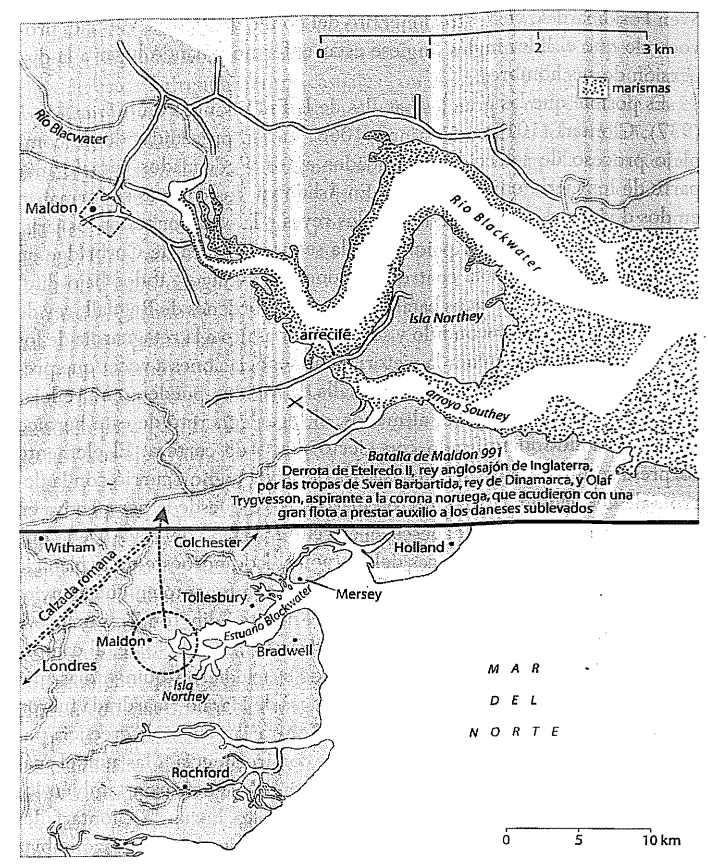
momento posterior, estoquear al enemigo en la lucha cuerpo a cuerpo. Muchas de las cabezas de las lanzas recuperadas en tumbas y en asentamientos son simples y sin adornos, sin embargo, otras están decoradas en la agarradera con incrustaciones en plata, cobre o latón, o una combinación de estos metales, produciendo un efecto centelleante. A las lanzas más pesadas, en ocasiones, se las añadía unas alas para evitar que profundizasen demasiado en el cuerpo de la víctima. Se ha sugerido que este tipo de lanzas también eran una aportación carolingia a juzgar por la frase *vigra*

vestraenna («lanzas de guerra occidentales») encontrada en un poema antiguo *Haraldskvaedi*. Los vikingos empleaban hachas para la lucha a pesar de que su presencia en tumbas pueda revelar su utilidad como instrumento general en una cultura que descansaba en el uso de la madera. Pocas de estas hachas encontradas en tumbas presentan motivos decorativos, pero una excepción destacada es la célebre arma ceremonial de Mammen, en Jutlandia. La tumba en la que fue encontrada ha sido datada dedroncronológicamente entre 970-971, en el reino de Harald Gormsson (Diente Azul). Con posterioridad, en el siglo XI, se empezó a utilizar un hacha de guerra de hoja ancha y mango largo, que fue empleada de manera devastadora por las tropas anglodanesas de Harold Godwinesson *(huscarlas)* contra la caballería normanda en la batalla de Hastings. En las tumbas paganas también se han encontrado arcos y flechas, pero, de nuevo, es muy posible que su presencia se explique debido a su uso para la caza. La falta de objetos encontrados en las tumbas de los adversarios cristianos de los vikingos hace casi imposible comparar la calidad de las armas de los escandinavos y de sus rivales. A principios de la era vikinga los irlandeses tenían espadas más cortas, pero, una vez que reaccionaron ante una presión mayor de los escandinavos, a partir del 837, lograron apuntarse muchas victorias, en parte, quizá, ayudados por las armas capturadas en enfrentamientos anteriores.

El equipamiento defensivo de los vikingos incluía un escudo circular de un metro de diámetro aproximadamente. Por lo general, sólo ha llegado hasta nosotros el adorno exterior metálico, pero es muy posible que fuesen de madera de tilo. Se cubría con cuero y se le aplicaba un aro metálico. Estos escudos se decoraban con vivos colores y sus dibujos eran representaciones sacadas de muchos de los antiguos poemas escáldicos. Además, eran relativamente frágiles y su pérdida en la batalla está simbolizada en el enterramiento de un barco en Gokstad, en el sur de Noruega, donde se incluyeron dos escudos por cada miembro de la tripulación. De una fuente franca conocemos la fascinante historia de unos vendedores de escudos y otros comerciantes, que, al seguir el camino del ejército imperial, en el año 876, estaban obstruyendo la estrecha ruta de huida. Seis años más tarde, un escudo enarbolado era un símbolo (engañoso) de rendición por parte de los daneses atrapados en una fortaleza. Contrariamente a la creencia popular, el típico casco o yelmo vikingo, de forma cónica, podía estar fabricado en cuero e incluía una protección para la nariz, muy similar a aquellos descritos en las piedras conmemo-

rativas de Gotlandic. Sin duda, los cascos vikingos no llevaban cuernos, como nos demuestra la pieza mejor conservada encontrada en Giermundbu, en el sur de Noruega. El cuero también era usado para la protección general del cuerpo, quizá reforzado con placas de hueso y colocado sobre una prenda interior. En la batalla de Stamford Bridge, al este de York, en 1066, se cuenta que un heroico noruego que defendía el puente en solitario fue apuñalado por debajo de su armadura hasta morir. La cota de malla parece haber sido una pieza rara, posiblemente reservada a hombres de elevado estatus social, mientras que las pellizas de piel de oso asociadas con los coléricos e indomables guerreros noruegos *(berserkir)* son más propias de las fuentes literarias posteriores que de la realidad histórica coétanea. Estos pesados equipos de defensa, confeccionados en cuero o metal, pudieron contribuir al ahogamiento en masa de vikingos, como en el año 891, en el río Dyle situado en los Países Bajos y, en el 947, en el río Boyne, en Irlanda del Este.

La actividad bélica de los escandinavos fuera de sus fronteras, sin duda, se debió ver influenciada por las estrategias y tácticas de sus adversarios. Los vikingos no poseían un método uniforme para hacer la guerra. Los escandinavos y sus antagonistas celtas, germanos y eslavos poseían un tipo similar de equipamiento defensivo, y, por lo general, luchaban a pie. Las fuentes escritas occidentales nos ofrecen algunas pistas acerca de las maniobras y formaciones antes de la batalla. La estrategia más importante en este contexto era evitar provocar la batalla siempre que fuese posible. Los vikingos, como se observa en la *Crónica Anglosajona*, eran percibidos como vulnerables en campo abierto, en especial allí donde se encontraban visibles al enemigo y se les podía privar del elemento sorpresa. En el año 876 el gran ejército danés pasó sigilosamente muy cerca de los sajones occidentales en su camino a Wareham desde Cambridge para «esfumarse» esa misma noche hacia otro destino. De manera similar, la parte de ese mismo ejército que le correspondía a Guthrum, llegó como «por arte de magia» a Chippenham en enero del año 878. Cuatro años más tarde, en otra operación de invierno, los vikingos daneses pudieron seguir las huellas en la nieve que habían dejado las tropas francas. En ocasiones resultaba de ayuda librarse de obstáculos antes de llevar a cabo operaciones militares como ocurrió en 893 y, con posterioridad, en 895, cuando los daneses pusieron a salvo sus propiedades, sus barcos y a sus mujeres (muchas de ellas, posiblemente, inglesas de nacimiento) en Anglia oriental. Los exploradores a caballo se encontraban sin duda en todos los ejércitos, in-



Mapa 1. Posible localización de la batalla de Maldon, en Essex (991).

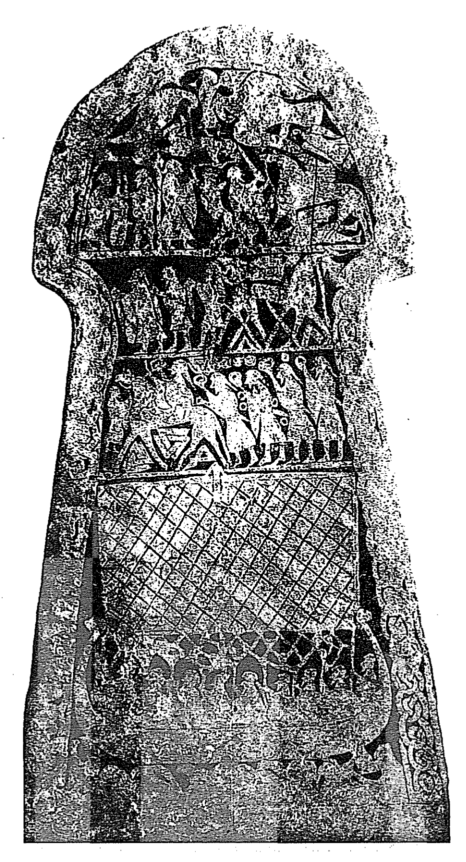
cluidos los ejércitos vikingos; sin embargo, son escasas las menciones a estos soldados encontradas en nuestros textos. Cuando la batalla cuerpo a cuerpo era imposible de evitar, entonces resultaba esencial escoger el terreno propio para tener ventaja y parecer decidido a la victoria. De ser ciertos los testimonios sobre los hechos ocurridos en 1003, el ejército de

Sven Forkbeard se enfrentó al ejército del conde de Wessex, Aeltric, provocando que el líder inglés fingiese estar enfermo y dando lugar a la dispersión de sus hombres.

Es posible que las grandes batallas de la Era Vikinga como *Brunanburh* (937), Clontarf (1014) y Hastings (1066) fuesen precedidas de un complejo proceso de selección de soldados aptos y adecuados para formar parte de los ejércitos en conflicto. En Ashdown, los daneses se formaban en dos divisiones, una liderada por dos reyes y la otra por todos los jarls. De acuerdo con las descripciones de la segunda batalla de Corbridge en los *Anales de Ulster,* había cuatro batallones de vikingos, todos bajo diferentes líderes. Uno de estos batallones, bajo las órdenes de Ragnall, rey de Waterford, esperaba escondido y su posterior asalto a la retaguardia de los escoceses permitió obtener la victoria. Las negociaciones a voces que precedieron el poético relato sobre la batalla de Maldon pueden o no reflejar una realidad histórica, pero, al menos, el lugar concreto de este heroico episodio ha sido identificado con cierto grado de certeza. El elemento sorpresa resultaba en muchas ocasiones decisivo, como ocurrió con la derrota de Guthrum en Edington, en mayo de 878. Desde la perspectiva en la que se encontraban los daneses, el ejército montado del rey Alfredo que cruzaba, con las primeras luces del día por el lado noroeste de la planicie de Salisbury, era por completo invisible hasta el momento en que estuviese bajando a la carga la escarpada ladera del monte Edington. Tras un breve enfrentamiento militar, los daneses se retiraron hacia el Norte, al campamento fortificado de Chippenham, donde se rindieron quince días más tarde. De manera similar, las tropas noruegas de Harald Haardrada fueron sorprendidas en el puente de Stamford. Contrariamente a la creencia popular, los ejércitos vikingos eran vencidos con frecuencia. Más aún, el análisis de las batallas contra los irlandeses, donde participaron también los noruegos de Dublín, y donde incluimos la épica lucha de Clontarf, les sitúa del lado perdedor más veces que del lado vencedor. Una razón obvia por lo que esto ocurría es que eran menos en número y, en la lucha cuerpo a cuerpo, el número de guerreros es fundamental. Los analistas irlandeses describen la fatalidad del perdedor en términos objetivos: en el año 926, por ejemplo, 200 vikingos fueron decapitados y, en 948, los supervivientes de otra gran derrota fueron tomados como prisioneros y sin duda vendidos como esclavos. Los espeluznantes y sanguinarios métodos vikingos para despachar a los jefes militares vencidos pertenecen al ámbito de la literatura fantástica.

La forma más común de lucha en la que se veían involucrados los vikingos eran incursiones rápidas o correrías y escaramuzas menores; muchos de estos enfrentamientos casuales con fuerzas o poblaciones locales estaban motivados por la búsqueda de alimentos y la necesidad de hacer prisioneros. La detallada narración en los *Anales de Fulda,* sobre el año 873, de una incursión llevada a cabo por un inveterado vikingo llamado Rodolfo, implica que la táctica era la de matar a todos los hombres en el Ostergau de Frisia y, después, tomar posesión de las mujeres, los niños y otros bienes. En el año 917, los daneses con base en Leicester y Northampton llevaron a cabo una incursión nocturna hacia el sur, capturando hombres y ganado. Cuando el objetivo de los vikingos eran los monasterios, algunas de las víctimas sin duda serían monjes pero otros con toda probabilidad eran miembros de las fuerzas de defensa local. Los monasterios irlandeses no sólo servían como depositarios de tesoros eclesiásticos, sino también para guardar las riquezas de seglares que pretendían, así, protegerlas. Los ejércitos cristianos, en ocasiones, eran liderados por abades y obispos que tenían bajo su mando tropas de pocos hombres. En el año 882, el obispo Wala de Metz llevó a cabo un temerario ataque sobre los vikingos daneses y sólo consiguió la muerte y la censura póstuma del arzobispo Hincmar de Reims por haber empuñado las armas. Aun así, al año siguiente, Liuberto, arzobispo de Mainz, con la ayuda de un reducido grupo de hombres, asesinó a un buen número de vikingos y recuperó lo que éstos habían saqueado. En el año 859, en el norte de Francia, tenemos conocimiento de una asociación jurada de «hombres corrientes» que lucharon con valentía contra los vikingos daneses mientras que, en 894, un grupo de saqueadores que volvía del asedio de Exeter fue expulsado por los ciudadanos de Chichester. La guerra a pequeña escala era la norma en las proximidades de los grandes ríos rusos, usados como rutas de comercio; así, los vikingos suecos (varangianos) llevaban a cabo saqueos de forma regular en estas zonas para obtener tributos en forma de pieles, miel o cera y, por supuesto, de esclavos que luego vendían en los mercados del sur.

En la inmensidad de Rusia, los barcos eran la única forma factible para los transportes de larga distancia. Su uso era tan esencial que se utilizaban los métodos más ingeniosos para remolcarlos más allá de la línea divisoria de aguas y a través de los rápidos del Dnieper. Sin embargo, en los confines más estrechos y en las amplias tierras de Europa occidental, el caballo era el medio de transporte utilizado por los ejércitos vikingos. El gran



Piedra conmemorativa de Lärbro, en la isla Gotland en el Báltico, que muestra la importancia que se otorgaba al caballo en tierras vikingas. Otros símbolos de aprecio hacia estos animales son las colleras, estribo y espuelas, fabricadas al menos en parte con metales preciosos así como los esqueletos de caballos enterrados con sus antiguos propietarios dentro de sepulturas en forma de cámaras o junto a los enterramientos de barcos.

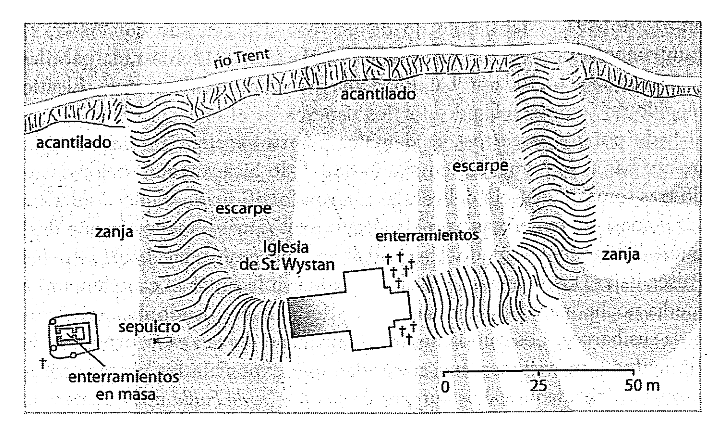
ejército danés pasó el invierno de 865-6 en Anglia del Este equipándose de caballos y, tras su derrota contra los francos en Saucourt-en-Vimeu, en agosto de 881, hizo lo mismo, así como en 892, cuando cruzó el canal de La Mancha desde Boulogne con «caballos y todo». La parte de ejército que volvió a Inglaterra, a finales del año 884, fue desposeído de sus caballos por las fuerzas de apoyo del rey Alfredo. En una fase anterior a las guerras alfredianas, los daneses de Guthrum habían adelantado a los sajones occidentales en su viaje de Wareham a Exeter gracias a la velocidad de sus caballos. En gran medida las incursiones llevadas a cabo por los vikingos dependían de los caballos tanto por la movilidad como por conveniencia. En el año 866, alrededor de 400 vikingos, aliados con los bretones, subieron con sus caballos por la orilla del río Loira y atacaron y saquearon la ciudad de Le Mans. Un detalle descrito en los *Anales de Ulster* ilustra de manera precisa el poder del caballo: el 26 de febrero del año 943 los vikingos de Dublín derrotaron y asesinaron al enérgico rey norteño Muirchertach, conocido por sus capas de cuero, y al día siguiente saquearon su iglesia principal en Armagh, a 56 kilómetros de distancia. No sorprende que el más rapaz de los últimos comandantes de la era vikinga, Sven Forkbeard, fuese proveído de comida y caballos por los ingleses atemorizados y muy desgastados por la guerra en el año 1013. El rey Sven, dejando a los prisioneros y a los barcos a cargo de su hijo, Canuto, cabalgó con la parte principal de su ejército por el sur de Inglaterra, haciendo más prisioneros y resultando que «al tiempo en el que volvió a sus barcos... toda la nación le reconocía como rey de pleno derecho». ¡El reino de Aethelred II había sido conquistado gracias a los caballos más de medio siglo antes de la batalla de Hatings!

Inglaterra fue conquistada por los daneses con técnicas militares muy diferentes a las empleadas por sus descendientes afrancesados, los normandos. No obstante, los tapices de Bayeux muestran a la caballería normanda sujetando lanzas en lo alto a modo de jabalinas, así como bajo el brazo en posición horizontal. Los caballos estaban a menudo presentes en la escena de las acciones militares de los vikingos. En el asedio a Buttington, situado allí donde la corriente del río Offa se encuentra con el río Severn, cerca de Welshpool, los daneses rodeados fueron forzados a alimentarse de sus propios caballos por falta de alimentos. Tras la victoria en 1016 de Edmundo Ironside, en Otford, Kent, los guerreros daneses se retiraron a caballo hasta la isla de Sheppey, ya que, es de presumir, sus corceles habían sido estacionados en algún lugar cercano al campo de batalla.

Las partidas de saqueos estaban formadas por lo general por hombres a caballo, como la tropa montada conducida hasta Brega en el año 1000 por los noruegos de Dublín y sus aliados de Leinster, en lo que era una avanzadilla del ejército principal de su nuevo señor, Brian Bórama. En este suceso la mayoría perdió la vida ante los hombres de Mael Sechnail. Unos años antes, en el año 994, Olaf Tryggvason y Sven Forkbeard habían arrasado los distritos costeros del sureste de Inglaterra y «finalmente confiscaron los caballos, cabalgaron sin freno y continuaron causando un daño indescriptible». Tras su derrota en Saucourt, los vikingos daneses se permitieron un toque cromwelliano al guardar sus caballos en la capilla del rey tras el saqueo del palacio real de Aachen. En otra ocasión, obtuvieron ventaja de poseer caballos en su lucha contra la aristocracia: según los *Anales de St-Vaalst* y Regino de Prüm, el margrave* franco del Este, Enrique, cabalgó directo hacia una trampa excavada previamente donde encontró la muerte. Esta misma treta encuentra eco literario hacia el final de la *Saga Orkneyinga*, cuando Sven Asleifarson calló en una trampa en una calle de Dublín.

Los escandinavos eran muy vulnerables fuera de sus fronteras en áreas muy pobladas, ya fuera actuando como bandoleros, comerciantes, colonos o como una combinación de todas estas actividades. Al igual que sus víctimas, los vikingos necesitaban protección y seguridad. Su más preciada posesión era, en primer lugar, el barco que les permitía viajar fuera de sus tierras. Los campamentos navales diseñados para proteger estos barcos eran tan novedosos y distintivos en la Irlanda de mediados del siglo IX que se acuñó una palabra con dos componentes del latín para describir este fenómeno: *longphort*. Un *longphort* (*longphuirt* en plural) es expresivo de defensa naval y, entre los ejemplos registrados más importantes se encuentran los de Annagassan (Condado de Louth) y Dublín, cuyo principal valor estratégico era, para el año 841 extender el ámbito de las incursiones hacia el interior –unos 120 y 90 kilómetros respectivamente. Las islas naturales constituían el refugio ideal para las flotas al no requerir una defensa muy compleja. Algunas de estas islas eran de gran dimensión y estaban situadas frente a la costa, como las islas de Noirmountier al oeste de Francia, y Sheppey y Thanet en el sureste de Inglaterra. Otras bases estaban en islas más pequeñas, en medio de ríos o, como en Irlanda, en gran-

* Título de nobleza en Alemania. (N. del T.)



Mapa 2. Plano del campo de invierno danés en Repton, Debyshire, levantado en el año 873.

des lagos o entradas de agua como Lough Neagh y Strangford Lough. Siempre y cuando pudieran disponer del suministro adecuado, los vikingos podían sentirse relativamente a salvo en estas islas. En el año 863, una partida de daneses aguantó el asalto en una isla del Rin durante varias semanas antes de retirarse, a pesar del hecho de que era invierno. Adrevald de Fleury nos ofrece el relato escrito más claro sobre este tipo de bases en una isla sobre el río Loira cerca de su monasterio. En la isla los vikingos ponían sus barcos a salvo, levantaban cabañas para vivir y encerraban a los prisioneros con cadenas y, desde ella, se aventuraban en expediciones de saqueo en barco o a caballo. Las bases navales importantes atraían los codiciosos ojos de otros vikingos. Así, en el año 851, el Dublín noruego fue saqueado e incendiado por los vikingos daneses y, diez años más tarde, una fuerza atacó el fuerte danés en la isla de Oissel, en el Sena, corriente arriba desde Rouen.

Identificar e investigar los restos arqueológicos de campamentos vikingos en los que vivieron períodos de tiempo muy cortos no ha sido una tarea fácil y, por tanto, describir sus diseños tampoco lo es. La práctica habitual entre los vikingos era la de cavar un foso y construir un fuerte de arena dentro, como en Repton. Sin duda, el fuerte danés que se encontraba en construcción en Louvain al tiempo del asalto de los francos,

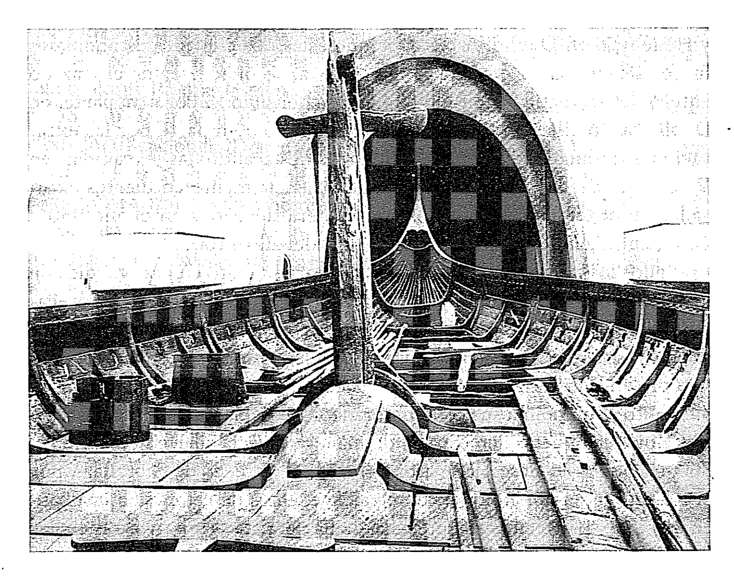
en el año 891, estaba rodeado de un foso. De acuerdo con Asser, el campamento de invierno en Reading tenía puertas de entrada para las que se utilizó con toda probabilidad una gran cantidad de madera. El sitio elegido en Jeufosse elegido por los daneses en el invierno de 856-7 es alabado por los expertos occidentales por su excelencia como campamento base. En Nimegen, en el año 880-1, lo hicieron aún mejor cuando tras tomar el palacio del rey, levantaron fortificaciones que resultaron ser demasiado poderosas para el ejército real. Y, más o menos un año después, habiendo levantado barricadas en una granja en Avaux, en los Países Bajos, los vikingos invasores decidieron levantar el campamento a media noche, para posteriormente ser derrotados cuando iban de camino a sus barcos. Los campamentos de invierno debían estar provistos de alimentos y provisiones, una necesidad que exponía a los propios agresores a sufrir ataques. Los autores de los *Anales de Fulda* nos cuentan de manera explícita que la táctica de los francos en Asselt del Mosa, en el año 887, fue la de asaltar a los vikingos vulnerables y desprotegidos fuera de sus fortificaciones. Dos años antes, una banda de guerreros tomó la ciudad de Hesbaye y su área cercana, apoderándose de los distintos tipos de cosechas y reuniendo a hombres y mujeres para emplearlas como esclavos, para ser posteriormente atacados, privados de los víveres y forzados a tener que escapar de noche. De manera similar, un ejército inglés obligó a los daneses a abandonar Chester hacia el final de 893, apoderándose de los animales, quemando el trigo o dándoselo como forraje a los caballos.

Rara vez se atribuye a los vikingos el asedio a meros fuertes. Así, en el lugar no identificado de *Wigingamere* en el sureste de Inglaterra, un gran ejército danés atacó «muy entrado el día», en el crítico año de 917, pero desistió cuando se encontró una dura resistencia. Lo contrario ocurría en ciudades defendidas que estaban llenas de posibles botines, dado que los vikingos eran capaces de mantener asedios prolongados. Un ejemplo temprano es Burdeos que empezó a sufrir ataques desde el año 847. Al siguiente año, los sitiadores fueron derrotados por las fuerzas de Carlos el Calvo pero en un momento posterior, posiblemente mediante ataques nocturnos, los vikingos rompieron sus defensas y saquearon e incendiaron la ciudad. Su persistencia había sido recompensada. Los daneses llevaron a cabo complejos preparativos para el asedio de Londres en el año 1016, cavando un gran foso en paralelo a la orilla sur del Támesis y arrastrando sus barcos corriente arriba por el río. La ciudad en

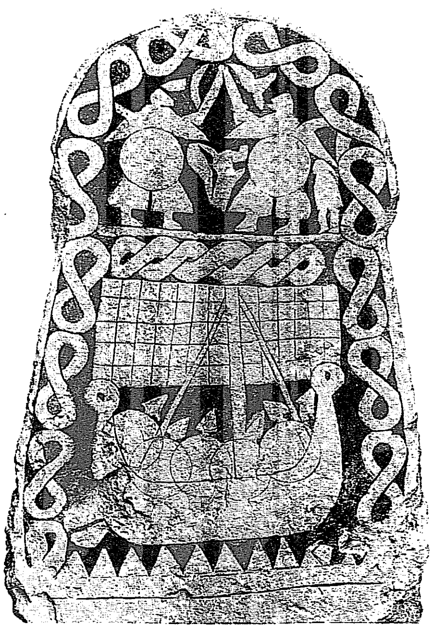
la orilla norte fue rodeada por otro foso, resultando imposible entrar o salir de la ciudad. Una y otra vez el objetivo de los grupos escandinavos eran muchas ciudades de Europa occidental que se encontraban sometidas a saqueos e incendios como Bonn y Colonia en el año 881. De forma ocasional, eran capturadas y tomadas por largos períodos de tiempo como ocurrió en York en 886 y, cinco años más tarde, en Londres. Es muy probable que las técnicas de asedio vikingas fuesen muy parecidas a las de sus contemporáneos. Las exóticas estrategias, como las de Harald Haardrada, que, presuntamente, utilizó pájaros a los que ató ramas de pino en llamas sobre sus espaldas para incendiar una ciudad siciliana, pertenecen a la imaginación de algunos escritores. Los vikingos también levantaban defensas para sus propias creaciones urbanas, como en Birka y Hedeby, o en Dublín. A pesar de que estas dos ciudades escandinavas fueron abandonadas durante la era vikinga, se puede seguir el trazado entero de sus fortificaciones de mediados del siglo X. Por otra parte, en Dublín las fortificaciones han sido reveladas sólo en parte por las excavaciones arqueológicas, principalmente destacando las excavadas en Wood Quay. Allí, la secuencia consistía esencialmente en fuertes excavados en el terreno, reforzados con madera, fechados en el año 950 y 1000, culminando en un muro de piedra del año 1100.

Todos los ataques vikingos dependían para su éxito en gran medida de la maestría en la construcción de los barcos y en los sistemas de navegación. Los barcos no sólo transportaban a los hombres y en ocasiones a sus caballos, sino que también aseguraban el elemento sorpresa tan decisivo siempre en la historia militar. La desconcertante movilidad de los vikingos que tanto confundió a sus contemporáneos, se debía mucho a sus barcos. Esa movilidad quedó demostrada de manera espectacular en el año 859-860, cuando los daneses navegaron a través del estrecho de Gibraltar y por el Ródano hasta tan al norte como Valence, antes de retirarse a una base en una isla y partir nuevamente hacia Italia para atacar Pisa y otras ciudades. En el año 1005, como destaca con tristeza la *Crónica Anglosajona*, la flota danesa dejó Inglaterra para volver a casa, «pero poco tiempo pasó antes de que volvieran». A lo largo de toda la era vikinga, los escandinavos desplegaron diferentes tipos de barcos, como se revela del intenso vocabulario del antiguo noruego; sin embargo, el clásico barco de guerra de la primera mitad del período está sin duda magníficamente representado por el descubierto en Gokstad, en el sur de Noruega, en el año 1880. Con sus dieciséis pares de remos hubiera tenido una tripulación de unos 35

hombres, y fue construido en los últimos años del siglo IX, en el tiempo en el que el rey Alfredo estaba experimentando con «barcos largos» que eran aproximadamente el doble de grandes que los barcos daneses y estaban equipados con más de 60 remos. Los detalles que nos han revelado los barcos sepultados están en perfecta sintonía con los de ciertos textos ingleses. Los barcos posteriores eran probablemente más largos como el que el conde Godwin le dio al rey Harthacnut en 1040 y que fue tripulado por 80 guerreros. Los tripulantes de tres barcos daneses fueron capturados en un incidente en la costa nordeste de Irlanda en el año 986. Fueron ejecutados 140 hombres y el resto fueron vendidos como esclavos, lo que im-



El barco de Gokstad visto desde la posición del timonel. Con una manga de 5,3 metros este navío sorprende por el espacio en el punto medio entre la popa y la proa. No había bancos fijos y la tripulación se sentaba, casi con toda probabilidad, sobre sus baúles de viaje mientras remaban. Por sí solos o unidos a otros barcos por cuerdas, barcos como éste eran verdaderas plataformas de combate para los vikingos y sus oponentes.



Piedra conmemorativa procedente de Smiss, Gotland, mostrando un barco repleto de guerreros vikingos. Aunque representados con crudeza, entre los rasgos identificables de la nave se incluyen los puestos decorados en la popa y en la proa, el remo que sirve de timón en el lado de estribor, el mástil y los soportes, así como la vela hecha de partes cosidas entre sí. Los tripulantes llevan cascos de forma cónica y portan escudos. La parte de arriba representa a dos hombres en combate cuerpo a cuerpo.

plica un total de al menos 60 individuos por cada barco y es posible que fuesen aún más. Estos dos tipos de barcos eran desplegados en mar abierto o a lo largo de los grandes ríos. Así, en el año 844, por ejemplo, los vikingos navegaron por el río Garona hasta Toulouse. En masas de agua más reducidas la tripulación de los barcos tomaba los remos, como en el Lympe en Kent en el año 892 y en el Lea, al norte de Londres, dos años más tarde.

Hacia el siglo XII, en Escandinavia existía la obligación para todos los habitantes de los distritos costeros de construir barcos y ocuparse de su

mantenimiento posterior apelando a razones ofensivas y defensivas. Esta obligación, conocida como *leidang (leidangr),* se debe interpretar como una expresión del creciente poder real junto con otros avances como la fundación de obispados, la protección de los ciudadanos y el acuñamiento de moneda. La antigüedad de este sistema de servicio militar naval es muy dudosa, una vez más, por falta de testimonios contemporáneos. Los barcos de guerra tenían una construcción muy sofisticada y requerían de una madera seleccionada que tenía que ser transportada, y de materiales como remaches, cuerdas y tela de vela así como de artesanos conocedores de su oficio. En una referencia inglesa encontramos una indicación precisa sobre el coste medio de construir un barco –345,5 libras esterlinas. En términos de precios anglosajones calculados de forma teórica, sería el equivalente a más de 4.000 vacas. Dado que el típico granjero noruego tendría unas doce vacas, los líderes guerreros escandinavos debieron haber dispuesto de todo tipo de medios de recaudación de tributos para poder reunir una flota de tamaño considerable. Los mecanismos sociales de la obligación militar, presumiblemente, las encontramos en el ámbito de las costumbres tradicionales, dado que se trataba de una obligación que recaía sobre los mismos expedicionarios cuando la lucha era fuera de las fronteras. Estos extremos se pueden deducir de las alusiones a la reparación y construcción de barcos que encontramos en fuentes de Europa occidental. En junio de 866, por ejemplo, un grupo de vikingos abandonó la isla que les servía de base cerca del monasterio de San Denis para navegar por el Sena hasta encontrar un lugar que satisfaciera ambas pretensiones, además de cobrar tributos a la población local. Cuatro años antes, los guerreros de Weland escogieron Jumièges, también en el río Sena, para reparar sus barcos y esperar al equinocio de primavera, antes de entrar mar adentro.

Entre los expertos el tamaño real de las flotas vikingas ha sido objeto de mucho debate. Los escritos contemporáneos nos ofrecen dos tipos de cifras. El primer grupo de cifras es pequeño, preciso y, por lo general, está asociado a detalles circunstanciales. De esta manera, sabemos que un total de seis tripulaciones causaron mucho daño en la isla de Wight, en el año 896, mientras que siete arrasaron Southampton, matando y capturando a la mayoría de sus habitantes en el año 980. Otras cifras se nos ofrecen en números mayores y, por lo general, en números redondos, sugiriendo que se trata de una estimación. Los números más conservadores son bastante fiables. Así, la flota noruega que amenazó el este de Irlanda, en el año 837,

en dos mitades iguales claramente anunciaba un cambio de política y los 67 barcos llenos de guerreros que saquearon Nantes seis años más tarde podían haber sido parte de dicha flota. Las grandes flotas necesitaban en contrapartida grandes recursos, como la flota danesa con base en la Isla de Wight que en 998 saqueó Hampshire y Sussex para abastecerse de provisiones. Las batallas en el mar pueden ser diferenciadas de la misma manera. La mayor parte eran escaramuzas o peleas a pequeña escala, del tipo de las que sabemos ocurrieron en el reinado de Alfredo, como en el año 882 cuando el bando contrario era una flota de cuatro barcos establecidos tierra adentro siendo asesinada la mitad de la tripulación y el resto capturados. Los cronistas establecidos tierra adentro poco tienen que decir sobre las grandes batallas navales libradas entre los propios escandinavos. En el año 852 una flota noruega de 160 barcos fue atacada por vikingos daneses frente a la costa irlandesa durante tres días y sus tres noches, mientras que, en el año 914 los nietos rivales de los antiguos reyes de Dublín libraron en una «batalla naval» *(bellum navale).* Hubo dos batallas navales de gran escala que tuvieron importantes consecuencias políticas para Noruega: la primera, en el año 870, en Hafrsfjord cerca de Stavanger donde Harald I Halfalanarson derrotó a una coalición de comandantes rivales y, la segunda, en el año 1000 en Svold, en el Mar Báltico, donde Olaf Tryggvason perdió la vida ante sus rivales daneses.

La importancia del uso de barcos como plataformas móviles para la lucha convencional sólo es superada por su uso como medio de transporte. Como se nos informa en el año 1003, «Sven volvió al mar donde sabía que estaban sus barcos». Los ejércitos que se encontraban en campaña entre poblaciones hostiles dependían de sus barcos tanto para la llegada como para la partida. Sus oponentes se resistían con firmeza para evitar su acceso y sólo aquellos saqueadores que fueron capaces de nadar hasta los barcos que les esperaban pudieron escapar de los perseguidores ingleses al norte de Devon y en Somerset, en el año 914. Los vikingos con base en el río Loira intentaron llegar a Poitiers, a 75 kilómetros de distancia a pie, en dos ocasiones en el año 855, sin éxito y, con posterioridad, en el 865. La *Crónica Anglosajona* cita la distancia –más de 50 millas– que debían recorrer los daneses en el año 1006 para transportar el botín y las provisiones hasta la costa, mientras vituperaban a los habitantes de Winchester al pasar ante sus puertas. En las grandes vías fluviales de Europa continental el progreso de la flota vikinga servía de advertencia a las poblaciones locales, como ocurrió en el año 853 cuando las reliquias y los tesoros de

Tours fueron puestos a salvo. Estas predicciones eran más difíciles cuanto más alejadas de los ríos principales estuvieran las ciudades. Así, seis años más tarde, los habitantes de Noyon fueron sometidos a un ataque nocturno por vikingos que tenían su base en el Sena, por lo menos 85 kilómetros al Sureste, siendo hechos prisioneros el obispo y otros nobles. Las flotas en ocasiones prestaban apoyo a las fuerzas terrestres al coordinar sus movimientos. Esto ocurrió a lo largo de la costa sur de Inglaterra, a finales del año 876, cuando el gran ejército danés llegó por tierra desde Wareham hasta Exeter, aunque gran parte de los barcos se perdieron en una tormenta frente a Swanage. Sin embargo, el papel principal de los barcos era el de facilitar los ataques por sorpresa y la posterior obtención de beneficios. El cronista Fulda escribió con pena, en el año 865, sobre los vikingos «quienes de forma continuada durante veinte años habían aterrorizado con crueldad, fuego, asesinatos y pillajes, todos aquellos lugares accesibles por barco en la frontera de Francia».

Una característica de la Era Vikinga es la transformación casi imperceptible de esa actividad militar en actividad económica. El pensamiento clásico acerca de la guerra, enunciado a principios del siglo XIX por Carl von Clausewitz, señala que la guerra resulta ser la continuación de las relaciones políticas por otros medios; en el caso de los vikingos, podemos ver que la guerra se transforma más de una vez en una forma de relación económica. En el otoño de 865, por ejemplo, los vikingos invadieron el monasterio de San Denis, al norte de París, y durante veinte días saquearon sus riquezas que transportaron a sus barcos antes de volver al campamento no muy lejos de allí. Una operación similar llevada a cabo en 936 por los vikingos de Dublín en Clonmacnoise en el río Shannon requirió únicamente una parada de dos días. En casos como estos no existía una agenda política abierta. El móvil era la obtención de beneficio rápido y la mayor parte del botín encontrado en Noruega occidental procedente de Inglaterra e Irlanda tenía este origen, y entre sus beneficiarios se incluyen mujeres cuyas tumbas nos revelan las inclinaciones de sus maridos hacia la piratería. Los bienes robados podían encontrar mercado en cualquier otro sitio, como cuando en el año 1048 los invasores daneses en Kent huyeron hasta Flandes donde vendieron todo lo que habían robado antes de volver a sus casas. De forma consecuente, una táctica de los vikingos para desvalijar era simplemente en palabras de los *Anales de San Bertin*, «atacar por sorpresa». Para las comunidades cristianas las principales festividades religiosas eran tiempos de peligro. En el año 929, la ciudad de Kildare fue



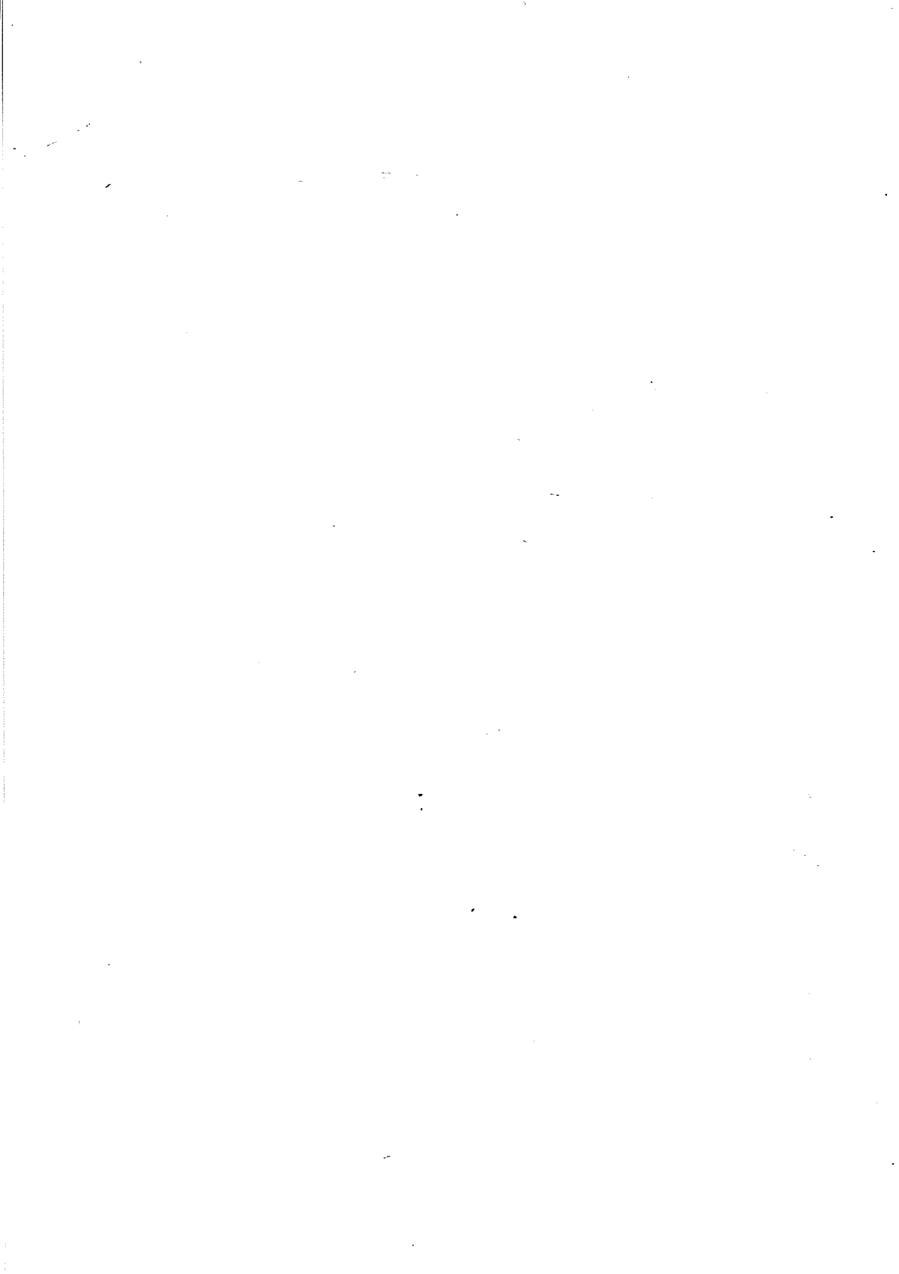
Un tesoro de oro, plata y monedas encontrado en Hon en el sudeste de Noruega. Entre los objetos de oro se encuentra una montura con forma de trébol procedente de Francia y un anillo de Inglaterra. Las monedas carolingias estaban acabadas con un enganche para poder ser llevadas en collares, lo que parece sugerir que las mujeres de la era vikinga alentaban a los hombres a dedicarse a la piratería.

saqueada desde Dublín en el día de Santa Brígida, estando el lugar lleno de peregrinos. En el año 986, Iona fue atacada por los daneses la noche de Navidad cuando la comunidad se preparaba para los festejos de su devoción. Otra táctica más compleja consistía en amenazar con violencia destructiva con el objetivo de exigir el pago de tributos. Los vikingos emplearon esta táctica en el reino franco occidental en el año 866 equipados no sólo con armamento, sino también con los instrumentos necesarios para poder pesar las 4.000 libras de plata que obtuvieron mediante el saqueo.

Los beneficios que obtenían los vikingos de la guerra asumían diferentes formas. Los más básicos eran en comida y bebida, dado que éstos eran provisiones que permitían a los guerreros continuar con sus actividades bélicas. En el año 864, por ejemplo, Rodolfo Haraldsson y sus hombres recibieron como tributo no sólo dinero en efectivo, sino también harina, ganado, vino y sidra. En Irlanda el ganado vivo era el tributo habitual entre la población nativa y los vikingos se aprovecharon de esta tradición desde el año 798. Los noruegos, por otro lado, estaban acostumbrados a explotar sus mares en busca de grandes criaturas como en la costa este de Irlanda, en el año 828, cuando tuvo lugar «una masacre de marsopas». Un segundo tipo de beneficios provenía de los hombres de forma directa. A los integrantes de las clases altas de la sociedad se les exigía un rescate siempre que fuese posible mientras que a los de las clases inferiores, con menos posibilidades de hacer frente al pago de dicho rescate, se les hacía prisioneros o eran vendidos como esclavos. Un rescate espectacular de 686 libras de oro y 3.250 libras de plata fue pagado en el año 858 por el abad Luis de San Denís y su hermano, Gauzlin. Por su parte, el obispo de Archenfield, en la frontera anglogalesa, fue liberado gracias a la donación de 40 libras esterlinas por el rey sajón occidental en el año 914. La alternativa al pago era la muerte, como le ocurrió al arzobispo Aelfheah de Canterbury, que fue brutalmente asesinado en el año 1012 cuando el pago de 3.000 libras esterlinas exigido por los daneses no se llevó a cabo. El tercer tipo de beneficio obtenido por los vikingos era la entrega de tierras para establecerse. El comentario sobre el año 896 en la *Crónica Anglo Sajona* puede hacernos pensar que los vikingos compraban las tierras; sin embargo, la forma habitual de apropiación de las tierras era a través de la fuerza de las armas. Los cambios políticos a gran escala sin duda facilitaban la adquisición de tierras de cultivo, como ocurrió en Northunbría (866-7), Anglia del Este (869-70) y Mercia (873-4), localidades todas ellas receptoras de colonos daneses. Incluso mucho antes, este fenómeno de

apropiación de tierras ya era conocido en las islas escocesas y en el reino de Dublín cuando fue establecido alrededor del año 853. En resumen, alimentos, lingotes y monedas de oro y plata, tierra y trabajo forzoso eran los principales beneficios que obtenían los vikingos de la guerra.

De hecho, los vikingos competían por la riqueza entre ellos mismos y con los pueblos a los que invadían y con los que comerciaban. Entre la rivalidad aristocrática y de las diferentes dinastías que se sucedieron a lo largo de la Era Vikinga, el gran premio era el reino de Inglaterra, que fue conquistado primero por los sajones occidentales en 910-27, luego por los daneses en 1013-16 y, posteriormente, por los normandos en 1066-71. Un último intento de los daneses, en 1085-6, no se materializó. Detrás de la agresión brutal y destructora de los pueblos vikingos había una calculada racionalidad. Desde nuestra perspectiva distante, filtrada en su mayoría por fuentes externas, ha sido muy frecuente retratar a los vikingos como catalizadores del cambio político y económico: al sacar de sus depósitos los tesoros de los monasterios, la riqueza se liberaba para ser empleada en usos más productivos a pesar de que mucha era acumulada nuevamente en Escandinavia. Este argumento tiene algo de cierto; sin embargo, cualquier intento de idealizar de manera romántica a los vikingos debe ser frenado. Los vikingos, desprovistos de sus atuendos de piel de oso, de sus cascos con cuernos, de su predilección por las aves de presa y de sus técnicas de sitio diabólicamente ingeniosas, son hombres desmitificados pero que resultan, sin embargo, más creíbles que los luchadores valientes y llenos de recursos que en verdad fueron. Sus hazañas fueron celebradas en los antiguos poemas escandinavos, engrandecidas y adornadas por los sucesivos narradores hasta el punto de caer en la ficción. Con esto en el pensamiento, el autor islandés Halldor Laxness publicó en 1956 una novela sutilmente satírica titulada *Gerpla;* dos años más tarde se publicó en Inglaterra bajo el título de *The Happy Warriors (Los guerreros felices).* De acuerdo con la misma publicidad del libro, «la inevitable conclusión es que los héroes legendarios no eran más que seres de carne y hueso, eran lo que hoy llamaríamos personas inadaptadas y una molestia para todos». Más aún, estos antecedentes históricos trajeron la desgracia, la miseria y la muerte a decenas de miles de hombres, mujeres y niños. Pero la guerra no era monopolio de los vikingos; los vikingos fueron la manifestación escandinava de un azote universal.



Capítulo IV

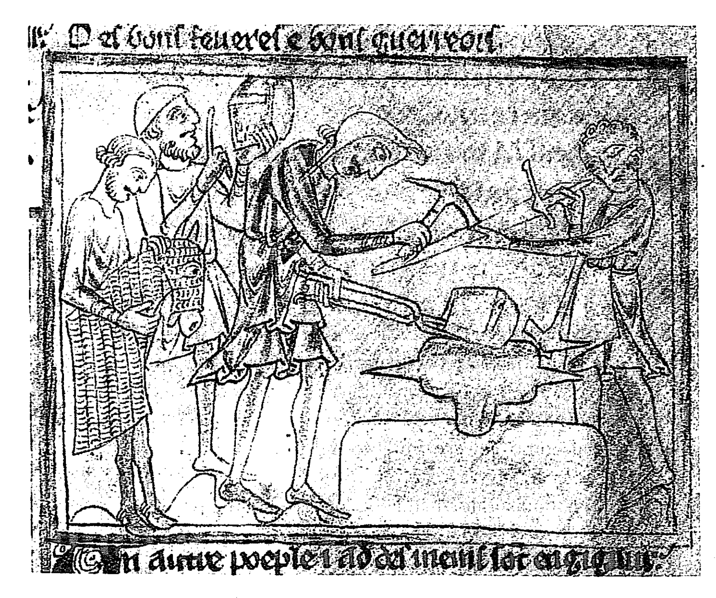
Una era de expansión c. 1020-1204

John Gillingham

El crecimiento del imperio de los francos

A ojos de musulmanes y de griegos, los europeos occidentales en el siglo XI (a quienes los musulmanes denominaban francos y los griegos en ocasiones francos y en otras celtas) eran bárbaros que levantaban mucho la voz, poco cultivados y cuyas únicas habilidades descansaban en la lucha y en la fabricación de armas. En la última parte del siglo XI y a lo largo del siglo XII, estos bárbaros disfrutaron de un período inusual de continuo éxito militar y de expansión. El gran historiador Ibn-al-Athir, recordando desde lo alto de la ciudad de Mosul en el siglo XIII, describía este hecho inusual como «el crecimiento del imperio de los francos». Para Ibn-al-Athir dos fechas clave fueron 1085, la conquista de Toledo, y 1091, el final de la conquista normanda de Sicilia. Si hubiese estado escribiendo en Edimburgo en vez de en Mosul podría haber empezado mencionando el año 1066, el año de la batalla de Hastings cuando, en palabras de los tapices de Bayeux, «tanto los francos como los ingleses cayeron en la batalla». Apoyando el crecimiento del imperio de los francos estaba el crecimiento demográfico y la expansión económica, acontecimientos que pusieron más recursos y dinero en las manos de las elites que gobernaban en Europa occidental. Dado que se trataba de elites guerreras, eligieron gastar más en la guerra: en armas, armaduras, caballos, barcos y fortificaciones. Se incrementó la escala de las operaciones militares. Más que nunca antes, la sociedad aristocrática occidental se convirtió en una

sociedad agresiva donde los caballeros y sus acompañantes, arqueros y ballesteros, ampliaron las fronteras de sus dominios; al este contra los eslavos y hacia Jerusalén, al sur hacia Grecia y hacia el área musulmana del sur de Italia y de España, al norte y oeste en Inglaterra, Gales, e Irlanda, construyendo castillos allá donde fueron. A mediados del siglo XII un autor como el alemán Helmold de Bosau podía visualizar una expansión calculada a escala europea. Según él, los que organizaron la gran cruzada de 1147 estimaron que un ejército debería ir a Oriente, otro a España y un tercero contra los paganos eslavos.



Este manuscrito inglés ilustra la gran cantidad de hierro –tanto para herramientas como para armas y armaduras– consumida por la industria de armamentos. Como se demuestra aquí, a partir del siglo XII las sociedades con más recursos fabricaban armaduras incluso para los caballos.

En algunos casos –como, por ejemplo, en las campañas contra celtas y eslavos en el siglo XII– esta expansión estaba sostenida por una ventaja industrial y tecnológica en poder de los agresores alemanes e ingleses, su capacidad para producir armas y armaduras superiores tanto en calidad como en cantidad a las que estaban disponibles para los pueblos que resistían, en vano, la invasión de sus tierras. Pero ninguno de los dramáticos sucesos del siglo XI ilustrados por Ibn-al-Athir pueden ser explicados por los desequilibrios en la tecnología militar. De hecho, España y el sur de Italia eran sociedades muy desarrolladas, urbanizadas y muy ricas –en toda «Europa occidental» (hablando en términos geográficos) eran las dos únicas regiones donde se seguía acuñando moneda en oro. Esta era naturalmente la principal razón por la que mercenarios y aventureros, hombres como Roger de Tosny y Harald Sigurdson, se sentían atraídos por estos escenarios de guerra. En la década de 1020, Roger de Tosny luchó a favor de Barcelona en contra de sus vecinos musulmanes; después volvió a Normandía –donde fue conocido como «Roger el Español»– y utilizó su riqueza para fundar la abadía de Conches hacia 1035. Harald Sigurdson fue a Constantinopla, sirvió con los griegos en Sicilia y después volvió a su casa en Noruega «con un tesoro inmenso de dinero y oro» que le permitieron convertirse en rey en 1047. Bajo el nombre de Harald Haardrada, «el trueno del Norte», invadió Inglaterra en 1066, pero todo lo que obtuvo fueron los proverbiales seis pies de tierra inglesa para su tumba. No obstante, otro invasor, el duque Guillermo de Normandía, conquistó un país que su capellán denominó «un cofre lleno de tesoros de Arabia», haciendo referencia a la abundancia de oro y metales preciosos que encontraron. Resulta relativamente fácil explicar por qué aquellos que buscaban la riqueza en el ejercicio del oficio de soldado en el siglo XI resultaron atraídos por el sur de Italia, España e Inglaterra; sin embargo, no es tan fácil explicar por qué los invasores que se enfrentaban a rivales con recursos al menos igual de abundantes debieron resultar vencedores.

LA ESPAÑA DEL SIGLO XI

En el siglo XI Al-Andalus seguía siendo una sociedad rica, urbanizada y con una cultura sofisticada, que se extendía sobre la mayor parte –y la más fértil– de la masa territorial de la España moderna, a pesar de que

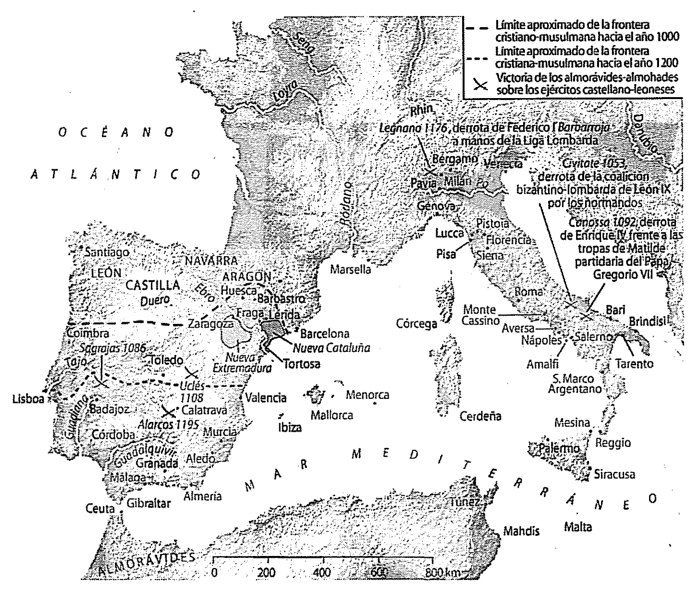
tras la muerte de Abd al-Malik en 1008 el Califato Omeya de Córdoba se fragmentó en unos 30 estados, los estados de *taifas*. Para sus fuerzas armadas la maquinaria de guerra de Córdoba tuvo que apoyarse de manera considerable en las «importaciones» de eslavos y bereberes. Los primeros eran jóvenes capturados en las guerras en el noroeste de Europa, a los que castraban y después transportaban a Córdoba para ser adiestrados como esclavos-soldados, los mamelucos del Al-Andalus. Cuando los acontecimientos a lo largo de la frontera eslavo-germánica llevaron a que se perdiese esta fuente de esclavos, los reyes de *taifas* fueron incapaces de encontrar un suministro alternativo y como dirigentes de pequeños estados eran conscientes del riesgo que implicaba buscar el apoyo a gran escala de miembros de las tribus bereberes de la cercana África del norte. La consiguiente falta de soldados para el combate les hizo cada vez más vulnerables a la presión militar de los vecinos cristianos del norte. Allí donde, en otro tiempo, los musulmanes hubieran atacado sin dilaciones con sus razzias a los cristianos, ahora la situación había cambiado verdaderamente.

Los dirigentes cristianos explotaron su preponderancia militar para consolidar su poder y elevar su categoría. Los condes de Barcelona comenzaron a acuñar su propia moneda de oro. Castilla se convirtió en reino en 1035; los señores de Aragón se convirtieron en reyes en 1076; y en 1140, Portugal consiguió su reconocimiento como reino. La estrategia era utilizar la presión militar, atacando, destruyendo y saqueando, a fin de obtener tributo *(parias)*. Según la memoria que escribió Abd Allah, emir de Granada en la década de 1090, Alfonso VI de León y Castilla (1065-1109) «habló suavemente diciendo: "sólo te someteré al pago de un tributo" –que estableció en 10.000 mitqals al año– "pero si no me pagas a tiempo, recibirás la visita de mi embajador y estimarás su visita más bien costosa". Acepté sus condiciones porque sabía que pagar 10.000 mitqals al año por su protección era mejor que la destrucción del país». El propio padre de Alfonso VI, Fernando I (1035-65), se convirtió en el primer gran ejemplo de esta forma de obtener dinero a cambio de «protección», adjudicándose en un tiempo las valiosas *parias* de Zaragoza, Toledo, Badajoz y Sevilla. Éstas le hicieron lo suficientemente rico como para dotar Cluny en 1055 con un donativo anual de 1.000 piezas de oro –más que la totalidad de las rentas que obtenía la abadía de sus tierras–; en 1077, Alfonso VI habría de doblar la donación de su padre.

De forma inevitable existía una rivalidad entre los estados cristianos para hacerse con el control de estos ricos despojos. Bajo estas circunstancias los musulmanes a veces luchaban a favor de los cristianos, y en otras ocasiones eran los cristianos los que se ponían al servicio de los musulmanes, como cuando el Cid entró al servicio del emir de Zaragoza. A pesar de ello, la frontera religiosa existente entre cristianos y musulmanes implicaba ver la guerra entre ambas culturas como algo normal, algo en verdad admirable. Durante décadas, a pesar de encontrarse en situación de ventaja, y con raras excepciones como la captura de Coimbra en 1064, los cristianos frenaron de forma deliberada su expansión territorial. Según Abd Allah, sabían que carecían de los recursos humanos que les hubieran permitido conservar, colonizar y beneficiarse de cualquiera de los territorios que hubiesen conquistado. Su intención era, según él creía, «enfrentar a los príncipes musulmanes unos contra otros y sacarles dinero de forma continuada». Hubiese sido una locura matar a la gallina de los huevos de oro.

Pero la «gallina» de Toledo quedó tan debilitada que en la década de 1080, casi de manera inexorable, Alfonso VI fue empujado a tomar la ciudad. Entusiasmado por la conquista de esta gran ciudad, antigua capital de la España visigoda y centro estratégico desde el cual radiaban las carreteras en todas direcciones, Alfonso y sus aliados marcharon hacia adelante. En 1094 cayó Valencia, el segundo centro musulmán en importancia, a manos del Cid. Pero el rumbo de la guerra ya había cambiado. Conmovidos por la caída de Toledo, los dirigentes *taifas* se vieron obligados, muy a su pesar, a pedir ayuda a un poderoso aliado musulmán, al que consideraban tan bárbaro como a los cristianos. Se trataba de Yusuf ibn Tashufin, un emir almorávide de un gran imperio en el norte de África. El fervor religioso de los almorávides, la reprobación de lo que consideraban la blanda y decadente sociedad *taifa*, su abolición de todos los impuestos no-coránicos, junto con la promesa de acabar con la amenaza de las incursiones cristianas, promesa respaldada por el envío de recursos militares de África (incluyendo camellos), todos estos hechos fueron la clave para hacerlos invencibles en el Al-Andalus de después de 1085. Desde el momento de su llegada a España disfrutaron de más de treinta años de éxito casi ininterrumpido. Yusuf derrotó a Alfonso VI en la batalla de Sagrejas en 1086, y el único hijo de Alfonso encontró la muerte a sus manos en 1108 en la batalla de Uclés. Encolerizado por el fracaso de los reyes de *taifas* en ayudarle cuando sitió Toledo en 1090, Yusuf se volvió en su contra. Los pro-

tectores cristianos de los reyes de *taifas* fracasaron en ayudarles y, uno tras otro, fueron incorporados al imperio almorávide. Incluso en el noreste, donde los reyes de Aragón con ayuda francesa tuvieron cierto éxito en su avance hacia el Ebro, tomando Huesca en 1096 y Barbastro en 1100, la expansión de los almorávides continuó a buen ritmo. Volvieron a capturar Valencia en 1102, tomaron Zaragoza (1106) y volvieron a capturar Mallorca e Ibiza. Hacia 1117 todos los antiguos reinos de *taifas* habían sido eliminados, y el mapa político de España redibujado por completo una vez más. En términos generales, los cristianos llevaron la mejor parte hasta 1085; después, hasta alrededor de 1118, fue para los musulmanes. La forma en que la guerra cambió de signo, primero hacia 1010, después tras 1085, sugiere que fueron más bien los factores políticos los que resultaron decisivos y no los militares. Al igual que en la historia de las cruzadas, la clave variable fue el grado de fragmentación del mundo musulmán.



Mapa 1. El Mediterráneo occidental, España e Italia, 1000-1200.

A partir del año 1000 un variopinto grupo de mercenarios originarios de Francia y del norte de Italia, así como de Normandía, fue desplazándose al sur de Italia donde se pusieron al servicio del gobierno bizantino de los dirigentes rivales, los lombardos. Los autores de finales del siglo XI, conocedores del final de la historia y que por lo general escribían para patronos normandos, daban la impresión de que era tal la valentía, astucia y crueldad de estos soldados, que de hecho eran superiores a sus rivales en la guerra, que una vez que hubiesen encontrado su camino parecían estar destinados a acabar como dueños de los dominios griegos del sur de Italia y de la Sicilia musulmana. De acuerdo con Guillermo de Apulia, «la gente de la Galia era más poderosa que cualquier otra en el uso de las armas». Los autores del siglo XX parecen coincidir al sugerir que, gracias a la carga de sus combatientes montados, los normandos poseían una fuerza capaz de barrer todo lo que se les ponía por delante. No es este, sin embargo, un punto de vista que resista el análisis.

La técnica más habitual era apoderarse de un castillo y utilizarlo como base desde el cual aterrorizar el distrito que lo rodeaba hasta conseguir su rendición, tal como Roberto de Hauteville, conocido como Guiscard «la comadreja», hizo desde San Marco Argentano, en Calabria. Según Amatus de Montecassino, otro líder normando, Ricardo de Aversa, «se llevaba cuanto podía y lo regalaba después, guardando para sí muy poco... de esta forma el país era saqueado y el número de sus caballeros se multiplicaba». Décadas de este bandolerismo hicieron a los normandos extremadamente impopulares dando lugar a que el papa León IX organizase una coalición de bizantinos y lombardos contra ellos. Esto forzó a las distintas bandas normandas a unir sus fuerzas y consiguieron hacer frente al ejército del Papa, que incluía un contingente de tropas suavias, en la ciudad de Civitate, el 17 de junio de 1053, antes de que se hubiesen unido los griegos. De la batalla de Civitate se ha dicho que «el viejo mundo de las tácticas de la infantería germánica cayó frente a la nueva forma de actuar de la caballería pesada». No obstante, y según *Las hazañas de Roberto Guiscard* de Guillermo de Apulia, una vez que los lombardos papales habían huido cabalgando en sus corceles, los 700 soldados de Suavia que se quedaron ofrecieron una fuerte resistencia a varios miles de normandos. Si algo quedó demostrado en Civitate fue el enorme poder de la infantería en la batalla, incluso en aquellas ocasiones en las que se enfrentaba a un enemi-

go muy superior en número. León IX fue hecho prisionero y obligado a reconocer las adquisiciones normandas. Pero los pocos señoríos que habían obtenido hasta la fecha no resultaban en absoluto impresionantes. Hasta entonces, salvo el caso de Melfi bajo el poder de Humphrey de Hauteville, no dominaban ninguna de las principales plazas.

No fue hasta después de 1059 cuando los normandos empezaron a obtener ganancias espectaculares, y esto se debió a dos razones principalmente. La primera fue la presión creciente de los turcos seljucidas sobre Anatolia. En 1038, Constantinopla había mostrado interés en occidente, enviando una expedición bajo la dirección de su más distinguido general, Gorje Maniaces, con la pretensión de recuperar Sicilia. Capturó Mesina y Siracusa, pero cayó en desgracia en 1040 –el destino de muchos generales bizantinos «con demasiado éxito» a partir de Belisario en adelante. Lo que importaba en ese momento era que 1038-1040 fue la última vez que Constantinopla fue capaz de dar tan alta prioridad a sus provincias más occidentales, en verdad, cada vez era más reacia a proporcionar a los gobernadores de Apulia y de Calabria los recursos suficientes para mantener su «status quo». En 1058-59 tuvieron lugar las primeras fracturas importantes en las defensas bizantinas en Anatolia y poco después los normandos realizaron sus primeros grandes ataques. En 1060, Guiscard, poco después de recibir el título de «duque de Apulia y Calabria, futuro duque de Sicilia» por parte del papa Nicolás II, ocupó Regio, Brindisi y Taranto. Un año después, Roger, su hermano más joven, cruzó los estrechos y conquistó Mesina –el primer paso dentro de una sociedad, la de la Sicilia musulmana, políticamente desunida. En conjunto, los dos hermanos cooperaron bien y desde 1060 hasta sus muertes, en 1085 la de Roberto y en 1101 la de Roger, dominaron la región. Esta es la segunda razón que explica el éxito normando después de 1059: la continuidad del liderazgo proporcionada por dos conquistadores de extraordinaria habilidad y de larga vida. Las hazañas del Cid como señor de la guerra le convirtieron en un héroe en España; Guiscard iba a alcanzar la fama como, según las palabras de su epitafio, «el terror del mundo». Algo de la impresión que este guerrero producía puede ser entrevisto del retrato que sobre él compuso la princesa griega Ana Comnena: «ese fanfarrón normando Roberto, notable por sus ansias de poder, de origen oscuro, arrogante, por completo depravado, un luchador valiente y muy astuto, hermoso en su estructura y totalmente decidido».

En 1068, el «fanfarrón» comenzó el asedio y bloqueo naval de Bari, el principal punto fuerte del poder imperial bizantino en el sur de Italia, en un tiempo en que el soldado-emperador Romanos Diógenes estaba cada vez más ocupado en su campaña en el este que habría de terminar con su derrota y captura en Mantzikert. Tras un asedio de tres años, Bari se rindió en 1071. De manera inmediata, Roberto y Roger dirigieron su atención a Palermo, la metrópolis de la Sicilia musulmana. Cayó en enero de 1072. Sólo después de la caída de estas dos grandes ciudades se percibió en la atmósfera lo inevitable de la conquista del sur por las fuerzas normandas. Amalfi fue tomada en 1073; Salerno, en 1077; Siracusa, en 1085, y las últimas fortalezas en Sicilia y Malta, en 1091. Las batallas decisivas que determinaron el destino de Bari y de Palermo no fueron ganadas por la célebre caballería normanda, ni siquiera fueron batallas terrestres, sino batallas navales, reñidas cuando las flotas intentaron en vano romper los bloqueos. Dada la longitud de las líneas costeras en el sur de Italia y Sicilia en relación a la masa terrestre, no sorprende que el poder marítimo hubiese de ser decisivo.

En el Mediterráneo

La pérdida musulmana de Sicilia y Malta completó la ruina de su en otro tiempo impresionante cadena de posesiones a lo largo de las rutas principales del Mediterráneo. En esto, las gentes de Pisa y de Génova desempeñaron un papel destacado, incluso actuando a veces de común acuerdo (ver capítulo II). Tras una serie de incursiones comenzadas en 1015, consiguieron privar a los musulmanes del control de Córcega y de Cerdeña. Además, lanzaron ataques sobre puertos del norte de África como Mahdia (1087). En el Mediterráneo el navío principal era la galera con remos, de un solo mástil y de vela latina. Dada su limitada capacidad para almacenar agua, las galeras tenían un radio de acción limitado y acostumbraban a navegar junto a la costa, teniendo en cuenta además que el poco margen entre la línea de flotación y la cubierta hacía que pudiesen ser sumergidas con facilidad por las olas. No obstante, eran capaces de alcanzar una gran velocidad en distancias cortas y, en los estuarios y en las aguas costeras, eran más sencillas de maniobrar que los barcos de vela. Por ello, eran muy adecuados para expediciones costeras y ataques a puertos. A pesar de que los barcos musulmanes eran similares a los cristianos, la

geografía favorecía a estos últimos. Los cristianos tenían la ventaja del clima imperante y de las corrientes, además de disponer de los puertos más adecuados en las costas septentrionales, y del hecho de que las islas más importantes estaban más cercanas a la costa norte (ver capítulo II). Después de 1091 los musulmanes conservaron sólo las islas Baleares y los puertos del oeste de Andalucía.

En las fronteras del Norte

Los dirigentes más poderosos del Norte, como los reyes de Alemania e Inglaterra, acostumbraban a considerar a sus vecinos más pobres como posibles sujetos tributarios. Se veían animados en esta creencia por el modo en el que los exiliados se dirigían a ellos en demanda de ayuda. En Gran Bretaña por ejemplo, los hijos de Duncan de Escocia pidieron ayuda contra Macbeth, en 1054, y Edgardo el Escocés a William Rufus en contra de Donald Banbeth, en 1097. Las numerosas disputas sucesorias entre las dinastías reinantes de húngaros, bohemios, polacos, abodritas y daneses ofrecieron a los reyes germanos muchas oportunidades para la intervención militar –y en ocasiones las aprovecharon. Pero la conquista de territorios era descartada por los problemas logísticos derivados de mantener a las tropas durante largos períodos de tiempo en áreas relativamente poco pobladas. (Una indicación de la prosperidad de Inglaterra en el siglo XI es el hecho de que fue conquistada dos veces.) En otros lugares sólo era posible un dominio ligero y frágil y, tan pronto se sentían seguros en sus tronos, los dirigentes dependientes tendían a hacerse independientes –dejando de pagar tributos. Los reyes de Alemania (durante todo este período) y los reyes de Inglaterra (después de 1066 en especial) tenían otras preocupaciones más acuciantes y tendían a dejar el tema de la imposición de su superioridad en manos de los señores de las fronteras (marcas) –en Alemania esta función fue otorgada a los señores de la aristocracia sajona y bávara–. Por ello estas fronteras continuaron siendo durante mucho tiempo zonas de guerra entre potencias de más o menos igual tamaño. Más allá de estas fronteras, los reyes y soldados de éxito perseguían a menudo la acumulación de riqueza, tales como las obtenidas por Gruffdud ap Llewelyn de Gwynedd sobre otros reyes galeses desde 1055 a 1063, o en Irlanda los «altos reinos» ganados por Diarmait mac Mail na mBó de Leinster (1042-72) o por Muirchertach O'Brien de Munster

(1086-1114). Las vastas extensiones del este de Europa permitieron a los reyes polacos como Boleslav II y Boleslav III atacar desde sus centros de poder en Gniezno, Poznan y Cracovia, en dirección a Pomerania y las áreas de pesca del báltico, o hacia el este, a Kiev, en busca de la creación de áreas bajo su control de una dimensión espacial mucho mayor, pero igualmente efímeras.



Un pasaje de una composición épica del siglo XII, *la Chanson des Lorrains* (Cantar de los Lorenos), proporciona un comentario adecuado sobre esta escena de la Bíblia Maciejowski: «una ola de pánico atraviesa el país. Por todas partes se pueden ver los cascos de los soldados brillando al sol, los pendones agitados por el viento, la llanura cubierta de hombres a caballo. Se apoderan de todo, del dinero, el ganado, las mulas y las ovejas». Las armaduras de cota de malla de los prisioneros muestran que estos soldados podrían pagar su rescate.

Las guerras en el Norte

El control de territorios significaba imponer tributos y los tributos requerían expediciones para obtenerlos. En todo el continente, desde la España de los reinos de *taifas* hasta el norte de Europa donde los noruegos atacaban a los lapones para hacer cumplir el tributo de renos, la forma básica de guerra era el asalto por sorpresa, la *chevauchée* en francés, en español cabalgada, correría o *razzia* (ver también el capítulo V). En las sociedades urbanizadas como España e Italia este tipo de ataque no era suficiente. Al final, las guerras se decidían mediante los sitios y los bloqueos. En contraste, las sociedades del mundo celta, escandinavo y eslavo,

donde las ciudades y los mercados eran escasos y donde la riqueza estaba dispersa a través del campo, el ataque mediante una expedición era prácticamente la única forma de guerra. En este contexto, en las economías de pillaje, el saqueo y el tributo eran fundamentales para la circulación de la riqueza. Los reyes y otros líderes organizaban estas violentas incursiones a los pueblos vecinos, ya fuere para conseguir esclavos y ganado o para forzar mediante el fuego y la destrucción al pago de tributos, posiblemente a su vez pagados en ganado. [Resulta obvio que los reyes del mar, que utilizaban barcos de remos construidos según la tradición del norte (ver capítulo XI), con planchas superpuestas y con velas cuadradas, no tenían como objetivo en sus invasiones el robo de ganado sino que se centraban en la captura de esclavos y en la obtención de metales preciosos.] En tierra, la función de los que cabalgaban con el grupo expedicionario era la de recoger el botín; no era necesario que fueran fuertemente armados. Si la situación se ponía difícil, se dispersaban y dejaban la pelea a los pocos hombres que sí iban fuertemente armados, los nobles. Los granjeros con sus familias y el ganado eran conducidos a un lugar de refugio tan pronto como se daba la alarma, pero a menudo el lento convoy era alcanzado y tenía lugar el enfrentamiento. Incluso si los atacantes conseguían la sorpresa inicial no deseaban acabar con su presa empleándose en exceso, por lo que en este caso una lucha abierta, entre la retaguardia bien armada y los defensores decididos a recuperar sus propiedades, era casi inevitable. En algunas de estas batallas las bajas entre los nobles podían llegar a ser muy elevadas.

Los castillos y las guerras en Occidente

Desde la época del *boom* en la construcción de principios del siglo XI observado por Ralph Glaber, el aspecto más importante del incremento de la inversión en la guerra en Europa occidental fue el dinero gastado en fortificaciones (ver más adelante capítulo VIII). En la arquitectura militar de ese tiempo, aunque con un propósito más evidente, existía el mismo afán en la búsqueda de altura visible en la arquitectura de las iglesias. Esta arquitectura se caracterizaba por torres que «se alzaban hacia el cielo», en las casas de las ciudades y en el campodesafiantes desde elevaciones artificiales *(mottes)*. Comparada con otras formas de fortificación, el castillo era alto y pequeño. Demasiado pequeño para admitir más de una pequeña parte de la población local, protegiéndola sólo de forma indirecta, al de-



El castillo de Trim. Aunque sus muros fueron añadidos en el siglo XIII, la datación por técnicas dendrocronológicas muestra que este recinto fue construido para Hugh de Lacy (muerto en 1186), señor de Meath y gobernador de Enrique II para Irlanda. En una época en que ningún rey irlandés estaba construyendo en piedra en una escala como ésta, esta edificación simboliza el poder y la ambición de un aristócrata inglés sospechoso de desear convertirse en rey de Irlanda.

pender de la capacidad de la guarnición para hostigar a las fuerzas invasoras y limitar la destrucción. Pero los castillos eran instrumentos de poder y los señores con miras independentistas los encontraban muy atractivos. Raimundo III de Rouergue construyó un castillo sobre la roca en Conques para imponer el yugo de su poder, tal como él mismo lo expresó (de acuerdo con *Los Milagros de San Foy*, alrededor de 1020) sobre aquellos que no deseaban aceptarlo. Los derechos de recaudar impuestos, imponer justicia y todos los beneficios del poder local caían de manera inmediata en manos de aquellos que controlaban los castillos. El problema para los príncipes era mantener la lealtad de estos señores. Hacia 1030, Hugh de Lusignan de la región de Pitevin elaboró un relato de sus disputas con el duque Guillermo de Aquitania. Esta narrativa, el *Conventum*, sugiere que

en el oeste de Europa las guerras a pequeña escala eran una continuación habitual de la política local por otros medios. Los castillos eran tanto parte esencial del conflicto como el objetivo del mismo. Incluso en principados como Flandes y Normandía donde los dirigentes prácticamente dominaban a los señores de los castillos, la situación dejaba con mucho de ser estable. Según Guillermo de Jumieges, cuando el niño Guillermo se convirtió en el duque de Normandía en 1035, la provincia cayó en el caos y «muchos normandos urdieron conspiraciones y rebeliones al sentirse seguros detrás de obras y fortialezas recién construidas». Un siglo más tarde, la *Vida* de Luis VI de Suger sugiere que incluso el rey de Francia se sentía incomodado por los señores que le desafiaban detrás de los muros de sus propios castillos.

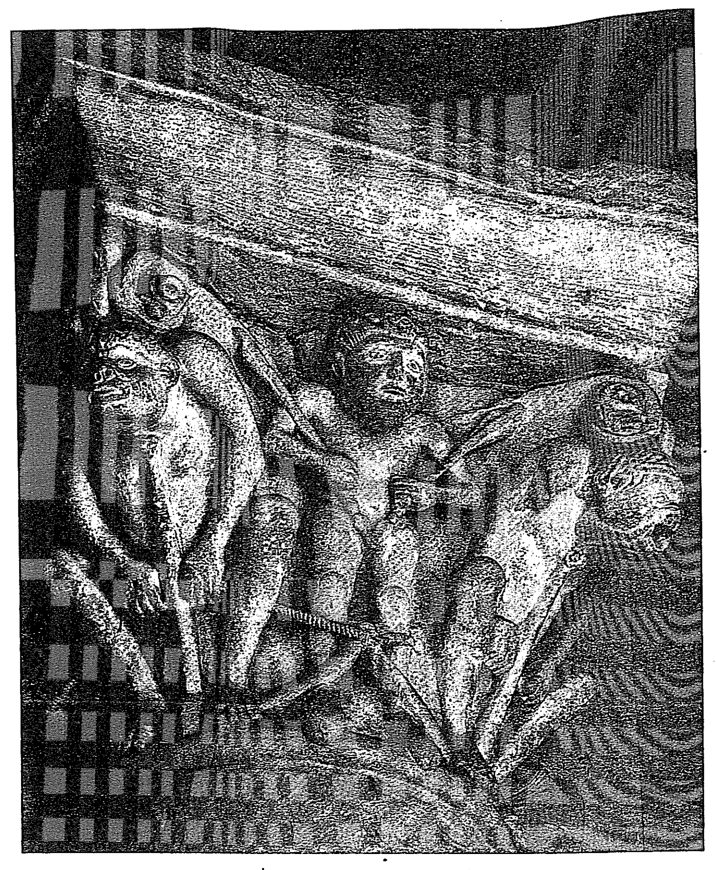
Había muchos otros motivos para la guerra. En gran parte de Europa, desde Escocia hasta España y desde Gran Bretaña a Bohemia, la sucesión a una posición ducal o real se decidía sólo después de una lucha por el poder, a menudo una guerra, entre hermanos o primos. Los casamientos entre las dinastías en el poder implicaban que las guerras de sucesión con frecuencia alcanzaban el nivel de guerras entre estados (en verdad esto ha seguido ocurriendo mucho después de la época medieval). De manera ocasional, estas guerras dinásticas daban lugar a conquistas tan dramáticas como la conquista normanda de Inglaterra o la conquista de Sicilia de la dinastía germana Hohenstaufen. En la urbanizada Italia, las ciudades luchaban por el control del suministro de alimentos y de las rutas comerciales. La guerra era la experiencia común no sólo de las gentes que vivían en las fronteras de Europa sino en casi cualquier otra parte del continente –aunque Inglaterra era a menudo una excepción.

La conquista y el control del territorio: Inglaterra

Allá donde el control del territorio estaba bajo disputa, las batallas en campo abierto podían ser decisivas, en especial en aquellas regiones donde la edificación de castillos aún no había proliferado. Las historias de la conquista normanda de Inglaterra y de las guerras sajonas en Alemania se nos presentan como ejemplos muy reveladores. Señalan dos temas cruciales en la guerra medieval: la importancia relativa de la caballería y de la infantería y el impacto de las nuevas técnicas de construcción.

Entre la conquista del rey Canuto en 1015-16 y los desastrosos sucesos de 1066, el inusualmente centralizado gobierno de Inglaterra mantuvo la paz en beneficio de su gente. Las ciudades eran administradas por autoridades reales, y había muy pocos castillos. Los reyes mantuvieron una flota de barcos y soldados daneses en Londres hasta 1051; a partir del reinado de Eduardo el Confesor, los puertos de Kent proporcionaban la labor de patrulla en el estrecho. Poderosos señores como el conde Godwin y sus hijos utilizaban flotas, en lugar de castillos, para alcanzar sus objetivos políticos –como cuando aseguraron su predominio sobre Eduardo en 1052. En 1063, Harold incendió los barcos de Gruffdud ap Llewelyn fondeados en Rhuddlan y, después, llevó su propia flota desde Bristol alrededor de Gales para poner un abrupto final al poder de Llewelyn. Pero en estos años, excepto en las fronteras con Escocia y Gales, los ingleses tuvieron muy poca experiencia directa en la guerra.

Harold estacionó en 1066 su flota en la isla de Wight con expectativas razonables de poder enfrentarse con éxito a la fuerza expedicionaria de Guillermo, pero el duque normando retrasó su navegación hasta que la flota inglesa volvió a Londres para abastecerse de provisiones. Sin embargo, la flota de Guillermo fue empujada fuera de su curso y acabó en St-Valéry-sur-Somme. Cuando éste finalmente desplegó velas, Harold estaba en Yorkshire enfrentándose a Haardrada en la batalla de Stamford, de esta forma Guillermo pudo establecer una cabeza de puente prácticamente sin obstáculos. El 14 de octubre de 1066, Guillermo sobrepasó a Harold en la maniobra, aunque si fue o no suficiente para ganar la batalla de Hastings es algo que no podrá ser nunca establecido con certeza; Harold fue aún capaz de reagrupar a sus tropas en una fuerte posición defensiva. Es posible que el ejército de Guillermo, reclutado por todo el norte de Francia, poseyese una ventaja decisiva en su sistema de lanzamiento de proyectiles –ya sea una ventaja técnica en la forma de ballestas, al parecer un arma desconocida para los ingleses, o quizá simplemente en el número de arqueros presentes. En este tiempo, el autor francés de *La Canción de Hastings* escribió sobre «los franceses versados en estratagemas, hábiles para la guerra» y sobre los ingleses a los que calificó de «gente ignorante de la guerra». Esto también pudo haber sido decisivo en el desenlace –dado que el éxito de la caballería francesa al fingir una huida sugiere práctica en un lado y falta de experiencia en el otro.



Considerada por lo general como un arma diabólica, la ballesta esculpida en este capitel de finales del siglo XI en la catedral de San Sernin, Toulouse, se muestra siendo tensada. Este proceso de tensión, incluso ejecutado por un demonio, llevaba tiempo. La velocidad de disparo de la ballesta era mucho más lento que el del arco «común», pero ni siquiera el caballero protegido por una buena armadura estaba a salvo de su poder de penetración. Tanto el arco como la ballesta fueron prohibidos por el Concilio de Letrán de 1139. Esta prohibición no tuvo efecto.

En las semanas críticas después de Hastings el desconcierto era tal entre los dirigentes ingleses que ninguna de las ciudades fortificadas que podrían haber resistido la invasión de Guillermo –Dover, Canterbury, Wallingford y, sobre todo, Winchester y Londres– lo consiguieron. No es hasta principios de 1068 cuando una ciudad inglesa, Exeter, mostró lo que podían haber conseguido las fortificaciones de este país. Aunque Exeter se rindió tras el asedio que duró dieciocho días, lo hizo sólo después de haber causado grandes pérdidas en el ejército de Guillermo y de inducirlo a ofrecer unas condiciones de rendición favorables. Guillermo naturalmente era conocedor de los problemas estratégicos que planteaban las ciudades, de ahí su política sistemática de construcción de castillos en los principales núcleos de población. También era consciente del problema estratégico del norte –de ahí «el acoso del Norte», posiblemente la época de mayor destrucción e incendios sistemáticos en la historia medieval. Pero al menos, Guillermo no tuvo que enfrentarse a un paisaje lleno de castillos como le hubiera ocurrido en Francia, tal como de hecho le ocurrió en la conquista de Maine al comienzo de la década de 1060. En el bando de Guillermo había hombres que creían que, almargen de la valentía de sus soldados, un país sin castillos era casi imposible de defender. Guillermo empezó a enfrentarse a la situación desde el momento en que desembarcó a finales de septiembre de 1066 y comenzó a levantar los castillos de Pevensey y Hastings. Sus hombres siguieron el ejemplo y un total de 500 castillos pueden haber sido construidos hasta el final de su reinado (1087).

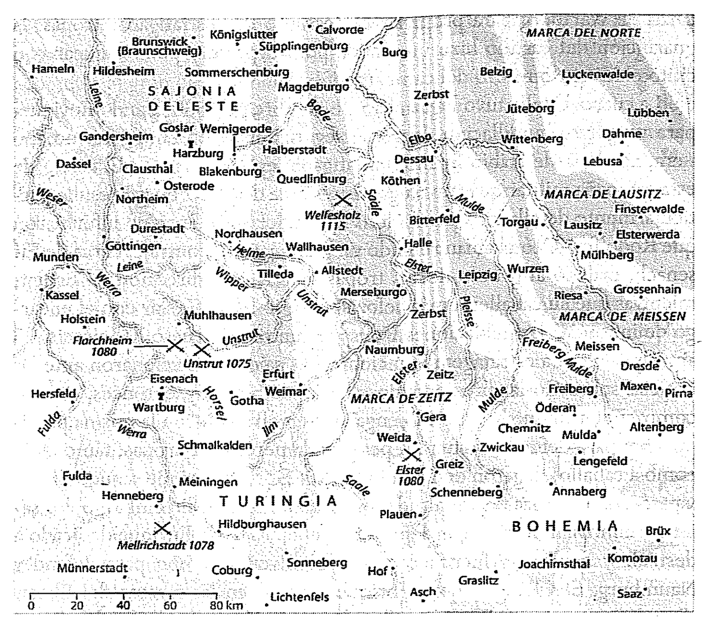
Conquista y control de territorio: las batallas de Sajonia

Las batallas por Inglaterra en 1066 han sido objeto de polémica entre los historiadores. Menos conocidas aún son las batallas entre los sajones y los reyes salianos (es decir, los francos) de Alemania, Enrique IV y Enrique V, a pesar de que fueron los protagonistas de los episodios bélicos más importantes en Alemania antes de la Guerra de los Treinta Años. La guerra fue luchada en tres fases, 1073-80, 1085-9 y 1112-15. Cada fase fue precipitada por el traslado del rey hacia Sajonia a fin de ejercer allí, según él lo estimaba, la autoridad real tradicional. Cada fase acabó con el rey expulsado por los sajones, quienes le veían como un tirano que trataba de echar por tierra sus muy apreciadas libertades –en parte por haber construido demasiados castillos como el de Harzburg, cerca del gran palacio

saliano de Goslar, en una zona que hasta la fecha había estado libre de castillos. En las tres fases las batallas fueron importantes. En la segunda fase, Enrique IV fue derrotado en Pleichfeld en agosto de 1086 por enemigos a pie que lucharon alrededor de su estandarte. La tercera fase se resolvió cuando Enrique V fue derrotado por Lotario de Supplingenburg, duque de los sajones, en la batalla de Welfesholz en febrero de 1115. Pero es la primera fase de la que se tiene un mayor conocimiento gracias, en gran parte a *El Libro de la Guerra de Sajonia*, una viva narración escrita por Bruno de Merseburgo, conocedor en primera persona de los acontecimientos que describe. Pocas descripciones de la guerra en el siglo XI son tan agudas como la de Bruno. A pesar de que la revuelta comenzó con el asedio por parte de los sajones de Harzburg en 1073-74, la guerra en el relato de Bruno no gira en torno a los asedios sino en torno a lo que él llama la primera, segunda, tercera y cuarta batallas.

La primera batalla tuvo lugar en el Unstrut el 9 de junio de 1075. De acuerdo con la narración de Bruno, Enrique IV atacó a los sajones mientras éstos estaban a la espera de negociaciones, y a pesar de la confusión desesperada, exacerbada por el polvo, en la que contingentes de ambos bandos se dieron a la fuga, consiguió obtener una ventaja que fue suficiente para resultar vencedor al final de la jornada. Continuó su ataque arrasando las tierras de los sajones con mayor furia que cualquier pagano, hasta que en julio las dificultades logísticas le forzaron a la retirada. Cuando pudo reunir un nuevo ejército invasor, en octubre, después de las cosechas, los sajones se rindieron. Como consecuencia de este triunfo, Enrique dio el paso desafortunado de proclamar la destitución del papa Gregorio VII, movimiento hecho con un exceso de confianza que llevó a la gran disputa entre «el Imperio y el Papado» y a la elección del duque suavo Rodolfo de Rheinfelden como rey rival en marzo de 1077.

La segunda batalla de Bruno tuvo lugar en Mellrichstadt, el 7 de agosto de 1078, cuando Enrique impidió con éxito la unión entre las fuerzas sajonas y las suavias. Apenas la batalla había comenzado muchos sajones se dieron a la fuga. Los que huyeron cayeron en la emboscada de las gentes de la comarca y fueron saqueados. Entre los que sufrieron esta humillación estaba el obispo de Merseburgo que proporcionó a Bruno un relato de sus desgracias (y más de una vez, según el comentario de Bruno). Sin embargo, en otra parte del campo de batalla, los sajones de Otón de Nordheim empujaron a las tropas de Enrique lejos, en dirección a Würzburg. Al volver los hombres de Otón, exhaustos, pudieron ver a otra fuerza ocu-



Mapa 2. Las guerras sajonas de Enrique IV y Enrique V, 1073-1115.

pando el campo de batalla y cuando sus exploradores erraron al informar sobre la situación, concluyeron que era el enemigo –aunque en realidad era otro contingente sajón. Volvieron a casa victoriosos creyendo sin embargo que habían perdido. Enrique pronto aprovechó la confusión sobre el resultado de Mellrichstadt, atrayendo a los hombres bajo su estandarte al anunciar que las pérdidas de los sajones habían sido tan altas que su país quedaba ahora indefenso. Cuando sus tropas agrupadas supieron la verdad, fueron conducidas a una campaña de destrucción en las tierras suavias de Rodolfo.

La tercera batalla de Bruno fue reñida en Flarchheim el 27 de enero de 1080. De nuevo Enrique invadió Sajonia y de nuevo sorprendió a sus enemigos, siendo mejor que ellos en la maniobra y atacándoles por la retaguardia. Sin embargo, Otón y Rodolfo consiguieron reagruparse y lucharon con ferocidad hasta provocar la huida de Enrique. Cuando paró

cerca de Wartburg para propiciar el descanso de sus fatigadas tropas, la guarnición del castillo hizo una salida por sorpresa y pudo saquear con éxito el inmenso tesoro del campamento real.

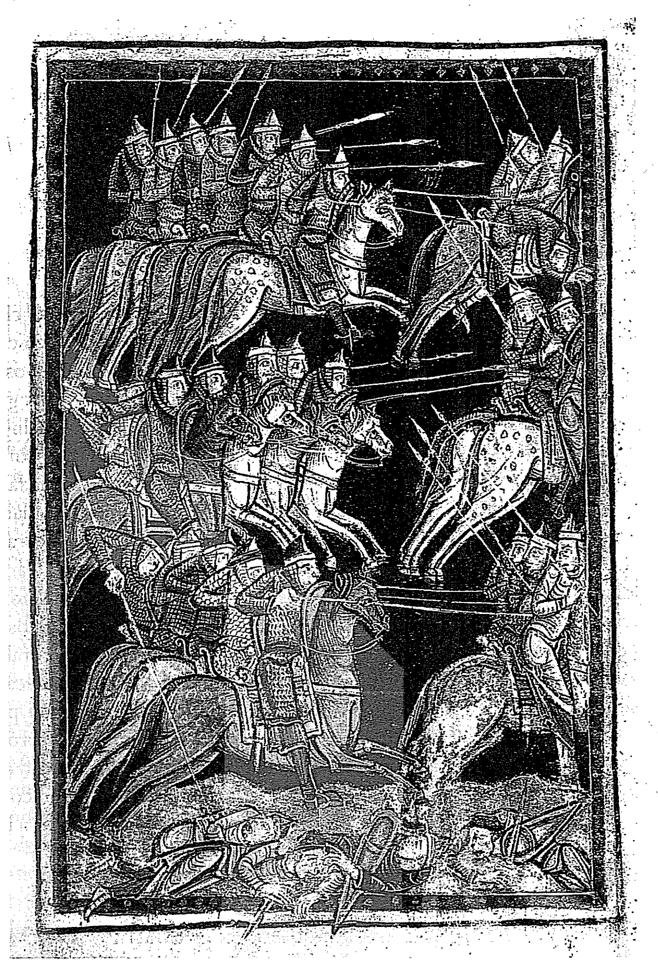
La cuarta batalla tuvo lugar el 15 de octubre de 1080 cuando Enrique, para vengar su humillación, lanzó su segunda invasión en un mismo año –era, como le describió Bruno, «infatigable en la guerra»–. El relato de esta campaña militar que tuvo lugar muy cerca de Merseburgo resulta particularmente detallado. Cuando los exploradores de Enrique informaron que Rodolfo y Otón habían reunido un gran ejército contra él cerca de Eisenach, ordenó al grueso de sus tropas marchar en dirección de Erfurt, mientras que su caballería más veloz se dirigió hacia Goslar con el encargo de incendiar las poblaciones y después unirse al grueso del ejército lo antes posible. La estratagema funcionó. Los sajones reaccionaron ante las noticias sobre Goslar precipitándose hacia esa región y, entonces, cuando comprendieron que habían sido engañados, volvieron con la misma precipitación para defender Erfurt. A pesar de la pérdida de tropas, tanto a pie como a caballo, llegaron demasiado tarde a Goslar. Enrique saqueó Erfurt y pasó a devastar las tierras alrededor de Naumburgo. Sin embargo, los sajones se movían mucho más deprisa que el ejército de Enrique dedicado a destruir y saquear, y fueron capaces de volver a tiempo para defender Naumburg. El 14 de octubre Enrique acampó en las riberas del Elster. ¿Por qué se paró allí? Bruno confiesa su confusión con respecto a saber si el rey saliano estaba siguiendo una estrategia que buscaba la batalla –a pesar de haber perdido sus dos últimos enfrentamientos– o si estaba esperando refuerzos de Meissen y de Bohemia antes de avanzar con una fuerza avasalladora vía Merseburgo y Magdeburgo para asolar toda Sajonia. Cualquiera que fuesen sus intenciones, a la siguiente mañana Enrique presentó batalla. A pesar de que los sajones estaban cansados por la persecución, decidieron atacar. Dado que la mayoría de los soldados a pie había sido dejados atrás, la infantería estabá necesitada de refuerzos y muchos de los jinetes recibieron la orden de desmontar. Según iban avanzando, los clérigos cantaban el salmo 82. El propio Enrique huyó tan pronto comenzó el combate cuerpo a cuerpo pero sus hombres no lo hicieron, poniendo en fuga a algunos de los sajones. Rodolfo de Rheinfelden fue herido de gravedad –y según se rumoreó, de forma mortal. En el bando saliano, los hombres habían comenzado a celebrar la victoria cuando para su estupefacción vieron a los soldados sajones de Otón de Nordheim avanzando contra ellos. El campo cayó ante el asalto decidido de los sajones. Enton-

ces –y para Bruno, este fue el momento crítico-, Otón evitó que sus hombres cayesen en la tentación de saquear los tesoros del rey; les hizo girar y acometer al gran destacamento del ejército de Enrique que estaba todavía sobre el terreno de batalla creyéndose vencedor. Una vez más Otón dejó su huella en un ataque victorioso –al parecer contra efectivos más numerosos. Sólo entonces se permitió a las tropas sajonas disfrutar de los ricos despojos del campamento de Enrique. Bruno termina su relato con una soberbia anécdota: cuando Enrique intentó organizar otra campaña, sus hombres le dijeron que preferían dar la vuelta al mundo en vez de tratar de invadir Sajonia nuevamente.

La guerra de Bruno no se decidió mediante la captura de puntos clave sino venciendo en las batallas. Ninguna de sus cuatro batallas fue un choque entre ejércitos asediadores y fuerzas que acudían en ayuda de los sitiados –escenario característico de las zonas con fortificaciones. La guerra que nos relata Bruno fue luchada en el este de Sajonia y en Turingia, una región que, a pesar de encontrarse en medio del proceso de proliferación de castillos, estaba todavía mucho menos urbanizada y poblada, es decir, mucho menos modernizada que otras regiones como la Renania. Como Inglaterra en 1015-16 y 1066, éste era un escenario de guerra en el que los contendientes estaban más dispuestos a arriesgar a entrar en batalla de lo que lo estarían si se encontrasen en un territorio más fortificado. Bruno trazó el retrato de los partidarios de Enrique, muchos de los cuales eran originarios de las prósperas tierras del Rin que miraban por encima del hombro a los sajones, considerándoles leñadores, «campesinos sin experiencia militar, escasos en caballos y en habilidad para montarlos». Pocos autores han mejorado sus descripciones del terror y de la confusión de la batalla pero también supo entender con claridad que bajo un liderazgo inteligente –describió a Otón de Nordheim como «prudente en la guerra»– una infantería disciplinada podía derrotar a una caballería bien equipada.

La caballería y los arqueros en la batalla

Tal como demuestran las batallas por Sajonia, así como las batallas de Civitate y de Hastings, los caballeros del siglo XI estaban lejos de ser los dueños del campo de batalla. Se sugiere en ocasiones, sin embargo, que hacia el siglo XII habían descubierto cómo utilizar la lanza sujeta



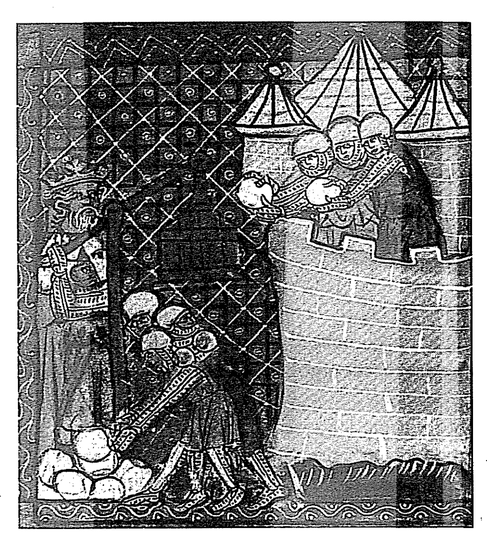
Una escena de La vida de San Edmundo, alrededor de 1135. La batalla ya ha terminado y los caballeros, lanza en ristre, persiguen al enemigo desmoralizado. La lanza sujetada bajo el brazo era utilizada contra la caballería; otros métodos resultaban más eficaces contra la infantería, ya fuera desmontando para luchar a pie o, como aquí, para remata al rival desde el caballo.

contra el cuerpo, por debajo del hombro, y que fue esta nueva técnica la que permitió derrotar a aquellos a los que se enfrentaban. Es cierto que esta lanza sujeta bajo el brazo, con el peso del jinete y la energía del caballo en movimiento, podía penetrar la cota de malla y era el arma ideal en el torneo, el enfrentamiento entre caballeros que señalaba el comienzo de muchos enfrentamientos entre cuerpos de caballería tanto en el torneo como en la batalla. Pero no existen pruebas de que esta forma de manejar la lanza fuese nueva y la técnica era, en todo caso, inútil contra la infantería (para un punto de vista ligeramente diferente, véase capítulo IX). Lo más probable es que esta forma de manejar la lanza fuese ya una de las posibilidades disponibles para los jinetes. Los normandos en los tapices de Bayeux aparecen lanzando sus lanzas o golpeando con ellas no porque no hubiesen aprendido aún las «nuevas técnicas», sino porque aparecen atacando a la infantería en formación cerrada. La caballería que actuaba sola no tenía ninguna posibilidad ante una infantería bien disciplinada. Los caballos son demasiado vulnerables ante un muro de lanzas. Sólo cuando la formación se rompía era posible realizar con éxito una carga. La arriesgada técnica de fingir una huida podía a veces funcionar, pero eran las armas que permitían el lanzamiento de proyectiles con mucho las más efectivas para deshacer el grupo de la infantería, en especial si se encontraba agrupada de forma defensiva.

Cuando Ana Comnena escribió que «un celta a caballo resulta invencible» estaba refiriéndose no a un tipo particular de técnica en el manejo de la lanza, sino al hecho de que el escudo y la armadura del caballero le hacían casi invulnerable a las flechas. Por esta razón, del latín surge una de las palabras habituales para denominar a un caballero, *loricatus* –el hombre que vestía una cota de malla. Cuando Anna incidió sobre las circunstancias en que el caballero resultaba invulnerable pasó en su descripción de lo poético a lo realista indicando que «el caballero era capaz de pasar a través de los muros de Babilonia» y que «inspirado por la pasión, son invencibles el líder y el soldado cuando cargan valerosamente contra el enemigo y le hacen retroceder». Los historiadores a menudo han omitido la última condición crucial. La caballería era efectiva de forma devastadora para rematar y perseguir a tropas que ya estaban derrotadas; siendo de menor utilidad cuando el resultado de la batalla estaba todavía en el aire.

Según iban proliferando los castillos así iba cambiando la naturaleza de la guerra. Las batallas en el siglo XII continuaban siendo temibles y arriesgadas, porque, a pesar de que pocos eran los comandantes que perdían la vida en ellas si comparamos con el siglo anterior, las consecuencias políticas de ser tomado prisionero (como lo fueron Roberto Curthose, en Tinchebrai, en 1106, y Stephan, en Lincoln, en 1141) eran catastróficas. Por otro lado, las batallas en las que el líder vencido escapaba dejaban al vencedor con el problema de tomar las fortalezas, y cuanto más fortificada estuviese la región, mayor era el problema. Las guerras podían ser ganadas sin necesidad de luchar batallas. Roger II de Sicilia evitó la batalla y, no obstante, derrotó a la alianza levantada contra él permitiéndole tomar los territorios en tierra firme tras la muerte del nieto de Guiscard, el duque Guillermo de Apulia, en 1127. Godofredo de Anjou conquistó Normandía (1136-44) y Enrique VI conquistó Sicilia (1195), ambos sin tener que presentar batalla. Salvo un enfrentamiento en el río cercano al castillo de Gaillard, tampoco hubo batallas cuando Felipe Augusto expulsó al rey Juan fuera de Anjou, Normandía y gran parte de Piotu, en el año 1203-4. No sorprende que los comandantes mostrasen cada vez más un desinterés por arriesgar en la batalla. Sólo aquellos con mucha confianza en un desenlace favorable se arriesgaban a presentar batalla, y en esas circunstancias el adversario casi siempre trataría de evitarla –como hizo Felipe Augusto cuando huyó de Ricardo I en Fréteval (1194) y en Gisors (1198), prefiriendo sufrir la humillación y las pérdidas de la huida antes que enfrentarse a un posible desastre. De esta forma las batallas se hicieron más escasas, y cuando se producían, tenían lugar por lo general en el contexto de un asedio, como en Lincoln en 1141 o en Carcano en 1160.

Más que nunca antes, las guerras giraban en torno a la captura o pérdida de fortalezas. Pero éstas naturalmente eran difíciles de capturar, y se hicieron cada vez más difíciles de conquistar con el paso del tiempo al ser construidas y reconstruidas en piedra. Aunque algunos muros de piedra podían ser en ocasiones socavados o destruidos. Con el desarrollo de las torres de asedio y una mejor artillería la tecnología disponible para el asediador (si podía permitírsela) continuó perfeccionándose (ver más adelante capítulo VIII). Pero incluso si se conseguía abrir una brecha en el muro las bajas que se producían en el asalto directo eran tan elevadas que en pocas ocasiones las tropas arriesgaban a realizarlo –a pesar del incenti-



La catapulta de contrapeso *(trebuchet)* era el ingenio de artillería de asedio más avanzado en el mundo del año 1200. La banda flexible u honda donde se colocaban los proyectiles aumentaba la velocidad con la que eran arrojados al aire en una trayectoria en forma de arco.

vo que suponía el derecho al saqueo sin restricciones a que se les autorizaba según la costumbre de la guerra. La mejor oportunidad estaba en la sorpresa como cuando el rey David de Escocia atacó Wark en 1138 al amanecer en un frío día de invierno. Otra alternativa era la intimidación como en 1123 cuando Enrique V amenazó con ahorcar a su prisionero, el señor de Mouzon, si no se le entregaba la ciudad; o como en 1146 cuando Roger de Berkeley fue «ahorcado» tres veces delante de los muros de su propio castillo, antes de ser llevado medio moribundo a la prisión. La amenaza no funcionó en ninguna de las ocasiones expuestas. En el nuevo contexto en el que se encontraba la caballería (ver pág. 116) era poco probable que esas amenazas se llevasen a efecto –y los defensores así lo sospechaban.

Conociendo la dificultad de los ataques directos, la táctica habitual era más indirecta como el ataque a la base económica del castillo. En la *Crónica* en verso de finales del siglo XII compuesta por Jordan Fantosme, el

autor establecía una serie de consejos de cómo poner la guerra en boca del conde Felipe de Flandes, uno de los jefes más respetados en su época. Hablando al rey Luis VII imagina a Guillermo, rey de los escoceses, invadiendo Inglaterra como aliado de Luis.

> Que os ayude en la guerra, rápido y sin demora
> Destruya a tus enemigos y arrasa su país,
> Con el fuego y el incendio, que todo sea una hoguera
> Que no les quede nada, ni en el bosque ni en el prado
> De lo que en la mañana pudiesen comer;
> Después con su fuerza unida que sitie sus castillos,
> Así debe ser comenzada la guerra. Tal es mi consejo.
> Primero arrasa la tierra.

Precisamente porque los castillos eran tan difíciles de tomar, incluso las campañas que tenían como objetivo su captura comenzaban arrasando la tierra, y muchas campañas no iban más allá de estos preliminares de destrucción –y de beneficios.

Si se llegaba a establecer el cerco, parte de las fuerzas asediadoras ocuparían las construcciones levantadas para el asedio, atrincheradas, mientras que el resto estarían en constante movimiento. En un asedio de gran presión, los atacantes querrían disponer de una fuerza de respuesta rápida lista para tomar ventaja de cualquier oportunidad creada por una salida de los defensores del castillo sitiado. Cuando Guillermo de Normandía bloqueó Domfront, fue «cabalgando de día y de noche, y se mantuvo oculto a la espera de perpetrar un posible ataque contra aquellos que intentaban introducir suministros o mensajes, o que intentaban tender una emboscada a sus hombres que buscaban forraje para los caballos». Los dedicados a estos menesteres y los que practicaban la destrucción iban poco armados y necesitaban ser escoltados por patrullas fuertemente armadas. El príncipe de los abodritas Niklot encontró la muerte en 1160, en una emboscada a cargo de caballeros sajones mientras se dedicaba a atacar a los forrajeadores. Cuando el Cid lideró el asedio a la ciudad de Valencia, en julio de 1093, una de sus tácticas fue la de lanzar ataques rápidos a los barrios periféricos de la ciudad, a los campos de cultivo y a las huertas, golpeando y retirándose de forma inmediata. En otras palabras, la guerra continuaba siendo una guerra de movimiento, tanto en los preliminares del asedio como durante el

mismo. En este tipo de guerra, más que en la batalla, era donde la caballería se podía lucir.

Después de un duro invierno, la escasez de alimentos llevó a los defensores de Valencia a aceptar las condiciones de la rendición en junio de 1094. De la misma manera, Guillermo tomó Domfront. Era el esquema habitual. La oferta de condiciones generosas podía persuadir a los defensores de los castillos y ciudades asediadas a aceptar la rendición sin dilación de tiempo. Así, se puede decir que David de Escocia obtuvo una victoria en Wark, en 1138, al acordar para su rendición ante los ingleses no sólo dejar marchar como hombres libres a sus tropas, sino proporcionarles nuevos caballos para reemplazar a aquellos que el hambre les había obligado a comer. Otros asediadores bajo otras circunstancias adoptaron métodos más duros, como Conrado III, que intentó hacer prisioneros a los defensores de Weinsberg (sitiada en 1141) y sólo aceptó que las mujeres saliesen con lo que pudiesen llevar encima suyo. Ante esto, decidieron salir a cuestas con sus hombres.

Una vez tomada una fortaleza, ésta podía servir de base desde la cual lanzar nuevos ataques. El resumen que hizo Guillermo de Poitiers de cómo Guillermo el Bastardo conquistó Maine ilustra esta combinación de destrucción, toma de fortalezas, y más destrucción. «Sembró el terror en el país por sus frecuentes y prolongadas invasiones, devastó los viñedos, los campos y las fincas; capturó los fuertes cercanos y, cuando resultaba aconsejable, dejó allí a sus guarniciones; en resumen, inflingió de forma constante la desgracia en la tierra.» De acuerdo con Otón de Freising, Federico Staufen, duque de Suavia, «descendió por el Rin, levantando un primer castillo en un lugar apropiado y sometiendo a su poder todas las tierras de alrededor, después continuó su camino y levantó otro, hasta que de esta forma consiguió someter todo el país desde Basilea a Mainz, la parte más rica del reino. Se decía de él que siempre arrastraba un castillo en la cola de su caballo». Ricardo I, en su empeño de recuperar la comarca de Vexin en Normandía, bajo control de Felipe Augusto, utilizó como base de operaciones el nuevo castillo de Château-Gaillard, construido en 1196-97, en Andeli a sólo cinco millas de la fortaleza del rey francés en Gaillon. En ocasiones, los líderes más agresivos conquistaban castillos situados en la profundidad del territorio enemigo para utilizarlos como centro de operaciones desde el cual desorganizar la agricultura y el comercio de la región. Así, tras la conquista de Toledo en 1085, Alfonso VI dejó una guarnición en Aledo –lejos de donde ejercía su poder de manera efectiva–, consiguiendo mantener una espina clavada en territorio musulmán hasta 1092.

Ninguna sociedad tenía más castillos que Italia, el territorio más rico de Europa, pero el fenómeno del crecimiento económico iba de la mano de una aguda fragmentación política. Hacia el año 1200 existían unas doscientas ciudades-estado independientes, organizadas en comunidades, las «comunas urbanas». En esta sociedad de competencia feroz, la amenaza de la violencia armada siempre estaba presente. Las familias ricas construían castillos en el campo y casas fortificadas en las ciudades. Benjamín de Tudela decía sobre Génova que visitó en la década de 1160, que «cada propietario tiene una torre en su casa y en tiempos de conflicto luchan uno contra otro desde las partes altas de sus torres». En Pisa, afirmaba que existían 10.000 casas de estas características. Los gobiernos de la ciudad intentaban establecer límites legales a la altura de las torres, mientras que los ciudadanos agraviados llevaban a cabo acciones más directas usando su propia artillería de asedio.

A medida que fue creciendo la población, las murallas tuvieron que ser ampliadas una y otra vez algunas veces abarcando un área tres o cuatro veces mayor que la incluida dentro de los muros de la época romana en otro tiempo. En el *Liber Pergaminus* de comienzos del siglo XII –la obra literaria más antigua en honor a estas comunidades– se citan, entre otras cualidades, las formidables murallas de Bérgamo, así como su poder militar. Cuando las ciudades pretendían ampliar la zona sobre la que podían exigir tributos o la entrega de cereales, o donde podían reclutar soldados para el servicio militar, enseguida entraban en conflicto con sus vecinos, como las ciudades-estado de Pavía y Milán a mediados del siglo IX –rivalidad que habría de durar siglos. Florencia estaba por lo general enfrentada con Lucca, Pistoia y Siena. De forma gradual, tanto las ciudades pequeñas como los aristócratas rurales fueron sucumbiendo al poder y al atractivo de las ciudades grandes. A mediados del siglo XII el historiador alemán, Otón obispo de Freising, señaló con sorpresa que «prácticamente todo el país está dividido entre las ciudades».

En los siglos XI y XII los reyes germanos encontraron que era difícil ejercer la autoridad en Italia como la habían disfrutado sus predecesores otonianos. El famoso *carroccio* (carro votivo) de Milán fue mencionado por primera vez en 1039 en el contexto de una campaña contra los «imperialistas». Federico Barbarossa realizó un gran esfuerzo para revivir el poder imperial en Italia. El mismo Barbarossa, en una carta



Una ilustración alemana de un asedio en Italia mostrando a hombres de alto rango (obsérvense los escudos con diseños heráldicos) en medio de la lucha. En Inglaterra, Geoffrey de Mandeville fue herido mortalmente en el asedio de Burwell, por una flecha en la cara, pero los grandes cascos mostrados aquí –muy comunes a partir de finales del siglo XII en adelante– daban una mejor protección contra los proyectiles que los modelos anteriores.

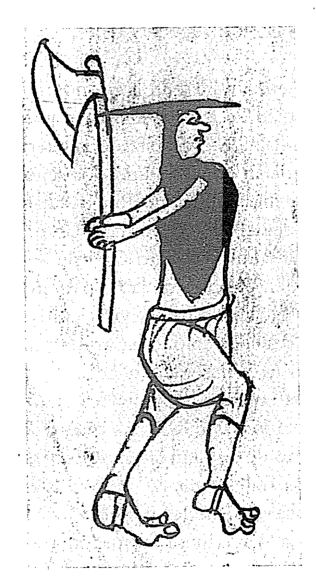
escrita en 1157, describía su primera campaña en 1115. «Debido a que esta tierra se había hecho arrogante y rebelde, entramos por la fuerza en Lombardía y destruimos casi todas sus fortalezas» *(castella)*. En las pocas frases siguientes Federico utiliza el verbo «destruir» cinco veces más. Exageró sus éxitos, pero sin duda había encontrado mucho que destruir como así fue en todas sus campañas italianas. Su derrota en la batalla de Lugano a manos de las fuerzas milanesas en 1176, fue simplemente el final de su suerte. Lo que en realidad le había agotado fue una guerra tan prolongada, y a pesar de su astuta utilización de las rivalidades entre las ciudades había encontrado insuperables la riqueza, las fortificaciones y los recursos militares de la coalición de ciudades lideradas por Milán. Cuando él destruía, ellos reconstruían. Al final (1177) tuvo que abandonar. A lo largo de este período fueron pocos los dirigentes dinásticos que podían igualar los logros militares de los «hombres de negocios» de Milán, Génova, Pisa y Venecia.

La caballería y los torneos

Allí donde las guerras eran endémicas y el dominio de un castillo llevaba a campañas prolongadas con asedios que acababan en rendiciones negociadas, tenía sentido que se desarrollase una convención por la que los ricos (es decir, aquellos con activos negociables) debieran ser tomados como prisioneros en vez de –como ocurría muy a menudo– ser ejecutados o mutilados. Para la elite tal acuerdo ofrecía tanto una ganancia financiera (rescate) como una póliza de seguros para el día en que se encontrasen en el lado perdedor. El nuevo código de valores –el código de caballería– no beneficiaba al soldado «corriente». Así, cuando Enrique II capturó el castillo de Stephen en Crowmarsh, en 1153, perdonó a los caballeros pero ejecutó a 60 arqueros –otro indicio de la importancia de estos soldados. Esta situación favorable a la elite militar permitió que los caballeros encontrasen un nuevo campo de batalla donde podían poner a prueba sus habilidades militares, así como reunirse en sociedad para compartir ideas y valores. A partir de la década de 1120, la disponibilidad de las armaduras para el cuerpo hace posible el desarrollo de un juego real de combate en grupo: el torneo.

Los cambios en la demografía y en la economía tuvieron efectos dramáticos sobre el equilibrio de las expediciones y las represalias que con frecuencia en el siglo XI habían caracterizado la guerra en las fronteras del norte. En el siglo XII, el afán por mantener los señoríos fue reemplazado en muchas regiones por una política de conquista acompañada de asentamientos y de un cierto desarrollo económico. Un primer indicio surge en 1092 cuando Guillermo Rufus arrebató Carlisle a los escoceses, levantó un castillo y, más tarde, en palabras de la *Crónica Anglosajona* «envió granjeros con sus mujeres y el ganado para vivir y cultivar la tierra». Durante el reinado de Enrique I muchos colonos se trasladaron desde Inglaterra al sur de Gales, fundando las primeras ciudades de este territorio. El rey llegó incluso a dejar una colonia de flamencos en Dyefed donde «ocuparon todo el campo conocido como Rhos y expulsaron a los habitantes (nativos)». El autor anónimo de la *Gesta Stephani* escribió que hacia 1135 los intrusos habían «añadido Gales a sus dominios y lo habían fortificado con innumerables castillos, habían impuesto su ley y orden sobre las gentes y habían conseguido que la tierra fuese tan productiva... que con facilidad se hubiese podido pensar en una segunda Inglaterra». A partir de 1169 los soldados ingleses y los colonos se trasladaron a Irlanda, construyendo castillos, ciudades, pueblos, molinos y puentes, empujando a los habitantes locales hacia las partes menos fértiles, los pantanos y las montañas altas. Tanto galeses como irlandeses perdieron territorio en parte debido a su desunión política –la invasión de Irlanda por ejemplo comenzó cuando el rey exiliado, Diarmait de Leinster, suplicó ayuda contra Ruaidri Ua Conchobair de Connacht–, pero en parte también porque la industria inglesa del acero sobrepasaba con mucho a la de irlandeses y galeses en relación a las armaduras y a las armas (puntas de flecha y bodoques de ballesta).

Un proceso similar sostenido por la misma superioridad económica y tecnológica ocurrió en el noreste de Alemania, en Brandenburgo, y a lo largo de la costa del Báltico hacia Mecklenburgo. En la década de 1140, el conde Adolfo de Holstein expulsó a muchos eslavos fuera de Wagria y envió mensajeros hasta Flandes, Holanda, Frisia y Westfalia para reclutar nuevos colonos. En palabras de Helmold de Bosau, «una innumerable multitud de diferentes gentes vino a su llamada, y con sus familias y posesiones llegaron a la tierra que él les había prometido». Se desarrollaron ciudades como Lübeck y para 1172, según cuenta Helmold, «todo el país



Los irlandeses, escribió Geraldo de Gales en 1188, siempre son portadores de un hacha y están listos para utilizarla. Esta representación inglesa del siglo XIII de un irlandés con los pies descalzos y armado con un hacha, refleja el punto de vista ampliamente sostenido desde el siglo XII en adelante, de que los irlandeses como los escoceses y los galeses iban «desnudos» a la batalla. La falta de armadura les dejaba tan vulnerables frente a las flechas que rara vez se acercaban lo suficiente para utilizar sus temidas hachas.

de los eslavos entre el Elba y el Báltico, alcanzando desde el río Eider hasta tan al este como Schwerin, antes un páramo peligroso, se había ahora convertido en una gran colonia de sajones, en la que las ciudades, los pueblos y las iglesias se multiplicaban». En la década de 1170 y 1180 la iniciativa pasó a las flotas de los daneses más que a los caballeros germanos. Destruyeron el poder marítimo de Wendish y en la década de 1190 comenzaron a atacar las costas de Estonia y Livonia. En 1200, la ciudad de Riga se estableció como centro de comercio y como base de operaciones para la futura expansión. En la conquista del Báltico, tanto daneses como alemanes explotaron la superioridad tecnológica que les

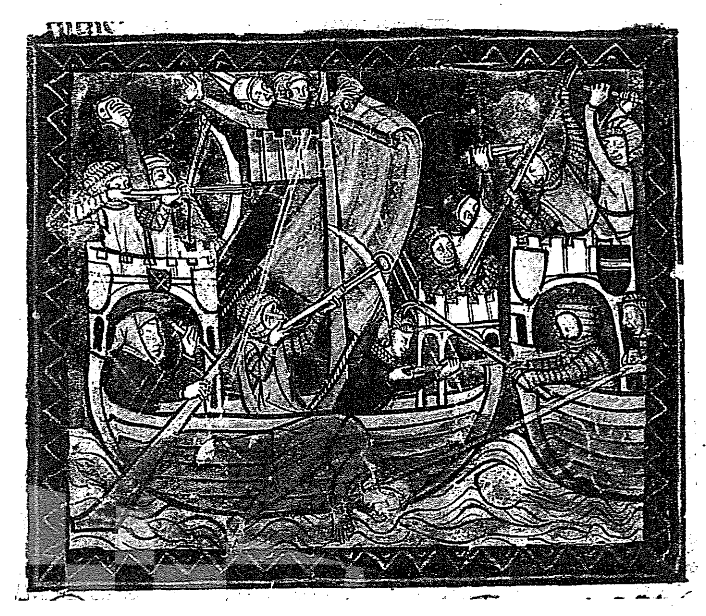
ofrecía el «cog», un nuevo barco de las aguas del norte. En la batalla frente a los antiguos barcos, la cubierta en posición elevada del «cog» ofrecía una ventaja maximizada por la estabilidad que proporcionaba su profundo y pesado casco, pudiendo ser ocupado para levantar torres de combate en la proa y en la popa, o incluso una torre más elevada en la cabeza del mástil reflejo de la búsqueda de altura en la arquitectura naval (ver capítulo XI).

En occidente el crecimiento de la población supuso el fin de la escasez de mano de obra y el fin de la esclavitud. En consecuencia, a partir del siglo XII cuando los ejércitos ingleses y alemanes invadieron las tierras celtas y eslavas ya no iban a la caza de ganado humano. Celtas y eslavos, por el contrario, al habitar en tierras menos pobladas, seguían utilizando mano de obra esclava y, en consecuencia, cuando llevaban a cabo incursiones contra otros pueblos continuaban teniendo como objetivo no sólo la propiedad sino también la «población civil», en especial las mujeres. Esta práctica era ahora condenada por los occidentales por bárbara. La conciencia de la ventaja material y tecnológica que ahora disfrutaban los ingleses y alemanes sobre los celtas y los eslavos, cuyas tierras iban ocupando, tomó una dimensión moral: creó una actitud de superioridad cultural cuyas consecuencias durarían mucho tiempo.

La España del siglo XII

La colonización y el asentamiento jugaron un papel cada vez más importante en otro escenario de guerra: España. A pesar de todos sus éxitos entre 1086 y 1117, los almorávides fracasaron en su intento de recuperar Toledo que, si bien cada vez estaba más expuesta como bastión fronterizo, consiguió resistir. En parte esta situación se dio porque los reyes de Castilla se hicieron con el control de las líneas interiores de comunicación, pero, en parte, también porque con un cierto éxito siguieron la política de ofrecer privilegios legales y fiscales a aquellos con el suficiente valor para establecerse en los campos poco poblados que rodeaban la ciudad de Toledo para dedicarse a la cría de ovejas y otro tipo de ganado.

Al mismo tiempo, se hacían grandes esfuerzos para conseguir ayuda de más allá de los Pirineos –a menudo de caballeros que ya estaban familiarizados con la ruta de peregrinación a Santiago, el *camino francés*. Según al-Maqqari, en 1117 Alfonso I de Aragón, el Batallador, «envió mensajeros a las



Esta versión francesa del manual de instrucción militar de Vegetius muestra los castillos sobre el mar, en la proa y en la popa, así como en la cofa. También se muestran de forma destacada las ballestas. Cuando Anna Comnena comentó sobre lo que ella llamaba «máquinas diabólicas» de los francos, señalando su gran alcance y poder de destrucción, fue en el contexto de un enfrentamiento naval.

tierras de Francia convocando a todas las naciones cristianas a ayudarle. Respondiendo a su llamada vinieron bajo su estandarte como nubes de langosta o de hormigas». Al año siguiente, Alfonso I capturó Zaragoza –la primera derrota importante sufrida por los almorávides. En 1125, «el Batallador» realizó una gran incursión sobre la ciudad de Málaga para volver, según se dice, con 10.000 familias cristianas que asentó en el valle del Ebro. Su muerte, en 1134, pudo haber sido la señal para un despertar de los musulmanes, pero en sus bases africanas el régimen almorávide se encontraba cada vez más incapacitado por la presencia de una nueva secta de carácter más fundamentalista, los almohades. Bajo esta presión el imperio almorávide empezó a quebrarse. En efecto, una segunda ola de reinos de *taifas* atravesó Es-

paña —entre 1144 y 1146 surgieron unos 14 reinos—. Con la nueva situación de fragmentación política entre los musulmanes, los dirigentes cristianos avanzaron en todos los frentes. En 1147, Alfonso VII de Castilla organizó la gran coalición (contingentes de Navarra, Aragón y del sur de Francia, flotas de Barcelona, Génova y Pisa) que capturó Almería, el principal puerto musulmán de comercio con África y el Mediterráneo oriental. Ese mismo año, Alfonso I de Portugal tomó Lisboa con ayuda de cruzados ingleses y flamencos y, en 1148, Ramón Berenguer IV, conde-rey de Barcelona y Aragón, conquistó Tortosa tras un prolongado asedio, y un año después, en 1149, Lérida y Fraga. Para el año 1151, Alfonso VII y Ramón Berenguer tenían la confianza de poder acordar la repartición de España.

No obstante, al igual que había ocurrido en los años eufóricos que siguieron a la captura de Toledo, y por la misma razón, esta confianza estaba fuera de lugar. Los éxitos de los cristianos precipitaron una decisiva intervención militar desde el norte de África. Los almohades llegaron en 1148, consiguiendo de inmediato el control de los estados-ciudad musulmanes (sólo el reino de Murcia y Valencia, dirigido por un aventurero conocido entre los cristianos como Rey Lobo, mantuvo su independencia durante largo tiempo). Los almohades recuperaron Almería en 1157 y, tres años más tarde, fundaron Gibraltar asegurándose otra cabeza de puente segura en España. Los cristianos continuaron en situación defensiva, de nuevo confiando en su capacidad para atraer pobladores y seguir conservando las tierras recientemente ganadas como la Nueva Extremadura y la Nueva Cataluña. Como había ocurrido en los estados de los cruzados, las órdenes militares (ver más adelante, el capítulo V) fueron convocadas para mantener el control de las regiones más expuestas a los ataques musulmanes, de forma que una necesidad similar dio lugar a la fundación de las órdenes de Calatrava (1164) y de Santiago (1170). Pero los almohades continuaron siendo más fuertes que los cristianos como demuestran las campañas de su califa en 1171-76 y en 1195-97. Al comienzo de la década de 1170, el Rey Lobo fue derrocado. En 1195, el califa Yakub obtuvo una importante victoria sobre Alfonso VIII de Castilla en la batalla de Alarcos. Con el desorden de la España cristiana que dio lugar a que viejas rivalidades llevasen a los reyes de León y de Navarra a aliarse con los almohades, se extendió el rumor a través de Europa de que 600.000 africanos estaban preparados para cruzar los Pirineos. De hecho, la amenaza que planteaba la flota de los almorávides operando desde Mallorca para las costas africanas y el éxito de los almorávides en fomentar la

revuelta en Túnez llevó a Yakub a conceder una tregua a Castilla en 1197. Por el momento los estados cristianos del continente se encontraban a salvo. Pero con la conquista de Mallorca, en 1203, continuó el avance de los almohades. A pesar de que los cristianos ocupaban ahora casi el doble del territorio que en el año 1000 y que, de forma decisiva, se habían mantenido en algunas de sus mayores conquistas –a destacar las conquistas de Toledo, Zaragoza y Lisboa– en el año 1200 no tenían en absoluto la certeza de que no fuesen a correr la misma suerte que Valencia y Almería. Allí donde el «imperio de los francos» se enfrentaba al mundo musulmán, en España y en los estados de las cruzadas, el siglo terminaba con señales de estar tambaleándose (pero véase el capítulo VI).

El atractivo de la tierra y del botín

En el resto de Europa, sin embargo, las fronteras continuaban avanzando. En Irlanda, los ingleses cruzaron el Shannon y comenzaron a apoderarse del reino de Connacht. Una nueva orden militar, los Hermanos Caballeros del Cristo de Livonia, fundada en Riga en torno al año 1202 por un obispo alemán, trajo consigo un empuje intensamente religioso a las incursiones en las tierras del Báltico. Los Hermanos de la Espada –como eran conocidos comúnmente– insistían, más de lo que lo habían hecho anteriores soldados y pobladores alemanes, en que los paganos, en especial livonios y prusianos, debían convertirse al cristianismo. No obstante, los hechos más dramáticos surgirían de la expansión a costa de otros correligionarios cristianos. La captura de Constantinopla por parte de la Cuarta Cruzada (1204), por un ejército originalmente dirigido hacia Egipto, equivalía, por lo menos según Geoffrey de Villehardouin, dirigente destacado en las cruzadas, a «la conquista de la ciudad más grande, más poderosa y mejor defendida del mundo». En lo que él llamó «la mayor empresa jamás conocida», los venecianos jugaron un papel decisivo, primero al financiar las cruzadas y construir la flota, después al utilizarla para golpear el corazón mismo de un antiguo y rico imperio en crisis. «Geoffrey de Villehardouin declara aquí que según su conocimiento tanto botín nunca fue ganado en ninguna otra ciudad desde la creación del mundo.»

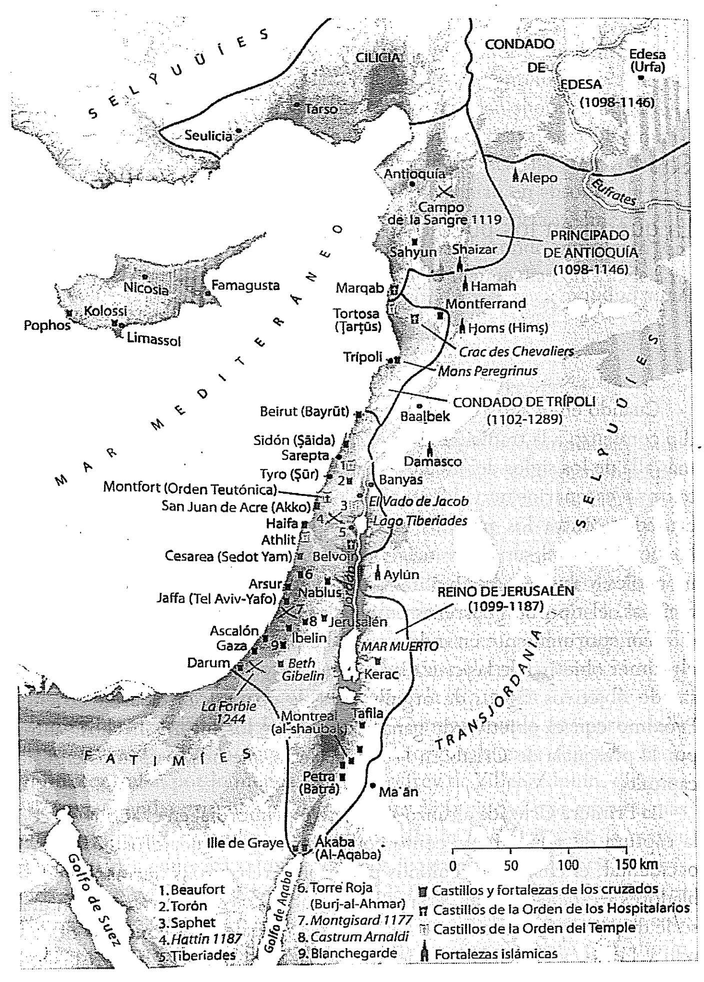
Capítulo V

La guerra en los pueblos latinos del este

Peter Edbury

Cuando en el año 1095 el papa Urbano II predicó la Primera Cruzada dio comienzo a la tradición de la guerra santa cristiana que iba a perdurar más allá de los siglos del medievo y que abrazaría guerras libradas en contextos y escenarios muy diferentes. Con el paso del tiempo, se dirigieron cruzadas contra los paganos en Lituania, los musulmanes en España, los herejes en el sur de Francia y Bohemia y contra los griegos, turcos, mongoles y rusos, por nombrar sólo algunos y, de forma inevitable, las técnicas, el tipo de guerreros empleados y la organización de la guerra diferían enormemente en cada caso. Pero para muchos en la Edad Media el primer objetivo de las cruzadas –Jerusalén y Tierra Santa– continuaron siendo objetivos dignos de orgullo y es, la guerra centrada en Oriente Próximo con el objetivo de ganar o defender los lugares hechos santos por la presencia de Cristo en la tierra, de lo que nos ocupamos en este capítulo.

La Primera Cruzada alcanzó su objetivo primordial en el año 1099 con la captura de Jerusalén y, como consecuencia, los guerreros de Europa occidental, el clero y los colonos pudieron arrebatar las tierras a sus pobladores y establecerse en Siria y Tierra Santa. Los cruzados fundaron una serie de principados en el este –el reino de Jerusalén, los condados de Trípoli y Edesa, y el principado de Antioquía– y el último de sus baluartes sólo volvió a ser recuperado por los musulmanes en 1291. En su mayor extensión, las tierras conquistadas por los cruzados comprendían toda la costa oriental del mediterráneo y muchas tierras interiores, incluyendo las tierras que en la actualidad son el estado de Israel y el Líbano. La ma-



Mapa 1. El este latino en la época de las Cruzadas.

yoría de estas conquistas eran a costa de los musulmanes, aunque los cruzados también se encontraron en ocasiones en conflicto con los griegos bizantinos en el norte de Siria o con los armenios de Anatolia y Cilicia. En el año 1204, la Cuarta Cruzada, reclutada para luchar contra los infieles, culminó con el saqueo de Constantinopla. Los cruzados no veían sus beneficios en el Levante sólo en términos de expansión territorial. Más bien se inspiraban en la creencia de que los santuarios y otros lugares asociados a la vida de Cristo y los cristianos que le sirvieron, debían ser liberados del yugo de los no creyentes y entregados a la seguridad de los creyentes.

No es de extrañar que los musulmanes fueran partidarios de expulsar a estos occidentales que veían como intrusos en el *Dar al-Islam*. Cierto es que hubo períodos de tregua, pero no podía haber una paz permanente entre cristianos y musulmanes, a pesar de que cierta medida de convivencia podía alcanzarse y que se formaban alianzas entre cristianos y musulmanes contra otros cristianos, en el siglo XII por lo menos la guerra persistía como un hecho constante de la existencia. Para los musulmanes como para los cristianos, Jerusalén era, y es, una ciudad sagrada y una generación después de la llegada de los cruzados –hombres obsesionados con la idea de llevar a cabo una guerra en nombre de Cristo– los musulmanes empezaron a predicar la *jihad* (la guerra santa islámica) para rechazarlos. Al final los musulmanes resultaron victoriosos pero el hecho de que los principados de las cruzadas duraran casi doscientos años es en sí mismo un testimonio de la capacidad militar y la persistencia de occidente.

A principios del siglo XII, los cruzados supieron aprovechar la situación de desunión y de fragmentación política del mundo musulmán para expandirse y consolidar sus ganancias, pero a finales de la década de 1160 la balanza del poder empezaba a inclinarse de manera decidida a favor de los musulmanes cuando los sucesivos gobernantes pudieron situar, cada vez más, las tierras del Islam en Oriente Próximo bajo su dominio. Los musulmanes disponían de mayores recursos y de más hombres que los cristianos y, una vez surgiese un gobernante que proporcionase un liderazgo político hábil y una coordinación militar, resultaría inevitable que los europeos se verían forzados a la defensa. Ese dirigente fue Saladino, gobernador de Damasco y Egipto desde 1174 y, por primera vez desde la llegada de los cruzados a finales de la década de 1090, gobernador dee todas las tierras musulmanas fronterizas al reino de Jerusalén. En el año 1187, Saladino derrotó a los cristianos en la batalla de Hattin (en Galilea) y con-

tinuó con la conquista de la propia Jerusalén y casi todos los demás territorios de los cruzados. Hasta el año 1187, los cristianos pudieron llevar a cabo una vigorosa defensa de sus posesiones. Ahora, se hacía necesaria otra cruzada, la Tercera (1188-92), para dar un nuevo período de vida a la presencia cristiana en oriente. Sin embargo, y a pesar de algún éxito, los cristianos nunca volvieron a tener su antiguo poder territorial. Excepto por un breve período entre 1229 y 1244, a los cristianos se les negó la posesión de Jerusalén, estando restringida en su mayor parte el área bajo su control a las regiones costeras. A pesar de todo, fueron capaces de mantener esta débil posición un siglo más. Tras la Tercera Cruzada el carácter de la guerra en el este latino cambió. Ahora eran escasas las veces que los cristianos eran capaces de mantener la ofensiva, salvo en el caso de que se les uniese una expedición de cruzados desde occidente. En su lugar, encontramos largos períodos de tregua y un mayor énfasis en el uso defensivo de construcciones fortificadas.

De este breve esbozo preliminar, enseguida se hace evidente que la guerra y la necesidad de asegurar una defensa ante ella asoma ampliamente en cualquier relato sobre los cristianos en el Mediterráneo oriental durante los siglos XII y XIII. Los occidentales introdujeron en oriente ideas de cómo luchar en la guerra y cómo levantar y utilizar fortalezas y, durante los dos siglos estudiados en este capítulo, sus prácticas continuaron viéndose afectadas por cambios acaecidos en occidente. Pero también aprendieron de las experiencias bélicas con sus vecinos musulmanes y bizantinos y, en el proceso, fueron capaces de obtener sus propias soluciones a problemas como los relativos al reclutamiento de soldados, la estrategia militar y el diseño de castillos.

A lo largo de toda la historia del este latino, los guerreros a caballo y de pesada armadura, los caballeros, tienen reservado un puesto de honor. Las armas y armaduras de los caballeros parecen haber seguido el ritmo de evolución de los desarrollos de occidente a lo largo de los siglos XII y XIII, de forma que el estatus social de los caballeros creció de forma continua. Sin embargo, el número de caballeros que podían ser destinados de forma permanente como guardianes de los diferentes feudos era pequeño. Una lista confeccionada a mediados de la década de 1180 sugiere que el rey de Jerusalén podía llamar a su servicio sólo a 675 caballeros feudales, lo que sugiere también que, en el contexto de verse en la necesidad de defender fortalezas y conducir campañas prácticamente todos los años, había una se-

vera escasez de caballeros disponibles. Cuántos otros caballeros –mercenarios o voluntarios– podían ser reclutados por los reyes es algo que no podemos saber. A finales del siglo XII, las fuentes empiezan a hacer referencia a unos combatientes montados (*sergeants*) que, se presume, eran hombres armados y con un equipamiento similar al de los caballeros, pero que carecían de su mismo estatus social. Una vez más, el surgir de una nueva clase social se produjo en paralelo a ciertos avances en occidente.

En Siria, los principales enemigos de los cruzados eran los gobernantes turcos de Damasco, Alepo y otras ciudades musulmanas de los territorios cercanos. Dichos dirigentes empleaban jinetes turcos cuyo equipamiento y técnicas eran muy diferentes a las de los occidentales (ver capítulo IX). Estos guerreros eran arqueros protegidos por armaduras ligeras que montaban a caballo y cuya rapidez y habilidad para maniobrar en formación, al tiempo que disparaban una salva de flechas desde la silla de montar, causaron, desde los tiempos de la Primera Cruzada, grandes problemas a los caballeros occidentales, portadores de armaduras más pesadas y cuya técnica habitual era la carga en masa con la lanza bajo el hombro. La eficacia de los arqueros turcos a caballo está fuera de duda, a pesar de que parece ser que sus flechas tenían poca capacidad para penetrar la armadura de los caballeros. Pronto los cristianos empezaron a emplear tropas equipadas al modo turco, conocidas como *«turcopoles»*, según se desprende de las fuentes. Algunos puede ser que fuesen reclutados entre los miembros de la comunidad cristiana de Levante, mientras que otros serían de origen occidental, posiblemente los hijos de los matrimonios mixtos entre cruzados y mujeres nativas.

El éxito de las fuerzas montadas dependía de la infantería. Ya fuesen arqueros, ballesteros, lanceros o zapadores, su papel así como su entrenamiento y eficacia variaban de manera considerable. Cuando se enfrentaban a los arqueros montados turcos, su papel consistía en contenerlos por el mayor tiempo posible, hasta fatigar a sus caballos y así permitir a los caballeros cristianos escoger el momento óptimo para atacar. Se requería coraje y disciplina para poder soportar las salvas de flechas lanzadas por los turcos, pero esto era, con frecuencia, esencial para el éxito cristiano. Si la carga de la caballería no era efectiva resultaba difícil para los caballeros reagruparse y repetir la operación, por tanto, se requería mucha paciencia a la hora de escoger la mejor oportunidad. Los arqueros montados del ejército turco podían ser particularmente peligrosos cuando se desplegaban contra un ejército cristiano en movimiento. Las tropas formadas

en una línea extensa eran especialmente vulnerables ante la habilidad turca para acercarse, descargar sus flechas y, en un momento posterior, hacer una rápida retirada, siendo su única posibilidad de oponerse al hostigamiento, el organizarse en una columna en formación cerrada y mantener una disciplina estricta. El más famoso ejemplo de esta técnica tuvo lugar en el año 1191, en Arsur, cuando el rey Ricardo Corazón de León, durante la Tercera Cruzada marchaba en dirección Sur hacia Jaffa. La infantería escudó el flanco y los caballeros de las órdenes militares la retaguardia. En este caso, la carga de la caballería cristiana se produjo antes de que el rey diese la orden y, aunque los cristianos parecía que llevaron la mejor parte, el ejército musulmán fue capaz de reagruparse y volver a hostigar a las fuerzas de Ricardo casi de forma inmediata.

En la guerra de asedios, los soldados a pie, en especial aquellos con habilidades en el uso de la maquinaria de asedio o en las técnicas de minado, eran de extrema importancia. Los datos de cómo era reclutada la infantería son escasos, pero se presume que las ciudades y las iglesias tenían responsabilidades al respecto. Investigaciones recientes nos sugieren que pudieron existir más colonos occidentales en Tierra Santa de lo que se pensaba, como terratenientes eclesiásticos y seculares promocionando los asentamientos francos en el país, siendo de estos colonos, así como de los burgueses en las ciudades, de entre los que se reclutaba a la infantería.

Es evidente que los cruzados no disponían de los suficientes recursos en hombres ni en dinero para guarnecer a sus defensas de forma adecuada y, al mismo tiempo, llevar a cabo la ofensiva contra los musulmanes. Esta escasez de hombres puede explicar las condiciones tan generosas bajo las cuales se llevaba a cabo el control por los señores feudales. A diferencia de lo que ocurría en Inglaterra, los reyes y los señores deseaban que los feudatarios les sirviesen en persona cuando eran convocados para el servicio, pero no parecían tan interesados én lucrarse con derechos de entrada, el control de pupilajes u otros aspectos fiscales de la organización feudal que sí se daban en Inglaterra y otras partes de occidente, conocidos en su conjunto como derechos feudales. A este respecto es sin duda significativo que en oriente próximo no existiera una institución sistematizada de rescate (el pago en dinero en lugar del servicio). Si un vasallo quería evitar el servicio debía renunciar a su feudo durante un año y un día. La escasez de hombres implicaba la cautela de los gobernantes a la hora de mandar a sus tropas a la batalla, y durante el siglo XIII comenzaron a confiar de manera creciente

en los castillos y en una estrategia de defensa fundamentalmente pasiva. En el año 1187 parece ser que el rey Guy tuvo que despojarse de muchas de las fortalezas de su guarnición para poder levantar un ejército de tierra del tamaño adecuado para afrontar la invasión de Saladino y, con el ejército cristiano destrozado en Hattin, los musulmanes encontraron pocas ciudades y castillos capaces de hacerles frente.

Lo cierto es que a lo largo de toda la existencia de los estados cristianos en Oriente Próximo, éstos requerían de los recursos humanos y financieros de Europa occidental para sostener su posición. Desde el principio parece que los guerreros marchaban al este como peregrinos, quedándose allí durante uno o dos períodos de campaña, de manera que proporcionaban una útil ayuda a la fuerza militar formada en su mayoría por los colonos más establecidos. En muchos casos, los hombres jóvenes lejos todavía de hacerse cargo de sus herencias, se ocupaban de estos asuntos. Pero en otras ocasiones, grandes aristócratas de occidente –como por ejemplo el conde Fulco V de Anjou o los sucesivos condes de Flandes, Thierry de Alsacia y su hijo Felipe– pasaban tiempo en oriente compartiendo la acción militar. Es igualmente cierto que casi hasta la pérdida de los últimos baluartes en 1291 los inmigrantes de occidente de origen noble todavía podían conseguir entrar en la aristocracia de la Siria cristiana, existiendo también un amplio margen para que los occidentales de origen más humilde pudiesen encontrar empleo militar.

Los contingentes más grandes de hombres armados desplegados como refuerzo en oriente próximo eran los reclutados para cruzadas específicas. El movimiento cruzado de occidente a oriente fue mucho mayor que el puñado de campañas que nos han llegado a través de diferentes fuentes; no obstante, debemos aclarar que al margen de la Primera Cruzada y, en menor medida, la Tercera, y pese a las grandes esperanzas que levantaban los propios cruzados, estas expediciones sólo tuvieron un éxito limitado o temporal. Cada vez más los cruzados cristianos se percataron de que podían destituir con éxito el *modus vivendi* de los musulmanes, pero que, una vez de vuelta a occidente, dejaban a los defensores cristianos en Siria peligrosamente expuestos a represalias. Bajo este pensamiento, el rey Luis IX, que estuvo en oriente entre 1248 y 1254, estableció una guarnición permanente en Acre, la capital del reino ahora que Jerusalén había sido perdida a costa de la casa real francesa. Esta fuerza francesa se mantuvo hasta 1291.

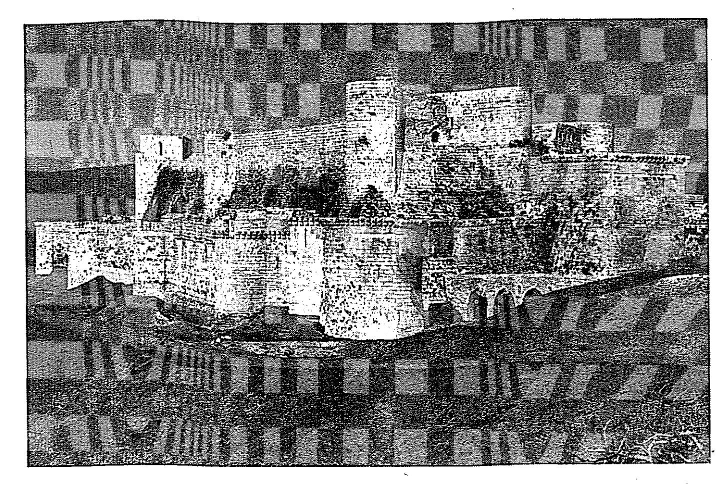
La comunidad cristiana en oriente próximo no sólo miraba a occidente por sus recursos humanos, sino que también se apoyaba en Europa para obtener dinero para el pago de sus gastos militares. Las cruzadas tenían un elevado coste que era soportado por los propios cruzados, sus familias, sus señores y, de manera creciente desde finales del siglo XII, por los impuestos gravados a la Iglesia en occidente. Además, la capacidad de los cristianos en el Levante para sustentar sus propios recursos militares se beneficiaba de la transferencia de riqueza de Europa –de forma directa a través de donaciones o legados y, de forma indirecta, gracias a las cesiones occidentales a la Iglesia en oriente y al gran número de peregrinos en Tierra Santa, cuya sola presencia allí hubiera estimulado la economía local. Los historiadores de la economía no tienen duda de que las grandes cantidades de plata que desde Occidente fluían hacia los estados donde había cruzados y del considerable impacto sobre la economía de la región y, aunque gran parte de ese dinero hubiera llegado como consecuencia del próspero comercio en el Mediterráneo, desarrollado durante el curso del siglo XII, mucho era resultado de la devoción de los cristianos en Europa.

No obstante, para el historiador la manera más sorprendente y más directa que tenía Occidente para canalizar la riqueza y los recursos humanos de Occidente hacia la defensa de Oriente Próximo, era a través de las instituciones conocidas como órdenes militares. La Orden Hospitalaria de San Juan se fundó como corporación religiosa que atendía las necesidades de los peregrinos y a través de su historia ha continuado proporcionando alojamiento y ayuda médica a los necesitados. Desde el comienzo del siglo XII, esta institución organizaba desde Jerusalén escoltas armadas para los peregrinos que tomaban la ruta hasta la ciudad de Jaffa y, de ahí, hasta el río Jordán y otros sitios de peregrinaje –evidentemente una precaución muy necesaria– estando siempre preparada para suministrar hombres a las fortalezas en el camino o para facilitar tropas cuando el rey se encontraba en campaña. El proceso por el cual los miembros de la Orden llegaron a servir como soldados es controvertido, pero lo que es evidente es que sus servicios eran muy apreciados y que esto les condujo a la adquisición de importantes concesiones en la forma de tierras en Europa occidental que les proporcionarían los medios para diversificar y extender sus actividades. Otra orden militar que destaca en este período del medievo, los Templarios, tenía como cometido la protección de los peregrinos que iban a Jerusalén. Alrededor del año 1120, el rey Balduino II les entregó la mezquita al-Aqsa en Jerusalén, que la le-

yenda popular identificaba con el templo de Salomón, para que se convirtiera en su cuartel general, y es de este edifico de donde tomaron su nombre. Como los Hospitalarios, su función militar se extendió, recibiendo ellos también abundantes y cuantiosas donaciones en Europa occidental. A mediados del siglo XII, tanto los Templarios como los Hospitalarios eran corporaciones eclesiásticas muy poderosas cuyas fuerzas militares alcanzaron proporciones considerables. En oriente adquirieron tierras y castillos, muchos en el norte de Siria, más bien lejos de los principales santuarios de peregrinación, pero la mayoría de sus posesiones estaban en occidente, precisamente de donde obtenían la mayor parte de los reclutas. Su riqueza y papel militar también se tradujeron en la adquisición de poder político. Como guerreros, los miembros de ambas órdenes eran respetados y temidos por los musulmanes. Su reputación para la disciplina militar en campaña es reconocida desde la década de 1140 cuando el rey Luis VII de Francia permitió a los Templarios organizar sus fuerzas al cruzar el territorio hostil de Asia menor durante la Segunda Cruzada, y tal fue su eficacia y devoción por la causa cristiana que Saladino hizo ejecutar a todos los Templarios y Hospitalarios hechos prisioneros en Hattin. En el siglo XIII su riqueza y recursos posiblemente igualaban a las de los grandes señores seculares de oriente.

Ambas instituciones empleaban mercenarios y permitían a los voluntarios luchar bajo su bandera por períodos limitados de tiempo, pero eran liderados por caballeros-hermanos que, como miembros profesos de una orden religiosa, juraban obediencia, pobreza y castidad, de la misma manera que los miembros del clero regular. El comercio de hombres sometidos a la disciplina monástica que podían al mismo tiempo portar armas y derramar sangre era una divergencia radical del punto de vista común de que el clero debía apartarse de la violencia. Sin embargo, la idea del «monje armado» resultó muy popular y pronto fue copiada en España y otros lugares. Posiblemente la más conocida de estas fundaciones posteriores sea la Orden Teutona. Se originó a finales del siglo XII en Tierra Santa, donde continuó ejerciendo un papel militar activo hasta 1291, pero se recuerda principalmente por sus actividades en la región del Báltico, luchando contra los paganos de Lituania.

La guerra en oriente comparte muchas características con la guerra coetánea en otros lugares. Las grandes batallas campales eran escasas, y cuando tenían lugar eran con frecuencia en el contexto de tentativas de levantar asedios. De esta manera, el desastre cristiano en Hattin, en



Para muchas personas, el castillo hospitalario de Crac des Chevaliers es el ejemplo típico de la arquitectura militar de los cruzados. La estructura existente se remonta en su parte principal a la primera mitad del siglo XIII. Formaba el centro del señorío de los Hospitalarios sobre la ruta principal entre la ciudad cristiana de Trípoli en la costa mediterránea y la ciudad musulmana de Hamah.

1187, tuvo lugar cuando el que posiblemente fue el ejército más grande reunido por los francos en el este –las mejores estimaciones sugieren 18.000 hombres, de los cuales 1.200 eran caballeros fuertemente armados, 4.000 pertenecían a la caballería ligera, y el resto eran soldados de a pie– permitió ser sobrepasado en la maniobra y quedar bloqueado en una zona sin agua cuando intentaba avanzar contra una fuerza musulmana aún mayor que sitiaba Tiberiades. Cuando los ejércitos cristianos y musulmanes se encontraban en combate abierto, como en el Campo de la Sangre en 1119 o en La Forbie en 1244, los primeros podían sufrir grandes bajas a pesar de que, como en estos dos casos, los musulmanes no siempre sabían rentabilizar sus éxitos. Por lo general, los cristianos adoptaban tácticas más prudentes para no exponer a sus tropas de campo al riesgo de un conflicto a gran escala y, no menos cierto, porque no podían permitirse la pérdida de demasiados hombres.

Sin embargo, y a pesar de la prudencia y la ocasional derrota que caracterizaron gran parte de la acción militar de los francos establecidos en oriente, la continua supervivencia de la soberanía cristiana testifica sobre su fuerza y sus capacidades. Como en todas las sociedades fronterizas, los elementos esenciales eran las expediciones de ataque (o *chevauchées*, ver capítulo IV) y el uso de fortificaciones y asedios. Las expediciones de ataque eran la forma más común de actividad militar tanto para los cristianos como para los musulmanes, aunque sus objetivos variaban. Por una parte, las campañas diseñadas para devastar la campiña empobrecían al enemigo y le destrozaban moralmente, por lo que las operaciones de asedio y la anexión permanente en un momento posterior tenían más probabilidades de éxito. Los soldados a caballo podían moverse con cierta libertad siempre que tomasen precauciones, como el reconocimiento del terreno o evitar pasar demasiado cerca de los castillos enemigos, haciendo uso de esa movilidad para evitar encontrarse con soldados enemigos. De manera ocasional, actividades de este tipo tenían resultados desfavorables, como, por ejemplo, en 1177 cuando Saladino lideró una gran *chevauchée* hacia el sur de Palestina para ser brutalmente castigado por un ejército cristiano mucho más pequeño en Montgisard. Los cristianos se hicieron muy hábiles a la hora de hacer frente a las expediciones musulmanas. Posiblemente, el ejemplo más clásico sea la expedición de Saladino de 1183. Entonces, el regente del reino y sus hombres fueron capaces de guarnecer a sus tropas, ocupar las principales fuentes de agua en el área de actuación de los musulmanes y vigilar de cerca sus tropas. No hubo intentos de desafío en un conflicto abierto, aunque es de presumir que se enfrentaran en escaramuzas con pequeñas bandas de forajidos. La estrategia fue limitar el daño y los musulmanes se retiraron en el momento adecuado sin haber conseguido ningún gran éxito.

Otras expediciones pudieron ser poco más que una actuación de cara a la galería, como las dirigidas contra los pastores beduinos nómadas. Guillermo de Tiro dejó testimonio de un ejemplo particularmente espectacular protagonizado por el rey Balduino III de Jerusalén en persona, en 1157, pero es evidente que actuaciones de este tipo a menor escala eran muy comunes. Con frecuencia se convertían en simples robos de ganado pero los gobernantes también buscaban someter a los miembros de las tribus al pago de tributos siendo suficiente una muestra de poder o un ataque de castigo para imponer acuerdos previos. Muy similares eran los ataques a las caravanas de mercaderes. En la década de 1180 el señor cristiano de la región de

Transjornadia, Reinaldo de Châtillon, organizó al menos dos grandes ataques sobre tropas musulmanes de camino entre Damasco y la Meca. Es de suponer que fueron estas acciones las que precipitaron la invasión de Saladino y la batalla de Hattin, en 1187, pero no es tan evidente en qué medida Reinaldo estaba siendo un oportunista o hasta qué punto estaba haciendo uso de la fuerza para asegurarse el pago del peaje por el paso de los musulmanes cerca de sus fortalezas.

Las expediciones de ataque y la recaudación de tributos iban de la mano. En las primeras décadas del siglo XII los príncipes de Antioquía fueron capaces de someter a los gobernantes musulmanes de las cercanas ciudades de Alepo y Shaizar al pago de tributos. Si continuaban los pagos tenía que continuar también la presión militar y, recientemente, se ha sugerido que la situación era paralela a la subyugación que los reyes de los reinos españoles eran capaces de ejercer en este período sobre sus vecinos musulmanes, los reinos de *taifas* (ver capítulo IV). En sus escritos, Usamah ibn Munqidh, miembro de la familia que gobernaba en Shaizar en la primera mitad del siglo XII, nos ha dejado sus impresiones sobre la escasa actividad militar en la frontera que caracterizó las relaciones entre cristianos y musulmanes. Eran incursiones y escaramuzas de menor importancia en un intento de probar la debilidad del oponente y reafirmar el dominio local. En fechas posteriores, los Templarios y los Hospitalarios fueron capaces desde sus bastiones en el norte de Siria de exigir tributos a la secta ismailita de los «asesinos», asentada desde la década de 1130 en las montañas entre el condado de Trípoli y el principado de Antioquía –hecho que contradice la temible reputación que introdujo su nombre en el idioma inglés. Mucho más ambiciosos fueron los intentos del rey de Jerusalén en la década de 1160 de someter a Egipto al pago de tributos. En Egipto el régimen era inestable, pero las sucesivas campañas diseñadas para asegurar el dominio franco alarmaron a Nur al-Din, gobernante musulmán de Damasco (1154-74), mandó a sus propias tropas para intervenir. La guerra en Egipto se convirtió en una carrera entre la Jerusalén cristiana y la Siria musulmana para conseguir el poder y frustrar las ambiciones del oponente. Fue una carrera que ganaron los musulmanes y su triunfo dio como resultado directo el ascenso de Saladino.

En ocasiones los cristianos y los musulmanes acordaban poner fin a la guerra fronteriza, buscando maneras de compartir la zona mediante el reparto de la población rural en un condominio. Es muy difícil asegurar qué éxito alcanzaron estos acuerdos, pero en la segunda mitad del siglo XIII,

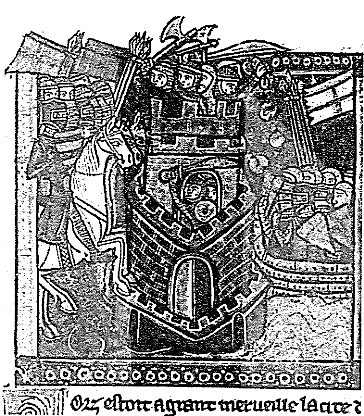
cuando los musulmanes extendieron su control a expensas de los cristianos, definían con cautela qué asentamientos rurales poseían las partes y cuáles en su caso debían ser compartidos.

Las huellas más tangibles de la guerra en oriente próximo son por supuesto los castillos que hasta el día de hoy salpican el paisaje. Algunos de estos, como el de Crac des Chevaliers, Sahyun, Marqab, Belvoir o Kerak, nos proporcionan un testimonio espectacular de los logros de los arquitectos y constructores militares que los levantaron (ver más adelante, capítulo VIII). Situados sobre colinas y al borde de precipicios, con frecuencia en territorios inhóspitos, es fácil ver por qué en el pasado han encendido la imaginación de personas como T. E. Lawrence que fue a oriente próximo para estudiarlos. El más destacado de los castillos de los cruzados es la fortaleza de los Hospitalarios conocida como Crac des Chevaliers situado en las colinas al noreste de Trípoli. La mayor parte de su estructura, que muestra una considerable sofisticación en cuanto a su diseño, data del siglo XIII y en el momento de su mayor apogeo pudo albergar una guarnición de 2.000 hombres. El problema que se presenta con estos impresionantes castillos es que resulta fácil olvidar las menos espectaculares construcciones en el campo o las fortalezas urbanas, y adjudicar a estos famosos lugares más importancia de la que en realidad se merecen.

Cuando los cruzados llegaron a oriente, se encontraron con una tierra que contaba con pocas fortalezas. En Palestina existían ciudades amuralladas a lo largo de la costa, estando la propia Jerusalén bien defendida, pero no había muchos castillos en comparación con occidente. Más al norte, allí donde durante más de un siglo los bizantinos combatieron a sus vecinos musulmanes, los castillos eran más numerosos, planteándonos la cuestión de hasta qué punto los diseños de los castillos de los cruzados estaban influidos por los modelos bizantinos o árabes. Los cruzados ocuparon las fortalezas ya existentes –como los castillos de Sahyun y Crac des Chevaliers construidos por bizantinos y árabes, respectivamente– pero el consenso surgido de estudios más recientes indica que aprovecharon poco de las construcciones que se encontraron para levantar en su lugar sus propias estructuras. En realidad, parece ser que se apoyaban más en las técnicas de construcción tradicionales con las que estaban más familiarizados en occidente. Así, por ejemplo, en Francia, principalmente en Anjou y Poitou, era característica la torre del homenaje de planta cuadrada. Esta torre cuadrada, a menudo de interior abovedado en piedra, que contribuía a la solidez estructural, fue construida por los cruzados en muchas zonas

de oriente y con frecuencia indica un depósito subterráneo de agua. En otras partes de occidente, donde el terreno se prestaba a este tipo de construcciones, los europeos levantaron castillos en colinas o al borde de barrancos, aprovechando al máximo las irregularidades del terreno, de manera que sólo tenían que construir defensas por un lado, allí donde el desnivel así lo exigía. Este tipo de fortaleza no era por supuesto exclusivo de los europeos pero en oriente, donde los cruzados construyeron un gran número de fortalezas de este tipo, emplearon sus propios diseños característicos en las torres, las almenas y la distribución interior. Los castillos en el oriente cristiano, como es lógico, variaban de tamaño, pero en tanto es posible señalar influencias específicas en su diseño, los modelos parecen más occidentales que orientales. En particular, evitaban los recintos fortificados consistentes en una gran muralla con torres semicirculares en los flancos, prefiriendo en su lugar la torre del homenaje cuadrada o un complejo fortificado con una o más torres flanqueadas por murallas con torres cuadradas retranqueadas más pequeñas. A diferencia de bizantinos y musulmanes, era poco común, al menos en el siglo XII, que los cruzados construyesen torres circulares o semicirculares. En Sahyun, un castillo al borde de un desnivel donde los bizantinos habían excavado un profundo foso para separar la fortaleza de la colina adyacente, los cruzados tomaron ventaja del foso, pero consideraron las estructuras bizantinas poco adecuadas. Volvieron a diseñar y a construir el castillo, empleando una construcción de mayor calidad y obteniendo así un resultado final en conjunto más espectacular.

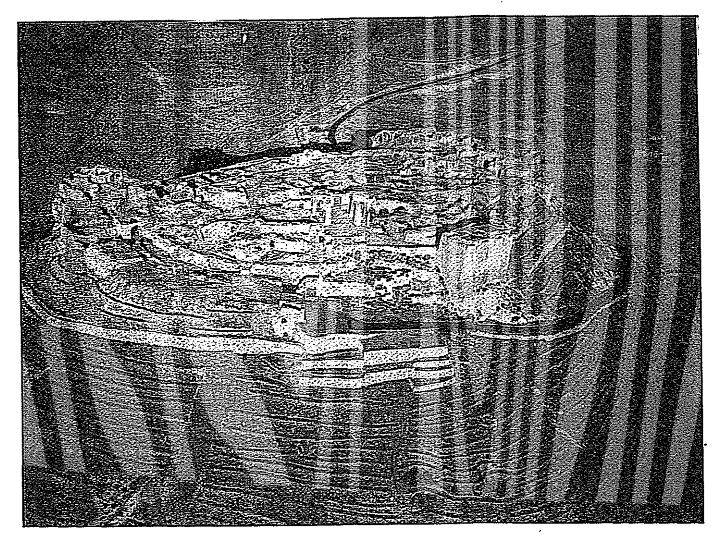
En los primeros años de los estados cristianos en oriente, los nuevos gobernantes concentraban sus esfuerzos en capturar y en mantener las fortificaciones existentes. Los reyes de Jerusalén en particular estaban interesados en situar a las ciudades costeras bajo su dominio, necesitando en la mayoría de los casos apoyo naval para conseguirlo. La ocupación de las costas y de sus fortalezas urbanas tenía grandes implicaciones estratégicas. El control cristiano impedía el uso de estos lugares a los barcos de guerra musulmanes con el resultado de que Egipto, la única fuerza marítima musulmana significativa en las aguas del Mediterráneo oriental, no tenía dónde abastecerse de agua dulce y provisiones y, así, encontraba reducido de manera considerable su ámbito de actuación. Esto implicaba además que las aguas alrededor de las costas de Siria y Palestina eran más seguras para la navegación de los cristianos. Esta seguridad era muy necesaria, ya que, aunque los ejércitos de la primera cruzada habían viajado por tierra



Los cruzados sitian la ciudad de Tiro (1124). Manuscrito francés del tercer cuarto del siglo XIII. Tiro y las otras ciudades costeras ocupadas por los musulmanes exigieron para su conquista ser invadidas tanto por tierra como por mar. Se puede observar a los defensores arrojando piedras desde una gran altura hacia el barco que está intentando acercarse a las murallas.

a través de los Balcanes y Asia menor hasta llegar a Jerusalén, pronto se hizo evidente para los cruzados que en un futuro los mercaderes, peregrinos y colonos encontrarían mucho más fácil viajar por mar. La captura cristiana de Tiro en 1124, continuación de una gran victoria de la flota veneciana sobre los egipcios frente a la costa de Palestina el año anterior, resultó crucial en este aspecto: los musulmanes perdieron sus bases navales al norte de Ascalón.

No parece que los cristianos se implicasen mucho en la construcción de castillos durante las primeras dos décadas del siglo XII. Un ejemplo temprano, y ambicioso, de una nueva fortaleza fue Montreal (al-Shaubak), al otro lado del Mar Muerto y cerca de la antigua ciudad de Petra. Esta fortaleza data del año 1115 y fue diseñada para reafirmar el control sobre las rutas de caravanas entre Damasco y la Meca. Otro de estos nuevos castillos se encuentra en Torón y fue construido, o así se nos dice, como refugio para las tropas de Tiberiades, en campaña contra Tiro. Torón se encuentra a una distancia significativa de Tiro; sin embargo, la construcción de castillos como parte de una estrategia defensiva a largo plazo para atacar en un momento posterior



Construida por el rey Balduino I del Jerusalén en 1115, la fortaleza de Montreal, al sureste del Mar Muerto, contribuyó a establecer el control de los francos sobre las rutas desde Damasco, Egipto y la Meca. Cayó frente a Saladino en 1189 tras un prolongado asedio.

centros mayores era una táctica empleada en muchos otros lugares. Durante la Primera Cruzada se levantaron pequeños fuertes a las afueras de Antioquía durante el asedio de 1097-8. Con posterioridad, el asedio de Trípoli (1103-9), Raimundo de San Guilles levantó una fortaleza conocida como *Mons Peregrinus* con vistas a la ciudad. Con la toma cristiana de Tiro, el único baluarte musulmán que quedaba en la costa Palestina era Ascalón y, durante la década de 1130 y principios de la de 1140, los francos levantaron una serie de castillos –Castrum, Arnaldi, Bethgibelin, Ibelin, Blanchegarde– para ser utilizados como base para atacar la ciudad musulmana y sus alrededores. Ascalón cayó finalmente ante los cristianos en 1153.

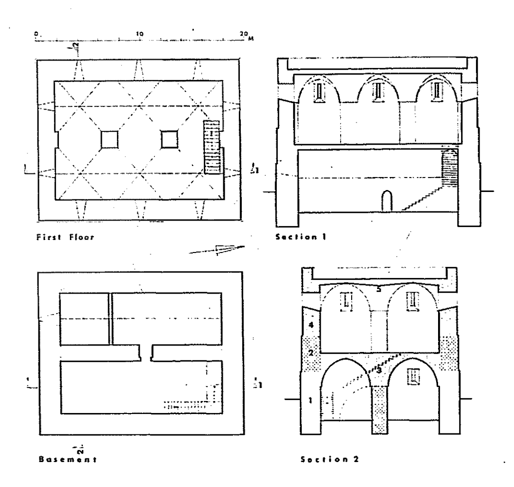
Tras la captura de Tiro en 1124, el reino de Jerusalén quedó menos expuesto a los ataques musulmanes, siendo esta la situación dominante hasta 1170. No obstante, fue precisamente en estas décadas de mediados del siglo XII cuando se levantaron un gran número de pequeñas fortalezas. Es natural asociar la construcción de castillos con un peligro externo; sin

embargo, al menos en este período no es posible tal correlación. Los castillos antes mencionados fueron todos levantados después de que las guarniciones musulmanas en la zona dejasen de ser una amenaza importante para la seguridad de las áreas al sur de Palestina controladas por los cristianos, y es por este motivo que los historiadores han llegado a la conclusión de que las razones que motivaban la construcción de estos castillos eran principalmente ofensivas, no defensivas, apoyadas en el hecho de que proporcionaban también un núcleo para el asentamiento rural, posible una vez que el peligro militar había retrocedido. Existen muchos otros castillos de mediados del siglo XII, la mayoría en los señoríos de Arsur y Cesárea o en los dominios reales alrededor de Jerusalén y Acre –zonas que se mantuvieron casi libres de ataques externos durante estas décadas. Un recuento reciente nos sugiere que las construcciones de esta época podían suponer más de la mitad de un total de 162 lugares fortificados identificados en la zona que ocupaba el reino de Jerusalén. Resulta evidente que no fueron levantados como defensas contra el ataque musulmán, por lo que debemos considerar qué motivos alternativos hubieran podido tener. No hay duda de que funcionaban como centros para la administración rural y es muy posible que debiéramos verlos como la prueba de una explotación más intensa del campo. En algunos casos, las estructuras podían consistir en una simple torre del homenaje y unos edificios externos asociados y en ocasiones una muralla en el perímetro externo, por lo que deberían ser consideradas como casas feudales fortificadas. Quizá existían todavía demasiados bandidos en el campo. Quizá también era necesario atemorizar a los campesinos de la zona. En algunos casos, tenían el objetivo de proporcionar un núcleo de asentamiento rural para los francos y, también pudiera ser que, como en occidente, el terrateniente local contemplase la posesión de fortalezas como un símbolo para reafirmar su propio estatus en la sociedad. La conclusión a la que apuntan todas estas consideraciones es que, al menos a mediados del siglo XII, estas fortificaciones denotan confianza y una economía en expansión en lugar del miedo a una invasión o una preocupación por los vecinos musulmanes. No debemos olvidar que en muchas partes de Europa en el mismo período este mismo fenómeno, denominado por los historiadores *incastellamento,* estaba en pleno auge por los mismos motivos (ver capítulo VIII), habiéndose sugerido que a mediados del siglo XII el campo en el corazón del reino de Jerusalén era seguro y disfrutaba de la misma prosperidad local como muchas otras regiones de occidente.



La Torre Roja (Burj al-Ahmar). Situada al sudeste de Cesárea, los restos de esta torre del homenaje de dos pisos con bóveda proporcionan un buen ejemplo de fortaleza pequeña o morada fortificada que funcionaba como centro para la administración rural. Muchas fortalezas de este tipo fueron edificadas a lo largo del siglo XII.

A finales de la década de 1160 la situación cambió. La relativa seguridad dio paso a una serie de expediciones demoledoras de los musulmanes debido a que Nur al-Din y con posterioridad Saladino fueron capaces de tomar la ofensiva. Durante las décadas de 1170 y 1180, estos ataques se hicieron cada vez más frecuentes hasta conseguir penetrar en los territorios ocupados por los cristianos, culminando esta actuación en la campaña de Hattin en 1187. Los cristianos del reino de Jerusalén respondieron con un notable incremento de la construcción de castillos en las áreas fronterizas clave y, parece ser, siendo posiblemente la primera vez en la historia del reino en

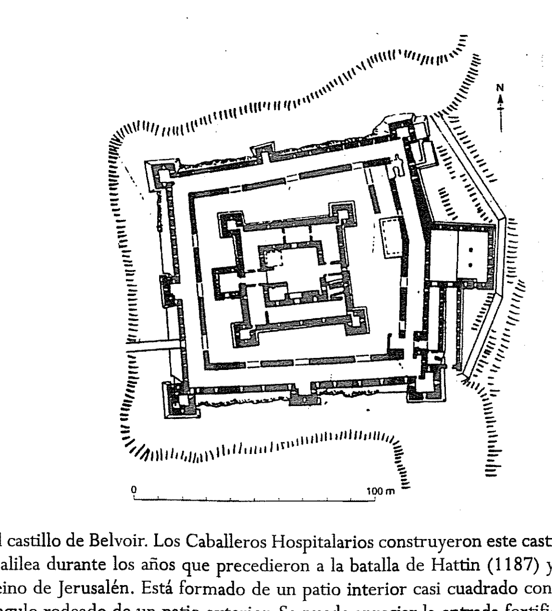


La Torre Roja (Burj al-Ahmar): plano procedente de las excavaciones llevadas a cabo por la Escuela Británica de Arqueología en Jerusalén en 1983.

que se adoptaba una estrategia de construcción defensiva. Algunas pruebas sugieren que los dos grandes castillos de la región transjordana, Montreal y Kerac, fueron agrandados y reforzados en este período. A finales de la década de 1160 se levantó una fortaleza en Darum, en el acceso directo a Ascalón desde Egipto. En el norte del reino, la zona más cercana al centro de poder musulmán del Damasco, los castillos de Belvoir y Saphet, adquiridos por los Hospitalarios y los Templarios, respectivamente, fueron en su mayor parte reconstruidos en esta época. En Saphet la reconstrucción no resulta del todo evidente –hubo una posterior reconstrucción a mediados del siglo XIII y una destrucción considerable causada por un terremoto posterior–, pero la excavación de Belvoir ha revelado un ejemplo precoz de diseño concéntrico. Es evidente que en su época gozaba de gran admiración, como demuestra la construcción por los líderes francos de Chipre, en la década de 1190, de un castillo en Paphos con un diseño de planta casi idéntico aunque más pequeño. Los francos también planearon la construcción de un castillo en el Vado de Jacob al norte del lago Tiberiades, atravesando una de las rutas más obvias desde Damasco hacia el territorio cristiano pero Saladino reaccionó con rapidez y, en 1179, el fuerte inacabado fue capturado y destrui-

do. Tras la batalla de Hattin, las fortalezas que resistieron el avance victorioso de Saladino fueron Sated, Belvoir, Kerak y Montreal, junto con Beaufort en el señorío de Sidón. Darum fue el único sitio fortificado en el sur de Palestina, aparte de Jerusalén, que Saladino decidió no despreciar cuando se vio amenazado por la incursión de Ricardo Corazón de León en esa región en el año 1191.

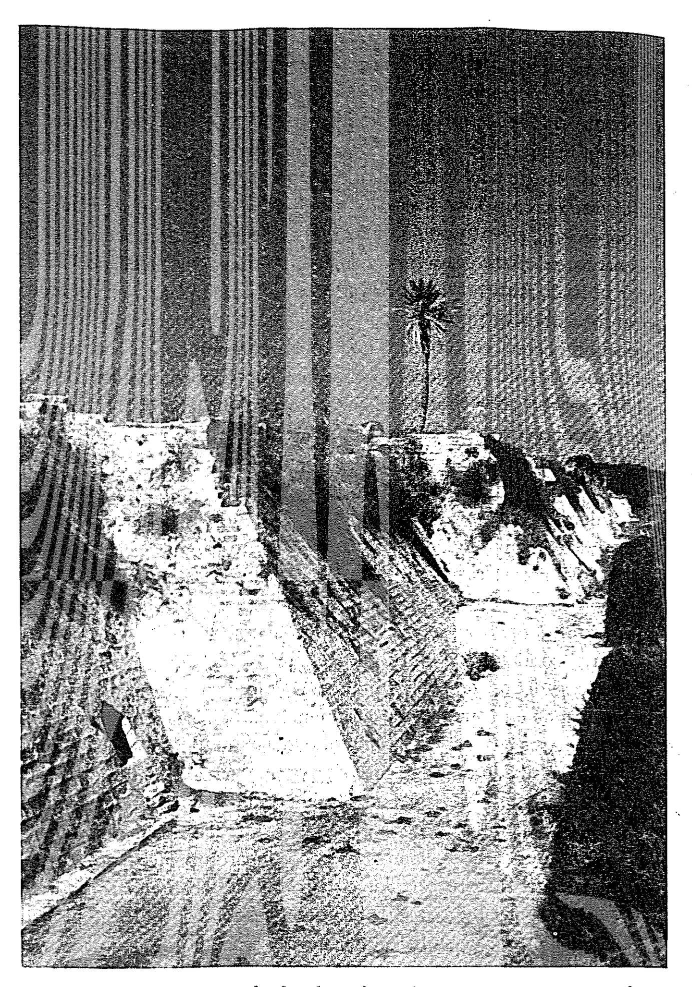
A pesar de la recuperación parcial efectuada por la Tercera Cruzada tras la caída del reino de Jerusalén, en 1187, los territorios ocupados por los cristianos al final del siglo XII se encontraban en gran parte en ruinas. Sólo Tiro resistió con éxito los ataques de Saladino y, tras varios años de asedio a la ciudad de Acre y la quema sistemática de tierras practicada por los musulmanes en el sur de Palestina, tanto las defensas como la economía necesitaban de una profunda restauración. Las obras del rey Ricardo en Ascalón y Darum fueron destruidas según las condiciones de la tregua de 1192, que supuso el final de la cruzada, y su reconstrucción de Jaffa fue anulada por



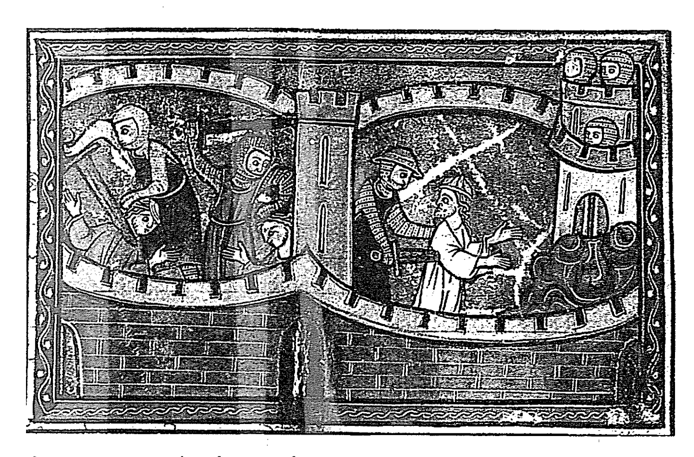
El castillo de Belvoir. Los Caballeros Hospitalarios construyeron este castillo en el sur de Galilea durante los años que precedieron a la batalla de Hattin (1187) y el colapso del reino de Jerusalén. Está formado de un patio interior casi cuadrado con torres en cada ángulo rodeado de un patio exterior. Se puede apreciar la entrada fortificada con esmero, a la derecha del plano.

la captura musulmana de la ciudad en 1197. Las nuevas defensas en otros lugares tardaron en llegar. El castillo de Beirut fue restaurado durante la primera década del nuevo siglo. En Cesárea, los trabajos de reconstrucción empezaron en 1217, pero fueron interrumpidos por un ataque musulmán dos años después. En Sidón y Jaffa, los cruzados no comenzaron la reconstrucción de las fortalezas hasta la década de 1220. Por otro lado, nuevos castillos fueron construidos en Athlit, uno en la costa al sur de Haifa (para los Templarios), en el invierno de 1217-18, y otro en Monfort, en las colinas al noreste de Acre (para los Caballeros Teutones), hacia el año 1227. En el año 1240-1, Ricardo de Cornwall levantó una fortaleza en Ascalón, al mismo tiempo en que comenzaban los trabajos de restauración del castillo templario de Sated, en Galilea. Fue también durante la primera mitad del siglo XIII cuando los Hospitalarios remodelaron sus dos grandes fortalezas en el Norte, Marqab y Crac des Chevaliers. Entre 1250 y 1254, el rey Luis IX de Francia reforzó las fortificaciones de Acre, Cesárea, Jaffa y Sidón, pero en 1260, cuando Palestina se vio amenazada por primera vez por una invasión mongola, el maestre de los Templarios dictaminó que en el reino de Jerusalén sólo Tiro, Acre y dos fortalezas de los Templarios (es de presumir que se trataba de Sated y Athlit) y una fortaleza de los Caballeros Teutones (Monfort) se encontraban en situación de ofrecer resistencia. Mencionó otros tres castillos de los Templarios en el principado de Antioquía, así como dos fortalezas de los Hospitalarios y otras dos de los Templarios en el condado de Trípoli.

El maestre de los Templarios pudo exagerar la comprometida situación de los cristianos en Tierra Santa –no menciona Beirut, cuyo castillo resistió durante meses el asedio de las fuerzas del emperador Federico II a principios de la década de 1230, ni tampoco menciona la ciudad de Jaffa en la que se invirtieron grandes recursos para incrementar sus defensas en la década de 1250. Sin embargo, sus comentarios sí destacan la confianza de los cristianos durante el siglo XIII en unos pocos lugares fuertemente fortificados y el hecho de que los castillos en el campo estaban en su mayoría en manos de las órdenes militares. En cualquier caso, las ciudades amuralladas y sus ciudadelas eran de suma importancia y el hecho de que nada o casi nada permanezca de las defensas de ciudades como Jaffa, Tiberiades o Beirut, tiende a distorsionar la imagen y permite que se otorgue una atención inmerecida a las fortalezas de las áreas rurales donde, con menos gentes dedicadas al robo de las piedras para levantar sus propias viviendas, estas fortalezas han sobrevivido en mejor estado.



El rey Luis IX volvió a construir las fortalezas de Cesárea en 1251. En su origen, las murallas se elevaban a una mayor altura sobre el talud existente. Cuando la ciudad fue tomada por los musulmanes en 1265, las partes más altas fueron derribadas hacia el foso diseñado especialmente para poder ser inundado por el mar, haciendo así imposibles las operaciones de minado de los adversarios.



En la imagen vemos cómo los cruzados asesinan a los habitantes de Antioquía en el año 1097. La masacre de civiles era algo corriente cuando una ciudad era tomada al asalto y sirve para explicar por qué razón los jefes de guarnición se rendían cuando el éxito de su resistencia parecía imposible, incluso cuando los suministros de tropas y de víveres aún no se habían agotado. (De un manuscrito copiado en Acre en la década de 1280.)

Se levantaban castillos o murallas alrededor de las ciudades para permitir que aguantasen los asedios. Los arquitectos militares, muy conscientes de las armas y de las técnicas de las que disponía el enemigo trataban de idear medios para resistirlos. Los grandes castillos disponían de amplios almacenes y con frecuencia de un buen suministro de agua. De hecho, no hay constancia de la rendición de un castillo por falta de agua, aunque en el año 1137 Montferrand se rindió por la escasez de alimentos, como hicieron Kerak y Montreal en 1188 y 1189 respectivamente. Los ejércitos sólo acudían al campo de batalla en la temporada de campaña, el resto del año protegían los castillos de ataques enemigos. En tiempos de la Primera Cruzada, los occidentales utilizaban técnicas de asedio relativamente sencillas. La guarnición de un castillo asediado no podía esperar la aparición de tropoas de apoyo, siendo frecuente el intercambio de proyectiles de los arqueros y la lucha cuerpo a cuerpo si los sitiados intentaban una salida. Sin embargo, sus ideas sobre cómo asaltar las murallas eran todavía primitivas. En la captura de Jerusalén en 1099 se emplearon escaleras de asalto y una torre de asedio móvil. Las escaleras de asalto resultaban de

poca utilidad contra el recinto de murallas fuertemente defendido, y las torres eran muy vulnerables a los dispositivos incendiarios y muy difíciles de manejar. Los fosos y otros obstáculos tenían que ser superados y la torre tenía que ser transportada hasta la muralla, pudiendo entonces comenzar la lucha cuerpo a cuerpo. No había oportunidad para la sorpresa y sí muchas posibilidades para los defensores de contraatacar. En Jerusalén, sorprendentemente, el uso de una torre de asalto dio resultado. En el sitio a la ciudad de Acre durante la Tercera Cruzada, los cristianos utilizaron arietes para atacar las puertas de las murallas –este instrumento no era utilizado por los musulmanes, pero era vulnerable al «fuego griego» (una mezcla incendiaria de nafta y petróleo– que los defensores emplearon con buenos resultados.



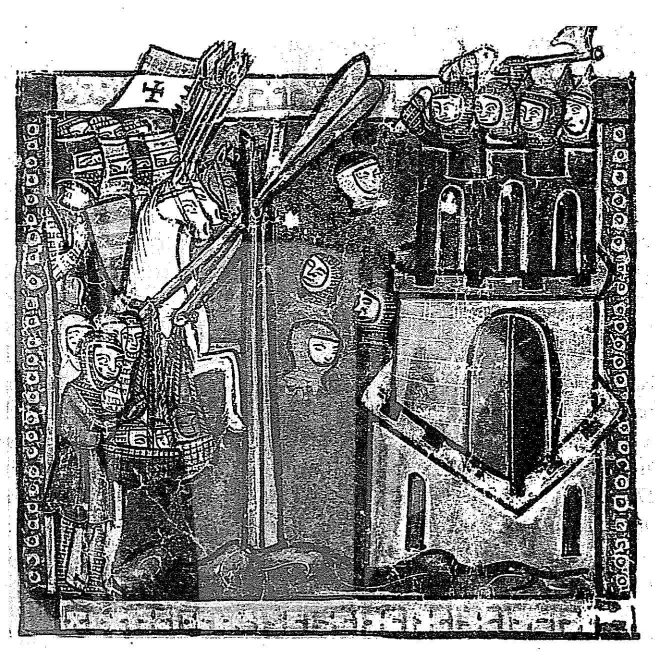
Los cruzados asaltan Nicea. Se puede advertir el uso por parte de los cristianos de las ballestas mientras que el guerrero musulmán sobre la torre tiene un arco sencillo. (De un manuscrito copiado en Acre poco antes de su caída en 1291.)

Los cruzados seguían los pasos de los musulmanes en la construcción de maquinaria para el lanzamiento de piedras y en las técnicas de minado, ninguna fue de uso habitual en Occidente hasta principios del siglo XIII, mientras que para los musulmanes eran técnicas conocidas desde el siglo XII. De acuerdo con Usamah ibn Munqidh, en 1115 los musulmanes emplearon a zapadores de Khurasan en el noreste de Persia cuando atacaron una ciudad defendida por los francos, lo que sugiere que los expertos en estas técnicas se encontraban más al Este. Cuando en 1191 Ricardo Corazón de León asaltó Darum parece ser empleó zapadores musulmanes de Alepo. Los expertos musulmanes en minado fueron cruciales en la rendición de los castillos de Sated (1266), Crac des Chevaliers (1271) y Marqab (1285).

Los musulmanes también hicieron un amplio uso de máquinas diseñadas para arrojar piedras contra o por encima de las murallas de las fortificaciones. Conocidas por los escritores occidentales como *«trebuchets»* o catapultas de contrapeso (ver más adelante, capítulo VIII), maganeles *(mangonels)* o almajaneques *(petraries),* estas máquinas dependían de un contrapeso (o del esfuerzo humano) para tirar del brazo más corto del lanzador y así soltar el proyectil. (Es posible que se emplease algún efecto de torsión en lugar del contrapeso, sin embargo, desafortunadamente las fuentes narrativas pocas veces nos proporcionan la suficiente información acerca de la tecnología empleada para que exista una certeza al respecto.) Se ha estimado que las catapultas de contrapeso *(trebuchets)* podían disparar hasta una distancia de 200 metros, permitiendo la ubicación fuera del alcance de los arqueros cuyas flechas no eran efectivas a más de 140 metros. Su efectividad está fuera de duda y podían ser dirigidas con mucha precisión. Saladino empleó este tipo de catapulta durante sus victoriosas campañas de 1187 y 1188 pero fue el sultán mameluco Baybars (1260-1277) quien obtuvo la mayor ventaja de ellas. Baybars mandó que fueran construidas en secciones prefabricadas de modo que pudieran ser levantadas con velocidad en el lugar de las operaciones. En Beaufort en 1268 pudo disponer de al menos veintiséis catapultas operativas al final del asedio. Un bombardeo de piedras podía debilitar las murallas y en particular destrozar las almenas o las construcciones de madera que servían por lo general para dar cobijo y protección a los defensores. Las piedras lanzadas dentro de las fortalezas causaban bajas y el asalto continuado sin duda causaría mucho daño moral. Estas catapultas de contrapeso también proporcionaban una cobertura para el trabajo de los minadores, siendo signi-

ficativo de muchos asedios de la segunda mitad del siglo XIII el que ambas tácticas se empleasen de manera conjunta. Los musulmanes habían desarrollado sus técnicas de asedio de tal manera que en la segunda mitad del siglo XIII nunca necesitaron más de seis semanas para someter cualquiera de las grandes fortalezas de los francos.

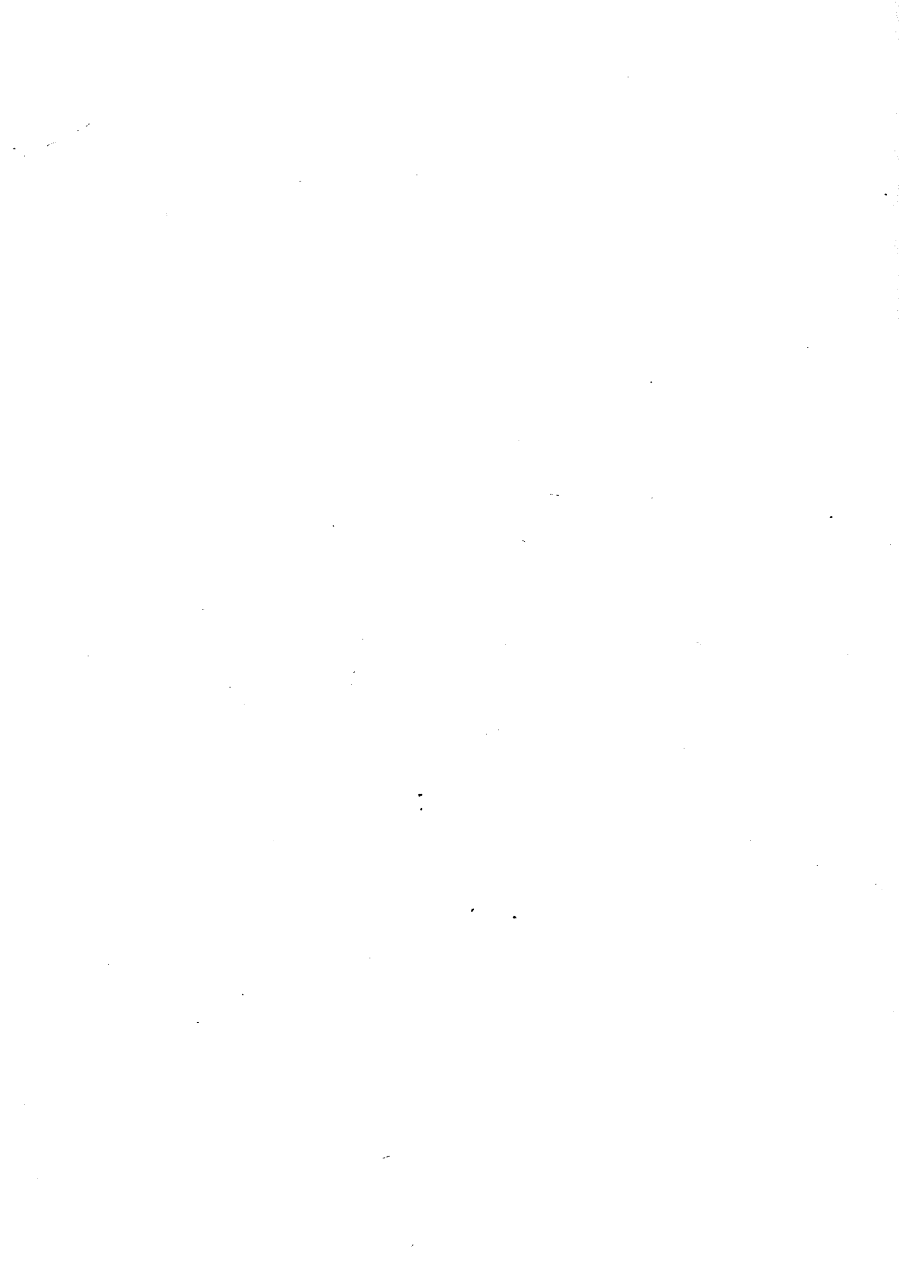
Las poblaciones atacadas en el curso de una salida intentarían siempre poner fuera de acción estas catapultas destruyéndolas o incendiándolas, como es evidente también modificaban el diseño de sus fortificaciones para sacarles un mayor partido. En el siglo XIII tanto los cristianos como los musulmanes levantaron fortalezas con murallas más gruesas y torres



La desmoralización del sitiado. Obtener una ventaja psicológica sobre el enemigo siempre ha sido un elemento esencial en la guerra. Aquí, los cruzados lanzan cabezas decapitadas dentro de la ciudad de Nicea durante el asedio de 1097. (De un manuscrito francés de finales del siglo XIII.)

más altas en un intento de resistir los bombardeos y, como en la ciudad de Jaffa en la década de 1260, para poder subir sus propias catapultas a las torres. El desarrollo de los castillos con líneas de defensa concéntricas suponía que el fuerte principal se encontraba más alejado de donde se encontraban las máquinas. Puede ser que el uso de torres redondas o semicirculares en las defensas del siglo XIII, como en Crac des Chevaliers, Marquab y en otros lugares, también se explique como una respuesta ingeniosa ante la mayor eficacia de la artillería y por ser este tipo de torres menos susceptibles al minado.

En 1291 tuvo lugar en Acre el último gran conflicto en la historia de los estados cristianos en el Mediterráneo oriental. El sultán mameluco lideró un gran ejército cuyas catapultas no cesaron de lanzar proyectiles protegidos por las flechas de los arqueros, mientras los expertos en minado abrían socavones en los puntos más vulnerables de las defensas. Las salidas de los cristianos resultaron inútiles y a pesar de que lucharon con valentía, cuando los musulmanes comenzaron a forzar su paso a través de las aberturas en las murallas fueron superados en número y derrotados. Tal fue el impacto de la derrota que los francos entregaron Tiro y el resto de sus baluartes sin oponer más resistencia.



Capítulo VI

La guerra en Europa. 1200 a 1320

Norman Housley

Dos batallas libradas al comienzo y al final de este período nos proporcionan dos puntos de mira ventajosos para poder comenzar con una evaluación de sus características. En Bouvines, entre Lille y Tournai, el 27 de julio de 1214 un ejército francés bajo las órdenes del rey Felipe II Augusto se enfrentó a un ejército germano-flamenco dirigido por el emperador Otón IV y el conde de Flandes. Después de una dura lucha que incluyó una intensa pelea cuerpo a cuerpo, Felipe resultó victorioso. El emperador escapó pero el conde de Flandes fue capturado y encarcelado en el Louvre como prisionero. En Courtrai, al sur de Gante, el 11 de julio de 1302 un ejército compuesto en su mayoría por milicias flamencas infligió una derrota aplastante sobre el ejército francés de Roberto de Artois, dando muerte a su jefe y a los otros dirigentes de sus huestes. Al parecer, los franceses perdieron entre un tercio y la mitad de sus caballeros y las quinientas espuelas doradas pertenecientes a sus muertos fueron colgadas como trofeo en la iglesia de Santa María de Courtrai.

Bouvines y Courtrai se presentan ante nosotros con semejanzas y diferencias. Los dos campos de batalla se encuentran separados por una distancia no mayor de cuarenta millas, sirviendo su proximidad como recordatorio de la importancia estratégica que tiene para Francia la llanura flamenca y las provincias situadas inmediatamente al sur. En ambas ocasiones las circunstancias políticas prevalecieron sobre la bien conocida y justificada escasa inclinación de los dirigentes medievales a arriesgarse entrando en batalla. En 1214 Felipe II se enfrentaba a una coalición extremadamente peligrosa: el rey Juan de Inglaterra, Otón IV y Ferrando de



Soldados bien armados y disciplinados como los que muestra la imagen derrotaron a la caballería de Felipe el Hermoso en 1302 en la batalla de Courtrai. Este importante triunfo de la infantería sobe la caballería fue una ofensa para el sentido de orden social de la época así como un duro golpe a una monarquía que se encontraba en ese momento en la cumbre de su prestigio e influencia.

Portugal, conde de Flandes. El 18 de mayo de 1302 el control francés sobre Flandes, establecido sólo dos años antes, resultó amenazado por una revuelta, las «vísperas de Brujas» *(Matins de Bruges)*. Bouvines resultó ser una respuesta decisiva al desafío al que se enfrentaba Felipe. El rey cortó de raíz la amenaza alemana, confirmó su conquista de Normandía sobre Inglaterra y estableció una firme hegemonía francesa sobre Flandes. Felipe II también consiguió un gran crédito personal al haber salido victorioso de la primera batalla campal de un rey francés en todo un siglo, a pesar de que este encuentro casi le costó la vida. Por otro lado, la derrota en Courtrai demostró ser mucho menos importante en sus consecuencias a largo plazo. El rey Felipe IV el Hermoso reaccionó con energía ante esta humillación y, dos años más tarde, consiguió un triunfo personal sobre los flamencos en Mons-en-Pévèle.

Tanto en Bouvines como en Courtrai los franceses se apoyaron en su mayor parte, aunque no de forma exclusiva, en la caballería pesada. Esto resultó tener consecuencias desastrosas en el encuentro de 1302, principalmente por la imprudencia de Roberto de Artois al negarse a que sus hábiles ballesteros continuasen ocasionando más bajas entre los lanceros flamencos antes de lanzar a la carga su caballería. Courtrai fue un triunfo sobre la estupidez en igual medida que una revelación sobre lo que la infantería era capaz de conseguir. Ambas batallas revelan la mezcla en esencia ecléctica de tácticas de combate que caracterizó la guerra en el



siglo XIII, antes del impacto devastador que supuso la presencia de los arqueros ingleses en el continente (vease el capítulo VII y el capítulo IX). Tampoco hubo cambios muy destacados en la forma en que las huestes reales francesas fueron reclutadas para los dos enfrentamientos, aunque el golpe de Courtrai sí llevó a Felipe el Hermoso a intentar volver a instaurar el servicio militar universal (el *arrière-ban*) como una forma de movilizar hombres y dinero con mayor rapidez y eficacia. En términos de tácticas y organización, el historiador busca en vano una «revolución militar» en este período. En su lugar, detectamos unos cambios más fragmentados y sutiles como el uso extendido de la cota de malla en respuesta a la extensión del uso de las ballestas, el despliegue más sofisticado de la infantería o la construcción de fortalezas en piedra cada vez más impresionantes y, en consecuencia, unas técnicas de asedio más eficaces, destacando el uso generalizado de ingenios o catapultas de contrapeso (*trebuchets*) a partir del año 1200 en adelante (ver capítulo V y capítulo VIII). Ante todo, detrás de estos cambios vemos la creciente influencia de la guerra en los gobiernos, progresivamente más centralizados, ambiciosos y exigentes. La guerra en la Europa del siglo XIII resultaba estar más condicionada que nunca por los grandes cambios en la capacidad de los individuos y de los estados que recurrían al uso de la fuerza.

Antes de entrar en profundidad a analizar estos temas se debe realizar una valoración de las guerras libradas a partir de 1200 en Europa. Después de Bouvines, las relaciones entre Inglaterra y Francia vivieron un período de paz de unos ochenta años. Esta relación pacífica no dejó de romperse de vez en cuando, pero la ausencia de un conflicto importante entre los dos reinos más poderosos del occidente europeo fue algo digno de señalar y sus consecuencias para la sociedad francesa fueron aún mucho más

importantes. El problema de los *routiers,* mercenarios libres (ver capítulo X) que hostigaban los centros religiosos y las comunidades civiles, fue resuelto en gran parte porque muchos murieron en Bouvines o durante la cruzada contra los albigenses. La guerra dejó de ser parte del ritmo habitual de la vida en Francia. Además, de forma lenta pero constante, la guerra fue desplazada del ámbito de lo privado y se convirtió en una prerrogativa de la autoridad pública. Hacia el año 1284, figuras de relevancia entre la nobleza, como Felipe de Beaumanoir, estaban dispuestas a aceptar límites en sus derechos para ir a la guerra alegando razones de justicia real. Más aún, Philippe Contamine, principal historiador francés sobre la guerra en la Edad Media, ha escrito recientemente sobre «la gran paz del siglo XIII». Para la nobleza francesa, la guerra resultó estar asociada ante todo con dos formas de actividad, y con unas lealtades complementarias que ejercían un poderoso atractivo sobre la mente de los aristócratas: las cruzadas y el servicio a la dinastía de los Capeto.

El atractivo permanente de las cruzadas quedó claro con la cuarta y quinta cruzada (1202-4, 1217-19), para las que el reclutamiento en Francia fue intenso. Pero más importante para nuestros propósitos fue la cruzada contra los albigenses (1209-1229). Las incursiones contra los herejes cátaros y sus protectores aristocráticos tomaron la forma, en la mayoría de los casos, de agotadores asedios dirigidos por soldados y fuerzas de apoyo a caballo *(sergeants),* entre los valles y colinas del Languedoc. Los cruzados encontraron a sus oponentes fuertemente atrincherados detrás de muros de piedras pero en asedios como el de Minerve y Termes, en 1210, el nuevo tipo de catapulta resultaría ser muy valiosa. Estas catapultas *(trebuchets)* eran difíciles de manejar y necesitaban de la mano de hábiles expertos que demasiado a menudo caían enfermos, perdían la vida en la batalla o desertaban al no recibir la paga prometida. Más aún, los nobles locales resultaban ser exasperantemente indiferentes a la hora de romper las condiciones de la rendición una vez que las fortalezas habían sido capturadas. Simón de Monfort, líder de las fuerzas católicas, se vio obligado a confiar en los servicios de cruzados cuyos votos únicamente les permitían luchar durante cuarenta días. De esta forma, tuvo que enfrentarse a grandes dificultades para mantener el control de lo que había conseguido en el curso de cada dura campaña de verano, como en el invierno de 1209 a 1210, en el que se estima que más de cuarenta fortalezas se le escaparon de las manos. La frustración de los cruzados y la intransigencia de los cátaros condujo a una brutalidad insólita en el siglo XIII. Las masacres y los



Este anónimo *crucesignatus* representa el ideal monástico de un cruzado: reverencial y comprometido con la causa cristiana pero en posesión de las armas, las armaduras y el apoyo necesarios para salir victorioso de la batalla. No obstante, en la vida real un *crucesignatus* que portase tantas cruces hubiera sido considerado entre sus compañeros como incongruente y vanidoso.

incendios se convirtieron en algo habitual; después de la caída de Bram, en 1210, Simón ordenó dejar ciego a toda la guarnición, con excepción de un solo hombre a quien se confió el cuidado de sus compañeros mutilados. No obstante, no fue hasta 1226 cuando Luis VIII dirigió una incursión real hacia el sur, cuando se consiguió un progreso importante.

La única batalla destacada de la cruzada albigense fue librada en Muret, el 12 de septiembre de 1213, entre Simón de Monfort y las fuerzas unidas de la casa de Tolosa y la corona de Aragón. Simón consiguió la

victoria en Muret de forma totalmente ortodoxa gracias a la carga de la caballería sobre las filas desordenadas de los catalanes. Su éxito fue apenas menos importante para Felipe Augusto que el propio triunfo del rey un año más tarde en Bouvines porque puso término al intento aragonés de establecer un protectorado sobre Languedoc. Bouvines consolidó este triunfo al eliminar también a Inglaterra de la ecuación política, abriendo paso a la ampliación de la autoridad real en el sur entre 1226 y 1249. Estos saltos hacia delante en el poder y prestigio de los Capeto, junto con las novedades administrativas que les acompañaron, permitieron a Luis IX planear su cruzada hacia el este en 1244-8 con un rigor y una atención a los detalles que no tenía precedente en la historia militar de Francia. El reclutamiento de tropas, la obtención de fondos líquidos, junto con la organización de los transportes y de la intendencia, mostró la gran capacidad de la monarquía de los Capeto que bien pudieron repetir la hazaña con ocasión de la segunda cruzada real en 1267-70. Pero estos fueron esfuerzos extraordinarios que dejaron el listón muy alto, tan alto que los descendientes de Luis no fueron capaces de igualar.

Las dos cruzadas de San Luis acabaron en fracaso, como también lo hizo otra muestra importante de poder real: la invasión de Aragón por Felipe III en 1285. El ejército de Felipe no pudo tomar la gran fortaleza de Gerona y quedó separado de su intendencia cuando la mayor parte de su flota fue hundida. En términos militares, ninguno de los Capeto a partir de Luis IX disfrutó de un éxito extraordinario, pero sería un error permitir que el conocimiento de estos desastres configurase nuestra opinión sobre este período. Así, por ejemplo, los franceses aguantaron dignamente e incluso superaron a los ingleses en las batallas libradas en Gascuña en 1296-7. Estas campañas fueron conducidas por el mismo mando que habría de perder en Courtrai (1302), pero que venció a los flamencos en Furnes en 1297. El reinado de Felipe VI, testigo de tantos desastres, comenzó con una brillante victoria sobre los flamencos en Cassel en 1328. Además, si bien las cruzadas de San Luis no fueron coronadas con la gloria militar, el prestigio derivado de éstas proporcionó a la monarquía francesa beneficios incalculables en términos de imagen dentro de la comunidad europea, de relaciones (en especial, de naturaleza financiera) con la Iglesia francesa y con el papado, así como en relación a su proyección política sobre sus propios súbditos. En el siglo XIII, siglo de las cruzadas por excelencia, el análisis del equilibrio militar debe tomar muy en consideración estos factores.

Las cruzadas, que ofrecían a sus partícipes una poderosa mezcla de combate y penitencia, eran parte integral de la experiencia bélica para muchos miles de soldados europeos en el siglo XIII. Además de las campañas en oriente próximo y dentro del núcleo de la cristiandad, hubo mucha actividad de tipo cruzada en la península Ibérica y en la región báltica. En estas dos regiones los cruzados alcanzaron éxitos militares tan decisivos como cualquiera de los alcanzados en el oriente cristiano. En la batalla de Las Navas de Tolosa, el 16 de julio de 1212, Alfonso VIII de Castilla infligió una derrota aplastante a los almohades que controlaban el Al-Andalus musulmán.

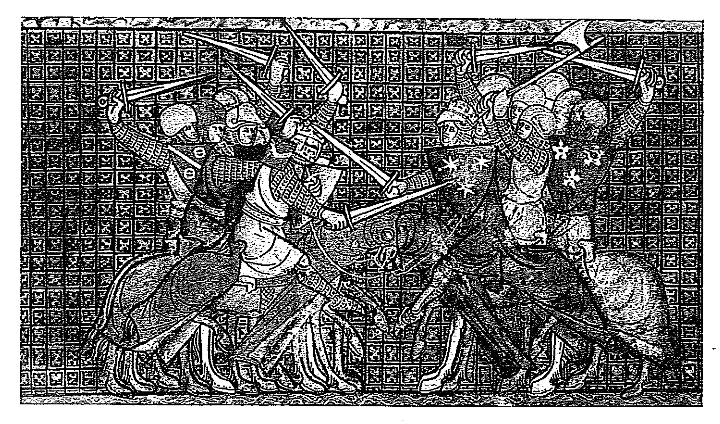
Este encuentro fue la victoria más importante de toda la Reconquista, dando lugar a que castellanos y aragoneses pudiesen entrar en las islas Baleares (1229-35), y las ciudades de Córdoba (1236), Valencia (1238) y Sevilla (1248). También, hacia 1248, los portugueses alcanzaban las costas del Algarve en el sur. Cierto es que tuvieron que pasar décadas para que estas enormes adquisiciones territoriales pudiesen ser asimiladas y colonizadas de manera efectiva, pero teniendo en cuenta que los almohades ya estaban divididos en la época de Las Navas, esta batalla, como las libradas en Muret y Bouvines, fue un encuentro de enormes consecuencias. Sin duda, resulta difícil encontrar otro ejemplo en la historia europea de tres batallas, libradas en años consecutivos y en diferentes escenarios, que tuvieran consecuencias tan decisivas.

Las conquistas en Livonia y Prusia fueron casi tan impresionantes como las realizadas en la península Ibérica. La Livonia católica fue creada entre 1198 y 1263, primero por grupos de cruzados alemanes, luego por la orden militar de los Hermanos de la Espada y, finalmente, por los Caballeros Teutones. Es de destacar la labor que estos últimos realizaron con posterioridad más al sur, en Prusia. Los Caballeros fueron invitados por Conrado de Masovia a entrar al norte de Polonia para hacer frente a las devastadoras expediciones llevadas a cabo por los paganos prusianos. A partir de su campamento base en Kulmerlard, los Caballeros condujeron sus tropas junto con tropas de cruzados alemanes hacia el norte a lo largo de la cuenca del Vístula. Levantaron castillos de piedra para consolidar sus conquistas [Balga (1239), Koenigsberg (1254) y Ragnit (1275), entre otros], pero la sumisión de las poblaciones locales en nombre de Cristo resultó ser difícil y, en 1240 y 1260, hubo grandes revueltas contra el poder de la Orden. Aun así, hacia 1320 los Caballeros ya no encontraban oposición en Prusia, logrando crear con éxito un estado controlado entera-

mente por ellos. Necesitaban una base estable, así como el apoyo de los alemanes y sin duda también el de la nobleza europea, ahora que se enfrentaban a un desafío aún mayor en forma de una gran guerra contra los paganos de Lituania.

Las tribus indígenas de la región báltica fueron víctimas y testigos impasibles de la aplastante superioridad de los alemanes. Esta superioridad no sólo se reconocía en la técnica caballeresca, sino también en la protección de cota de malla de la caballería, las catapultas gigantes y otros ingenios para lanzar piedras, en las ballestas y el nuevo tipo de barco *cog* o coca, con torretas construidas en la proa, en la popa y en el mástil central. Quizá hasta que los españoles no tropezaron con los aztecas, siglos más tarde, no se iba a repetir una disparidad en la tecnología tan dramática. Sin embargo, es notable la rapidez con la que los prusianos aprendieron a utilizar algunas de las armas de sus adversarios. Y cualquier idea de que este desequilibrio puntual representaba un predominio general de la Europa católica sobre sus vecinos se quiebra de forma inmediata en cuanto uno considera los devastadores golpes proporcionados por los mongoles –conocidos en la cristiandad como tártaros– durante sus encuentros militares con las potencias europeas centrales. En abril de 1241, en el espacio de muy pocos días, los tártaros aplastaron a los polacos y a los Caballeros Teutones en la batalla de Liegnitz, y a los húngaros en Mohi (ver más adelante capítulo IX). En ambos casos, la disciplina y el furor de los mongoles les permitió superar a sus oponentes cristianos. La suerte, en forma de una pronta retirada poco después, salvó a los poderes europeos de la amenaza de conquista, y de la difícil tarea de adaptar sus tácticas tradicionales para poder hacer frente a las nuevas técnicas de combate de los tártaros.

Podemos preguntarnos, pues, si existe una unidad subyacente en los acontecimientos ocurridos en este período en España y en la región báltica. No se puede argumentar que fueron simplemente la expresión militar de la presión demográfica. Poblar las áreas conquistadas no fue una tarea fácil para las monarquías ibéricas ni para la Orden Teutona; en el caso de la tercera zona de conquista católica, las tierras bizantinas obtenidas como consecuencia de la cuarta cruzada, resultó imposible promover una repoblación adecuada. Obviamente, la presencia activa en esta zona de la ideología de las cruzadas y de sus instituciones representa un rasgo común de cierta importancia. En particular, la contribución realizada por los hermanos de las órdenes militares no debe ser minusvalorada. Mientras que los hermanos-caballeros de las órdenes surgidas en la península Ibérica no



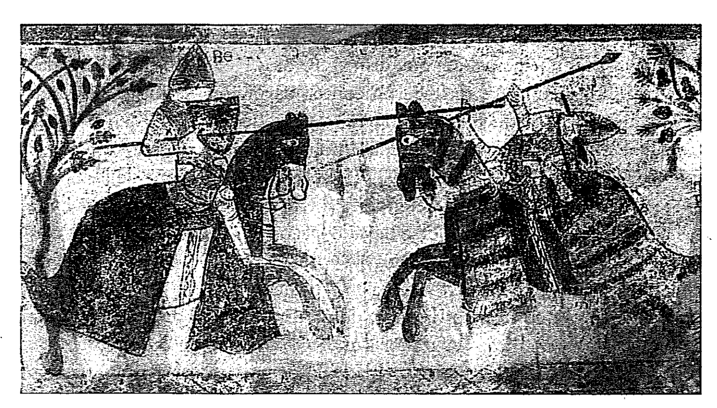
«Quedar empapado en el sudor y la sangre propia, es lo que yo llamo el verdadero baño de honor» (Enrique de Laon). La fortuna y la fama se ganaban o perdían en las luchas cuerpo a cuerpo como la de la imagen; los caballeros que resultaban capturados tenían que pagar grandes sumas por su rescate. No es difícil imaginar el ruido, la confusión, el miedo y el agotamiento que acompañaban a estos duros encuentros.

jugaron el papel principal del que disfrutaron los Hermanos de la Espada y los Caballeros Teutones, sí sirvieron como guarnición de un gran número de fortalezas. El castillo de Salvatierra, defendido por la Orden de Calatrava, fue una espina clavada para los almohades durante algunos años a comienzos del siglo XIII y su caída en 1211 precipitó la campaña de las Navas. Sin la ayuda de estas órdenes religiosas, el empuje de las monarquías ibéricas hacia el sur no podría haberse llevado a cabo con tanta rapidez. No obstante, incluso en las regiones bálticas la «presencia de los cruzados» no explica por sí misma el éxito católico. Al final fue en gran parte una coincidencia el que factores locales, de naturaleza muy diferente, funcionasen para favorecer a los cruzados a ambos extremos de Europa.

Queda por considerar la actividad bélica en las islas Británicas y en Italia. En el siglo XIII, Inglaterra experimentó dos períodos de intensa actividad militar; el primero, en la década de 1260, fue el conflicto conocido como la guerra de los Barones y, el segundo, durante las guerras de Eduardo I en Gales y Escocia. Las guerras civiles suelen caracterizarse por batallas campales, deseadas por ambos bandos, buscando solventar al-

guna antigua disputa y, siguiendo este esquema, la guerra de los Barones produjo dos encuentros importantes en Lewes (1264) y Evesham (1265). Es difícil no resaltar el instrumento que resultó clave en la conquista de Gales en 1267-83 por Eduardo I, así como su legado más fascinante: la red de castillos ideada al detalle que el rey mandó construir en tierras galesas (ver también capítulo VIII). Los castillos más importantes estuvieron en Rhuddlan, Flint, Conway, Harlech, Beaumaris y Caernarvon. Michael Prestwich los ha juzgado recientemente como «la serie más magnífica de fortalezas levantadas en toda la Europa medieval», al tiempo que cuestiona la sabiduría del plan estratégico de Eduardo en lo que respecta a los recursos requeridos para mantener estas fortalezas en un momento posterior.

Junto con las dos cruzadas de Luis IX, las guerras escocesas de Eduardo forman el grupo más instructivo de todos los conflictos del siglo XIII que han sido objeto de atención de la investigación histórica. Esto se debe en gran parte a que ambos conflictos revelan con claridad cómo los gobiernos reales hicieron frente a temas fundamentales de la organización militar. La estrategia adoptada por Eduardo es menos trascendente al con-



Este combate uno contra uno entre un caballero francés y Manfredo de Staufen es una representación quimérica de la rivalidad entre los angevinos y sus oponentes alemanes. En 1283 hubo una complicada negociación en torno al duelo real entre Carlos I de Anjou y el rey Pedro de Aragón, cuñado de Manfredo. Pero el encuentro nunca llegó a producirse.

sistir en el envío hacia el norte de grandes ejércitos con el objetivo de provocar que los escoceses entrasen en batalla. Esto funcionó en Falkirk en 1298 pero en otras ocasiones fracasó, bien porque los escoceses evitaron la batalla o porque, como ocurrió en 1297 en Stirling Bridge y en Banonckburn en 1314, los escoceses triunfaron gracias a su forma innovadora de desplegar sus soldados de a pie. No fue hasta después de 1320, primero en Boroughbridge (1322) y de forma más destacada en Halidon Hill (1333), cuando los ingleses comenzaron a poner en práctica sus propios cambios tácticos, que habrían de dar muy pronto enormes dividendos en Francia.

Posiblemente, Italia fue testigo de la actividad bélica más constante y extendida de todo el continente europeo en el siglo XIII, siendo resultado de esta situación la atracción que sentían muchas bandas de mercenarios extranjeros por acudir a sus filas. La naturaleza endémica de los conflictos estaba enraizada en dos grupos de circunstancias. En primer lugar, las comunidades del norte y del centro, con autonomía de gobierno, estaban implicadas en una competencia feroz por las tierras y el comercio. En segundo lugar, tanto los papas como los reyes de Sicilia, los Staufen hasta 1266 y más tarde los Angevinos, tenían la posibilidad ex officio o por razones dinásticas de movilizar fuerzas militares a una gran escala dentro y fuera de la península. Estas dos dinámicas interactuaban dado que el complejo abanico de enemistades y alianzas entre comunas tejía esquemas muy complejos de patrocinio y lealtades con la autoridad del papa, el emperador o los reyes. La guerra resultante desafía cualquier análisis apresurado, excepto por la división relativamente clara entre el sur real, y el centro y el norte ciudadano. En el reino de Sicilia, donde la autoridad política estaba centralizada de forma notable, las batallas podían ser decisivas. Carlos de Anjou, conde de Provenza y hermano menor del rey de Francia Luis IX, fue llamado a Italia por el papa Urbano IV para expulsar a los Staufen, conquistando con efectividad el *Regno* gracias a sus claras victorias en Benevento (1266) y Tagliacozzo (1268). Por otro lado, en Toscana y en Lombardía la extrema fragmentación política no permitió que incluso una victoria tan destacada como la derrota de los milaneses ante las tropas de Federico II en Cortenuova (1237) resolviese al final la situación.

En el centro y el norte de Italia, tierra de ciudades y villas fortificadas, los asedios eran frecuentes. No obstante, eran difíciles de llevar a cabo e incluso ciudades capturadas podían ser perdidas poco después por causa de un soborno, una traición o una insurrección. La situación era de hecho

muy similar a la que encontraron los cruzados albigenses en Languedoc. En 1240 Federico II necesitó seis meses para tomar la pequeña ciudad de Faenza, ocho años después, en 1248, el emperador fracasó en el asedio a la ciudad de Parma, a pesar de que levantó un grandioso campamento, una ciudad por sí misma que, de forma ingenua, llamó «Victoria». Así, la imposibilidad práctica durante este período de infligir una derrota decisiva sobre el enemigo se nos asemeja a la actividad bélica en Italia durante el siglo XI. Esto era viable en una sociedad enormemente dependiente del comercio, de la fluidez de las comunicaciones y de la cooperación entre ciudades, dada la existencia de un complejo sistema de limitaciones sociales. Estas restricciones mantenían las hostilidades al nivel acordado y ayudaban a poner freno a las conductas más brutales en el desarrollo de las operaciones militares. En ciertas ocasiones estos acuerdos se rompían o eran descartados como ocurrió a lo largo de los diez últimos años de la guerra de Federico II contra las ciudades. Los horrores de este período fueron descritos de forma gráfica por cronistas como Salimbene. La mayor parte del siglo XIII italiano fue testigo de la denominada «ley de las armas» (los acuerdos tradicionales que gobernaban las relaciones entre partes hostiles) aplicándose con una claridad que no se observa en otros escenarios menos ordenados o sofisticados desde un punto de vista legal.

Incluso en este corto *tour d'horizon* sobre la forma de hacer la guerra en el siglo XIII debe quedar claro que existían numerosas razones para la beligerancia. La defensa de derechos dinásticos, la conquista de territorio enemigo, la guerra civil o la lucha para la obtención de gloria personal y honores coexistían sin tensión aparente con motivos más altruistas como la defensa del reino o de la patria, la reconquista de tierras anteriormente arrebatadas o el servicio a la fe cristiana a través de las cruzadas o las guerras de religión. Como es natural, eran estas últimas causas las que los abogados de la ley canónica erigían como objetivos de los dirigentes cristianos. Así, hacia 1300, los expertos en leyes civiles y canónicas comenzaron a clamar su patrocinio del deber del príncipe cristiano de combatir en exclusiva lo que ellos consideraban una guerra justa. Pero muchos dirigentes ni conocían ni se interesaban por las ideas de los juristas y teólogos, y aquellos que sí eran susceptibles de forma personal a tales argumentos encontraron poca dificultad para retratar sus otros objetivos de forma aceptable. Tal como señaló Maurice Keen, «en la práctica, una guerra justa y una guerra pública eran lo mismo». Los documentos emitidos en nombre de hombres como Federico II y Felipe el

Hermoso muestran que apreciaban la conveniencia de comunicar sus metas militares de una forma verosímil, por muchas razones. Pero sería difícil sostener el argumento de que ellos o sus contemporáneos tenían una visión de la guerra *au fond* muy diferente de la de sus predecesores en los siglos XI y XII.

El cambio estaba teniendo lugar, en parte, en las formas de reclutamiento, de pago y de suministro a los ejércitos. El reclutamiento de soldados es fácil de examinar si tomamos como referencia a Inglaterra, Francia e Italia. Los reyes ingleses levantaban sus ejércitos gracias a una combinación de factores: el servicio a la casa real, la obligación feudal, la imposición de un deber general de servir en las milicias y, no menos importante, la retribución por el servicio prestado. La casa real aportaba al menos el núcleo del ejército y, en ocasiones, mucho más. En 1314-15, Eduardo II disponía en la corte de treinta y dos hombres destinados a portar sus estandartes y ochenta y nueve caballeros, aunque estas cifras se redujeron de forma considerable poco después. En cuanto a las obligaciones feudales, a comienzos del siglo XIII los grandes *lords* ingleses obtuvieron un éxito importante al conseguir que sus aportaciones *(servitium debitum)* fuesen reducidas de forma drástica. A partir del reinado de Juan la convocatoria a los señores feudales pocas veces era suficiente para conseguir formar un ejército. Este llamamiento tuvo que ser reemplazado o complementado con la convocatoria obligatoria a los caballeros (como ocurrió con la primera campaña de Eduardo I en 1277 contra los galeses), a cambio de un pago y, a partir de 1270, por medio del servicio contractual. Múltiples factores militares, financieros y políticos modelaron la forma de abordar en cada ocasión la necesidad de la corona de reclutar un ejército. En 1282, por ejemplo, los barones desearon servir en Gales (sin obtener un pago por el servicio) al saber que respondiendo al llamamiento feudal incrementaban sus posibilidades de recibir aquellas tierras que el rey conquistase. Más sorprendente aún resulta la campaña de Falkirk, en 1298, para la que tampoco se hizo una convocatoria feudal y donde el grueso de la caballería que participó en la batalla tampoco fue retribuido. El motivo que explica este servicio altruista parece ser la fidelidad general a Eduardo I.

La situación en Francia no era distinta. Philippe Contamine, haciendo referencia a la hueste real que luchó en Bouvines, declaró que se trataba de «apenas un ejército, más bien una reunión temporal de pequeñas unidades autónomas reflejo de la estructura feudal, fácil de reunir, fácil de di-

solver al final de la campaña, convocada para reforzar el modesto séquito de los caballeros del rey». Los servicios feudales continuaron utilizándose a lo largo del siglo, a pesar de que la última convocatoria a las fuerzas del reino fue en 1272. Por lo general se esperaba que las propias ciudades proporcionasen contingentes de infantería. Así, es posible reconstruir las cuotas de infantería para la campaña de Bouvines, que oscilaban entre los mil hombres que debía aportar Arras a los cincuenta de Crandelain. Muchos establecimientos religiosos también tenían obligaciones militares frente a la corona: Saint-Germain-des-Près, por ejemplo, debía enviar ciento cincuenta infantes profesionales siempre que el rey les convocase para la guerra.

Mucho antes de las últimas convocatorias feudales de 1272, los Capeto habían comenzado a hacer un amplio uso del pago de salarios (*vadia*) a cambio de servicios, como se dio de forma destacada en las dos cruzadas de San Luis y en la cruzada aragonesa de 1285; tres casos de interés, dado que gran parte de los combatientes estaban obligados a servir por una cuestión de devoción. En particular, el servicio asalariado estaba muy extendido entre un gran número de guarniciones de los castillos cercanos a las fronteras más conflictivas. Algunos de estos conflictos hacían necesaria la presencia de grandes tropas de soldados: por ejemplo, en 1299 había treinta y dos hombres con sus caballos estacionados en Santa Librada, doscientos cincuenta y seis en Moissac, y cincuenta en Villefranche. Por otra parte, las cantidades de dinero a cambio del servicio en campaña eran modestas, y el concepto de salario es a veces menos apropiado que el de una indemnización para «cubrir gastos y compensar por las molestias». Hacia el año 1300 empezaron a surgir contratos escritos en los que se especificaba el contenido del servicio, al principio con la falsa apariencia feudal de unas rentas (esto es un «feudo» entregado no en la forma de una propiedad sino del pago a cambio de una promesa de servicio). Ninguno de estos mecanismos tenían carácter exclusivo. Igual que en Inglaterra, podemos suponer que el procedimiento adoptado era aquel que, después de un período de regateo, se acomodaba mejor tanto a los soldados como al pagador del servicio. En 1249, por ejemplo, Alfonso de Poitiers contrató los servicios de Hugues le Brun, conde de Angulema, junto con once caballeros para su cruzada. Hugues recibió un salario en forma de una renta hereditaria de seiscientas libras de Poitevin, y un préstamo de cuatro mil libras de Tours.

Tanto en Inglaterra como en Francia el movimiento hacia el servicio retribuido fue oscurecido por su coexistencia durante décadas no sólo con

El famoso *dictum pecunia nervus belli est* (el dinero es el nervio de la guerra) es perfectamente aplicable a la guerra europea en el siglo XIII. Este registro de los salarios pagados a cambio de los servicios de la caballería en Escocia, en 1322, fue confeccionado por funcionarios al servicio de la intendencia real inglesa pero se encuentran equivalentes en todos los estados de Europa occidental. La guerra necesitaba tanto de burócratas como de dinero.

las antiguas formas de obligación, sino también con un fuerte sentido de la lealtad personal al monarca ungido, quien, en las principales campañas, conducía en persona a sus soldados al combate. La gran mayoría de estos hombres soldado eran ante todo súbditos del rey. En las comunidades italianas la continuidad histórica tenía un peso menor y faltaba el elemento de lealtad personal. Muchos soldados extranjeros fueron atraídos por la riqueza y la incesante beligerancia de los gobiernos de la península; por otra parte, la actitud comercial de los italianos deseosos de contratar los servicios de los mercenarios acentuó la idea de que Italia era la vanguardia del movimiento que propagaba un modo más comercial de organizar la guerra. En gran medida esto también es aplicable respecto a los reyes angevinos de Nápoles. Sus necesidades eran muy superiores y no podían ser cubiertos por los medios proporcionados por las baronías feudales,

por lo que contrataron a muchos caballeros, instructores y ballesteros franceses y provenzales. Algunos de estos eran súbditos de los angevinos, pero muchos eran simples mercenarios.

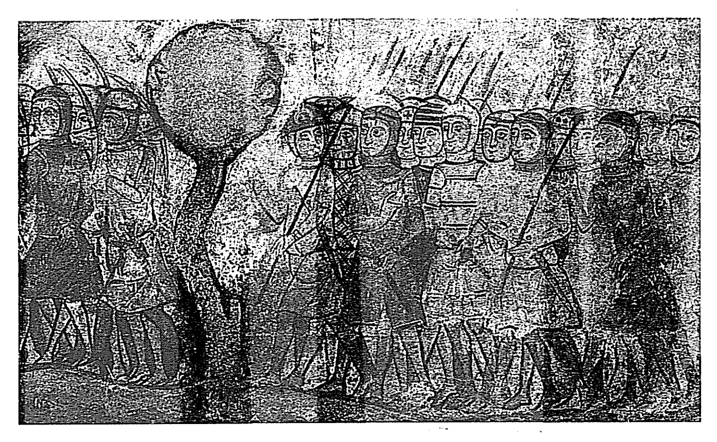
El caso de Florencia ha sido ampliamente analizado por Daniel Waley. La obligación de sus ciudadanos de servir en persona fue poco discutida a lo largo de todo el período. No obstante, el servicio de los ciudadanos se complementaba mediante la contratación de mercenarios, tropas cuyo servicio estaba vinculado únicamente al pago de un salario. A partir de 1270, la presencia de mercenarios tanto en las campañas como en las guarniciones de los castillos se hizo más significativa. Waley ha rechazado con reciedumbre la idea de que esta situación era reflejo de la desmilitarización de la sociedad florentina: «no existen pruebas de que Florencia fuese en 1300 una ciudad formada por blandos y decadentes hombres de negocios que prefiriesen pagar a otros para luchar en su nombre». Más bien era consecuencia de extensión del uso de la cota de malla y de las dificultades que presentaban estas armaduras para los atacantes, así como la prolongación de los planes militares de Florencia y la mayor disponibilidad de mercenarios. El contrato (*condotta;* ver también el capítulo X) era, por tanto, hacia 1320 un rasgo común y sofisticado de la vida militar en la Península Ibérica. Por estas fechas, la mayoría de las ciudades comienzan a nombrar funcionarios con la tarea de dirigir las negociaciones. Estos acuerdos iban mucho más allá de las estipulaciones obvias relativas al salario y a la duración del servicio, para incluir cláusulas sobre el tipo de armadura que se debía portar, la compensación por los caballos perdidos en la batalla (*mendum*), la distribución del botín y de los prisioneros, y la jurisdicción en el caso de una infracción legal. Además, muchos contratos de esta época se acordaban entre las comunas y los empresarios, italianos o no, que agrupaban en una *mesnada* o *conestabularia* a las tropas en cuyo nombre negociaban las condiciones del servicio.

Sustentando estos cambios en el continente se encontraba, por supuesto, el desarrollo de una economía monetaria, impulsada por la capacidad de los gobiernos de explotar a fin de incrementar sus ingresos y expandir su crédito, y financiar así su actividad bélica. La financiación de la guerra es un asunto demasiado largo y complejo para ser tratado aquí, pero se debe hacer una aclaración: al menos en Europa occidental el crecimiento de la población, unido al aumento de los ingresos gubernamentales y a la no disminución de la actividad bélica, tuvo como consecuencia la presencia de ejércitos cada vez mayores. El profesor Contamine ha es-

timado que el poder militar de la corona francesa aumentó de forma considerable entre las batallas de Bouvines y Courtrai. Basándose en los gastos del rey, a su parecer Luis IX pudo haber dirigido en su primera cruzada entre quince mil y veinticinco mil hombres: una cifra sorprendente si tenemos en cuenta que estos hombres, junto a los no combatientes que les acompañaban, y quizá ocho mil caballos, requerían ser transportados por mar. Como Felipe el Hermoso, Eduardo I tenía el poder de levantar ejércitos de hasta treinta mil hombres, una cifra que el rey Juan nunca pudo soñar. El profesor Prestwich en sus investigaciones ha estimado que en la campaña de Falkirk, en 1297, se vio implicado «posiblemente el mayor ejército reunido por un gobierno inglés hasta ese momento». En contraste con lo anterior, William Marshal pudo muy bien haber obtenido su triunfo en Lincoln en 1207 con menos de ochocientos hombres.

Estos grandes ejércitos tenían también una dosificación interna más compleja que la de sus predecesores. En el ejército inglés la caballería pesada estaba dividida en tres categorías: los portaestandartes, los caballeros y un tercer grupo compuesto de soldados de apoyo, escuderos y ayudantes. Entre los franceses un mayor énfasis en el concepto de la figura del caballero creó dos grupos fundamentales: los caballeros armados, que comprendían desde duques a caballeros sin otra categoría especial, y el resto, denominados de forma general *sergeants,* al comienzo del siglo, y escuderos, a su final. Estas categorías de «hombres en armas» dependían no sólo de la categoría social, sino también de la calidad de sus armaduras y del número de caballos de guerra que poseían. Además, existían arqueros y ballesteros a caballo y, en Inglaterra, jinetes con armaduras ligeras llamados «hobelars» (ver capítulo IX). La infantería figuraba de alguna forma en casi todas las campañas e incluía tropas especiales de arqueros, piqueros, ballesteros y escuderos *(pavesari)* cuya misión era ofrecer protección mientras los demás recargaban sus armas.

Muchas unidades de los ejércitos del siglo XIII estaban organizadas de manera notable. Como en tantas otras esferas de la vida medieval, el señorío era la fuerza de cohesión más importante. En los ejércitos ingleses y franceses esta cohesión se ejercía a través del séquito de los reyes y los grandes señores. En 1297, el barón de Norkfolk sirvió a Eduardo I con un séquito de cinco portaestandartes, nueve caballeros y diecisiete barcos de guerra. Unos años más tarde, durante la campaña de Courtrai, el señor de Varannes puso a disposición de Felipe IV una tropa de cinco caballeros, veinte escuderos, un capellán, dos oficiales, seis mayordomos, sesenta y



Las cruces muestran que algunos de estos soldados catalanes eran cruzados, probablemente participantes en las campañas de Jaime I contra los musulmanes de Valencia y Mallorca. Su valor y ferocidad se hicieron legendarios, y permitieron a Jaime I y a sus sucesores establecer la corona de Aragón como una de las potencias más dinámicas de la región mediterránea.

un criados y una lavandera. A su disposición tenían también ochenta y cuatro caballos. En otros casos los caballeros llegaban a acuerdos basados en la mutua confianza, las hermandades en armas. La infantería estaba generalmente agrupada según la región de origen de los soldados, a cada grupo de combatientes le seguían sus propios servidores civiles, capellanes, y otros ayudantes. Las milicias de las ciudades, en particular aquellas de Italia, Flandes y las regiones fronterizas de Castilla, se caracterizaron por su alto grado de organización: los soldados utilizaban las mismas armas y armaduras y se entrenaban en grupo. Los uniformes eran algo habitual hacia 1300, como el uniforme de los hombres de Tournai, consistente en una túnica roja con un castillo de plata sobre el pecho y en la espalda.

La habilidad en la organización de estas tropas alcanzó su apogeo con las milicias ciudadanas de las comunas italianas, en las que cada barrio desplegaba una fuerza separada equipada con todo el material necesario. Gracias al «Libro de Montaperti», compilado por oficiales de la comuna florentina, conocemos en detalle al ejército que combatió (y perdió) la

batalla epónima en 1260. Se trata de un microcosmos de la comunidad en guerra. Cada *sesto* (sexta parte) estaba formado por tropas de caballería, bajo la responsabilidad de los clanes aristocráticos *(consorterie)*, y de infantería. Los contingentes estaban encabezados por los portaestandartes que se hacían acompañar por los comisarios y los consejeros. El ejército en su conjunto era dirigido por el *podestà*, el jefe supremo de la comunidad, pero lo que realmente unía a este variado ejército era el *carroccio*, un curioso vehículo de combate tirado por bueyes y portador de la variopinta colección de reliquias y estandartes venerados por la comunidad. En Montaperti el *carroccio* florentino era seguido por una escolta de cincuenta caballeros, su pérdida a manos del enemigo era considerada una gran humillación, omo ocurrió tras la batalla de Cortenuova, en 1237: Federico II hizo desfilar el *carroccio* de la ciudad de Milán, su principal rival, arrastrado por un elefante. Sus estandartes fueron humillados y el *podestà* prisionero expuesto en el *carrocio* milanés sujeto con grilletes.



Además de armas, ropas adecuadas y dinero, los ejércitos necesitaban alimentos. Las necesidades básicas eran atendidas, en parte, por el aprovisionamiento directo, pero con mayor frecuencia, fomentando que comerciantes y empresarios realizasen el esfuerzo de comprar y transportar los suministros allí donde se encontrasen los combatientes.

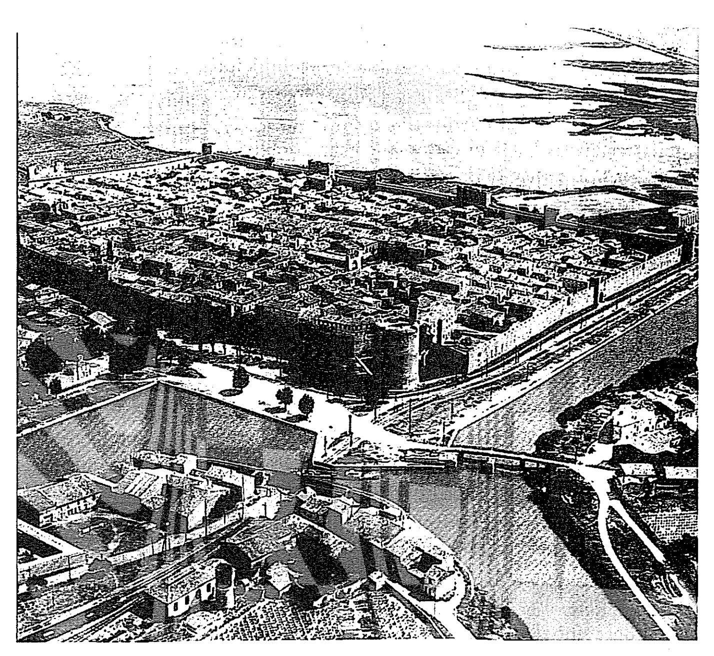
Era con toda probabilidad inevitable que esta tendencia general hacia un número mayor de combatientes y hacia ejércitos más organizados tuviese su equivalencia en el campo de la intendencia, en particular en el de los alimentos tanto para los hombres como para los animales. A través de Europa, los gobiernos realizaron grandes esfuerzos para asegurar que los ejércitos y las guarniciones se encontrasen suministrados y equipados adecuadamente. Las cifras disponibles en las fuentes documentales son de una escala nunca alcanzada en períodos anteriores, por lo que existe el peligro de exagerar la novedad de lo conseguido. No obstante, sería ingenuo no admitir el enorme esfuerzo en el que se vieron envueltos más aún cuando provenía de funcionarios sometidos a una gran presión debido al poco interés de los gobiernos en crear organismos administrativos nuevos. Tan efectiva fue la desviación del grano de Sicilia para cubrir las necesidades de aprovisionamiento del ejército de Luis IX en Túnez, en el verano de 1270, que hubo penurias no sólo en las ciudades del norte de Italia sino también en la propia Siracusa. En Inglaterra, al final de las guerras de Eduardo I, la adquisición obligatoria de víveres por motivos militares, conocida al principio como recaudación y más tarde como suministro, se convirtió en una de las prerrogativas más impopulares de la corona. En Francia, por la misma época, el rey emitió una serie de salvoconductos y exenciones del pago de gabelas a favor de los mercaderes ocupados en suministrar a las huestes reales. Fuese cual fuese la forma en que se llevaba a cabo, el suministro de provisiones era reconocido como algo de importancia crucial. Cuando se colapsaba el servicio de suministros los precios subían, la moral se hundía, y las relaciones con la población local que ya eran tensas en las mejores épocas podían complicarse.

La escasez de armas podía resultar tan grave como la escasez de alimentos, y hacia el año 1300 los estados más avanzados de Europa también se estaban acostumbrando a adquirir armas y armaduras en previsión de futuros conflictos. En los registros de las monarquías inglesa, francesa y napolitana abundan las referencias a las adquisiciones de armas y las auditorías de los almacenes. En 1295, por ejemplo, el gobierno francés compró en la ciudad de Tolosa un total de 2.000 ballestas, 1.000 vestiduras forradas, 3.000 bacinetes y 3.000 gorjales para la guerra en Gascuña. La munición para las catapultas *(trebuchets)* se guardaba en grandes cantidades y, por supuesto, se almacenaban ballestas y flechas. En las comunidades de Italia era práctica habitual que los mercenarios contratados proporcionasen sus propias armaduras, pero la

ciudad suministraba la munición para las ballestas. El contrapunto a esta floreciente actividad comercial era la prohibición consuetudinaria de exportar materiales de guerra, caballos, armaduras, e incluso hierro, en tiempo de conflicto armado.

Las cruzadas hacia el este planteaban problemas especialmente complejos en lo relativo a los suministros, los esfuerzos que tuvo que realizar San Luis para asegurar un apasionamiento adecuado para sus tropas. Una de las anécdotas más encantadoras de Joinville nos habla de las colinas de trigo y avena que los soldados de Luis acumularon en Chipre, anticipándose a las necesidades del ejército real, para pasar el invierno en la isla. El trigo en la parte más alta germinó al recibir el agua de lluvia y tuvo que ser apartado como si se tratara de la época de la siega hasta llegar al trigo seco que quedaba más abajo. La primera cruzada nos proporciona también la obra más destacada del siglo XIII llevada a cabo en relación a una expedición militar. Se trata de la construcción de Aigues-Mortes, en Provenza, levantada por el rey para proveer así a su ejército de un puerto que estuviese localizado en tierras de la corona francesa. Resulta evidente que para Luis, en ese momento, como para Felipe VI en uno posterior, esta consideración tenía mayor peso que las desventajas que acarreaba la tendencia inevitable del puerto a obstruirse por los aluviones y la escasez de agua potable en las cercanías. Aigues-Mortes fue la respuesta a lo que un historiador del reino de Luis denominó «el desafío de la cruzada». Con el tiempo, resulta incontestable que el principal impacto que causaron las cruzadas sobre la práctica de la guerra en Europa recayó en el campo de las exigencias administrativas más que en la aplicación en occidente de lecciones militares específicas aprendidas en Egipto, Palestina o Siria. Hubo pocas de estas últimas, y no incluyen los castillos galeses de Eduardo I, que los historiadores acostumbraban a creer que seguían el modelo de los castillos que el rey había observado durante su estancia en Tierra Santa, en 1271-2.

Hasta ahora en este capítulo nos hemos centrado en examinar un amplio abanico de campañas y la forma de movilización y organización de los ejércitos que participaban en ellas, veamos ahora, finalmente, cómo era el combatiente de este período. Debemos preguntarnos si el creciente profesionalismo de la guerra y el papel cada vez más dirigista de los gobiernos afectó a su actitud con respecto a lo que estaba haciendo. ¿Era distinto que sus predecesores? Es arduo difícil responder a estas cuestiones con cierto grado de confianza, pero al menos deben ser abordadas. Por una



Esta vista aérea del puerto de Aigues-Mortes refleja bien la extraordinaria ambición de la planificación militar de Luis IX. La energía y los recursos, que en esta ocasión se reunieron para las necesidades de la cruzada hacia Oriente planeada por el rey, serían más tarde dirigidos hacia objetivos más cercanos al país y que proporcionarían beneficios más obvios para la corona de Francia.

simple cuestión probatoria debemos considerar sólo la actitud del guerrero a caballo, el caballero, o como mucho la de los soldados montados, por muy lamentable que sea dejar a un lado el punto de vista de aquellos que lucharon a pie.

El servicio militar, tal como hemos visto, estaba cubierto por una obligación, voluntaria o a cambio de un pago. En los últimos tiempos se ha prestado demasiada atención a la forma en que estos dos factores se relacionaban entre sí; el antiguo punto de vista que consideraba el siglo XIII como un período de transición, desde una obligación feudal o cívica a un servicio retribuido, ya no resulta en su totalidad satisfactorio. En el año

1200 ya se realizaban pagos mientras que en 1320 la obligatoriedad del servicio militar aún jugaba un papel de importancia. Ciertamente, Felipe IV intentó dar marcha atrás al reloj reviviendo el antiguo *arrière-ban,* para gran incomodo de Pierre Dubois. Dubois interpretó el gesto del rey como una rendición despreciable ante la negativa de la nobleza de realizar sus deberes como vasallos, pero podría haber sido de igual forma interpretado como un intento de revitalizar un sentimiento de obligación general a favor de la defensa de Francia, ya fuese expresado mediante el servicio o mediante el pago.

Quizá más importante que las pretensiones de Felipe fue el esfuerzo político y administrativo que acompañó a acontecimientos similares en otros países. El control gubernamental sobre la guerra se hizo más firme en el siglo XIII de lo que había sido en el XII o de lo que sería (al menos en ciertas áreas) en el siglo XIV. Hemos visto que los mercenarios *(routiers),* que habían adquirido una reputación terrible por su brutalidad en la última parte del siglo XII, dejaron de ser un problema a comienzos del siglo XIII. Sus sucesores, las compañías libres, tenían aún que aparecer. La excepción, la Gran Compañía Catalana, fue sin duda extraordinaria y señalaba el camino hacia el futuro (ver más adelante capítulo X). Pero su éxito se debió en gran parte al escenario de sus operaciones militares, primero en el Imperio Bizantino y después en la Grecia de los francos. A partir de la Cuarta Cruzada el conflicto endémico en esta zona atrajo a muchos mercenarios desde occidente. Tan pronto como 1210, el emperador latino de Constantinopla, Enrique, fue criticado por el papa Inocencio III por agravar la falta de hombres para el combate al no ofrecer el precio de mercado por los soldados que resultaron más atraídos por los salarios ofrecidos por sus enemigos griegos. En otras partes, el soldado del siglo XIII estaba por lo general anclado al servicio de una autoridad establecida y bendecida con el *ius ad bellum* (el derecho a hacer la guerra), o bien al servicio de un poder secular o cuando luchaba como cruzado o como miembro profeso de una orden militar al servicio de la Iglesia. Aquellos que tomaban la cruz al tiempo que aceptaban subvenciones financieras, como ocurrió con muchos que lucharon en oriente con San Luis, estaban a menudo al servicio de ambos. Las obligaciones de los combatientes se fueron concretando cada vez más en forma de contratos y de votos religiosos, mientras que la naturaleza y los límites de sus servicios eran definidos jurídicamente mediante la labor de los juristas canónicos y civiles.



Rolando, mostrado aquí (manuscrito del siglo XIII) siendo nombrado caballero por su señor Carlomagno, continuó siendo una figura extremadamente atractiva para los combatientes. Su combinación de lealtad como vasallo, su valor militar y su devoción religiosa le convirtieron en un modelo perdurable de caballero.

Se puede afirmar que nunca antes los soldados habían estado sujetos a a tantos controles ni habían recibido tal cantidad de consejos reguladores de su conducta; pero si esto alteró o no de manera radical la forma en que el combatiente se veía a sí mismo o a su labor, esa es otra cuestión. Hacia el año 1200 ya había surgido un consenso acerca de lo que constituía el comportamiento caballeresco, pudiendo verse con claridad en la *Vida de William Marshal,* escrita en los últimos años de la década de 1220. Su autor se centra en una característica mezcla de excelencia militar, el servicio fiel a una serie de reyes ingleses, un comportamiento señorial adecuado, y la piedad religiosa. William pasó más de dos años en Tierra Santa y, en su lecho de muerte en 1219, entró en la orden de los Caballeros Templarios.

Durante las décadas siguientes aquellos caballeros que despertaron una admiración similar en sus contemporáneos se vanagloriaban de su carrera como cruzados, eran también vasallos leales y, por lo general, participaban en los asuntos militares. Geoffrey de Sergines, que dirigía el «regimiento» francés abandonado en Acre por San Luis, cuando regresó a Francia en 1254 fue aclamado como héroe por el poeta Rutebeuf, y hombres como Erard de Valéry, Otón de Grandson y Giles de Argentine se ajustaban, en gran parte, a este modelo.

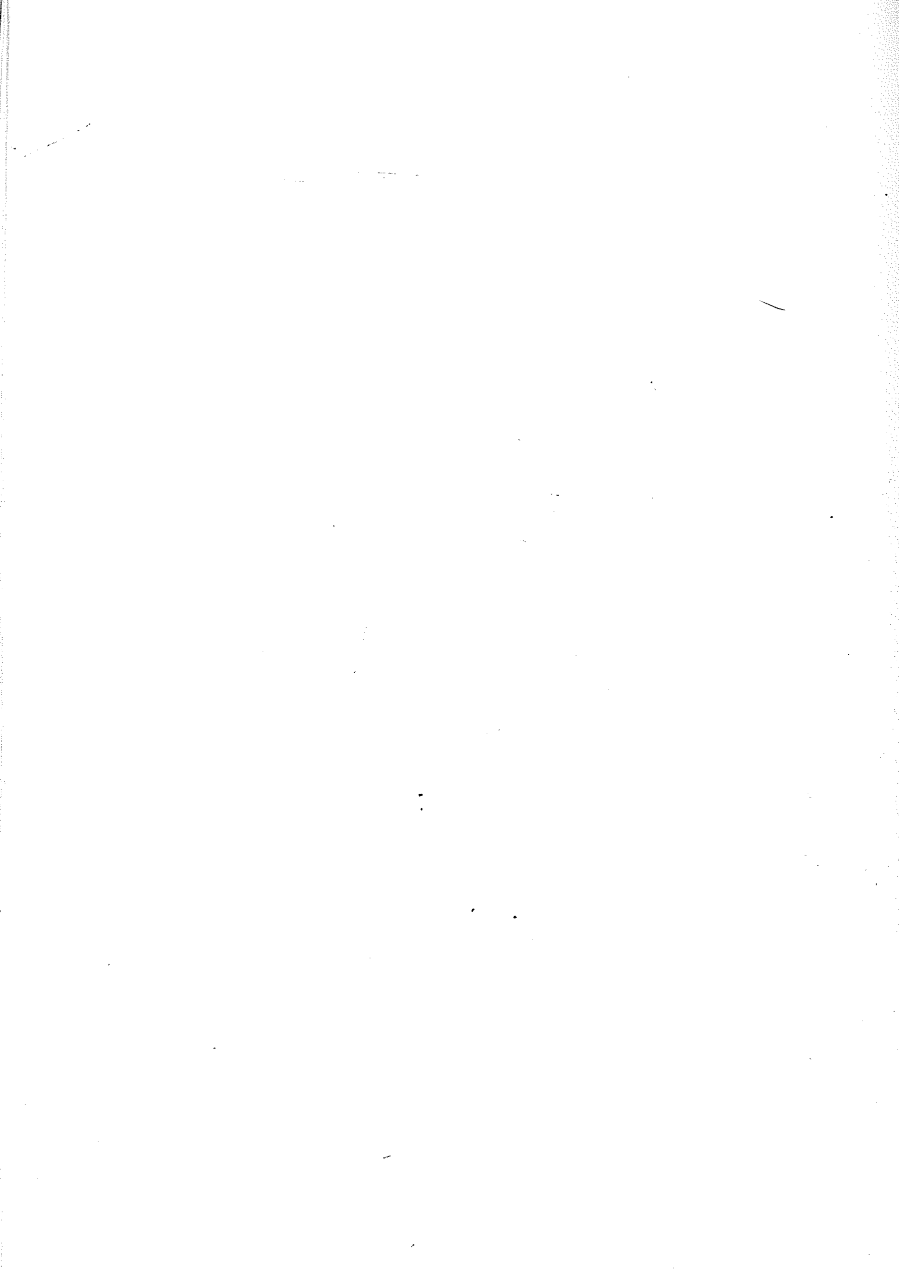
Es tentador querer ver un abismo de diferencias en las actitudes de estos guerreros y de algunos de aquellos que entraron en las comunidades italianas a través del servicio contractual, y cuyas relaciones con sus empleadores acabaron agriándose. Un ejemplo fue el jefe mercenario catalán Diego de Rat, figura destacada entre la clase dirigente de Florencia y que desde 1305 a 1313 tuvo bajo su mando más de doscientos jinetes y entre trescientos y quinientos infantes. Rat se convirtió en una figura tan popular en Florencia que aparece mencionado en el *Decameron*, al ser enaltecido por la ciudad en 1308 en gratitud a los servicios prestados. No obstante, hacia el año 1312 comenzaron los resentimientos entre la república y su empleado por motivo del considerable retraso en el pago del salario del catalá y, en la primavera de 1313, cuando Florencia se enfrentaba a la grave amenaza de un ataque de Enrique VII, Rat se negó a obedecer órdenes. Como la actividad de los catalanes en Grecia, ésta era una señal ominosa de la realidad que había de venir, y así fue sólo nueve años más tarde, en el invierno de 1322-3, cuando por primera vez la república tuvo que emprender una acción militar contra una gran fuerza de mercenarios que vivía de saquear el país, por completo desligados del servicio a las autoridades políticas.

Las apariencias pueden conducir sin embargo a engaño. La carrera de William Marshal incluía una buena parte de negociación política. Su eficacia como guerrero descansaba en su disposición para destruir y robar la propiedad de los civiles y su renombrada habilidad en lo que se llamó «el circuito de los torneos» fue explotada para obtener dinero. William tuvo suerte, las circunstancias le permitieron alcanzar cierta prosperidad y gozaba de la admiración de sus contemporáneos por seguir los ideales caballerescos. En otras palabras, parece probable que el éxito del caballero en el siglo XIII continuó siendo la combinación más bien etérea de ideales, habilidades y práctica que había sido siempre. Un cierto grado de brutalidad en el trato a los civiles era aceptado como algo concurrente en la guerra.

Las expediciones con el fin de destruir las poblaciones y arrasar el campo eran un elemento clave de la estrategia, y el botín un componente esencial de la recompensa a disposición de los combatientes. Bajo estas circunstancias no resulta muy sorprendente que el *ius in bello*, en oposición al *ius ad bellum,* recibiese una atención escasa por parte de los teóricos. La atención que recibió, de hecho, tendió a ser exculpatoria, Raymundo de Peñafort (1180-1275) juzgaba que un hombre que incendiaba la propiedad de otro por orden de aquel que tiene el poder de declarar la guerra era inocente de un incendio deliberado. El comportamiento de aquellos combatientes a los que la necesidad económica o el sentido de la aventura les llevó lejos de sus tierras de nacimiento, dejándoles expuestos a los crudos vaivenes del mercado y a la tentación de cambiar de aliado no era, posiblemente, tan diferente al de aquellos cuyas carreras militares se desarrollaron en escenarios más familiares y en ambientes más «respetables».

No se debe dar a entender que todas las guerras fueran idénticas desde la percepción de la elite combatiente. Un interés más agudizado sobre la naturaleza jurídica del conflicto llevó, al menos a algunos dirigentes, a hacer distinciones entre los oponentes a los que se enfrentaban. Michael Prestwich ha destacado las diferencias en la forma en que los ingleses lucharon en Gales y Escocia, por un lado, y en Francia, por otro. Los galeses y escoceses eran considerados rebeldes contra la corona y los prisioneros eran ejecutados de forma atroz. Paradójicamente, la insistencia de los escoceses en la creencia de estar luchando una guerra justa (esto es, una guerra amparada por el derecho público) les obligaba a seguir las convenciones caballerescas en su trato a los prisioneros ingleses. De una forma muy similar, las *mores* o buenas costumbres de la actitud caballeresca fueron apartadas durante las cruzadas, a pesar de que en la práctica existieron diferencias sustanciales entre el comportamiento en la península Ibérica, el Báltico y en Oriente. La guerra contra los dirigentes islámicos a menudo se caracterizó por un comportamiento cortesano, condicionado también por factores culturales, algo que estuvo ausente en las feroces luchas en Prusia y en Livonia. Una de las razones aducidas para los horrores perpetrados durante la cruzada albigense era la opinión mantenida por los cruzados de que los herejes cátaros y sus asalariados, los temidos *routiers*, «habían llegado demasiado lejos» y a pesar de que la ley de armas caballeresca en ocasiones eran aplicada, se sabían inmersos en una guerra que más tarde se conocería como *guerre mortelle*.

Aun siendo a veces difícil de interpretar la mentalidad y el comportamiento de los hombres soldado, las características generales de la guerra europea en el siglo XIII son evidentes: destaca el ambicioso intento por parte de las autoridades públicas de establecer un monopolio de la actividad militar; el intenso esfuerzo de estas autoridades por movilizar los recursos de sus súbditos de forma eficaz y hacia la guerra, y la creciente tendencia a ver la práctica de la guerra a través de un prisma jurídico. Para un esquema mental conservador estos intereses aparecen como progresistas. No hace tanto tiempo, un historiador del reino de Felipe el Hermoso pudo describir la sustitución de los impuestos por el servicio personal como un «gran paso hacia la civilización». Esta afirmación resulta equivocada. Podría decirse que los grandes ejércitos movilizados alrededor de 1300 eran más destructivos que sus predecesores. La *chevauchée* no era una guerra global o absoluta, pero estaba lejos de ser una actividad sin impacto para la vida de los civiles. La incesante tendencia de los dirigentes europeos de introducirse en conflictos armados originó unas cargas fiscales muy onerosas sobre los súbditos; «el estado militar» y «el estado fiscal» eran uno. La actividad bélica se hizo más costosa y se convirtió en una lacra para la economía. Los juristas establecieron pocas limitaciones en cuanto a cómo se debía realizar la guerra, centrándose por el contrario en justificar ampliamente las demandas de los príncipes. Se habían logrado «mayores y mejores» guerras. Más aún, existía el peligro de que esta guerra se convirtiese en excesiva en el supuesto de que el estado fallase en el control sobre los ejércitos que iba creando. Los actores estaban presentes y el escenario preparado para los feroces conflictos de la última parte de la época medieval.



Capítulo VII

La época de la Guerra de los Cien Años

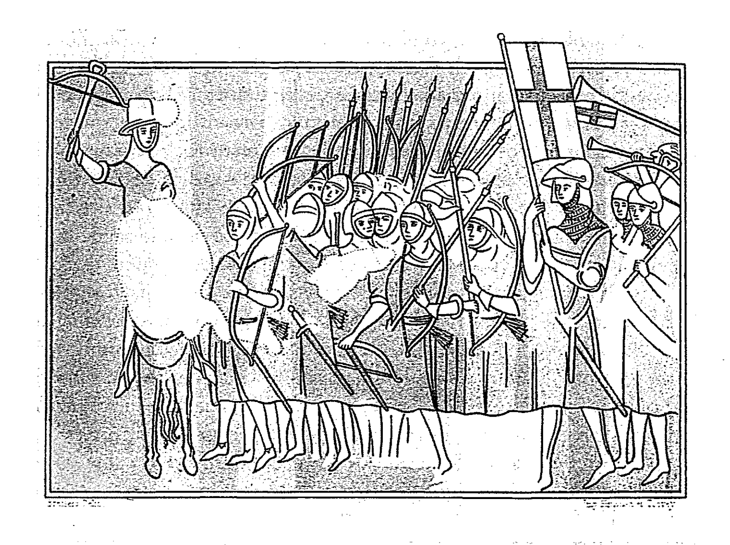
Clifford J. Rogers

En el año 1300 el funcionario real Pierre Dubois compuso para su monarca, el rey Felipe IV el Hermoso, un trabajo clarividente sobre teoría militar, la *Doctrina Sobre Expediciones con Éxito y las Guerras Breves*. El tema central de este ensayo era la necesidad de desarrollar una nueva estrategia militar dado que los dos métodos más habituales hasta el momento, la batalla y el asedio, habían dejado de ser eficaces contra los rebeldes y otros enemigos El asedio a cualquiera de las poblaciones o castillos que dominaban el paisaje de la Europa medieval era una solución difícil, no podían ser tomados al asalto; pero si esto ocurría sin duda implicaba un elevado coste en hombres y dinero. «Un castillo puede ser conquistado con dificultad en un año», explicaba Dubois, «e incluso cuando cae por fin, implica más gastos para el tesoro real y para sus súbditos que lo que en realidad vale». El problema de la batalla por otro lado era que el ejército francés disponía de un poder tan avasallador que ninguna potencia se atrevía a enfrentarse a él en combate abierto. Sencillamente ante el avance de las huestes de los Capeto, sus enemigos se retiraban a sus fortalezas apoyándose en sus muros para compensar el desequilibrio en número de hombres armados; entonces, el rey se vería enfrentado nuevamente a las dificultades de la guerra de asedio. La solución de Dubois para este problema era inteligente y tendría aplicación en la forma de hacer la guerra en el siglo XIV: si los ejércitos enemigos se ocultaban detrás de muros de piedra y si estas fortalezas resultaban difíciles de capturar entonces la solución era dirigir los esfuerzos hacia objetivos más débiles; esto es, contra los pueblos de la comarca y las cosechas en los campos. Invadiendo justo

antes de la cosecha, los franceses podían destruir el cereal, los viñedos, los árboles frutales y otros elementos de la economía agrícola de sus enemigos, que serían así empujados con rapidez a la rendición. Dubois planteó así los problemas estratégicos básicos que producía la superioridad de la defensa frente a la estrategia ofensiva en los siglos XIII y XIV, al tiempo que iluminaba el método más efectivo por el cual un ejército superior en el campo de batalla podía emplear su fuerza contra un enemigo ansioso de evitar el enfrentamiento en campo abierto. Estaba, sin embargo, equivocado en un pequeño detalle: como toda Francia pronto aprendería, las huestes reales no eran tan invencibles como él creía. Esta lección la proporcionaron los maestros más inesperados –los tejedores, tenderos y artesanos de Flandes.

Al comienzo del período cubierto en este capítulo, los feroces mercenarios flamencos que habían azotado Inglaterra en el siglo XII hacía tiempo que habían desaparecido de escena. Las tropas de infantería de Brujas, Gante e Ypres en el siglo XIV eran muy diferentes de sus predecesoras. Organizadas en gran parte siguiendo criterios gremiales, se habían transformado en milicias regulares y uniformadas que estaban equipadas de forma sorprendente, protegidas por cota de malla, cascos de acero, guantes metálicos, escudos e incluso a menudo armaduras metálicas y, por supuesto, iban armados con arcos, ballestas y picas o *goedendags*. Estas singulares armas (el nombre significa «hola» o «buenos días») consistían en un asta gruesa y pesada, de madera, de cuatro o cinco pies de largo (cerca de dos metros) rematada con una mortífera cuchilla de acero. Muchos de los milicianos armados con estas armas habían servido repetidas veces durante la última década del siglo anterior en los frecuentes conflictos entre Flandes, Hainault y Holanda, por lo que merecían ser considerados veteranos.

Su experiencia en esas campañas, sin embargo, no incluía nada parecido a lo que se tuvieron que enfrentar la calurosa tarde de verano del 11 de julio de 1302. En ese año las ciudades de Flandes, con la excepción de Gante, estaban sublevadas contra el rey de Francia, quien en consecuencia había despachado un ejército de 2.500 jinetes y 8.000 infantes para romper el cerco del castillo de Courtrai, rescatar a la sitiada guarnición francesa y suprimir la revuelta. Con toda probabilidad, el rey Felipe no previó que esta tarea traería consigo una batalla; el ejército capeto era superior a las milicias flamencas en caballeros armados y la caballería pesada era el árbitro reconocido de la derrota o de la victoria en el campo de batalla. Sin embargo, cuando las tropas francesas se aproximaron a la ciudad cer-





El ejército de Gante, hacia 1346. Los hombres con arcos cortos y *goedendags* en la parte superior son los denominados «capuchas blancas». Detrás de ellos marchan los miembros del gremio de San Jorge, armados con ballestas. Los representados en la parte inferior son soldados flamencos (u otras milicias urbanas) del siglo XIV.

cada, sus enemigos no huyeron ni se retiraron detrás de los muros. En vez de esto, se estacionaron sobre una posición elegida de forma deliberada, sobre un terreno pantanoso a las afueras de la ciudad, un lugar donde los arroyos y las zanjas presentaban un obstáculo para cualquier atacante, y protegieron sus flancos para después desplegarse en orden de batalla y, así, dar la bienvenida a sus adversarios con el río Lys a sus espaldas.

La infantería flamenca fue ordenada en cuatro divisiones, tres en línea y una cuarta situada como reserva para impedir una posible salida de la guarnición cercada. Los soldados estaban agrupados por región y oficio, de forma que cada hombre conocía bien a sus camaradas, un factor que se sabía incrementaba la moral y la cohesión del grupo. Sus *goedendangs*, acompañados de picas más largas en la línea de posición más avanzada, formaban un espinoso muro de madera y acero. Los enormes estandartes señalaban las ocupaciones de los distintos gremios –un martillo, una llana de albañil, un barco. Desplazados más hacia delante, cerca de las tropas francesas, estaban dispersados los arqueros y los ballesteros.

El aspecto decidido de los milicianos fue suficiente para que el ejército francés se lo pensase dos veces. En consejo de guerra, un líder francés sugirió romper la formación flamenca con fuego de ballestas; otro aconsejó simplemente esperar hasta que el enemigo cayese exhausto ante el asfixiante calor. La mayoría, sin embargo, vio la situación como una oportunidad inesperada para obtener una victoria decisiva precisamente del tipo que Dubois se lamentaba era tan poco frecuente. Insistieron en realizar un ataque rápido, para evitar que los flamencos cambiasen de parecer. Así, temprano por la tarde, los ballesteros de la hueste de los Capeto avanzaron hasta entrar en contacto con sus adversarios dando comienzo al enfrentamiento al disparar una lluvia de flechas. Una vez que consiguieron empujar a los hostigadores flamencos detrás de la protección de la infantería pesada, Roberto de Artois, el comandante francés, ordenó el avance a su caballería.

Además de las picas, las espadas y los grandes cascos que cubrían por completo sus caras, sus soldados a caballo no estaban equipados de forma muy diferente a la de los hombres que les aguardaban a pie. Existían, sin embargo, dos diferencias de carácter decisivo entre las dos fuerzas que iban a enfrentarse. En primer lugar, los soldados franceses ya fueran caballeros o escuderos, eran nobles, miembros del segundo orden social, los *bellatores,* cuya *raison d'être* (de acuerdo con la teoría política medieval) era hacer la guerra. En segundo lugar, estos soldados iban montados sobre caballos de guerra, robustos y fuertes, protegidos por bardas de telas fuer-

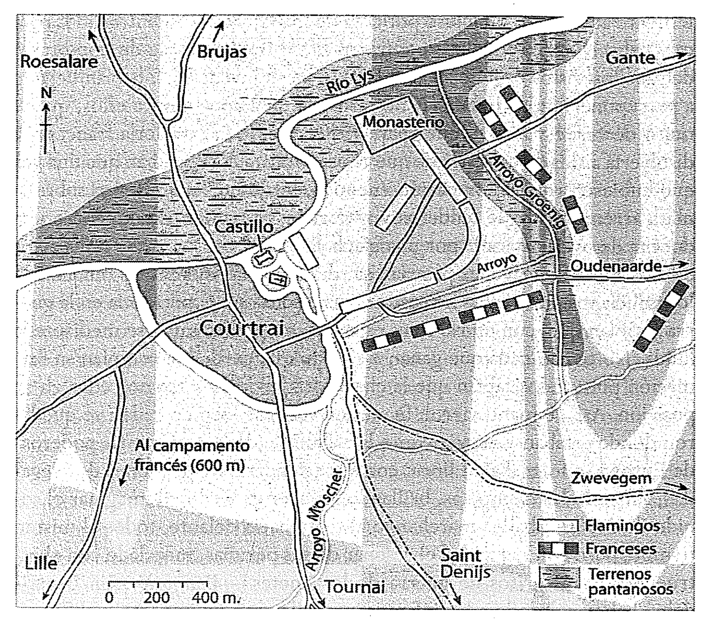
temente acolchadas o incluso por cota de malla, y estaban entrenados para cargar hacia delante incluso contra un muro impenetrable de hombres o de caballos. Estos orgullosos hombres se veían invencibles: habían llegado a presuponer que la infantería no resistiría un ataque contra ellos, que el muro de carne y huesos que aparecía delante de la caballería francesa se disolvería antes de que tuviese que chocar contra él. Pensaban que una vez que hubiesen roto la formación enemiga, los jinetes marcharían sobre la masa arremolinada de tenderos y artesanos, presa del pánico, como una docena de ovejas atacada por una cuadrilla de lobos.

Las mismas imágenes pasarían sin duda por las mentes de muchos de los milicianos. Pero éstos no eran tropas bisoñas sin experiencia en la guerra y sabían que, con un río a sus espaldas, no podían salvarse mediante la huida. No tenían nada que ganar, y sí todo que perder, si rompían su formación pues todos sabían que la clave para la victoria era no ceder en su posición. Así, se mantuvieron firmes en sus filas bien cerradas: se quedaron donde estaban y vieron cómo la caballería de la nación más poderosa de Europa se formaba en línea, con sus estandartes y pendones desplegados, sonando las trompetas, brillando los aceros. Es difícil imaginar el sonido de 2.500 caballos marchando al trote hacia delante, todos al mismo tiempo, pero con seguridad el resonar de sus pezuñas, mezclado con el estruendo de los gritos de guerra de los jinetes —*¡Montjoye! ¡San Denis!*— debió haber golpeado a los infantes inmóviles con un impacto casi físico.

Algunos de los caballeros y escuderos debieron luchar también con miedo debajo de la armadura mientras cabalgaban hacia delante, encerrados en sus posiciones dentro de la línea francesa, como los jinetes armados que se describen en *Los Votos de la Garza* del siglo XIV:

> Cuando estamos en las tabernas, bebiendo vinos fuertes, junto a damas que deseamos, admirándolas, con sus suaves gargantas... sus ojos grises brillando hacia nosotros con belleza risueña, la naturaleza nos llama llenando nuestros corazones de deseos para la lucha, esperando (sus) gracias al fin. Entonces conquistaríamos a ... Oliviero y Rolando. Pero cuando estamos en el campo de batalla, sobre nuestros corceles al galope, los escudos junto al cuello y las lanzas bajadas..., nuestros enemigos aproximándose, entonces nos gustaría estar en lo profundo de alguna caverna.

Los más, sin embargo, experimentaron posiblemente emociones semejantes a las descritas por Jean de Bueil en el siglo XV:



Plano de la batalla de Courtrai, 1302.

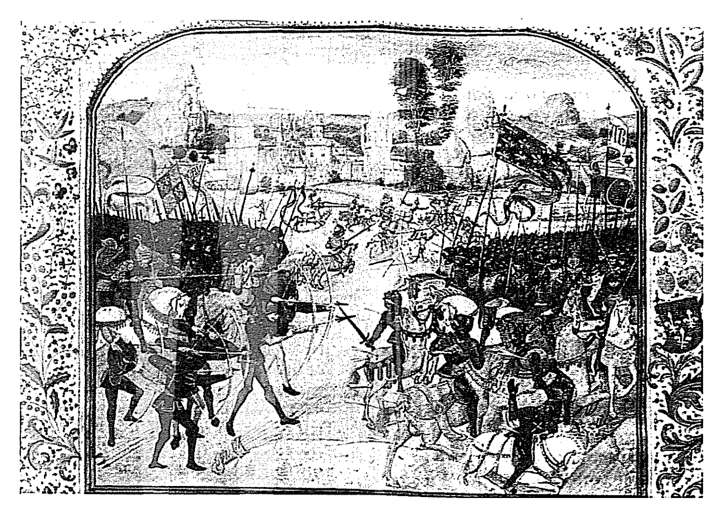
> Es algo gozoso la guerra. Amas tanto a tu camarada en la guerra... Un dulce sentimiento de lealtad y piedad llena tu corazón al ver al amigo poniendo en peligro su cuerpo... Y entonces estás dispuesto a ir y vivir o morir con él y, por amor, a no abandonarlo. Y por esto surge tal delectación, que aquel que no la ha experimentado no está capacitado para hablar del placer. ¿Piensas que un hombre que hace esto teme a la muerte? En absoluto, porque se encuentra tan fortalecido, tan embriagado, que no sabe dónde está. En verdad, no tiene miedo de nada.

Conmovidos tanto emocional como físicamente por el rápido avance de sus filas, los jinetes franceses saltaron los arroyos que encontraron en su camino, lanzándose como una tromba hacia adelante. Algunos tropezaron y cayeron, dado que el enfangoso terreno estaba atravesado por zanjas de riego y trampas excavadas por los flamencos. Los caballo se acerca-

ron cada vez más y más cerca, buscando el choque, acelerando al galope desde una distancia de unos quince metros. Cuando vieron que la línea de infantería no se rompía ni vacilaba, debió cundir el pánico entre la caballería que inútilmente trató de echarse a un lado antes de que sus caballos quedasen clavados en las picas enemigas. Sin emabargo, formados como estaban en una línea cerrada, esto sólo hubiese producido el caos, porque el desviarse de forma lateral implicaba chocar contra sus propios compañeros situados en los lados, y quizá, resultar golpeados por la segunda fila, que venía detrás. Otros, confiando hasta el final o simplemente más allá de cualquier temor, siguieron adelante hasta que sus monturas golpearon las picas, que los milicianos sujetaban fuertemente con el extremo clavado en tierra. Algunos de los flamencos cayeron, atravesados por una lanza o aplastados por las herraduras de los caballos, pero, con filas de ocho hombres detrás, los caídos podían ser sustituidos con rapidez y la línea de defensa restaurada. La carga francesa se colapsó en una masa desordenada de caballos que gemían, hombres que maldecían, y sangre y maderas rotas que saltaban por todas partes.

Después de un momento de confusa melé, los milicianos pasaron al ataque. Sobrepasaban en número a los jinetes y todavía tenían su formación intacta. Los caballeros armados en cambio estaban desmoralizados y habían perdido su cohesión y su ímpetu. Los franceses vieron su posición desplazada hacia atrás a pesar de un contraataque de las tropas de reserva que casi tuvo éxito en cambiar el signo de la batalla. Cuando los jinetes en retirada se encontraron nuevamente al borde de los arroyos, su situación se hizo desesperada. Aquellos que sobrevivieron huyeron deprisa, acompañados por los soldados de la infantería de los Capeto, presos del pánico, sin ánimo para enfrentarse a los hombres que acababan de derrotar a sus señores. Los flamencos continuaron a pie lo mejor que pudieron, poniendo fuera de combate a cuantos soldados se encontraban por el camino.

Más de mil caballeros perecieron en esta batalla, «la gloria de Francia convertida en bosta y en gusanos», un número terriblemente elevado incluso en la guerra Civil Americana o en la Gran Guerra, y que fue sin duda por completo desconcertante en una era acostumbrada a los enfrentamientos con pocas bajas como las de las batallas de Brémule o Lincoln. Como observa Norman Housely en el capítulo anterior, esta sanguinaria batalla proporciona un punto de referencia para establecer el fin de un estilo de hacer la guerra que había alcanzado su punto álgido en el siglo XIII. Por primera vez, sonaban las campanas que daban cuenta de la muerte de



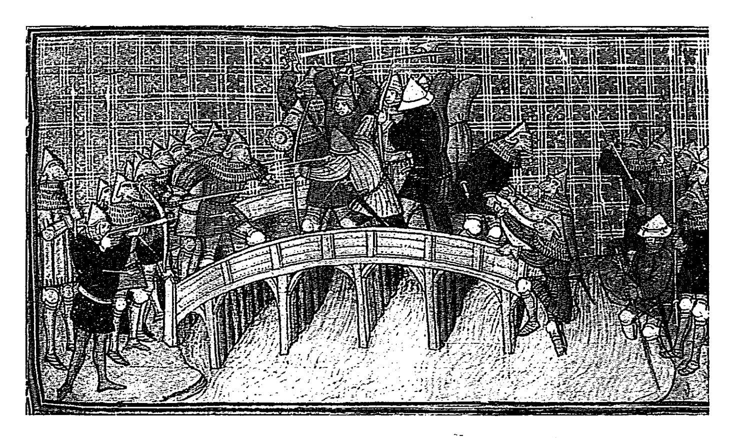
Observando en detalle esta descripción del siglo XV de la batalla de Poitiers, es fácil ver por qué los ejércitos ingleses del siglo XIV fueron capaces de conseguir la victoria en el campo de batalla, triunfando sobre ejércitos enemigos mucho más grandes como en Dupplin Muir, Halidon Hill, Crécy, Poitiers, Nájera y otros lugares. Un buen arquero inglés podía fácilmente disparar cinco flechas en el tiempo que necesitaba un jinete para retirarse del alcance del arco, y esas flechas podían herir o poner fuera de control a un caballo incluso en el límite de su alcance. En distancias más cortas, una flecha podía derribar un caballo o penetrar en la armadura y matar al jinete en el acto.

la caballería pesada como fuerza dominante en los campos de batalla europea.

Sin embargo, pasó algún tiempo antes de que la nueva era militar lograse eclipsar por completo a la anterior. La victoria de los flamencos en Courtrai se debió en parte a las ventajas del terreno y, en parte, al exceso de confianza de sus rivales. En los años siguientes los franceses actuaron con mayor precaución, eliminando la rebelión de Flandes después de su victoria en Cassel en 1328. Sin embargo, toda Europa había tomado buena nota de la victoria de los habitantes de las ciudades. La *Scalacronica* señala de forma específica cómo los escoceses aplastaron a la caballería inglesa en Bannockburn, en 1314, imitando las tácticas de Courtrai, y lo

mismo parece ser cierto de la Compañía Catalana que obtuvo la victoria en la batalla de Cefiso contra el «franco» Duque de Atenas en 1311. Quizá los alabarderos suizos que emboscaron y destruyeron un ejército de jinetes acorazados en el paso alpino de Morgarten, en 1315, se inspiraran también en los flamencos. En cualquier caso, había comenzado una reacción en cadena. Hacia 1339, los suizos en Laupen emplearon formaciones y tácticas similares a las de los milicianos en Courtrai para obtener una victoria importante sobre un enemigo superior. Los ingleses, asimilando la lección de Bannockburn, escogieron «en contra de las costumbres de sus antepasados» luchar a pie en Dupplin Muir (1332) y en Halidon Hill (1333), destruyendo así a los ejércitos escoceses. Protegidos los flancos por arqueros armados con poderosos y largos arcos, la densa formación de hombres a pie avanzó hasta posicionarse; cuando los escoceses atacaron se vieron derribados por miles dando comienzo al caos y al desorden, dejando a los supervivientes sin esperanza alguna de poder atravesar las filas cerradas de los ingleses (ver capítulo IX). Los franceses por su parte, después de ser derrotados por los ingleses en Crécy (1346), eligieron luchar a pie en Poitiers (1356) y de ahí en adelante. El Príncipe Negro llevó las nuevas tácticas a la Península Ibérica, donde obtendría, junto a Pedro el Cruel, la victoria en Nájera (1367). Métodos muy similares dieron como resultado una segunda derrota de los castellanos a manos de los portugueses en Aljubarrota (1385). Desde entonces y hasta el final de la Edad Media, la estruendosa carga de la caballería pesada sería una visión poco frecuente en los campos de batalla dado que igual de infrecuentes eran sus victorias.

Esta «revolución de la infantería» del siglo XIV albergaba mucho más que la simple cuestión de si los hombres debían luchar a caballo o a pie: llevó a cambios de actitud con respecto a la guerra, a la actitud caballeresca, la clase social y la participación política, pero también afectó a la composición de los ejércitos y a las zonas de reclutamiento. Un hecho clave fue que las tropas de piqueros y arqueros eran reclutados por lo general de entre la población común y no de entre la clase aristocrática. Si bien ciertos grupos de «infantería» de la última parte de la Edad Media, incluyendo a los famosos arqueros montados de Inglaterra, estaban provistos de caballos, no entraban en la batalla con ellos. En consecuencia, necesitaban sólo unos jamelgos o caballos comunes para darles movilidad estratégica en lugar de caballos entrenados para la guerra que resultaban hasta cinco veces más costosos, a veces incluso más. De acuerdo con los



Hacia finales del siglo XIV, fecha de la ilustración, los soldados luchaban por lo general a pie, y no montados sobre su caballo. Los artistas de la época, sin embargo, continuaron representando el escenario de la batalla como choque dramático entre caballeros sobre sus corceles. Debido a que el combate aquí mostrado tuvo lugar sobre un puente, el artista nos da una rara visión de cómo los soldados desplegaban y utilizaban sus armas cuando luchaban a modo de infantería pesada. Como es habitual en las batallas de infantería en el medievo, los defensores (izquierda), capaces de mantener un orden mejor, habrían de ganar finalmente la pelea (cerca de Ivry, julio de 1358).

registros, un caballo de guerra adquirido por Eduardo III en 1337 alcanzó la fabulosa suma de ciento sesenta y ocho libras, el equivalente a más de ocho años de trabajo de una familia más o menos próspera de campesinos. Los soldados de infantería podían actuar de una manera igual de eficaz con una armadura mucho más simple y menos costosa (en comparación con la elaborada vestidura de la caballería pesada), y esperaban muchos menos lujos durante la campaña. Más aún, los infantes armados de alabardas, picas de doble hoja o cuchillos no necesitaban invertir en el «capital humano» requerido para entrenar a un caballero o a un escudero en la lucha sobre la grupa de un caballo. Todo esto tenía su reflejo en sus salarios más bajos. Así, por ejemplo, en Inglaterra un arquero montado ganaba sólo la mitad de lo que recibía un caballero, mientras que un piquero galés podía ser contratado por la sexta parte de la paga de un escudero. Mientras hubiese dinero para el pago de estos salarios, una potencia implicada en una guerra popular podía encontrar un sin fin de soldados interesados en pres-

tar servicios: la infantería era reclutada de entre la masa de la población y la caballería pesada se cubría con las élites militares y sociales. La gran riqueza y la densidad de población, permitieron a los monarcas franceses levantar ejércitos compuestos en su mayoría de caballería (tras 1346, luchaban por lo general a pie, montando únicamente para las persecuciones y para encuentros ocasionales). Lo mismo puede decirse, al menos parcialmente, para los estados italianos, que utilizaron su riqueza comercial para contratar compañías de caballería mercenaria *(condottieri)*. No obstante, como en Courtrai dado su reducido coste, la fácil disponibilidad y la gran eficacia de la infantería común, se hacía ahora posible para las potencias más pequeñas resistir frente a sus vecinos más poderosos, un hecho que resultó clave en las frecuentes rebeliones locales de este período, y que llevó a una mayor independencia de escoceses, portugueses, flamencos, suizos y frisios (cuya infantería derrotó a la caballería pesada del conde de Hainault en Staveren en 1345) y a los suizos, entre otros.

Efecto colateral de la importancia creciente de la infantería común fue que el campo de batalla europeo se convirtió en un lugar mucho más sanguinario de lo que había sido antes. Los combatientes nobles de la alta Edad Media esperaban ser tomados prisioneros, más que muertos, si resultaban derrotados en el combate. Las batallas de los siglos XII y XIII, a menudo, se traducían en unas pocas docenas de muertes. Las tropas comunes, sin embargo, no se podían permitir pagar los elevados rescates que pagaba la nobleza para recuperar la libertad. Además, las armas y los sistemas tácticos en orden cerrado del nuevo tipo de combate hacían muy difícil la supervivencia de los soldados, las antipatías entre nobles y soldados comunes llevaba a menudo a un comportamiento sañudo por ambas partes. Los suizos, por ejemplo, eran famosos por no dar nunca cuartel: era tal su ferocidad que fue considerado necesario, en una regulación de 1444, prohibir su afición por arrancar los corazones de sus enemigos muertos. Los caballeros armados que (luchando a pie) derrotaron a los flamencos en Westrozebeke «no tuvieron piedad de ellos, no más que si hubiesen sido perros». En 1127, cinco caballeros perecieron durante la guerra de Flandes (de los que sólo uno encontró la muerte a manos del enemigo), en contraste, el balance de muertes en Agincourt el día de San Crispín del año 1415 pudo haberse aproximado a los diez mil hombres. (Ver la ilustración de la Biblia de Holkham en el capítulo IX donde se puede ver una imagen de la mortandad en el campo de batalla.)

Estas bajas solían sufrirlas en su mayor parte el ejército derrotado, en especial una vez rota la formación. En la lucha cuerpo a cuerpo, la clave

para minimizar las bajas y obtener la victoria era mantener la formación adecuada, sólida y «en un orden tan cerrado que no se podría apenas lanzar una manzana entre ellos sin que rebotase sobre un bacinete o quedase clavada en una lanza». En palabras del cronista del siglo XIV López de Ayala, una organización adecuada era «lo más importante para conseguir ventaja sobre el enemigo»; otro contemporáneo suyo parecía estar de acuerdo al escribir «aquellos que no están en formación ordenada son derrotados con facilidad». «Dos grandes males», explicaba Cristine de Pisan alrededor de 1409, «... pueden derivarse de una formación desordenada: el primero, que los enemigos pueden romperla y atravesarla con mayor facilidad; el otro, que la formación esté tan cerrada que no pueda luchar. Por tanto, es necesario mantener una formación de filas cerrada y unida como un muro». Naturalmente, era mucho más fácil para los soldados mantener una formación adecuada si se encontraban inmóviles y no avanzando sobre terreno hostil, atravesando canales de irrigación o setos, con las cabezas agachadas para mantener alejadas las flechas de sus rostros mal protegidos. Existía una probabilidad de obtener ventaja si se adoptaba una actitud defensiva. Como Jean de Bueil destacó a finales del siglo XV, «una formación a pie nunca debería marchar hacia delante, debe mantenerse inmóvil y a la espera de sus enemigos..., una fuerza que marcha ante otra fuerza resulta derrotada, a no ser por gracia de Dios».

La guerra defensiva es intrínsicamente la forma más poderosa de hacer la guerra y esto se comprobó en especial en la última parte de la Edad Media, cuando esta superioridad táctica iba acompañada de la ventaja igualmente superior que disfrutaban los defensores en la guerra de asedios (por lo menos hasta la segunda década del siglo XV, cuando la artillería de pólvora empezó a romper el equilibrio). Para un beligerante con objetivos defensivos, adoptar una estrategia del tipo recomendado por el autor romano Vegetius (cuya obra fue el manual militar más popular de la Edad Media, traducido a las lenguas vernáculas y del cual hicieron amplio uso «popularizadores» como Alfonso X el Sabio y Cristine de Pisan) podía resultar muy efectiva. Felipe VI de Francia, por ejemplo, tomó este enfoque cuando fue invadido por el ejército anglo-imperial de Eduardo III en 1339. Esta campaña, la primera importante de la Guerra de los Cien Años, comenzó con el asedio a Cambrai pero éste fue abandonado sólo diecinueve días después de su inicio, dado que los invasores no hicieron las previsiones logísticas adecuadas y los suministros se agotaron quedando descartada la posibilidad de tomar la ciudad al asalto. Eduardo entonces

cabalgó a través de la región, a través del Vermandois y de Thiérarche, arrasando y saqueando el campo y las poblaciones que encontraron a su paso en un intento de provocar el enfrentamiento con el rey Felipe en la batalla, pero, a pesar de la destrucción y la provocación, los franceses resistieron la tentación de atacar al ejército inglés. En su lugar, las tropas de Felipe bloquearon todas las vías de suministro impidiendo que alcanzasen al ejército anglo-germano y no dudaron en quemar los campos para obstaculizar más a los invasores. Después de una situación de tablas, en la que cada bando ocupaba una firme posición con la esperanza de que el contrario aceptaría las desventajas que implicaba llevar a cabo una ofensiva (algo que ocurría con bastante frecuencia durante este período), la campaña simplemente perdió su interés. Felipe había sufrido un severo golpe en su reputación real pero Eduardo había invertido una enorme fortuna en una temporada de campañas sin obtener ninguna ganancia concreta. Como señalaron con sequedad los consejeros de Felipe, «si el rey de Inglaterra deseaba conquistar el reino de Francia, necesitaría algo más que un puñado de *chevauchées*».

Esta campaña proporciona una realidad concreta de un problema ya esbozado por Dubois una generación antes, pero con una diferencia significativa: en este caso era el poder más débil el que se concentraba estratégicamente en la posición de ataque, y por tanto esperaba ansioso la batalla, mientras que el ejército más fuerte, el de Felipe, no deseaba realizar un ataque a pesar de que aquí el enemigo no se protegía detrás de una fortaleza. En un desenlace no previsto por Dubois, los muros formados por las formaciones de infantería se hicieron casi tan invulnerables como las fortalezas de piedra. La campaña de 1339 también sirve para ilustrar, sin embargo, que confiar en la táctica defensiva buscando objetivos bélicos agresivos era algo que posiblemente no llevaba a ninguna parte a no ser que fuese acompañada de una estrategia que de alguna forma persuadiese al enemigo de tomar la ofensiva. Los dirigentes medievales en esta situación se apoyaban fundamentalmente en dos técnicas para incitar a sus adversarios a entrar en la batalla, ambas fueron utilizadas sin éxito por Eduardo III en la campaña antes mencionada. La primera consistía en cercar una ciudad o castillo importante hasta que la autoridad tuviese que hacer un movimiento para bucar ayuda; la otra, según se sugiere en la *Doctrina de las Expediciones con Éxito y de las Guerras Breves*, era devastar las tierras fuera de los muros de las ciudades de forma que los sitiados tuviesen que salir para detener la destrucción.

Eduardo III prefería la primera de estas dos tácticas. La utilizó con éxito en 1333 (llevando a los escoceses a atacar su posición en Hilaron Hill para romper el cerco a la ciudad de Berwick), y lo intentó de nuevo en 1339, 1340 y en 1346-47, con los asedios de Cambrai, Tournai y Calais, respectivamente. La mayor dificultad que presentaba esta estrategia, sin embargo, era su elevado coste. Una ciudad bien defendida y fortificada podía resistir un asedio muchos meses, y durante ese tiempo el sitiador debía mantener un ejército lo suficientemente grande para resistir el ataque de las tropas que podían aparecer en cualquier momento. En alguna forma, la aparición de la infantería ayudó a reducir este problema porque los soldados de a pie eran mucho menos costosos que los jinetes de la caballería pesada, pero esta ventaja quedaba compensada por la necesidad de tener un mayor número de infantes: como dijo Commynes acerca de los arqueros (aunque podría ser igualmente aplicable a los piqueros), «en las batallas son lo más importante, pero sólo cuando son fuertes y en gran número, porque unos pocos resultan inútiles». La creciente importancia de las tropas de a pie trajo no sólo la oportunidad, sino también la necesidad de reunir ejércitos cada vez más grandes. Así, tan pronto como finales del siglo XIII, Eduardo I realiza sus campañas a la cabeza de ejércitos que empleaban a miles de arqueros y de piqueros asalariados; en la época de su nieto, la capacidad del gobierno inglés para manejar empresas militares era tan grande que ocasionalmente tropas de ese tamaño podían ser mantenidas durante varios meses incluso al otro lado del Canal. Esto representaba un gran cambio en la forma de reclutar, organizar y, sobre todo, de remunerar a los ejércitos.

El coste de mantener el ejército de casi 23.000 hombres que cercó durante dos meses la ciudad de Tournai en 1340, por ejemplo, se elevó a cerca de 60.000 libras esterlinas sólo en concepto de salarios de los soldados; el gasto total fue varias veces mayor. En tiempos de paz, como al comienzo del reinado de Eduardo III, los ingresos anuales de la corona inglesa eran del orden de 30.000 a 40.000 libras. Es fácil ver por qué este modelo de guerra podía asfixiar a cualquier estado medieval, incluso los mejor organizados (como Inglaterra) o los más ricos (como Francia), hasta el punto de la quiebra, y algunas veces más allá. En el transcurso del último siglo del período medieval, el tamaño de los ejércitos empezó a disminuir justo antes de la peste negra en parte por el incremento en las tropas de infantería a caballo (que eran más costosas que la infantería normal, aunque sólo recibían la mitad de lo que se pagaba a los hombres de la caballería pesada)



La destrucción de las tierras era parte habitual de la guerra medieval, y el fuego, el arma del soldado para sembrar el caos. Una mujer, como la de la ilustración, podría ver su casa incendiada como represalia por no haber pagado el denominado «patis» (dinero exigido como protección) a una guarnición enemiga, o por no haber pagado las levas o impuestos destinados al sustento de guarniciones «amigas», pero también como resultado de la estrategia de un ejército invasor buscando incitar al ejército cercano a entrar en batalla, o por un ejército en posición defensiva, tratando de crear un espacio devastado improductible para los invasores.

y, en parte, por la disminución demográfica. El gasto militar, sin embargo, continuó siendo muy alto.

De hecho, la magnitud que estaba alcanzando la guerra y el elevado coste que implicaba, características del final del siglo XIII y el comienzo del siglo XIV, fue en términos de su impacto sobre la sociedad en conjunto quizá el aspecto más importante de los acontecimientos militares del período. Gracias al esfuerzo que realizaron los monarcas de la época, pudieron soportar el peso financiero de la guerra y, al mismo tiempo, era la guerra la que ofrecía el mayor incentivo para realizar estos esfuerzos. El

siguiente pasaje de una crónica de la época ilustra las dificultades financieras de la monarquía francesa al principio de la Guerra de los Cien Años. El cronista, sin pretenderlo, señala a su vez los mismos problemas del rey de Inglaterra porque, de hecho, la razón de la inactividad de los aliados de Eduardo fue su incumplimiento al no pagar lo prometido:

> Y porque el rey de Inglaterra no recibió ayuda de sus aliados alemanes –aunque había pagado de forma muy elevada por ella– no pudo hacer nada, y no trató de conseguir nada más. Y el rey de Francia, dejando algunos caballeros armados en las fronteras, volvió a París y dio permiso a su ejército para que se disolviese. Y a causa de la asamblea de ese ejército cargó a su pueblo con pesados impuestos, porque les hizo pagar el doble de la contribución del año anterior. Y los recaudadores de impuestos dijeron que era por causa del *arrierère ban* (la llamada para reclutar la milicia) que había sido proclamada al comienzo pero en verdad no se podía decir que había sido un *arrière ban* auténtico porque el ejército nunca se formó. Además de este impuesto común, todos estaban obligados a participar en el servicio militar. Entonces a los pudientes se les indicaba que no estaban suficientemente equipados y que, por tanto, tendrían que pagar unas ciertas sanciones. En este año (1338), el papa Benedicto cedió los diezmos de dos años al rey de Francia, a condición de que no pidiese más contribución al clero; pero la condición no fue cumplida, porque no hubo apenas clérigos de cualquier estado o condición que no tuviesen que proporcionar ayuda al rey. Incluso pidió a sus propios funcionarios del parlamento, de la cámara de investigaciones, y de la cámara de cuentas, e incluso a los caballeros de su casa, que le prestasen sus vajillas de plata para hacer moneda. Así lo hicieron éstos y pudo acuñar una gran cantidad de moneda, y después de que el año hubiese terminado les devolvió la plata, de acuerdo con lo que había sido medido anteriormente. Y rebajó continuamente el contenido en plata de su moneda, haciendo florines de lo que eran peniques.

A medida que los recursos y las medidas de emergencia se fueron regularizando, los contribuyentes se fueron acostumbrando, año tras año, a la alta imposición y los períodos de sufrimiento de los primeros años de la Guerra de los Cien Años se convirtieron en una rutina. Al final del siglo XIV, teniendo en cuenta el nivel de impuestos, los ingresos medios de las coronas de Francia e Inglaterra habían crecido de manera considerable –un hecho aún más notable si tenemos en cuenta que la población disminuyó casi a la mitad debido principalmente a la aparición de la peste negra a partir de 1348.

En Inglaterra, la capacidad de la monarquía para obtener dinero de la comunidad, sin producir una oposición radical de los contribuyentes, fue el resultado en gran parte de la extraordinaria capacidad de Eduardo en establecer un consenso a favor de sus políticas, ejercidas en el parlamento y basadas en la necesidad del gobierno de enormes sumas de dinero para luchar contra Francia. En varias ocasiones, Eduardo había ensayado una serie de estratagemas dirigidas a obtener dinero o servicios militares en contra de la oposición popular, y había sido advertido repetidas veces de los poderes coercitivos limitados que proporcionaba el aparato del estado en el siglo XIV, incluso uno con cierto grado de desarrollo como el de Inglaterra. De esta manera, en general, trataba de asegurarse la cooperación de la cámara en un esfuerzo de obtener las enormes sumas de dinero necesarias para la lucha de la Guerra de los Cien Años, que incluía el pago de grandes cantidades a los aliados del continente que proporcionaban la gran mayoría de los soldados entre 1339 y 1340.

La crónica de los tres parlamentos convocados entre octubre de 1339 y mayo de 1340 proporciona el mejor ejemplo de las interrelaciones entre las finanzas de la guerra y la importancia creciente del parlamento. En la primera de las tres sesiones, el gobierno real solicitó una gran suma para pagar parte de las deudas ocasionadas por la campaña de Cambrésis, y para posibilitar un nuevo esfuerzo en la primavera. Los comunes se quejaron de los altos impuestos que habían ya pagado y dieron el inusual paso de negar el subsidio hasta que no tuviese lugar la consulta entre sus comunidades para obtener su aprobación. Finalmente, el parlamento mostró su acuerdo con respecto a una contribución de 30.000 sacos de lana pero sólo si el rey concedía una serie de peticiones, la más significativa de las cuales era una auditoría de las cuentas de los ministros del rey y de los recaudadores de impuestos, y la creación de un comité de parlamentarios que debería responder únicamente ante el parlamento, para vigilar los gastos militares en el futuro. Dado que Eduardo estaba todavía en el continente, sus representantes sólo pudieron acordar hacerle llegar la propuesta de los comunes y disolver el parlamento hasta mayo. Entonces, la asamblea fue informada de las tremendas deudas que la continuación de la guerra había creado, y de:

> en qué forma nuestro señor el Rey necesitaba ser asistido con una gran ayuda, o quedaría deshonrado para siempre, y sus tierras a ambos lados del mar en gran peligro; porque perdería sus aliados y tendría que volver per-

> sonalmente a Bruselas, y quedar allí prisionero hasta que las cantidades por las que estaba obligado hubiesen sido pagadas en su totalidad. Pero si se le otorgase una ayuda todas esas dificultades desaparecerían, y la empresa que había emprendido se llevaría, con la ayuda de Dios, a buen término y la paz y la tranquilidad quedarían restauradas para todos.

Existió un cierto compromiso por ambas partes y después de que el rey aceptase una lista algo reducida de peticiones (que, sin embargo, incluía la auditoría de las cuentas de sus encargados por parte de un comité parlamentario) la comunidad del reino le otorgó un diezmo del trigo, la lana y los corderos producidos en los condados, y una novena parte de las mercancías producidas por los ciudadanos libres. Este proceso, señala G. L. Harris, marcó «la primera aparición de los Comunes como una fuerza política independiente». Hacia 1369, gracias a las continuas peticiones para financiar la guerra y el reclutamiento, los miembros del parlamento elegidos por los terratenientes libres de los condados, se habían asegurado todos los poderes que tendrían en los próximos doscientos años.

Sin embargo, por muy voluntarioso y eficaz que pudiera ser el parlamento como instrumento para obtener ingresos, no podía hacer frente a los elevados costes como los derivados de las campañas en los Países Bajos de 1339 y 1340. Según Dubois había predicho, una estrategia basada en los asedios se había demostrado tan ineficaz como ruinosamente costosa. Así, cuando la guerra volvió a reanudarse en 1346, los ingleses cambiaron a una nueva estrategia. En 1346, 1349, 1355, 1356 y en 1359 las tropas de los Plantagenet lanzaron nuevas *chevauchées* en casi todos los rincones de Francia, dejando arrasadas bastas franjas de terreno (habitualmente de unas quince millas de ancho) a lo largo de las rutas que siguieron en su paso. Una vez que los ejércitos alcanzaban las áreas lejos de las zonas fronterizas, fuertemente defendidas, eran capaces de destruir villas de tamaño considerable e incluso ciudades, así como los asentamientos más pequeños en medio del campo: en la *chevauchée* de Crécy, por ejemplo, las ciudades de Caen, Cherburgo, San Lo, Lisieux, Barfleur, Carentan, Valonges, Gisors, Vernon, Poissy, San Germain-en-Laye, San Cloud, Pontoise, Poix, Longueville, Nueufchâtel, Le Crotoy y Étaples, junto con los suburbios de Beauvais, Montreuil-sur-Mer, Boulogne, fueron más o menos destruidas al mismo tiempo que casi una docena de poblaciones más. En una de las dos principales *chevauchées* de 1355, el Príncipe Negro cabalgó desde Burdeos al Mediterráneo y devuelta, destruyendo unos 500 castillos, villas,

ciudades y pueblos, junto con Limoux y los suburbios de Tolosa, Carcasona y Narbona que eran algunas de las mayores ciudades de Francia. Hacia 1359-60, cuando un gran ejército inglés marchó desde Calais a Reims y desde Borgoña a París, toda Francia quedó «aplastada y herida bajo los cascos de los caballos», «al borde de la destrucción», y «atormentada y destrozada por la guerra».

La devastación, tal como se ha señalado más arriba, era un método importante de provocar en el enemigo su entrada en la batalla. Sólo la necesidad de detener la destrucción del reino fue lo que llevó a los franceses a luchar (y ser derrotados) en Crécy, en 1346, y en Poitiers, una década más tarde. La devastación servía otros objetivos adicionales. También enriquecía a los atacantes, desmoralizaba y empobrecía a sus enemigos, y daba a la gente del país arrasado (en todas las escalas sociales) una razón inmediata y directa para desear la paz, ganada mediante la aceptación de las demandas de los invasores si ésta no podía ser alcanzada mediante su derrota en la batalla. Al explicar por qué había aceptado el humillante tratado de Brétigny en 1360 que establecía la entrega de un tercio de Francia a la soberanía inglesa, el rey Juan II se justificó:

> A causa de tales guerras, muchas mortíferas batallas han sido libradas, las gentes asesinadas, las iglesias sometidas al pillaje, muchos cuerpos destruidos y muchas almas perdidas, doncellas y vírgenes desfloradas, esposas y viudas honorables deshonradas, ciudades, mansiones y edificios incendiados, y cometidos robos, opresiones y emboscadas en los senderos y caminos. La justicia ha fracasado a causa de ellas, la fe cristiana se ha apagado y el comercio ha perecido, y tantos males y hechos horribles se han seguido de estas guerras que no pueden ser relatados, numerados o escritos...

Considerando todo esto «y que parecía cierto que males aún mayores podrían llegar en los tiempos venideros» si la guerra continuaba, los franceses se vieron obligados a aceptar las demandas inglesas. La devastación del norte de Inglaterra durante la década de 1320, de forma similar, llevó directamente a la «Paz de los Cobardes» de 1328 por la que el joven Eduardo III renunció a reclamar la soberanía de Escocia.

Así, el infligir directamente desgracias y daño sobre la población enemiga fue una de las principales herramientas en manos del comandante medieval, junto con la batalla y los asedios. Esto puede parecer sorprendente, dada la idea moderna ampliamente extendida sobre la época tardía de la

Edad Media como una época de gran caballerosidad, pero la contradicción es falsa, porque nada en la concepción medieval tardía de las reglas de la caballería prohibía los ataques directos sobre la población «civil», justo como nada evitó el bombardeo de Dresde o Nagasaki en el siglo XX: la población en su conjunto se veía como el mástil del barco del estado enemigo, y como tal un objetivo legítimo para el ataque porque era sólo con el apoyo de la gente común que un rey podía ir a la guerra. «Si alguna vez el inocente debe sufrir junto con el culpable» en tales ataques, escribió Honoré Bouvet, «no puede ser de otra manera» (ver más adelante, capítulo XII).

Una de las razones, pues, de que una batalla pudiese propiciar un resultado decisivo era que permitía al lado vencedor llevar a cabo lo que H. J. Hewitt denominó acertadamente «el trabajo del caos», con todas sus implicaciones políticas en gran parte libre de interferencias. Naturalmente, esto no era una revelación nueva: el elevado volumen de las apuestas en que se incurría en un encuentro bélico eran la razón para la popularidad de la estrategia de Vegetius seguida por los ejércitos en una disposición de defensa estratégica, tal como ya se ha señalado. En la época de la mitad y el final del siglo XIV, los escoceses y los franceses en particular refinaron esta antigua actuación estratégica con la idea de poder superar la estrategia inglesa de las *chevauchées* que se había probado tan eficaz en el período hasta 1360. Esto necesitó dos cambios básicos. En primer lugar, los que ejercían la defensa estratégica tuvieron que reforzar su decisión de evitar la batalla de forma que pudiesen resistir el tirón del honor y el empuje de la deshonra que les impulsaban hacia el combate frente al invasor. Las muchas victorias de los ejércitos de infantería desplegados siguiendo la estrategia defensiva hacía esto cada vez más posible. En segundo lugar, tenían que reducir su vulnerabilidad a la destrucción, no fuese a ser que escapasen del peligro de una derrota en el campo de batalla sólo para resultar abrasados en la hoguera del colapso económico y social (como Francia en 1358-60). Los franceses consiguieron esto realizando un gasto inmenso en dos oleadas de fortificaciones inspiradas por los hechos de 1346 y 1355-6, protegiendo los principales centros urbanos del reino, e incrementando su capacidad de hacer «sombra» a un ejército invasor, forzándolo a estar siempre concentrado y listo para la batalla (y evitando así que se desplegase por el territorio para infligir una mejor destrucción), todo lo cual minimizaba el daño al país. En la década de los ochenta del siglo XIV el rey Juan de Castilla resultó así persuadido para emplear métodos similares contra la fuerza expedicionaria del duque de Lancaster:



La ciudad normanda de Caen fue una de las muchas saqueadas e incendiadas por Eduardo III durante la *chevauchée* de Crécy en 1346. «La ciudad y los suburbios quedaron desprovistos de todo lo que podía ser movido y llevado, quedando todo reducido a paredes desnudas, siendo todo robado y destruido», según observó la Crónica *Brut*. La destrucción de la ciudad sirvió tanto para enriquecer a los soldados ingleses como para motivar a otras ciudades a una rendición con condiciones en lugar de luchar hasta su captura, como le sucedió a Caen.

Haremos la guerra sabiamente, mediante guarniciones, por dos o tres meses o por toda la temporada si es preciso, y permitiremos a los ingleses y los portugueses sus correrías por Galicia y por otras partes si pueden. Si conquistan algunas ciudades, ¿qué importa? Capturaremos de nuevo las ciudades de forma inmediata una vez se hayan alejado de la zona. Sólo las habrán tomado prestadas... Por tanto, el mejor modo de diezmarlos y derrotarlos es evitar luchar con ellos y dejar que hagan sus correrías donde quieran.

La persecución decidida de una estrategia de este tipo por parte del defensor aunque podía ser dolorosa dejaba al bando atacante con pocas elecciones más allá de intentar una conquista gradual basada en una serie de asedios. Si las fortificaciones que dominaban una cierta zona podían ser capturadas y protegidas con guarniciones, entonces el control de ese área quedaría asegurada con efectividad, y el peso de la iniciativa pasaría al otro bando que trataría de recuperarla. Tal estrategia «gradualista» fue utilizada por ejemplo por Enrique V en su conquista de Normandía a partir de 1417.

Como Dubois había observado, sin embargo, la captura de un castillo fortificado o de una ciudad por una fuerza armada era un proceso «largo, peligroso y arduo», así como costoso. Un ejército sitiador podía hostigar a la guarnición mediante el lanzamiento de proyectiles por medio de catapultas de contrapeso sobre las murallas, podía tratar de pasar por encima de las murallas con torres de asalto móviles, o cavar una mina, pero ninguna de estas técnicas era probable que hiciese posible un asalto rápido. Por tanto con mucho el mejor medio para capturar esos puntos fuertes era simplemente el de persuadir a los hombres que los guardaban para que los entregasen. Esto se conseguía la mayoría de las veces por medio de sobornos, amenazas o una combinación de ambos. Era común para un ejército sitiador emplearse en bombardeos y asaltos, simultaneándolos con negociaciones. Normalmente los atacantes amenazaban con las terribles consecuencias que tendrían lugar si se tomaba la plaza al asalto, mientras prometían un tratamiento favorable para la guarnición y los habitantes en caso de un acuerdo de rendición. Cuanto más larga era la resistencia, menos favorables se hacían por lo general las condiciones, y mayores serían las oportunidades de que el lugar fuese capturado al asalto, en cuyo caso los defensores eran habitualmente masacrados sin piedad. Si la guarnición se rendían dentro de un razonable período de tiempo, los soldados podían esperar que se les permitiese guardar el botín acumulado y poder llevárselo hasta la fortificación amiga más próxima (ver más adelante capítulo VIII).

Estas presiones se compensaban con el deseo de los defensores de aguantar al servicio de su señor tanto tiempo como fuese posible; según pasaba el tiempo, el equilibrio se inclinaba más y más a favor de la rendición. Ese era normalmente el resultado final, mucho más frecuente que el asalto. Por lo general, este cálculo estaba influido en gran manera por la apreciación de cada bando sobre la probabilidad de que un ejército de

apoyo llegase a romper el cerco, por la solidez de las fortificaciones, por los problemas logísticos a que se enfrentaban los adversarios. Si un ejército invasor era lo suficientemente fuerte, la esperanza de socorro lo suficientemente remota y el entusiasmo de los defensores lo suficientemente bajo, regiones enteras podían cambiar de manos como consecuencia de una serie de rendiciones negociadas en una sola temporada de campaña. Este tipo de guerra permitió a los franceses, al principio de la década de 1370, reconquistar la mayoría de las tierras que habían perdido frente a los Plantagenet en 1360, y fue lo que llevó a Normandía y Maine bajo control inglés en los años posteriores a Agincourt. Cuando, por ejemplo, Enrique V quiso capturar el castillo de la ciudad de Caen, donde la guarnición estaba encerrada,

> mandó aviso al señor de Montayny que era el capitán, de que si entregaba el castillo en un día podría marchar sin daño. Y que si era necio y obstinado, toda clemencia y favor le serían negados. Cuando el capitán y sus compañeros hubieron asimilado bien este mensaje, estando muy apremiados de acuerdo con las condiciones ofrecidas, entregaron el castillo y a ellos mismos.

La caída de una fortaleza podía desencadenar una oleada de rendiciones si las perspectivas de un ejército de socorro seguían siendo remotas. «Cuando la noticia de la rendición de Rouen corrió como el viento a través de Normandía» en 1419, por ejemplo, «es algo increíble escuchar cuántas otras muchas ciudades cedieron y cuántas fortalezas se rindieron sin excepción».

Los dos factores que jugaron un papel importante para determinar el éxito de las operaciones militares de este tipo fueron posiblemente la reputación y la capacidad para convocar fuerzas de socorro o para combatirlas. Esto último era crucial porque la perspectiva de ayuda era algo determinante para inspirar a los defensores a continuar la resistencia. Si no se encontraba ayuda en camino, o si claramente esta ayuda no era capaz de imponerse a los sitiadores, entonces se preguntarían para qué estaban resistiendo. Por tanto, si la rendición era inevitable era importante que la ofreciesen con prontitud y así obtener condiciones generosas, sin tener que soportar las penalidades del asedio o el riesgo de un asalto catastrófico. Por tanto, en esta situación, las victorias en el campo de batalla no eran ni necesarias ni suficientes para la conquista, pero aún así eran muy ven-

tajosas. La victoria de Enrique V en Angincourt abrió el camino para su ocupación de Normandía, aunque la victoria en el campo de batalla tuvo que ser seguida por una determinante y bien ejecutada campaña de conquistas que duraría varios años; cierto es que tras la derrota inglesa en Formigny, en 1450, en poco más de cuatro meses cualquier vestigio de control del Duque de Lancaster sobre el ducado fue eliminado.

El segundo factor, la reputación, era muy importante una vez que, tal como se ha señalado, la mayoría de los asedios acababan con una rendición negociada antes que con las murallas derribadas y un asalto cruento; por tanto, la lucha era tan psicológica como física. Cuanto más inevitable fuese una posible rendición de los defensores, más convencidos estarían de que serían castigados con severidad si resistían demasiado tiempo, y cuanto más confiados estuviesen de que podían esperar unas condiciones favorables si se rendían sin demora, más breve sería el asedio.

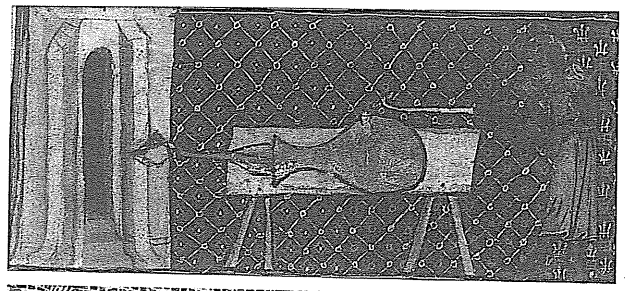
En la conquista de Normandía por Enrique V, los ingleses alcanzaron la reputación de ser invencibles en la batalla y de una firmeza sin fisuras en la realización de los asedios, lo que les sirvió de forma muy favorable muchos años después. Los franceses estaban en una situación difícil: especialmente después de sus derrotas en Cravant, en 1423, y en Verneuil, en 1424, con poca confianza para desafiar a los ejércitos ingleses y, por tanto, no descuidaron ninguna oportunidad de obtener una victoria que les volviese a dar la agresividad y el *élan* necesarios sin los cuales no podían tener esperanza de cambiar el curso de la guerra –incluso cuando el exceso de confianza de los ingleses les dio varias oportunidades para el éxito militar. Esta es la razón por la que la aparición de Juana de Arco fue tan importante. El ciclo de los Valois de derrota y de falta de ánimo tuvo que ser roto desde fuera, y la creencia de los soldados en la intervención divina sirvió de detonante. Inspirados por Juana para derrotar al ejército inglés que cercaba Orleans en 1428, sacudieron su complejo de inferioridad y continuaron la guerra en un ambiente militar nuevo que ahora, como había ocurrido con anterioridad, les favoreció más que nunca.

El arte de la guerra había ya empezado a experimentar una especie de cambio sísmico en los años entre Agincourt y la llegada de la Doncella de Orleans; esto fue en gran parte debido al desarrollo de una artillería de pólvora capaz de derribar las murallas de los castillos (ver más adelante, capítulo VIII). Por esta época, el cañón era conocido en Europa desde hacía más de un siglo, pero los cañones más antiguos eran demasiado pequeños y débiles para demoler las fortalezas. En su defecto, la mayoría de

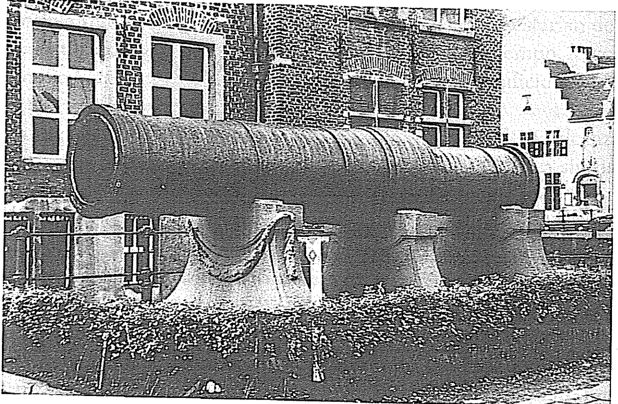


Con solo diecinueve años Juana de Arco dirigió un pequeño ejército para levantar el sitio de Orleans en 1429, dando al Delfín y a sus tropas la confianza que necesitaban para enfrentarse a sus adversarios ingleses. La coronación de Carlos VII en Reims, que ella organizó, dio al partido de los Valois una ventaja crítica sobre el joven Enrique VI y marcó un auténtico punto de inflexión en la guerra. Este dibujo fue realizado en 1429 pero el artista fue poco preciso al representar a Juana con ropas de mujer y cabello largo.

las veces eran utilizados como armas de hostigamiento, lanzando grandes piedras sobre los tejados de las casas dentro de la ciudad sitiada y así incrementando las penalidades de los defensores y animándolos a rendirse sin demora. A través de los años, los cañones se hicieron lenta pero constantemente más grandes, hasta que alrededor de 1420 el mayor de ellos disparaba balas de piedra que pesaban hasta 750 kilos. En la misma época, una serie de innovaciones tecnológicas (especialmente el desarrollo de una pólvora «granulada» más poderosa) y varias mejoras en el diseño aumentaron en gran medida la eficacia de los cañones. El más importante de estos adelantos fue el simple paso de alargar el cuerpo de los cañones de forma que la bala fuese empujada por la fuerza de la explosión durante un período de tiempo más largo, aumentando su velocidad en la boca del cañón y así su precisión y poder de impacto. Esto también implicaba que



i



ii



iii

Estas tres ilustraciones muestran el desarrollo de la artillería de pólvora a lo largo de un siglo. La primera ilustración (i) es una de las más tempranas representaciones de un cañón europeo, estando fechada en 1327. Los cañones en forma de jarrón que disparaban proyectiles de bronce enseguida dieron paso a diseños en forma de tubo, tal como se muestra (iii) en el momento de ser cargado, dibujo procedente de un libro alemán de instrucciones de artillería. Este tipo de bombarda tenía una recámara larga y delgada colocada detrás de un tubo corto, por lo general (como aquí) con una longitud que era sólo ligeramente superior

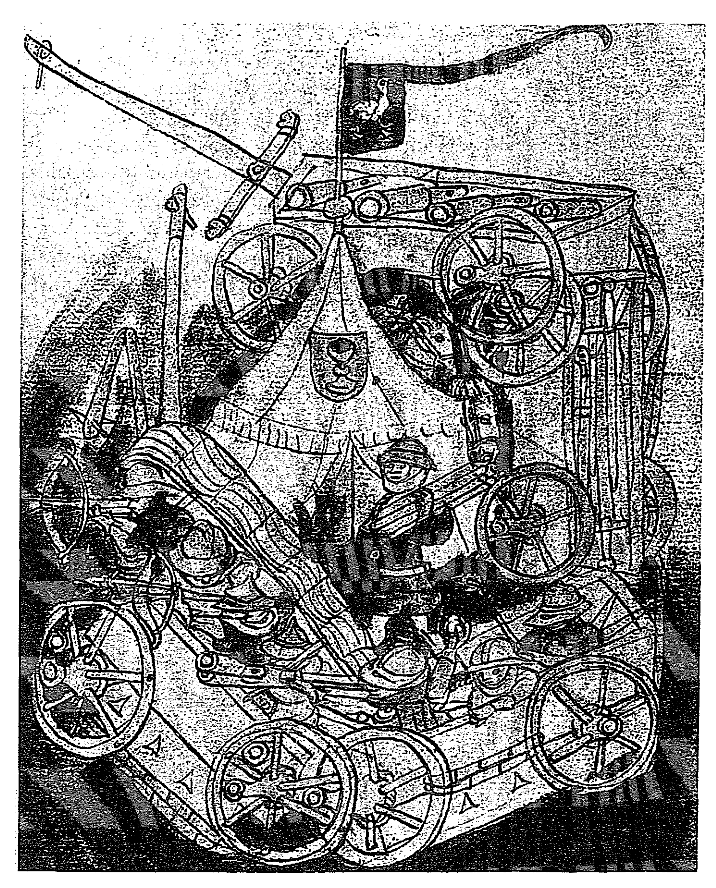
el tapón de barro y arcilla húmeda que se utilizaba para insertar la bala en el cañón podía ser eliminado, con lo que los cañones se cargaban y disparaban en menos tiempo. El resultado real fue un incremento radical en la utilidad práctica de la artillería pesada. Enrique V tardó siete meses en capturar Cherburgo y seis meses más en ganar Rouen en 1418-19, a pesar de que usó el equipo de asedio más poderoso de su época. En 1450, en contraste con lo anterior, sólo se necesitaron dieciséis días para dejar casi toda la muralla de Bayeux «perforada y derribada», mientras que en Blaye, un año más tarde, fueron necesarios cinco días hasta que «las murallas de la ciudad estaban completamente derribadas por muchas partes». Como Pierre Dubois había observado ciento cincuenta años antes, la superioridad de la defensa estratégica proporcionó en su tiempo capacidad al débil para resistir al fuerte, y disminuyó el valor en el campo de batalla del poderío del rey de Francia. Esta «revolución de la artillería» del siglo XV tendió a dar la vuelta a la situación. El triunfo en la batalla (como señaló Guicciardini cuando los aparatos de asedio desarrollados en el seno de la Guerra de los Cien Años tomaron Italia al asalto en 1494) se convirtió en el equivalente en la práctica de la victoria en la guerra, porque ahora el valor del enfoque de Vegetius en cuanto a la estrategia quedó socavado de forma severa, y la defensa tenía que ser una defensa en campo abierto.

Al mismo tiempo, cuando el cañón estaba rompiendo el equilibrio estratégico a favor de los fuertes y en contra de los débiles, y a favor de la ofensiva estratégica como táctica defensiva, también empezaron a alterarse los determinantes del éxito en el campo de batalla. Las tácticas defen-

a su diámetro. Debido a su tubo corto, el cañón «escupía» la bala de piedra que disparaba en vez de proporcionar al proyectil un impulso de aceleración más suave; para conseguir que esto funcionase en la práctica, la abertura de la recámara con la pólvora tenía que ser insertada mediante un cilindro o taco de madera blanda (en la mano izquierda de la figura representada a la izquierda), para después ser colocada en su sitio mediante tres cuñas triangulares y cubrirla con una mezcla humedecida de barro y arcilla. El proceso de disparo era tan lento y las trayectorias resultantes tan inexactas que un artillero que conseguía alcanzar tres blancos diferentes en el mismo día era requerido para que marchase en peregrinación al sospecharse que debía estar en connivencia con el diablo. Hacia la década de 1430 se comenzaron a construir cañones mayores con tubos mucho más largos, fabricados a base de barras y anillos de hierro forjado. Cañones como el «Dulle Griet» (ii), disparaban pesadas balas de piedra a mayor velocidad (gracias en parte a la introducción de una pólvora de calidad superior del tipo «granulado») con un poder y una precisión capaces de derribar las murallas de los castillos.

sivas siguieron siendo dominantes y en verdad la superioridad creciente y la efectividad de las armas de fuego tendieron a reforzar las ventajas de la defensa, permitiendo a aquellas naciones no favorecidas con un contingente importante de arqueros disfrutar, sin embargo, de alguna de las ventajas tácticas que estos soldados proporcionaron a los ejércitos ingleses. Los husitas de Bohemia en la década de 1420 y de 1430, por ejemplo, utilizaron el cañón y unas «culebrinas manuales» primitivas (antecedente del arcabuz) para ayudar en la defensa de las fortalezas móviles que construían sobre el campo de batalla encadenando filas de carros. Una diferencia crucial, sin embargo, fue la introducción de nuevas armas: ahora, el bando mejor provisto de artillería podía a menudo obligar a su enemigo a realizar un ataque (o sufrir un bombardeo interminable) y, así, asegurarse para sí mismo las ventajas de la defensa táctica. Al final de la Guerra de los Cien Años, esto proporcionó a los franceses una respuesta efectiva frente a las tácticas inglesas que habían conducido a las derrotas de los Valois desde Crécy a Verneuil. Las últimas dos batallas de la guerra, Formigny y Castillon, fueron casi las primeras ganadas por completo por los franceses, y en ambas la artillería jugó un papel importante.

Dado que la derrota o la victoria en el campo de batalla tenía ahora consecuencias tan enormes (los asedios habían decaído hasta poseer una relativa falta de trascendencia), los dirigentes del occidente europeo hacían cada vez más hincapié en levantar ejércitos mayores y más profesionales. Esta tendencia destaca en particular al final de nuestro período con las *compagnies d'ordonnance* en Francia y Borgoña, que serán examinadas en el último capítulo de este libro. Mantener estas fuerzas permanentes era muy costoso, como lo era también una buena formación de artillería y, en general, sólo los dirigentes más ricos de la cristiandad podían permitirse el lujo de tenerlas. Esta situación favorecía a los gobiernos centrales de los grandes estados que se beneficiaban de un «ciclo de represión y obtención» por el cual los militares del estado quedaban capacitados para conquistar nuevas tierras o imponer nuevos tributos sobre los súbditos que se resistiesen, incrementando de esta forma los ingresos y haciendo posible un aumento del poder militar, y así en adelante. Philippe de Commynes, soldado de finales del siglo XV, político e historiador, ilustró este proceso circular cuando habló de un «príncipe que es poderoso y tiene un gran ejército permanente, con la ayuda del cual puede obtener el dinero para pagar a sus tropas». Se estaba formando un nuevo mundo militar, dominado por lo que William H. McNeill llamó

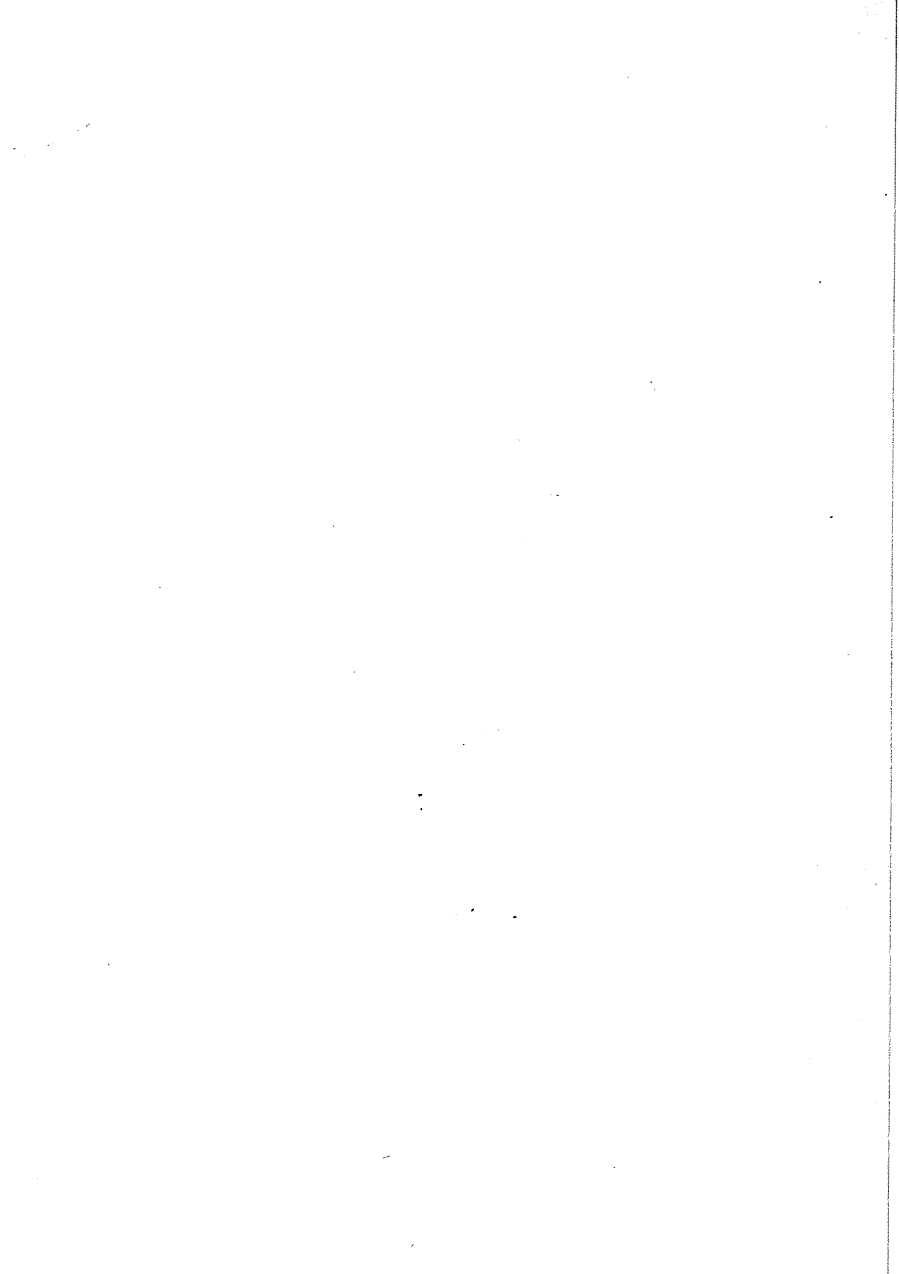


Este dibujo de la época muestra las características esenciales del «Wagenburg» de los husitas. Las tropas armadas con ballestas, primitivas armas de fuego, mazas y mayales, quedaban protegidas detrás de sus vehículos de guerra de igual forma que lo hubiesen hecho las murallas de una ciudad. Se puede ver el cañón de otra pieza de artillería protegiendo la abertura al frente del primer vehículo (abajo a la izquierda). Las victorias de los husitas hicieron de este tipo de vehículo de guerra algo común en el este y en el centro de Europa en el siglo XV.

«los imperios de la pólvora»: estados cuyos poderosos ejércitos, junto con el cañón que derribaba las murallas, les permitió consolidar su poder sobre las provincias y absorver a sus vecinos más pequeños. Dos de los primeros estados que emprendieron este camino fueron Francia y el Imperio Otomano. En sus respectivas campañas de 1453 emplearon ejércitos cuya punta de lanza eran tropas profesionales permanentes respaldadas por artilleros de gran habilidad, así como de aparatos de asedio dedicados a conquistas que literalmente cambiaron una época. El barón de Shrewsbury fue aplastado por los artilleros franceses en Castillon, lo que condujo al colapso del levantamiento pro-inglés de Gascuña y (visto con el tiempo) al final de la Guerra de los Cien Años. Mientras tanto Mehmed el Conquistador, ayudado por bombardas de dimensiones gigantescas, obtuvo el éxito en la tarea que durante tantos años había frustrado a sus antecesores: la captura de Constantinopla, la ciudad amurallada más hermética de Europa. Así la Edad Media llegó a su conclusión, con espesas nubes de humo de pólvora negra como telón final.

PARTE II

El arte de la guerra



Capítulo VIII

Fortalezas y asedios en Europa occidental c. 800-1450

R. L. C. Jones

Desde los tiempos más antiguos, la construcción de defensas produjo una nueva forma de guerra, la guerra de asedios. Pruebas encontradas en Crickley Hill, Cloucestershire, nos sugieren que sus murallas, fechadas en torno al año 2800 antes de Cristo, fueron asaltadas y arrasadas utilizando flechas incendiadas. Las defensas prehistóricas fueron aprovechadas para proteger grandes áreas habitadas por comunidades enteras, pero en esencia las elites deseaban proteger sus propios intereses, en particular su poder y su riqueza. Estas primeras fortalezas consistían en una sola línea de defensa, o varias, haciendo uso de elevaciones y fosos para ganar en altura y profundidad. Con el tiempo se hicieron más complejas, incorporando ideas más evolucionadas como las observadas en la entrada occidental del castillo de Maiden, en Dorset, donde los invasores eran canalizados a través de «corredores» entre las defensas construidas por encima de ellos. Eco de estos procedimientos prehistóricos –un circuito simple de defensas rodeando comunidades grandes– pueden ser encontrados en los recintos urbanos del Imperio Romano. Tras el vacío político creado por la retirada del poder romano, las pruebas arqueológicas nos muestran que estos fuertes situados en las colinas fueron ocupados de nuevo a principios del periodo medieval. Es evidente que hubo una continuidad en las prácticas defensivas que vincula los fuertes prehistóricos situados en colinas con las ciudades amuralladas del medioevo.

Pero la Edad Media también fue testigo de la ruptura de esta tradición con el surgimiento de la defensa privada o «castillo». El objetivo de de-

fender a la comunidad se perdió, convirtiendo a los castillos en declaraciones nada ambiguas de poder de figuras capaces de invertir grandes cantidades en fortalezas para proteger sus propios intereses. La proliferación de estas defensas más pequeñas, que rara vez ocupaban más de unos pocos acres, complicaron el modo en que la guerra era llevada a cabo y el asedio empezó a predominar como el modo más efectivo de actividad bélica. En el periodo entre el año 800 y 1450 pocas campañas se desarrollaron sin que se produjese el asedio de uno, y a veces varios, puntos clave, y sólo en las sociedades no defendidas por castillos, como en Irlanda en el siglo XII y en Gales en el siglo XIII, los asedios permanecieron en un segundo plano. A lo largo de todo el período, los asedios sobrepasaban en número a las batallas campales, a los enfrentamientos navales, a las expediciones de ataque a caballo y a cualquier otra forma de actividad bélica. Entre 1135 y 1145, Godofredo V de Anjou conquistó Normandía sin entrar en una sola batalla y el gran rey guerrero Ricardo I, a pesar de haber estado implicado de manera constante en actividades de asedio durante los diez años que duró su reinado, no libró más de dos o tres. Las cruzadas se ganaron y perdieron por una combinación de grandes operaciones de asedio y enfrentamientos campales. En Alemania durante el siglo XIII las guerras de sucesión tras la muerte del emperador Enrique VI, así como la lucha final con el papado y los conflictos causados por el desplazamiento de la dinastía Hohenstaufen, eran conducidos principalmente a través de asedios. De igual manera, la reconquista cristiana de la España musulmana culminó en los grandes centros urbanos como Córdoba y Sevilla. Sin embargo, y a pesar de la relativa frecuencia con la que se producían los asedios, y la escala de tales operaciones, en pocas ocasiones la conclusión de un único asedio, bien por el resultado victorioso de la captura o el de la defensa, resolvía un conflicto mayor. Podemos encontrar excepciones notables como el triunfo del rey Esteban en Faringdon en 1145 que marcó el final de la guerra civil con Matilde, o el éxito inglés en el asedio de Calais en 1347 que decidió mucho más que la batalla previa de Crécy. La batalla en campo abierto continuaba siendo el escenario en el que el poder de una dinastía podía cambiar de manos. Pero, con mayor frecuencia los preliminares a la batalla podían encontrarse en un asedio o en una serie de bloqueos militares como, por ejemplo, la batalla de Lincoln durante el reinado de Esteban, que acabó con la captura del rey. Evidentemente los riesgos expuestos en la batalla eran mayores. Los asedios podían ser buscados de forma deliberada mientras que la batalla era evitada hasta que se hacía absoluta-

mente necesaria. A pesar de todo el asedio daba ocasión a las partes enfrentadas a entrar en contacto y, con frecuencia, era utilizado de manera consciente o no como catalizador de la acción militar decisiva, es decir, de la batalla en sentido formal.

Un castillo o una ciudad sitiada desempeñaba fundamentalmente un papel defensivo, pero también cumplían un papel ofensivo importante. Como base de operaciones para las fuerzas móviles, las fortalezas actuaban como almacenes de suministros y lugares seguros para las tropas de reserva no implicadas de forma activa en el campo de batalla. Desde estos lugares se dominaban grandes áreas. El cronista Suger nos habla sobre el castillo de Le Puiset –capturado por el rey Luis VI en el año 1111–, al cual nadie se atrevía a acercarse a menos de ocho o diez millas por miedo a ser atacado. La conquista de tales reductos desafiantes frecuentemente implicaba la movilización de grandes ejércitos. Por otro lado mantener el control sobre estos lugares se convertía en la preocupación suprema de aquellos que se encontraban en situación defensiva. Al margen de su fuerza militar, estas fortalezas también representaban el poder político al ser centros administrativos para las autoridades públicas así como el lugar donde se rendía vasallaje y se prestaban servicios ante el señor feudal. Los castillos se convirtieron en símbolos de riqueza, estatus y poder de quienes los levantaban y a lo largo del tiempo fueron adaptados para proporcionar acomodo confortable, incluso lujoso, para sus ocupantes. Así, por ejemplo, en Orford (Suffolk), el alojamiento del siglo XII fue dividido en pequeñas habitaciones y gracias a un sencillo sistema hidráulico existía un suministro constante de agua corriente. Dover tenía comodidades «modernas» similares. Estas funciones de carácter no militar han conducido recientemente a algunos estudiosos a reexaminar y reducir el papel militar de los castillos (ver también el capítulo V). Mientras que sin duda en parte tenían carácter residencial, su capacidad de resistir los asedios nos advierte en contra de las interpretaciones que ignoran por completo su diseño militar. Las funciones de las ciudades fortificadas eran igualmente complejas debido a que éstas se construían no sólo para la defensa de la población local sino también en representación de la madurez política de la ciudad y, más importante aún, para defender sus intereses económicos. Estos tres elementos los podemos observar en la construcción de las murallas alrededor de las ciudades-estado en Italia. La enorme riqueza detrás de las murallas italianas convertía a sus villas y ciudades en frecuente objetivo de agresores externos.

En términos militares al menos, el diseño de las estructuras defensivas en Europa occidental responde a la amenaza creada por fuerzas agresivas, tanto existentes como percibidas, ya fueran las pequeñas redadas vikingas o los grandes ejércitos reales, la clásica maquinaria de asedio o las armas de fuego. La técnica del asedio evolucionó para poder vencer los obstáculos defensivos desde los más simples castillos de tierra y madera hasta las complejas defensas consistentes en múltiples barreras construidas en piedra. Por su tamaño, resultaba mucho más fácil, rápido y menos costoso adaptar las armas y la maquinaria de asedio a las nuevas construcciones. Las fortificaciones iban a sufrir una constante puesta al día a lo largo de todo el periodo, vacilando al borde de la obsolescencia, mientras los arquitectos militares buscaban contrarrestar el arsenal siempre cambiante del agresor. El sutil equilibrio entre las estructuras defensivas y el armamento ofensivo caracteriza este periodo, aunque de hecho fueron pocas las fortalezas que cayeron como resultado directo de bombardeos o asaltos. Muchas más cayeron como consecuencia de la fragilidad humana al escasear las provisiones o debido al fracaso de las fuerzas de apoyo que acudían en ayuda de la guarnicion asediada. Según testimonio de Robert Blondel en Normandía en el siglo XV, «los países no se defienden con murallas, sino por el coraje de sus soldados». Incluso, algunas fortalezas, anticipándose a un posible asedio, ofrecían su rendición antes de encontrarse sometidas a sitio. La captura de Aleçon en 1417 precipitó la rendición en pocas semanas de otras seis ciudades y castillos menores. Del mismo modo, entre 1449 y 1450, la gran mayoría de los castillos normandos en manos de los ingleses capitularon sin oponer resistencia cuando se enfrentaron a la arrolladora capacidad de fuego de la artillería francesa. No obstante, en la mayoría de los casos las defensas parecen haber mantenido el ritmo de los cambios en el armamento. Guillermo de Holanda, por ejemplo, protagonizó trece asedios entre 1249 y 1251, de los cuales sólo tres concluyeron con éxito. Incluso la reticencia a cambiar y adoptar medidas nuevas y radicales, fundamentalmente tras la introducción del cañón, no condujeron a la desaparición de las defensas tradicionales. La conquista de Normandía por Enrique V entre 1417-19 fue posible gracias a una serie de asedios; aunque las defensas de Caen, Falaise, Cherbourg y Rouen, construidas sin tener en cuenta los cañones, fueron capaces de ofrecer una fuerte resistencia, en algunos casos, durante más de seis meses. A pesar de conocer el poder de este armamento, ni Enrique V ni Enrique VI rediseñaron ninguna de las fortalezas tras la conquista de Nor-

mandía, lo que nos sugiere que consideraban que eran capaces de resistir el nuevo poder de la pólvora. Sin duda la temprana incorporación del cañón a las defensas de Europa occidental las hacía más infranqueables que en épocas anteriores. Las troneras para los cañones fueron añadidas a las murallas existentes a lo largo de la costa sur de Inglaterra, donde castillos como Carisbrooke, en la isla de Wight, y ciudades como Southampton, incorporaron huecos diseñados especialmente para este uso a partir de la década de 1360. Tres décadas más tarde, la mayoría de las fortalezas inglesas estaban diseñadas para incorporar cañones como en Cooling y Bodiam, y como muestran las defensas de las ciudades de Canterbury y Winchester, entre otras. Sin embargo, es peligroso asumir que toda ventaja recaía sobre aquellos que defendían los sitios fortificados. A lo largo de todo el periodo, si el sitiador se valía de todos los medios de agresión –bombardeos, asaltos, minas y bloqueo– pocas murallas eran capaces de resistir el ataque por mucho tiempo. Incluso los castillos con diseño más avanzado, aquellos descritos por los contemporáneos como «inexpugnables» como, por ejemplo, los castillos de Château-Gaillard, Crac des Chevaliers o Cherbourg, pocas veces hacían honor a su reputación. Del duque Guillermo de Normandía se decía que nunca había fracasado en la toma de un castillo.

Está ampliamente aceptado que la proliferación de castillos y otras construcciones defensivas alrededor del año 1000 encuentra sus raíces en importantes cambios sociales. Esto se debió, al menos en parte, a la amenaza militar externa de las expediciones de vikingos, magiares y sarracenos. Los merodeadores planteaban serios problemas, dado que eran capaces de moverse con rapidez, bien a caballo o siguiendo los ríos, hasta penetrar en lo más profundo del corazón de Europa. Los invasores se movían con total impunidad a través del campo y la única manera de frenar su avance era levantando nuevas defensas. A lo largo de Europa la amenaza era la misma, pero las soluciones defensivas adoptadas eran muy diferentes. Las incursiones vikingas en Francia motivaron la construcción de defensas privadas como las encontradas en la región de Charente, y públicas, como las fortalezas levantadas a lo largo de los ríos más importantes a petición expresa de Carlos el Calvo en la asamblea de Pitres en el año 864. La restauración de las defensas de ciudades como Le Mans y Tours en el Loira así como los puentes fortificados en el Elba y el Sena, resultaron de esta iniciativa, que se llevaría a cabo con mayor intensidad en los siguientes veinte años, y resultaría crucial para la defensa de París en el año

885-6. En Irlanda las comunidades levantaron altas torres de planta circular que servían tanto de refugio como de centinelas o atalayas contra las incursiones vikingas. En Inglaterra, Alfredo comenzó a fortificar los principales centros de población, creando un sistema integrado de defensas o *burhs,* ofreciendo protección al campo circundante. Por lo general se levantaba un único baluarte de tierra, coronado con una empalizada de madera, con frecuencia en una posición defensiva natural como una colina o junto a la curva de un río y protegiendo fuertemente los puntos de acceso. Elementos de algunos de estas obras defensivas pueden verse todavía hoy, por ejemplo, en Wareham, Wallingford y Burpham. Para contrarrestar la amenaza magiar en Alemania Enrique el Pajarero (919-36) levantó ciudades fortaleza como Werla, Brandenburgo y Magdeburgo, cada fortaleza abarcaba un complejo de recintos fortificados que llevaban a una ciudadela.

El conocimiento sobre las técnicas de asedio heredadas de la antigüedad fueron aplicadas, con ligeras modificaciones, en el medioevo tempra-



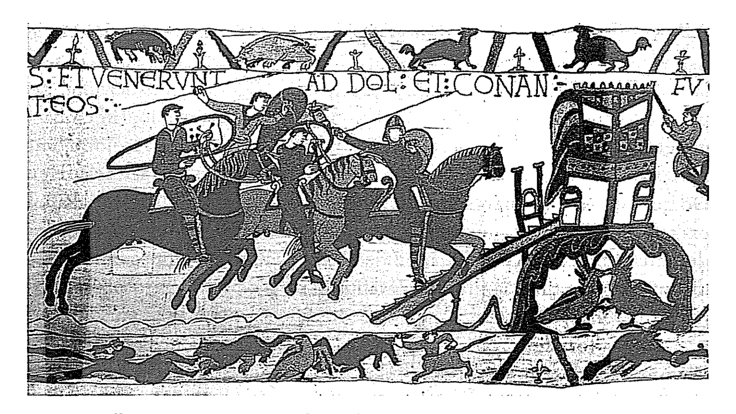
Defensa del castillo *(Burh).* La obra de albañilería que se muestra en el dibujo sugiere que el autor fue influenciado por las imágenes clásicas de asedios. Algunas de las defensas de época romana fueron reutilizadas como, por ejemplo, en Chichester y Winchester. Para garantizar la seguridad de estas localizaciones, las fincas cercanas eran requeridas para que suministrasen hombres y dinero de acuerdo con el número de parcelas consignadas en el texto conocido como «Burghal Hideage».

no. Los testimonios sobre los primeros asedios demuestran que, tanto en ataque como en defensa, poco había cambiado. En el asedio a la ciudad de Barcelona en el año 800-1 los musulmanes quemaron los campos cercanos para privar a los sitiadores francos de las cosechas e hicieron rehenes a los cristianos. Las murallas fueron debilitadas por la labor de minado y por los bombardeos de los almajaneques o maganeles. Parece ser que las puertas fueron atacadas con arietes. El asalto final fue dirigido por hombres atacando a pie bajo la protección del *testudo* (una cubierta que avanzaba sobre ruedas) hasta coronar las murallas por medio de torres y escaleras de asedio. Resulta evidente de esta narración que antes del asedio se tomaron ciertas medidas preparatorias para el ataque. Tales preparativos fueron sin duda ordenados en el *Capitulario Aquisgaranense* de Carlomagno del año 813, dedicado a la organización de expediciones de asedio y a las medidas necesarias para asegurar el suministro a las fuerzas sitiadoras. Los *Capitularios* decretaron también que los hombres debían estar equipados con hachas, picos y maderas acabadas en puntas de hierro a fin de poder acometer las obras necesarias para los asedios. El ataque a París, en el invierno del año 885-6, ilustra con claridad el estado de la técnica de asedio del siglo IX. Enfrentados a impenetrables muros, los vikingos eran conocedores de todos los métodos para superarlas. De acuerdo con el testimonio del monje Abbo, los vikingos emplearon taladros para retirar las piedras de las murallas y arietes para derribarlas, ya pesar de que no lograron llevar sus propias torres de asedio hasta los muros, sí emplearon barcos en llamas para superar las fortalezas sobre el río Sena. Los franceses se defendieron arrojando líquidos hirviendo, flechas y proyectiles de *ballistae* así como empleando vigas en forma de tridente para parar el avance de los arietes inmovilizándolos. Las reparaciones rápidas o de urgencia se hacían por la noche. La variedad de métodos y tácticas defensivas utilizadas para contrarrestar la maquinaria de asedio evidencian que ésta no se encontraba en su despertar. El éxito carolingio en la defensa de París fue una rara proeza. Enfrentados a grandes áreas fortificadas, defendidas por unos cuantos soldados entrenados, los asediadores por lo general podían esperar la victoria. El enorme tamaño de las primeras defensas contribuyó a su vulnerabilidad. La solución defensiva fue reducir la longitud del frente expuesto alcanzando esta reducción su apogeo con la defensa privada o el castillo.

El diseño de los castillos buscaba contrarrestar la amenaza de cualquier fuerza agresiva, y con la evolución de la maquinaria de asedio también evolucionó su diseño. Consecuentemente, en la mayoría de los casos, es

posible ligar los grandes cambios en la arquitectura militar entre el año 800 y 1450 al dominio de las técnicas de asedio disponibles, a la introducción de nuevo armamento o al contacto con las diferentes ideas defensivas, muchas de las cuales provenían de oriente. De estos factores, es posible que el último llevó a los cambios más radicales, mientras que el primero y el segundo alentaban avances más lentos pero sin duda fundamentales. Estos factores, de forma individual o conjunta, se encuentran detrás de las cinco etapas de la evolución del diseño de castillos durante el período medieval: en primer lugar, la sustitución de los castillos de tierra y madera por los construidos en piedra; en segundo lugar, la construcción de fortalezas alrededor de la torre del homenaje; en tercer lugar, el paso de las torres de base cuadrada y murallas simples hacia las torres de base redonda; en cuarto lugar, la adopción de planos concéntricos y simétricos, y, finalmente, los primeros intentos de levantar fortalezas capaces de integrar el uso de las armas de fuego y contrarrestar sus efectos sobre los muros.

Al principio existían dos formas de construcción adoptadas de forma general: la defensa en anillo y el recinto cerrado de murallas rodeando una torre principal de madera, construida sobre un montículo o colina natural o artificial, conocido como mota. En su origen ambos fueron diseñados para resistir los métodos de guerra de la época y posiblemente se inspiraron en los campamentos de invierno de los vikingos. En Gante y Anveres las defensas fueron adaptadas a partir de aquellas construidas con anterioridad por los vikingos. Al retirarse detrás de barreras físicas, los defensores neutralizaban de manera efectiva el elemento más poderoso en cualquier ejército: su caballería. Era imposible para los soldados a caballo atravesar las murallas y los fosos. Incluso cuando el asalto era realizado, como en Lincoln en el año 1217, este acto posiblemente estaba motivado por un mal guiado sentido del honor más que por cualquier ventaja militar preconcebida que el ataque pudiera proporcionar. La defensa en anillo, consistente en un simple recinto fortificado con obras en tierra y madera, por lo general rodeando uno o dos edificios principales, ofrecía pocas más ventajas a sus defensores. Al añadir una torre elevada, utilizando un montículo natural o artificial (de hasta 20 metros de alto y 30 metros de diámetro en la cima), se incrementaban de manera importante las opciones defensivas. Desde su posición de dominio, el enemigo podía ser observado, y los defensores podían coordinar sus limitados recursos en las zonas del castillo que se encontraban bajo ataque. También proporcionaba



Varios castillos aparecen representados en los tapices de Bayeux. Es evidente que se realizó un importante esfuerzo para reproducir fielmente el aspecto de cada castillo. Aquí los bordadores nos muestran una torre de madera, un puente, una verja de entrada, y el foso y la escarpadura alrededor del montículo que sirve de protección al castillo, todo ello en detalle. Sin embargo, la carga de la caballería parece pertenecer a la imaginación del artista.

una plataforma idónea, como la encontrada en Abinger, Surrey, desde la cual disparar proyectiles sobre la fuerza asediadora. Con un recinto amurallado o varias construcciones de este tipo, se podía guardar el ganado y otras provisiones en previsión de un asedio largo (que resultaba mucho más difícil si las tierras cercanas habían sido arrasadas con anterioridad) mientras que los sitiados podían retirarse detrás de sucesivas líneas de defensa según iban cayendo, hasta finalmente ocupar la popia torre de la mota. Fácil y rápida de construir, este tipo de fortalezas predominó en muchas zonas de Europa occidental durante los siglos XI y XII.

Dado que las alianzas y el mapa político se encontraban en continuo flujo, habría una necesidad para la continua construcción de fortalezas. Las defensas de tierra y madera proporcionaban la mejor solución defensiva. Su aparición a lo largo de Europa, desde Escandinavia pasando por los Países Bajos hasta el Mediterráneo, prueban la efectividad de este diseño como estructura militar defensiva. De igual forma puede apreciarse la introducción de construcciones con una torre principal elevada sobre el conjunto y rodeada por una muralla, como en Irlanda y Escocia durante el

siglo XII, mientras que los castillos de piedra estaban siendo construidos de manera más generalizada en otros lugares. Incluso en aquellas áreas donde la situación política no determinaba la necesidad de una construcción rápida se levantaron fortalezas de este tipo. Desde un principio, sin embargo, el diseño de cada fortificación variaba según la región. El mejor ejemplo de este tipo de arquitectura lo encontramos en Inglaterra, Hen Domen, en Montgomeryshire: su mota rodeada por un foso ocupaba un extremo del recinto amurallado. Pero en los cinco castillos construidos durante el reinado de Guillermo I de Sussex, cada uno adoptó un trazado distinto: en Hastings la mota se levantó dentro de un recinto prehistórico; en Pevensey la fortaleza medieval se edificó dentro de las murallas de una antigua fortaleza romana; en Lewes el castillo tenía dos construcciones sobre sendos montículos elevados; en Arundel la mota estaba rodeada por dos murallas, mientras que en Bramber, estaba levantada en el centro de un gran recinto oval amurallado. Con tal variedad de construcciones en tan poco tiempo, resulta imposible identificar cualquier evolución clara en el diseño defensivo. Las pruebas también nos sugieren que el recinto defensivo en forma de anillo y el tipo de defensa de muralla y torre central coexistieron felizmente. Si en algunos lugares se ha demostrado que la construcción elevada sobre una ruina o montículo natural o artificial fue añadido en un momento posterior, este modelo nunca sustituyó a la defensa en anillo.

En otras partes de Europa, a finales del siglo XI y principios del XII otros factores políticos y sociales, como el surgimiento de una poderosa aristocracia hereditaria, dieron paso a una intensa actividad constructora sin igual en otros lugares. En Alemania, la inquietud en Sajonia llevó a Enrique IV a construir castillos por toda la geografía, pero la principal causa la encontramos en la anarquía que siguió al estallido del Conflicto de las Investiduras en 1075. Este acontecimiento motivó la construcción de castillos no sólo en Alemania sino también en Austria, Suiza e Italia. Estos castillos con frecuencia diferían de los construidos en Francia e Inglaterra. Al ser levantados en tierras que no eran objeto de disputa, ni habían sido recién conquistadas, ni se encontraban bajo amenaza inmediata, los arquitectos militares podían seleccionar aquellos lugares que ofrecían la mejor posición defensiva, como las partes más elevadas de colinas o montículos naturales, como los castillos de Karlstein bei Riechenhall y Rotenburgo. Dado que se encontraban ubicados a cierta altura, el rasgo principal de este tipo de castillos era el *Bergfried* o atalaya y no la mota.

La inestabilidad política estimulaba la construcción de castillos, como en Normandía en la década de 1050 y en Inglaterra durante el reinado del rey Esteban. Por otra parte, hubo intentos de restringir la proliferación de castillos. Así, el texto normando *Consuetudines et Justicie* de 1091 legisló el control ducal sobre la construcción de castillos, prohibiendo levantar fortalezas superiores a un determinado tamaño y permitiendo al duque la entrada a los mismos o exigir la rendición de aquellos que se encontraban dentro de su dominio a su discreción. De hecho, el monopolio ducal sobre la construcción de castillos se remontaba a los derechos recogidos en el Edicto carolingio de Pitres, y gobernantes destacados de los siglos XII y siguientes establecieron obligaciones de sumisión muy similares.

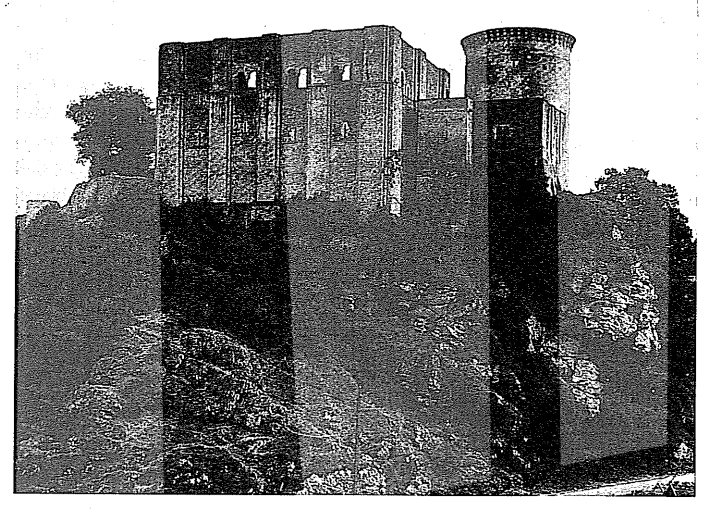
La maquinaria de asedio durante el siglo XII se diferencia en poco de la existente en periodos anteriores. Los manganeles y *ballistae* constituían la artillería pesada desplegada para debilitar cualquier defensa. El minado continuaba siendo una táctica efectiva, debido a que en la mayoría de los casos las fortalezas de tierra y madera estaban rodeadas por fosos secos que permitían a los zapadores acercarse y minar las defensas exteriores. Las asaltos se centraban en los puntos débiles situados en las líneas defensivas exteriores como las puertas de entrada mientras que ante las murallas y las empalizadas de madera de baja altura la escalada resultaba la opción más factible. Más destacable aún, estas fortalezas eran vulnerables al fuego. Enrique I incendió los castillos de Brionne, Monfort-sur-Risle y Pont-Audemer, y los tapices de Bayeux muestran a los atacantes prendiendo fuego a la empalizada alrededor de la torre de madera en Dinan en 1065. Al contrario de lo que ocurría en las grandes ciudades como Barcelona o París, donde los asediadores encontraban dificultad para levantar el volumen de tropas necesario para realizar un asedio completo, el tamaño reducido de la mayoría de los castillos los hacía vulnerables. Un método efectivo de asedio consistía en la construcción de pequeñas fortalezas en oposición al castillo sitiado desde el cual los asediadores podía vigilar su objetivo, impidiendo la entrada y la salida del mismo, mientras proporcionaba una base desde la que lanzar piedras y otros proyectiles y un lugar de retirada en caso de un posible contra ataque por parte de los asediados. Guillermo I levantó cuatro castillos para bloquear Rémalard en 1079. En 1088 Guillermo II usó torres de asedio contra Rochester y, en 1095, levantó castillos para asediar Bamburgh. Tácticas similares fueron empleadas por Enrique I en Arundel y en 1145, durante la anarquía del reinado de

Esteban, Felipe hijo del conde de Gloucester aconsejó a su padre la construcción de castillos para vigilar las salidas de los seguidores del rey acantonados en Oxford. Estas construcciones levantadas como defensas frente al enemigo continuaron utilizándose a la largo de todo el periodo, hasta perfeccionarse a mediados del siglo XIV. Las construcciones de asedio levantadas alrededor de Gironville en 1324-5 se situaron sobre plataformas de tierra de 35 metros cuadrados por 2 metros de altura, rodeadas por fosos de 4 metros de profundidad y entre 12 y 20 metros de ancho. Las *bastillas* inglesas para el asedio de Orleáns hacia 1428 eran similares, de 30 metros cuadrados y capaces de albergar a 350-400 tropas dentro de sus murallas.

A principios del siglo XII las tácticas de asedio eran bien conocidas por la mayoría de los comandos militares. Como resultado, los asedios por lo general terminaban en éxito para los asediadores, impulsando la necesidad de buscar nuevas soluciones defensivas. Los avances en las técnicas de construcción, empleados en los edificios eclesiásticos, eran aplicados por primera vez a los edificios militares. Un paso evidente fue sustituir las defensas de tierra y madera por obra de albañilería. En términos de opciones defensivas, los primeros castillos de piedra se diferenciaban poco de sus antecesores, conservando las líneas externas, convertidas ahora en murallas de piedra en lugar de las antiguas empalizadas de madera. La torre *donjon* o del homenaje sustituía a la mota o se aprovechaba su altura, ofreciendo opciones defensivas activas, así como una resistencia pasiva al convertirse en lugar de último refugio. Los castillos en piedra más antiguos que se conservan fueron construidos en Francia a finales del siglo X. Al tiempo que extendía su poder, Fulco Nerra, conde de Anjou (987-1040), levantó castillos para proteger sus posesiones de sus vecinos en Blois, Bretaña y Normandía. Entre los más destacados, Langeais poseía una torre de piedra ya en el año 1000, mientras que en Doué-la-Fontaine, el palacio de la época carolingia fue convertido en una torre del homenaje. Sin embargo, y a pesar de estos ejemplos, entre los castillos de Nerra predominaban las construcciones de recinto amurallado y torre de madera coronando una mota en el centro, dado que eran pocos los que podían permitirse construir en piedra, incluso entre aquellos pertenecientes al orden pudiente de la sociedad. De este modo, la mayoría de los castillos en Inglaterra y Francia estaban en manos de la clase dirigente real o ducal, destacando Rouen, la Torre Blanca de Londres y Colchester como ejemplos tempranos de este tipo de construcción. En la década de 1120, Enri-

que I reconstruyó en piedra muchos de sus castillos en Normandía, incluyendo Argentan, Arques-la-Bataille, Caen, Domfront, Falaise y Vire. Estos castillos estaban dominados por enormes torres de planta cuadrada o rectangular. En otras partes, grandes señores, como los de Beaugency o los condes de Oxford (en el castillo de Heddingham, Essex) siguieron este mismo patrón. En Gisors Enrique I levantó un fuerte en forma de concha rodeando una mota. Otros ejemplos los encontramos en Totnes, Devon, y en Tamworth, Staffordshire. En Staufen, Alemania, hay pruebas de la existencia de una torre de piedra y murallas de albañilería construida hacia el año 1090. De igual forma, los castillos proliferaron en León, Castilla y Cataluña, aunque aquí los conquistadores cristianos se contentaban generalmente con añadir nuevas torres a las primitivas fortalezas musulmanas. Muchas se ocupaban para albergar a las tropas más que como sedes del poder feudal. A pesar de la abundante construcción de castillos, las ciudades fortificadas de la península Ibérica continuaron siendo claves en la actividad defensiva, al tiempo que las potencias cristianas conservaban lo mejor de la arquitectura militar musulmana como es el caso de las grandes murallas y puertas de la ciudad de Valencia.

La obra de mampostería ofrecía una mayor resistencia a la maquinaria de asedio consistente en el lanzamiento de piedras. La amenaza del minado podía ser minimizada reforzando las construcciones exteriores. Los castillos construidos en piedra, era de suponer, podían resistir durante más tiempo los asedios. La mayor altura de las murallas hacía su escalada difícil, mientras que las obras exteriores más perfeccionadas, incluyendo torres laterales, verjas de entrada y fosos de agua, ofrecían una mayor defensa contra los ataques del exterior. Los fosos de agua impedían que se pudieran acercar las torres de asedio a las murallas. A mediados del siglo XII incluso los castillos de menor importancia podían resistir los ataques durante largos periodos de tiempo. La duración media de los asedios era de entre cuatro y seis semanas, a pesar de haber notables excepciones no conoce como el asedio de Tonbridge, que fue resuelto en sólo dos días a favor de Guillermo II, o el asedio de Norwich en 1075, y el asedio de Arundel en 1102, que duraron tres meses. Las fortalezas de piedra, si estaban bien equipadas, eran capaces de resistir los asedios por mucho más tiempo. Luis VI asedió Amiens durante dos años, mientras que Godofredo V de Anjou tardó tres años en entrar en Montreuil-Bellay, un asedio conocido por ser la primera mención del uso del fuego griego en occidente. El tiempo era un factor clave al incrementar de forma considerable la

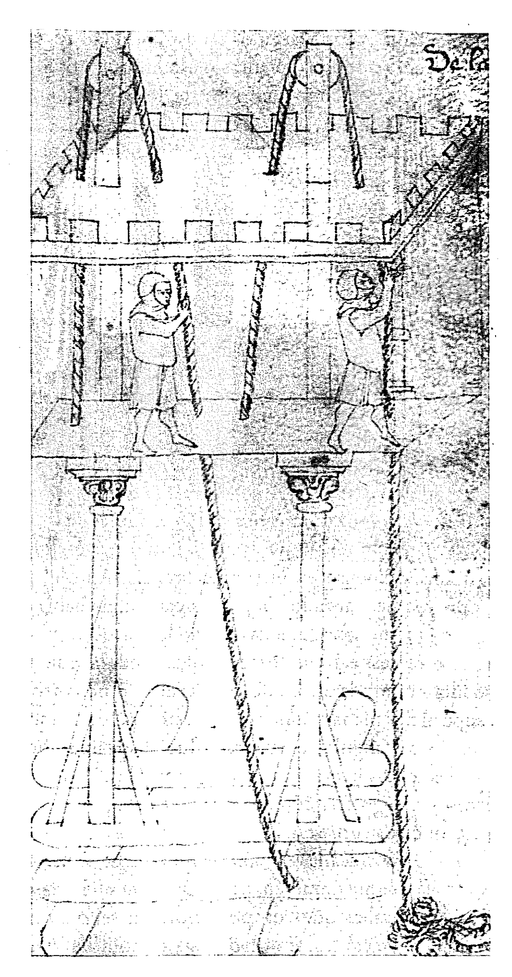


El castillo de Falaise, en la región de baja Normandía en el que encontramos los dos tipos clásicos de torre del homenaje: la torre de planta cuadrada del siglo XII construida por Enrique I de Inglaterra y la construcción levantada por Felipe Augusto de Francia en el siglo XIII de planta circular. Esta yuxtaposición no sólo demuestra el avance realizado en la arquitectura militar, sino que también nos da las pistas de cómo diferentes diseños podían ser aprovechados en función de un interés político.

probabilidad de que fuerzas de apoyo pudiesen llegar para socorrer a los asediados. Sin embargo, y a pesar de las mejoras en las construcciones, los sitiadores podían llegar hasta las mismas murallas como habían hecho siempre. Con la fuerza suficiente, algo ahora técnicamente más difícil, cada medida defensiva podía ser superada. Ricardo I en Chalus y Federico Barbarossa en Milán y Tortona llevaron a cabo un reconocimiento para evaluar los puntos fuertes y débiles de las fortalezas que pretendían afrontar. El primero hacía un gran uso de la velocidad en el ataque para tomar fortalezas no preparadas para el asedio, mientras que el último, un maestro en la guerra de asedios, estaba dispuesto a construir grandes obras alrededor de las ciudades italianas para imponer asedios de larga duración.

Muchas narraciones de asedios acaecidos en este periodo registran cómo se llenaban los fosos secos de agua, piedras o escombros, como, por ejemplo, en Montreuil-Bellay, o con montones de leña y madera como en Shrewsbury o en Acre.

El avance más destacado entorno al año 1200 fue una maquinaria de asedio conocida como *trebuchet* o catapulta de contrapeso. A diferencia de los manganeles y la *ballista*, el *trebuchet* empleaba un contrapeso en vez de la torsión, siendo mucho más poderoso que sus predecesores y más preciso debido a que cambiando el tamaño del contrapeso o alterando la longitud del pivote era posible variar su campo de acción, algo que resulta fundamental para apuntar con precisión a un objetivo concreto (ver también el capítulo V). Se ha calculado que un *trebuchet* podía propulsar una piedra de unas 33 libras de peso (unos 15 kilos) una distancia de 200 yardas aproximadamente (unos 70 metros), así como ser utilizado para arrojar otros proyectiles incluyendo cuerpos de reses en estado de putrefacción, siendo ésta una forma primitiva de guerra biológica. La introducción de este tipo de catapulta de contrapeso cambió el equilibrio del enfrentamiento a favor del asediador como muestran los acontecimientos de Toulouse en 1217-18, y en muchos otros asedios que marcaron la amarga lucha de la Cruzada Albigense en el sur de Francia. Ante el poder destructivo de los proyectiles lanzados por estas catapultas había que tomar medidas si se quería mantener la efectividad de los castillos contra los ataques violentos. A este respecto se tomaron dos medidas fundamentales: por un lado, se incrementó la altura de las murallas y, por otro, se redujo el número de superficies planas vulnerables a este tipo de bombardeos. La torre del homenaje rectangular o cuadrada fue sustituida por torres de planta redonda y las torres laterales por torres murales. Al incrementar el número de torres, el fuego dirigido desde los flancos podía ser dispuesto contra cualquiera que se acercase a las torres. La construcción de taludes inclinados delante de las murallas no sólo disminuía el poder de los proyectiles entrantes, sino que también permitía que se lanzasen objetos desde lo alto de las murallas que con posterioridad rebotaban de forma impredecible hacia los atacantes. En otros lugares como el Château-Gaillard y La Roche Guyon se levantaron una serie de torres centrales o donjon para posibilitar una visión más precisa sobre la dirección más probable del ataque. Las torres circulares ofrecían también una mayor protección contra el minado subterráneo, en una muralla cualquier ángulo resultaba ser su punto más débil, explotado, por ejemplo, con gran efecto en el ase-



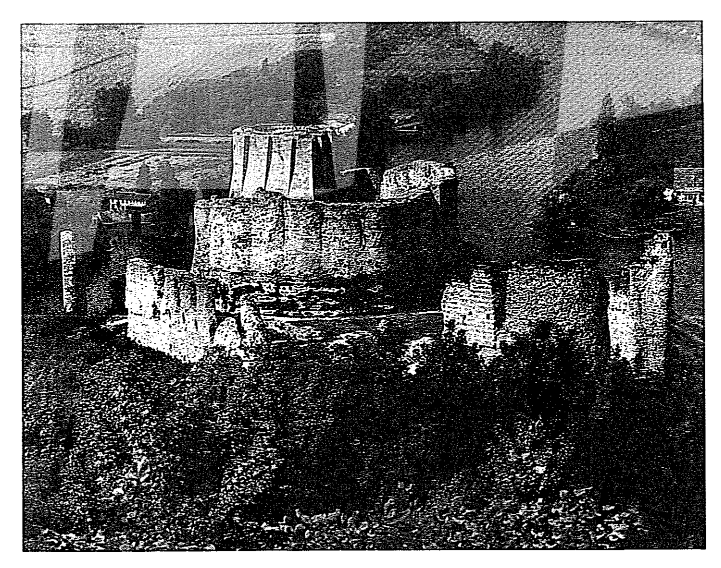
A lo largo del siglo XIII se produjeron una serie de obras que detallaban los diferentes diseños de máquinas de asedio, como destaca, por ejemplo, el libro de bocetos de Villard de Honnecourt, así como el libro *De Regimine Principum* de Egidio Colonna. Esta torre de asalto que empleaba un sistema de poleas fue diseñada por Guido da Vigevano a comienzos del siglo XIV, siendo sólo una de sus innovadoras ideas sobre técnica militar.

dio de Rochester en 1216. A pesar de todo, este asedio demostró que los castillos de torres cuadradas podían resistir un asedio del rey, incluso, a pesar del colapso de una de sus esquinas, la guarnición defensiva todavía creyó que la torre era capaz de resistir forzándose la rendición sólo a causa de la demora de las fuerzas de socorro.

Los castillos de torres de planta circular empezaron a ser construidos en Inglaterra y Francia en la década de 1130. En Houdan, el torreón principal se reforzó posteriormente con otras cuatro torres también redondas que se adelantaban sobre su línea de defensa, y en Etampes, construido en la década de 1140, el castillo fue diseñado con una planta de cuatro partes. Sin embargo, los castillos de torres circulares no fueron dominantes hasta principios del siglo XIII. En la periferia europea se continúo construyendo torres de planta cuadrada. En Irlanda, por ejemplo, las grandes torres cuadradas de Carrickfergus y Trim fueron levantadas entre 1180 y 1220. En contraste, en la reconstrucción de Normandía llevada a cabo por Felipe Augusto a partir de 1204, las torres cuadradas fueron sustituidas por torres circulares y las construcciones exteriores fueron perfeccionadas al añadir torres semicirculares en los ángulos elevadas sobre las murallas existentes como en Caen y Falaise. Este período fue testigo de la introducción de nuevos diseños que no se apoyaban en la fuerza de una torre principal. La ciudadela de Trencavel, en Carcassonne, y el Louvre fueron construidos sobre una planta cuadrangular alrededor de pequeños patios defendidos por torres en cada uno de los cuatro ángulos, un tipo de planta que sería adoptado en el siglo XIV en Nunney y Bodiam, en Inglaterra. Por otra parte, fortalezas muy similares aparecieron también en los Países Bajos a partir del siglo XIII. La escasez de piedra para la construcción implicaba que muchas fortalezas se hacían con ladrillo, pero se aprovechaba el bajo nivel de altitud del terreno añadiendo numerosas defensas de agua. Muiderslot, construido por el conde Floris IV, es un buen ejemplo de estos Wasserburgen (castillos de agua), un castillo con torres circulares proyectadas en cada ángulo y una puerta defendida fuertemente, todo el complejo rodeado de un ancho foso de agua.

Al tiempo que los arquitectos militares empezaban a entender el valor defensivo de las estructuras circulares, otras ideas defensivas comenzaban a extenderse por occidente cuando los primeros cruzados acercaron sus conocimientos de oriente a la Europa cristiana. El descubrimiento de las grandiosas fortalezas de Bizancio, Jerusalén o Nicea, con sus cuatro millas de muralla, 240 torres y fosos de agua, o Antioquía

con un recinto de murallas de dos millas y 400 torres, o Tiro con un triple circuito de murallas, de las que se decía que casi se tocaban entre sí, impresionaron enormemente a aquellos que las vieron y atacaron. El asedio de Jerusalén en el año 1099 demostró la dificultad que entrañaba la toma de estas construcciones. Los cruzados, tras llenar los fosos de agua levantaron tres torres de asedio para dominar desde lo alto las murallas de la ciudad. El salvaje bombardeo fracasó en el intento de traspasar la defensa, y sólo mediante la escalada de las murallas y la apertura de una de las puertas de la ciudad se pudo, entonces, tomar la plaza. De los castillos situados en Tierra Santa, el más impresionante era el de Crac des Chevaliers, remodelado por completo por los Caballeros Hos-

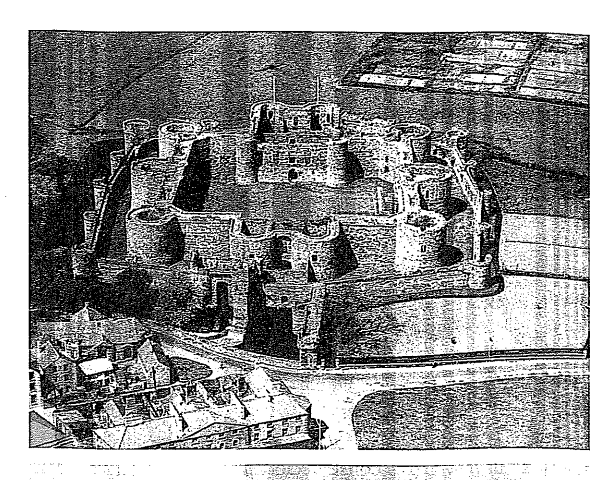


Château-Gaillard adoptó características por primera vez empleadas durante las cruzadas. Las defensas estaban formadas por una serie de fosos y murallas. Si estas defensas eran conquistadas, la guarnición podía retirarse hacia las líneas de defensa posteriores y reagruparse. El recinto fortificado se perfeccionaba en una única muralla formada por arcos pequeños, más resistentes a los proyectiles, y una torre del homenaje, que mostraba una gran galería de arcos en la parte superior para mejorar su capacidad ofensiva.

pitalarios tras haberlo adquirido del conde de Trípoli en 1142 (ver ilustración, pp. ???). Sus defensas estaban dispuestas en un plano concéntrico con un circuito interno de murallas y dominando toda la línea exterior. El acceso a la ciudadela interior se hacía a través de un complejo sistema de corredores serpenteantes y rampas dominadas a los lados por altas murallas. La línea exterior de murallas estaba protegida por torres semicirculares en los ángulos y profundos taludes que ofrecían una gran protección contra los proyectiles y el minado. El poder de este castillo derivaba no sólo de las defensas construidas por el hombre, sino del promontorio natural que ocupaba. La influencia de los castillos de los cruzados en la localización y el diseño del Château-Gaillard ha sido ampliamente citada y sin duda su *châtelet* triangular o su barbacana avanzada refleja la poderosa obra de fortificación al sur de Crac. Como en Alemania, supieron explotar las posibilidades del terreno al construir los castillos de Montsegur o Puylaurens, en el sur de Francia. Sin embargo, el impacto de los cruzados empezó a ser más visible desde la década de 1230 cuando se levantaron las grandes murallas agrupadas alrededor de Angers, se perfeccionaron las defensas concéntricas de Carcassonne y se construyó la ciudad fortificada de Aigues-Mortes, levantada por Luis IX para ser puerto de embarque de las hazañas de los cruzados. En Gran Bretaña las ideas a favor de fortalezas concéntricas llegaron a su apogeo en Gales con la campaña de construcción de castillos de Eduardo I, desde el año 1277 hasta 1294-5. En Harlech, sobre un farallón rocoso prominente una línea interna de defensas dominaba el circuito externo, con una enorme puerta de entrada frente al acceso más fácil. En Rhuddlan, el circuito interno formaba un hexágono irregular con dos entradas ocupando los lados más bajos, mientras que en cada ángulo había una gran torre circular. Sin embargo, el logro en simetría, aunque inacabado, más destacable de Eduardo fue Beaumaris, compuesto de dos enormes y poderosas entradas fortificadas protegiendo un patio interior con torres en los ángulos y torres murales más elevadas. Esta línea interna dominaba las defensas externas de manera similar a las defensas de Crac. La zona pantanosa de alrededor y el mar proporcionaban una protección natural. Frente a estas construcciones reales podemos situar el castillo de Gilbert de Clare en Caerphilly, comenzado en 1268. El recinto amurallado interno muestra los mismos intentos de simetría, aunque ejecutado de manera más pobre. El gran poder de Caerphilly, sin embargo, derivaba de las complejas y sin par construcciones hidráulicas que per-

mitían que dos grandes lagos fuesen inundados en caso de situación de peligro, dejando el castillo por completo aislado en una isla bien protegida. Allí donde la topografía imponía el trazado, el rey Eduardo estaba preparado para construir fortalezas más tradicionales como en Conway y Caernarvon, a pesar de que las torres octogonales en los flancos de este último se asemejan a las defensas urbanas bizantinas más tardías, otras características como la decoración en piedra de las paredes y el simbolismo de la torre del Águila, han sido asociadas a las ambiciones «imperialistas» de Eduardo. En Escocia también se realizaron esfuerzos para incorporar las ideas de simetría y estructuras concéntricas a las nuevas defensas como el plano triangular del castillo de Caerlaverock con su entrada fortificada protegida por torres gemelas en un extremo y que adquirió fama al ser asediado por Eduardo I en 1300. Los fosos de agua mantenían alejadas a las torres de asedio, pero el ataque directo contra la puerta, los intentos de minar la entrada y los bombardeos aéreos llevaron finalmente a la guarnición a aceptar condiciones para su rendición. De la misma manera, los largos asedios de Château-Gaillard en 1203-4, y de Crac, en 1271, demuestran la dificultad que estas fortalezas planteaban a los sitiadores, capaces de romper las líneas externas de las defensas aunque por lo general con gran número de bajas y pérdida de equipamiento, para posteriormente enfrentarse a retos de defensa aún más complejos.

El siglo XIV fue testigo de pocos avances en Inglaterra y Francia. Continuaron levantándose castillos tradicionales y de transición como, por ejemplo, en el Contentin, el torreón poligonal en Bricquebec o el torreón cuadrado reconstruido en St Sauver le Vicomte mientras que en Inglaterra los castillos empezaron a ser más compactos, conocidos como castillos de «patios», incorporando defensas de agua en su diseño. En España, la intranquilidad de la situación política permitió a la nobleza construir más castillos, en ocasiones, como en Fuensaldaña, Peñafiel o Medina del Campo, en torno a una torre del homenaje cuadrada. En Polonia entre 1291 y 1410, y a lo largo de la costa báltica, los Caballeros Teutones levantaron importantes fortalezas de ladrillo y de poca altura como resultado de un plan influido por sus inquietudes monásticas. Un impresionante ejemplo de las construcciones de esta época se encuadra en la localidad de Malbork. Aquí, el claustro central estaba rodeado por una galería con almenas que facilitaban la defensa. Sin duda, la introducción de estos huecos a partir del año 1300 permitiendo la defensa desde la parte superior de la muralla marca un importante hito en

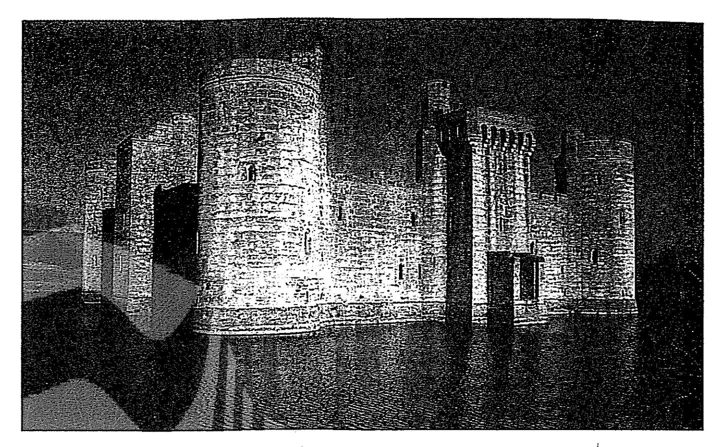




Arriba: Beaumaris, la perfección en el trazado concéntrico de un castillo. Su arquitecto, el maestre Jaime de San Jorge, sacó el máximo provecho de las líneas de fuego de los bastiones interior y exterior para maximizar el potencial defensivo. Su fuerza descansaba en las entradas fortificadas y en un complejo acceso desde el mar. Los castillos galeses en tiempos de Eduardo constituyen un grupo reducido; sin embargo, su diseño final resultó único, superando los problemas de la topografía local y de función.
Abajo: las construcciones de Constantinopla se encontraban entre las más impactantes de Europa. Observadas por primera vez por los cruzados, ejercieron una poderosa influencia en todo occidente. En su punto culminante en 1453 había cuatro millas de murallas a tierra, nueve millas de murallas hacia el mar, un gran foso y un centenar de torres.

el diseño de castillos y fue ampliamente adoptado en toda Europa. Con posterioridad, a partir del último cuarto del siglo XIV surgen otros cambios arquitectónicos motivados por la aparición y uso de la artillería de pólvora en la actividad bélica. La altura de las murallas que formaba el circuito fue reducida para ofrecer un objetivo más pequeño a los cañones al tiempo que se incrementaba su grosor, como se observa en las grandes construcciones del sur de Francia, por ejemplo, en Villeneuve-les-Avignon y Tarascon, llegando a su apoteosis con la construcción de una muralla de 13 metros de ancho por Luis de Luxemburgo, condestable de Francia, en su castillo de Ham en la década de 1470. En algunos lugares la planta baja del edificio se rellenaba con tierra para poder resistir el impacto de los proyectiles de grueso calibre. Las torres situadas en el centro de las murallas también fueron reducidas en altura y reforzadas para actuar como plataformas para las piezas de artillería defensiva. Los huecos para los arqueros se hicieron más anchos para recibir las nuevas armas de fuego, asumiendo una característica forma de «agujero de llave». Otras construcciones se perfeccionaron con montículos de tierra o madera como protección contra la artillería y barbacanas fuera de los muros que mejoraban la capacidad defensiva de las puertas de entrada. No obstante, el impacto de estos cambios y la celeridad en su aceptación no debe ser exagerada. Fueron introducidos por partes y poco a poco, y no fue hasta 1450 que la artillería pasó a formar parte indispensable del diseño de los castillos.

Parece ser que los cañones fueron empleados con regularidad en los asedios a partir de la década de 1370. Existen ejemplos notablemente precoces y excepcionales como aquellos empleados en 1333, en Berwick, en Calais en 1347, y en Romorantin en 1356. No obstante, para el año 1375 los franceses fueron capaces de llevar entre 36 y 40 piezas de artillería al castillo de St-Sauveur-le Vicomte. Mientras los beneficios de usar armas de fuego en los asedios podían ser enormes, su transporte por tierra causaba unos problemas logísticos que frenaban la marcha de cualquier tropa en movimiento. En 1431 se registró el empleo de 24 caballos para tirar de un cañón y otras 30 carretas para transportar los accesorios. En 1474 el señor de Neufchâtel empleó 51 carretas, 267 caballos y 151 hombres para transportar únicamente doce piezas de artillería. A partir de estas narraciones de la época, nos podemos hacer una idea de la velocidad a la que se transportaba esta maquinaria de guerra. Durante el siglo XV las grandes piezas de artillería podían ser transportadas a una media de doce kilómetros por día. En 1433 se necesitaron trece días para transportar un cañón

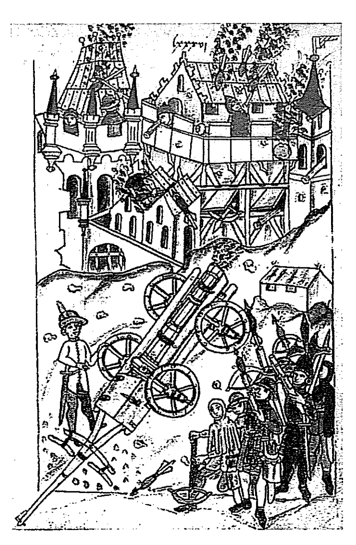


El comienzo del fin. A finales del siglo XIV los castillos como el de Bodiam fueron diseñados más para ofrecer una estancia confortable y provocar una buena impresión que por objetivos puramente defensivos. No obstante, se observa un intento de incorporar armas de fuego a sus defensas, al tiempo que la disposición interior de las habitaciones sugiere la concienciación de que la amenaza interna era tan importante como la que venía de fuera.

de grandes dimensiones desde Dijon a Avalon, una distancia de 150 kilómetros. En otros casos se tardaba aún más, como ocurrió en 1409 con el gran cañón de Auxonne que pesaba unas 7.700 libras (unos 3.000 kilos), resultando imposible su traslado más de una legua por día. En 1449 se necesitaron seis días para mover un cañón de Rennes hasta Fougéres (47 kilómetros), a una media diaria de 8 kilómetros. Sin embargo, estas estadísticas no son tan diferentes a las relativas al traslado de la maquinaria de asedio tradicional. Así, se tardaron diez días en llevar la maquinaria de asedio desde Londres hasta Bytham en 1221 lo que implica una media de 16 kilómetros al día. No es de extrañar que, siempre que fuera posible, se buscaran rutas y formas alternativas tanto para transportar la maquinaria de asedio como los cañones, siendo el medio más eficaz el transporte por río o por mar como ocurrió durante los preparativos para el asedio de Berwick en 1304.

Sin embargo, desconocemos la eficacia real de los primeros cañones. En Dortmund en 1388 piedras de 27 centímetros de calibre no fueron eficaces contra las murallas del castillo, y en 1409 en el castillo de Vellexon,

el lanzamiento de 1.200 proyectiles del orden de 700-850 libras de peso también fracasó en el intento de echar abajo las defensas. Más aún, los grandes cañones no podían competir en velocidad de tiro con la maquinaria tradicional. En el asedio a Ypres en 1383 sólo fueron lanzados cinco proyectiles al día de un único cañón y dieciséis años más tarde, en Tannenburg, algunos grandes cañones únicamente conseguían disparar una vez al día. Estos rendimientos, sin embargo, mejoraron con el tiempo cuando se consiguió que las armas de calibre medio pudiesen ser cargadas a mayor velocidad. En Tannenburg se registraron seis disparos diarios de cañones más pequeños, mientras que en Dormund se registraron catorce. A mediados del siglo XV, se habían conseguido importantes avances al respecto. En 1428 los cañones ingleses llevados a Orleáns podían disparar hasta 124 veces en 24 horas, y en el asedio de Rheinfelden en 1445 estas mismas



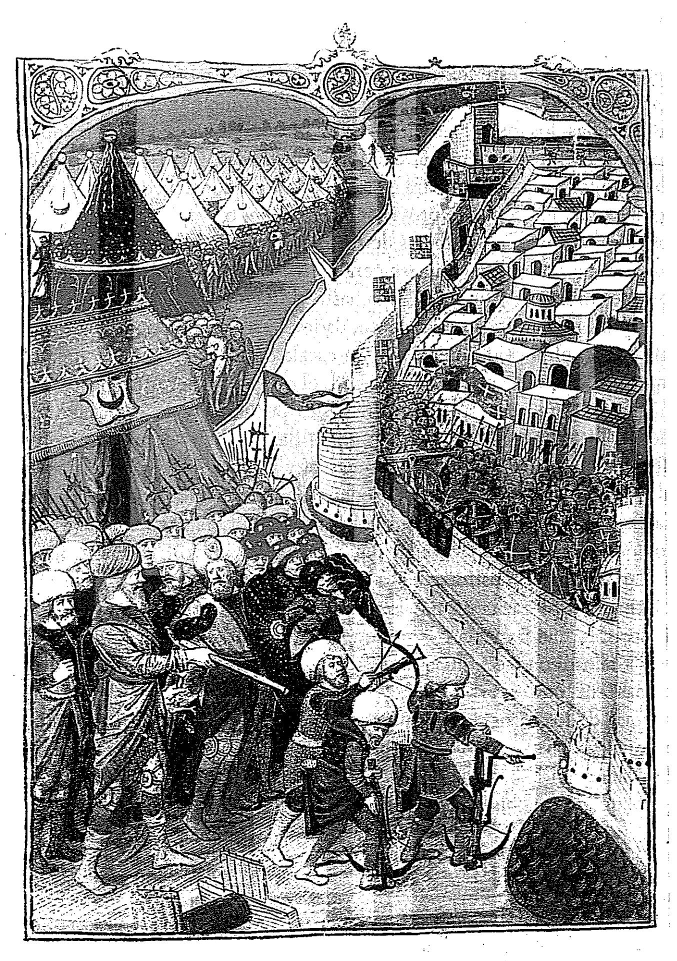
El manuscrito alemán *Feuerwerkbuch* en sus distintas versiones fue leído ampliamente a través de Europa durante los siglos XV y XVI. Heredero del libro de Konrad Kyeser, *Bellifortis* (1405), esta página del manuscrito de *Feuerwerkbuch* (c.1420) muestra una serie de armas: cañón, armas de fuego individuales y ballestas que disparan proyectiles incendiarios. Deben destacarse las contramedidas tomadas por los defensores para retirar estos objetos de los tejados.

armas efectuaban una media de 74 disparos al día. La estandarización, el calibre modesto y su mayor velocidad de disparo supuso que hacia el siglo XV estas armas resultaran ya mucho más eficaces que la maquinaria tradicional de asedio. Cristine de Pisan ya había estimado que se requerían 262.000 proyectiles de la antigua maquinaria para superar las defensas de una ciudad fuertemente fortificada y sólo 52.170 de las nuevas armas de fuego, lo que implica una reducción de 5 a 1.

Los asedios eran un negocio lento, siendo inevitable que en cada etapa se estableciesen determinados acuerdos de regulación para esta actividad. Al igual que en las batallas, los acuerdos sobre asedios y sitios se veían afectados por las reglas de la guerra justa y el código caballeresco. Por tanto, resultaba vital establecer cuándo comenzaba el asedio y cuándo terminaba. El disparo de una máquina de asedio o, en un momento posterior, de un cañón o el lanzamiento de una jabalina, una lanza o una simple piedra, con frecuencia simbolizaba el comienzo de la batalla. Por otra parte, las banderas blancas, la entrega de las llevas (como en Dinan como muestran los tapices de Bayeaux) y otros actos mostraban la oferta de rendición a los vencedores. A través de las negociaciones con el enemigo, un capitán podía limitar la destrucción de su ciudad, de su castillo y de su población ofreciendo la rendición. No obstante, las condiciones para la rendición estaban codificadas al detalle. En Berwick en 1352 Ricardo Tempest fue obligado a resistir tres meses de asedio antes de empezar las negociaciones. En otras ocasiones las hostilidades eran suspendidas, ofreciendo a los sitiados la posibilidad de un socorro por parte de fuerzas exteriores. En estos casos las normas eran muy estrictas: a los sitiadores no se les estaba permitido traer más hombres o máquinas de asedio a su posición, mientras que los sitiados tenían prohibido realizar obras de reparación de los muros o murallas afectadas. Con la entrega de rehenes se buscaba fortalecer cualquier tregua de este tipo. Sin embargo, los términos de la tregua podían romperse en cualquier momento y los rehenes sacrificados. En el supuesto de que apareciese un ejército para socorrer a los sitiados, a éste también se le obligaba a cumplir determinadas condiciones para entrar en la batalla, normalmente, una hora y lugar establecidos por el sitiador. En Grancey en 1434 se informó que los ejércitos debían encontrarse «más allá de la casa de Guiot Rigoigne, a mano derecha hacia Sentenorges, allí donde hay dos árboles». La ventaja estaba del lado de los sitiadores gracias a su conocimiento previo del campo de batalla y la posibilidad de ocupar la mejor posición. En el caso de que las tropas de ayuda no acu-

diesen a la hora prevista, la guarnición sitiada se veía obligada a la rendición, en algunos casos de forma incondicional. En ocasiones, a los que abandonaban se les obligaba a salir descalzos como en Stirling en 1304, o en Calais en 1347, donde los seis ciudadanos más destacados fueron obligados a llevar sogas alrededor del cuello cuando fueron a entregar las llaves de la ciudad a Eduardo III. Las negociaciones jugaban un papel muy importante en el asedio y la seguridad de los negociadores, en muchos casos clérigos, era reconocida por ambas partes. Sin embargo, en el caso de que un castillo fuese tomado por asalto los vencedores disponían del control completo sobre los vencidos, inflingiendo violaciones, asesinatos, saqueando sus propiedades y haciéndoles prisioneros. Masacres terribles siguieron a muchos asedios perpetrados durante la Cruzada Albigense, y es notable cómo el Príncipe Negro saqueó Limoges tras su reconquista en 1370, aunque el número de víctimas civiles en este acontecimiento se mantiene incierto.

Este capítulo se ha centrado en el ataque y la defensa de los castillos, la evolución en su diseño y el cambio en las armas que eran dispuestas contra ellos. El surgimiento de la defensa privada separa el medioevo de otros periodos en los que el énfasis estaba situado en la defensa pública o de la comunidad; si bien, la mayoría de las ciudades importantes y muchas de las pequeñas gastaron a raudales en su defensa a lo largo de este periodo, y los asedios a las ciudades en especial durante la Guerra de los Cien Años constituyen algunos de los logros militares más notables de esta época. En lo principal, la evolución en las defensas de las ciudades reflejaba los avances conseguidos en el diseño de los castillos aunque las aportaciones no estaban dirigidas hacia una única dirección: en la década de 1430 los albañiles que trabajaban en la remodelación del castillo de Blain fueron enviados a Rennes para estudiar la puerta de entrada a la ciudad. A pesar del perfeccionamiento del armamento las principales tácticas de asedio –asalto, bombardeo, minado y bloqueo– cambiaron poco. Las similitudes en las tácticas empleadas en Constantinopla por el príncipe ruso Oleg en el año 907, y con éxito en 1453 por los turcos, lo atestiguan y la capacidad de los castillos, como el Château-Gaillard, levantado en épocas anteriores para resistir los ataques de la artillería al final de la Edad Media demuestra también la perdurabilidad del diseño de los castillos frente a las siempre cambiantes armas de fuego. El periodo estudiado destaca por la continuidad subyacente en la práctica del ataque y la defensa. Una de las principales razones que explican esta situación es la continua adhesión al



Sitio de Rodas, 1480. El gran número de hombres y armas desplegados en los asedios al final de la Edad Media se muestra perfectamente en esta escena. Se puede ver la mejora introducida en las defensas de la ciudad en el doble circuito de murallas hechas de obra de construcción, las torres que flanquean los muros y las troneras para los cañones colocados en la línea más avanzada de las murallas.

consejo ofrecido tanto a los asediadores como a los asediados en la obra de Vegetius *De Re Militari*, por primera vez copiado por los carolingios. Seis capítulos de este texto están dedicados a las fortificaciones e incluyen explicaciones de dónde situar una fortaleza, cómo han de ser construidas las murallas, los fosos y las entradas fortificadas, así como la forma de oponerse al fuego y eliminar el daño a las personas. Otros cuatro capítulos abordan los preparativos para el asedio como la construcción de máquinas de defensa y el acopio de provisiones. Finalmente, otros dieciocho capítulos se refieren a las estrategias de asedio tanto para el ataque como para la defensa. La obra de Vegetius se convirtió en el libro de cabecera de todos los jefes militares y fue estudiado hasta el final del medioevo.

Quizá no resulte sorprendente, dado el predominio de los asedios durante todo el periodo medieval y la escala de las operaciones que afectaban a todos los estratos de la sociedad, el que hayan llegado a nosotros numerosos relatos de esta actividad bélica por medio de crónicas y otras fuentes literarias. Pocos otros eventos han podido tener tan profundo efecto en la psicología y moral, nacional y local, y es posible que sea esta la razón por la que el asedio se convirtió en la metáfora literaria o alegoría en los libros didácticos para la lucha entre el bien y el mal o en aquellos que reflejaban las tribulaciones de los amantes. Es importante, sin embargo, no sobreestimar el papel de los asedios en la práctica. De las miles de fortalezas construidas a través de toda Europa durante este periodo, sólo una minoría fue sometida a sitio. Muchas sobrevivieron cientos de años, con frecuencia modificadas y adaptadas a las nuevas circunstancias sin que su efectividad fuese verdaderamente probada. En la mayoría de los casos, los castillos y las defensas de las ciudades no sufrían la amenaza directa de los asaltos o bloqueos y, a pesar de no poder ser abordada aquí la historia de las fortalezas en tiempos de paz, resulta evidente que es una historia igualmente fascinante.

Capítulo IX

Armas, armaduras y caballos

Andrew Ayton

Si hubiese que representar la guerra medieval con una única imagen que englobase tanto su forma distintiva como el papel predominante representado por la elite militar, esa imagen debería ser con seguridad la de un guerrero a caballo portando su armadura. Mientras los ejércitos del Imperio Romano y los de la Europa de comienzos de la Edad Moderna estaban dominados por los soldados de a pie, el papel correspondiente en la Edad Media fue desempeñado por hombres a caballo. El caballero con su armadura, montado sobre un caballo de guerra engalanado de forma colorista, es un símbolo imborrable de la Europa occidental en tiempos medievales: esta imagen ilustra los folios de innumerables manuscritos medievales y se hace viva en los retratos escritos por los cronistas de la época caballeresca. Sin embargo, estas obras artísticas y literarias deben ser interpretadas con cierta precaución, ya que fueron elaboradas para y, con frecuencia, por hombres de estirpe noble, lo que origina que estas fuentes ofrezcan a menudo una imagen idealizada de la guerra, que se centra casi exclusivamente en el papel del guerrero aristócrata dejando a un lado a los demás, aunque éstos constituyesen en la mayoría de los casos los participantes más numerosos. La realidad de la guerra era muy distinta a las ilustraciones que han llegado hasta nosotros. La infantería disciplinada y decidida demostró ser, en muchas ocasiones, incluso más fuerte que la caballería pesada en el campo de batalla. Los soldados de a pie asumieron un papel particularmente importante en la guerra de asedio. No obstante, reconocer la desviación a favor del elemento aristocrático en algunas de las fuentes y reconocer debidamente el papel de la infantería, no es negar que

en esencia la Edad Media fue un tiempo de guerra ecuestre. La reconstrucción de la realidad de la guerra medieval nos revela una imagen compleja y variada, donde el soldado montado es una figura imparable y omnipresente.

Como es natural, existieron muchos tipos de guerrero a caballo. Cualquier investigación que abarque desde el siglo VIII al siglo XVI no debe dejar a un lado el impacto de los feroces «pueblos a caballo» de la estepa sobre la cristiandad. Los magiares a finales del siglo IX y durante el siglo X, y los mongoles en el siglo XIII, realizaron sus campañas con una disciplina y brutalidad sorprendentes. Su consumada habilidad con los caballos puede ser comparada con la de los turcos seljucidas, con quienes los bizantinos, muy dependientes también de la caballería, tropezaron en Asia Menor y contra los que lucharon los cruzados procedentes de Europa occidental en sus expediciones en Tierra Santa. Guerreros a caballo de igual distinción fueron los turcos otomanos que comenzaron su avance en los Balcanes a mediados del siglo XIV. El Occidente medieval dependía igualmente del caballo. La *chevauchée* (expedición a caballo o cabalgada), consistente en un ataque rápido por parte de un grupo a caballo, fue un rasgo habitual de la guerra en el medioevo. Los ejércitos podían ir montados en la marcha, adquiriendo así movilidad y flexibilidad estratégica, incluso si, como ocurría con los anglosajones y los vikingos, así como con los ingleses en la Guerra de los Cien Años, la intención era la de desmontar para la lucha. Sobre el campo de batalla, los jinetes fuertemente protegidos por armaduras podían desempeñar un papel decisivo, en particular con sus cargas (y quizá también con sus falsas retiradas) siempre que éstas fuesen realizadas en el momento oportuno, con disciplina, en orden cerrado y apoyados por la infantería o los arqueros. Esta continuó siendo la situación típica en el siglo XV, de igual forma que lo había sido en el XI.

Más allá y por encima de la estrategia y de la táctica, fue la estrecha unión de la aristocracia militar cristiana con el caballo de guerra lo que aseguró que la agenda bélica sería establecida por un soldado provisto de armadura y montado sobre la grupa de su caballo. El caballo de guerra, símbolo de riqueza y de categoría social e incluso, tal como lo señaló San Anselmo, el «compañero fiel» del guerrero caballeresco, fue el instrumento que elevó a la elite militar por encima del resto de la sociedad. La adquisición de caballos de guerra adecuados y de las armas y armaduras necesarias para el combate acarreaban una inversión considerable. En el siglo XI, la pieza más costosa del equipo de un soldado, dado que su fabri-

cación exigía un trabajo especializado y muy laborioso con unos materiales cuyo suministro escaseaba, era el jubón confeccionado en cota de malla, la armadura flexible formada por cerca de 25.000 anillos, que venía a costar, en palabras de James Campbell, «algo así como los ingresos anuales de un pueblo grande», y la imprescindible espada, que requería un trabajo de 200 horas (según una estimación reciente). Un buen caballo de guerra costaría por lo menos tanto como el jubón de cota de malla. El examen de los inventarios de mediados del siglo XIV sugiere que un caballero inglés de la época no tendría inconveniente en gastar veinticinco libras en un caballo de la mejor calidad. La compra de las armas y de la armadura correspondientes a su categoría social, junto con los caballos y el equipo adicional, podía fácilmente llevar un coste total de hasta cuarenta



En ninguna parte se ha ilustrado con tanta grandeza la relación del caballo y del guerrero caballeresco como en los monumentos ecuestres encontrados en Italia, siendo el más importante el que conmemora a los Scaligeri, señores de Verona. Aquí, la efigie de Cangrande I della Scala (fallecido en 1329), a tamaño natural, con el rostro sonriente y la espada al aire, se encuentra montado sobre un corcel protegido por una armadura y representa una impresionante manifestación de autoridad aristocrática.

o cincuenta libras. Para tener una perspectiva adecuada sobre la equivalencia de estas cantidades, debe tenerse en cuenta que una renta anual de cuarenta libras era considerada por la corona suficiente para un caballero. También era aproximadamente equivalente a lo que uno de estos caballeros podría recibir como paga por un año de servicio en el ejército del rey. Otros datos comparativos sugieren que en Francia, a finales del siglo XV, un caballero armado debía hacer frente a un gasto financiero similar.

El origen de este guerrero a caballo, aristócrata y fuertemente armado, ha suscitado siempre un gran debate. Se ha argumentado, de forma destacada por Lynn White, que fue la aparición del estribo en Europa occidental en el siglo VIII lo que dio lugar a la aparición de una caballería capaz del «combate a caballo», con la lanza sujeta firmemente «en ristre» bajo el brazo derecho; añadiendo más aún que, dado que los caballos de guerra necesitaban ser entrenados y las corazas, las armas y el entrenamiento militar requerían de un lugar concreto para su realización y mantenimiento fue, en realidad, el estribo la causa de la creación y establecimiento de una aristocracia feudal y ecuestre. Una investigación más reciente llevada a cabo por Bernard Bachrach, entre otros, ha sugerido que la plataforma estable necesaria para que un jinete pudiese intervenir en un combate contra otros caballeros dependía de un estribo, una silla de montar con respaldo rígido, y una cincha doble para sujetar convenientemente la silla al caballo. Con el jinete colocado así, «montado sobre la grupa del caballo», fue posible de forma experimental a partir de la última parte del siglo XI, y con más regularidad en el siglo XII, cargar con la lanza colocada bajo el brazo combinando el peso del caballo y del jinete. Los historiadores no aceptan ya que la existencia de la elite aristocrática medieval se explique por adelantos en la tecnología relacionada con el caballo. Más bien, la aristocracia militar existente de la época –los grandes señores y sus súbditos a los que armaban y dotaban de caballos– adoptó los nuevos equipos cuando resultaron disponibles, aprovechando las posibilidades técnicas que proporcionaban. Estas posibilidades no podían asegurar la supremacía en el campo de batalla del guerrero caballeresco. Tampoco era el único componente esencial de los ejércitos en campaña. Pero la distinción elitista del combate mediante la carga a caballo, asociada al surgimiento de un código caballeresco como manual aristocrático de reglas para la guerra dio lugar a la imagen del noble como un guerrero montado que, aunque firmemente asentado sobre la realidad, demostró ser una figura irresistible para los ilustradores de manuscritos y para los auto-

res de un mundo idealizado y novelesco, reflejando estas obras la mentalidad bélica de estos soldados, al tiempo que contribuían a su posterior realización y difusión, dejándonos la idea de que el caballo de guerra estaba sin duda en el corazón del estilo de vida y mentalidad de la aristocracia medieval.

Posiblemente, esta realidad queda mostrada con mayor claridad en los torneos, siendo sin duda significativo que las primeras referencias comiencen a aparecer en las fuentes a comienzos del siglo XII. Relacionados aparentemente con el surgimiento de las nuevas técnicas de la caballería, los torneos proporcionaban un campo de entrenamiento para las habilida-



El papel del caballo protegido por una coraza o armadura como transmisor de la identidad heráldica de la aristocracia en la batalla y en los torneos se ilustra vívidamente en esta imagen de Ulrich von Lichtenstein, el caballero de Estiria que alcanzó fama caballeresca gracias a sus grandes giras en torneos durante los años 1227 y 1240.

des individuales con la lanza y la espada, y para las maniobras en equipo de los caballeros. También ofrecían la oportunidad de crear o mejorar una reputación en cuanto a la capacidad de lucha, aunque esto dependía de la identificación de los individuos en medio del polvo y la confusión de los enfrentamientos. Fue posiblemente esta necesidad de reconocimiento en el terreno de los torneos, así como demandas similares en el campo de batalla, lo que dio origen al desarrollo de la heráldica a comienzos del siglo XII. Así, junto con los pendones, las túnicas y los escudos, la coraza del caballo de guerra era adornada con símbolos heráldicos, convirtiéndose en un vehículo perfecto para la expresión de la identidad individual y del honor familiar dentro de la elite aristocrática. El mismo mensaje parecen transmitir las imágenes de guerreros a caballo que hasta el siglo XIV se encontraban de forma habitual en los sellos aristocráticos, y en la participación ceremonial de caballos cubiertos con vestiduras adornadas con símbolos heráldicos en los funerales de nobles a finales de la época medieval.

No obstante, el caballo de guerra se identificaba aún más con las elites guerreras de los pueblos nómadas de oriente que entraron en contacto con la cristiandad durante la Edad Media. Eran dos modelos de guerrero montado muy diferentes. El jinete oriental era un soldado que se encontraba muy cómodo sobre el caballo, con recursos propios, autosuficiente, y con un equipamiento mucho más ligero que el de su oponente occidental, poseyendo además unas habilidades más sofisticadas, dirigidas a la obtención de los mayores resultados desde su ágil y resistente montura, de forma que le era posible manejar adecuadamente el arco (un arco corto muy poderoso) que se adaptaba a su cuerpo como si estuviese unido a él «con cola», tal como lo describió Fulcher de Chartres. Este arco podía resultar un arma devastadora. Los magiares «mataron a pocos con sus espadas pero a miles con sus flechas» escribió el abad Regino de Prüm. Los turcos tenían también un perfecto dominio de la lanza. Las sociedades nómadas eran, como resulta evidente, por completo dependientes del caballo. Los ataques relámpago de las elites guerreras en busca de botín, esclavos y tributo eran esenciales para la vida económica y social de estos pueblos; en particular, reforzaban el poder de la elite militar, despreciativa de aquellos que labraban la tierra. Entre los nómadas paganos, el papel central del caballo en la vida del guerrero se marcaba de forma solemne en el momento de su entierro. La inclusión de restos equinos (el cráneo y las patas delanteras) junto con la silla y los estribos, el sable, el arco y el

carcaj, es característico de las tumbas de los guerreros magiares en la región de los Cárpatos. También los cumanos continuaron enterrando a los caballos junto a sus nobles hasta el siglo XIV, varias generaciones después de su asentamiento en el reino cristiano de Hungría. La posición del caballo en la cultura guerrera de los turcos islámicos aparece para el observador moderno como algo menos arcaica. Las manifestaciones de sentimiento hacia este animal, de aprecio de su valor y resistencia, por hombres de letras que eran también guerreros, tales como Usámah ibn Munqidh (1095-1188), fueron producto de una civilización más refinada y asentada. El hecho de que alguno de estos «pueblos a caballo» fuera capaz de adaptarse a una vida sedentaria, de establecer ejércitos permanentes mantenidos con ingresos estatales, y combinar sus recursos militares con la fuerza inspiradora de una religión que fomentaba la guerra, fueron desarrollos de gran importancia militar, tal como quedó demostrado en la derrota de los mongoles a manos de los mamelucos del sultán Baibar en Ain Jalut en 1260, así como por las implacables campañas de los turcos en Europa y en oriente medio durante los siglos XV y XVI.

Entre la cultura militar de Europa occidental y la de los pueblos de oriente encontramos diferencias fundamentales en las razas de los corceles utilizados para la guerra y en la forma de montarlos. El caballo de guerra en el occidente medieval ha generado un gran debate, en particular por lo que respecta a su tamaño y origen. En ausencia de una prueba documental directa y de suficientes restos óseos de estos animales, los cálculos sobre el tamaño de los caballos se han basado en el examen de las pruebas iconográficas con todas las dificultades de interpretación que esto conlleva, junto con el examen de elementos como herraduras, bocados y armaduras, respaldado todo ello por pruebas documentales indirectas (por ejemplo, anotaciones sobre las dimensiones de los barcos utilizados para su transporte), así como pruebas prácticas sobre el terreno. Las conclusiones que se pueden obtener de estas pruebas permiten señalar que el «típico» caballo de guerra medieval tenía una altura de unos catorce a quince palmos, animal no muy grande para la norma actual, existiendo un aumento en el tamaño medio desde el siglo XI hasta el siglo XIV como respuesta a las exigencias del combate montado y el peso de las armaduras. Sin duda alguna este peso fue aumentando con el tiempo. La armadura equina se menciona en las fuentes a partir de la última parte del siglo XII. En un principio se trataba de una protección de cota de malla. A partir de mediados del siglo XIII encontramos también bardas confeccionadas en

cuero endurecido *(cuir-bouilli)* o de placas de hierro, por lo general en la cabeza (testera) y en el pecho (petral). El peso completo de la protección del caballo y del hombre alcanzó su máximo en el siglo XIV cuando se combinaron en la armadura el uso de la cota de malla y de las placas metálicas; se ha sugerido que a finales del siglo XIV un caballo equipado para la guerra podría transportar cien libras más de peso que su equivalente en el período anglonormando. Como consecuencia de esto un caballo de guerra en la última parte de la Edad Media necesitaba ser más robusto aún que los grandes equinos representados en los tapices de Bayeux.

Los archivos aristocráticos y reales arrojan mucha luz sobre la cría de estos caballos de guerra y la aparición del *magnus equus* en la última parte del medioevo en Europa occidental. Impulsados por (según palabras de un decreto real inglés) la «escasez de buenos caballos apropiados para la guerra», en Inglaterra y Francia a finales del siglo XIII se establecieron programas para la adquisición y crianza de estos animales, práctica que continuó en la era de la Guerra de los Cien Años. Los caballos de calidad superior se importaban de España, Lombardía y los Países Bajos. La distribución de los animales entre la elite militar se facilitaba mediante las ferias especializadas como las de Champagne y Smithfield, y mediante regalos e intercambios entre los criadores locales. El producto de esta cría selectiva, el «gran caballo» de la última época medieval, era notable por su fuerza y capacidad de agresión (en la guerra sólo se utilizaban caballos enteros), su energía y movilidad, así como, su noble prestancia. Debemos tener cuidado, sin embargo, y evitar pensar en términos de «monstruos equinos con coraza», incluso en el caso de algunos caballos como el *destrier,* el verdadero *magnus equus.* Algunos animales de tamaño excepcional reciben una mención especial en las fuentes pero no existen pruebas de que el «gran caballo» del final de la Edad Media llegase a alcanzar los dieciocho palmos. Quince o dieciséis palmos parece un tamaño más probable, aunque si debemos imaginar un caballo pesado o quizá un caballo pequeño y robusto, es algo que sigue abierto a la discusión. Lo que resulta evidente es que sólo una pequeña proporción de los caballos destinados a la guerra eran verdaderos *magnus equus.* En la Inglaterra del siglo XIV, el caballo de guerra, cuya movilidad y resistencia le hacía ideal para las *chevauchées*, se convirtió en el animal preferido de la elite militar más pudiente mientras que la mayoría de los caballos utilizados en el combate eran *runcini,* descritos simplemente como «caballos». Casi más revelador con respecto a la jerarquía dentro de la elite militar son los datos registrados en

los inventarios valorativos. La *dignitas* y riqueza de un señor poderoso se manifestaban por medio de la calidad de su corcel, de igual manera que la escasez de recursos de un jinete se reflejaba en el escaso valor de su montura. Así, los datos sobre los caballos perdidos en la batalla de Cassel en 1328 incluyen la montura del delfín de Veinnois, valorada en seiscientas libras *tournois,* mientras que el valor medio de los caballos de su servicio era de cuarenta y nueve libras. El hecho de que en los inventarios ingleses se muestre que el valor de un caballo podía oscilar entre cinco y cien libras ilustra no sólo la disparidad existente en el poder adquisitivo entre la elite militar, sino que también nos revela la no-existencia de un caballo «típico» para la guerra.

En vísperas de Bannockburn se decía de la comunidad caballeresca inglesa que «se vanaglorian de sus caballos de guerra y de su equipamiento». Esta apreciación atribuida a Robert Bruce podría haberse referido igualmente a la elite militar de gran parte de Europa. Resulta sorprendente, por tanto, encontrar opiniones como la del poeta árabe del siglo XIV Abu Bekr ibn Bedr que despreciaba al caballo de guerra occidental, tildándolo de «la más débil y peor» de las razas. La conquista islámica de Iberia y de Sicilia había después de todo introducido razas superiores de oriente y una desarrollada cultura ecuestre. Los musulmanes introdujeron en España el caballo beréber, el turcomano y el árabe, y utilizaron muy bien las razas locales como la andaluza. Esta mezcla tan rica de material de crianza resultó esencial en el desarrollo del caballo de guerra europeo comenzado por los francos en el siglo VIII. La buena reputación de los caballos españoles se mantuvo hasta el final del período medieval: como señaló de forma memorable Carlos de Anjou, «todo el sentido de España está en la cabeza de sus caballos». Los normandos recibieron caballos españoles como obsequio por haber intervenido en la Reconquista, caballos que criaron posteriormente en las condiciones más favorables de Normandía obteniendo resultados que fueron celebrados con elocuencia en los tapices de Bayeux. Su conquista de Sicilia les puso también en contacto con otra fuente de equinos bereberes y árabes, al tiempo que ganaron acceso a otras regiones como Apulia y Calabria en el sur de la península italiana, con una gran tradición en la cría de caballos. En una fecha algo más tardía, los sementales de Apulia fueron cruzados con yeguas más grandes en los abundantes pastos de Lombardía para producir los robustos caballos de guerra por los que la región se hizo famosa. Los lectores del *Cuento del Caballero* de Chaucer, a finales del período medieval, reconocerían al instan-

te la calidad del «caballo de bronce» en comparación con el «corcel de Lombardía» y el «amable caballo de Apulia».

Los caballos criados en Europa occidental con el fin de proporcionar una plataforma sólida para las tácticas de ataque de los caballeros armados fueron calificados por los turcos como algo torpes y carentes de posibilidad de maniobra. Para ellos eran caballos menos inteligentes, peor entrenados y poco adecuados para resistir el caluroso clima que los ligeros corceles turcomanos y árabes de los seljucidas aguantaban durante semanas. En un primer momento, se sugirió que estos últimos caballos eran de una altura similar a la de los caballos de guerra europeos pero en realidad eran bastante más ligeros: tenían un peso de entre 700 y 900 libras frente a las 1.200 ó 1.300 de los caballos europeos. La ligereza y resistencia de los caballos turcomanos y árabes era algo esencial para la guerra de escaramuzas en la que los turcos, como en general todos los «pueblos a caballo», destacaban de manera extraordinaria. La respuesta habitual de los cruzados, en especial los recién llegados al este latino, era la de utilizar la carga como táctica de combate. Esto podía ser efectivo si se realizaba en el momento oportuno pero era también una táctica poco flexible. Muy a menudo la caballería ligera turca se retiraba o dispersaba antes del impacto para dar paso al ataque de los arqueros aprovechando que los cruzados se encontraban parados y confiados y sus caballos cansados y vulnerables. Los turcos entraban en el combate cuerpo a cuerpo con lanzas, espadas y mazas únicamente cuando se encontraban en una situación de ventaja real.

Las culturas ecuestres de las elites militares de la cristiandad y de sus enemigos tuvieron una influencia profunda en la organización de la guerra y en la dirección de las campañas a lo largo de toda la Edad Media. En Europa occidental la movilización de la aristocracia militar local y el empleo de mercenarios, había provocado la tendencia a reunir ejércitos relativamente pequeños. Compañías mercenarias, como la *familia regis* de los reyes anglonormandos, la Compañía Blanca en Italia en el siglo XIV, o los hermanos de la Orden Teutónica en Livonia y Prusia, podían ser muy efectivas como unidades profesionales de combate capaces de un movimiento rápido y de una actuación independiente. Alternativamente, la elite militar podía proporcionar un núcleo de caballería pesada a un ejército mayor, respaldado por abundante infantería. En el caso de Francia, este «núcleo» podía ser muy grande: en septiembre de 1340, Felipe VI pudo disponer de hasta 28.000 hombres en distintos escenarios bélicos. Ningún otro prínci-

pe occidental podía reunir tal número de soldados. La única forma de que un rey inglés pudiese formar un ejército de esas dimensiones era apoyándose en la infantería. Para la campaña de Falkirk de 1298, la caballería pesada de Eduardo I compuesta de 3.000 hombres fue acompañada por 25.700 soldados de a pie. Estas tropas reclutadas quizá a la fuerza de entre la población debían estar pobremente equipadas y carecer de disciplina o de experiencia en la guerra; pero sin duda la presencia de la infantería proporcionaba algunas ventajas militares. La utilidad del soldado de a pie en la guerra de asedio resulta evidente. Además, el uso de la caballería pesada junto con la infantería –incluyendo a los arqueros– podía proporcionar una ventaja táctica en el campo de batalla, siendo en realidad ésta la práctica habitual, a pesar de que dicha cooperación no garantizaba el éxito. No debemos olvidar que los franceses comenzaron su ataque en Crécy con la participación de los ballesteros genoveses, y que los ingleses intentaron en vano desplegar sus arqueros en Bannockburn.

A pesar de su potencial en el asedio y en el campo de batalla, la movilidad de los soldados de a pie implicaba importantes dificultades, por lo que la verdadera *chevauchée* sólo podía ser llevada a cabo por los soldados a caballo. Una solución a este problema fue el complementar a la elite militar con caballería ligera o con una infantería montada. Quizá la caballería ligera más colorista desplegada en Europa occidental fue la formada por los estradiotes de Dalmacia, Albania y Grecia, introducidos en la península italiana a partir de 1479 y reclutados por Venecia para luchar contra los turcos. Armados con una ligera protección metálica en el tórax y un escudo, además de una lanza o una ballesta, estos feroces combatientes iban montados sobre caballos rápidos, ligeros y pequeños («buenos caballos turcos», según relata Philippe de Commynes), y se hicieron famosos por su actividad como cazadores de recompensa. Menos bárbaros, sólo en apariencia, eran el *hobelar* inglés (lancero con armamento ligero que surgió durante las guerras de independencia en Escocia) y el arquero a caballo que aparece por primera vez en los archivos a comienzos de la década de 1330. El caballo de los arqueros era un rucio de poca calidad, pero permitía combinar la potencia del arco dentro del campo de batalla, dando protección a las tropas de a pie, con la movilidad fuera del mismo. Proporcionar un caballo al arquero no era una idea del todo nueva; los ballesteros y, en ocasiones, los arqueros de los ejércitos de los reyes angevinos ya iban montados. La novedad surge aquí en el número de estos soldados que fueron reclutados por Eduardo III y sus sucesores, en una



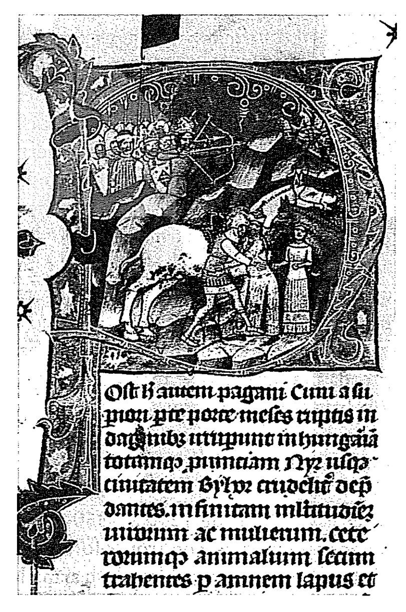
La caballería pesada y la infantería. El Día del Juicio en el libro ilustrado de la Biblia de Holkham (1325-1330) distingue entre la confusión del choque de los caballeros, «le grant pouple» y el de los combatientes a pie, «le commoune gent». Los costosos caballos y las armaduras de la elite militar les distingue de la infantería armada ligeramente; pero el éxito en el campo de batalla dependía con frecuencia de la combinación táctica de soldados de a pie y a caballo.

proporción de dos, tres o más por cada caballero, algo bastante habitual durante la Guerra de los Cien Años.

Los arqueros a caballo según el modelo oriental estaban ausentes de Europa occidental. Las pocas ilustraciones de arqueros montados en las fuentes occidentales –aparecen en la última escena de los tapices de Bayeux describiendo una persecución, y en la ilustración de Mateo París de la batalla de Bouvines (1214)– son poco más que curiosidades enigmáticas, mientras que en las ilustraciones de la Biblia de Maciejowski, de mediados del siglo XIII, aparecen asociados a las fuerzas del mal (a quienes se representa también con escudos redondos), reflejando en apariencia un cierto conocimiento de los ejércitos islámicos. El célebre arquero inglés de la Guerra de los Cien Años desmontaba antes de tensar su arco y pocos jinetes de la caballería inglesa poseían las habilidades de monta necesarias para disparar al galope. Los arqueros ingleses empleados en Törcsvár, Transilvania, hacia el fin del reinado de Luis el Grande son ejemplo del modelo de arquero montado en occidente, a pesar de ser ésta una zona de Europa donde empezaban a surgir nuevas técnicas ecuestres. Hay que admitir en todo caso que en el período siguiente a la derrota de los magiares en la batalla de Lech en el año 955, y después de la participación de los alemanes en la fundación del reino cristiano, los jinetes protegidos por cota de malla al estilo occidental formaron el núcleo de los ejércitos húngaros. No obstante, el recurso de los pueblos de la estepa –los pechenegos, szaklers y cumanos para formar una caballería ligera auxiliar dio a los ejércitos húngaros un carácter distintivo y heterogéneo así como una ventaja táctica. Esta ventaja táctica de combinar la caballería pesada con la caballería ligera formada por arqueros se mostró con unos resultados decisivos en 1278 en la batalla de Dürnkrut (Marchfield) donde la caballería pesada húngara apoyada por los cumanos desempeñó un destacado papel en la importante victoria del emperador Rodolfo I. Este modelo militar fue posteriormente desarrollado bajo el reinado de Luis el Grande. Sus aventuras italianas en las décadas de 1340 y 1350 fueron llevadas a cabo por ejércitos divididos en «lanzas», con tropas formadas por un jinete de la caballería pesada fuertemente protegido por su armadura y un grupo de arqueros también a caballo con un equipo más ligero. Al final del siglo XV, fue la caballería ligera (los «húsares» originales) la que proporcionó la fuerza de reacción rápida necesaria para la defensa de las fortalezas húngaras en la frontera sur y que posteriormente protagonizó las incursiones *(portyák)* en el territorio otomano. El dominio de la caballería ligera en el

ejército del rey Matías Corvino era tan importante que las capacidades y limitaciones de estas tropas determinaron de manera real la forma en que el ejército luchaba.

Los ejércitos compuestos en su totalidad por hombres a caballo ofrecían oportunidades estratégicas que eran inconcebibles para los ejércitos que sólo empleaban infantería. Las *chevavchées* inglesas dentro de territorio francés a lo largo del siglo XIV provocaron un impacto desproporcionado en relación al tamaño de los ejércitos que se veían envueltos en ellas, mientras que el asalto devastador de los mongoles en Europa del este en los años 1241-2, meticulosamente planeado y ejecutado con una coordinación notable, constituye sin duda el máximo ejemplo de Blitzkrieg (gue-



Esta descripción de un incidente de la leyenda de san Ladislao en la *Chronica de Gestis Hungarorum* (c. 1360) proporciona una visión sobre los ejércitos húngaros del reinado de Luis el Grande (1342-1382). Los guerreros caballerescos aparecen apoyados por arqueros a caballo con un equipamiento ligero, aparentemente de origen cumano. Nótese la utilización de arcos de aleación reforzados o compuestos.

rra relámpago) de la época medieval. Las ciudades, los castillos y los puentes podían ser tomados por sorpresa por una fuerza a caballo, de igual forma que las guarniciones cercadas podían ser socorridas a mayor velocidad. Sin embargo, los ejércitos muy dependientes del caballo solían arriesgar menos en la guerra de asedio. En realidad el estilo de guerra basado en las expediciones a caballo fomentó la construcción de fortalezas: la llama de la resistencia húngara frente a los mongoles se mantuvo viva en un puñado de fortalezas de piedra, mientras que el fuego de muchas expediciones inglesas en Francia fue debilitado por las frustraciones de la guerra de asedio. Las posibilidades militares de los ejércitos a caballo se encontraban también limitadas por ciertas dificultades logísticas. Aunque por lo general no eran muy grandes, teniendo en cuenta los tamaños posteriores estos ejércitos requerían siempre de un gran número de caballos. Aparte de su caballo de guerra, un caballero siempre necesitaba una monta alternativa, un caballo para montar durante la marcha, un rocín para su criado y uno o más animales de carga para su equipaje. Una «lanza» del siglo XV, el equipo de hombres que ayudaba a cubrir las necesidades de un hombre en armas, necesitaría incluso un número mayor de caballos. Mantener este gran grupo de equinos bien alimentados y saludables debió ser una preocupación fundamental para el comandante medieval; las campañas de invierno plantearían problemas aún más graves. Un buen suministro de agua era muy importante, dado que un caballo necesita al menos cuatro galones al día. La escasez de agua durante la expedición de 1355 provocó la desesperación de los ingleses, que dieron a sus caballos vino, con los resultados que fácilmente pueden imaginarse.

En cuanto a su capacidad de resistencia, ninguno de los caballos utilizados en Europa occidental podía rivalizar con los caballos de las filas mongolas. Estos pequeños caballos, fuertes y castrados eran capaces de recorrer sesenta millas en un día y, a diferencia de lo que ocurría con los caballos en occidente, acostumbrados a una provisión regular de grano, las monturas mongolas podían subsistir mediante el pastoreo, siendo capaces incluso de encontrar hierba bajo la nieve. Sin embargo, estos extraordinarios caballos fueron en cierto sentido su talón de Aquiles. Cada guerrero necesitaba un grupo de caballos y, mientras que las ricas tierras de la estepa de Mongolia no presentaban problemas de abastecimiento, el pasto disponible al oeste de la gran llanura húngara era insuficiente para aumentar esta gran máquina de guerra. La escasez de pastizales en Europa, por tanto, podía poner en peligro la estrategia de los pueblos nómadas. Un

problema menor para los jinetes mongoles fue el paso de los ríos: sólo el Danubio frenó su avance hasta que, por el frío, se congeló y pudieron cruzarlo. Tampoco tuvieron que enfrentarse al gran dilema logístico al que se enfrentaron los comandantes medievales: cómo transportar los caballos por mar.

Durante mucho tiempo la búsqueda de soluciones a este problema caracteriza la guerra entre los estados mediterráneos pero la era de las cruzadas trae consigo una demanda acuciante de un transporte adecuado para viajes de larga distancia. A mediados del siglo XII los caballos pudieron ser embarcados en navíos de vela de casco redondo o en *tarides*, pequeñas embarcaciones a remos con el fondo plano. El mayor de estos barcos de casco redondo proporcionaba una capacidad amplia (un barco de 800 toneladas podía transportar 100 caballos), pero eran navíos de aguas profundas, y, en consecuencia, requerían instalaciones adecuadas para la correcta carga y descarga de los animales. La capacidad de carga de las *tarides* era menor (de 20 a 40 animales) pero ofrecían la muy valiosa ventaja de permitir que los caballos fueran descargados en las playas por la popa. En 1066 Guillermo duque de Normandía logra la proeza de transportar un gran número de caballos a Inglaterra. De acuerdo con los tapices de Bayeux, los caballos viajaron sobre las cubiertas abiertas de largos barcos y a la llegada a las playas inglesas fueron inclinados para permitir que los animales saltasen por encima de la borda. Sin embargo, a fin de poder apreciar la dificultad que implica el transporte regular de gran cantidad de animales deberíamos prestar atención a lo acontecido en la Guerra de los Cien Años. El esfuerzo de guerra de los ingleses se centraba en el transporte de ejércitos al continente y su estrategia de *chevavchées* dependía de la disponibilidad de fuerzas montadas, por todo, era necesario transportar miles de caballos en cada expedición importante. Un documento del tesoro público nos desvela, por ejemplo, que se llevaron 8.464 caballos a Francia en 1370 con ocasión de la expedición de Sir Robert Knolles –para un ejército de unos 4.000 hombres–. Dado que un típico navío destinado al transporte de caballos, una coca *(cog)*, podía albergar treinta equinos, el transporte de un ejército de tamaño medio implicaba la utilización de una flota de varios centenares de barcos. La mayoría de estos barcos eran requisados a los marinos mercantes para posteriormente adaptarlos a las necesidades del transporte de animales. No resulta sorprendente que con frecuencia fuese difícil conseguir el número necesario de barcos. Más aún, parece que estas limitaciones logísticas pudieron condicionar el tamaño de

los ejércitos. Sabemos que los ingleses adquirieron caballos a su llegada a Francia motivados, posiblemente, tanto por la poca disponibilidad de transporte marítimo como por las consecuencias del viaje a larga distancia. Sin duda, y al margen de las pérdidas ocasionadas por el mal tiempo, la escasez de agua y una dieta inadecuada producirían el deterioro del estado físico y mental de los animales, vulnerables a la enfermedad y en general no adecuados para un servicio inmediato.

Si de forma simbólica un caballo de guerra distinguía al guerrero aristocrático de los que no lo eran, también le distinguía su armadura ya fuese una túnica de cota de malla o un arnés, y sus armas, en particular, la lanza y la espada. Pero detrás del simbolismo existía una ventaja militar real; y el soldado a caballo, con sus armas y armaduras liderando la conducción de la guerra era el gran protagonista de los cambios venideros. La mayoría de los adelantos en el equipo protector y en la panoplia de armas estaban concebidos para servir sus necesidades o para desafiar su autoridad táctica.

Ya se señaló con anterioridad que el soldado a caballo comenzó a adquirir la técnica de sujetar la lanza bajo el brazo en la última parte del siglo XI. En este tiempo, tal como puede verse en los tapices de Bayeux, un soldado estaba equipado con una vestimenta hasta las rodillas confeccionada en cota de malla abierta por delante y por detrás para facilitar la monta y colocada sobre una prenda interior acolchada. Esta camisa o túnica de malla debía tener un peso superior a los 20 kilos, un peso no excesivo ni determinante para la libertad de movimiento. El soldado cubría su cabeza con un casco cónico, provisto de una protección nasal, colocado sobre una capucha también de cota de malla. Con su brazo izquierdo sujetaba un gran escudo de forma triangular, mientras que en su mano derecha portaba la lanza de casi tres metros hecha en madera de fresno o de manzano. Aunque muchos de los soldados de los tapices de Bayeux se muestran portando lanzas, algunos son representados manejando una espada recta y de doble filo, el arma más noble, capaz de unir la utilidad para la lucha militar con un fuerte simbolismo. En el siglo IX, en los talleres de los artesanos de la Renania, tuvo lugar un cambio en el diseño de la espada que resultaría crucial en los siglos venideros: la hoja de la espada se estrecharía hacía la punta consiguiendo, mover el centro de gravedad desde el extremo a la empuñadura, y facilitando así enormemente su manejo. En Hastings, pues, una espada de alta calidad sería ligera (un par de kilos como máximo) y estaría bien equilibrada, resultando en un arma formidable

cuando era enarbolaba desde la posición elevada de la grupa de un caballo. Además de su función como arma, la espada era un símbolo del poder de la elite militar y de su categoría señorial, con una cualidad mística derivada de la fusión de los rituales paganos y los cristianos. El hecho de que se hayan encontrado un gran número de espadas medievales en ríos y lagos no puede ser atribuido a la falta de cuidado; más bien, nos desvela que la leyenda de Excalibur estaba asentada en prácticas reales que recordaban el pasado precristiano y que persistieron mucho tiempo después de que la espada del guerrero se hubiese convertido en parte esencial de la ceremonia religiosa del ritual caballeresco.

Las distintas fuentes de las que disponemos, incluyendo sellos medievales, manuscritos ilustrados y esculturas, sugieren que el equipo del caballero cambió comparativamente poco durante el siglo XII. Entre los cambios más significativos destacan la aparición de los guanteletes para proteger las manos y la larga capa que el caballero gustaba vestir sobre la cota de malla, además del uso extendido de protecciones para las piernas, y del nuevo diseño de los cascos que permitió, a principios del siglo XIII, la aparición de un casco de calidad superior que se llevaba sobre una caperuza acolchada cubriendo la cabeza. En sus orígenes, el casco tenía forma cilíndrica, con la parte superior plana. Ofrecía una mayor protección especialmente contra los proyectiles del enemigo, pero limitaba la visibilidad y la correcta ventilación. El diseño de los escudos también sufrió algunos cambios: a comienzos del siglo XIII los escudos tenían forma triangular, y a medida que el siglo fue avanzando su tamaño fue reduciéndose.

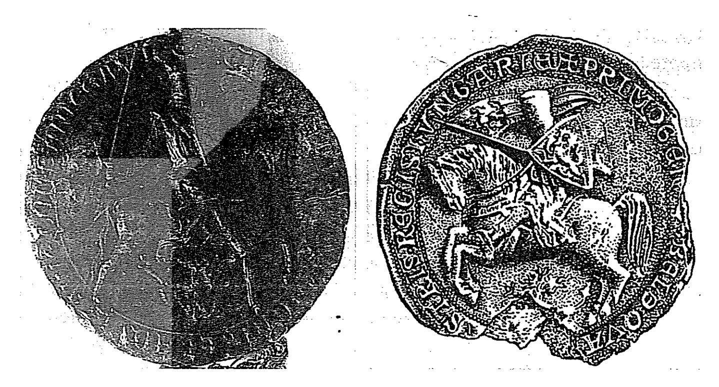
La esencia de la transición desde el arnés de cota de malla del siglo XII hasta la armadura metálica del siglo XV puede ser resumido de forma breve. Las protecciones de metal o de cuero endurecido para los hombros, las rodillas y las espinillas aparecieron por primera vez a mediados del siglo XIII y, en los siguientes ciento cincuenta años, la protección para los brazos, las manos, las piernas y los pies se irían perfeccionando. Desde mediados del siglo XIII, el torso de un caballero se protegía con un jubón exterior de tela, o cuero, forrado con placas de hierro y, a mediados del siglo XIV, estas piezas se verían remplazadas por una única pieza metálica cubriendo el pecho y la espalda. Por debajo de este caparazón, el soldado continuó vistiendo la camisa de cota de malla, siendo también habitual vestir otra prenda por encima, aunque existían muchas variaciones locales entorno a esto. En Inglaterra, por ejemplo, la prenda exterior fue sustituida por una chaqueta corta y apretada. Al mismo tiempo, a comienzos

del siglo XIV, el bacinete con visera, unido a una pieza de cota de malla para proteger el cuello, comenzó a sustituir al antiguo casco redondo por su utilidad práctica en la batalla. Los yelmos también destacaban por la variedad de modelos. El más sencillo, muy común en Alemania e Italia, consistía en una pieza de hierro que quedaba colgando de la parte inferior del casco a la altura de la barbilla cuando no estaba enganchada a la parte delantera del bacinete para proteger la nariz. Con la evolución del arnés articulado confeccionado en metal, el abandono del escudo y la eliminación del tejido que hasta entonces cubría la armadura de hierro, surge la armadura «blanca» a mediados del siglo XV. La aparición de esta protección metálica más ligera también dio lugar a importantes cambios en las «armas blancas» *(arme blanche)* del soldado. La espada de hoja plana que proporcionaba un borde de corte eficaz contra la cota de malla fue reemplazada de forma gradual durante el siglo XIV por otra espada de hoja más rígida cuyo grosor se iba estrechando hasta llegar a la punta, a menudo reforzada y diseñada para que pudiese golpear en el metal y derribar al oponente.

El equipo de un aspirante a soldado en armas era por completo de su responsabilidad, a no ser que fuese suministrado por un señor o patrón, o que resultase del cumplimiento de las obligaciones militares dentro de una comunidad local. A pesar de que al final del medievo el material empleado para la fabricación en masa de las armaduras era relativamente menos costoso que las vestiduras de cota de malla de los siglos anteriores, el equipamiento para la guerra continuó siendo un asunto de poder adquisitivo. En consecuencia, la calidad de las armas y de la armadura de un caballero ofrecían una indicación bastante clara de su posición dentro de la jerarquía militar, en igual medida que lo reflejaba el valor de su caballo de guerra. Muchos de los restos que han sobrevivido nos muestran la evolución del arnés de los soldados con mayores recursos económicos; pero en realidad la guerra en la Europa del siglo XIV alcanzaba a una multitud heterogénea de *juvenes* de la nobleza sin perspectivas, y a una multitud de hombres de categoría social inferior, muchos de los cuales tendrían que luchar provistos de una armadura de calidad menor. Algunos, con total seguridad llevarían una protección de segunda mano, o incluso alquilada, adquirida de comerciantes internacionales de armas como Francesco di Marco Datini. Por fortuna, y a diferencia de lo que ocurría con los caballos de guerra que eran vulnerables a la enfermedad o a las lesiones, las armaduras necesitaban ser adquiridas sólo de manera oca-

sional; y a tenor de los documentos de herencias e inventarios de la época incluso las familias de nobleza media estaban en posesión de una gran variedad de armas y armaduras. De todo el armamento y equipo del caballero era la espada la que podía tener una intensa «historia de vida», pudiendo pasar por muchas manos mediante compra, legado, donación o apoderamiento; su hoja afilada y su empuñadura eran modificadas de acuerdo con la necesidad y el gusto de su dueño, para acabar descansando finalmente en una iglesia, una tumba o un río.

A pesar de ser tentador atribuir la aparición de la armadura de hierro a ciertos avances en la tecnología, resultaría poco convincente teniendo en cuenta que la habilidad requerida para producir este tipo de armadura existía en Europa occidental desde los siglos XI y XII. Más bien, la transformación de la armadura del hombre en armas durante la última parte



Izquierda: el gran sello de Enrique III (1216-1272) muestra la vestimenta de su caballero tras la adopción del casco de grandes dimensiones y de la vestidura externa pero antes de la llegada de la armadura de hierro para el torso o las extremidades. La elegancia y apostura del caballo de guerra se reflejan en las palabras de Jordanus Ruffus, cirujano veterinario del siglo XIII: «no existe animal más noble que el caballo, ya que es gracias a los caballos cómo se distinguen los príncipes, magnates y caballeros de las gentes humildes». Derecha: el sello del joven rey de Hungría Esteban nos sugiere que el equipo de un caballero en Europa occidental y su postura, sentado sobre la grupa de un caballo de gran tamaño pero elegante con las piernas estiradas hacia adelante, ya era una realidad en el reino de los magiares hacia la década de 1260. El espíritu distintivo de la actividad caballeresca occidental fue adoptado lentamente por la nobleza húngara al estar muy ligadas sus arcaicas tradiciones con su pasado nómada.

de la Edad Media debe ser observada como una respuesta a los desafíos del campo de batalla. La derrota de la caballería pesada frente a los ejércitos que luchaban a pie fue una de las características más sorprendentes de la guerra a mediados del siglo XIV; algunos historiadores han identificado en estos acontecimientos la existencia de una «revolución de la infantería». No obstante no se puede negar que la infantería hacía ya mucho tiempo que había mostrado su capacidad frente a la caballería –como cuando la barrera de picas de la milicia comunal de Lombardía resistió con éxito el ataque de la caballería pesada imperial en Lugano (1176) y en Cortenuova (1237). Las operaciones militares en el este latino, como la célebre marcha desde Acre hasta Jaffa en agosto-septiembre de 1191 dependían de la cooperación estrecha entre la caballería pesada y los soldados de a pie; los arqueros y ballesteros servían de escudo protector, manteniendo a distancia a los arqueros turcos. Sin embargo, lo que vemos al final del siglo XIV es algo distinto: ejércitos compuestos en su mayoría por soldados de a pie, con una participación escasa o inexistente de la aristocracia unidos por un propósito y una moral de combate común. Estos nuevos ejércitos triunfaron repetidas veces sobre la flor y nata de la caballería europea, siguiendo tendencias como en las batallas de Courtrai (1302), Bannockburn (1314) y Mortgarten (1315). Las escenas esculpidas en el arca de Courtrai muestran a la infantería de los ejércitos flamencos como soldados bien equipados, uniformados y luchando bajo los estandartes gremiales. La gran abundancia de pruebas pictóricas sugiere que las milicias de las ciudades italianas estaban equipadas de manera muy similar. En el caso de los escoceses y de los suizos, sin embargo, vemos ejércitos más pequeños de hombres reclutados en su mayoría de entre la población campesina, formando una infantería rural que luchaba en nombre de la independencia. El soldado escocés armado con una pica y situado en primera línea de combate podía estar equipado con una protección de cota de malla o un chaleco acolchado, un casco de hierro y guantes protectores pero la mayoría de los soldados en las líneas detrás de él, formando un círculo de picas, carecerían posiblemente de protección especial para el cuerpo.

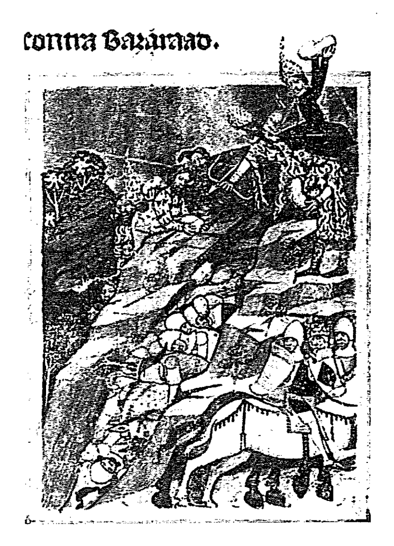
¿Cómo fue posible que estos ejércitos fuesen capaces de infligir derrotas humillantes y sangrientas a la elite caballeresca? A veces la explicación se encuentra en el éxito de una simple emboscada perpetrada en el momento oportuno. La derrota del ejército húngaro de Carlos I por los valacos en el desfiladero de Posada, en noviembre de 1330, recuerda a la batalla de Mortgarten en la que los suizos emboscaron a una columna de la caballería pesa-



Bronce conmemorativo de Sir Hugh Hastings (fallecido en 1347), iglesia de Elsing, Norfolk. Las figuras a los lados representan a compañeros de armas de Hastings, y el conjunto nos muestra un catálogo curioso y variado de los distintos tipos de armadura existentes a mediados del siglo XIV. Pueden verse bacinetes con visor, jubones en forma de falda, cascos de formas curiosas (parte inferior derecha), un hacha de guerra (parte inferior izquierda) y la figura a caballo de San Jorge sobre la cabeza de Hastings.

da austríaca, pasándoles a cuchillo como «ovejas en el matadero». Incluso en batallas más formales, la elección del terreno y la explotación efectiva del mismo eran por lo general muy importantes. La vieja estratagema de excavar fosos o pozos para impedir el despliegue de la caballería tuvo éxito en Courtrai, Bannockburn y en otros lugares, mientas que en Cefiso en 1311 la Compañía Catalana tomó posición detrás de un pantano. Pero también resultaba esencial una formación táctica ordenada, cierta disciplina, una prestancia decidida y el uso de armas eficaces. Las armas que trajeron el éxito fueron esencialmente una respuesta a la caballería pesada de la elite militar. Los grupos de soldados escoceses armados con picas *(schiltroms)* eran formaciones que tomaban la forma de un puerco espín, presentando una barrera impenetrable y capaces de un movimiento ofensivo rápido. Como complemento a las picas, los flamencos tenían el *goendendag* y los suizos la alabarda: ambas eran armas de asta larga, diseñadas para golpear a los caballeros sentados en sus sillas de montar y tiraros al suelo.

Mucho se ha escrito sobre el impacto de los arqueros ingleses en el siglo XIV, y para algunos historiadores fueron los grandes protagonistas de la denominada «revolución de la infantería». La presencia de arqueros no era una novedad en la guerra, como tampoco sugieren las pruebas existentes que los arcos de la época de Eduardo tuvieran unas medidas significativamente más grandes que los utilizados en épocas anteriores (cuanto más largo el arco, mayor su energía potencial). Lo que convirtió a los arqueros ingleses en una fuerza devastadora y terrible a lo largo del siglo XIV fue el gran número de hombres reclutados y dispuestos a servir a la corona inglesa, muy hábil al saber explotar con éxito la destreza de sus súbditos con el ardco. Un arquero inglés podía disparar quizá una media docena de flechas por minuto, produciendo así una tormenta de proyectiles capaz de alcanzar un objetivo a más de 150 metros, haciendo vulnerables a los caballeros pero, sobre todo, a los caballos causando al mismo tiempo confusión y pérdida del orden de batalla de las formaciones atacantes. A medida que las armaduras de hierro se perfeccionaban , también surgieron nuevas flechas capaces de atravesarlas. Lejos de quedarse atrás por los adelantos en la tecnología de las armaduras, el arquero inglés, en particular si iba a caballo, se convirtió en un combatiente versátil que podía ganarse el sustento como soldado. El arco no era un arma cara (podían comprarse por un chelín), aunque los mejores estaban fabricados en madera de tejo importada de España o Italia. La protección para el cuerpo era bastante ligera –una lóriga o un jubón acolchado, junto con un bacinete abierto por delante o un



La batalla de Posada 1330. Atraído hacia un desfiladero en los Cárpatos del sur, el ejército húngaro de Carlos I, representado aquí por soldados sobre sus cabalgaduras, fue emboscado y derrotado por las piedras y las flechas de los valacos.

yelmo de hierro–, pero el arquero inglés era capaz de participar eficazmente en los encuentros cuerpo a cuerpo si era necesario.

A pesar de toda la potencia desplegada por el largo arco inglés a partir de mediados del siglo XIV, la ballesta tuvo una influencia más prolongada sobre la guerra a lo largo del medioevo y puede haber sido el verdadero estímulo detrás de la aparición del casco completo y del desarrollo de la armadura de hierro en el siglo XIIÍ. La ballesta había sido conocida y utilizada ampliamente a partir de mediados del siglo XI. Durante el siglo XIII fue mejorada de forma que su uso se generalizó en toda Europa; a partir de ese momento fue el arma de proyectil más importante en muchas partes de la cristiandad. Aunque no era un arma de disparo rápido, y quizá era más adecuada para la guerra de asedio que para el campo de batalla, era muy poderosa y versátil, exigía una menor fuerza física y un menor entrenamiento que el arco. La cota de malla ofrecía poca protección contra los proyectiles de la ballesta y, dado que estas armas construidas en el siglo

XV podían desarrollar una energía equivalente a mil libras (la cuerda era tensada mediante un mecanismo de torno o molinete), es probable que mantuviese su posición de dominio como arma para la penetración de las armaduras frente al arco largo.

A pesar de los esfuerzos de los hombres armados con picas y de los arqueros, la aparición de potentes ejércitos de infantería en diferentes regiones de Europa durante los siglos XIV y XV no desplazó al guerrero aristócrata del campo de batalla. En parte esto fue debido a la flexibilidad de la respuesta táctica. Una solución fue abandonar el caballo y luchar a pie, reduciendo así la vulnerabilidad a las armas de proyectil y endureciendo la resistencia para el combate como hicieron, con éxito, los milaneses en Arbedo en 1422 cuando se enfrentaron con una falange de suizos armados con picas. En Inglaterra ya existía una larga tradición en la utilización de estos métodos, como la muralla de escudos en Hastings y las batallas de Standard en 1138 y de Lincoln en 1141. Después de una larga pausa la combinación táctica de hombres en armas desmontados y de arqueros revivió durante el reinado de Eduardo III. Estas tácticas eran adecuadas para la guerra en Francia donde la inferioridad numérica hizo necesaria una posición por lo general más defensiva que ofensiva. Frente a las tácticas de los flamencos y de los ingleses, la elite caballeresca francesa respondió luchando a pie a pesar de que al carecer de un apoyo efectivo de arqueros o piqueros, y obligada a menudo a atacar sobre terreno desfavorable, estos experimentos condujesen casi inevitablemente a la derrota, en ocasiones con resultados desastrosos como en Poitiers (1356), Nicopolis (1396) y Agincourt (1415).

Para algunos historiadores la supervivencia del guerrero ecuestre fuertemente protegido por su armadura, en la Europa de finales de la Edad Media, puede ser explicada mediante los prejuicios sociales de la época y la inflexibilidad militar de la aristocracia; pero una explicación más convincente se centraría en el perfeccionamiento de las armaduras y del equipo. La producción de armaduras de hierro mejoró aumentando su capacidad de resistencia frente a los dardos de las ballestas en distancias cortas, así como ingeniando superficies con ángulos de desviación para resistir a las picas, las flechas y las lanzas, y, en consecuencia, aumentado la seguridad de los combatientes. A pesar de no ser muy adecuadas para las épocas de calor, la armadura de hierro del siglo XV no afectaba a la movilidad de su portador, dado que el peso de una armadura de este tipo –un arnés completo podía pesar perfectamente entre cin-



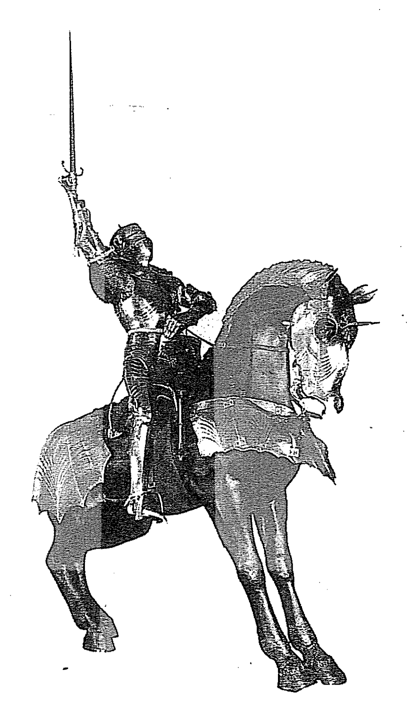
La batalla de Shrewsbury en 1403: una escena llena de vida de la «vida ilustrada» de Richard Beauchamp, barón de Warwick (muerto en 1439). Los arqueros ingleses que habían demostrado ser tan eficaces en las guerras en Francia son aquí desplegados por ambas partes, mientras los caballeros y otros nobles del ejército de Enrique IV, habiendo vuelto a montar para la persecución, emplean sus lanzas sujetadas bajo el brazo.

cuenta y sesenta libras– se encontraba distribuido de forma más compensada que el de la antigua cota de malla y era posiblemente menor que la combinación de cota de malla y placas de metal utilizada de forma común en el siglo XIV. Hacia 1450, las defensas metálicas de los caballos se habían extendido más allá de la cabeza y del pecho para proporcionar una protección completa pero dado que esta podía tener un peso de sesenta a setenta libras, tal arnés exigía unos caballos muy fuertes y unas monturas adicionales siempre disponibles. A mediados del siglo XV había

un contraste estilístico claro entre las armaduras «clásicas» del norte de Italia y las armaduras «góticas» del sur de Alemania, sin duda reflejando las diferencias en las raíces culturales pero también las diferencias en los contextos militares. El combate a caballo de los *condottieri* necesitaba de unas piezas de metal más suaves y redondeadas, diseñadas para desviar la espada y la lanza mientras que, al norte de los Alpes, la mayor amenaza del arco largo y de la ballesta dio lugar al empleo de armaduras con superficies acanaladas y onduladas. De forma similar, la elección entre las nuevas formas de casco que reemplazaron al bacinete con visera en el siglo XV parece que dependieron de las condiciones esperadas en el campo de batalla. La celada, particularmente en su forma más alargada por detrás, era preferida por los ingleses, los franceses y los borgoñones, mientras que la barbuta (que tenía una abertura facial en forma de T) y una rejilla (casco con visor) era el tipo preferido en Italia.

La evolución de las armaduras de hierro que cubrían todo el cuerpo tanto para el hombre como para el caballo, combinado con la utilización del *arrêt de cuirasse* –un apoyo sobre la pieza metálica del pecho para aguantar una lanza más pesada– aseguró que el caballero armado continuase siendo un guerrero temible si actuaba de forma inteligente. Resulta obvio que este poder exigía a menudo la utilización de la caballería en concierto con los arqueros y los piqueros; en último término, la movilidad de los jinetes al final de una batalla podía convertir una ventaja marginal en una victoria decisiva. Otra posibilidad era la utilización sucesiva de escuadrones en rotación, a fin de mantener el control del campo de batalla mediante un aporte constante de tropas frescas, una táctica hecha célebre por el *condottieri* Braccio en San Egidio en 1416. Fue esta potencia táctica continuada, combinada con las posibilidades estratégicas ofrecidas por los jinetes, lo que explica por qué la mayoría de los ejércitos continentales en este período, incluyendo los recientemente creados ejércitos permanentes de Francia, Borgoña, Milán y Venecia, fueron construidos alrededor de un núcleo de guerreros fuertemente equipados con armaduras. Más de la mitad del ejército francés que comenzó la guerra en Italia en 1494 era caballería pesada. Incluso el ejército húngaro de Matías Corvino, aunque dominado por la caballería ligera, tenía un núcleo importante de caballería pesada que formaban alrededor de un diez por ciento del ejército de 28.000 hombres que fue pasado revista en la Wiener Neustadt en 1486.

Fue sólo durante el siglo XVI cuando el equilibrio de fuerzas sobre el



Armadura del sur de Alemania, hacia 1475-1485. Protegido con este tipo de coraza de metal, el hombre en armas y su caballo de guerra eran menos vulnerables a los golpes de las picas y a las ballestas y arcos. Pero su función militar elitista dependía del apoyo del grupo *(lance)* que en la Borgoña de la década de 1470 consistía en un paje, un servidor con armadura y tres arqueros, todos montados, junto con un ballestero, un soldado con un arma de fuego y un piquero.

campo de batalla se alteró de forma decisiva en contra de la caballería pesada. Entre las fuerzas que motivaron el cambio se encontraban las nuevas armas de fuego unipersonales y una artillería de campaña más eficaz. Los primeros cañones habían sido utilizados de forma ocasional en los campos de batalla del siglo XIV como, por ejemplo, en la emboscada de Sir John Hawkwood a los veroneses en Castagnaro en 1387; pero el ritmo de dis-

paro lento y el alcance limitado junto con la inmovilidad limitaban severamente la efectividad de estas armas que parecían más adecuadas para las fortalezas que para las expediciones de ataque a caballo. Una mayor movilidad, al menos para la marcha, fue alcanzada por los husitas que montaban sus cañones sobre carros. Para la batalla, sin embargo, estos cañones quedaban inmovilizados e incorporados a los vagones-fortaleza (Wagenburgs) distintivos de los husitas, verdaderas fortalezas móviles construidas con carros y manejadas por tiradores individuales, ballesteros y hombres que utilizaban palos o mayales rematados por cadenas (ver también capítulo VII). Los husitas eran, según se acepta por muchos, una excepción desde el punto de vista militar, pero hacia mediados del siglo XV el cañón y las armas de fuego unipersonales estaban comenzando a tener impacto sobre los campos de batalla de toda Europa. En Caravaggio en 1448 se dijo que el humo de los tiradores del milanés Francesco Sforza había oscurecido el campo de batalla. (En Italia, por lo menos, parece ser que el bajo coste y la facilidad de uso estaban detrás de la sustitución de la ballesta por el arma de fuego individual.) Ese mismo año, las armas de pólvora desempeñaron un papel prominente en la batalla de Kosovo Polie. El ejército húngaro de János Hunyad, bien equipado con armas de fuego asestó fuertes pérdidas a las huestes otomanas de Murad II antes de ser finalmente derrotado por la desventaja numérica.

Resulta quizá apropiado finalizar este capítulo mencionando el enfrentamiento entre dos pueblos nómadas, dependientes del caballo, surgidos de la estepa y que, por caminos diferentes, intentaron adaptarse a la cambiante tecnología de la guerra. Los otomanos fueron los que tuvieron mayor éxito en advertir el potencial táctico de las armas de fuego unipersonales y de la artillería de campaña, sus triunfos decisivos sobre los mamelucos egipcios en Marj Dabiq (1515) y Raydaniya (1516) y sobre los húngaros en Mohács (1526) se apoyaron en el despliegue decisivo de la capacidad de fuego como parte de una maquinaria de guerra verdaderamente formidable. En Mohács la caballería húngara fue detenida por un cuerpo profesional de soldados de a pie que manejaban armas de fuego, los jenízaros, apoyados por la artillería de campaña: una derrota que se llevó a cabo en poco más de dos horas y que supuso en realidad la destrucción de un ejército medieval por otro moderno. El guerrero a caballo de la Edad Media había sido finalmente derribado por las fuerzas del futuro.



Capítulo X

Mercenarios

Michael Mallett

El muy citado comentario de Richard Fitz Neal en su prefacio al *Dialogus de Scaccario* sobre la suprema importancia del dinero en la guerra ha sido descrito por J. O. Prestwich como «tan obvio en 1179 como lo es hoy en día». Fitz Neal entendía que «el dinero se hace imprescindible no sólo en tiempos de guerra sino también en tiempos de paz», añadiendo que «en la guerra se gastan grandes cantidades de dinero en la construcción de castillos, en el pago a los soldados y de muchas otras formas, dependiendo de la naturaleza de las personas que lo reciben, buscando siempre la conservación del reino». De esta manera, explicaba la posición central del Tesoro Público en las guerras de Enrique II. Esto nos introduce en el concepto de servicio militar retribuido, claramente establecido en su época junto con conceptos más tradicionales de la obligación al servicio militar. Sin embargo, este capítulo no trata únicamente de la aparición del servicio militar retribuido, sino que examina de qué manera la introducción del pago a cambio del servicio militar pudo haber levantado la envidia y las sospechas de la clase feudal junto con la cólera de la Iglesia, a pesar de que este hecho no era por lo general ni una sorpresa ni un motivo de despecho en el siglo XI. Los primeros ejemplos de pago tomaron muy variadas formas: derechos feudales con contenido monetario, suplementos más allá del servicio obligatorio, retribuciones para hacer frente a las necesidades de manutención, recompensas y lo que verdaderamente era un pago para atraer soldados hacia el servicio militar, esto es, el pago en busca de un beneficio. Es este concepto de la lucha en busca de un beneficio personal, junto con el surgimiento gradual del concepto de «extranjería», lo

que distingue al auténtico mercenario, el protagonista de este capítulo, del soldado de pago ordinario.

De lo anterior se deriva que el problema no es simplemente el de evaluar el crecimiento de la economía monetaria, o la acumulación de recursos por parte de los gobiernos, o el incremento de los impuestos de guerra o ni siquiera el del desarrollo del pago en dinero como sustitutivo del servicio militar u otras formas de compensación. En realidad, a medida que el servicio militar se convirtió en un elemento habitual en la forma de hacer la guerra en Europa a finales del siglo XIII, estos factores deben ser dados por supuesto y deben ser estudiados de forma muy diferente. En este capítulo vamos a tratar de identificar la motivación de los mercenarios, de los soldados que luchaban por un beneficio personal y no a favor de su tierra de nacimiento o de su señor, complementando este estudio con el de las circunstancias y la naturaleza de su trabajo.

No parece que sea de especial interés el que nos ocupemos aquí de la muy discutida cuestión de la identificación de alguna de las personas que intervienen como «extranjero». La aparición de estados independientes con una administración cada vez más centralizada donde la distinción entre local, «nacional», «tropas propias» y «tropas extranjeras» empezó a aparecer de forma gradual debe ser aceptado sin que sea necesaria una mayor definición. La guerra en sí misma era un factor primario en la creación de estas distinciones y en el fomento del patriotismo y de la xenofobia que llevó a una cierta sospecha ante las tropas «extranjeras». A pesar de ello, la distinción entre las fuerzas extranjeras y las nacionales no siempre está bien definida aunque con frecuencia las acciones represivas ocasionales de gobiernos con tendencias centralizadoras se apoyaban y eran llevadas a cabo por tropas «extranjeras», cuya lealtad ofrecía más confianza que la de las tropas formadas por los propios súbditos.

El ofrecimiento de dinero y el cambio en las necesidades de las autoridades constituyen factores de la demanda. Pero el estudio de los mercenarios durante la Edad Media requiere también un análisis de los factores de la oferta. ¿Qué podían ofrecer los mercenarios? En la Edad Media la respuesta no se limita a señalar la experiencia y la técnica militar que podía acumular un soldado sino que, de manera creciente, los mercenarios debían poder ofrecer habilidades específicas en especial si pertenecían a la infantería. Fue la sofisticación creciente en la forma de hacer la guerra lo que dio origen a la figura del mercenario junto con una serie de factores del entorno local que hicieron de ciertas áreas específi-

cas un buen terreno para el reclutamiento de soldados. El paro, ya se presentase en la economía de las zonas ganaderas o en ciudades en rápida expansión, debe ser tenido en cuenta como parte de la ecuación que explique este fenómeno.

Pero en el núcleo de esta ecuación explicativa está el problema de la lealtad. Los mercenarios, tanto en la Edad Media como ahora se han visto acusados de tener una lealtad un tanto frágil; esto es, una lealtad que depende de forma completa de una paga regular y a menudo excesiva, así como de una preocupación en demasía por su supervivencia personal. Pero en la Edad Media se estableció una distinción muy clara entre la lealtad del aventurero errante, o de la agrupación sin líder, y la lealtad de un caballero que formaba parte de la casa real o prestaba servicios a largo plazo como guardaespaldas. La categorización real de los mercenarios depende en realidad de la duración del servicio. El servicio a largo plazo establecía unos vínculos personales que eran tan fuertes como los existentes entre el vasallo y su señor, creando obligaciones tan sólidas como las que procedían del patriotismo y de la nacionalidad, de nuevo oscureciendo cualquier intento de hacer una clara distinción entre un soldado local y uno extranjero.

El tema central de este capítulo es intentar probar que a pesar de que el servicio de tipo mercenario, es decir, el servicio militar a cambio de un pago, se convirtió en algo cada vez más aceptado y establecido desde por lo menos mediados del siglo XI, sí existió un cambio real en la percepción de este asunto a partir de la última parte del siglo XIII. Esto tuvo poco que ver con el crecimiento económico y sí mucho con cambios en la naturaleza de la sociedad, de su gobierno y en la forma de realizar la guerra. El siglo XIII fue un período en el que la universalidad de la Iglesia, de las cruzadas, de las primeras universidades y del uso generalizado del latín fue dando paso a la creación de identidades más locales y también de una preocupación por las fronteras y por los problemas de la defensa a largo plazo, sin olvidarse de la mayor atención que se comenzó a prestar a las lenguas vernáculas y a la cultura laica. El monopolio de las habilidades militares que se mantuvo durante la época central de la Edad Media en manos de algunos grupos selectos de caballeros de la aristocracia se fue viendo sometido al desafío del surgimiento de la infantería de masas que a menudo disponía de habilidades especiales junto con la idea de una obligación militar más generalizada. En el siglo XIII el mercenario empezó a ser distinguido por su carácter de extranjero y por su papel de experto.

Además, es en este período y en el inmediatamente siguiente en el que concentraré la mayor atención, evitando sin embargo las generalizaciones consagradas por el concepto de «la edad de los mercenarios».

Aunque es probablemente cierto que elementos del servicio militar como actividad sujeta a contratación sobrevivieron a lo largo de la primera parte de la Edad Media, la característica principal de las tribus bárbaras que acabaron dominando Europa occidental tras la decadencia del Imperio Romano era la existencia de vínculos de obligación personal y de dependencia dentro de unas sociedades organizadas para la guerra. A medida que la situación se fue estabilizando en el siglo XI escuchamos, cada vez más, cómo aparecen distintas formas de servicio selectivo, permuta de obligaciones y de mantenimiento de soldados para la lucha mediante aportaciones colectivas. Esto fue particularmente cierto en lo que respecta a la Inglaterra anglosajona. En todo caso, las empresas normandas de mediados del siglo XI fueron en cierto modo un punto de inflexión. Guillermo el Conquistador para poder reunir la fuerza necesaria para su objetivo de invadir Inglaterra confió en exceso en los voluntarios de Bretaña, Flandes, la región de Champagne e incluso de Italia, quedando su fuerza militar muy a expensas de estos mercenarios durante los primeros años de la conquista. Evidentemente, con posterioridad los caballeros de Guillermo se asentaron y se dio paso a una recreación del sistema de contribución militar obligatoria; sin embargo, este sistema nunca fue adecuado para la defensa del reino frente a una amenaza significativa, como tampoco lo fue para la defensa de Normandía. Los reyes anglonormandos llegaron a confiar en una fuerza militar permanente adscrita a su corte y formada en parte por vasallos del rey en servicio permanente y en parte, también, por voluntarios, a menudo los hijos segundos de los señores y por tanto sin tierras propias. Estos últimos eran mantenidos por el rey y recompensados generosamente después de una acción militar. Un número significativo de estos caballeros de la corte venía de fuera de los límites del estado anglonormando. Era esta corte, la llamada *familia regis,* la que proporcionaba el núcleo y el liderato de los ejércitos de Guillermo I y de Guillermo II; este último en particular fue caracterizado como «militum mercator et solidator» (un gran comprador y proveedor de soldados). Un momento concreto a menudo citado por los más importantes expertos en este período de actividad militar es el que corresponde al tratado de 1101 por el que el conde Roberto de Flandes se comprometió a suministrar a



Los tapices de Bayeux ilustran a los caballeros de Guillermo el Conquistador en la batalla de Hastings (1066). Muchos de estos soldados eran mercenarios atraídos al servicio normando incluso de fuera del ducado y convirtiéndose en el núcleo de la caballería de Guillermo.

Enrique I un total de mil caballeros flamencos para su servicio en Inglaterra y Normandía. Estos caballeros debieron incorporarse de forma temporal a la casa real para ser mantenidos por Enrique. Esto era ya una señal sobre cuál era el tamaño potencial de una corte en el ámbito militar. El conde Roberto debía recibir un pago de quinientas libras por suministrar estas tropas, lo que le convierte en un ejemplo temprano de contratista militar.

Existen menos pruebas acerca del uso de voluntarios y tropas pagadas por los primeros reyes capetos, cuya esfera de influencia y potencial militar eran mucho menor que el de los normandos. No obstante, en el Sacro Imperio Romano los emperadores sufrían las mismas presiones para complementar las limitadas obligaciones del servicio militar, como en particular ocurrió en las campañas en Italia. Con el siglo XII llegaron las cruzadas que ofrecían un desahogo para la aventura militar y que, al mismo tiempo, provocaron una mayor preocupación entre los monarcas de Europa occidental en cuanto a la conveniencia de mantener y alimentar las fuerzas militares adscritas a la casa real. Fue Enrique I de Inglaterra el que, con las fuerzas de las huestes reales, derrotó en 1124 en Bourgthéroulde una rebelión de los barones normandos, un suceso que nos proporciona una distinción contemporánea clásica, según las palabras del cronista or-

derico Vitalis, entre los caballeros asalariados del rey que luchaban por su reputación y por sus salarios y, por otro lado, la nobleza normanda que luchaba por su honor.

En Bourgthéroulde, a pesar del intento de Orderico de retratar a las tropas reales como «campesinos y soldados corrientes», la batalla fue claramente un enfrentamiento entre caballeros montados. Pero la contratación de infantería se hizo una característica cada vez más común de la práctica militar en el siglo XII. Luis VII, a medida que fue tomando los hilos de la autoridad central en Francia, comenzó a contratar los servicios de hombres armados con ballestas al tiempo que las guerras civiles del reinado de Esteban en Inglaterra se llenaron con las actuaciones de la caballería y de infantes mercenarios.

A mediados del siglo XII el uso constante de tropas adscritas a las huestes del rey, especialmente en el ejercicio del poder del gobierno central tanto en Inglaterra como en el imperio anglonormando, la proliferación de castillos y de la guerra de asedios, así como el crecimiento de la población urbana, todo apuntaba hacia un papel creciente de la infantería en la actividad bélica de la época. El uso cada vez mayor de la infantería era lo que permitía la expansión de los ejércitos más allá de los estrechos límites de la clase feudal. Era la infantería la que podía atacar a las ciudades y hacer que los asedios llegasen a su fin de forma rápida. También eran las compañías de infantería, más reducidas, las que proporcionaban las guarniciones permanentes de los castillos a cambio de un pago. Se estaba definiendo de esta forma un papel claro para los mercenarios.

No es algo que resulte claro si las compañías de infantería formadas por mercenarios, muy características de la guerra en la segunda mitad del siglo XII, surgieron como resultado de una población en expansión y un creciente desempleo, o si fueron la iniciativa real y el reclutamiento activo los factores determinantes para su aparición. Cierto es que eran observadas por los contemporáneos de dos maneras distintas: por un lado, estos mercenarios eran acusados de bandidos y criminales fuera de la ley, merodeadores en bandas indisciplinadas que arrasaban con todo lo que encontraban a su paso y que brutalizaban a la población; por otro lado, aparecían como unidades militares efectivas y coherentes, dirigidas por capitanes con un prestigio creciente y provistas a menudo de un equipamiento uniforme y con armas proporcionadas por los oficiales reales. El fenómeno tenía claramente un carácter mixto, y la misma compañía, dirigida por un Mercadier o un Cadoc, podía prestar servicios muy útiles o incluso de

gran valor si se le pagaba y dirigía adecuadamente, pudiendo convertirse en un gentío desordenado y peligroso cuando estaba sin trabajo y fuera del alcance de la justicia del rey. Los nombres dados a estas compañías –brabanzones, aragoneses, navarros y «coterelos»– revelan su tendencia a provenir de las áreas rurales más pobres y en los márgenes de las ciudades flamencas. El último nombre («coterelos», en español, y *cotteraux,* en francés) parece que puede derivarse de su baja categoría social (*cotter*, en inglés, trabajador del campo) o por el uso de una daga (*couteau*, daga o cuchillo, en francés) en vez de una espada. Ciertamente la naturaleza no feudal de su empleo y su categoría social son claras, al tiempo que el uso creciente por parte de estas compañías del arco y la ballesta aumentaron el miedo y el desprecio que levantaban.

Enrique II utilizó estas tropas ampliamente en sus territorios franceses, tanto para suprimir la rebelión de los barones como para hacer frente a las presiones de los reyes capetos. Rápidamente se hizo claro que no podía esperar un servicio efectivo por parte de sus caballeros del otro lado del canal a no ser que fuese sobre la base de un servicio voluntario, y de esta forma la exigencia de un pago para la exención del servicio militar se convirtió en algo habitual en la administración de sus finanzas mediante lo cual fue posible pagar a los mercenarios. Sin embargo, Luis VII y, en particular, Felipe Augusto, aprendieron también rápidamente el valor de las compañías de mercenarios, al mismo tiempo que los emperadores comenzaron a emplear brabanzones en sus campañas en Italia y en el este de Francia. El problema era que ni siquiera el estado anglonormando poseía los recursos suficientes para mantener estas compañías en tiempos de paz o de tregua, por lo cual existieron un sin fin de períodos de empleo a corto plazo y, con mayor frecuencia, períodos de paro, con todas sus consecuencias para la seguridad en el campo. La protesta de la Iglesia y la prohibición del empleo de las compañías de mercenarios en el tercer Concilio de Letrán de 1179 tuvieron un efecto práctico escaso dado que el servicio que proporcionaban era muy valorado. Sin embargo, los monarcas sí aprendieron que los servicios más eficaces eran aquellos que tenían lugar fuera de las fronteras, de forma que evitaban el peor efecto de la desmovilización y el rechazo creciente de sus súbditos a este tipo de tropas. Enrique II, parece ser, utilizó las compañías continentales de mercenarios una única vez a escala significativa en Inglaterra en el año 1174. Juan, por otro lado, dio lugar a grandes críticas por su falta de freno a este respecto.

Durante este período, el papel de los ciudadanos en la infantería fue especialmente destacado en Italia, aunque en un principio en forma de milicias urbanas más que como verdaderas compañías mercenarias. El ejército de la Liga Lombarda que derrotó a Barbarossa en Lugano en 1176 estaba formado en parte por las milicias de las ciudades de la Liga, moderadamente bien entrenadas, recibiendo sin duda por lo menos los gastos de manutención mientras estuvieron en campaña y, en esta ocasión, apoyadas por la caballería. Las habilidades de especialista que convertían a algunos de los elementos de estas milicias en auténticos mercenarios estaban ahora apareciendo por primera vez. El uso de la ballesta como arma principal para la defensa de las galeras llevó a que un gran número de genoveses, pisanos y venecianos adquiriese esta técnica, y a que en el caso particular de los genoveses llegasen a vender sus servicios en el extranjero. Italia también proporciona otro ejemplo de mercenarios profesionales de esta época, en concreto, los arqueros sarracenos de Federico II. La colonia de unos 35.000 ó 40.000 sarracenos establecidos alrededor de Lucera le proporcionaron, a él y a sus sucesores, una fuerza de 5.000 a 6.000 arqueros bien entrenados, luchando la mayoría a pie, algunos a caballo, hasta 1266 cuando fue aniquilada por la caballería angevina en Benevento.

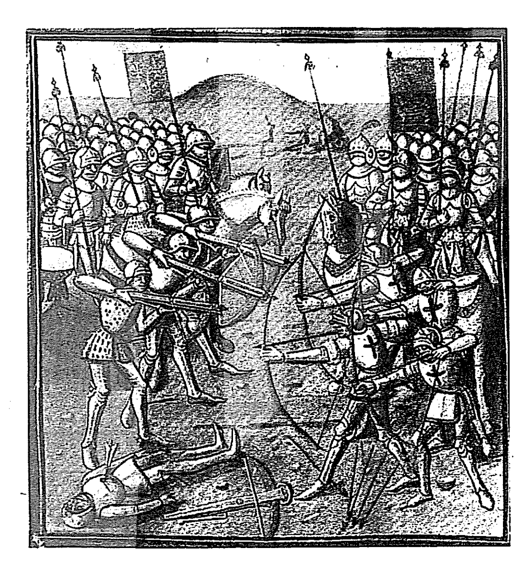
La destrucción de los sarracenos coincidió con una fuerte pérdida de importancia de los brabanzones y otros mercenarios fuera de este escenario. Estas compañías de infantería relativamente pequeñas, que rara vez superaban los mil hombres, resultaron ser vulnerables a los ataques coordinados, por lo que la tendencia en Europa occidental en la segunda mitad del siglo XIII, fue el empleo de un mayor número de caballería, cada vez más profesional, y el desarrollo general de las obligaciones del servicio militar entre la población con el objetivo de reclutar tropas de infantería. Los estudios más detallados de los ejércitos ingleses de Eduardo I han tenido una gran influencia en la definición de la tendencia hacia el empleo contractual de la caballería; las compañías de jinetes se formaban por caballeros que desarrollaban un servicio de carácter feudal, junto con un número creciente de jinetes a sueldo y de hombres de la caballería pesada de carácter profesional. Las mejoras en el siglo siguiente en cuanto a las armaduras y a las armas, junto con el mayor énfasis en el entrenamiento colectivo, aseguraron que la caballería permaneciese al frente de los ejércitos europeos. Por otro lado, la tendencia al final del siglo XIII fue también a favor de un uso masivo de la infantería. Esto no se produjo necesariamente a costa de las habilidades desarrolladas por otro tipo de tropas,

según quedó demostrado por la efectividad de los arqueros ingleses y piqueros suizos; pero, en estos dos casos, parte de su éxito estuvo basado en la utilización de un gran número de soldados que actuaban de forma disciplinada. El oficio de la guerra se estaba convirtiendo en un medio de vida para muchos soldados de a pie, tal como lo había sido durante mucho tiempo para los caballeros. Hacia el siglo XIV, la paga era un componente esencial de este tipo de vida y también hacia esa época el concepto de «mercenario» se estaba reservando ya para el aventurero y para las compañías de tropas especializadas de «extranjeros», que continuaban siendo muy apreciadas. La Guerra de los Cien Años entre los monarcas de Francia e Inglaterra vino a confirmar estas tendencias.

La larga serie de guerras que comenzaron en 1337 implicaron a una corona inglesa que todavía controlaba Gascuña y que (bajo Enrique V) recuperó durante un tiempo Normandía mientras que la corona francesa, por otro lado, poseía una autoridad que sólo era reconocida con gran resistencia en muchas de las zonas periféricas de Francia. Los gascones, como súbditos de la corona inglesa, aparecían en gran número en los ejércitos ingleses, de igual forma que bretones y flamencos, que se veían así mismo como aliados naturales de Inglaterra en contra de las pretensiones de la corona de Francia. Por el contrario, en los ejércitos franceses los normandos, los borgoñones, los soldados procedentes del Poitevin, junto con otros más, en ocasiones luchaban incómodamente unos junto a otros, aunque la larga experiencia de esta camaradería jugó sin duda un papel principal en la creación de un cierto tipo de sentimiento nacional. Los términos «inglés» y «francés» se hicieron más significativos a medida que las guerras continuaron. Pero siempre había un papel en el ejército para los aventureros, las tropas aliadas de carácter auxiliar y los auténticos mercenarios. Juan de Bohemia, el rey ciego, y sus caballeros lucharon en Crécy en el ejército francés como lo hicieron también grandes compañías de ballesteros genoveses; la mitad de los capitanes de Juan de Gaunt, duque de Lancaster, en su expedición a Francia en 1373 eran «extranjeros», en concreto gascones y flamencos aunque incluían también a tres castellanos; los caballeros piamonteses y los arqueros escoceses lucharon a favor de Carlos VII en la década de 1420. Sin embargo, el momento en el que los mercenarios se hicieron especialmente notorios coincidió con los períodos de tregua y de paz, cuando grandes porciones de los ejércitos eran liberadas del servicio y resurgió el fenómeno de las compañías libres. La década de 1360, a continuación de la paz de Brétigny, fue uno de estos momentos;

las compañías mixtas inglesas, renuentes a volver a casa, junto con los franceses desprovistos de la paga real, se convirtieron en aventureros en busca de botín y de empleo. Eran esencialmente compañías libres compuestas por profesionales a quienes dirigían sus jefes naturales; más de un centenar de estas compañías han sido identificadas y se ha sabido que se trasladaron hacia el sur de Francia en primer lugar, por ser allí más débil la autoridad política, y con posterioridad, hacia Italia y España, en busca de otras oportunidades y de posibles empleos. Carlos V de Francia de esta forma aprendió muchas lecciones sobre los peligros de una desmovilización repentina y sobre la necesidad de crear una mayor estabilidad entre sus tropas al tener que luchar en la persecución y destrucción de una serie de compañías que estaban devastando su reino. Fueron lecciones aprendidas a un alto coste como tras la paz de Arras de 1475 cuando los «*écorcheurs*» (arrasadores), en su mayoría franceses, se convirtieron en una amenaza y dieron origen a las más conocidas *ordonnances* para la organización de un ejército permanente.

La llegada de las compañías extranjeras a Italia y el desarrollo de la actividad mercenaria en esa zona es una historia muy familiar. Es una historia que se remonta a mucho antes del siglo XIV y de las treguas de la Guerra de los Cien Años. La temprana urbanización, la acumulación de la riqueza en las ciudades del norte y del centro de Italia, y la relativa debilidad de las instituciones feudales, apuntaban hacia la adopción del servicio militar asalariado en una fase temprana. Tal como se discutió con anterioridad, las ciudades proveían de grandes fuerzas de infantería al tiempo que las rivalidades crecientes entre ellas conducían a frecuentes enfrentamientos, escaramuzas y asedios. Las milicias urbanas que conducían estas campañas recibían medios para su subsistencia, pero no habría de pasar mucho tiempo antes de que el incremento de la actividad bélica local comenzase a crear oportunidades para un empleo permanente y lucrativo de tropas profesionales. La nobleza rural junto con sus seguidores, los exiliados, los campesinos desposeídos y los subempleados, contribuían a la disponibilidad de soldados que podían ser llamados por las autoridades urbanas. Cuanto más éxito tuviese una ciudad en expandirse y sobreponerse a sus vecinos, en mayor medida necesitaba de un sistema de defensa permanente más allá de sus murallas y de una serie de castillos y de guarniciones profesionales. El declive gradual del republicanismo de las comunas y su substitución por una serie de señoríos urbanos *(Signorie)* en la última parte del siglo XIII animó este proceso, al igual que lo hizo la



En la batalla de Crécy (1346) los ballesteros genoveses se enfrentaron a los ingleses armados de arcos largos. Los genoveses fueron colocados en vanguardia del ejército francés que avanzaba, lo que les colocó en una desventaja evidente. La ballesta era un arma mucho más eficaz en la guerra inmóvil de asedios que en el torbellino de la batalla.

relativa debilidad en esta época de las autoridades centrales del papa y el emperador.

Un gran número de empleadores potenciales, con riqueza abundante tanto para ser ganada como saqueada y unas condiciones agradables de trabajo en campaña, eran los atractivos del panorama militar italiano que comenzó a atraer combatientes de otras partes de Europa. Italia era también un lugar de formación para los ejércitos de las cruzadas y un objetivo para las expediciones normandas, imperiales y angevinas, muchas de las cuales dejaron un residuo de tropas irregulares listas para explotar cualquier oportunidad disponible. A finales del siglo XIII, la compañía organizada de mercenarios, operando de forma colectiva o a las órdenes de un líder elegido, se había convertido en un elemento habitual.

Una de las más grandes y más conocidas de estas compañías, cuya existencia se extendió en el período entre los siglos XIII y XIV, fue la Compañía Catalana. Esta compañía se formó durante las guerras en Sicilia entre los aragoneses y los angevinos, y estaba formada en parte por almogávares, tropas rurales aragonesas que se habían ganado la vida en la guerra fronteriza de la reconquista. Después de la paz de Caltabellota en 1302 que decidió la suerte de Sicilia, la compañía, con una fuerza de unos seis mil hombres, se puso al servicio del emperador de Bizancio en contra del avance de los turcos y, en 1311, todavía al servicio de Bizancio, derribó a Walter de Brienne, duque de Atenas, apoderándose de su principado. Desde esta base, los catalanes pudieron llevar a cabo una actividad militar rentable hasta el año 1388.

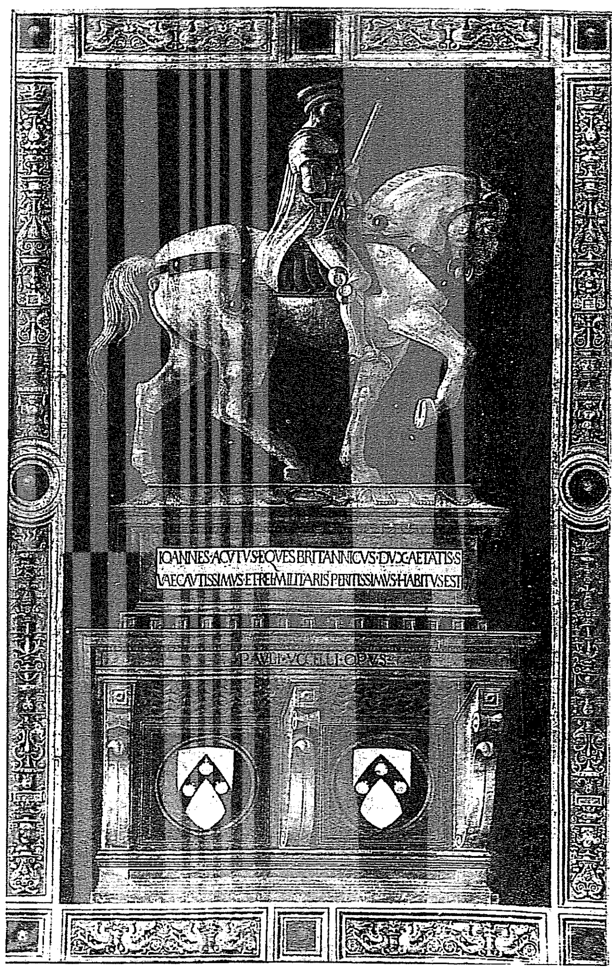
La historia de la Compañía Catalana fue excepcional, y sólo inicialmente se desarrolló en Italia. Sin embargo, el siglo XIV sí vio compañías de tamaño similar que aparecieron en la península italiana y que extendieron sus actividades durante varios años. Aunque en un principio estas empresas funcionaron a menudo sobre una cierta base colectiva, eligiendo a sus jefes, y decidiendo y negociando los contratos con sus empleadores mediante representantes elegidos, era inevitable que surgiesen líderes de éxito para tomar control de las mismas y prestarles continuidad. Los contratos para el servicio militar eran conocidos como *condotte,* los contratantes que comenzaron a aparecer en estos documentos eran los *condottieri*. El servicio que era objeto de contratación era inicialmente a muy corto plazo. Las ciudades-estado italianas buscaban una protección adicional o un aumento de su fuerza de combate durante la temporada de verano o, en la mayoría de los casos, para un período de unas pocas semanas. La presencia de las compañías más allá del momento de su necesidad inmediata no era algo fomentado ciertamente, pero tampoco era sencillo conseguir que se retirasen, de forma que los paros inevitables entre los contratos y los largos meses de invierno dieron lugar a una situación de un «merodeo» sin control, que se asocia con frecuencia a esta fase de la guerra en Italia.

Gran parte de los soldados y de la jefatura de estas compañías durante la primera parte del siglo XIV era no-italiana. Los alemanes eran especialmente prominentes con la gran compañía de Werner de Urslingen que apareció en 1342. Durante el período entre 1320 y 1360 se han identificado más de setecientos jefes alemanes de tropas de caballería con actividad en Italia, junto unos diez mil jinetes de caballería pesada. Werner de Urslingen siguió siendo la figura más destacada a lo largo de la década de

1340 cuando organizó una serie de compañías para manipular y aterrorizar a las ciudades italianas. La única solución para el problema de la existencia de grandes compañías de hombres armados, que pasaban gran parte de su tiempo devastando el país, fue la unión de los recursos de las ciudades a través de alianzas para poder presentar una resistencia eficaz. Pero la inestabilidad política en este período hizo de esto una posibilidad poco frecuente. Hacia 1347, Werner de Urslingen tenía nuevos aliados en forma de tropas húngaras que habían venido a apoyar a la reina angevina de Nápoles, Juana I, quien había contraído matrimonio con el hermano más pequeño del rey Luis de Hungría. A finales de la década de 1340 aparecieron también otros líderes. Un antiguo asociado durante mucho tiempo de Werner, Conrad de Landau, se situó en primer plano, de la misma forma que lo hizo el antiguo caballero hospitalario provenzal, Montreal d'Albarno, conocido en Italia como Fra Moriale. La unión de estos tres líderes produjo la mayor compañía de mercenarios conocida hasta la fecha en Italia que, al servicio de Juana I, derrotó a los barones napolitanos en Meleto en 1349, y consiguió un botín valorado en medio millón de florines. Esto fue el comienzo de una década dominada por la gran compañía de Fra Moriale y Conrad de Landau. Esta compañía, con una fuerza de más de 10.000 hombres, consiguió una notable continuidad en estos años, exigiendo rescate de las ciudades y obteniendo una riqueza extraordinaria. La ejecución de Fra Moriale en Roma en 1354 no perturbó su continuidad, que se prolongó hasta la muerte de Conrad en 1363. Estas tropas ultramontanas, compuestas en su mayoría de alemanes y húngaros pero también, de forma creciente, de franceses, continuaron dominando estas formaciones militares hasta la década de 1360, cuando incorporaron también fuertes continentes italianos. De esta forma, miembros de las familias Visconti y Ordelaffi se hicieron prominentes entre los líderes de estas compañías por lo general con agendas políticas muy específicas, centradas en la recuperación del control de sus ciudades de nacimiento. Sin duda, los italianos lucharon en las compañías más importantes y algunas de las compañías más pequeñas. Pero naturalmente en esta época un sienés, o un pisano, o un boloñés, era igual de enemigo de un florentino como lo era un alemán, y era posiblemente más temido y sospechoso a causa de las rivalidades locales. Las depredaciones de una compañía alemana constituían un fenómeno temporal que podía ser neutralizado; las rivalidades entre las ciudades-estado tenían como objetivo la conquista o el estrangulamiento económico.

Después de 1360 el escenario cambió a medida que las compañías libres procedentes de la guerra en Francia comenzaron a llegar a Italia. La más prominente de éstas fue la Compañía Blanca, dirigida por el caballero inglés John Hawkwood, pero formada en sus orígenes por fuerzas heterogéneas y líderes de las guerras anglofrancesas. No obstante, la Compañía Blanca siempre estuvo asociada a los métodos ingleses de guerra, en los que se prestaban apoyo mutuo los arqueros y los soldados de a pie, convirtiéndose bajo el liderato de Hawkwood en una fuerza muy disciplinada y efectiva que los estados italianos cada vez estaban más dispuestos a emplear a largo plazo.

Las últimas tres décadas del siglo XIV fueron un período de formación en la actividad bélica de los mercenarios en Italia. Los principales estados italianos estaban empezando a emerger del torbellino de la vida política del período comunal. A medida que los Visconti establecieron de forma gradual su autoridad en Milán y el oeste de Lombardía, los florentinos extendieron el control de su ciudad sobre grandes porciones de la Toscana central. Al mismo tiempo, los papas de Aviñón estaban dedicando grandes recursos para restaurar el orden en los estados papales, coincidiendo con el comienzo de un incremento de la influencia de Venecia en la situación política del este de Lombardía previo al establecimiento formal de su autoridad después de 1404. Los gobiernos de estos estados se estaban haciendo más fuertes, más organizados y mejor financiados, de forma que cada vez con mayor frecuencia comenzaron a pensar seriamente sobre la defensa permanente de sus estados cada vez mejores. En todo caso, dada la disponibilidad de compañías profesionales de mercenarios de tamaño considerable y la existencia de líderes con experiencia como Hawkwood, junto con una generación de capitanes italianos que surgieron alrededor de la década de 1370, y dado que existía también una inevitable negativa de los gobiernos de los estados más grandes a confiar su defensa en la lealtad no probada de sus nuevos súbditos, la aparición de un sistema militar basado en una serie de contratos ampliados y perfeccionados con mercenarios experimentados se convirtió en un desarrollo de carácter obvio. El proceso fue gradual; las compañías extranjeras se encontraron con una resistencia cada vez mayor; las guerras en Francia continuaron, de nuevo creando atractivos de signo contrario y obligaciones, y la paga asegurada comenzó a aparecer más atractiva que el botín fruto de la casualidad. Al mismo tiempo, los líderes italianos comenzaron a surgir de manera acusada; hombres como Alberigo da Bar-



El gran fresco ecuestre de Sir John Hawkwood pintado por Paolo Uccelo sobre la pared norte de la nave de la catedral de Florencia hacia 1436 fue un tributo a los largos años de servicio de este capitán inglés como capitán general del ejército de Florencia a finales del siglo XIV.

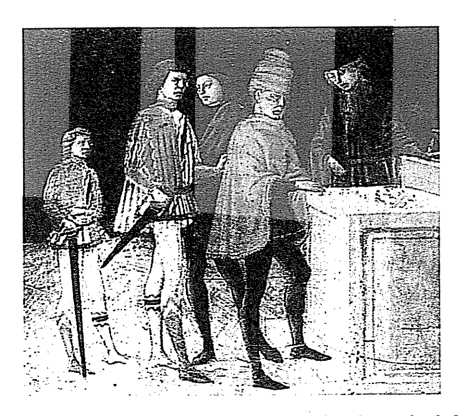
biano, Jacopo dal Verme y Facino Cane advirtieron la ventaja de crear vínculos casi permanentes con Giangaleazzo Visconti, justo al mismo tiempo que Hawkwood comenzó a asociarse cada vez más con Florencia.

En realidad, hubo un rápido declive de las compañías extranjeras en las últimas décadas del siglo XIV. La famosa victoria de Alberigo da Barbiano sobre las compañías bretonas en Marino, el año 1379, se convirtió en una especie de símbolo de la recuperación de la capacidad militar italiana y del fin de un período humillante y dañino de dominio por parte de mercenarios extranjeros. Sin embargo, la compañía de San Jorge dirigida por Alberigo era un tanto distinta en su función e intenciones con respecto a aquellas que la habían precedido o aquellas que había derrotado; los italianos desempeñaron un papel considerable en la guerra durante las décadas precedentes y Hawkwood permaneció durante quince años más como el soldado más temido y respetado de Italia. Sus últimos años los pasó en gran parte al servicio de Florencia con tierras, un castillo y un gran salario vitalicio proporcionado para estimular su fidelidad como capitán general. Murió en 1394 cuando se preparaba para regresar a Inglaterra, dejando tras de sí un escenario militar que se encontraba en un período avanzado de transición.

El estado más poderoso de Italia al final del siglo era sin duda el ducado de Milán donde Giangaleazzo Visconti había conseguido contar con el apoyo de un notable grupo de capitanes, entre los que se encontraba Jacopo dal Verme, un noble de Verona que fue su capitán general durante treinta años. El expansionismo milanés indujo inevitablemente a sus principales vecinos, Florencia y Venecia, a tomar medidas similares para protegerse, y aunque la muerte de Giangaleazzo en 1402 llevó a una ruptura temporal del estado milanés, la amenaza de la expansión milanesa regresó en la década de 1420. La rivalidad entre los tres estados continuó hasta la paz de Lodi en 1454 y constituyó el contexto para la estabilización de la tradición de los mercenarios en el norte y en el centro de Italia. El papel de Venecia fue particularmente importante. Venecia, acostumbrada a mantener una presencia militar permanente en su imperio en el Mediterráneo oriental, con guarniciones y escuadrones de galeras, se vio envuelta de forma bastante dramática en la ocupación y defensa de un imperio en tierra firme en el período entre 1404 y 1427. La velocidad con la cual Vicenza, Verona y Padua fueron absorbidas, seguidas por Friuli, y más tarde por Brescia y Bérgamo, llevó a la percepción del problema de cómo mantener una fuerza militar que fuese más

coherente que la de sus vecinos. La búsqueda con determinación de buenos capitanes, la extensión gradual de la duración de la *condotte* para permitir primero un servicio anual y más tarde un servicio durante dos o tres años, la creación de acantonamientos permanentes y tierras feudales para los capitanes que aceptaban estos contratos y la creación de un sistema de administración militar que vigilaba y servía a las compañías, junto con el convencimiento de que una paga regular era la clave para un servicio fiel por parte de los mercenarios, fueron todos los mecanismos mediante los cuales Venecia tuvo éxito para poner en marcha esta tarea mejor que cualquier otro de los estados italianos. Eran mecanismos esenciales para conseguir ejércitos permanentes, aplicados a una situación italiana en que la mayoría de las tropas eran todavía mercenarias en el sentido ordinario del término. Los capitanes más destacados de Venecia en los primeros años del siglo provenían todos de fuera del nuevo estado en expansión, y las compañías que traían con ellos tenían escasos súbditos venecianos entre sus miembros. Lo mismo continuó siendo cierto con respecto a Milán y Florencia, aunque los Visconti se encontraban más inclinados a utilizar a la nobleza local para las capitanías de menor importancia. Los principales capitanes en la primera mitad del siglo XV, Jacopo dal Verme, Francesco Carmagnola, Musio y Francesco Sforza, Braccio da Montone, Niccolò Piccinino y Gattamelata, rara vez sirvieron bajo una bandera que pudiese ser considerada como suya. Pero su servicio era frecuentemente prolongado, sus compañías había conseguido una estabilidad y estaban bien organizadas, y sus movimientos se observaban tanto con admiración y complacencia como con sospecha. Sólo uno de ellos, Francesco Sforza, se proclamó a sí mismo dirigente; uno sólo también, Carmagnola, fue ejecutado por sospechas de traición.

Esta madurez relativa de las instituciones mercenarias era mucho menos aparente en el sur de Italia donde la inestabilidad política creada por la rivalidad de los angevinos y los aragoneses por el control de Nápoles, junto con la crisis prolongada causada por el cisma de Occidente, desanimaron tal tipo de evolución. Muchos de los capitanes mencionados más arriba procedían originalmente de los Estados Pontificios y habían aprendido su oficio de soldados en las guerras locales que con carácter endémico tenían lugar en esa zona y en los intentos espasmódicos por parte de los papas para ejercer el control. Muchos sirvieron en uno u otro de los bandos enfrentados en Nápoles. En estas circunstancias los *condottieri* se comportaron inevitablemente de un modo más volátil y egoísta, abunda-



El *lance* italiano a mediados del siglo XV consistía en tres hombres: el caballero en armas, su sargento y su paje. Esta ilustración del día de la paga en Siena muestra un grupo recibiendo su retribución de un oficial de la comuna.

ron las deserciones y la traición, siendo el botín algo más corriente que el pago regular. Es interesante señalar que, a pesar de la continuidad de estas condiciones inestables a lo largo de la década de 1430 y al comienzo de la siguiente, muchos de los principales capitanes habían para entonces abandonado las perspectivas inciertas que se presentaban en el sur para buscar su fortuna en el mundo más controlado y disciplinado del norte y el centro de Italia.

La subida de Alfonso V de Aragón al trono de Nápoles en 1442 y el reconocimiento creciente de Eugenio IV como papa, al tiempo que disminuía la influencia del Concilio de Basilea, llevó a una reducción de estas diferencias entre el norte y el sur de Italia. De hecho, tanto los estados papales como el reino de Nápoles tenían ahora mayores posibilidades de reclutar fuerzas militares dentro de sus propias fronteras que los estados del norte. Sin embargo, las tensiones que existían entre los dos principales estados llevó a los reyes de Nápoles a intentar atraer *condottieri* procedentes de las familias nobles de Roma para que pudiesen debilitar al papa y perturbar la situación en Roma. Al mismo tiempo, los papas de la segunda mitad del siglo hicieron todo lo posible para evitar que las familias señoriales de Umbría y de Romaña, inclinadas a la actividad bélica, prestasen servicio en el Norte.

Las guerras en Lombardía durante las décadas de 1430 y siguientes fueron por varios motivos un punto culminante de los conflictos del final de la Italia medieval. Unos ejércitos compuestos de más de 20.000 hombres en cada bando se enfrentaron en la llanura lombarda; se trataba de ejércitos que se habían hecho muy estables en términos de composición y organización, y en los que un capitán de mayor categoría podía afectar de forma significativa el equilibrio de fuerzas si cambiaba de bando. Francesco Sforza utilizó su importante compañía de esta manera en su camino para la obtención del control político de Milán durante el vacío creado por la muerte de Filippo Maria Visconti sin heredero varón (1447). Su primo Michele Attendolo Sforza, por otro lado, careciendo quizá de la misma ambición política y capacidad militar, pero controlando, sin embargo, una compañía de igual tamaño (cuyos detalles de organización han sobrevivido hasta nosotros) coordinó sus movimientos con menor eficacia. Durante su carrera como *condottieri* principal que se extendió durante cerca de veinticinco años, Michele (o Micheletto, tal como era conocido popularmente), se movió durante períodos prolongados desde el servicio papal al de Florencia y viceversa, para servir finalmente a Venecia como capitán general durante siete años en la década de 1440. Procedía de la Romaña, igual que su primo más conocido, y una parte significativa de sus tropas eran de esta misma zona, hombres reclutados por sus agentes locales y despachados hacia cualquier parte de donde la compañía estuviese situada en cada momento. Esta compañía, compuesta por lo general de seiscientas lanzas y cuatrocientos infantes, tenía también como miembros a soldados de toda Italia y por lo menos veinte capitanes de escuadra (*capisquadra*) muchos de los cuales procedían de familias aristocráticas y en camino de realizar una carrera como *condottieri*. Como recompensa por sus servicios a Venecia, Micheletto recibió la importante ciudad de Cartelfranco, en el Trevigiano, a modo de feudo y base de actuación. Sin embargo, su carrera se quebró cuando fue despedido y su compañía disuelta después de la derrota en la batalla de Caravaggio, frente a su primo Francesco, en 1448.

Después de su cese muchas de las lanzas de Micheletto entraron al servicio directo de Venecia como *lanze spezzate* (destacamentos individuales que podían combinarse para formar una compañía). Al hacer esto, Venecia estaba siguiendo la tendencia marcada hacia mediados del siglo XV por los estados italianos con una mayor organización, aprovechando la oportunidad, con motivo de la muerte o jubilación de un *condottieri,* de retener sus

tropas en compañías mixtas comandadas por capitanes elegidos por el gobierno. Ver esto como un intento deliberado de reducir el elemento mercenario en los ejércitos italianos es algo que posiblemente puede inducir a error; la consideración principal era la retención de las tropas destacadas que habían pasado algún tiempo a las órdenes de su anterior mando y al servicio de un estado en particular. Fue una práctica habitual de los venecianos el dar el mando de una compañía de *lanze spezzate* a un *condottieri* que hubiese tenido su propia compañía con anterioridad y que hubiese prestado un servicio fiel y eficaz.

Tras la sucesión de Francesco Sforza como nuevo duque de Milán en 1450, el ejército milanés comenzó a surgir como el prototipo de ejército italiano de la última parte del siglo XV donde ciertas instituciones propias del ejército mercenario sobrevivieron pero cuya impresión general era la de un gran ejército permanente que podía ser mucho mayor en caso de necesidad. Las listas del ejército en la década de 1470 revelan una organización que retribuía a tropas de 20.000 individuos en tiempos de paz y que podían doblar este número en caso de guerra. En el núcleo de la fuerza permanente estaban las compañías de *lanze spezzate* dirigidas por cuatro capitanes elegidos que formaban parte del entorno del duque, junto con una fuerza equivalente denominada *famiglia ducale* que servía de escolta personal del propio duque. Existían también *condottieri* veteranos que trabajaban con contratos a largo plazo que les obligaban a mantener sus compañías con la mitad de los efectivos en tiempo de paz, y también actuaban los feudatarios principales que incluían a los hijos y hermanos del duque, y que eran los llamados *condottieri «ad discretionem»* sin obligación específica de ser retribuidos en época de paz pero de los que se esperaba que sirvieran en tiempos de guerra. Finalmente, se incluían en los planes de movilización a 18.000 infantes, muchos de los cuales se encontraban en servicio permanente como tropas de guarnición. El grueso de la fuerza por tanto estaba basado firmemente en el reclutamineto de hombres de dentro de las fronteras del estado, aunque alguno de los *condottieri* más importantes, como el marqués de Mantua, tenían sus bases independientes donde mantenían a sus compañías. La movilización no significaba una búsqueda apresurada de nuevas compañías que había que contratar sino un incremento más o menos dosificado en el tamaño de las compañías existentes, todo ello supervisado por los funcionarios del gobierno.

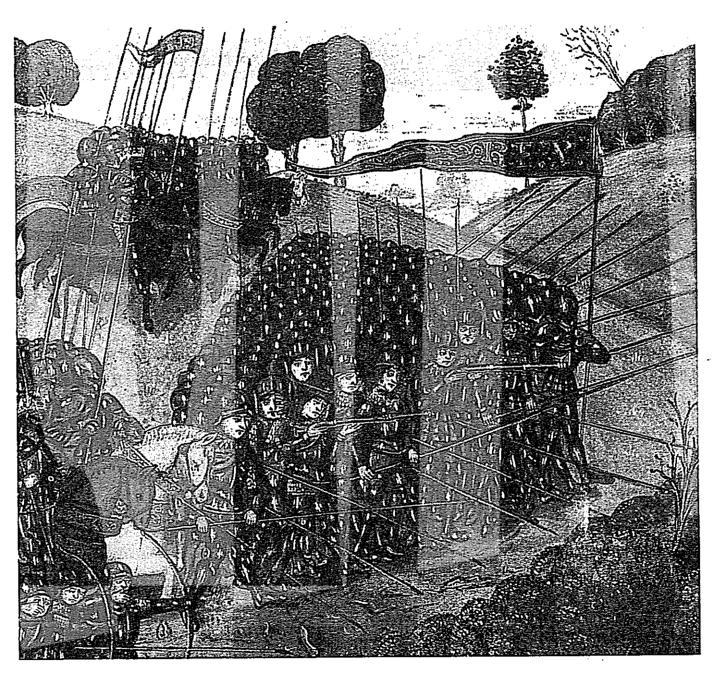
De forma inevitable, tras la paz de Lodi y el final del período de guerra continua en Lombardía en la que se habían visto envueltos los ejér-



La batalla de San Romano (1432) fue una muy ensalzada victoria menor de los florentinos sobre los sieneses. Paolo Uccelo pintó tres escenas de la batalla para el palacio de los Medici en la década de 1450; aquí ilustra la fase final, cuando Michele Attendolo dirige su contingente del ejército florentino al ataque contra la retaguardia de Siena.

citos napolitano y papal a principios de la década de 1490, la segunda mitad del siglo fue testigo de unos pocos estallidos de lucha, lo que puede ser calificado en términos militares como un momento de decadencia. Sin embargo, las percepciones históricas más recientes del escenario italiano en la segunda parte del siglo XV han hecho hincapié en las tensiones políticas y diplomáticas que existían entre los estados y en la necesidad de una situación de preparación militar permanente, junto con la efectividad de los ejércitos que fueron puestos en acción en ocasiones frecuentes durante este período. Debe ser recordado que alguno de los nombres más distinguidos en los anales de los *condottieri* pertenece al período posterior a Lodi: Bartolomeo Colleoni, capitán general en Venecia durante veinte años y protector de las fronteras del estado veneciano en el oeste a partir de su base en Malpaga; Federigo da Montefeltro, el soldado de mayor fama y lealtad de su época, duque de Urbino, comandante del ejército papal, buscado en toda ocasión de peligro; Roberto da Sanseverino, vinculado a los Sforza pero con un espíritu reflexivo y con una progenie formada por soldados ambiciosos cuya inquietud añadió a las tensiones del período. A éstos, se añadió la generación de líderes en alza que habrían de jugar un papel destacado en las guerras en Italia después de 1494, pudiéndose citar a Gian Giacomo Trivulzio, Francesco Gonzaga y Niccolò Orsini, conde de Pitigliano. Todos ellos eran *condottieri*, y continuaron recibiendo contratos para ser empleados por estados que no eran sus estados de origen, pero que, sin embargo, era cada vez más difícil describir su papel en estos ejércitos como el de simples mercenarios.

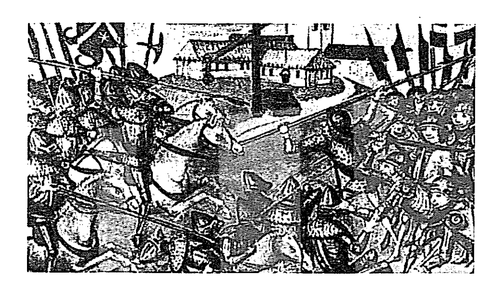
Si el elemento mercenario en las guerras en Italia se hace difícil de definir en la última parte del siglo XV, el problema es menor si uno observa de nuevo fuera de Italia. Los *condottieri* italianos con sus compañías lucharon en el extranjero, de forma destacada en el ejército borgoñón de Carlos el Temerario en la década de 1470. Carlos fue un admirador de las habilidades y la organización de las compañías italianas, por lo que intentó esforzadamente persuadir a Bartolomeo Colleoni a que entrase a su servicio. Los arqueros ingleses también encontraron empleo en los ejércitos de Carlos pero estos mercenarios extranjeros formaron una parte relativamente pequeña del ejército borgoñón reorganizado del que estaba tan orgulloso el duque, y que era ya una mezcolanza de distintos grupos lingüísticos y étnicos dentro de las fronteras del complejo estado de Borgoña.



La introducción a gran escala de las armas de fuego unipersonales en el siglo XV contribuyó enormemente a destacar la actuación de la infantería. Las nuevas habilidades se encontraban entre los hombres reclutados en las ciudades flamencas y alemanas. Las compañías de tropas, junto con los soldados armados con picas, solían marchar y pelear en falanges.

Muchos de los hombres con armas de fuego individuales y los arcabuceros de la última parte del siglo XV provenían de ciudades flamencas y alemanas, extendiéndose a través de Europa para aparecer en los ejércitos de la Guerra de las Rosas y en la Reconquista cristiana en España. La caballería ligera balcánica dio una nueva dimensión a la actividad bélica de la caballería en Europa, en especial por lo que se refiere a los estradiotes albaneses que luchaban en las fuerzas venecianas y que se extendieron a otros ejércitos italianos.

Sin embargo, los mercenarios por excelencia de la segunda parte del siglo XV fueron los piqueros suizos y sus imitadores posteriores los *Landsk-*



La infantería suiza de alabarderos, los mercenarios más destacados a finales del siglo XV. Su disciplina y destreza les permitía resistir los ataques de la caballería, y sus victorias sobre Carlos el Calvo de Borgoña, en la década de 1470, les otorgó una reputación que les abrió las puertas para servir en muchas partes de Europa, en especial en los ejércitos franceses.

nechte del sur de Alemania. La tradición de los campesinos y pastores de las tierras altas suizas que luchaban en grandes contingentes armados con picas y alabardas se remontaba a un largo tiempo atrás, pero fue en la primera parte del siglo XIV cuando comenzaron a ofrecer sus servicios como mercenarios inicialmente a las ciudades situadas en la llanura como Zurich. Las victorias sobre la caballería pesada austríaca, como la que tuvo lugar en Sempach en 1386, acrecentaron la reputación de los suizos como luchadores valientes y decididos, que alcanzaban altos niveles de preparación física y capacidad de maniobra en grupo con disciplina gracias a su entrenamiento. A comienzos del siglo XV, comenzaron a llegar peticiones a la Dieta de la Confederación Suiza con el objetivo de contratar grandes contingentes de estas tropas. Sin embargo, fue la derrota por parte de los suizos del nuevo y elogiado ejército de Carlos el Temerario en las sucesivas batallas de Grantson, Morat y Nancy en los años 1476-7, lo que convenció a los príncipes europeos de que sus ejércitos no estaban completos sin un gran contingente de infantería armada con picas (ver más adelante capítulo XIII). Luis XI abandonó los experimentos con la milicia de arqueros libres, comenzados por Carlos VII, y contrató en su lugar a suizos. Maximiliano, rey de romanos, contrató *Landsknechte,* es decir, a grupos de hombres jóvenes que pasaron de las actividades de bandidaje en las tierras del sur de Alemania al servicio militar como mercenarios imitando el método de los suizos en la guerra contra Francia en 1486. Los estados italia-

nos intentaron contratar también a los suizos o dar a sus propias tropas una preparación del mismo estilo a modo de un sustituto de menor calidad. Durante los próximos cincuenta años, uno de los debates principales entre los hombres dedicados a temas militares fue el de cómo derrotar a los suizos.

A finales del siglo XV se encontraban en circulación dos ideas sobre el empleo de mercenarios por completo contradictorias. Por un lado, los humanistas italianos deploraban la utilización de soldados de alquiler para defender estados que deberían haber desarrollado su propio potencial militar. Miraban hacia atrás a la legión romana, formada por ciudadanos que luchaban por su propio país, haciéndolo con nostalgia y con una apreciable falta de comprensión. Nicolás Maquiavelo, que heredó esta tradición, denunció a los *condottieri* como «desunidos, sedientos de poder, indisciplinados y desleales; son valientes entre sus amigos y cobardes delante del enemigo; no tienen temor de Dios y tampoco son leales con sus compañeros de armas; evitan la derrota sólo en cuanto evitan la batalla; en época de paz ellos te despojan y en tiempos de guerra eres despojado por el enemigo». Las exageraciones de esta postura son obvias; hubo victorias de mercenarios en ocasiones decisivas, pero también se produjeron con estos combatientes pérdidas significativas en las guerras de Italia; los *condottieri* de la última parte del siglo XV eran muy distintos de los del siglo XIV a los que parecía estar describiendo Maquiavelo; sus experiencias eran las propias de Florencia, siempre el más atrasado de todos los estados italianos en cuestiones relativas al desarrollo de instituciones militares organizadas. Ante todo, fue un retórico que a principios del siglo XVI trataba de convencer de que el núcleo de todo ejército debía estar formado por una buena infantería y que, de forma ideal, esta infantería debería estar formada por ciudadanos que defendiesen su tierra y su hogar. Esto naturalmente nos lleva al otro lado de la contradicción, dado que las tropas más eficaces en este momento eran las formadas por la infantería suiza que por lo general luchaban como fuerzas mercenarias. Maquiavelo reconoció y aplaudió su calidad, pero cerró los ojos ante su condición; Florencia no estaba preparada para pagar a los suizos y, de esta forma, tuvo que crear una solución menos eficaz por medio de una milicia rural. Otros estados y dirigentes, y sobre todo el rey de Francia, estaban, sin embargo, más predispuestos a pagar, y su entusiasmo en contratar a la infantería suiza se reflejó en acuerdos con las autoridades de la Confederación Helvética para obtener la posibilidad de reclutar estas tropas a gran escala.



En este dibujo de comienzos del siglo XVI, atribuido posiblemente de manera equivocada a Durero, la infantería armada con picas, quizá *Landsknechte* alemanes, forma un cuadrado para el combate. Hacia esta época, este tipo de infantería formaba el grueso de los ejércitos europeos.

Sacar la conclusión de que alrededor del año 1500 el secreto para el éxito en la guerra descansaba en la capacidad de contratar costosos mercenarios suizos sería, por supuesto, algo erróneo. Los mercenarios, en el sentido en que los hemos definido para las últimas partes de la Edad Media, formaban sólo una pequeña parte, quizá un cuarto o un tercio de la mayoría de los ejércitos europeos. La caballería cada vez más profesionalizada, mantenida por las cortes reales y principescas o en las *compagnies d'ordonnances* como en Francia y en Borgoña y, hacia 1490, en España, continuó siendo el núcleo principal en el que se apoyaban los ejércitos. De forma cada vez mayor las costosas agrupaciones de artillería que nadie, salvo los príncipes, se podían permitir el lujo de mantener, se estaban convirtiendo al mismo tiempo en esenciales para la actividad de la guerra. No obstante, los mercenarios que podían proporcionar habilidades especiales, y que por una serie de razones parecía que sólo estaban disponibles en determinadas partes de Europa, eran todavía muy apreciados. Mientras, la necesidad de una infantería «nacional», aunque percibida, permaneció como un ideal distante en términos prácticos, por lo que los mercenarios continuaron siendo un factor importante en el escenario militar y en los cálculos de los estados en busca de poder.

Capítulo XI

La guerra naval después de la era vikinga

Felipe Fernández-Armesto

El problema en su contexto

«Una de las mayores victorias en aquella parte del mundo», según la estimación de un cronista del siglo XVI, tuvo lugar frente a las costas malabares el 18 de marzo de 1506. Un escuadrón portugués de nueve navíos, que triunfó sobre la flota del Zamorín de Calicut, compuesta al parecer por 250 velas, ayudó a establecer el esquema que ya se podía discernir en los encuentros de los europeos con enemigos distantes. La superioridad naval europea permitía a las expediciones trabajar con éxito, lejos de sus bases, en contra de adversarios mejor dotados en cualquier otro tipo de recurso.

Esto no era sólo cierto sobre el mar. El momento crítico de la conquista de Méjico fue la captura de la ciudad, rodeada de un lago, a 2.625 metros sobre el nivel del mar, con la ayuda de unos bergantines construidos y botados a la orilla del lago. Un poco más tarde, incluso de una forma más evidente, la conquista de Siberia –el mayor y más duradero de los imperios adquirido por las armas europeas en el siglo XVI– fue la de una enorme extensión de tierra con un acceso reducido al mar pero que fue en realidad en gran parte una conquista a través de ríos, las verdaderas carreteras de comunicación de la región. La superioridad rusa en la guerra en estos cursos de agua fue tan decisiva en Siberia como lo fue la superioridad naval portuguesa en el océano Índico, o la de los españoles en la guerra a través de lagos en Méjico.

Sabemos poco de los antecedentes medievales a partir de los cuales surgieron estas tradiciones de guerra naval que triunfaron a escala mun-

dial, o sobre la cultura marítima en Europa que dio origen a este proceso. Los cronistas medievales fueron siempre personas poco aficionadas al mar, cuyas descripciones de combates navales fueron siempre convencionales y con una información equivocada. Los artistas que describieron escenas de batalla estaban rara vez interesados en dar una imagen realista. Los archivos oficiales dan poco más que algunas pistas sobre la estructura y el equipamiento de los barcos. Los tratados sobre táctica, buenos para ofrecer una imagen adecuada a los historiadores de la guerra por tierra, son prácticamente inexistentes en lo que respecta a los temas marítimos. La arqueología naval ha comenzado sólo recientemente a suministrar información adicional. En los últimos años además la historia naval no ha estado de moda, excepto como una pequeña parte de la historia marítima –en parte como reacción contra la obsesión de generaciones anteriores, las cuales tomaron «la influencia del poder naval sobre la historia» como un artículo de fe–. El material de este capítulo debe ser, por tanto, mucho más especulativo que gran parte del resto de este libro.

El marco natural

Durante la edad de la navegación a vela, el resultado de la lucha sobre el mar dependía de la naturaleza. El tiempo, las corrientes, los arrecifes, los bajíos, los vientos y las intemperies estacionales eran los enemigos adicionales con los que las partes tenían que pugnar en cualquier enfrentamiento. Europa tiene dos tipos de medio marítimo muy diferenciados, lo que dio origen a dos tipos de actuación y de planteamiento táctico y, en menor medida, estratégico, durante la Edad Media.

El Mediterráneo, junto con el Mar Negro, es una acumulación de agua que carece de mareas y, en condiciones normales, es relativamente tranquilo con vientos y corrientes bastante predecibles. Dado que se encuentra situado entre latitudes relativamente cercanas, posee un clima bastante regular, excepto en las bahías más al norte del Mar Negro que se congelan en invierno. La Europa del Atlántico y del Báltico, a diferencia de lo anterior, se ve golpeada por un océano que es más poderoso, caprichoso y variable, y que se extiende a lo largo de una banda climática bastante amplia. Las condiciones climáticas tienen implicaciones estratégicas de las que no es posible escapar. Hasta cierto punto, éstas corresponden a las reglas universales de la guerra naval realizada mediante navíos a vela.

En el ataque, la «posición del navío en relación con las condiciones atmosféricas» es normalmente decisiva: en otras palabras, resulta ventajoso de manera decisiva realizar el ataque con viento a favor. Los puertos costeros resultan mucho más fáciles de defender si se encuentran abiertos a la dirección del viento. Dado que los vientos del poniente prevalecen sobre la mayor parte de las costas de Europa, y a través de todo el Mediterráneo, este hecho proporciona a algunas comunidades una ventaja histórica natural. La mayoría de los grandes puertos de la Europa del Atlántico están en costas a sotavento, pero Inglaterra tiene una costa única por su longitud y por estar situada a barlovento y bien provista de puertos naturales; sólo Suecia, Escocia y Dinamarca comparten esta ventaja pero en menor medida. En los conflictos mediterráneos, gracias a los vientos, las potencias más al oeste tienden a poseer una ventaja. La corriente prevalente además de empujar hacia el este a través del estrecho de Gibraltar, fluye en dirección contraria a las agujas del reloj a lo largo del margen sur del mar. En consecuencia, en el gran conflicto ideológico de la Edad Media –entre el Islam, que ocupaba la mayor parte de las orillas del sur y este, y la Cristiandad al norte y oeste– el equilibrio se inclinaba a favor de los cristianos. En la guerra sobre el mar, la velocidad de acceso a determinadas bases de apoyo resulta algo vital; el viaje de retorno es poco importante para una expedición cuyo objetivo es capturar o socorrer un punto en tierra.

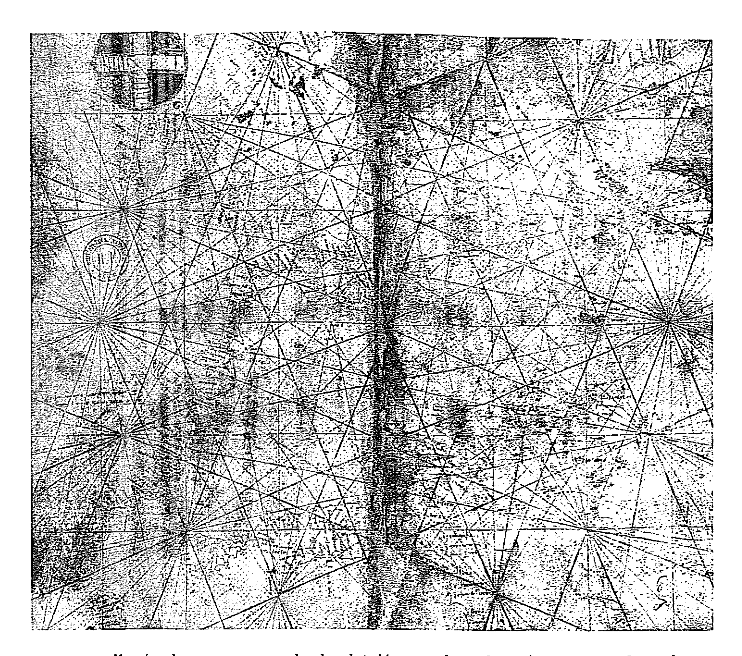
El proceso tecnológico

Los historiadores navales gustan de subrayar el coste de la guerra en el mar y la magnitud del esfuerzo logístico que exige, pero en el período objeto de estudio se trataba de un asunto relativamente económico, comparándolo con el gasto en la caballería, las construcciones de asedio y la construcción de fortalezas. Durante la mayor parte de este período se construyeron pocos barcos de combate a costa del erario público, pero las oportunidades de recuperar estos costes mediante la captura de botín y otras recompensas eran considerables. Sólo de forma gradual comenzó el gasto naval a sobrepasar el coste de la guerra en tierra, a medida que los barcos de guerra se hicieron más especializados y las fuerzas terrestres redujeron su grado de especialización. Los efectos completos de este cambio no se sintieron hasta que nuestro período se había cerrado. Sin embargo, el menor

coste de la guerra naval estaba en función de su escala. Las grandes campañas ocasionales en que se formaban grandes cantidades de fuerzas marítimas a partir de la economía existente y se exponían al sacrificio en peligrosas batallas, podían representar un esfuerzo terrible aunque de corta duración.

Aparte de las armas, la técnica de navegación era el aspecto más importante de la tecnología para las flotas de combate, que llevaban con frecuencia fuera de las aguas más familiares a los que se encontraban a bordo. La localización de puertos era esencial para el mantenimiento de las flotas en el mar; la navegación precisa era primordial para conseguir llevar estas flotas al lugar pretendido. La mayor parte de las ayudas técnicas de este período parecen irremediablemente poco adecuadas para éstas tareas y no es sorprendente que los navegantes experimentados, en regiones que conocían de primera mano, se mantuviesen cercanos a la costa y navegasen únicamente entre puntos señalados. Los consejos de un tratado de alrededor del año 1190 representan una fase temprana de la recepción en Europa de la herramienta más rudimentaria para la navegación: cuando la luna y las estrellas están envueltas en la oscuridad, Guyot de Provins explica que todo lo que necesitan hacer los marinos es colocar, dentro de una paja que flota en un recipiente de agua, un alfiler frotado «con una piedra marrón oscura que atrae el hierro». La brújula se hizo utilizable en el siglo XIII al colocarla en equilibrio sobre una punta, de forma que pudiese girar libremente frente a una escala fija, dividida por lo general en treinta y dos puntos de brújula. Otras herramientas para la navegación fueron introducidas gradual e imperfectamente durante el transcurso de la Edad Media, pero su recepción acostumbró a ser lenta y su impacto se vio disminuido por el conservadurismo natural de un oficio de carácter tradicional.

Los astrolabios de los marineros, por ejemplo, que permitían a los navegantes calcular su latitud por la altura del sol sobre la estrella polar en el horizonte, estaban ya disponibles al comienzo del período estudiado. Pocos barcos, sin embargo, llevaban astrolabios al final de este período. Las tablas para determinar la latitud de acuerdo con las horas solares eran más fáciles de utilizar pero exigían una medida del tiempo más exacta que la que podían conseguir la mayoría de los marineros con los únicos medios a su disposición: los relojes de arena que los grumetes daban vueltas y vueltas. La llamada «brújula solar» –una gnomon o aguja pequeña utilizada para proyectar una sombra sobre un tablero de madera– pudo haber sido útil para determinar la latitud propia relativa al punto de partida; pero carecemos de pruebas de que los navegantes la llevasen en esta época.



La guerra llevó a los navegantes desde el Atlántico al Mediterráneo a las esferas de influencia de otros pueblos, donde tenían que enfrentarse a los peligros de costas y estrechos desconocidos (y, en las aguas del Norte, a las mareas). Esto creó una demanda de instrucciones de navegación que sobreviven en su forma original para el Mediterráneo desde comienzo del siglo XIII. Pronto empezaron a realizarse en forma de mapas, cruzados por líneas de brújula, que fueron probablemente menos útiles en la navegación práctica que las instrucciones por escrito en las que se podía incluir una información detallada sobre cómo pilotar.

En vista a la escasez de ayudas técnicas útiles es difícil resistir la impresión de que los navegantes se apoyaban en la pura acumulación de conocimientos prácticos para guiarse por aguas desconocidas. Desde el siglo XIII en adelante los compiladores de manuales de navegación destilaron una serie de experiencias recibidas de otros en unas instrucciones que podían ayudar al navegante de una forma válida aunque careciese de un conocimiento local anterior. Los «portolanos» comenzaron a presentar una

información similar en forma gráfica alrededor del mismo período. La referencia más clara y más temprana es la relativa al mapa que acompañó a San Luis en su cruzada a Túnez en 1270.

Al comienzo de nuestro período existían diferencias técnicas importantes entre la construcción naval en la Europa del Mediterráneo y del Atlántico. En ambas áreas la construcción de buques era un arte misterioso, santificado con las imágenes sacras con que los barcos eran asociados en la imaginación pictórica de la época: el Arca de la Salvación, la barca golpeada por la tormenta y el barco de los locos. Gran parte de nuestro conocimiento sobre los astilleros medievales viene de imágenes representando a Noé. Por debajo de esta continuidad conceptual había diferencias en la técnica que se derivaban a su vez de diferencias en el medio ambiente. La construcción naval en el Atlántico y en el Norte estaba dedicada a barcos capaces de resistir mares más bravos. La resistencia del buque era su principal preocupación. De forma característica construían sus cascos por medio de tablones, colocando éstos solapados unos sobre otros a lo largo de toda la longitud del buque y sujetos mediante clavos. La tradición mediterránea prefería trabajar primero construyendo una estructura o marco: los tablones eran clavados a este marco y colocados de borde a borde. Este último método era más económico, exigía una menor cantidad de madera y muchos menos clavos; una vez que se había construido el marco, la mayor parte del resto del trabajo podía ser confiado a un trabajador menos especializado. Como consecuencia parcial de lo anterior, la construcción sobre la base de colocar primero una estructura se fue extendiendo de forma gradual por toda Europa hasta que al final de nuestro período era el método habitual. Para los barcos de guerra, sin embargo, los astilleros de la parte del Atlántico continuaron en general dispuestos a invertir para conseguir el efecto de una mayor fuerza derivada de la colocación de unas planchas sobre otras; no obstante, a partir de comienzos del siglo XV estos barcos se construyen siempre unidos a un marco que forma el esqueleto.

Los barcos de guerra –en el sentido de barcos diseñados para la batalla– eran relativamente escasos. La guerra exigía en mayor medida transportes de tropas y navíos de suministro más que bases de batalla flotantes y, en cualquier caso, los barcos mercantes podían ser adaptados para la lucha siempre que surgiese la necesidad. En tiempos de conflicto por tanto se procedía a la requisa de todo tipo de medios de transporte marítimo: la disponibilidad era más importante que la adecuación de los barcos. Las ma-

rinas de guerra eran creadas mediante una autoridad capaz de requisar los barcos en las comunidades marítimas, lo que unido a los impuestos servía para la adquisición de los barcos necesarios. También existía la posibilidad de que estos barcos fuesen comprados o alquilados, junto con la tripulación y los demás elementos necesarios, en el mercado internacional.

Los estados marítimos tenían normalmente a su disposición algunos barcos incluso en época de paz, teniendo en cuenta que era necesario vigilar las costas y obligar en lo que respecta al cobro de derechos de aduana. También existían buques de guerra en manos privadas, al servicio de individuos que los utilizaban para la piratería, pudiendo ser requisados por el estado en tiempos de guerra. A partir de 1104, el estado de Venecia mantuvo su famoso arsenal –más de treinta hectáreas de astilleros en el siglo XVI. A partir de 1284 los dirigentes del estado catalano-aragonés tenían su propio astillero especializado en galeras de guerra en Barcelona, donde ocho naves construidas por Pere III en 1378 pueden todavía hoy admirarse. A partir de 1294 hasta 1418 la corona de Francia tenía sus *Clos des Galées* en Rouen, que empleaban, en su mayor esplendor, sesenta y cuatro carpinteros de ribera y veintitrés calafateadores, junto con fabricantes de remos, cortadores de madera, fabricantes de velas, obreros de la aguja, cordeleros, almacenistas y otros obreros. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, desde 1419 a 1467, cuyas guerras y proyectos de cruzada crearon una demanda excepcional de medios de transporte marítimo, fundó un astillero propio en Brujas con técnicos portugueses. Inglaterra no tenía un astillero real, pero Enrique V mantenía barcos propios al mismo tiempo que los tomaba prestados de otros: un navío antes dedicado a la piratería, el *Craccher*, fue prestado por John Hawley de Dartmouth. Estos préstamos no eran actos de generosidad: Enrique V era uno de los pocos monarcas de la Edad Media europea que era serio con respecto a la necesidad de limitar la piratería ejercida por sus propios súbditos.

A comienzo del período aquí estudiado, los barcos de guerra, ya fuera en el Atlántico o en el Mediterráneo, eran barcos de remos. El aparejo era ligero y sólo los remos podían proporcionar la maniobrabilidad exigida en la batalla, o mantener al navío a salvo en lugares con frecuencia cercanos a la costa, donde por lo general tenían lugar las batallas.

De forma gradual, sin embargo, los remos fueron sustituidos por las velas especialmente en la costa atlántica. Con mástiles adicionales y velas de distinto tamaños y formas, los barcos podían ser controlados casi tan bien como con los remos, mientras que la construcción a partir de un



Hasta que los desarrollos en los aparejos necesarios para las maniobras de los barcos de la última época medieval no mejoraron su maniobrabilidad con la vela, los barcos con remos eran esenciales para la guerra en condiciones de tiempo normal. Los «dromons» bizantinos se movían por medio de remos situados en la cubierta inferior, según se muestra en esta ilustración de finales del siglo XI, con la cubierta superior despejada para la acción, además de la caña del timón en la popa.

marco o estructura permitía colocar el timón en postes en la popa que se elevaban a partir de la quilla: anteriormente los barcos eran maniobrados por medio de la caña del timón que colgaba a estribor hacia la popa. Estas mejoras en la maniobrabilidad, que fueron introducidas gradualmente a partir del siglo XII en adelante, liberaron a los barcos del peso económico y logístico de grandes tripulaciones de remeros. La energía de remos dominó la guerra en el Báltico hasta 1210, cuando la Orden para las cruzadas de los Hermanos de la Espada se pasó al tipo de barco conocido como «coca» movido por velas, lo cual ayudó a extender su control a lo largo de la costa de Livonia. El rey Juan de Inglaterra tenía cuarenta y cinco galeras en 1204 y construyó veinte más entre 1209 y 1212. El pedido de Eduardo I de una flota de batalla en 1294 fue por veinte galeras de 120 remos cada una. Cien años más tarde, sin embargo, la flota de Inglaterra estaba formada sólo por barcos pequeños de remos, pero la vanguardia de combate se movía con velas. La construcción de navíos en Francia cambió con mayor rapidez. Los franceses en la batalla de Sluys en 1340 tenían 170 barcos a vela así como galeras reales: muchas de las cuales estaban ciertamente pensadas para el combate.

En una medida menor, los barcos sin remos jugaron un papel cada vez más importante también en la guerra en el Mediterráneo. El cronista florentino, Giovanni Villani, con una exageración característica, fechó el co-

mienzo de esta innovación en 1304 cuando unos piratas de Gascuña invadieron el Mediterráneo con barcos tan impresionantes que «a partir de entonces los genoveses, venecianos y catalanes comenzaron a utilizar cocas... Esto fue un gran cambio para nuestra flota». En el siglo XV, el estado veneciano encargó grandes buques de guerra a vela específicamente para operaciones contra las galeras corsarias.

Una vez que quedaron libres de la necesidad de utilizar remos, los barcos pudieron ser construidos con mayor altura, con ventaja inmediata en la batalla para los que arrojaban proyectiles al enemigo o lo intimidaban. Las tácticas favorecidas a través de este período hacían de la altura una ventaja decisiva. El levantar un artilugio lleno de arqueros hasta la cofa era un viejo truco bizantino que adoptaron los maestres de galeras de Venecia. Las frágiles superestructuras que vinieron a ser conocidas como «castillos» ocupaban las proas de los barcos; los aparejos sufrían al añadir altura incluso incurriendo en el peligro de hacer los barcos inestables. La demostración más clara de las ventajas de la altura es el resultado del combate entre los veleros y las galeras: una serie de encuentros muy numerosos demostró que era prácticamente imposible para los navíos movidos por remos capturar barcos altos, incluso con una enorme ventaja en número –como la de los barcos turcos, en un número que se supone llegaba a los 150 y que rodearon sin resultado, como un enjambre, a cuatro barcos de vela cristianos que había en el Bósforo durante el asedio a Constantinopla de 1453, o la veintena de barcos genoveses que sin éxito persiguieron al gran buque mercante veneciano, el *Rocafortis*, a través del Egeo en 1264.

En el Mediterráneo las galeras solían ir más deprisa. Las galeras catalanas de finales del siglo XIII, en la época de la conquista de Sicilia, tenían entre 100 y 150 remos; a mediados del siglo XIV no era usual que se añadiesen más remeros hasta alcanzar 170 ó 200, mientras que las dimensiones de los barcos no habían crecido significativamente. Las galeras ligeras perseguían y fijaban al enemigo mientras que otros navíos con armamento más pesado se acercaban a continuación para decidir la acción. Los remeros tenían que estar protegidos con fuerte armadura, con coraza, collar, casco y escudo. A pesar de su posición en la imaginación popular «los esclavos de galeras» o prisioneros condenados al remo no fueron nunca numerosos y se confió pocas veces en ellos para la guerra. Los remeros eran profesionales que servían también como combatientes; una vez que la batalla había comenzado se podía sacrificar la velocidad a favor de la fuerza en la batalla y hasta un tercio de los remeros podían convertirse en combatientes.



En un manuscrito siciliano de comienzos del siglo XIII, una galera surca un mar lleno de monstruos. Aunque no había velas desplegadas, el buque no está a punto de entrar en combate a pesar de que un remo está fijado a la proa. La mayor parte de la tripulación que se muestra son remeros profesionales, de los cuales había dos grupos, señalados por las dos líneas de remos; en caso de encuentro, hasta un tercio de ellos se convertirían en combatientes. La presencia de guerreros es evidente por las alabardas y lanzas levantadas. El navío es dirigido mediante dos timones para incrementar su maniobrabilidad.

EL ESQUEMA TÁCTICO

El hundimiento deliberado de un buque enemigo hubiese parecido un desperdicio inaceptable. La utilización de buzos para agujerear los barcos enemigos por debajo de la línea de flotación era una técnica conocida y recomendada por los teóricos, pero parece que se practicó pocas veces: el objeto de la batalla era capturar los navíos enemigos. En Sluys se dice que se capturaron hasta 190 barcos franceses; ninguno fue hundido –aunque se perdieron tantas vidas que el cronista Froissart calculó que el rey iba a ahorrarse 200.000 florines en sueldos. Los navíos podían naturalmente

perderse debido a los fuegos incontrolados, o por causa irremediable de las perforaciones excesivas causadas en los abordajes, o hundidos a propósito después de su captura si no estaban en condiciones de navegar o si los vencedores no podían tripularlos.

Los barcos luchaban a corta distancia mediante el lanzamiento de proyectiles de corto alcance, continuando con una embestida o asalto al abordaje. Los primeros objetivos del encuentro eran conseguir cegar al enemigo con cal viva, golpearle con piedras, y quemarle con el «fuego griego» –una fórmula de tecnología medieval actualmente perdida, consistente en un producto cuyo fuego no podía ser extinguido con agua. Un manual de táctica naval, derivado de los antiguos tratados compilados por Felipe IV en Francia, recomendaba comenzar el encuentro mediante el lanzamiento de recipientes de barro llenos de brea, azufre, resina y aceite sobre las cubiertas del enemigo para contribuir a prender fuego a sus barcos. Lo anterior unido al lanzamiento de cal viva, transportada por el viento, fue lo que redujo a la tripulación del barco que llevaba la impedimenta de sitio del príncipe Luis de Francia hacia Inglaterra en febrero de 1217. La protección contra la cal viva y las piedras se conseguía principalmente mediante redes de cuerda sobre los defensores; los lanzallamas podían neutralizarse, según se decía, mediante fieltros empapados en vinagre u orina extendidos sobre las cubiertas. En un movimiento defensivo, o con objeto de forzar a los barcos enemigos a que saliesen de un puerto, se podían utilizar barcos incendiados, según se hizo –con gran efecto– por las galeras castellanas en La Rochelle en junio de 1372, cuando se remolcaron barcos en llamas en medio de la flota inglesa.

Según se iban acercando los barcos, los ballesteros eran también un arma decisiva. De acuerdo con el chauvinista cronista catalán del siglo XIV, Ramón Muntaner, «los catalanes aprenden sobre esto con la leche de sus madres mientras que otras gentes del mundo no lo conocen. Por tanto los catalanes son los reyes entre los ballesteros del mundo... Igual que una piedra arrojada por una máquina de guerra, nunca falla». La eficiencia catalana en cuanto a su actuación con los arcos estaba apoyada en tácticas especiales. Cuando la flota de Pere II se enfrentó a la de Carlos de Anjou frente a Malta en septiembre de 1283, los catalanes recibieron la orden mediante un mensaje «pasado de barco a barco» de resistir los proyectiles del enemigo con sus escudos y no responder salvo con los arcos. El resultado, de acuerdo con la tradición recogida en las crónicas, fue que 4.500 franceses fueron hechos prisioneros.



El «fuego griego» era encendido mediante una sustancia que se mantenía en combustión en el agua y cuya fórmula se ha perdido. Junto con misiles de corto alcance y lanzamientos de cal viva que servían para cegar al enemigo y bombas incendiarias, se utilizaba con anterioridad al abordaje para distraer a la tripulación enemiga y dejar inmovilizado más que destruir el barco contrario. Normalmente, se utilizaba un sifón portátil con un tubo de bronce en la proa para proyectarlo.

En el caso de combate a corta distancia, el resumen de Felipe IV recomendaba una serie de actuaciones: romper las velas del enemigo con flechas provistas especialmente de puntas largas, rociar sus cubiertas con jabón resbaloso, cortar sus cuerdas con cimitarras, embestir con una viga pesada reforzada con puntas de hierro y balanceada desde la altura del palo mayor, y «si es más débil que tú, sujetarlo mediante garfios». La embestida o la sujeción mediante garfios era el preludio de una pelea llevada a cabo aún más cerca en que los misiles iban seguidos del abordaje.

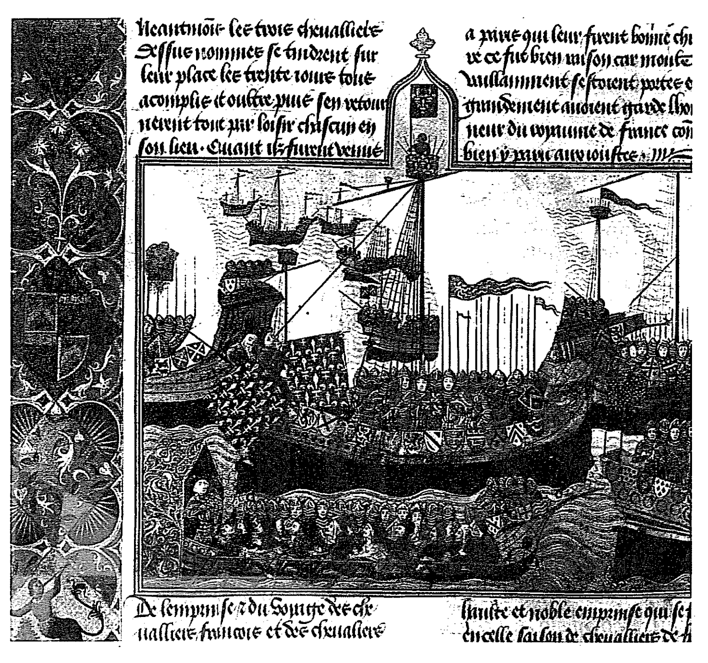
Por lo que conocemos gracias a los pocos inventarios que han llegado a nosotros, las armas llevadas a bordo de los barcos reflejaban más o menos esta variedad de tácticas. Según el inventario de 1416, el mayor barco de Enrique V tenía siete cañones de retrocarga, veinte arcos, más de cien arpones, sesenta dardos para romper las velas, poleas para levantar las armas entre las cubiertas de combate y anclas con una longitud de 12 brazas. No se debe suponer que este inventario sea completo dado que la mayor parte del equipo no se almacenaba a bordo, pero es probable que

sea una selección representativa. Durante este período entró en uso la artillería a base de pólvora pero sólo como un suplemento de las armas existentes dentro del marco de las tácticas tradicionales. El número de armas de fuego aumentó de forma considerable en el siglo XV, aunque no está claro si aumentaron su efectividad o si influyeron en las tácticas. De forma muy mayoritaria, se trataba de armas de corto alcance, de pequeño calibre, montadas sobre pivotes y de retrocarga; se trataba, pues, de armas antipersona y no de armas para destrozar barcos.

LOS IMPERATIVOS CONCEPTUALES

Existe algo homérico sobre el esquema de guerra que estas tácticas representan: los barcos entraban en duelo uno con otro en combates singulares; sus tripulaciones se enzarzaban en una pelea hombre a hombre que podía estar determinada por el valor individual. La forma en que las guerras eran libradas dependía de cómo eran concebidas en la mente del adversario por lo menos en igual medida que en el caso de la guerra terrestre –mas incluso según fue avanzando el tiempo– la guerra naval de nuestro período fue conformada por una gran ética aristocrática propia del período culminante y más tardío de la Edad Media: el «culto» de lo caballeresco que los hechos de los guerreros intentaban expresar. No hay necesidad de detenerse en los objetivos perennes de la guerra, la búsqueda de poder o la codicia, ni en los varios pretextos religiosos o morales para el derramamiento de sangre que siempre han estado presentes. Lo que era peculiar para la guerra de la cristiandad latina era que estaba animada por la creencia en el efecto ennoblecedor de las grandes «hazañas» de la aventura. Según el ideal caballeresco fue influyendo en la navegación por mar, el servicio naval se hizo atractivo por más razones que la esperanza de un premio en dinero. El mar se convirtió en un campo de batalla adecuado para los reyes.

Un tratado caballeresco de mediados del siglo XV nos señala que la aristocracia francesa evitaba el mar como un medio innoble –pero el escritor estaba respondiendo a un debate que había sido ya ganado por los partidarios del mar. Casi desde la aparición del género, el mar era visto por la literatura caballeresca como un ambiente adecuado para las hazañas de su misión. En el siglo XIII, uno de los grandes portavoces de la ética caballeresca en la península Ibérica fue Jaime I, rey de Aragón y conde de



La representación caballeresca de la guerra naval aparece de forma destacada en esta ilustración de la partida del duque de Bourbón en una cruzada hacia Berbería en 1390: los barcos están cubiertos de alegres emblemas nobiliarios como cualquier corcel de guerra, con penachos, gallardetes, oriflamas y caballeros con casco.

Barcelona. Cuando describió su conquista de Mallorca de 1229, reveló que veía la guerra marítima como un medio por excelencia para la aventura caballeresca. Existía «más honor» en la conquista de un único reino «en medio del mar, donde Dios se ha complacido en colocarlo» que tres sobre la tierra seca.

Se estableció rápidamente una metáfora que habría de convertirse en un lugar común para el resto de la Edad Media: el barco, en palabras del rey Alfonso X de Castilla, era «el caballo de los que luchan sobre el mar». San Luis planeaba crear la Orden del Barco para los participantes en su cruzada de Túnez. La Orden del Dragón, establecida por el conde de Foix

a comienzos del siglo XV honraba a sus miembros que combatían en el mar con la insignia esmeralda. En la época de Colón, el poeta portugués Gil Vicente comparaba al barco al mismo tiempo con un corcel de guerra y con una mujer bella sin caer en incongruencia, porque los tres eran imágenes casi igualmente poderosas de la tradición caballeresca. Cualquiera que contemple las imágenes de la última época medieval representando barcos en combate, cubiertos con penachos tan alegremente como cualquier caballo de guerra, puede comprender cómo en la imaginación de la época el mar podía ser un campo de batalla caballeresco donde las olas podían ser surcadas como si se tratase de cabalgar sobre un corcel.

Ningún texto ilustra mejor la influencia de esta tradición sobre la conducción de la guerra que la crónica de las hazañas del conde Pero Niño escrita por su portaestandarte en el segundo cuarto del siglo XV. *El victorial,* un tratado de caballería al tiempo que un relato de una serie de campañas, celebra a un caballero nunca vencido en torneo, guerra o amor, cuyas mayores batallas fueron libradas en el mar; y se señala que «ganar una batalla es el mayor bien y la mayor gloria de una vida». Cuando el autor extiende su discurso a la inestabilidad de la vida, sus interlocutores son Fortuna y Viento, cuya «madre» es el mar «donde está mi oficio principal». Esto ayuda a explicar la ventaja importante del medio marítimo para el narrador de historias caballerescas: es sobre el mar, con sus rápidos ciclos de tormenta y de calma, donde la rueda de la fortuna se mueve con mayor ligereza.

En cierta forma, la guerra en el mar era una extensión de la guerra en tierra; las batallas deliberadas eran escasas y tenían lugar normalmente en el contexto hacia el que normalmente se inclinaba la estrategia naval: el transporte de ejércitos y el bloqueo de puertos. Inevitablemente, sin embargo, las campañas de este tipo sugerían estrategias marítimas estrictas. Resultó concebible la lucha por el control o incluso el monopolio de las rutas sobre el mar y la extensión de lo que podían ser denominadas actitudes territoriales hacia el espacio marítimo: apoderamiento de derechos de jurisdicción como resultado de disputas que surgían a partir de la explotación del comercio en busca de peajes. En una perspectiva de gran estrategia, algunos de los objetivos de la guerra naval que se declaran en las fuentes medievales parecen sorprendentemente ambiciosos. Los monarcas ingleses se llamaban a sí mismos «roys des mers» y aspiraban a la «soberanía del mar». Un poema político influyente de

1437, el Libelo de la Política Inglesa *(Libelle of Englische Polycye)*, anticipaba en parte el lenguaje de las épocas de Drake y de Nelson, subrayando los imperativos de la defensa marítima para un reino insular. Un lenguaje similar se utilizó también a veces en el Mediterráneo, como la sentencia de Muntaner, «es importante que el que quiera conquistar Cerdeña sea el dueño del mar».

La guerra en la última parte del medioevo en el Mediterráneo estaba por tanto cada vez más influenciada por consideraciones estrictamente marítimas: en vez de ser utilizada como un complemento a las guerras sobre tierra, principalmente para transportar ejércitos y ayudar en los asedios, los barcos eran desplegados para controlar el acceso comercial a los puertos y a las rutas marítimas. El ideal de la estrategia naval estaba representado por la pretensión del cronista, Bernat Desclot, quien a comienzos del siglo XIV señaló que «ningún pez podría nadar sin el permiso del rey de Aragón». En la práctica nunca se estableció un monopolio de ese tipo en parte alguna pero potencias importantes como Inglaterra, Venecia, Génova, la Liga Hanseática y la Casa de Barcelona alcanzaron preponderancia en distintas épocas sobre determinadas rutas y costas. Esta manera de concebir una gran estrategia fue llevada a cabo por los invasores modernos procedentes del oeste de Europa a través de los océanos del mundo, para consternación y, quizá, confusión de los poderes indígenas.

La sirena de la piratería

Incluso en su forma más común, la gran estrategia del «señorío» marítimo nunca desplazó a las guerras menores llevadas a cabo por barcos que se atacaban entre sí. Las operaciones de piratería podían ser bastante amplias –incluso más que las campañas oficiales, especialmente en los «puntos negros» de la piratería situados en canales y estrechamientos, como el estrecho de Otranto, el Skaggerak, o los estrechos de Dover, donde durante siglos los hombres de los Cinque Ports aterrorizaron a los navegantes extranjeros, y el canal de Sicilia, por donde los barcos se veían obligados a pasar si querían evitar el torbellino del estrecho de Mesina «entre Escila y Caribdis».

A ciertos niveles, la piratería es difícil de diferenciar de otros tipos de guerra. Sabari de Mauléon luchó en la cruzada contra los albigenses y contra los sarracenos antes de establecerse como un depredador marítimo:

Felipe Augusto le ofreció un gran señorío por sus servicios. Eustaquio el Monje, un noble de Artois escapado de la vida monástica en San Wulmer, fue sumamente valioso como apoyo de la invasión de Inglaterra por parte del príncipe Luis en 1216, al aterrorizar el canal de La Mancha desde su base en Sark. Se hizo lo suficientemente rico para poder proveer a su hijo de una armadura preciosa y suficientemente famoso para ser ensalzado por el cronista Guillermo el Bretón, como un «muy distinguido caballero en la tierra y en el mar». Guillermo Coulon, quien hizo naufragar una flota frente a Lisboa en 1476 con Colón a bordo, fue denostado como un asesino por parte de sus víctimas venecianas y de otros lugares pero en Francia fue honrado como almirante y caballero de la Orden de San Miguel. Los estados autorizaban de forma rutinaria los actos de piratería contra la navegación enemiga en tiempo de guerra.

Definida de forma estricta, sin embargo, la piratería es únicamente una forma limitada de guerra. Depende del comercio del que se alimenta y, por tanto, busca interrumpirlo o explotarlo, no acabar con él por completo. El control del comercio era parte de la actividad de los estados debido a que proporcionaba la posibilidad de recaudar impuestos; pero, como en otros períodos, la opinión en la Edad Media estaba dividida en cuanto a la cuestión de si la guerra era un medio con un coste efectivo para



Las limitaciones estacionales sobre la navegación contribuyen a explicar el carácter prolongado y crónico de las guerras bálticas: el progreso de los cruzados del norte fue detenido, año tras año, según se iba perdiendo en tierra durante el invierno aquello que se había ganado en las expediciones en el verano. En un grabado en madera procedente de la más importante historia del Norte –un trabajo de devoción a cargo del exilado católico del siglo XVI, Olaus Magnus– «jóvenes piratas» defienden la bahía finesa de Hangö.

incrementar el comercio. La asociación de puertos comerciales conocida como la Hansa, que desempeñó un papel principal en el comercio del norte a partir de finales del siglo XII, era capaz de organizar flotas de guerra cuando resultaba necesario: habitualmente, sin embargo, los encargados de su política general, ellos mismos comerciantes con vocación dirigida hacia la paz, confiaban en la guerra económica –embargos, tarifas preferenciales y subsidios. La violencia era una acción adecuada para el jugador: si funcionaba, podía ser practicada y producir un beneficio.

LOS TEATROS DE GUERRA

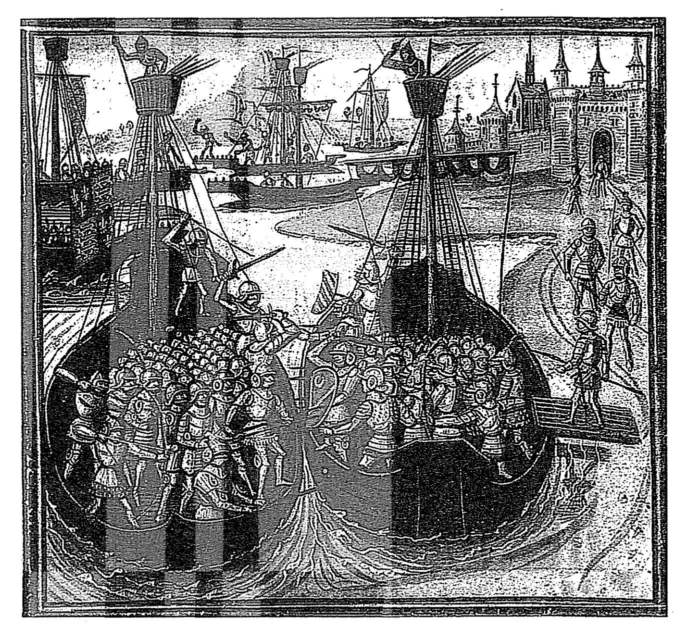
El Atlántico

Se puede decir que el período estudiado comenzó con un vacío de poder marítimo, vacante por unas hegemonías que habían desaparecido –las de los navegantes del Norte en la zona atlántica y de los poderes musulmanes y el imperio Bizantino en el Mediterráneo. Los nuevos poderes surgieron sólo lentamente. En el caso de Francia, la crónica tradicional presenta lo que debió ser un proceso gradual como una experiencia súbita, análoga a una conversión religiosa. En una mañana de 1213, el rey Felipe Augusto se despertó con la visión de una posible conquista de Inglaterra. «Ordenó a los puertos del país que reuniesen a todos sus barcos, junto con sus tripulaciones, y que construyesen otros nuevos en gran abundancia». Anteriormente, la autoridad de los reyes franceses había estado casi totalmente restringida a sus dominios terrestres. Ahora –especialmente durante el reinado de Felipe Augusto– Francia parecía lanzarse hacia el mar en todas las direcciones, transformándose con relativa rapidez en una potencia mediterránea y atlántica. Normandía fue conquistada hacia 1214; La Rochelle, en 1224. La Cruzada Albigense proporcionó un pretexto y un marco de referencia para la incorporación del sur, con sus puertos mediterráneos, dentro de lo que se nos antoja era Francia hacia 1229.

El principal rival marítimo de Francia para el resto de la Edad Media era ya un poder naval. Los dominios de la corona inglesa se extendían a ambos lados del Mar de Irlanda y del canal de La Mancha. Mantenía una flota permanente por lo menos desde comienzos del reinado del rey Juan –e incluso quizá desde el de su predecesor, Ricardo I, quien había mostrado ciertas aptitudes como comandante naval en el Mediterráneo en la

Tercera Cruzada y en la guerra fluvial a lo largo del Sena. Después del fracaso de los esfuerzos de Luis de Francia, lastrados por la derrota de Eustaquio el Monje frente a Sandwich en 1217, no se materializó ninguna invasión francesa de Inglaterra, aunque una amenaza en 1264 lanzó al país a una situación de pánico. El poder marítimo fue utilizado para transportar expediciones inglesas a través del canal de la Mancha o para intercambiar ataques y actos de piratería hasta 1337, cuando la reclamación del trono de Francia por parte de Eduardo III elevó el valor de las apuestas e hizo vital para ambas coronas el control del canal en lo que prometía ser una guerra prolongada sobre suelo francés.

Al principio parecía poco probable que la disputa pudiese ser resuelta de forma decisiva sobre el mar. Las fuerzas navales francesas parecían ser lo suficientemente fuertes, en términos de número, para poder impedir las comunicaciones inglesas a través del canal; en realidad, los franceses golpearon por primera vez en la primavera de 1338, cuando alguno de sus barcos atacaron Portsmouth y la isla de Wight. Aunque Eduardo fue capaz de desembarcar un ejército en Flandes poco después, resultó evidentemente muy difícil para él mantenerlo abastecido o reforzarlo sin una ayuda importante de sus aliados continentales. Cuando volvió a cruzar el Canal en junio de 1340, después de haber vuelto brevemente a Inglaterra, se enfrentó a una flota francesa de gran tamaño anclada frente a Sluys. De acuerdo con un relato, el resultado de la batalla de Sluys fue consecuencia de la negativa de los franceses a escapar cuando la marea y el viento estaba en su contra. «Honi soit qui s'en ira d'içi» replicó el tesorero de la flota cuando uno.de los técnicos genoveses que le estaba aconsejando propuso actuar con prudencia. Los ingleses adoptaron las tácticas habituales de fuerzas inferiores en número: aprovecharon su posición en relación con las condiciones de la mar para permanecer separados del enemigo, pero dentro del alcance de los arcos propios, hasta que consiguieron diezmar en fuerzas contrarias. Como tantas numerosas victorias de los ingleses sobre tierra durante la Guerra de los Cien Años, Sluys fue un triunfo de los arcos de largo alcance. Los ingleses consiguieron el dominio del Canal, con lo que obtuvieron la libertad para transportar sus ejércitos sin oposición. Las nuevas monedas de Eduardo III le representaban sobre su trono a bordo de un barco. Las victorias de Crécy y Poitiers fueron, en un sentido estricto, parte de las consecuencias. La ventaja inglesa fue confirmada en 1347, cuando la captura de Calais dio a la navegación inglesa una posición privilegiada en la parte más estrecha del canal —una ventaja mantenida hasta mediados del siglo XVI.



La batalla de Sluys en 1340 es mostrada por el ilustrador como un encuentro cuerpo a cuerpo en la tradición caballeresca, con barcos de amplias cubiertas que toman el papel de caballos de batalla. En realidad, como tantas otras muchas victorias en tierra de los ingleses durante la Guerra de los Cien Años, éste fue un triunfo de los arcos de largo alcance.

La respuesta más prometedora por parte de los franceses fue la introducción de los barcos castellanos en el canal a partir de 1350: eran expertos en la actividad de guerrilla en el mar, pero sus intentos de arrebatar el control de los estrechos nunca resultaron tener un éxito completo. Gracias a la ventaja permanente que confería la situación de la costa inglesa, gracias al viento y el clima en el canal y en el mar del Norte, los franceses nunca tuvieron éxito en hacer retroceder el dominio naval inglés por mucho tiempo. En contadas ocasiones sus expediciones de ataque culminaban en éxtio, efectuadas por sus propios barcos o por los de sus aliados de Castilla, como por ejemplo en Wichelsea (1360) Portsmouth (1369), Gravesend (1380) y una serie de puertos desde Rye a Portsmouth (1377). Mediante un rodeo a

través del mar del Norte, los franceses pudieron mandar sus flotas hacia Escocia para apoyar los movimientos militares de los escoceses, pero los vientos prevalentes hacían que los ataques directos a la costa este de Inglaterra resultasen tener pocas posibilidades de éxito. Si quedaba alguna duda sobre de qué lado estaba la ventaja en los mares del Norte, esta duda quedó despejada por los sucesos de 1416, cuando los ingleses fueron capaces de socorrer el puerto sitiado de Harfleur y asegurarse el control del acceso al Sena gracias a la derrota de una flota genovesa de galeras. El astillero francés de Rouen fue desmantelado. El poder militar de Inglaterra decayó en el siglo XV y su vulnerabilidad a una invasión quedó demostrada por el desembarco del futuro Enrique VII en 1485; pero su supremacía naval en las aguas más cercanas no volvería a ser desafiada por un estado extranjero hasta la expedición de la Armada Española en 1588.

El Mediterráneo

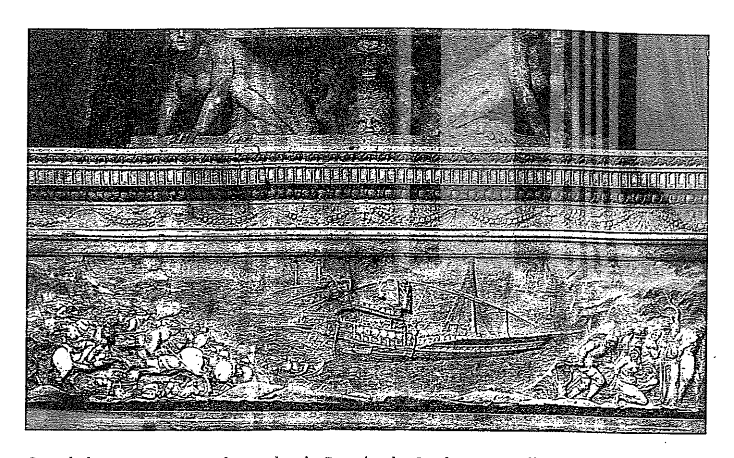
La trayectoria de la guerra naval en el Mediterráneo tenía algunas similitudes con la del mar del Norte: un vacío de poder al comienzo del período, en el que aparecieron nuevos contendientes para disputarse el dominio del mar. Hacia el año 1100, la guerra naval contra el Islam había sido ya ganada por los cristianos. Los poderes occidentales eran dueños de Córcega, Cerdeña, Sicilia, el sur de Italia y las costas de Palestina y Siria. La dificultad de dominar el Mediterráneo desde su extremo Este había afectado también al poder marítimo de Bizancio sumida ya en el proceso de quedar reducido a ser un poder menor como potencia marítima en comparación con alguno de sus rivales más al oeste.

La flota egipcia de los fatimidas, en otro tiempo una fuerza formidable, casi no es mencionada en los documentos posteriores a la primera década del siglo XII. Continuó existiendo, y le fue posible lanzar al mar setenta galeras a mediados del siglo XII, pero quedó confinada a un papel en gran parte defensivo. Hacia 1110, los cruzados controlaban casi todos los puertos de Levante; por ello, a partir de ese momento, las operaciones de las galeras egipcias contra la navegación cristiana quedaron limitadas a sus propias costas: no poseían prácticamente puertos aliados hacia el norte para poder obtener agua dulce. El poder naval turco, que resultaría invencible al final de nuestro período, habría de superar cualquier pronóstico. En la década de 1090 una serie de colaboradores sirios proporciona-

ron a los jefes guerreros seljucidas, que actuaban por su cuenta, barcos con los que se apoderaron durante un período corto de Lesbos y Quíos e incluso amenazarían Constantinopla; pero los cruzados forzaron la retirada de los seljucidas; las costas no fueron recuperadas por el Islam hasta cien años más tarde. Los estados cruzados dependían de unas comunicaciones por mar a lo largo de rutas largas y aparentemente vulnerables, que llevaban hasta el centro y el oeste del Mediterráneo. Sin embargo, casi nunca se vieron amenazadas por ataques por mar. Saladino creó una marina de sesenta galeras casi a partir de la nada en la década de 1170, pero la utilizó de forma conservadora y con un éxito desigual hasta que fue capturada casi por entero por una flota de la Tercera Cruzada en Acre en 1191.

La reconquista cristiana del Mediterráneo había sido efectuada, en parte, gracias a la colaboración entre potencias cristianas. Los barcos de Venecia, Pisa, Génova y de Bizancio habían actuado juntos para establecer y aprovisionar a los estados cruzados del Levante en sus primeros años. Sin embargo, los aliados que actúan con éxito a menudo acaban por separarse. La relativa seguridad frente a sus enemigos de fe dejó a los vencedores libres para luchar entre ellos. El siglo XII fue una era de competición abierta en el Mediterráneo para controlar el comercio, una competición violenta entre potencias en situación de equilibrio inestable. En el siglo XII, Sicilia era quizá la potencia más fuerte. Mantenía la única marina permanente al oeste del meridiano 22, pero la extinción de su dinastía normanda en 1194 marcó el fin de su potencial en cuanto a imperio marítimo. Pisa fue un poder naval importante durante los siglos XII y XIII: su guerra contra Amalfi en 1135-7 destruyó con efectividad todas las perspectivas de que ese puerto emergiese como una metrópoli imperial; y la ayuda de sus barcos, junto a los de Génova, fueron decisivos en la destrucción del reino normando de Sicilia; pero Pisa realizó una elección poco brillante de sus aliados en las guerras del siglo XIII y, después de una serie de derrotas que la dejaron aislada, sufrió a manos de los genoveses en la batalla de Meloria en 1284 un golpe del que su marina nunca se recuperó. Se tomaron tantos prisioneros que, según se dijo, «para ver a los pisanos, debes ir a Génova».

Tres rivales aparecen en el transcurso de estas guerras: las repúblicas genovesa y veneciana y la Casa de Barcelona. En épocas diferentes y en áreas coincidentes del Mediterráneo, éstas tres potencias establecieron «imperios marítimos»: zonas de preponderancia o control en rutas y cos-



Guardada por amazonas, la tumba de Ramón de Cardona en Bellpuig conmemora uno de los exponentes con mayor éxito de la guerra anfibia a comienzos del siglo XVI e ilustra el uso de galeras como transporte de tropas. Los navíos de bajo calado se acercan mucho a la costa y la fuerza de intervención es desembarcada mediante otros barcos. El uso por parte de Cardona de las expediciones transportadas por mar contribuyó de forma decisiva a las campañas españolas para la conquista de Italia. Sobre su tumba, sin embargo, se representa convenientemente un episodio de una campaña en África del Norte contra los enemigos musulmanes, al tiempo que los prisioneros musulmanes se inclinan acobardados en un extremo de la composición.

tas de gran interés. Las posibilidades existentes fueron demostradas en 1204, cuando Constantinopla cayó frente a una hueste de occidentales de diferentes procedencias y Venecia obtuvo un imperio marítimo a partir de los despojos. La república se convirtió en dueña de «un cuarto y mitad de cuarto» del territorio bizantino. Al comienzo, Génova respondió con el lanzamiento de una enérgica guerra de corso, que fracasó en la práctica cuando el acuerdo de paz de 1218 restauró nominalmente el derecho de los mercaderes genoveses a vivir y comerciar en Constantinopla. En la práctica, sin embargo, continuaron siendo víctimas de la hegemonía veneciana hasta 1261, cuando los irredentistas bizantinos volvieron a conquistar Constantinopla y se restauró una difícil paridad entre los comerciantes genoveses y venecianos.

Génova adquirió un imperio propio –aunque se trataba de un imperio mucho menos centralizado que el de Venecia: comprendía, al comienzo,

un barrio autónomo de mercaderes en Constantinopla y establecimientos dispersos a lo largo de la costa norte del Mar Negro, gobernados por representantes de las autoridades genovesas. Mediante unas concesiones bizantinas de 1267 y 1304, la isla de Quíos, con su producción de sulfatos, se convirtió en el feudo de una familia genovesa. A mediados del siglo XIV su situación fue transformada por la introducción del control directo desde Génova. El mar Egeo fue dividido efectivamente en esferas de influencia de los genoveses y venecianos. Venecia dominaba la ruta hacia Constantinopla a través de la costa dálmata y las islas Jónicas, mientras que Génova controlaba una ruta alternativa a través de Quíos y la costa este.

La rivalidad en el este del Mediterráneo entre Génova y Venecia tuvo su paralelo en la rivalidad en el oeste entre Génova y los dominios de la Casa de Barcelona. Los catalanes llegaron relativamente tarde a este campo de rivalidades. Disfrutaban de un acceso natural privilegiado a toda el área estratégica del oeste del Mediterráneo –las bases insulares, los puertos magrebíes; pero mientras las islas estuvieron en las manos enemigas de los emires musulmanes, estuvieron atrapados por el flujo de las corrientes costeras en dirección contraria a las agujas del reloj. Sin embargo, hacia 1229 el poder de los condes-reyes de Barcelona y Aragón y la riqueza de sus súbditos dedicados al comercio se había desarrollado hasta el punto de que podían armar el número necesario de barcos y un ejército suficientemente grande para lanzarse a la conquista. Al representar la empresa como una guerra santa, Jaume I fue capaz de inducir a la aristocracia de Aragón, poco aficionada al mar, a tomar parte en la campaña. Una vez que Mallorca estuvo en sus manos, Ibiza y Formentera cayeron con relativa facilidad. El imperio Insular se extendió en los años ochenta y noventa del siglo XIII, cuando fueron conquistadas Menorca y Sicilia. En la década de 1320 una política imperial agresiva redujo a partes de Cerdeña a una obediencia precaria.

Mientras tanto, vasallos de miembros de la Casa de Barcelona realizaron conquistas aún más hacia el este, en Jarbah, Qarqanah, y partes de la zona continental de Grecia. La impresión de un imperio marítimo en crecimiento, extendiéndose hacia oriente –quizá hasta Tierra Santa, quizá hacia el comercio de especias, quizá incluso en ambas direcciones– fue reforzada por la propaganda de los condes-reyes, que se representaban así mismos como cruzados. Los estados vasallos del este eran, sin embargo, sólo nominalmente catalanes en cuanto a su carácter y, durante la mayor parte del tiempo, unidos de una manera tenue mediante lazos jurídicos

con otros dominios de la Casa de Barcelona. Las operaciones navales catalanas en el este del Mediterráneo fueron ejecutadas en alianza con Venecia o con Génova y estuvieron determinadas generalmente por consideraciones estratégicas del oeste del Mediterráneo. Si las conquistas a través de islas de la Casa de Barcelona se extendieron hacia el este, hacia las tierras de los santos y las especias, también se extendieron hacia el sur, hacia el Magreb, la tierra del oro. Eran *points d'appui* estratégicos en la guerra económica a través de las rutas comerciales africanas de otros estados dedicados al comercio. Desde 1271 en adelante, en intervalos a lo largo de un período de aproximadamente un siglo, el poder naval de los condes-reyes fue utilizado en parte para imponer una serie de tratados comerciales favorables dirigidos a gobernar el acceso a los puertos principales desde Ceuta a Túnez.

En el bien integrado mundo catalán, la parte más al este fue Sicilia, a partir de la década de 1280. Para el conde-rey Pere II la conquista de esta isla fue una aventura caballeresca y un engrandecimiento dinástico; para sus súbditos dedicados al comercio, fue clave para conseguir un granero bien aprovisionado, una estación de enlace hacia el Mediterráneo del este y, sobre todo, una vía para el lucrativo comercio de Berbería, que tenía su punto final en los puertos magrebíes. Gobernada normalmente por una línea menor de la casa de Barcelona, la isla fue elogiada como «cabeza y protectora de todos los catalanes», considerándose una parte vital de las bases exteriores del comercio medieval de Cataluña. Si Cerdeña se hubiese convertido por completo en eliminar parte del sistema catalán, el oeste del Mediterráneo hubiese sido un «lago catalán». Pero la resistencia indígena, prolongada durante más de un siglo, forzó repetidas concesiones a Génova y Pisa. Los catalanes pagaron mucho por lo que era, en efecto, un condominio político y comercial. Utilizando una política menos costosa –sin adquirir mediante conquista territorios de soberanía más allá de Córcega–, Génova acabó con una participación mayor en el comercio del oeste del Mediterráneo que la de sus rivales catalanes.

Por ello, entre estas tres potencias, Venecia y Génova, y el estado español, se estableció una especie de equilibrio armado –una tensión superficial que cubría el Mediterráneo. Este equilibrio quedó roto al final de nuestro período por la irrupción de un nuevo poder marítimo. La vocación hacia el mar de los turcos no surgió repentinamente ni con todo su potencial. A partir de comienzos del siglo XIV, una serie de nidos de piratas sobre las costas levantinas del Mediterráneo eran manejados por jefes

turcos, alguno de los cuales tenían al parecer flotas de cientos de navíos a sus órdenes. Cuanto mayor fue la extensión de la costa conquistada por sus fuerzas terrestres–, según el imperialismo otomano avanzó hacia el oeste existieron mayores oportunidades para que los corsarios controlados por los turcos permaneciesen en el mar, teniendo acceso a puntos de abastecimiento de agua y suministros sobre la costa. A través del siglo XIV, sin embargo, éstas fueron empresas poco ambiciosas, limitadas a barcos pequeños y a tácticas de ataque y huida inmediata.

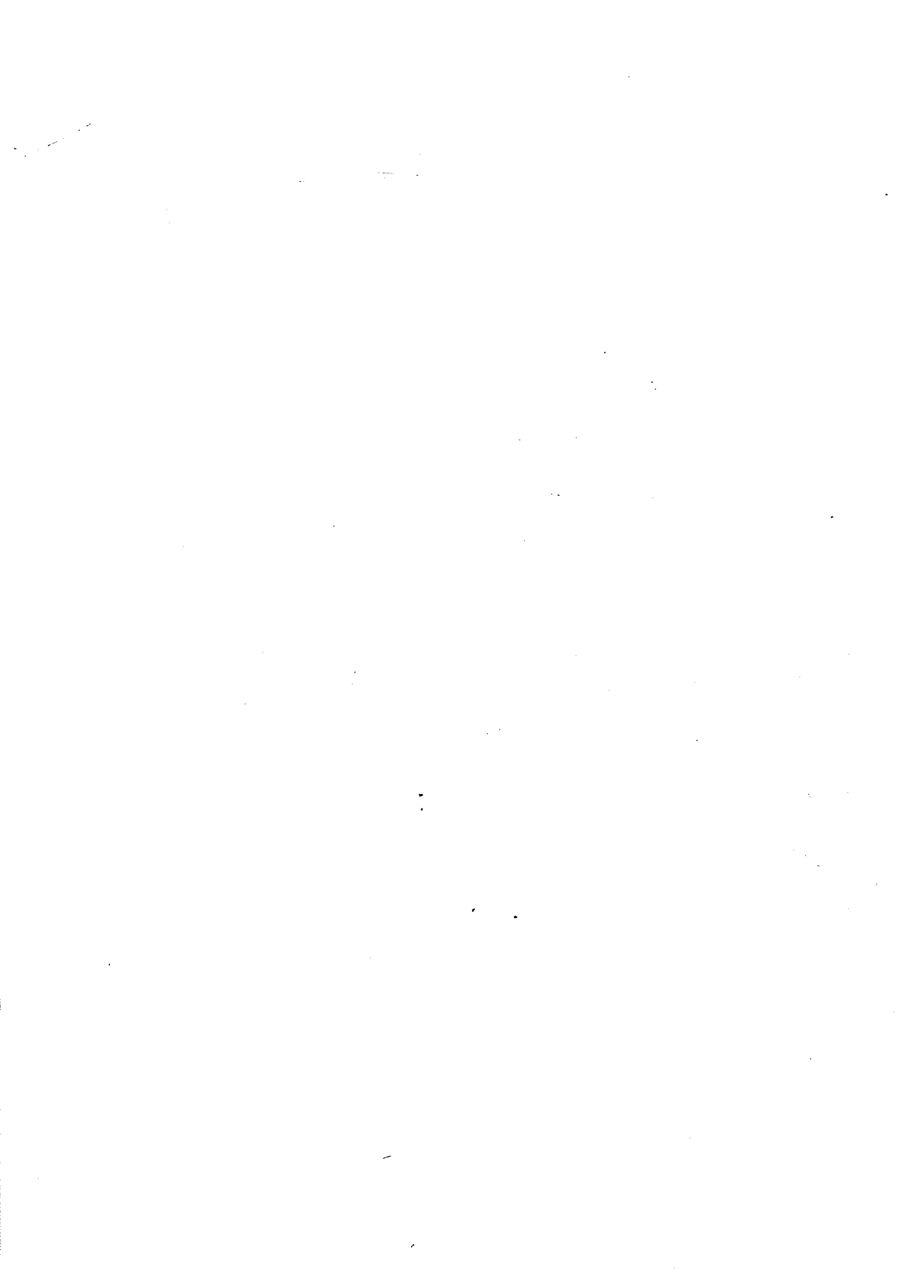
A partir de la década de 1390, el sultán otomano Bayezid I comenzó a construir una flota permanente propia, pero sin entregarse a una estrategia radicalmente diferente de los operadores independientes que le había precedido. Las batallas puntuales tenían lugar normalmente a pesar de las intenciones de los turcos, y normalmente daban como resultado la derrota de éstos. Tan tarde como 1466, un comerciante veneciano en Constantinopla defendía que para terminar un encuentro con éxito los barcos turcos necesitaban sobrepasar a los venecianos en una proporción de cuatro a uno. Por esas fechas, sin embargo, la inversión otomana en la fuerza naval era probablemente más alta que la de cualquier estado cristiano. El sultán Mehmed I, que poseía una gran visión a largo plazo, y Bayezid II, se dieron cuenta que el impulso de su conquista por tierra tenía que ser apoyado –si tenía que continuar– mediante el poder en el mar. Después de largas generaciones de experimentación sin éxito en batallas puntuales, la marina de Bayezid humilló a la de Venecia en la guerra de 1499-1503. Nunca desde que los romanos se lanzaron dubitativamente al mar en contra de Cartago había sido abrazada con tanto éxito la vocación naval por una potencia tan poco adecuada aparentemente para estas tareas. El equilibrio de fuerza naval entre la Cristiandad y el Islam, que había durado cuatrocientos años, cambió de signo por lo menos en el Mediterráneo del este, y se puede decir con exactitud que una nueva era había dado comienzo.

Retrospectivas y perspectivas

A largo plazo, el poder marítimo en la Edad Media en Europa estuvo más influenciado por el resultado de los conflictos sobre tierra que al contrario. Los puntos fuertes en la costa podían ser establecidos por fuerzas navales, pero el control de los territorios hostiles en el interior no podía ser mantenido permanentemente por los mismos medios. La Tercera Cru-

zada volvió a conquistar la costa levantina, pero no pudo volver a tomar Jerusalén ni restaurar los estados cruzados. El poder marítimo de Venecia entregó Constantinopla al control de los latinos en 1204; pero el imperio latino duró únicamente hasta 1261 y las pérdidas de Bizancio tuvieron lugar en el Egeo y más allá. San Luis capturó Damieta por mar en 1249, pero tuvo que abandonarla después de una derrota en tierra al año siguiente. Hasta cierto punto, la suerte del «imperio» inglés en Francia ilustra los mismos principios: sólo el borde marítimo pudo ser controlado durante más tiempo; y las islas del canal no fueron jamás perdidas a la soberanía francesa; en consecuencia, el destino final del resto fue determinado por las campañas en tierra, donde los ingleses estaban en una desventaja a largo plazo.

Por ello los grandes sucesos de la historia europea –la creación y destrucción de los estados, la expansión y límites de la Cristiandad– ocurrieron, hasta cierto punto, a pesar del mar. En cuanto a la historia mundial, sin embargo, el aprendizaje naval de Europa en el medioevo tuvo importantes implicaciones. Cuando la forma europea de hacer la guerra fue trasladada al campo de la rivalidad mundial a comienzos de la era moderna, tropezando con estados agresivos e imperios dinámicos en otras partes del mundo, esta capacidad bélica fue transportada por barcos a tierras de enemigos distantes, donde pudieron ser desplegados los recursos de una experiencia marítima prolongada, rica y variada. En la competencia por los recursos mundiales, los poderes marítimos europeos tenían la ventaja de una capacidad de actuación a gran distancia a todo punto invencible.



Capítulo XII

La guerra y los no combatientes en la Edad Media

Christopher Allmand

En cierto sentido, el problema al que se enfrentaban los no combatientes en tiempo de guerra pudo ser el de cómo relacionarse con otros. En el siglo II de la era cristiana, el poeta Juvenal introdujo en la literatura el tema de la relación entre el soldado y aquellos (los *togati*) que, en el lenguaje moderno, llamamos no combatientes. De la última de sus *Satires* aprendemos que era un tema de carácter unilateral, estando la ventaja muy inclinada a favor del soldado que por su oficio era sometido a un examen crítico. La resistencia de los no combatientes a utilizar la fuerza contra un soldado, o de quejarse del maltrato recibido, así como de las grandes ventajas que disfrutaban los soldados cuando se presentaba una reclamación ante los tribunales, eran temas en los que se hacía hincapié. Juvenal sostenía que el poder de un soldado hacía que cualquier reclamación contra sus acciones fuese algo altamente improbable. También dejaba claro que las prácticas legales (como las de adelantar la vista de los casos en que interviniesen soldados, mientras que los demás tenían que esperar largo tiempo para obtener justicia) permitían subrayar la diferencia entre el soldado y el no combatiente en la sociedad romana.

La posición bien definida del soldado romano hacía fácil ver en aquella época a quién se denominaba civil. El uso de esta palabra en inglés moderno es «civilian» (el diccionario de Oxford cita la primera utilización del término en este sentido en 1766), mientras que en francés la palabra «civil», utilizada como un sustantivo, se remonta a comienzos del siglo XIX. ¿Existía en la Edad Media una idea comparable sobre quién era un no combatiente? ¿Tenía este sujeto algún tipo de categoría moral o legal? A

pesar de no existir una palabra para describir su posición dentro del marco legal, es evidente que desde el principio aquellas personas que por causa de edad, género u ocupación, no portaban normalmente armas, pertenecían a la categoría de personas que podían ser consideradas como no combatientes. Más aún, es indudable que durante ciertas épocas de la Edad Media la posición de estas personas dio origen a una gran preocupación.

Desde muy al comienzo de la Edad Media, el no combatiente (el *inermis*, o persona sin armas), un individuo de la mayoría de cualquier población en tiempos de conflicto, estaba ya profundamente envuelto en la violencia. Tanto él como su propiedad, mueble e inmueble, eran blanco de ataque para los cristianos y los no cristianos de igual forma. En el período de un siglo aproximadamente que siguió a la muerte de Carlomagno y la ruptura del orden carolingio, una serie de caballeros rebeldes –entre otros– utilizaban su poder militar para perturbar y destruir la vida de las personas que obtenían su sustento de la tierra. Sobre las muchas fronteras del mundo cristiano, las poblaciones podían sufrir el ataque de aquellos cuyo estilo para hacer la guerra era la expedición dirigida a apoderarse del botín y al saqueo, tanto humano como material, o mediante el desplazamiento a través del campo, destruyendo las fuentes de producción algunas veces como fase previa a un asentamiento permanente. Las invasiones magiares y los primeros ataques de los vikingos, así como las incursiones hechas por los musulmanes en la península Ibérica en el siglo IX, traían en todos los casos el miedo y el terror para aquellos atrapados en estas actuaciones. El desplazamiento de la población, la pérdida de bienes materiales, la detención de prisioneros que podían convertirse en esclavos para el resto de sus vidas, eran el destino final de los no combatientes en muchas partes de Europa en este período.

Las sociedades situadas en líneas divisorias o fronterizas eran particularmente vulnerables, siendo la expedición de ataque, la forma característica de la guerra llevada a cabo por aquellos que vivían de ella. Aunque los ataques desde fuera eran peligrosos, la sociedad de los francos en el siglo X estaba aún más angustiada por los daños infligidos por ellos mismos, principalmente en forma de ataques por parte de magnates laicos y por los grupos irregulares que ellos protegían, en contra de las tierras de la Iglesia, así como los efectos que tal actividad ilegal estaba teniendo sobre la sociedad coetánea en general. En el texto, *De statu sanctae ecclesiae*, escrito hacia el año 920, se pedía la imposición de sanciones espirituales para aquellos que atacasen de forma sacrílega las fuentes de la riqueza de la Iglesia. Lo que habría de convertirse en el movimiento a favor de la «Paz

de Dios» *(Pax Dei)* se convertiría con el tiempo en algo cada vez más amplio. En el año 857, Carlos el Calvo ya tomó medidas para proteger no sólo las tierras de la Iglesia y el clero, sino también a las monjas, las viudas, los huérfanos y los pobres *(pauperes)* de los actos de violencia. Un siglo más tarde, en un mundo en el que la autoridad pública se encontraba en un fuerte declive, y en el que la pérdida de cosechas y las inundaciones eran contempladas como señales de la censura divina, la Iglesia habría de tomar la responsabilidad de intentar restaurar la paz en la sociedad. La disputa que había conducido a un conflicto de carácter local, algo característico de estas sociedades, tenía que ser resuelta. Esto sólo podía ser conseguido mediante una movilización de la opinión pública y pasando a la acción.

A este respecto, un encuentro entre el obispo de Le Puy y su pueblo en el año 975 tuvo más que una importancia puramente simbólica. En esta ocasión el obispo pidió el consejo del pueblo y obtuvo el importante apoyo de sus ciudadanos nobles en su intento de imponer un juramento sobre los hombres para que respetasen la propiedad de la Iglesia y de los *pauperes.* En el año 989 el concilio eclesiástico reunido en Charroux, cerca de Poitiers, estableció fuertes sanciones para aquellos que atacasen a las iglesias o a los funcionarios desarmados, o que robasen el ganado de los campesinos o los *pauperes*. En el medio siglo que siguió a lo anterior, una serie de concilios locales en Francia promulgaron decretos similares en contra de los que violaban la paz de las gentes que no podían protegerse adecuadamente.

Nadie puede dudar de la importancia de la «Paz de Dios» en cuanto a movimiento como prueba de una conciencia cada vez mayor sobre la necesidad de que ciertos tipos de personas deberían estar situados más allá del alcance de la violencia (ya fuese esta violencia resultado de un desorden interno o tuviese su origen en un ataque exterior). Sin embargo, por muy poderosa que pudiese resultar la excomunión o el interdicto, ninguno de los dos resolvían el problema de un desorden aparentemente endémico. Resultaba necesario tomar otras medidas. Habiendo prohibido los actos de violencia contra ciertos grupos (el clero, los peregrinos, los comerciantes y los *pauperes* que tanto abundaban), la Iglesia fue más allá. En Toulouges en 1027 se proclamó una nueva forma de enfocar el problema. El resultado de una percepción admitida ampliamente sobre la necesidad de restaurar el orden en la sociedad, la «Tregua de Dios», o *Treuga Dei* como era denominada, era un intento de restringir el uso legal de las

armas a ciertos días de la semana y a ciertas épocas del año. Se prohibió la lucha en domingo (el día del Señor); también se prohibía los jueves (cuando el Señor instituyó la Eucaristía), los viernes (cuando murió) y los sábados (cuando fue depositado en el sepulcro). La lucha legítima quedaba de esta forma limitada a tres días, lunes, martes y miércoles. Más aún, la lucha fue prohibida durante las semanas de Adviento y Cuaresma, y en una serie de fiestas principales. Con tales restricciones cada vez más en vigor, no resulta en absoluto sorprendente que el concilio celebrado en Narbona en 1054 decretase la siguiente medida: ningún cristiano debería matar a otro porque «quien mata a un cristiano sin duda derrama la sangre de Cristo». Utilizando su propia norma, que hacia el siglo XI estaba recibiendo una aceptación cada vez más amplia, la Iglesia había llevado el tema del establecimiento de la paz en la sociedad lo más lejos que le había sido posible.

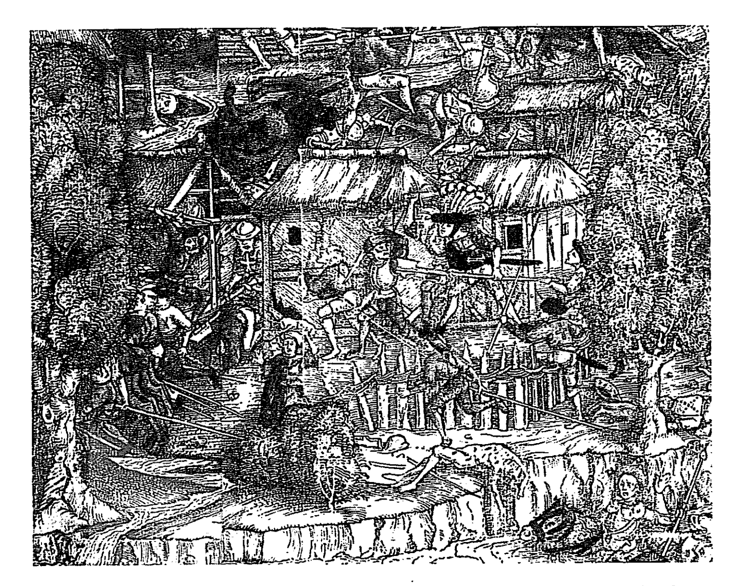
Animada y ayudada por la Iglesia, llegó ahora el turno de la autoridad secular para imponer su sello sobre el movimiento de la paz. En un sentido real, la cruzada fue un intento de encauzar las energías de la nobleza, y sujetarlas para conducirlas en contra de los enemigos de Cristo en vez de contra otros correligionarios cristianos. Igualmente significativa fue la forma en que el poder secular (en Normandía, por ejemplo) actuó primero en conjunción con los obispos, para después activar por cuenta propia e imponer un orden asociado a la paz. En otras partes también, en Sicilia y en el sur de Italia, en Cataluña y en Francia, fue la autoridad secular la que de forma cada vez mayor dio su protección a la Iglesia, a su personal y a las clases laicas no militares o, como en Alemania, estimuló el desarrollo de una paz en el país *(Landfrieden)* para extender el movimiento pacificador desde un nivel local a otro más amplio.

Los dos movimientos paralelos y complementarios de la «Paz» y de la «Tregua» de Dios habían producido ideas y principios referentes al establecimiento y salvaguarda de la paz social y serían incorporados en los *acta* de los concilios provinciales y después en la ley canónica de la Iglesia. Estos textos demuestran que, a finales del siglo X, la Iglesia del antiguo mundo carolingio era completamente consciente de la necesidad de proporcionar seguridad y protección especial a los eclesiásticos, sus tierras y sus arrendatarios, frecuentemente los sujetos más productivos, cuya vida y bienestar estaban amenazados por saqueadores sin control, principalmente laicos y procedentes de dentro de la propia sociedad. El movimiento estaba influenciado tanto por un deseo de preservar la paz social

como por el reconocimiento de la necesidad de mantener niveles de producción de alimentos en una época en que no eran infrecuentes la hambruna y las plagas. En tanto que buscaba proteger también a los comerciantes, la «Paz» reflejaba también las necesidades sociales y económicas percibidas entonces.

Es útil ver cómo juzgaban en el siglo XII los cambios de actitud con respecto a los no combatientes. El testimonio de Orderico Vitalis, monje de Evreux, en Normandía, comentarista bien informado de los acontecimientos del mundo que le rodeaba, es el de un hombre que vivía en un dominio donde los principios de la «Paz» y la «Tregua» de Dios habían sido aceptados formalmente tanto por la Iglesia como por la autoridad secular. De su testimonio aprendemos que, a nivel local, los principios de la «Paz de Dios» expresados en las decisiones del concilio de Rouen de 1096, no habían sido puestos en pleno funcionamiento. Igualmente significativa era la forma en que describía una serie de incidentes que le permitieron expresar juicios morales a favor de los pobres y los débiles. Roberto de Rhuddlan, relataba, había hostigado a los galeses durante muchos años «a algunos los había sacrificado como si fueran ganado, a otros los había mantenido encadenados durante años, o les había forzado a una esclavitud dura e ilegal». «No es correcto el que los cristianos opriman de esta forma a sus hermanos, que han vuelto a nacer en la fe de Cristo mediante el bautismo». Otra historia, referente a la visión de un sacerdote, Walchelin, confirma que las gentes comunes temían a los soldados (a causa de su inclinación a la violencia) más que verlos como sus protectores, y Orderico los describía como muy propensos al saqueo. El día en que el bandido sin ley pudiese actuar sin impedimento, cuyas actividades eran temidas por «la gente desarmada, bien dispuesta y sencilla», era un tiempo que debía ser objeto de condenación. Por otro lado, elogió a Ricardo II de Laigle, quien había mostrado clemencia ante un grupo de campesinos que se habían agrupado en torno a una cruz de madera, a los que había perdonado, aunque «hubiese obtenido un gran premio si hubiese sido tan irreverente como para haberlos capturado».

Las medidas tomadas para proteger a los no combatientes en los siglos XI y XII habían tenido algún efecto y evidentemente habían conseguido bastante apoyo. El siglo XIII habría de traer nuevos cambios en el mismo sentido. Con la era de los estados-nación a punto de ver la luz, la defensa de los derechos o de los territorios debería ahora formar la base



Aunque las mujeres en el centro de este grabado no se encontraban amenazadas directamente, representan a todos aquellos cuyas vidas eran perturbadas por la guerra. El contraste entre su vulnerabilidad y la fuerza y violencia de los soldados que perseguían a un enemigo derrotado subraya la percepción creciente de los peligros a los que los civiles no combatientes y su propiedad quedaban sujetos en tiempo de guerra.

de muchas guerras, mientras que los ejércitos, haciendo uso de nuevas armas y técnicas, buscarían sistemáticamente hacer avanzar los objetivos de sus dirigentes y sus ambiciones. Con el incremento de la guerra entre estados, muchos más sujetos buscarían cualquier protección que éstos pudieran otorgarles. La búsqueda de cómo proteger mejor al no combatiente, lejos de estar concluida, tomó por estas razones una nueva dimensión.

La búsqueda debía involucrar al filósofo, al teólogo y al jurista. A comienzos del siglo V, San Agustín, aunque subrayando que la paz última era el único objetivo adecuado para la guerra, sostuvo que en una guerra considerada «justa» todos podían estar con legitimidad sujetos a la muerte. El

hecho de que todos pudiesen no estar involucrados en forma igual en una guerra (y, por tanto, no fuesen todos igualmente culpables) era algo irrelevante, y la distinción entre el soldado (que luchaba) y el no combatiente (que no lo hacía) no se veía como algo significativo. Hacia el año 1140, sin embargo, Graciano, al compilar su *Decretum* o compendio de normativa eclesiástica, habría de seguir la ley canónica que había evolucionado durante la época de la «Paz de Dios» que exoneraba a los clérigos, los monjes, los peregrinos, las mujeres y los pobres desarmados, de la violencia del conflicto; lo que le llevó más cerca de un concepto de cierto tipo de inmunidad para el no combatiente. Sin embargo, aproximadamente un siglo más tarde, el fraile dominico Vincent de Beauvais pensó que aquellos que rechazaban el consejo o la ayuda a las autoridades en tiempo de guerra deberían estar exentos de sus consecuencias; otro autor, el gran Tomás de Aquino, nunca estableció una doctrina clara sobre la inmunidad de los no combatientes.

Si existía progreso, éste no vino a través de unas definiciones más claras del combatiente y del no combatiente, sino a través de una nueva teoría sobre la «guerra justa» desarrollada en el siglo XIII, en particular por Tomás de Aquino. El problema era esencialmente el de cómo crear las condiciones para una guerra ordenada. Estas condiciones podían ser de dos tipos. La primera se centraba en la respuesta a dar sobre el interrogante de cuándo y en qué circunstancias era legítimo participar en una guerra. Los juristas y los filósofos insistían en que, para ser considerada como justa, la guerra debía ser declarada oficialmente, lo que sólo podía hacer una autoridad secular constituida adecuadamente. La declaración formal y pública de una situación hostil era considerada algo significativo. Buscaba dejar fuera de la ley cualquier guerra privada al convertirla en una actividad ilegal y, por tanto, «injusta». También hacía más fácil insistir en que el botín sólo podía ser tomado en caso de un acto de guerra («*in actu belli*»), ayudando así a controlar los ataques indiscriminados a la propiedad privada de los no combatientes.

Más significativo fue el problema al que Tomás de Aquino tuvo que hacer frente; cómo se debía luchar en una guerra justa y qué limitaciones debían ser impuestas sobre aquellos que tomaban parte en ella. Era claramente aceptado que, por muy justificada que pudiera ser una guerra, una violencia irracional desacreditaba no sólo una determinada actuación, sino también toda la teoría sobre la «guerra justa». Los medios utilizados, por tanto, debían reflejar las intenciones correctas de los participantes en la

guerra; guerra que, según Agustín había señalado repetidas veces, debía ser luchada sólo como un medio para la paz.

Esto planteaba el problema de la proporcionalidad, mejor expresado mediante la pregunta siguiente: «¿Se necesita realmente un martillo para romper una nuez?» Es evidente que, a mediados del siglo XIII, el problema era cómo enfrentarse a los excesos de la guerra (que podían ser de muchos tipos) y que esta pregunta estaba respondida al menos implícitamente en las enseñanzas de Tomás de Aquino. La proporcionalidad implicaba el uso de tanta fuerza como fuese necesaria para alcanzar un fin particular. También implicaba, aunque sólo provisionalmente, que aquellos no equipados para la lucha, o aquellos que no ofreciesen resistencia, no deberían ser tratados de igual forma que los soldados armados. Esto era un reconocimiento a cierta categoría de hombres y mujeres que, ya fuese a causa de su naturaleza o por su evidente incapacidad de ofrecer resistencia, debían recibir por lo menos un mínimo de respeto hacia sus personas. Tales ideas debieron ser incorporadas al pensamiento de Tomás de Aquino sobre la proporcionalidad; en tiempo de conflicto, todos aquellos que no se oponían mediante la fuerza a otra fuerza disfrutaban de ciertos derechos, en particular el derecho a la vida y, aunque esto está menos claro, el derecho a la conservación de la propiedad y de los medios para atender sus necesidades vitales. La sociedad estaba ahora comenzando a admitir que aquellos que no tomaban una parte activa en la guerra, y que no se resistían a los soldados mediante la fuerza, tenían un derecho por ley natural a la protección y a la vida.

En lo que más tarde habría de ser conocido como la Guerra de los Cien Años, es donde se produjeron importantes cambios en la historia que aquí se está examinando. Este conflicto tiene ciertas características particulares que tienen consecuencias para nuestro tema. La escala de la guerra, medida en términos de espacio y de tiempo, se demostraría mayor que cualquier otro conflicto en la historia europea. También supuso una participación de la sociedad en una forma nunca antes conocida. Esta fue «la gran guerra» de la Edad Media, cuyos efectos sobre la sociedad habrían de ser considerables y, en tiempo, también terribles.

¿Por qué era así? Sus batallas, aunque bien conocidas por sus nombres, no fueron en absoluto los momentos más significativos de la guerra. Durante mucho tiempo los sucesos militares podían ser descritos en términos de expediciones de ataque, mucho más características de la guerra que las batallas. Las batallas exigían la participación de soldados comba-

tientes. Las expediciones de ataque (o *chevauchées,* como eran denominadas) eran un asunto completamente distinto, a menudo llevadas a cabo por hombres que, sin tener siempre asegurada una paga, servían frecuentemente en el entendimiento de que la obtención de los medios de supervivencia en el país enemigo dependía de ellos mismos. En la frontera entre Escocia e Inglaterra, por ejemplo, no existía la costumbre por parte de los escoceses de pagar a sus soldados, de los que se esperaba que obtuviesen su recompensa gracias a su propia capacidad emprendedora. Las actividades de los *«reivers»* (grupos irregulares que actuaban en la frontera entre Inglaterra y Escocia) son bien conocidas. Dado que eran bastante aficionados a prender fuego a las propiedades ajenas, se aconsejaba a los ingleses, cuando existía peligro de ataque, que retirasen los tejados de paja de sus casas a fin de salvar la parte principal del edificio que, construido principalmente en piedra, no podía ser incendiado tan fácilmente. Los *reivers* también se dedicaban al pillaje, al robo de ganado y a hacer prisioneros. Hasta el día de hoy han sobrevivido en la frontera entre Inglaterra y Escocia una serie de torres fortificadas *(bastles)* como prueba de los peligros a que se enfrentaba la población civil en tales regiones que eran, en el mejor de los casos, muy poco pacíficas. Tal actividad militar era común a muchas sociedades fronterizas en Europa y en otros lugares. Las tácticas utilizadas en el norte se practicaban frecuentemente por los ingleses en Francia, mientras que a veces los franceses y sus aliados, especialmente los castellanos que suministraban los barcos, desembarcaban en las costas del sur de Inglaterra, aterrorizando a los habitantes de los condados costeros. Se trataba de una guerra de intimidación en la que los soldados armados, que podían ser unos pocos cientos o unos pocos miles de hombres, atravesaban un área del país, afanosos en mantenerse en movimiento (con objeto de evitar un enfrentamiento con el ejército enemigo), destruyendo las granjas, los graneros y su contenido, los molinos, los criaderos de peces, sometiendo a rescate a comunidades enteras y recogiendo el botín que se colocaba en vehículos especialmente traídos para este propósito.

¿Por qué se hacían las cosas de este modo y con qué objetivo? La táctica era en realidad poco novedosa. Era, como siempre había sido, una forma de guerra psicológica que buscaba crear el máximo de miedo y de inseguridad entre la población. Cuando sonaban las campanas de las iglesias en el país montañoso del centro de la Francia meridional, su mensaje no era siempre el de llamada de los fieles a la oración: muy bien

podían estar llamando para que los habitantes buscasen la débil protección proporcionada por sus pueblos o iglesias, muchas de las cuales tenían torres almenadas construidas en el transcurso de siglo XIV. Los pastores y sus rebaños (descendientes directos de los mencionados en el decreto del concilio de Narbona promulgado en 1054) eran un objetivo fácil para los grupos de soldados merodeadores que mataban o se llevaban las ovejas. En las regiones agrícolas, las cosechas, incluyendo los viñedos, eran destruidas de forma habitual por soldados que reducían a la nada los esfuerzos para producir alimentos y proporcionar un medio de vida a los agricultores y sus familias, sin mencionar a las comunidades locales que dependían de ellos. Tales actos de violencia aparentemente no justificada, y la falta de confianza en el futuro a que inducían, con rapidez condujeron a resultados totalmente predecibles. Muchos estudios recientes han mostrado cómo grandes explotaciones agrícolas en áreas ricas para la agricultura se redujeron de tamaño en tiempo de guerra, siendo la incertidumbre en cuanto al futuro un factor disuasorio para roturar unas tierras que, en poco tiempo, se convertían en baldíos. Las malas hierbas o *zizanias* del evangelio de Mateo, que constituían una de las imágenes favoritas de los predicadores de la época y advertían contra las tendencias doctrinales peligrosas, eran también una realidad del panorama agrícola. Estas plantas se apoderaban rápidamente de la tierra no cultivada que necesitaba una limpieza muy paciente antes de poder ser puesta de nuevo a producir.

¿Se trataba de una destrucción injustificada que se explicaba por sí misma? Se debe reconocer que el bienestar del no combatiente y de su propiedad en tiempos de guerra estaba unido de forma creciente a su papel participativo en el desarrollo en la actividad bélica, a las estrategias asumidas por los líderes de los países en guerra y, hasta cierto punto, a los efectos de las nuevas armas que ahora estaban disponibles. Es evidente, por ejemplo, que el papel de los no combatientes en la guerra no siempre podía ser distinguido por completo del desempeñado por el soldado. El pago de pequeños subsidios para sostener el coste de la guerra, a menudo en lugar de un servicio personal, era ya algo corriente en algunas partes de Europa hacia el siglo XI. Con el transcurso del tiempo, la contribución de la población no combatiente hubo de crecer, particularmente desde el siglo XIII en adelante. Se establecieron ciertos impuestos con la intención específica de asegurar la defensa del conjunto de la comunidad. En la mayor parte de las regiones se esperaba que el clero contribuyese y que

diese su bendición a la guerra al pedir a sus congregaciones que rezasen por la victoria, así como mediante la organización de procesiones que buscaban la aprobación divina del conflicto. Todas estas actividades eran manifestaciones de diferentes miembros de la comunidad, contribuyendo a la guerra de varios modos. De forma similar, la aprobación de los impuestos en asambleas, locales o nacionales, se veía de forma creciente como una situación en la que una comunidad daba su aprobación, a través de sus representantes, para recaudar los recursos financieros necesarios para llevar a cabo la guerra.

En resumen, pues, según las guerras se fueron transformando gradualmente en conflictos entre comunidades enteras y cada vez más conscientes, así se hizo cada vez más difícil defender que incluso la aparentemente inocente actividad del agricultor que labraba su tierra para cultivar cereales, o para criar ganado vacuno u ovejas, debía ser inmune a la guerra. Parte de su producto podía ser utilizado para alimentar a los ejércitos (o a sus caballos); otra parte del mismo producto (los cueros o la lana) era una posible fuente recaudatoria (y enriquecimiento para las autoridades) a partir de la cual podía ser posible pagar a los ejércitos. Incluso las plumas de los gansos tenían un uso militar. Nuestro conocimiento, aumentado en los últimos años mediante la investigación sobre cómo se organizaban las guerras y cómo se financiaban, demuestra que la guerra se convertía cada vez más en una tarea social, y que incluso la mayoría que no luchaba en persona jugaba un papel cada vez más importante en la provisión de suministros a los ejércitos para satisfacer sus necesidades. ¿Dónde terminaba el papel de los no combatientes y comenzaba el de los soldados? La línea divisoria no estaba en absoluto clara.

Podía ser argumentado –tal como lo fue de hecho– que mientras la persona del no combatiente debía ser respetada a no ser que ofreciese resistencia armada, su propiedad (base de la riqueza de la comunidad que podía ser utilizada con provecho en tiempo de guerra) sí constituía un objetivo legítimo. En ciertas sociedades (como se ha visto más arriba) las fuentes de la riqueza y de la subsistencia (el ganado, por ejemplo) eran objetivos tradicionales para los ataques armados. Hacia el siglo XIV, los ingleses organizaban *chevauchées,* atravesando el mar y pasando a Francia, expediciones que algunas veces suponían la participación de más de 10.000 hombres y que tenían como objetivo devastar el país enemigo, destruir sus medios de producción, obtener botín para los atacantes y



El mayor realismo del arte de la última parte del medioevo fomentó las descripciones de escenas como el saqueo de esta vivienda de alta categoría. Todas las formas de propiedad, dinero, vino, recipientes y objetos de metal, quedaban a merced de los soldados codiciosos y brutales, dedicados al robo de todo lo que pudiesen llevar consigo y a la destrucción del resto.

disminuir la autoridad del rey francés, que se vería demasiado débil para cumplir sus reales funciones de proporcionar protección a su pueblo. La construcción de murallas alrededor de muchas ciudades francesas durante el segundo y tercer cuarto del siglo XIV fue el reconocimiento de que la sociedad francesa estaba comprometida activamente a suministrar refugios para aquellos que vivían en el *plat pays,* o tierras circundantes, cuando las fuerzas hostiles se encontraban en la zona. El término «refugiado» debió de entrar en el lenguaje algo más tarde, pero el concepto era mucho más antiguo.

Según se fueron desarrollando los objetivos militares y políticos, como lo hicieron al menos parcialmente en respuesta a la evolución del armamento (como con la mayor eficacia del cañón), los no combatientes pudieron incluso ver incrementado su nivel de sufrimiento. Los reyes ingleses abandonaron la expedición de ataque a favor de una política de conquista directa. Pero ninguna conquista podía ser llevada a cabo a no ser que todas las ciudades fortificadas y los castillos quedasen bajo control del invasor. Irónicamente, las defensas construidas en el siglo XIV para proteger a las comunidades contra las expediciones de ataque, ahora tenían el

efecto opuesto de atraer ejércitos equipados con cañones y listos para sitiarlas y tomarlas. Gracias a los desarrollos producidos en la tecnología, un asedio llevado a cabo con determinación era ahora, más que nunca, más probable de llegar a una conclusión favorable. Tales asedios, sin embargo, podían ser testigos de sufrimientos terribles, indiscriminados y prolongados para la población no combatiente. El asedio de Rouen, llevado a cabo por Enrique V entre julio de 1418 y enero del año siguiente, fue un asedio a una ciudad bien fortificada en la que miles de personas, huyendo del ejército inglés, habían llegado en busca de refugio. Los relatos de este episodio describen los sufrimientos de los que se encontraban en el interior de las murallas: los viejos y enfermos eran arrojados a los fosos de la ciudad en medio del invierno para preservar los alimentos que iban disminuyendo rápidamente para la guarnición y los combatientes más jóvenes; describen también los efectos del hambre sobre los hombres, las mujeres y, en particular, sobre los niños. El texto es a menudo emotivo y simpatiza (incluso a pesar de estar escrito por un soldado inglés) con el sufrimiento de los inocentes.

Es evidente que el civil no era ya una simple víctima accidental de la guerra, sino que se estaba ahora convirtiendo en uno de los objetivos principales de aquellos que estaban realizando una guerra «justa», amparados por la autoridad del rey o del príncipe. Las razones no son difíciles de comprender. Que el no combatiente era un objetivo fácil es algo suficientemente obvio. Las pruebas resultantes de las investigaciones, o de las declaraciones realizadas en los tribunales con respecto a las destrucciones frecuentemente deliberadas causadas por la guerra, se recogen de una forma viva en las crónicas de la época. Sin embargo, no era únicamente la vulnerabilidad del no combatiente la razón por la que los soldados le hacía sujeto de sus ataques. Se debe recordar que era de la población común de donde el futuro poder del enemigo tendría que obtenerse. De forma similar, era de la actividad económica de la población no combatiente, el fabricante de mercancías en la ciudad, el agricultor que labraba la tierra o el pescador que trabajaba en el mar, de donde habría de obtener los impuestos para la guerra, algo de una importancia cada vez mayor en esta época. Si se disminuían los medios de producción o las fuentes de subsistencia de los no combatientes, entonces sus contribuciones financieras, de gran importancia para los crecientes costes de la guerra, se verían también disminuidos. Esta prueba sirve para recordar que era el no combatiente el que, en más de un sentido, tenía que pagar por la guerra. En verdad, a me-

nudo pagaba dos veces. La destrucción de la riqueza individual era la destrucción de la base para recaudar impuestos. Si se destruía la base recaudatoria, se destruía la capacidad de una sociedad entera para asegurar su propia defensa. Los hombres no eran ignorantes en cuanto a los efectos adversos de la destrucción de la base económica en el país y las consecuencias que esto tenía sobre su capacidad y voluntad para resistir al enemigo. En tales circunstancias, es lógico que se pensase que la guerra en contra del no combatiente era legítima y un medio efectivo para asegurar la victoria.

En 1435, en un momento crucial de la Guerra de los Cien Años, cuando el conflicto giraba a favor de los franceses, un distinguido capitán inglés, Sir John Fastolf, presentó una memoria al rey sugiriendo cómo explotar mejor esta tendencia. Los asedios, argumentaba, eran una pérdida de tiempo, hombres y dinero; era mejor dar al enemigo una fuerte lección y mostrarle quién tenía el poder y la voluntad para ser el dueño de la situación. En búsqueda de este objetivo, Fastolf abogaba por el envío de dos fuerzas de tamaño reducido, con la intención de «quemar y destruir todo el país por donde pasen, las casas, los granos, los viñedos, y todo aquello que sirva de subsistencia al hombre, y todos los animales que no puedan ser requisados que sean destruidos». Por muy duro que esto parezca, Fastolf estaba abogando de manera explícita por un tipo de guerra dirigida a la destrucción de los recursos naturales del enemigo, aunque no existe mención del sacrificio de víctimas humanas de forma directa. En realidad, consciente de que esta propuesta podía sorprender incluso a los de su bando, subrayó que «esta guerra cruel era sin ningún elemento de tiranía, dado que su rey, como buen príncipe cristiano, había ofrecido que todos los hombres de la Santa Iglesia y todos los campesinos y ciudadanos del reino de Francia que vivían fuera de las fortalezas, debían ser tratados con benevolencia, y que la guerra debía ser llevada a cabo únicamente entre hombres de guerra». Fastolf defendía que los franceses, en su intento de engañar al enemigo, habían rehusado esta oferta, por lo que concluía que «era necesario hacer una guerra cruel y dura, sin respetar a nadie».

Fastolf escribía para un consejo real en el que sus otros compañeros soldados tenían influencia. ¿Cómo calificarían sus propuestas los contemporáneos que no compartían sus antecedentes? Debemos recordar que esta fue una era en la que se aceptaba, con gran fatalismo, la realidad de una intervención divina en los asuntos humanos. Dios decidía la forma

en que tenían que suceder las cosas. Lo mejor que los hombres podían hacer era rezar para que la divina providencia evitase el desastre y las calamidades por medio de su poder: *«a fame, morte et peste, liberanos, Domine»* («del hambre, de la muerta y de la plaga, líbranos Señor») era una oración popular en aquella época. La influencia del pecado del hombre y sus efectos estaban profundamente presentes en las mentes de la época. Es poco sorprendente por tanto que la guerra y sus resultados malignos eran vistos a menudo como una desgracia que Dios permitía que ocurriese a la gente que había pecado. No era raro que el enemigo fuese visto como el instrumento humano de la voluntad de Dios, el azote de Dios *(«flagellum Dei»)* que castigaba a su gente como un padre castiga a un hijo que ha hecho mal. ¿Podía el hombre, o en verdad debía, resistir la voluntad de Dios? ¿No era acaso mejor el aceptar el desastre con un espíritu de penitencia como una persona acepta el castigo, para después tener la posibilidad de comenzar de nuevo habiendo pagado el precio de la debilidad y el pecado?

No todos, sin embargo, lo veían de esta forma. Muchos veían el ataque sobre un no combatiente como un signo de debilidad en el gobierno. Este tipo de desafío exigía una respuesta. Sin embargo, no estaba claro cuál era la respuesta adecuada. A la pregunta de por qué no apartar la cólera de Dios mediante una reforma de la sociedad, se podía replicar que el mismo Cristo había dicho que era mejor esperar a que creciese la cizaña en vez de tratar de cortarla cuando aún no había crecido suficientemente por el temor de arrancar la buena hierba junto con la mala. Muchos, por tanto, deberían resignarse ante el sufrimiento. Era esta justificación de la falta de actuación lo que llevaba a muchas personas a preguntarse, con una frecuencia y amargura en aumento, cuánto tiempo se debía permitir que perdurase una situación semejante. Teniendo en consideración los sufrimientos físicos y morales que de forma creciente sufría la sociedad en tiempos de guerra, no es en absoluto sorprendente que se desarrollase una simpatía a favor de aquellos que se encontraban indefensos ante el poder y la agresividad de los soldados. Por todo lo anterior, durante todo este tiempo crecieron cada vez más los llamamientos para cambiar esta situación.

Lo que estamos viendo aquí es un cambio en la percepción de la posición del civil en tiempos de guerra y, sobre todo, lo que se debía hacer para ayudarlo en esta difícil situación. El principio de proporcionalidad, tan frecuentemente quebrantado, estaba encontrando ahora un apoyo cada vez más

amplio. Implícito cada vez más en las múltiples descripciones de lo que se conocía como «excesos» *(exces),* como, por ejemplo, en las peticiones al rey en que se describían actuaciones llevadas a cabo por soldados contra civiles indefensos por las que se solicitaba remedio, estaba además el reconocimiento de que las víctimas tenían derecho a esperar algo mejor, esto es, una protección frente a tales actos. El sentimiento que aparece en los textos de finales del siglo XIV, condenando cada vez más la violencia injustificada, era el de una justa indignación, unida a una protesta y una crítica dirigida en igual medida hacia los culpables de tales actos como en contra de los fallos del sistema (el rey y la ley en particular) que permitían que ocurriesen cosas semejantes. Las crónicas son una fuente excelente para contrastar esta opinión, llenas de críticas sobre el comportamiento indisciplinado del soldado, demasiado a menudo culpable de tomar la ley en sus manos, y más preocupado en llenar sus bolsillos que de servir al rey y a la sociedad, tal como la opinión predominante sostenía que debía ser su papel. Los escritos en la década de 1360 de un fraile carmelita, Jean de Venette, contenían palabras ásperas para la soldadesca sin control y gran simpatía para aquellos que sufrían la dureza física de una guerra que la corona francesa era demasiado débil para evitar. En el siglo siguiente, tenemos el testimonio de un parisino anónimo que relató en sus crónicas los sucesos que tuvieron lugar en la capital de Francia destrozada por la guerra, viendo la situación a través de los ojos del no combatiente, impotente para acabar con los muchos conflictos que habían hecho padecer al país durante tanto tiempo. El resultado era que:

> Los hombres que acostumbraban a labrar la tierra, cada uno viviendo en su lugar con su esposa y su familia en paz y seguridad, hombres y mujeres comerciantes, clérigos, monjes, monjas, gentes de todos los estratos de la sociedad, han sido arrojados de sus casas, dispersados como si fuesen animales, de forma que ahora tienen que pedir limosna aquellos que antes la daban, los que acostumbraban a ser servidos ahora tienen que servir, algunos en la desesperación se convierten en ladrones y asesinos, mujeres y jóvenes decentes por la violencia o de otra forma caen en la vergüenza, todos están acosados por la necesidad.

En Francia, los cronistas fueron seguidos por comentaristas sociales que condenaban la falta de control ejercido sobre los soldados y sus actividades (en particular si ya habían recibido su paga), acompañando a sus vigorosas palabras de peticiones para que los civiles fuesen dejados en paz y tranquilidad.



Aquí el artista contrasta el fondo pacífico de la escena con la mujer joven que ha sufrido la pérdida de los dos brazos, una pierna y otras desfiguraciones de su cuerpo. Puede ser perfectamente una mujer herida en combate, pero sus terribles heridas sirven para recordar con qué facilidad el no combatiente podía convertirse en víctima de la guerra.

Tales expresiones reflejan algo nuevo, una conciencia cada vez más clara de la sociedad como un único cuerpo y una preocupación en aumento por aquella parte que parecía estar sufriendo más que el resto los efectos físicos y morales de la guerra. Se preguntaba por qué era el no combatiente la gran víctima de la guerra. La codicia (según se expresa en

la sentencia «*Radix malorum est cupiditas*» —«el deseo de poseer es la raíz de todos los males»—) recibía frecuentemente la acusación de ser la causa del problema: la oportunidad de realizar un lucro rápido en una campaña militar era vista ampliamente como algo que hacía más fácil la tarea de los que se dedicaban a reclutar. Es significativo que, en el memorial citado anteriormente, Fastolf, él mismo uno de los grandes beneficiados por la guerra, hubiese de argumentar que «ninguno de los jefes debería en modo alguno pedir rescate, ni someter a tributo a ninguna comarca ni lugar por los que pase para conseguir lucro o beneficio para sí mismo». Con una aceptación cada vez más amplia de que el control efectivo de las tropas requería buenos líderes y una disciplina estricta, las cualidades asociadas con un buen liderato y una disciplina firme se hicieron temas habituales en gran parte de la literatura de alrededor de 1400. Para los ojos contemporáneos, era en la disciplina en lo que se basaba en gran parte la seguridad de los civiles. Pero la disciplina no era simplemente un asunto de control de los soldados por parte de sus jefes. A su vez, dependía de factores tales como la capacidad de pagar a las tropas adecuadamente y, sobre todo, con regularidad. De esta forma, cada vez se percibía con mayor claridad que la suerte de los civiles dependía de la solución a otros problemas. No podía ser aislada y resuelta por sí misma.

¿Cómo podía contribuir la ley a resolver esto? Como había sugerido Juvenal en la antigüedad, en realidad bastante poco. La ley de las armas *(jus armorum)* aunque fundada en la práctica militar habitual, estaba formulada para responder a las necesidades del soldado. Tampoco la ley secular podía alcanzar mucho, particularmente si la autoridad que la ejercía era débil, y a pesar de las ambiciones de aquellos que deseaban ver ampliada su autoridad. El último, y quizá único, recurso era el de la ley canónica que en los siglos X y XI había sido utilizada para proteger a los clérigos, monjas, mujeres y a la propiedad eclesiástica. Ahora, cuatro siglos más tarde, los hombres volvían de nuevo a este código que fue el que más se aproximó a conseguir proporcionar al no combatiente alguna forma explícita de protección legal. Hacia 1389, Honoré Bouvet, un monje experto en derecho canónico, prior de un monasterio benedictino en el sur de Francia, escribió su *L'arbre des Batailles* o *Árbol de las Batallas.* Entre otras cosas, Bouvet discutió la frecuencia de la violencia por parte de soldados armados contra los no combatientes indefensos. Su análisis del problema y las soluciones propuestas son de interés para nosotros. Los males de la guerra, argumentó Bouvet, nacían no de la guerra misma, sino de su uso

y práctica equivocados. Dado que las prácticas erróneas podían ser corregidas, se podía en consecuencia hacer algo a favor del no combatiente. Esto marcó un cambio de actitud: surge una voz que afirma que, mediante la observancia del derecho canónico, los excesos de la guerra podían ser evitados y cumplida la doctrina de la proporcionalidad. El viejo fatalismo estaba disminuyendo. Una vez más, la Iglesia y su ley universal protegería a la persona del no combatiente. Otros también, príncipes y jefes que ejercían responsabilidades militares, debían actuar de igual forma. El bien común de la comunidad exigía que el lugar del no combatiente fuese reconocido. Veamos a continuación lo que escribió Bouvet en concreto:

> Si ambos lados deciden ir a la guerra y se comienza por orden de los consejos de los dos reyes, los soldados pueden tomar los despojos del reino a voluntad y realizar la guerra libremente; y si alguna vez sufre el humilde y el inocente un daño y pierde sus bienes, este resultado no puede ser de otra manera... Los hombres valientes y sabios, sin embargo, deberán esforzarse, en tanto en cuanto puedan, en no hacer sufrir al pueblo simple e inocente, sino sólo a aquellos que hacen y continúan la guerra, y que se apartan de la paz.

Aquí, pues, había lo que parece ser una distinción importante. Bouvet parece estar argumentando que, en tiempo de guerra, mientras las posesiones físicas eran susceptibles de ser objeto de botín y saqueo, el no combatiente individual, supuesto que no hiciese la guerra y que actuase pacíficamente (esto es, que no ofreciese resistencia), no debía ser molestado. Más aún, aquellos implicados en ocupaciones pacíficas, los estudiantes que viajaban a la universidad o sus padres que iban a visitarles (se puede recordar la inmunidad reconocida siglos antes al comerciante o al peregrino cuando se encontraba en camino) debían poder viajar sin ser molestados. Bouvet utiliza a continuación el ejemplo del labrador y su caballo o sus bueyes. Dado que su ocupación era esencialmente pacífica, también ellos debían ser dejados tranquilos, o por lo menos así lo defendía. Sin embargo, incluso él se daba cuenta que, en tiempos de conflicto, la gente debía esperar sufrir las consecuencias físicas y morales de la guerra. En su afán de proteger al trabajador del campo, Bouvet era remiso a admitir que, en una sociedad en transformación, el labrador estaba contribuyendo al bien común y a la economía del país y, en consecuencia, al esfuerzo nacional de guerra, en una manera en que quizá su predecesor

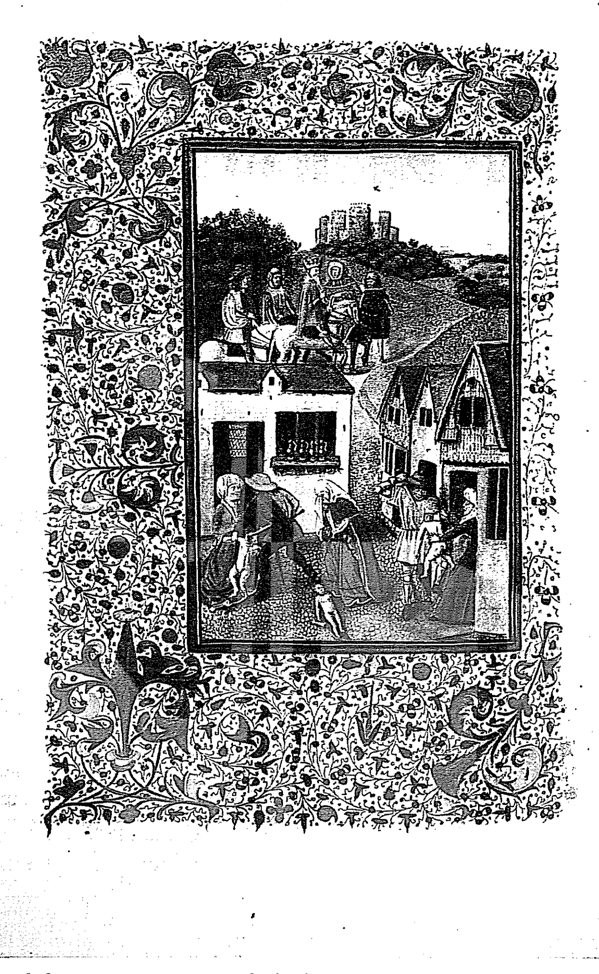
cuatro siglos antes no lo había hecho. ¿Estaba suficientemente sintonizado a la realidad del mundo fuera de su monasterio y era lo suficientemente realista y actual en sus posiciones? ¿Cuál debía ser la protección concedida al no combatiente productivo en tiempos de guerra? A finales del siglo XIV los hombres estaban comenzando a apreciar que aquí había una cuestión que necesitaba ser resuelta. Pero, hasta entonces, no existía una respuesta aceptable.

Sin embargo, la situación cada vez más difícil de los no combatientes indefensos estaba atrayendo comentarios cada vez más en simpatía con su situación. Muchos de los mejores escritores de Francia en este período, Eustache Deschamps, Guillaume de Machaut, Christine de Pisan, entre otros, escribieron para lamentar la falta de respeto que los soldados y oficiales mostraban frente a los civiles. Cuando, alrededor de 1416, un normando, Alain Chartier, escribió acerca del efecto de la guerra sobre la sociedad, lo hizo describiendo la reacción de cuatro mujeres ante la suerte de sus esposos en la reciente batalla de Agincourt. Uno estaba muerto, el otro era prisionero, el tercero estaba desaparecido y el último había huido del campo de batalla. El texto *Le Livre des Quatre Dames* es un análisis detallado y sutil de las reacciones de estas mujeres con respecto al destino de sus compañeros. De este texto aprendemos mucho sobre los efectos de la guerra en los no combatientes normales y corrientes, en este caso mujeres, convertidas en víctimas de la guerra, no a través de algo hecho a sus personas, sino porque sus maridos sufrían las consecuencias de haber tomado las armas y haber marchado a la guerra. Aprendemos, también, acerca de la simpatía del autor por las dificultades en que estas personas se encontraban. Chartier se mostraba perfectamente consciente de la angustia mental causada por la guerra. Al hacerlo así, añadía una nueva dimensión a la imagen más prosaica del sufrimiento físico que la que los cronistas presentaban en sus obras. Incluso a esta distancia en el tiempo su historia es conmovedora.

Las obras de los poetas, los análisis de los comentaristas sociales, los libros de consejos a los reyes, todos presentan pruebas importantes sobre el crecimiento de la conciencia pública sobre la experiencia del no combatiente en tiempo de guerra. Incluso los artistas añadían sus comentarios sin palabras sobre los efectos de la guerra en la población no combatiente. Los manuscritos ilustrados describen vivamente a los soldados en busca de botín o entregados al saqueo de objetivos que claramente no son militares, o dedicados al asedio de ciudades con aspecto próspero cuya captu-

ra va a rendir una rica cosecha financiera y llevar la muerte a aquellos que se han resistido. También son muy significativas las representaciones de otra escena del evangelio de Mateo, la matanza de los inocentes, que han llegado hasta nosotros en número considerable. En las pinturas como las de Giotto, en el convento franciscano de Asís, la representación de las madres que tratan de salvar a sus hijos de los atacantes sirven para subrayar, en forma visual, la hostilidad muy extendida de la sociedad frente al soldado, el horror ante la muerte de niños inocentes, así como la reacción habitual a la experiencia terrible de las mujeres afectadas. No resulta sorprendente que la festividad de los Santos Inocentes fuese muy popular a final de la Edad Media.

Tratar de estudiar, en el espacio de un breve capítulo, un tema tan complejo y que merece mucha más consideración es cometer una injusticia. Una contribución de este tipo sólo puede señalar dónde se encuentran las distintas alternativas. A lo largo de varios siglos, en la Edad Media se desarrolló una idea más clara sobre quién era el no combatiente. El concepto de este sujeto evolucionó porque el no combatiente estaba implicado en dos importantes cambios: uno, la aparición de un mundo ordenado, dirigido por la ley; el otro, el desarrollo de una sociedad en la cual la guerra aumentaba constantemente su importancia de forma que se convirtió en una actividad de la que muy pocos podían escapar. Estaba llegando una sociedad en la cual el soldado y el no combatiente, el activo y el pasivo, vivían en una relación conceptualmente difícil. La posición del no combatiente, particularmente en tiempo de guerra, era una cuestión moral y legal. Finalmente, los juristas tratarían de resolver esta cuestión a través del derecho internacional, a su vez heredero de la postura defendida por el derecho canónico siglos antes. Mientras tanto, aunque el derecho no era siempre efectivo para evitar la violencia contra el civil, existieron siempre aquellos que resultaron conmovidos por la inocencia de las víctimas no combatientes durante la guerra. Uno de los primeros episodios de la Guerra de los Cien Años fue la destrucción, en gran parte por el fuego, de un área cercana a Cambrai, donde la población local sufrió unas consecuencias terribles. Fue en respuesta a esta tragedia por lo que el papa Benedicto XII ordenó que se enviasen 6.000 florines de oro para alivio de las víctimas. En su destino, el dinero fue distribuido a través de la colaboración práctica de los eclesiásticos, teniendo cuidado de que llegase a las manos de aquellos que se encontraban más necesitados, las víctimas verdaderas de la guerra, más que a las manos de los de siempre. Una actuación de este



Junto con la frecuentemente representada «huida a Egipto», la «masacre de los inocentes», llevada a cabo por soldados que además estaban al servicio de un rey, subrayaba lo que podía ocurrir cuando la vida tranquila de un pueblo quedaba perturbada brutalmente por hombres armados y con escaso respeto para las personas.

tipo tiene una gran actualidad, nos posibilita destacar que si bien no fue capaz de evitar que se repitiesen atrocidades de este tipo, la caridad dispensada por el papa mostraba que existía una conciencia humanitaria, reflejando la amenaza que la guerra presentaba a la población no combatiente y que, en respuesta a esta conciencia presente en la cristiandad, existía una posibilidad de actuación cuando lo exigía la necesidad.

Normalmente por debajo de la superficie, pero apareciendo por encima con una frecuencia cada vez mayor, existía un sentido de hostilidad creciente a los efectos aparentemente sin sentido que la violencia de la guerra causaba al *petit peuple,* de forma que se expresaban sentimientos como ideas que eran, en esencia, pacifistas. Hacia finales del siglo XV, la oposición a esta violencia, algunas veces asemejada a una situación en la que el pueblo sufría el tormento de la crucifixión, estaba siendo tratada



Un *Landsknecht* supervisa un ataque a unas mujeres y la matanza de sus hijos, uno de los cuales ha sido empalado en una espada según lo que se consideraba era una práctica común de los turcos. La representación de espaldas del soldado nos impide ver con precisión qué clase de emoción, si existe, le está causando la escena, pero su postura firme y autoritaria ilustra perfectamente al espectador.

por comentaristas sociales extremadamente críticos. ¿Qué podía significar la paz si los hombres comunes continuaban sufriendo en manos de los soldados? Se necesitaban líderes para redimir al pueblo de este tormento que demasiada gente estaba sufriendo. Por medio de diferentes procedimientos, los artistas denunciaban las atrocidades de la soldadesca indisciplinada. La guerra podía aparecer como algo dulce para aquellos que nunca se habían visto involucrados (*Dulce bellum inexpertis,* como escribió Erasmo de Roterdam a comienzos del siglo XVI), pero aquellos que la habían experimentado directamente sabían que la rea lidad era muy distinta. La voz del gran humanista no era sino una más en un coro de protesta que crecía en su denuncia de la guerra, señalando sus efectos y, en particular, los sufrimientos de aquellos para los que la vida era ya suficientemente dura sin añadir la necesidad de defenderse contra hombres que se aprovechaban de su vulnerabilidad para atacarles y arrebatarles su medio de vida.

Capítulo XIII

Armas de fuego, pólvora y ejércitos permanentes

Maurice Keen

En 1471, Jean de Bueil, viejo veterano de la guerra de los Cien Años, estaba presente en el consejo de guerra del rey francés Luis XI cuando los borgoñones invadieron Francia. «La guerra se ha convertido en algo muy diferente» comentó. «En la época de nuestros padres, cuando disponíamos de ocho o diez mil hombres se estimaba que era un gran ejército: ahora la situación es totalmente diferente. No se ha visto jamás un ejército más numeroso que el de mi señor de Borgoña, tanto en artillería como en municiones de todo tipo; el vuestro es, también, el mejor que se haya nunca reunido en este reino. En cuanto a mí, no estoy acostumbrado a ver tantas tropas reunidas.» Las agudas observaciones de De Bueil revelan los dos cambios más importantes que, al final de la Edad Media, estaban alterando de forma visible la faz de la guerra. Uno era la capacidad de los gobiernos para reunir fuerzas militares en una escala sin precedentes manteniendo un número sustancial de tropas con carácter permanente. El otro cambio era el creciente protagonismo de «la artillería y las municiones», es decir, de las armas de fuego y de la pólvora.

Dos encuentros en el año 1453, cuando Jean de Bueil se encontraba en la cúspide de su carrera como soldado, parecen predecir la forma en que, veinte años más tarde, pensaba que el cambio se estaba produciendo. Uno fue la batalla de Castillon, el acto final de la guerra de los Cien Años, cuando las columnas cerradas de John Talbot, atacando el campo atrincherado francés, fueron diezmadas por el fuego cruzado de las armas de Jean Bureau, maestre de artillería en el nuevo ejército que Carlos VII había estado

formando desde 1445. El otro acontecimiento fue el asedio y la captura final de Constantinopla por los turcos. Durante casi un año antes del asedio, el sultán Mehmed II, con la ayuda del fundidor de cañones húngaro Urbano, había estado proveyéndose de una gran cantidad de artillería, incluyendo una gran bombarda con un tubo de unos ocho metros de largo. Durante las seis semanas de bombardeo sus cañones abrieron grandes brechas en las famosas murallas de Constantinopla que tantas veces habían desafiado el esfuerzo de los asaltantes. Los otomanos tenían una gran ventaja en número así como en artillería, y en la noche del 29 de mayo, después de una dura pelea, la ciudad fue tomada al asalto.

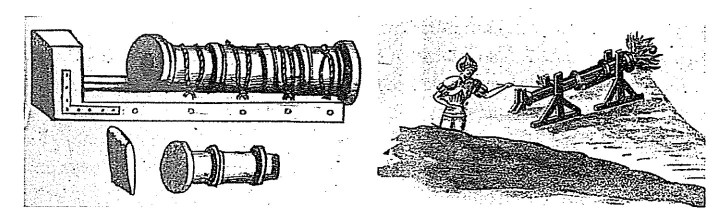
Expresado de forma sucinta, las lecciones que se pueden obtener de estos dos dramáticos episodios parecen mucho más claras de lo que lo fueron en su día. Castillon no fue en ningún sentido una victoria de la artillería de campaña. Talbot cometió el error de lanzar su ataque sobre un campo fortificado, exponiendo a sus tropas al fuego cruzado de los cañones que Bureau había traído para derribar las murallas de Castillon, y no para un encuentro en campo abierto. Tampoco fue la captura de Constantinopla fácil para la artillería. Unos días antes del asalto final, Halil Pasha, el viejo y apreciado consejero de Murad, padre de Mehmet, recomendaba con insistencia que el asedio, que no parecía ir hacia delante, fuese abandonado antes de que llegase ayuda desde el oeste y dejase al sultán ante el peligro de una humillante derrota. Y cuando, veintisiete años más tarde, en 1480, el subordinado de Mehmed, Mesic Pasha, con una artillería aún mayor y una superioridad comparable en cuanto al número de tropas, sometió a la fortaleza de la Orden Hospitalaria en Rodas a dos meses de bombardeo logrando quebrar sus murallas, su asalto final una vez más fue contestado con el resultado de grandes pérdidas. La pólvora y los grandes ejércitos estaban forzando el cambio a un ritmo más evolutivo que revolucionario, ni tan rápido ni de forma tan aguda como los famosos enfrentamientos de 1453 podrían sugerir a primera vista.

Hacia 1450, la artillería de pólvora tenía ya una historia importante. La fórmula básica para la obtención de la pólvora, mediante la mezcla de carbón vegetal, azufre y salitre, era conocida por Roger Bacon en el siglo XIII. La primera referencia a las armas de fuego es la autorización por escrito de la *Signoria* de Florencia, en 1326, del forjado de «cañones de hierro» destinados a la defensa de la ciudad. Muy pronto se harían frecuentes las referencias al forjado de cañones, la fabricación de balas de

piedra y a la compra de material para la confección de la pólvora en todo tipo de documentos, especialmente en los archivos de las ciudades. Hacia la década de 1370 las armas de fuego ganaban cada vez más protagonismo en la guerra de asedio.

Desde el principio muchos cañones fueron fabricados en bronce. La fundición de campanas era una técnica bien asentada, y los fundidores podían convertirse con facilidad en fundidores de cañones. Los primeros cañones de los que tenemos conocimiento eran piezas relativamente ligeras, pero dado que su principal potencial descansaba en su empleo en operaciones de asedio, existía un interés natural por conseguir un aumento en su tamaño, y, de esta forma, aumentar el alcance y la fuerza de los proyectiles disparados. La tendencia hacia un tamaño mayor se convierte en algo notorio al final del siglo XIV, siendo el hierro forjado, y no el bronce, el material más utilizado. Se calentaban una serie de barras de metal y se unían mediante golpes de martillo alrededor de un núcleo de madera (que luego se extraía) para ser rodeado posteriormente de aros metálicos hasta formar un tubo o ánima. Normalmente se trataba de piezas de retrocarga. La carga de pólvora se colocaba en una recámara de metal, a menudo tan larga o más que el ánima. Encastrada mediante un taco de madera, esta recámara estaba sujeta con una cuña a la parte de atrás del tubo, el taco descansando contra el proyectil o bolaño, y todo colocado sobre el carril de la estructura de madera sobre la que estaba montado el cañón. Después quedaba listo para ser disparado mediante un orificio en la recámara. Mediante la disponibilidad de varias recámaras, que podían cargarse por adelantado, el ritmo de fuego podía ser incrementado. Grandes bombardas de este tipo –y cañones en general– se transportaban en carros y se montaban para su uso sobre un armazón o marco de madera. Un relato de Nuremberg de 1388 señala que se necesitaban doce caballos para tirar del carro que llevaban el ánima y las recámaras del gran cañón *Kreimhild* (a los cañones de esta época se les daba a menudo nombres individuales: eran personalidades por derecho propio en el escenario bélico). Además, se necesitaban diez caballos para transportar el soporte, cuatro para llevar la polea (necesaria para colocar el cañón en su posición), veinte para los carros cargados con las balas de piedra (560 libras de peso por unidad) con una energía de dos quintales cada una. Eran unas armas muy pesadas y caras.

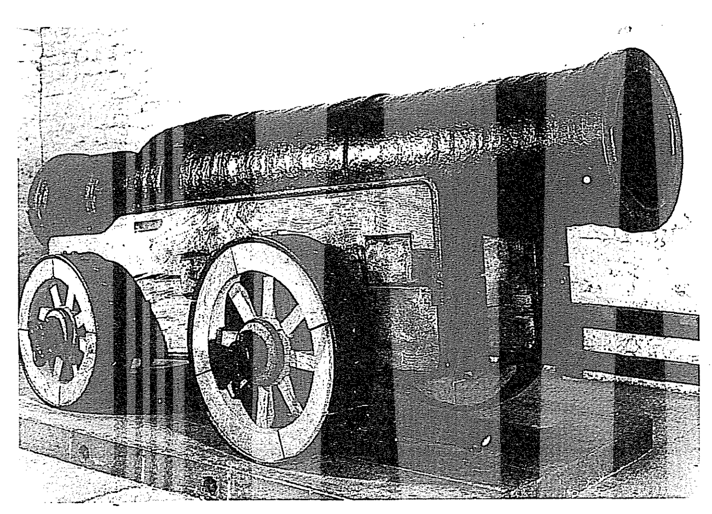
Se dieron muchos accidentes con los primeros cañones debido a los tubos que estallaban o a que la cuña que sujetaba la cámara salía volando



El primero de estos dibujos muestra un cañón primitivo montado sobre un soporte acanalado de madera junto con (más abajo) la recámara y la cuña que se utilizarían más tarde para sujetar firmemente la recámara contra el tubo. El segundo dibujo muestra un cañón similar montado sobre una estructura de madera para ser disparado.

en el momento del disparo. Jaime II de Escocia, muerto cuando la recámara de una bombarda explotó en el asedio de Roxburg en 1460, fue únicamente la víctima más distinguida. Pero con la experiencia la habilidad técnica creció rápidamente, tanto en lo que respecta a la fabricación de las armas de fuego y de proyectiles como en la preparación de la pólvora. Desde alrededor de 1420, se hizo habitual el uso de pólvora «en grano», mojada con vino o con alcohol, elaborada en forma de gránulos y secada posteriormente mejorando enormemente la combustión. Al mismo tiempo, la producción de pólvora a gran escala permitió bajar los precios sustancialmente. A mediados del siglo XV, los artilleros franceses utilizaban ya habitualmente balas de hierro, mucho más eficaces contra la obra de construcción que las de piedra. Después de mediados de siglo, la moda por el gigantismo –en referencia a piezas como las grandes bombardas fundidas por el húngaro Urbano para el sultán Mehmed o el famoso cañón «Mons Meg» (hacia 1460, con calibre de 20 pulgadas, una longitud superior a los cuatro metros y con un peso de cinco toneladas)– empezó a desvanecerse; se encontrarón mejores medios para alcanzar los mismos fines.

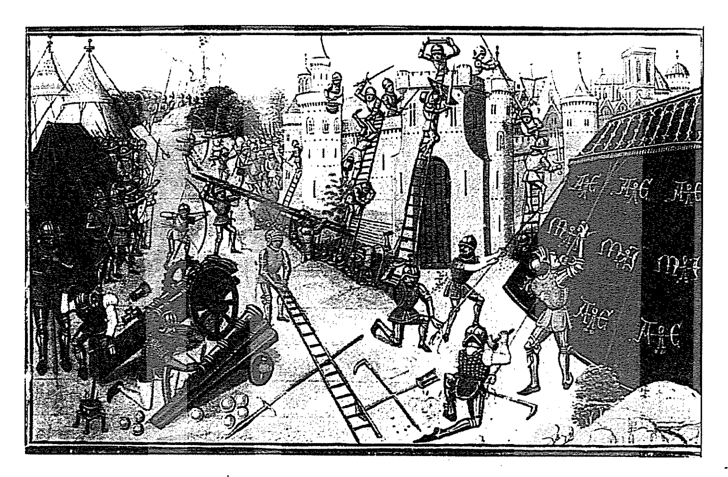
Los cañones del impresionante tren de asedio que acompañó al ejército de Carlos VIII cuando invadió Italia en 1494 eran más ligeros y de menor calibre pero no menos eficaces. Las recámaras eran de longitud reducida en relación con el ánima; la mayoría de los cañones eran de bronce y muchos estaban hechos de una sola pieza y se cargaban por la boca. Los tubos además estaban fabricados con pasadores (salientes metálicos a cada lado) de forma que pudiesen ser montados sobre sus propios ele-



«Mons Meg», una gran bombarda de 1460, ahora en el castillo de Edimburgo, construida a partir de barras de hierro de 2,5 pulgadas de grueso, unidas las juntas mediante calor, con anillos unidos de la misma forma y hechos de igual material. La recámara se atornilla al tubo, y tiene cortes en forma de V para la inserción de enganches con este fin. No se conoce cuándo llegó a Escocia, pero estaba allí en 1497, cuando se construyó un nuevo «cradill» (cureña) para su transporte (la cureña que aparece en la ilustración es moderna).

mentos de transporte o cureñas (de dos ruedas y a veces de cuatro para las piezas más grandes) y girados hasta el ángulo adecuado para hacer el disparo. Esto incrementaba de gran manera su movilidad: la artillería de Carlos podía mantener el ritmo de avance de su ejército. «Lo que sobre todo inspiraba terror eran los 36 cañones con sus vehículos de transporte, movidos por caballos a una velocidad increíble» escribió un observador asombrado ante la dimensión de las huestes del rey. El número de caballos de tiro necesarios para mover tal cantidad de artillería era enorme, naturalmente.

El impacto de las armas de fuego en la forma de hacer la guerra de asedio tardó mucho tiempo en tener un efecto decisivo. Existieron numerosas razones para esto. Los cañones pesados eran instrumentos difíciles de manejar y el transporte (salvo por agua) era forzosamente muy lento (ver capítulo VIII).



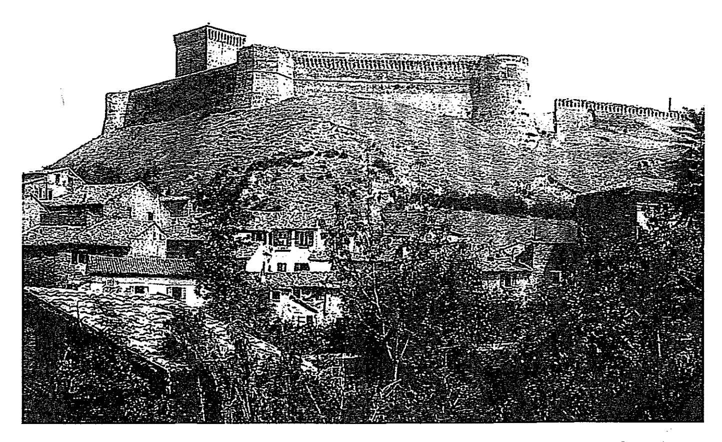
Sitio de un castillo en el siglo XV: de una miniatura por Loyset Liedet en un manuscrito iluminado (hacia 1470) de la *Histoire de Charles Martel.* Los dos cañones ligeros (uno montado con dos tubos) han sido acercados a las murallas; el hornillo en la parte delantera calienta las barras de metal que se utilizan para aplicarlas a los orificios de los cañones y provocar el disparo.

En las campañas de Gascuña y del Maine en la década de 1420, sin embargo, la artillería inglesa probó ser significativamente efectiva; y en la campaña de Carlos VII en 1449-50 para la conquista de Normandía, la fuerza de los franceses en cuanto a artillería fue un factor decisivo. «Tenían tan gran número de grandes bombardas, grandes cañones... ribadoquines y culebrinas, que nadie puede recordar a ningún rey cristiano con tal artillería, ni nadie tan bien provisto de pólvora, escudos y todos los demás instrumentos necesarios para aproximarse y tomar castillos y ciudades» escribió Berry Herald. Para traer los cañones hasta el punto en que su alcance fuese efectivo, los hermanos Bureau estaban ya utilizando los métodos descritos un poco más tarde por Jean de Bueil, construyendo trincheras de un punto a otro de forma que fuese posible aproximar los cañones hasta quedar a cubierto del fuego enemigo y mantener protegida el área de actuación entre las unidades propias. En Rouen en 1449, cuando el duque de Somerset vio desde la ciudadela «las grandes trincheras que se estaban excavando alrededor del palacio,

tanto en los campos como en la ciudad, y cómo se iban emplazando bombardas y cañones por todos lados» perdió el ánimo y comenzó las negociaciones para la rendición. En 1450 la ciudad de Harfleur, que en 1415 había resistido a Enrique V durante seis semanas, se sometió después de haber sido bombardeada durante diecisiete días. Los capitanes ingleses de muchos otros lugares, reconociendo que sus murallas no podían enfrentarse a la artillería colocada frente a ellos, no esperaron a que comenzasen los bombardeos, sino que al igual que Somerset capitularon bajo determinadas condiciones. Los franceses tardaron sólo un año en recuperar el condado de Normandía, conquistado con un elevado gasto en «sangre y dinero» y que los ingleses habían defendido tan tenazmente en campañas anteriores.

La artillería también fue relativamente decisiva en las campañas españolas en la década de 1480 para la reconquista de Granada, y en la campaña relámpago de conquista del reino de Nápoles por parte de Carlos VIII en los años 1494-95. Las murallas medievales eran demasiado altas y demasiado delgadas para resistir los bombardeos prolongados. Podían ser rebajadas en altura y reforzadas, naturalmente, y los huecos para los arqueros podían ser modificados para hacer troneras para los cañones de los defensores pero, como ha escrito Richard Jones, «no se puede decir que se hayan construido fortalezas para la artillería antes de 1450». Poco después de esto, sin embargo, las medidas de ingeniería defensiva empezaron a practicarse cada vez más, de forma que se restablecería una nueva relación de fuerzas en un sentido más favorable para los sitiados.

Las murallas fueron protegidas mediante acumulación de tierra, de forma que se reducía la vulnerabilidad de la altura, y la parte superior de las murallas se amplió, de forma que fuese posible instalar cañones. Las torres a lo largo del circuito amurallado fueron levantadas de nuevo de acuerdo con un nuevo diseño, haciéndolas más bajas, con una amplia área en la parte superior para que sirviese de plataforma para los cañones y para que proporcionase a las piezas pesadas un ángulo amplio de fuego, amenazando las concentraciones de sitiadores. Más cerca del nivel del suelo era posible perforar estas murallas con troneras para los cañones, por lo que un asalto podía ser hostigado con fuego cruzado desde los flancos. Estas medidas adelantaron el desarrollo, a partir de Italia, del «bastión en ángulo», reemplazando a la torre redonda. Su diseño angular redujo enormemente la vulnerabilidad de toda la estructura al exponer una fachada mínima al bombardeo frontal. Hacia la década de 1520 el asalto



La *Rocca Malatestiana,* castillo situado en Cesena, mostrando un temprano bastión en forma de torre angular (hacia 1466), en las murallas, al mismo nivel y cerca de la entrada. Los bastiones de construcción posterior eran a menudo de un diseño angular considerablemente más complejo.

estaba en camino de convertirse de nuevo en el trabajo lento y penoso de la época anterior a la pólvora. Fue únicamente en un período relativamente corto, desde alrededor de mediados del siglo XV hasta su final, cuando los atacantes tuvieron la iniciativa verdaderamente, aunque todo continuó dependiendo de en qué medida las ciudades y los príncipes se habían sentido capaces o inclinados a hacer frente a los costes de construir fortalezas nuevas y más adecuadas.

Hacia el comienzo del siglo XVI, la artillería, como consecuencia de su mayor movilidad, había comenzado a ser importante sobre el campo de batalla (ver más adelante). Mucho antes, las armas de fuego manuales habían comenzado a ser decisivas en la batalla. Las primeras culebrinas manuales eran una especie de mini-cañón con un orificio para prender la pólvora, sujetas al palo de una pica y apoyadas en una horquilla para el disparo. Juan Zizka, líder bohemio de la guerra de los Husitas, hizo un buen uso de los tiradores individuales armados con culebrinas en sus *Wagenburgen*, el círculo de carros que formaba una especie

de fortaleza móvil (ver capítulo VII). Sus tiradores individuales estaban de pie dentro de los vehículos, cuyos laterales servían como un excelente apoyo para sus armas: los carros podían ser también montados con cañones ligeros; mientras que los hombres armados con picas y los alabarderos se refugiaban detrás de los carros, listos para cargar cuando el enemigo que avanzaba hubiese sido detenido y dispersado por el fuego de las armas y por los arqueros. Los *Wagenburgen* de Zizka demostraron que podían tener un éxito formidable contra los ejércitos alemanes enviados en su contra. A diferencia de los húngaros, o de los rusos en sus guerras contra los tártaros, los alemanes aprendieron poco de esta experiencia.

El cañón de mano era un arma incómoda y muy poco precisa. El arcabuz, cuyo uso se fue extendiendo de forma constante desde mediados del siglo XV en adelante, tenía posibilidades mucho mayores. Un tubo de metal montado sobre una sujeción de madera apoyado en el hombro, disparado mediante un orificio para encender la pólvora y un mecanismo de encendido, no era un arma difícil de manejar. Su bala tenía un poder de penetración considerable y era bastante preciso. Llevaba un tiempo para recargar, y fue por esto sin duda por lo que le llevó también algún tiempo para desplazar a la ballesta como el arma favorita de la infantería. Sin embargo, su potencial había sido apreciado muy pronto. En la década de 1470 Carlos el Temerario de Borgoña ya tenía un buen número de arcabuceros a su servicio. Su contemporáneo el rey Matías de Hungría era decididamente partidario de este tipo de arma: «tenemos como norma que un quinto de la infantería debe ser *arquebusiers*». Posteriormente, en las guerras en Italia, los españoles en particular harían un uso muy eficaz de estas armas.

«En cuanto a mí, no estoy acostumbrado a ver tantas tropas juntas. ¿Cómo puedes impedir el desorden y la confusión en una masa de tal categoría?». De esta forma se expresaba Jean de Bueil. Había ciertamente algo novedoso en el tamaño de los ejércitos que los reyes y príncipes habían reunido en la última parte del siglo XV, en lo relativo a su disciplina, entrenamiento y las condiciones prevalentes en lo que respecta al servicio. Esto no era, sin embargo, consecuencia de ninguna nueva percepción radical con respecto al potencial político de la fuerza militar. El cambio parece más bien reflejar una reacción puntual ante circunstancias y problemas particulares. En el asunto de mantener fuerzas en un estado per-

manente de preparación para las operaciones, el sistema inglés de los Lancaster para la defensa de la Normandía conquistada, así como la práctica creciente entre las ciudades-estado italianas, y en particular de Venecia (ver capítulo X) en cuanto a retención de los *condottieri* a más largo plazo, sentó las bases que pudieron ser influyentes por su ejemplo.

Numéricamente, el turco era el ejército más poderoso de los que operaban en Europa al final de la Edad Media. Para sitiar Constantinopla, el sultán Mehmed reunió una fuerza de quizá 80.000 combatientes. El imperio otomano, que tenía su origen en una confederación de grupos *ghazi* («guerreros sagrados») en la frontera entre el Bizancio cristiano y el islámico, era prácticamente un estado organizado para la guerra. Los *sipahis* de Anatolia y de Rumelia (las provincias europeas), jinetes asentados en feudos sin carácter hereditario, con la obligación de suministrar un número fijo de hombres a caballo, eran combatientes con experiencia, rápidamente movilizables por sus portaestandartes regionales *(sancak bey)*. Las tropas de elite del sultán eran los jenízaros, organizados por Murad, padre de Mehmed. Eran reclutados mediante levas regulares que se realizaban cinco veces al año, las «levas de niños» entre los cristianos súbditos de los otomanos y entrenados en una devoción fanática al Islam y a la llamada de las armas. En el reinado de Mehmed su número se elevó desde 5.000 en los primeros años hasta 10.000 hacia 1472. Ningún dirigente europeo intentó jamás mantener una fuerza personal en una escala ni remotamente comparable. La caballería era la fuerza predominante en el ejército turco, pero, como hemos visto, Mehmed tenía una artillería formidable: utilizó muy bien a los fundidores de armas de fuego cristianos, renegados o cautivos, como Urbano de Hungría y Jorge de Nuremberg.

Fue en respuesta a la amenaza otomana por lo que el rey Matías de Hungría (1458-90) se lanzó a establecer una fuerza militar de carácter permanente. Era especialmente fuerte en cuanto a caballería ligera («húsares», ver capítulo IX); y Matías también vino a disponer de una respetable artillería, incluyendo treinta poderosas bombardas. Se trataba de un ejército en gran parte mercenario. Aparte de Hungría, eran Moravia y Bohemia (de donde procedía la famosa «Compañía Negra»), junto con Serbia y Bosnia, importantes países de reclutamiento. Reforzado por los contingentes procedentes de los *voivodes* de Moldavia y Valaquia, poderosos en cuanto a infantería, el rey Matías podía reunir un importante ejército de campaña que estaba bien curtido por sus repetidas expedi-



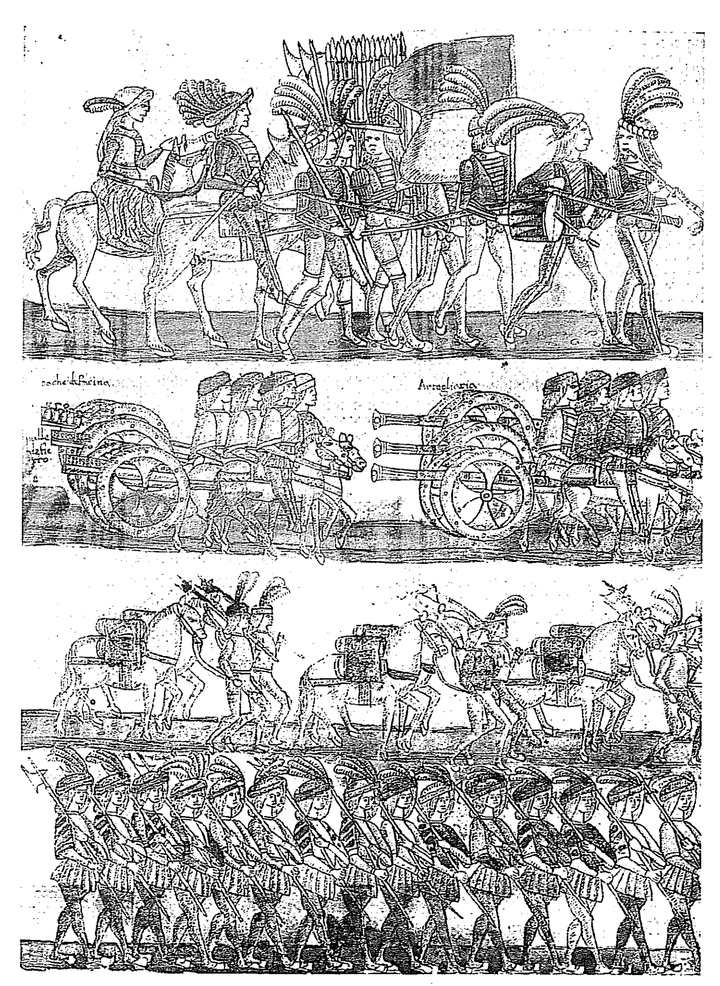
El sultán Mehmed II (1451-81), conquistador de Constantinopla (1453). En el suroeste de Europa sus ejércitos sometieron a Morea, Serbia, Bosnia y Albania a la autoridad turca, y amenazaron Hungría. Sus asedios de Belgrado (1456, resistido por los húngaros) y de Rodas (1480, resistido por los caballeros de San Juan) no tuvieron, sin embargo, éxito.

ciones (tan frecuentemente en contra de los vecinos cristianos de Bohemia, Austria y Polonia como contra los turcos). La dificultad estaba en recaudar el dinero para pagar a sus soldados. G. Rázsó ha calculado que, con un ingreso anual de 900.000 ducados, Matías necesitaba apartar 400.000, teniendo en cuenta los niveles de paga de la época, a fin de mantener una fuerza de 15.000 mercenarios. La carga fiscal era de una cuantía que no se podía mantener indefinidamente y su ejército fue disuelto después de su muerte. Era una leva comparativamente no profesional, reclutada a la manera medieval, que en 1526 resultó derrotada por los turcos en Mohacs.

Los verdaderos fundadores en occidente de los ejércitos permanentes, que dominarían los campos de batalla de Europa, fueron los Valois reyes de Francia, cuyo éxito en canalizar suficientes fondos para pagar a sus soldados fue la clave para conseguir sus logros. La inspiración para las medidas toma-

das en 1445 por Carlos VII, el padre fundador de este ejército permanente, no fue, sin embargo, la percepción de la necesidad de un nuevo tipo de fuerza. Fue más bien la oportunidad que la breve tregua acordada el año anterior parecía ofrecer para limpiar el reino de las peores agrupaciones de soldados de fortuna, que durante años habían vivido a costa del país hasta llevarlo a la ruina, y para llegar a un control real efectivo de toda la soldadesca que seguía bajo las armas al final de la tregua. Se nombró e instruyó a una serie de capitanes para seleccionar a las mejores tropas de las compañías existentes y para supervisar la disolución de las restantes. No había una expectativa generalizada en 1445 de que las tropas entonces retenidas seguirían en servicio o de que los impuestos *(tailles)* establecidos para asegurar su pago con regularidad continuarían una vez que hubiera desaparecido la amenaza de una urgencia militar. Después de las concluyentes victorias de los franceses sobre los ingleses en Normandía en 1449-50, y en Gascuña en 1451 y 1453, las tropas no fueron disueltas, y la *taille* siguió siendo recaudada. Así, pues, apareció un ejército permanente en Francia y los reyes franceses, al contrario que los reyes húngaros, fueron capaces de continuar obteniendo los recursos fiscales suficientes para continuar manteniéndolo un año tras otro.

La *ordonnance* de Carlos VII de 1445 establecía quince *compagnies d'ordonnance* para los territorios de la Langue d'oïl a lo que se añadieron cinco más para la zona del Languedoc. Cada compañía consistía en teoría en 100 «lanzas», una unidad de seis hombres a caballo, con un hombre en armas (un caballero fuertemente protegido por armadura), un *coutillier* (armado con una espada y un cuchillo), un paje, dos arqueros y un *valet*. El capitán de la compañía, en tanto que oficial pagado por la corona, era responsable de mantener el número total de sus hombres y su disciplina. Fuera de los períodos de movilización, los componentes de las unidades eran acantonados a costa de la comunidad en las diferentes ciudades con guarnición. Por medio de una *ordonnance* de 1448, estas tropas a caballo fueron reforzadas con una reserva de infantería de *francs archers*, reclutados sobre la base de un arquero equipado por cada cincuenta hogares. Más tarde, en el reinado de Luis XI, esta infantería fue reforzada mediante el reclutamiento de hombres armados con picas, en vez de arqueros de las provincias, y poniendo en la nómina real un cuerpo importante y más profesional de piqueros suizos. Durante el resto del siglo XV y el comienzo del siglo XVI, la infantería de tipo mercenario, los *Landsknechte* suizos y alemanes, siempre constituyeron un elemento significativo del ejército francés. Las importantes necesidades de la artillería real de asedio

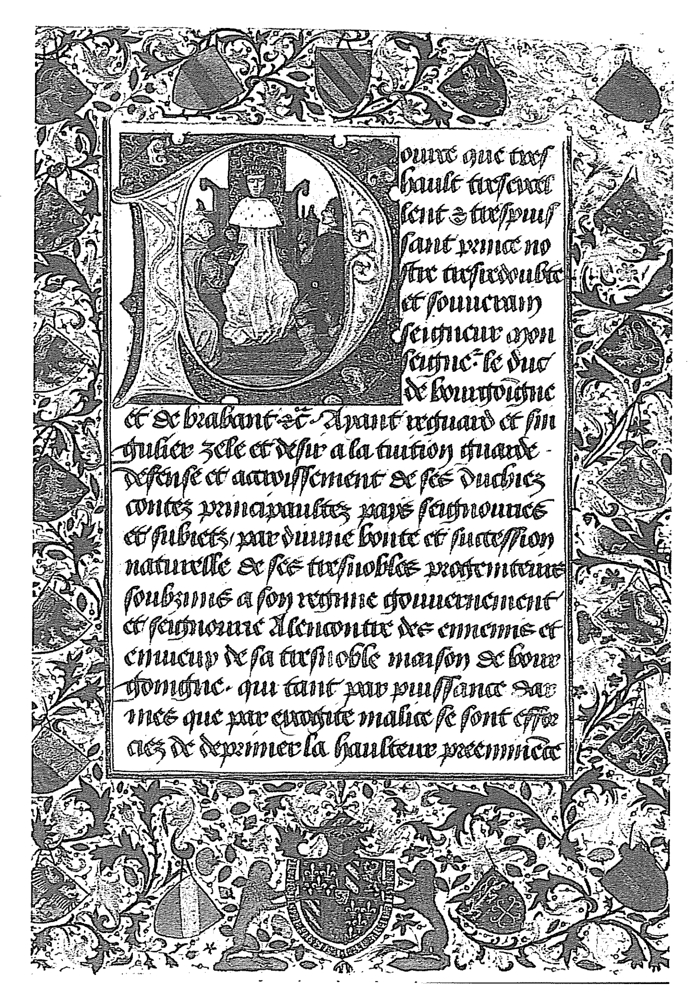


Unidades del ejército real de Francia durante la entrada de Carlos VIII en Nápoles en 1495. La ilustración muestra el transporte de un estandarte, un flautista y un tambor, caballos de carga con impedimenta y un cañón sobre ruedas («tirado por caballos a una velocidad extraordinaria»). Los carros que vienen detrás transportan sacos de pólvora y balas *(palle de tiero);* los infantes a pie llevan el uniforme de sus compañías.

daban lugar también a que adicionalmente fuesen movilizados en tiempo de guerra gran número de carreteros y de zapadores (para excavar fortificaciones, trincheras de asedio y labores de minado).

El ejército borgoñón que el duque Carlos el Temerario (1467-77) intentó establecer mediante una serie de ordenanzas entre 1468 y 1473, seguía el modelo francés. El núcleo estaba formado por una fuerza de 1.250 lanzas, «según la ordenanza», divididas en compañías de aproximadamente 100 lanzas cada una. Cada lanza estaba compuesta por tres infantes, un ballestero, un hombre a cargo de una culebrina (o un arcabuz) y un hombre armado con una pica. Con el objeto de complementar el servicio prestado por los hombres de sus propios territorios, Carlos reclutó lanzas a gran escala en Italia y también en Inglaterra y en Alemania. También se ocupó de organizar una artillería formidable (tenía consigo unos 400 cañones en la batalla de Morat en 1476). Aunque la mayoría de los capitanes nativos al servicio de Carlos provenían de familias distinguidas, eran nombrados, como en el ejército francés, no por sus feudos o por su categoría social, sino como oficiales del duque, y sobre la base de una paga regular para ellos y para sus hombres, de acuerdo con los niveles estipulados (tanto en el ejército francés como en el borgoñón, esto hacía atractivo el servicio en la fuerza armada para la *noblesse*). El nombramiento de los capitanes era de un año y tenía el carácter de revocable. En el momento del nombramiento recibían un *baton* de mando y un libro, conteniendo las ordenanzas para la guerra, «encuadernado en color carmesí con un cierre dorado con las armas ducales».

A pesar de que las sucesivas derrotas de Carlos sugieren que poseía sólo un talento mediocre para el mando, en el mejor de los casos, en la esfera de la organización militar sí mostró una habilidad auténtica así como entusiasmo. Sus ordenanzas de 1473 desarrollaban cuidadosamente la organización de base de sus compañías, señalando que cada una debería estar dividida en cuatro escuadrones a las órdenes de un *chef d'escadre* y subdivididas en cuatro «cámaras» de cinco jinetes fuertemente armados dirigiendo a sus «lanzas». Con objeto de mantener el orden en la marcha, y en el campo de batalla, cada capitán debería tener su enseña distintiva; cada escuadrón debería llevar un gallardete (o pendón) con el mismo dibujo, bordado con la letra C para el primer escuadrón, con dos Ces para el segundo y así sucesivamente. El jefe de cada cámara llevaba una banderola sobre su celada (casco) con un «objeto pintado... numerado I, II, III, IV, respectivamente, debajo de la C del escuadrón».



Pource que tres
hault tres excel
lent & tres puis
sant prince no
stre tres redoubte
et souverain
seigneur mon
seigneur le duc
de bourgoingne
et de brabant &c. Avant regard et sin
gulier zele et desir a la tuition garde
defense et accroissement de ses duchiez
contes principaultez pays seignouries
et subiets par divine bonte et succession
naturelle de ses tres nobles progeniteurs
soubzmis a son regime gouvernement
et seignourie Alencontre des ennemis et
envieux de sa tres noble maison de bour
goingne qui tant par puissance dar
mes que par exquise malice se sont effor
ciez de deprimer la haulteur preeminence

Texto de la ordenanza militar de Carlos el Temerario de 1473: la mayúscula inicial muestra al duque entregando las copias encuadernadas a los capitanes de las compañías recientemente organizadas «según la ordenanza». Los márgenes están decorados con las armas de Borgoña y de sus otros feudos.

Para este ejército uniformado, organizado en unidades fácilmente reconocibles, Carlos estableció regulaciones disciplinarias estrictas, con sanciones aplicables en el momento por parte de los capitanes. Lo más notable de todo era, sin embargo, sus normas para el entrenamiento marcial en tiempo de paz. «Cuando estén en la guarnición, o tengan tiempo y recreo para hacer esto, los capitanes de los escuadrones y las cámaras deben llevar de vez en cuando a algunos de sus hombres en armas a los campos... para practicar la carga con las lanzas, el mantenimiento de la formación cerrada... (y cómo) defender las enseñas, retirarse cuando se ordene, y reunirse... así como la manera de resistir una carga.» Estas regulaciones detalladas para la instrucción y el ejercicio abren un capítulo auténticamente nuevo en la historia del profesionalismo en desarrollo del soldado medieval de la última época.

Antes de la época de Carlos, su padre Felipe el Bueno de Borgoña, se había apoyado militarmente en hombres en armas reclutados y dirigidos por nobles destacados de sus territorios y pagados únicamente por su servicio en campaña, complementados por contingentes de infantería de las ciudades. De forma similar, Fernando e Isabel de España se apoyaron principalmente en su primera gran empresa militar, la reconquista de Granada en poder de los musulmanes, en contingentes reclutados y dirigidos por sus nobles más distinguidos a la manera tradicional, y en la infantería de las milicias de las ciudades organizadas por las hermandades. Pero cuando los «Reyes Católicos» se vieron envueltos en las guerras en Italia después de 1494, la necesidad de establecer un tipo de fuerzas más estable se hizo patente; por ello, en la ordenanza de Valladolid de 1496 se estableció que un hombre de cada doce, de edades comprendidas entre veinte y cuarenta y cinco años, tendría la obligación de servir en el ejército real. La organización del ejército, según fue evolucionando en el curso de las diferentes guerras, tomó una forma definitiva con la creación de unidades y elementos más reducidos comparables a los del ejército de Borgoña descrito más arriba. La unidad básica de infantería era el regimiento o *coronelía* (de donde se deriva coronel), que estaba compuesto de doce compañías que teóricamente tenían quinientos hombres cada una. Dos de estas compañías estaban formadas únicamente por hombres armados con picas; las otras diez estaban formadas cada una por doscientos hombres con picas, doscientos hombres con espadas cortas (el equivalente aproximado de los *coutilliers* franceses) y por cien hombres armados de arcabuces. Cada regimiento de infantería iba acompañado de un destacamento de seiscientos

jinetes, la mitad de caballería pesada y la otra mitad de caballería ligera. A finales del siglo XV los monarcas castellanos habían adquirido también una artillería importante. Por lo que respecta a la infantería, el ejército de Fernando e Isabel era especialmente fuerte en hombres armados con picas y en soldados armados con armas de fuego individuales. Por lo que respecta a las tropas a caballo, los jinetes de la caballería ligera (*genitors*, en inglés) eran siempre numerosos, aunque los ejércitos españoles eran más débiles que los franceses en cuanto a la caballería o, en la época de Carlos el Temerario, más débiles en este aspecto que los borgoñones.

No todos los dirigentes en esta época tenían ejércitos permanentes. En Alemania (una fuente importante de reclutamiento en Europa), el emperador Maximiliano, ambicioso en sus actividades bélicas, se encontraba limitado por la persistente negativa de las Dietas para proporcionar los fondos necesarios. Tampoco existía en Inglaterra, a comienzos del siglo XVI, ninguna fuerza permanente comparable a las de Francia o España. Las campañas de las Guerras de las Rosas habían sido de duración breve y los ejércitos que los dirigentes rivales habían reunido para llevarlas a cabo no les sobrevivieron. Las huestes de Eduardo IV en 1475 y de Enrique VII en 1492, reunidas para sus abortadas invasiones de Francia, fueron reclutadas mediante el método ya pasado de moda del contrato a corto plazo. Inglaterra, después de la Guerra de los Cien Años, no era ya un protagonista principal de la actividad bélica por tierra en Europa; sus reyes no tenían necesidad de gravar a sus súbditos a fin de mantener unas fuerzas permanentes de importancia, según hacían los monarcas de Francia y España.

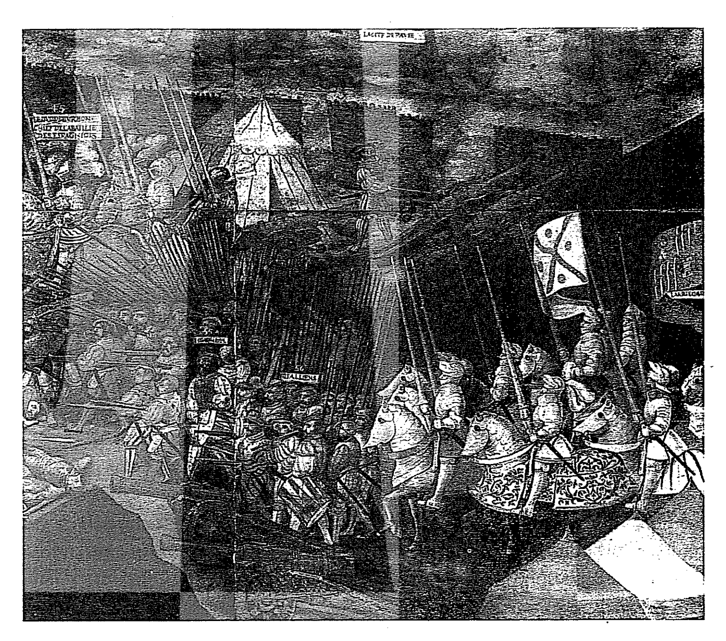
La última parte del siglo XV y el comienzo del XVI fueron testigos de un número mayor de encuentros sobre el campo de batalla que lo que había constituido la media durante las guerras medievales. La atracción de los resultados rápidos, dados los enormes y crecientes costes de la guerra a gran escala (junto con la tentación de creer que, con fuerzas de gran envergadura, listas para ser movilizadas y bien armadas, tales resultados podrían ser alcanzados), no hay duda que constituyó en gran parte el motivo para la abundancia de tales enfrentamientos. En estos conflictos, el potencial bélico de los nuevos ejércitos de Borgoña, Francia y España se puso a prueba: también fueron los terrenos de ensayo para nuevas armas y para las nuevas combinaciones de infantería (sobre todo con hombres armados con picas), caballería y hombres armados con armas de fuego.

Las victorias de los suizos sobre los Habsburgo durante el siglo XIV en Mortgarten y Sempach les habían dado una reputación como unos de los

más formidables soldados de Europa (ver capítulo X) y también de ser unos de los más feroces: nunca daban cuartel. Las tres grandes derrotas que infligieron a las fuerzas de Carlos el Temerario en Granson (1476), Morat (1476) y Nancy (1477) elevaron su reputación a lo más alto. Estos encuentros demostraron dramáticamente el potencial de la falange suiza de piqueros en las operaciones ofensivas, en formación cerrada contra el enemigo y cargando desde cerca. Los suizos, bien entrenados y protegidos únicamente por un peto de metal (coselete) y un casco, podían moverse muy rápidamente, avanzando siguiendo el redoble de tambores que mantenían acompasado su movimiento. Las cargas de caballería se demostraron muy insuficientes para detenerlos, y menos aún para sembrar el desorden entre sus filas: fueron las picas las que detenían a la caballería, no al contrario. La artillería, en esta guerra de Borgoña, no proporcionaba una respuesta mejor: era todavía demasiado difícil de manejar y maniobrar en una emergencia táctica. En Nancy, los suizos cayeron encima de los cañones de Carlos antes de que éstos pudiesen ser apuntados hacia ellos.

Sin embargo, las tres batallas de los años 1476-77, Granson, Morat y Nancy, no fueron triunfos de las picas suizas únicamente. En Granson, las bajas borgoñonas fueron pocas y Carlos pudo rehacer su ejército derrotado. Morat y Nancy fueron mucho más decisivas. En Morat, los suizos estaban nominalmente al servicio de René, duque de Lorena, quien junto con sus hombres a caballo persiguió a los borgoñones que huían a lo largo de la ribera del lago, transformando la derrota en una huida desastrosa. En Nancy, los fugitivos, perseguidos por la caballería de Segismundo de Austria, se encontraron finalmente con la retirada cortada por las fuerzas a caballo del conde de Campobasso, quien se había pasado desde el servicio a los borgoñones al bando de los confederados. Estas dos batallas destruyeron con eficacia el magnífico ejército de Carlos; pero si hubiese tenido como oponente únicamente a la infantería suiza, entonces su historia podría haber sido más larga y distinta.

Los encuentros en el primer período de las guerras en Italia muestran aún con mayor claridad qué erróneo sería sacar de estos éxitos de la infantería suiza la conclusión fácil, como muchos lo hicieron en su tiempo, de que los hombres armados con picas eran los dueños del campo de batalla. Después de que Gonzalo de Córdoba, el «Gran Capitán», al servicio de Fernando e Isabel hubiese recibido un fuerte castigo por parte de los suizos en Seminara en 1495, tomó medidas para reorganizar sus tropas y para proveerse de un importante número tanto de picas como de



La batalla de Pavía (1525) donde Carlos V derrotó e hizo prisionero a Francisco I de Francia: se muestran en la parte frontal cañones de campaña y un grupo de arcabuceros, con piqueros agrupados en masa detrás de ellos. La caballería pesada lleva todavía la lanza larga que era el arma tradicional del guerrero caballeresco a caballo.

arcabuces. Cuando el duque de Nemours resultó inducido a atacarle en Ceriñola en 1503, sus suizos y franceses se vieron detenidos por el foso que Gonzalo de Córdoba había construido a toda prisa delante de sus líneas, al mismo tiempo que se vieron sometidos a una granizada de fuego de arcabuz. La contracarga de las picas españolas les empujaron monte abajo y la caballería ligera española hizo con su persecución que la victoria fuera decisiva. A menudo se distingue a Ceriñola como la primera victoria del arcabuz. Sin embargo, la elección por parte de Gonzalo de Córdoba del terreno, la labor de sus zapadores con el foso, así como su capacidad para la persecución contribuyeron también a la victoria, aunque es cierto que el arcabuz había dejado su huella. Así ocurrió también

en Bicocca un encuentro muy similar, en 1522. Todos estuvieron de acuerdo en que en Pavía (1525), donde los arcabuceros españoles tuvieron que actuar en campo abierto y no desde una posición atrincherada como en las dos batallas anteriores, jugaron también un papel significativo en la derrota total de los franceses.

La dura batalla librada en Marignano (1515), donde Francisco I y los franceses triunfaron sobre los suizos al servicio del duque de Milán, ilustra otro aspecto del cuadro. En el primer día de batalla (13 de septiembre), las cargas repetidas de los hombres en armas franceses tuvieron éxito en reducir la velocidad de las columnas suizas en medida suficiente para asegurar que, cuando entraron en contacto con la infantería de Francisco (formada por *Landsknechte* alemanes), ésta se mantuviese firme. El segundo día, las columnas suizas atacantes sufrieron pérdidas severas, causadas por el fuego de la artillería francesa, de forma que, aunque siguieron avanzando penosamente hacia delante, fueron detenidas por cargas de caballería, al mismo tiempo que las armas de fuego les seguían hostigando. Las pérdidas suizas fueron tan altas que los helvéticos se vieron forzados a retirarse, haciéndolo en buen orden. La caballería francesa estaba tan fatigada que no pudo emprender la persecución. Este combate demostró de manera efectiva el caos que se podía originar en una formación de hombres armados con picas si podía ser detenida mediante cargas repetidas hasta dejarla en una posición expuesta al fuego de la artillería de campaña.

Los relatos sobre las batallas en Italia, durante las primeras décadas del siglo XVI, dejan claro que la pólvora negra todavía no determinaba el resultado en el campo de batalla, aunque ahora había algo más que una mayor cantidad de humo. Tampoco eran decisivas las picas suizas y alemanas por muy formidables que fuesen. La caballería pesada no había perdido su importancia sobre el campo de batalla. La carga con la lanza en ristre, según el modo caballeresco tradicional, podía todavía en las circunstancias apropiadas ser una maniobra efectiva e importante. Como siempre, los hombres con fuertes armaduras formaban el núcleo de las *compaignies d'ordonnance* del ejército real de Francia y fueron el modelo de muchos otros ejércitos y, como Malcolm Vale ha señalado, los gobiernos «normalmente no gastaban dinero, obtenido penosamente de los impuestos y de los préstamos, para hacer frente a los gastos de unas fuerzas que habían sobrevivido a su utilidad».

En todo caso, los signos del cambio y del final de «lo caballeresco» eran ya algo suficientemente evidentes. Gracias en particular a los suizos,

la guerra se había convertido para el combatiente en algo más sanguinario y feroz: las bajas entre todas las categorías de la población habían aumentado en número. En las batallas, al igual que en los asedios, las armas de fuego habían llegado a desempeñar un papel muy significativo, aunque éste no fuese aún decisivo. Quizá lo más importante era que la guerra se había hecho algo más profesional para todos los que se veían envueltos en ella. En el siglo XVI se publicaron más tratados sobre el arte de la guerra que nunca antes y entre sus autores habían algunos soldados distinguidos y experimentados, como Robert de Balsac, Berard Stuart y el más posterior Gaspard de Saulx-Tavannes, quien escribió pensando en la instrucción militar. Aunque los capitanes y comandantes de los nuevos ejércitos (y ciertamente los hombres en armas de la elite) procedían todavía en gran parte de la nobleza de nacimiento, su experiencia y conocimientos eran más variados de lo que habían sido tradicionalmente. El caballero Bayard prestó servicio durante un tiempo como capitán de una compañía de infantería; Gaspard de Saulx-Tavannes comenzó su carrera como arquero: la familia de Genouillac, de la vieja nobleza de Quercy, proporcionó una serie de maestres en artillería a los reyes de Francia. La vieja actitud caballeresca se adaptó a los nuevos métodos, pero existió una diferencia real, demostrada claramente en un profesionalismo más concienciado y en el hincapié adicional hecho sobre el honor del servicio a un príncipe como cabeza del bien común.

Christopher Allmand, comentando sobre el profesionalismo creciente de los soldados en la nueva edad de los ejércitos permanentes, escribió así, «el punto de vista aristocrático de la guerra como un momento de oportunidad individual fue cediendo paso a otro distinto... el imperativo de la victoria, en realidad de la supervivencia, estaba ahora tomando el lugar predominante. Los requerimientos para evitar las consecuencias colectivas de la derrota llevaron de esta forma a las sociedades a escoger a los soldados y, en particular a los líderes, entre aquellos que tenían una buena experiencia práctica de la guerra». Sus observaciones recogen adecuadamente el cambio en la concepción social de aquello que había sido en otro tiempo la llamada caballeresca hacia las armas. Bayard, a quien el rey Francisco I otorgó el honor de la nobleza por su reputación como hombre valeroso, era más un oficial leal en una forma demostrable y menos un caballero errante que lo que había sido, por un decir, Jean de Boucicault, mariscal de Francia, campeón en el torneo, cruzado y veterano de Nicópolis y Agincourt, cien años antes.

Había, sin embargo, todavía un lugar para los aventureros individuales en este mundo que se transformaba rápidamente. Si uno quiere calibrar si los desarrollos que estaban teniendo lugar alrededor de la última parte del siglo XV merecen el título de «revolución militar» o no, uno necesita introducir en la ecuación no sólo los ejércitos permanentes, las nuevas armas de fuego y el profesionalismo creciente, sino también los nuevos diseños en la construcción de barcos y los avances en el arte de la navegación que Felipe Fernández-Armesto ha descrito en un capítulo anterior de este libro. Estos cambios hicieron posible a los primeros conquistadores transportar a los hombres, las armas de fuego, la pólvora y el conocimiento de cómo elaborarla, hasta tierras de cuya misma existencia los caballeros errantes del pasado no habían tenido ni siquiera conocimiento, todo ello con consecuencias de enorme importancia para el futuro.

Lecturas recomendadas

1. Introducción: la guerra y la Edad Media

P. Contamine, *War in the Middle Ages*, trad. M. Jones, Oxford, 1984 (*La guerra en la Edad Media,* Editorial Labor, 1984).

G. Duby, *The Three Orders: Feudal Society Imagined*, trad. A. Goldhammer, Chicago, 1980 (*Tres órdenes o lo imaginario del feudalismo,* Taurus Ediciones, 1992).

F.-L.Ganshof, *Feudalism*, trad. P. Grierson, Londres, 1952 (*El feudalismo,* Editorial Ariel, 1985).

M. Keen, *Chivalry*, New Haven, 1984 (*La caballería,* Editorial Ariel, 1986).

E. McGeer, *Sowing in the Dragon's Teeth: Byzantine Warfare in the Tenth Century*, Washington, DC, 1995.

M. Prestwich, *Armies and Warfare in the Middle Ages: The English Experience*, New Haven y Londres, 1996.

S. M. G. Reynolds, *Fiefs and Vassals*, Oxford, 1994.

F. H. Russell, *The Just War in the Middel Ages*, Cambridge, 1975.

M. Strickland, *War and Chivalry*, Cambridge, 1996.

M. Vale, *War and Chivalry*, Londres, 1981.

2. La Guerra Carolingia y Otoniana

B. S. Bachrach, *Armies and Politics in Early Medieval West*, Aldershot, 1993.

C. B. Bowlus, *Franks, Moravians and Magyars: The Struggle for the Middel Danube, 788-907*, Philadelphia, 1995.

F. L. Ganshof, *Frankish Institutions under Charlemagne*, Providence, 1968.

P. Godman y R. Collins (eds.), *Charlemagne's Heir: New Perspectives on the Reign of Louis the Pious (814-840)*, Oxford, 1990.

G. S. Halsall, *Warfare and Society in the Barbarian West, c.450-c.900*, Londres, 1998.
K. Leyser, *Medieval Germany and its Neighbours, 911-1250*, Londres, 1982.
— *Communications and Power in the Middel Ages: The Carolingian and Ottonian Centuries*, ed. T. Reuter, Londres, 1994.
J. M. Wallace-Hadrill, *Early Medieval History*, Oxford, 1975.

3. Los Vikingos

A. W. Brøgger y H. Shetelig, *The Viking Ships: Thier Ancestry and Evolution*, trad. K. John, Oslo, 1951.
H. R. Ellis Davidson, *The Viking Road to Byzantium*, Londres, 1976.
P. Griffith, *The Viking Art of War*, Londres, 1995.
M. Harrison, *Viking Hersir 793-1066 AD*, Londres, 1993.
J. Haywood, *Dark Age Naval Power: A Re-assessment of Frankish and Anglo-Saxon Seafaring Activity*, Londres, 1991.
— *The Penguin Historical Atlas of the Vikings*, Hamondsworth, 1995.
A. Nørgård Jørgensen y B. L. Clausen (eds.), *Military Aspects of Scandinavian Society in a European Perspective, AD 1-1300*, Copenhagen, 1997.
O. Olsen y O. Crumlin-Pedersen, *Five Viking Ships from Roskilde Fjord*, trad. B. Bluestone, Copenhagen, 1978.
P. Sawyer (ed.), *The Oxford Illustrated History of the Vikings*, Oxford, 1997.
D. G. Scragg (ed.), *The Battle of Maldon AD 991*, Oxford, 1991.

4. Una era de expansión. 1020-1204

R. Bartlett, *The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Change 950-1350*, Harmondsworth, 1993 (*La formación de Europa: conquista, colonización y cambio cultural, 950-1350,* Servicio de Publicaciones, Universidad de Valencia, 2003).
E. Christiansen, *The Northen Crusades: The Baltic and the Catholic Frontier 1100-1525*, Londres, 1980.
R. Fletcher, *The Quest for El Cid*, Londres, 1989 (*El Cid,* Editorial Nerea, 1999).
J. France, *Western Warfare in the Age of the Crusades*, Londres, 1999.

N. Hooper y M. Bennett, *Cambridge Illustrated atlas of Warfare: The Middle Ages 768-1487*, Cambridge, 1996 (*Atlas ilustrado Akal de la guerra en la Edad Media, 768-1492,* Ediciones Akal, 2001).
H. Kennedy, *Muslim Spain and Portugal*, Londres, 1996.
S. Morillo, *Warfare under the Anglo-Norman Kings*, Woodbridge, 1994.
J. H. Pryor, *Geography, Technology and War: Studies in the Maritime History of the Mediterranean, 649-1571*, Cambridge, 1988.
N. A. M. Rodger, *The Safeguard of the Sea: A Naval History of Britain, 660-1649*, Londres, 1997.
R. Rogers, *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, Oxford, 1992.
M. Strickland, *War and Chivalry: The Conduct and Perception of War in England and Norway, 1066-1217*, Cambridge, 1996.
— (ed.), *Anglo-Norman Warfare*, Woodbridge, 1992.

5. La guerra en los pueblos latinos del Este

Estudio general sobre las cruzadas a Oriente

P. M. Holt, *The Age of the Crusades*, Londres y Nueva York, 1986.
H. E. Mayer, *The Crusaders*, trad. J. Gillingham, segunda ed., Oxford, 1988 (*Historia de las cruzadas,* Ediciones Istmo, 2001).

La guerra cruzada

J. France, *Victory in the East: A Military History of the First Crusade*, Cambridge, 1994.
C. Marshall, *Warfare in the Latin East, 1192-1291*, Cambridge, 1992.
J. H. Pryor, *Geography, Technology and War: Studies in the Maritime History of the Mediterranean 649-1571*, Cambridge, 1988.
R. Rogers, *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, Oxford, 1992.
R. C. Samil, *Crusading Warfare, 1097-1193*, segunda ed., Cambridge, 1995.

Castillos

H. Kennedy, *Crusader Castles*, Cambridge, 1994.
D. Pringle, *The Red Tower*, Londres, 1986.

Órdenes militares

M. Barber, *The New Knighthood: A History of the Order of the Temple*, Cambridge, 1994 (*Templarios, la nueva caballería*, Ediciones Martínez Roca, 2001).

A. Forey, *The Military Orders from the Twelfth to the Early Fourteenth Centruries*, Basingstoke y Londres, 1992.

J. Riley-Smith, *The Knights of St John in Jersulam and Cyprus c.1050-1310*, Londres, 1967.

Los oponentes musulmanes de los cristianos

M. C. Lynos y D. E. P. Jackson, *Saladin: The Politics of the Holy War*, Cambridge, 1982.

P. Thorau, *The Lion of the Egypt: Sultan Baybars I and the Near East in the Thirteenth Century*, trad. P. M. Holt, Londres y Nueva York, 1992.

6. La guerra en Europa. 1200-1320

E. Christiansen, *The Northern Crusades: The Baltic and the Catholic Frontier 1100-1525*, Londres y Basingstoke, 1980.

P. Contamine, *War in the Middle Ages*, trad. M. Jones, Oxford, 1984 (*La guerra en la Edad Media,* Editorial Labor, 1984).

— (ed.) *Histoire militaire de la France, i. Des origines à 1715*, París, 1992.

D. Crouch, *William Marshal: Court, Career and Chivalry in the Angevin Empire 1147-1219*, Londres y Nueva-York, 1990.

G. Duby, *The Legend of Bouvines: War, Religion and Culture in the Middle Ages*, trad. C. Tihanyi, Berkeley y Los Angeles, 1990.

W. C. Jordan, *Louis IX and the Challange of the Crusade: A Study in Rulership*, Princeton, 1979.

E. Lalou, «Les Questions miliatires sous le règne de Philippe le Bel», en el libro de P. Contamine y otros (eds.), *Guerre et société en France, en Anglaterre et en Bourgogne XIVe-Xve siècles*, Villeneuve d'Ascq Cedex, 1991, pp. 37-62.

M. Prestwich, *Armies and Warfare in the Middle Ages: The English Experience*, New Haven y Londres, 1996.

F. H. Russel, *The Just War in the Middle Ages*, Cambridge, 1975.

J. Sumption, *The Albigensian Crusade*, Londres y Boston, 1978.

J. F. Verbruggen, *The Art of Warfare in Western Europ during the Middle Ages*, trad. S. Willard, S. C. M. Southern, Woodbridge, 1997.
D. P. Waley, «The Army of the Florentine Republic from the Twelfth to the Fourteenth Century», en el libro de N. Rubistein (ed.), *Florentine Studies: Politics and Society in Renaissance Florence*, Londres, 1968, pp. 70-108.
— «*Condotte* and *Condottieri* in the Thirteenth Century», *Proceedings of the British Academy*, 1975, pp. 337-71.

7. La época de la guerra de los Cien Años

P. Contamine, *War in the Middle Ages*, trad. M. Jones, Oxford, 1984 (*La guerra en la Edad Media,* Editorial Labor, 1984).
Kenneth Fowler, *The Age of the Plantegenet and Valois*, Nueva York, 1967.
— (ed.), *The Hundred Years War*, Londres, 1971.
H. J. Hewitt, *The Organization of the War under Edward III 1338-62*, Manchester, 1966.
Richard W. Kaeuper, *War, Justice and Public Order: England and France in the Later Middle Ages*, Oxford, 1988.
Maurice Keen, *The Laws of War in the Late Middle Ages*, Londres, 1965.
R. A. Newhall, *Muster and Review*, Cambridge, Mass., 1940.
Michael Prestwich, *The Three Edwards: War and the State in England 1272-1377*, Londres, 1980.
Armies and Warfare in the Middle Ages: The English Experience, New Haven y Londres, 1996.
Malcolm Vale, *War and Chivalry*, Londres, 1981.
J. F. Verbruggen, *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages: From the Eighth Century to 1340,* trad. S. Willard, S.C.M.Southern, Woodbridge, 1997.

8. Fortificaciones y asedios en Europa occidental. 800-1450

J. Bradbury, *The Medieval Siege*, Woodbridge, 1992.
P. Contamine, *War in the Middle Ages*, trad. M. Jones, Oxford, 1984 (*La guerra en la Edad Media,* Editorial Labor, 1984).
A. Corfis y M. Wolfe (eds.), *The Medieval City under Siege*, Woodbridge, 1995.

R. Higham y P. Barker, *Timber Castles*, Londres, 1992.

D. Hill y A. Rumble (eds.), *The Defense of Wessex: The Burghal Hidage and Anglo-Saxon Fortifications,* Manchester, 1996.

S. Morillo, *Warfare under the Anglo-Norman Kings, 1066-1135*, Woodbridge, 1994.

M. Prestwich, *Armies and Warfare in the Middle Ages: The English Experience*, New Haven y Londres, 1996.

9. Armas, armaduras y caballos

Andrew Ayton, *Knights and Warhorses: Military Service and the English Aristocracy under Edward III*, Woodbridge, 1994.

Claude Balir, *European Armour circa 1066 to circa 1700*, Londres, 1979.

Jim Bradbury, *The Medieval Archer*, Woodbridge, 1985.

John Clark, *The Medieval Horse and its Equipment, c.1150-c.1450*, Londres, 1995.

R. H. C. Davis, *The Medieval Warghourse: Origin, Development and Redevelopment*, Londres, 1989.

Charles Gladitz, *Horse Breeding in the Medieval World*, Dublín, 1997.

Ann Hyland, *The Medieval Warhorse from Byzantium to the Crusades*, Strout, 1994.

Miklós Jankovich, *They Rode into Europe*, Londres, 1971.

David C. Nicolle, *Arms and Armour of the Crusading Era, 1050-1350*, 2 vol.; White Plains, Nueva York, 1988.

R. E. Oakeshott, *The Sword in the Age of Chivalry*, Londres, 1964.

Bengt Thordeman, *Armour from the Battle of Visby, 1361*, Stockholm, 1939.

Malcolm Vale, *War and Chivalry*, Londres, 1981.

10. Mercenarios

General

P. Contamine, *War in the Middle Ages*, trad. M. Jones, Oxford, 1984 (*La guerra en la Edad Media,* Editorial Labor, 1984).

M. Prestwich, *Armies and Warfare in the Middle Ages: The English Experience*, New Haven y Londres, 1996, cap. 6.

J. F. Verbruggen, *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages,* Amsterdam, 1977, cap. 3.

Alta Edad Media

J. H. Beeler, *Warfare in Feudal Europe*, Ithaca, NY, 1971.
S. Brown, «The Mercenary and his Master: Military Service and Monetary Rewards in 11th and 12th Centuries», *History*, 1989.
M. Chibnall, «Mercenaries and the *familia regis* under Norman Kings», *English Historical Review*, 1981.

Baja Edad Media

C. C. Bayley, *War and Society in Renaissance Florence*, Toronto, 1961.
F. Gilbert, «Machiavelli and the Renaissance of the Art of War», en el libro de E. M. Earle (ed.), *Makers of Modern Strategy*, Princeton, 1952.
M. E. Mallet, *Mercenaries and their Masters: Warfare in Renaissance Italy*, Londres, 1974.
F. Redlich, *The German Miliatry Enterpriser and his Work Force*, Weisbaden, 1964-5.
D. Waley, «The Army of the Florentine Republic from the 12th to the 14th Century», en el libro de N. Rubistein (ed.), *Florentine Studies,* Londres, 1968.

11. La guerra naval después de la era vikinga

P. Adam, «Conclusions sur les développments des techniques nautiques médiévales», *Revue d'histoire économique et sociale*, 1976, pp. 560-7.
H. Ahrweiler, *Byzance et la mer: La Marine de la guerre, la politique et les institutions maritimes de Byzance au VIIe-Xve siècles*, París, 1966.
D. Ayalon, «The Mameluks and Naval Power: A Phase of the Struggle between Islam and Christian Europe», *Proceedings of the Israel Academy of Science and Humanities,* 1965.
P. Charanis, «Piracy in the Aegean during the Reign of Michael VIII Palaeologus», *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves*, 1950, pp. 127-36.
E. Christiansen, *The Northen Crusades: The Baltic and the Catholic Frontier 1100-1525*, Londres, 1980.

A. Ehrenkreutz, «The Place of Saladin in the Naval History of the Mediterranean Sea in the Middle Ages», *Journal of the American Oriental Society*, 1955, pp. 100-16.

F. Fernández-Armesto, *Before Columbus: Exploration and Colonisation from the Mediterranean to the Atlantic, 1229-1492*, Londres, 1987 (*Antes de Colón*, Ediciones Cátedra, 1993).

— «The Sea and Chivalry in the Late Medieval Spain», en el libro de J. R. Hattendrorff (ed.), *Maritime History, The Age of Discovery*, Malabar, 1996, pp. 123-36.

I. Fried, *The Good Ship*, Baltimore, 1995.

G. Hutchinson, *Medieval Ships and Shipping*, Londres, 1994.

F. C. Lane, «Naval Actions and Fleet Organization, 1499-1502», en el libro de J. R. Hale (ed.), *Renaissance Venice*, Londres, 1973, pp. 146-73.

A. Luttrell, «Late Medieval galley Oarsmen», en R. Ragosta (ed.), *Le Genti del mare mediterraneo*, Nápoles, 1981.

M. Mollat, «Philippe-Augusten et la mer», en *Actes du colloque Philippe-Auguste*, París, 1980.

— *Europe and the Sea*, Oxford, 1993 (*Europa y el mar*, Editorial Crítica, 1993).

J. H. Pryor, *Geography, Technology and War: Studies in the Maritime History of the Mediterranean 649-1571*, Cambridge, 1988.

W. S. Reid, «Sea Power in the Anglo-Scottish Wars, 1296-1328», *The Mariner's Mirror*, 1960, pp. 7-23.

N. A. M. Rodger, *The Safeguard of the Sea: A Naval History of Britain, 660-1649*, New York, 1998.

W. L. Rodgers, *Naval Warfare under Oars: Fourth to Sixteenth Centuries*, Annapolis, 1939.

J. P. C. Sumption, *The Hundred Years' War, Trial by Battle*, Londres, 1990.

E. G. R. Taylor, *The Haven-Finding Art: A History of Navigation from Odysseus to Captain Cook*, Londres, 1956.

J. T. Tinniswood, «English Galleys, 1272-1377», *The Mariner's Mirror*, 1949, pp. 276-315.

R. W. Unger, *The Art of Medieval Technology: Images of Noah the Shipbuilder*, New Brunswick, 1991.

C. Villain-Gandossi, S. Busuttil y P. Adam (eds.), *Medieval Ships and the Birth of Technological Societies*, 2 vol., Valleta, 1989-91.

12. La guerra y los no combatientes en la Edad Media

C. T. Allamand, «The War and the Non-Combatant», en el libro de K. A. Fowler (ed.), *The Hundred Years War*, Londres, 1971, pp. 163-83.

P. Contamine, *War in the Middle Ages*, trad. M. Jones, Oxford, 1984 (*La guerra en la Edad Media,* Editorial Labor, 1984).

H. E. J. Cowdrey, «The Peace and the Truce of God in the Eleventh Century», *Past & Present*, 1970, pp. 42-67.

J. R. Hale, *Artists and Warfare in the Renaissance*, New Haven y Londres, 1990.

T. Head y R. Landes (eds.), *The Peace of God: Social Violence and Religious Response in France around the Year 1000,* Cornell, NY, 1992.

H. J. Hewitt, *The Organization of the War under Edward III 1338-62*, Manchester, 1966.

C. J. Holdsworth, «Ideas and Reality: Some Attempts to Control and Defuse War in the Twelfth Century», en W. J. Sheils (ed.), *The Church and War,* Oxford, 1983, pp. 59-78.

J. T. Johnson, *Ideology, Reason and the Limitation of War: Religious and Secular Concepts, 1200-1740,* Princeton, 1975.

B. Lowe, *Imagining Peace. A History of Early English Pacifists Ideas, 1340-1560* University Park, PA, 1997.

T. Meron, *Henry's Wars and Shakespeare's Laws: Perspectives on the Law of War in the Later Middle Ages*, Oxford, 1993.

F. H. Russell, *The Just War in the Middle Ages*, Cambridge, 1975.

N. A. R. Wright, «The *Tree of Battles* of Honoré Bouvet and the Laws of War», en el libro de C. T. Allamand (ed.), *War, Literature and Politics in the Late Middle Ages*, Liverpool, 1976, pp. 12-31.

— *Knights and Peasants: The Hundred Years War in the French Countryside*, Woodbridge, 1998.

13. Armas de fuego, pólvora y ejércitos permanentes

C. T. Allamd (ed.), *New Cambridge Medieval History*, v. ii, Cambridge, 1998, cap. 8, «War».

F. Babinger, *Mehmed the Conqueror and his Time*, Princeton, 1978.

C. M. Cipolla, *Guns and Sails in the Early Phase of European Expansion (1400-1700)*, Londres, 1965 (*Cañones y velas primera fase expansión europea,* Editorial Ariel, 1967).

R. C. Clephan, «The Ordonance of the Fourteenth and Fifteenth Centuries», *Archeological Journal*, 1911.

P. Contamine, *Guerre, état et société à la fin du moyen age*, París, 1972.

A. E. Goodman, *The Wars of the Roses: Military Activity and English Society,* Londres, 1981.

J. R. Hale, «The Early Development of the Bastion: An Italian Chronology 1450-c.1534», en el libro de J. R. Hale, J. R. L. Highfield y B. Smalley (eds.), *Europe in the Late Middle Ages*, Londres, 1965, pp. 466-494.

F. G. Heymann, *John Zizka and the Hussite Revolution*, Princeton, 1955.

R. B. Merriman, *The Rise of the Spanish Empire*, Nueva York, 1918.

Sir Charles Oman, *The Art of War in the Middle Ages*, Londres, 1924.

— *The Art of War in the Sixteenth Century*, Londres, 1937.

G. Rázó, «The Mercenary Army of King Matthias Corvinus», en el libro de J. M. Bak y B. K. Király (eds.), *From Hunyadi to Rakocki: War and Society in the Late Medieval and Early Modern Hungary*, Brooklyn, NY, 1982, pp. 125-40.

R. Sablonier, «États et structures militaires dans la confédération (suisse) autour des années 1480», en el libro *Cinq-centième anniversaire de la bataille de Nancy*, 1979, pp. 429-77.

M. G. A. Vale, *War and Chivalry: Warfare and Aristocratic Culture in England, France and Burgundy at the End of the Middle Ages*, Londres, 1981.

R. Vaughan, *Charles the Bold: The Last Valois Duke of Burgundy*, Londres, 1973.

Tabla cronológica de fechas y eventos de importancia

714	Carlos Martel se convierte en gobernante de Francia
717	Victoria de Carlos Martel en Vinchy (21 de marzo) sobre sus oponentes francos
732	Carlos Martel derrota a las fuerzas islámicas invasoras cerca de Poitiers (17 de octubre): fin efectivo de la amenaza islámica de penetrar más allá de los Pirineos
733-48	Campañas de los francos contra Frisia, Borgoña, Provenza (733-41); Alemania y Baviera (743-8)
751	Pipino III, padre de Carlomagno, se convierte en rey de los francos
768	Carlomagno se convierte en rey de los francos
771	Consumación de la conquista franca de Aquitania
772-85	Primera guerra de Carlomagno contra los sajones
774	Los francos conquistan Lombardía
778	Campaña de los francos en España, la retaguardia del ejército sufre una emboscada y es derrotada en Roncesvalles (evento recordado en la Canción de Rolando)
787-8	Los francos conquistan Baviera
792-803	Segunda guerra de Carlomagno contra los sajones
793	Los vikingos saquean Lindisfarne, Northumberland (8 de junio), comienzo de la «Era Vikinga»
794-5	Numerosas redadas vikingas en las islas de las costas de Escocia e Irlanda
795	El ejército de Carlomagno captura el anillo de los Avaros y sus tesoros, empieza el colapso del poder de los Avaros

799	Primer ataque documentado de los vikingos en tierras de Francia, en el monasterio de San Filiberto, en la Isla de Noirmountier
800	Carlomagno es coronado emperador en Roma
800-1	Las tropas musulmanas asedian Barcelona
808	Godofredo, rey de los daneses, refuerza la línea defensiva de la Danevirke al sur de Jutlandia
810	Los daneses atacan Frisia haciéndose con un gran botín
814	Muere Carlomagno y es sucedido por su hijo Luis el Pío (814-40)
830-5	Guerras civiles entre Luis el Pío y sus hijos
834-7	Sucesivos ataques de los daneses a Dorestad, el mayor asentamiento comercial de los francos
835	Primera invasión documentada de los daneses en Inglaterra, en la Isla de Sheppey (en el estuario del río Támesis)
837	Dos grandes flotas noruegas llegan a los ríos Boyne y Liffey, en Irlanda: comienza una época de intensa guerra vikinga en Irlanda
840-3	Tras la muerte de Luis el Pío surgen las guerras civiles entre sus hijos en Francia
841	Batalla de Fontenoy (25 de junio): Lotario, hijo mayor de Luis, es derrotado por Carlos el Calvo y Luis el Alemán (los hijos más jóvenes)
843	Tratado de Verdún: el Imperio de los francos se divide entre Carlos el Calvo (futuro rey de Francia occidental), Luis (rey de los alemanes) y Lotario (portador del título de emperador y gobernador del reino «del medio»)
858-9	Los francos del este invaden Francia occidental
860	Los «rusos» escandinavos atacan Constantinopla
864	Asamblea de Pitres: Carlos el Calvo ordena la fortificación de los puentes estratégicos de Francia occidental
865	El «Gran Ejército» danés llega a East Anglia; comienza una intensa actividad bélica vikinga en Inglaterra

869-88	Prolongada lucha interna en Francia por la división del territorio; Italia, Lotaringia y Borgoña establecen identidades separadas
c.870	El rey Harald Fairhair obtiene una victoria naval en Hafrsfjord, cerca de Stavanger y extiende su poder sobre Noruega
875	Carlos el Calvo invade Italia
876	Carlos el Calvo intenta la conquista de Francia oriental pero es derrotado en Andernach (8 de octubre)
877	Carlos el Calvo invade Italia de nuevo
878	Los sajones del oeste bajo las órdenes del rey Alfredo derrotan a las tropas danesas comandadas por Guthrum en Edington (mayo)
879	Fuerzas escandinavas establecen un campamento en Asselt inagurando una época de intensos ataques vikingos en la región de los francos (879-91)
881	Los francos bajo el rey Luis III derrotan al ejército vikingo en Saucourt-en-Vimeu (3 de agosto); acontecimiento recogido en el poema Ludwigslied Los magiares atacan Francia oriental
882	Carlos III el Gordo sitia sin éxito Asselt
885-6	El rey danés Sigfredo fracasa en el prolongado asedio de París
888	Carlos el Gordo es destronado: Arnulfo se convierte en rey de los francos
891	Tropas vikingas que se encontraban levantando un campamento de invierno en el río Dyle, cerca de Lovaina, son derrotados por el ejército franco de Arnulfo
895-6	Conquista magiar de la depresión de los Cárpatos
895-900	El «clásico» barco de guerra vikingo es construido en el sur de Noruega; posteriormente será enterrado en Gokstad
896	Desbandada de los restos del ejército danés en Inglaterra; retornan a Francia

899	Los italianos bajo las órdenes del rey Berengar son derrotados por los magiares en Brenta (24 de septiembre)
907	El príncipe ruso Oleg ataca Constantinopla
910	Invasores daneses son derrotados por el rey Eduardo el Viejo en Tettenhall (6 de agosto) presagiando la conquista del noreste de Inglaterra por parte de los sajones del oeste
911	Tratado de Claire-sur-Epte entre el líder vikingo Rollo establecido en la región de la futura Normandía y el rey de los francos occidentales, Carlos el Simple
914	Una gran flota vikinga llega a Waterford comenzando una segunda fase de actividad bélica en Irlanda
919	Enrique I el Pajarero, duque de Sajonia, se convierte en rey de los francos del este (alemanes) Los vikingos de Dublín aniquilan al gran ejército irlandés en Islandbridge (14 de septiembre): apogeo del poder escandinavo en Irlanda
923	Batalla de Soissons (15 de junio): el rey carolingio Carlos el Simple de Francia occidental es derrotado por Roberto, conde Capeto de París (muerto en la batalla): Raúl de Borgoña se convierte en rey de los francos de occidente Batalla de Fiorenzuola (17 de julio): Berengar I de Italia es derrotado por Rodolfo II de Borgoña
933	Enrique el Pajarero, rey de los francos del este, derrota a los magiares en Riad (15 de marzo)
936 (73)	Otto I se convierte en rey de la parte oriental de Francia
937	Los sajones del oeste bajo el mandato del rey Æthelstan derrotan a la coalición liderada por Olaf Guthfrithsson, rey de Dublín, en Brunanburh
939	Otto I derrota a los francos rebeldes orientales bajo Enrique de Baveria, Eberhard de Franconia y Giselbert de Lotaringia en dos batallas en Birten y en Andernach
941	La flota naval varangiana ataca Constantinopla bajo el liderazgo de Igor, príncipe de Kiev mediante el uso del fuego griego
950-1	Otto I realiza su primera expedición a Italia

955	Batalla de Lechfeld (10 de agosto): gran victoria de Otto I sobre los magiares
958-67	Campañas otonianas contra los eslavos y alemanes en las fronteras del este
962-5	Segunda expedición de Otto I en Italia
962	Otto I es coronado emperador en Roma
967-72	Tercera expedición de Otto I en Italia
973	Muere Otto I, le sucede Otto II
975	Concilio de Le Puy: el obispo Guy hace un llamamiento a los fieles para que respeten la propiedad de la Iglesia y de los pobres involucrando a los condes de Brioude y Gévaudan para que impongan los cánones del concilio
980	Los vikingos reanudan sus ataques a Inglaterra dando comienzo a la «segunda era vikinga» Los habitantes de Dublín y sus aliados de las islas escocesas son derrotados en Tara por el rey Mael Sechnaill de Mide (Meath, Irlanda)
982	Otto II es derrotado por los Sarracenos cerca de Stilo, Italia del sur (julio)
983	Muerte de Otto II: gran levantamiento de los eslavos contra los alemanes en la frontera del Elba
989	Concilio de la Iglesia en Charroux, se imponen graves penas a aquellos que ataquen a las iglesias, los funcionarios, los campesinos y sus animales
991	Una fuerza local inglesa bajo el mandato de Ealdorman Byrtnoth es derrotada por los vikingos daneses en Maldon, Essex (10? de agosto); batalla conmemorada en el poema *La Batalla de Maldon*
1000	Olaf Tryggvason, rey de Noruega, es derrotado y muerto en la batalla de Svold contra Sven Forkbeard, rey de Dinamarca
1003-18	Campañas del emperador Enrique II, rey de los francos del este, contra los polacos
1008	Muerte de Abd al Malik; ruptura del califato musulmán de Córdoba (España)

1014	La coalición entre los vikingos de Leinster y Dublín y sus aliados vikingos de la Isla de Man y las islas escocesas es derrotada por Brian Bórama (Brian Boru), rey de Munster, en Clontarf (23 de abril)
1015	Pisanos y genoveses comienzan a atacar a los musulmanes de Córcega y Cerdeña
1016	La derrota de los daneses sobre el rey Edmundo Ironside en Ashingdon (18 de octubre) conduce a la partición temporal de Inglaterra Canuto de Dinamarca se convierte en rey de Inglaterra a la muerte de Edmundo Ironside (30 de noviembre)
1018	Mercenarios lombardos y normandos son derrotados en Cannae (en Italia del sur, a principios de octubre) por griegos bizantinos
1023	Concilio de Paz en Beauvais; se impone el «juramento por la paz»
1026	Victoria naval de los daneses sobre los suecos en Stangebjerg
1027	El concilio de la Iglesia en Toulouges proclama la Tregua de Dios, limitando la lucha a ciertos días de la semana (de lunes a miércoles) y prohibiéndola en Adviento y Cuaresma
1028	Victoria naval de los daneses sobre suecos y noruegos en Helgeå
1030	El líder normando Rainulf se convierte en señor de Aversa (en Italia del sur) Olaf Haraldsson, rey en exilio de Noruega, es derrotado y muerto en Stiklestad (30 de junio)
1038-41	Última expedición a Sicilia de los griegos bizantinos bajo mandato de Jorge Maniaces
1041	Victoria normanda sobre los griegos en Cannae
1046	Robert Guiscard, futuro líder normando del sur de Italia, llega a Italia
1047	El duque Guillermo de Normandía derrota a los rebeldes normandos en Val-ès-Dunes (enero)

1051	Victoria normanda sobre las fuerzas reunidas por el papa León IX en Civitate, Italia del sur (23 de junio)
1054	Concilio de la Iglesia en Narbona, se prohíbe a los cristianos derramar sangre cristiana
1059	El papa Nicolás II reconoce en Melfi a Robert Guiscard como duque de Apulia
1061	Los normandos bajo las órdenes de Roger de Hauteville invaden por primera vez Sicilia
1064	Captura a los musulmanes de Coimbra (España)
1066	Batalla de Fulford (20 de septiembre), Stamford Bridge (25 de septiembre) y Hastings (14 de octubre); el rey de Noruega, Harald Hardrada, es derrotado en Stamford Bridge donde muere, y Harold de Inglaterra en Hastings. Guillermo de Normandía se convierte en rey de Inglaterra
1071	Robert Guiscard toma la ciudad de Bari, capital de la región de Apulia (en el sur de Italia). Los turcos seljucidas bajo las órdenes de Alp Arslan derrotan en Matzikert (26 de agosto) al emperador bizantino Romanus Diogenes
1072	Los normandos toman la ciudad de Palermo (Sicilia)
1073	Sublevación de los sajones contra Enrique IV de Alemania Analfi tomada por los normandos
1075	Enrique IV derrota a los sajones en Unstrut (9 de junio)
1077-1122	Guerra de las Investiduras en Alemania e Italia, entre los emperadores Enrique IV y V y los seguidores del pontificado.
1078	Enrique IV es derrotado por los sajones en la ciudad de Mellrichstadt (7 de agosto)
1080	Enrique IV es derrotado por los sajones en Flarchheim (27 de agosto) y en Elster (15 de octubre)
1085	Captura de Toledo (España) a los musulmanes Captura de Siracusa (Sicilia) por los normandos
1085-6	La amenaza de la invasión danesa de Inglaterra precipita la movilización de tropas y del registro del país conocido como Domesday Book

1086	Enrique IV es derrotado por los sajones en Pleichfeld (11 de agosto) Alfonso VI de Castilla es derrotado por los almorávides en Sagrajas (23 de octubre)
1088	Rebelión de los barones contra Guillermo II de Inglaterra; sofocada tras el éxito de Guillermo en el asedio de Rochester
1091	Consumación de la conquista normanda de Sicilia
1094	El Cid conquista la ciudad de Valencia a manos de los musulmanes (recuperada en 1102)
1095	El papa Urbano II predica la Primera Cruzada en el concilio de Clermont y suscribe los principios de la Paz de Dios
1096	Los ejércitos de la Primera Cruzada llegan a Constantinopla y entran en diálogo con el emperador griego Alexius I Comnenus El Concilio de la Iglesia en Rouen ratifica la Paz de Dios sobre la base del decreto de Clermont
1097-8	Los cruzados asedian y finalmente toman la ciudad de Antioquía (octubre 1097-junio 1098)
1099	Los cruzados conquistan Jerusalén (15 julio) y fundan el reino cruzado de Jerusalén
1104	Fundación del arsenal de Venecia
1106	Enrique I de Inglaterra derrota al duque Roberto de Normandía en Tinchebrai (28 de septiembre) y reunifica Inglaterra y Normandía
1109	Los cruzados toman la ciudad de Trípoli (12 de julio)
1115	Enrique V de Alemania es derrotado por los sajones en Welfesholz (11 de febrero); fin de las guerras sajonas
1119	Roger, príncipe cruzado de Antioquía, es derrotado y fallece en la batalla de Blood (Darb Sarmada, 28 de junio) Enrique I de Inglaterra derrota a las fuerzas de Luis VI de Francia en la batalla de Brémule (20 de agosto)
1124	Batalla de Bourgthéroulde (26 de marzo); victoria anglonormanda sobre los franceses

	Los cruzados, ayudados por la flota veneciana, toman la ciudad de Tiro (7 de julio)
1127	Roger II de Sicilia captura Apulia tras la muerte de Guillermo de Apulia Zengi se convierte en gobernador de Mosul; comienza la reconquista musulmana de Siria y Mesopotamia
1130	Roger II es proclamado rey de Sicilia
1135	Esteban sucede a Enrique I como rey de Inglaterra y duque de Normandia, a pesar de las aspiraciones de Matilda, hija de Enrique y esposa de Geoffrey de Anjou
1136-44	Geoffrey de Anjou invade Normandia
1138	David I de Escocia es derrotado por los ingleses en la batalla de Standard (22 de agosto)
1139-53	Guerra civil en Inglaterra entre los seguidores de Esteban y los partidarios de Matilda
1141	El rey Esteban es hecho prisionero en la batalla de Lincoln (2 de febrero)
1144-6	Zengi arrebata el condado de Edesa a los cruzados
1146	Muerte de Zengi; sucedido por sus hijos
1147-8	Segunda Cruzada a Siria; fracaso de los cruzados ante Damasco (julio de 1148)
1147	Enrique, el León, duque de Baviera y Sajonia, con la ayuda de Alberto el Oso y Adolfo de Holstein, lidera la cruzada alemana contra los eslavos al este del Elba Alfonso VII de Castilla toma la ciudad de Almería (7 de octubre) y los portugueses la ciudad de Lisboa (24 de octubre)
1148	Raymundo Berengar de Barcelona y los aragoneses toman la ciudad de Tortosa
1153	Los cristianos con el rey Balduino III de Jerusalén toman la ciudad de Ascalón
1154	Nur al-Din, hijo de Zengi, se convierte en gobernador de Damasco (hasta su muerte en 1174)
1155	Primera expedición de Federico Barbarossa a Italia

1160-2	Federico Barbarossa asedia y toma la ciudad de Milán
1163-9	Los cruzados bajo las órdenes del rey Amaury de Jerusalén luchan con los lugartenientes de Nur al-Din, Shirkuh y Saladino, por el control del Egipto fatimida
1167-77	Se reanudan las guerras de Federico Barbarossa con las ciudades de la Liga Lombarda
1169	Saladino se convierte en visir de Egipto
1171-2	Expedición de Enrique II de Inglaterra a Irlanda
1173	Los franceses y los escoceses apoyan la rebelión contra Enrique II
1174	Guillermo de Escocia es capturado en Alnwick; fin de la sublevación contra Enrique II Saladino se hace con el control de Egipto y Damasco a la muerte de Nur al-Din
1176	Federico Barbarossa es derrotado por los milaneses en Legnano (29 de mayo)
1177	Saladino es derrotado en Montgisard (25 de noviembre) por las fuerzas del rey «leproso», Balduino IV de Jerusalén
1187	Batalla de Hattin (4 de julio): Saladino derrota a los cruzados del rey Guy de Lusignan e invade gran parte del reino de Jerusalén, incluyendo la Ciudad Santa
1188-92	Tercera Cruzada
1189-91	Los cruzados, bajo el liderzgo de Felipe Augusto de Francia y Ricardo I de Inglaterra, asedian y toman la ciudad de Acre (julio de 1191)
1191-2	Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, lleva a cabo su cruzada al sur de Palestina
1191	Batalla de Arsur (6 de septiembre); victoria de Ricardo Corazón de León sobre Saladino
1192	Ricardo Corazón de León parte desde Acre: termina la Tercera Cruzada
1193	Muerte de Saladino
1194-1204	Guerras de Felipe II Augusto de Francia contra Ricardo y Juan de Inglaterra en Normandía y el valle del Loira

1194	Ricardo I derrota a Felipe de Francia en Fréteval (4 de julio) El emperador Enrique VI, hijo de Federico Barbarossa, conquista el reino de Sicilia
1195	Alfonso VIII de Castilla es derrotado por los almohades en la batalla de Alarcos (19 de julio)
1197	Ricardo I construye el castillo de Gaillard, en Les Andelys, para dominar el Sena
1204	Fuerzas cristianas de la Cuarta Cruzada arrebatan a los griegos la ciudad de Constantinopla
1209-29	Conquista de Normandía a los franceses por parte del rey Juan de Inglaterra Cruzada Albigense contra los herejes de Languedoc; las huestes del norte de Francia lideradas en un primer momento por Simón de Monfort el Viejo (muerto en 1218) y, posteriormente, bajo liderazgo real
1212	Batalla de las Navas de Tolosa (16 de julio): victoria del rey Pedro de Aragón sobre los almohades
1213	Batalla de Muret (12 de septiembre): victoria de los cruzados liderados por Simón de Monfort sobre las tropas aliadas del rey Pedro de Aragón, el conde Raymundo VI de Toulouse y los señores de Languedoc
1214	Batalla de Bouvines (27 de julio): victoria de Felipe II Augustus de Francia sobre los aliados de Juan de Inglaterra entre los que se incluyen Otón IV de Alemania, el conde de Flandes y Rainald de Dammartin
1215-17	Guerra civil en Ingalterra: los barones rebeldes, respaldados por el príncipe Luis de Francia, se oponen, primero al rey Juan y, tras su muerte, a los partidarios de su hijo Enrique III
1217-21	Quinta Cruzada
1217	Batalla de Lincoln (20 de mayo); William Marshal, en nombre de Enrique III, derrota a los barones rebeldes y a los franceses liderados por el príncipe Luis Batalla de Sandwich (24 de agosto); victoria naval de los ingleses sobre la flota francesa liderada por Eustaquio el Monje

1217-8	Los cruzados albigenses asedian sin éxito la ciudad de Toulouse; muerte de Simón de Monfort
1219	Las fuerzas cristianas de la Quinta Cruzada conquistan la ciudad de Damietta (5 de noviembre) en el delta del Nilo
1221	Las fuerzas cristianas son acorraladas en el delta del Nilo y ofrecen su rendición (30 de agosto); Damietta es evacuada
1228-9	Cruzada del emperador Federico II: Jerusalén es ocupada nuevamente por los cristianos tras las negociaciones con el sultán de Egipto
1229	La Orden Teutónica comienza la conquista de Prusia Jaime I de Aragón conquista la isla de Mallorca
1237	Batalla de Cortenuova (27 de noviembre): victoria de Federico II sobre las fuerzas de la segunda Liga Lombarda
1241	Los mongoles invaden Europa del este: derrotan a los polacos en Leignitz y a los húngaros en Mohi (abril)
1244	Los Khorasmian atacan y toman la ciudad de Jerusalén (23 de agosto): las fuerzas egipcias se unen y derrotan al ejército cruzado sirio en La Forbie (17 de octubre)
1248	Federico II es derrotado por sus enemigos italianos en Parma (19 de febrero) Fernando III de Castilla conquista Sevilla
1248-54	Primera Cruzada del rey Luis IX de Francia
1250	Luis IX es derrotado y capturado (6 de abril) en Egipto; a su liberación se retira a la ciudad de Acre (Siria)
1254	La Orden de los Caballeros Teutones funda la ciudad de Königsberg (Prusia) Luis IX retorna a Francia
1260	La dinastía mameluca de Egipto derrota a los mongoles en Ain Jalut (3 de septiembre) Victoria de los gibelinos italianos sobre los güelfos en Montaperti (4 de septiembre)
1260-77	Reinado del sultán Baybars en Egipto y Siria
1261	Los bizantinos recuperan la ciudad de Constantinopla

1264	Batalla de Lewes (14 de mayo): victoria de Simón de Monfort el Joven y los barones ingleses rebeldes sobre el rey Enrique III
1265	Batalla de Evesham (4 de agosto): Simón de Monfort es derrotado y muerto a manos de Lord Edward, hijo de Enrique III
1265-8	Carlos, conde de Anjou, líder de la Iglesia y de los güelfos invade Italia y lucha contra Manfredo de Sicilia y los gibelinos
1266	Carlos, conde de Anjou, derrota a Manfredo en Benevento (26 de febrero), haciendo valer su título de rey de Sicilia El sultán Baybars captura Safed (Siria) a los cruzados
1268	Carlos de Anjou derrota a las fuerzas alemanas y gibelinas de Conradin en Tagliacozzo (23 de agosto): Conradin es ejecutado Baybars toma las ciudades de Beaufort, Jaffa y Antioquía
1270	Segunda Cruzada de Luis IX a Túnez; muere Luis IX (25 de agosto)
1271	Baybars toma el castillo de Crac des Chevaliers
1277-83	Eduardo I de Inglaterra conquista Gales
1278	Batalla de Durnkrut/Marchfield (26 de agosto): el emperador alemán, Rodolfo de Habsburgo, derrota a Ottokar de Bohemia con apoyo húngaro
1282-1302	Guerra de las Vísperas Sicilianas; los sicilianos se levantan contra Carlos de Anjou con la ayuda de los aragoneses
1283	Los catalanes bajo las órdenes de Roger Loria vencen a la flota angeviana en las costas de Malta (8 de junio)
1284	Batalla de Meloria (6 de agosto): victoria naval de los genoveses sobre la flota de Pisa
1285	Los franceses fracasan en su intento de invadir Aragón Victoria de los catalanes sobre la flota francesa en las costas de Palamós (4 de septiembre) Los musulmanes toman la ciudad de Marqab
1289	Los musulmanes toman la ciudad de Trípoli

1291	Los musulmanes toman la ciudad de Acre (18 de mayo): fin de los estados francos en Siria y Palestina
1294	Los franceses establecen el arsenal naval de Clos des Galées en Rouen
1294-7	Guerra entre Francia e Inglaterra; Gasconia, principal escenario de batalla
1296	Comienzan las guerras de Eduardo I en Escocia
1297	Victoria de los escoceses bajo liderazgo de William Wallace sobre los ingleses en Stirling Bridge (11 de septiembre)
1298	Victoria de Eduardo I sobre los escoceses en Falkirk (22 de julio)
1302	Batalla de Courtrai (11 de julio): las tropas flamencas derrotan a las tropas francesas del rey Felipe IV Tratado de Caltabellota: fin de la guerra de las Vísperas Sicilianas
1303-1312	Tras la firma del Tratado de Caltabellota, las compañías catalanas que habían tomado partido por los sicilianos se ponen al servicio del emperador bizantino (1303) y, posteriormente, al servicio del duque de Atenas; tras enfrentarse a ambos, establecen el Ducado Catalán de Atenas
1311	Batalla de Kephissos (15 de marzo): los mercenarios de la Compañía Catalana derrotan al duque franco de Atenas
1314	Batalla de Bannockburn (23-4 de junio): Robert Bruce derrota al ejército real inglesa de Eduardo II
1315	Batalla de Montgarten (15 de noviembre): victoria de las tropas suizas frente a los austriacos
1324-5	Guerra de San Sardos entre los franceses e ingleses en Aquitania
1328	Batalla de Cassell (28 de agosto): los franceses bajo el liderazgo de Felipe VI derrotan a las tropas flamencas
1330	Batalla de Posada (noviembre): los valacos derrotan a los húngaros
1332	Las tropas inglesas derrotan al gran ejército escocés en Dupplin Moor (8 de agosto)

1333	Batalla de Halidon Hill (19 de julio): victoria de Eduardo III sobre los escoceses
1337	Comienza la guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia
1339	Batalla de Laupen (21 de junio): victoria de los suizos (de Berna) sobre la coalición entre Friburgo, el obispo de Basilea y los nobles locales
1340	Batalla de Sluys (24 de junio): gran victoria naval inglesa sobre los franceses Las fuerzas de la península ibérica derrotan a una flota musulmana en Tarifa (30 de octubre)
1342	La compañía de mercenarios de Werner de Urslingen se establece en Italia
1346	Batalla de Crécy (26 de agosto): derrota de las tropas francesas de Felipe VI ante Eduardo III Batalla de Neville Cross (17 de octubre): los invasores escoceses son derrotados por los ingleses
1346-7	Eduardo III asedia Calais provocando su rendición al impedir la llegada de alimentos (septiembre de 1346 a agosto de 1347)
1347	Tropas húngaras entran en Italia en auxilio de la reina Juana I de Nápoles
1347-50	Primer estallido de la Peste Negra en Europa
1347	Batalla de Meleto: los mercenarios de Frai Moriale, Werner de Urslingen y Conrad de Landau al servicio de la reina Juana I derrotan al ejército de los barones napolitanos
1354	Ejecución en Roma del capitán mercenario Frai Moriale
1356	Batalla de Poitiers (19 de septiembre): Eduardo, el príncipe Negro, derrota y hace prisionero al rey francés Juan II
1360	Tratado de Brétigny entre Inglaterra y Francia: el ducado de Aquitania es cedido a Inglaterra como principado independiente
1366-70	Guerra de Sucesión en Castilla: el reinado de Pedro el Cruel (aliado de Inglaterra) se ve amenazado por su her-

	mano bastardo, Enrique de Trastamara (apoyado por los franceses). Pedro es expulsado en 1366
1367	Batalla de Nájera (3 de abril): el ejército franco castellano de Enrique de Trastamara es derrotado por Eduardo, el Príncipe Negro, en alianza con Pedro el Cruel que es restituido en el trono de Castilla
1369	Se reanuda la guerra entre franceses e ingleses
1370	Batalla de Montiel (14 marzo): mercenarios franceses al servicio de Du Guesclin derrotan y matan a Pedro el Cruel: Enrique de Trastamara se convierte en rey de Castilla
1377	Una flota franco-castellana hace incursiones en las costas del sur de Inglaterra: los puertos de Rye y Portsmouth sufren daños considerables
1378	Comienza el gran Cisma de la Iglesia entre los seguidores del papa de Roma y el de Avignon
1379	Batalla de Marino (30 de abril): Alberigo da Barbiano, al servicio del papa Urbano VI, derrota a los mercenarios bretones que apoyaban al papa exiliado en Avignon, Clemente VII
1382	Batalla de Westrozebeke (27 de noviembre): las tropas francesas aplastan a los rebeldes flamencos
1385	Batalla de Aljubarrota (14 de agosto): el ejército anglo-portugués de Jaime de Aviz derrota a los castellanos
1386	Batalla de Sempach (9 de julio): victoria de los suizos sobre los austriacos
1387	Batalla de Castagnaro (11 de marzo): Sir John Hawkwook, al servicio de Padua, doblega a los veroneses
1394	Muerte de Sir John Hawkwood
1396	Batalla de Nicópolis (25 de septiembre): el sultán otomano Bayazid I derrota a un ejército de cruzados húngaros y franceses
1402	Muerte de Gian Galeazzo Visconti, duque de Milán El sultán Bayazid es derrotado y hecho prisionero cerca de Ankara (20 de julio) por Timor el Tártaro

1410	Batalla de Tannenburg (15 de julio): los caballeros teutones son vencidos por la alianza entre polacos y lituanos
1415	Batalla de Agincourt (25 de octubre): gran victoria de Enrique V sobre los franceses
1416	Batalla de San Egidio: Braccio de Montone, capitán *condottiere* derrota a los perugianos
1417	Enrique V invade Normandía, tomando las ciudades de Caen y Alençon
1418-19	Enrique V asedia Rouen hasta provocar su rendición por hambre (agosto 1418-enero 1419)
1420	Tratado de Troyes: Carlos VI y los borgoñones reconocen a Enrique V como heredero al trono de Francia Primera cruzada alemana contra los husitas de Bohemia: repelida por Zizka en el Vitkov
1421	Batalla de Baugé (22 de marzo): el ejército franco-escocés derrota a los ingleses bajo el duque de Clarence
1422	Batalla de Arbedo (30 de junio): los milaneses derrotan a los suizos Muere el rey Enrique V (31 de agosto)
1424	Triunfo de Zizka en la guerra civil de los husitas en Malesor (7 de junio) Batalla de Verneuil, conocida como «segundo Agincourt» (17 de agosto): el ejército franco-escocés es derrotado por el duque de Bedford, regente de Francia
1428-9	Asedio inglés a la ciudad de Orleáns (octubre 1428-mayo 1429): levantado por Juana de Arco
1429	Batalla de Patay (18 de junio): los ingleses son doblegados por Juana de Arco
1431	Las tropas imperiales de Federico de Brandenburgo son derrotados por los husitas en Taus (14 de agosto)
1434	Batalla de Lipany (30 de mayo): husitas moderados y católicos derrotan a los radicales liderados por Propkop el Calvo, sucesor de Zizka; fin efectivo de las guerras husitas

1435	Congreso para la paz en Arras: Felipe el Bueno, duque de Borgoña, abandona su alianza con los ingleses y renueva su lealtad a Carlos VII de Francia
1442	Alfonso V de Aragón se hace con el trono de Nápoles
1444	Los franceses derrotan a un pequeño ejército suizo en St Jacob-en-Birs (24 de agosto) Batalla de Varna (10 de noviembre): los turcos otomanos derrotan al ejército cruzado compuesto de húngaros y polacos
1448	Batalla de Caravaggio (15 de septiembre): victoria terrestre de Milán sobre Venecia Batalla de Kossovo Polje (18-19 de octubre): los turcos otomanos derrotan a los húngaros bajo liderazgo de Juan Hunyadi
1449	Los franceses recuperan con poco esfuerzo la ciudad de Rouen de los ingleses (octubre)
1450	Batalla de Formigny (15 de abril): el ejército inglés bajo el mando de Sir Thomas Kyriell es doblegado por los franceses; colapso final del ejército inglés en Normandía (agosto)
1453	El sultán Mehmet II el Conquistador asedia Constantinopla (abril-mayo) y conquista la ciudad para los otomanos Batalla de Castillon (17 de julio): el ejército inglés liderado por John Talbot, conde de Shrewsbury es derrotado por los franceses
1454	Paz de Lodi entre los principales estados italianos (Florencia, Venecia, Milán y los Estados Pontificios y, con posterioridad, Nápoles)
1455	Batalla de St Albans (22 de mayo): victoria de los leales a Ricardo de York en el prime enfrentamiento de la Guerra de las Dos Rosas en Inglaterra entre las casas de York (rosa blanca) y Lancaster (rosa roja)
1456	John Hunyadi defiende con éxito la ciudad de Belgrado del ataque turco
1459-67	Los turcos conquistan gran parte del sur de los Balcanes: Serbia (1459), Morea (1460), Bosnia (1464) y Herzegovina (1467)

1460	Los yorkistas doblegan y hacen prisionero a Enrique VI de Lancaster en Northampton (10 de julio) pero son derrotados por la reina Margarita en Wakefield (30 de diciembre)
1461	Batalla de Towton (29 de marzo): la victoria de los yorkistas zanjó la cuestión de la posición de Eduardo IV como rey de Inglaterra
1465	Guerra en Francia: batalla con resultados indecisos en Monthléry (16 de julio) entre las fuerzas de Luis XI y las de la Liga bajo las órdenes de Carlos de Charolais, futuro Carlos el Temerario de Borgoña
1471	Eduardo IV vuelve a Inglaterra desde Flandes y derrota a los partidarios de la casa de Lancaster en Barnet (14 de abril) y en Tewkesbury (4 de mayo)
1472	Hostilidades entre Borgoña y Francia
1475	Carlos el Temerario de Borgoña fracasa en su intento de asediar la ciudad de Neuss Eduardo IV invade Francia pero llega a un acuerdo con Luis XI en Picquigny
1476	Carlos el Temerario de Borgoña es derrotado por los suizos en Grandson (2 de marzo) y Morat (22 de junio)
1477	Batalla de Nancy (5 de enero): Carlos el Temerario es derrotado y muerto Maximiliano de Austria se casa con Maria, heredera de Borgoña, provocando más hostilidades con Luis XI de Francia
1479	Las fuerzas de Luis XI son derrotadas por Maximiliano en Guinegate (7 de agosto) Unión de Aragón y Castilla bajo Fernando e Isabel
1480	Primer intento sin éxito de los turcos en asediar Rodas
1481	Comienza la Reconquista de los reyes Católicos
1485	Batalla de Bosworth (22 de agosto): victoria de Enrique Tudor sobre Ricardo III de Inglaterra
1492	Caída de Granada (2 de enero): fin de la reconquista cristiana

1494	Carlos VIII invade Italia reclamando el derecho francés en Nápoles
1495	Carlos VIII entra en Nápoles: en Fornovo (14 de julio) derrota a las fuerzas de la Liga de Venecia formada para frenar su avance
1499	Subida al trono de Luis XII de Francia; preparativos para una nueva ofensiva italiana Comienza la guerra entre los turcos y venecianos
1500	Luis XII toma la ciudad de Milán
1502	Guerra entre franceses y españoles en Italia por el reino de Nápoles
1503	Gonzalo de Córdoba, «gran capitán» de España, derrota a los franceses en Cerignola (abril) y en Garigliano (28 de diciembre)
1515	Batalla de Marj Dabiq (24 de agosto): los turcos otomanos derrotan a los mamelucos de Egipto Batalla de Marignano (14-15 de septiembre): los suizos al servicio de Milán derrotados por los franceses
1516	Batalla de Raydaniya (23 de enero): nueva victoria de los otomanos frente a los mamelucos
1525	Batalla de Pavía (25 de febrero): victoria del emperador Carlos V sobre el ejército francés de Francisco I que resulta hecho prisionero
1526	Batalla de Mohács (28 de agosto): Süleyman el Magnífico y su ejército otomano derrotan a los húngaros

Fuente de las ilustraciones

El editor y la editorial desean agradecer a las siguientes instituciones su gentil permiso para reproducir las ilustraciones de esta obra.

BL: *British Library*
BN: *Bibliothèque Nationale de France*

Las imágenes que abren los capítulos pertenecen al cofre de Courtrai por cortesía de New College, Oxford.

31, 32. Nicholas Hooper, Matthew Bennett, *The Cambridge Illustrated Atlas of Warfare: The Middle Ages, 768-1487* (Cambridge University Press, 1996).
37. Bibliotheek der Rijksuniversiteit, Leiden (Periz F 17 fol. 22r).
38. Glasgow Museums: Art Gallery & Museum, Kelvingrove.
40, 42. Württembergische Landesbibliothek/Bildarchiv Foto Marburg (Cod. bibl. Fol. 3, 12V, 21V) .
48. Stiftsbibliothek St Gallen (Cod. Sang.22 s.141 Nr. 17).
50. Bibliotheek der Rijksuniversiteit, Leiden (Periz F 17, fol. 9r).
59, 61. Antikvarisk-topografiska arkivet, Stockholm.
62. English Heritage Photo Library.
66. Museo Universitario de Antigüedades Nacionales, Oslo, Noruega, foto de E. Schwitters.
72. Antikvarisk-topografiska arkivet, Stockholm.
75. Andromeda Oxford Ltd.
77. Museo Universitario de Antigüedades Nacionales, Oslo, Noruega.
79. Antikvarisk-topografiska arkivet, Stockholm.
83. Museo Universitario de Antigüedades Nacionales, Oslo, Noruega, foto de Ove Holst.

88. Trinity College, Cambridge (Ms o.9.34. f 24r).
97. The Pierpont Morgan Library / Art Resource, NY (M 638 f 24v).
99. A. F. Kersting.
102. Jean Dieuzaide, Toulouse.
108. The Pierpont Morgan Library/Art Resource, NY (M 736 f 7v).
111. BN (Ms fr 9083 f. 142).
115. Staatsbibliothek zu Berlin –Preussischer Kulturbesitz (Ms. Germ. fol. 282, fol. 46r).
118. Public Record Office Image Library (E36/274).
120. Fitzwilliam Museum, Cambridge (Ms Marlay Add I f 86r).
132. A. F. Kersting.
137. BN (Ms fr 2630 f. 22v).
138. Sonia Halliday Photographs, foto de Jane Taylor.
140. Denys Pringle.
141. Denys Pringle, dibujo de Peter E. Leach, British School of Archaeology, Jerusalén.
142. M. Benvenisti «Crusaders in the holy Land», Israel University Press, Jerusalén, 1970.
144. Sonia Halliday Photographs, foto de Jane Taylor.
145. BN (Ms fr 9084 f. 64v).
146. Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia (Ms Plut 61.10 c 33).
148. BN (Ms fr 2630 f IIIV).
152-153. New College, Oxford.
155. BL (Ms Roy 2AXII f 220).
159. Musée Atger (Ms 49 f 206r)/le service photographique de la Bibliothèque Interuniversitaire de Montpellier.
160. Giraudon.
165. BL (Ms Stowe 553 f 6IV).
168. Institut Amatller d'Art Hispanic (Palacio Real Mayor, Barcelona).
169. The Pierpont Morgan Library/Art Resource, NY (M 638 f 27v).
172. © CNMHS.
174. BL (Ms Lansdowne f 23v).
181. © Stadsarchief, Gante, foto de C. Hourez.
184. Basado en la obra de J. F. Verbruggen «De Krijgskunst in West Europa in de Middelenwen» 1954 Verhandelungen van de Koninklijke Vlaamse Academie voor Wetenschappen, Letteren en Schone Kunsten vn Belgie; Klasse der Letteren, Verhandeling.
186. BN (Ms fr 2643 f 207).

188. BL (Ms Roy 20 CVII f 137).
193. BL (Ms Add 15269 f 178v).
199. BN (Ms fr 2644 f 135).
203. Giraudon (Archives Nationales Inv. Vitr. 41N).
204. (arriba) Iglesia de Cristo, Oxford (Ms 92 f 70v).
204. (centro) © Stadsarchief, Gante, foto de C. Hourez.
204. (abajo) Bildarchiv der Österreichischen Nationalbibliothek, Viena.
207. Bl (AC 801 / 9 Jab IV) H Toman Husitske «Valecnnictvi...» 1898.
216. Biblioteca Bodleian, Oxford (Ms Junius II f 81).
219. V&A Biblioteca de imagines.
224. Giraudon.
226. BN (Ms Latin II0I5 f 47).
228. ©CNMHS foto de Lonchampt.
231. (arriba) Aerofilms.
231. (abajo) A.F. Kersting.
233. The Board of Trustees of the Armouries (I.34).
234. BN (Ms Latin 6067 f 55v).
241. Archivo Alinari.
243. Universitätsbibliothek Heidelberg (Cod.Pal.Germ.848 f 237r).
250. BL (Ms Add 47682 f 40).
252. Országos Széchényi Könyvtár, Budapest.
258. (izquierda) BL (Ms Cotton XI f 53).
258. (derecha) Primási Levéltár, Archivum Primatiale, Esztergom.
260. Biblioteca Universidad de Cambridge (E. M. Beloe «Monumental Brasses of Nofolk» 1890).
262. Országos Széchényi Könyvtár, Budapest.
264. BL (Ms Cotton Julios EIV f 4).
266. Colección Wallace.
273. V&A Biblioteca de imágenes.
279. Giraudon (Bibliothèque de l'Arsenal, Paris).
283. Archivo Alinari.
286. Archivo de Estado, Siena, foto de Lensini.
289. © foto RMN.
291. BL (Ms Roy 16 GIX f 76 v).
292. Burgerbibliothek, Berna (Mss.h. I I-3).
299. BN (Atlas, Petrus Vesconte 1313 GE DD 687, f5).
302. Biblioteca Marciana, Venecia (Cod. Marc. Gr.Z.479 (=881) f 23r), foto de Toso.

304. Burgerbibliothek, Berna (Cod 120 II f 119r).
306. Institut Amatller d'Art Hispanic (Biblioteca Nacional, Madrid; Sinopsis Historiarum Juan Skylitzes).
308. BL.
311. Olaus Magnus «Description of the Northern Peoples» Hakluyt. Society, reproducción con el permiso de David Higham y Asociados, foto de el Instituto Warburg.
314. BN (Ms Ars 5187 f 59).
317. Institut Amatller d'Art Hispanic.
328. Oeffentliche Kunstsammlung Basel, Kupferstichkabinett. (Einblattholzschnitt «Die Schlacht bei Dornach») foto de Oeffentliche Kunstsammlung Basel, Martin Bühler.
334. BL (Ms Roy 20 C VII f 41v).
339. Oeffentliche Kunstsammlung Basel, Kupferstichkabinett (Urs Graf «Armloses Mädchen mit Stelzfuss») foto de Oeffentliche Kunstsammlung Basel, Martin Bühler.
344. Museo J. P. Getty, Los Angeles (Ms Ludwig IX.7 f 96vg «Llangattock Hours» 1450-1460).
345. © Museo Británico.
350. Biblioteca de la Universidad de Cambridge («Arquaelogical Journal», vol. LXVIII, 1911, p. 75.
351. © Crown; reproducido con el permiso de Historic Scotland.
352. © Bibliothèque Royale Albert I, Bruselas (Ms 8 f 65 v).
354. Archivo Alinari.
357. BN.
359. Biblioteca Pierpont Morgan, Nueva York (m. 801, f 109v).
361. BN (Ms Fr 23963 f2).
365. Museo Ashmolean, Oxford, «La batalla de Pavia» (detalle).

Elección de las imágenes: Sandra Assersohn.

Índice de nombres y materias

Los números **en negrita** corresponden a ilustraciones o mapas.

Nur al-Din, gobernador de Damasco, 134, 140.